Cueste lo que Cueste

Jara Green



Cueste lo que cueste

Cueste lo que Cueste

Jara Green

Copyright © noviembre 2023 Jara Green
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798866178445
Sello: Independently published

Contenido

AGRADECIMIENTOS
Primera parte
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 7
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Segunda parte
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Tercera parte
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Epílogo
NOTAS DE LA AUTORA
ACERCA DE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

Cuando Jara Green decidió embarcarse en esta aventura las primeras personas en las que pensó fueron Jose e Isabel, pioneros en presagiar que algo así debería suceder en algún momento. Por eso, mi primer agradecimiento es para ellos. Allá donde estéis, aquí o allí, siempre gracias, porqué sembrasteis un germen en mí que ha perdurado a lo largo del tiempo y que se deja ver por fin, entre las páginas de esta novela.

A mis lectores beta, y en especial, a Ainhoa y Teba, no sólo porque decidieron compartir conmigo esta historia ayudándome a mejorarla, sino porque al hacerlo, volvimos a unirnos y a recuperar con fuerza el entusiasmo de cuando éramos unas niñas. No hay tiempo ni distancia que pueda con el valor de la amistad.

A mis padres y a mi hermana porque la sorpresa va a ser grande.

A mis tres amores, por los silencios que tanto he necesitado, por las largas horas de encierro, pero, sobre todo, por compartir mi entusiasmo y jugar conmigo a este juego.

Y, gracias a ti, lector. A quién espero y deseo que te guste esta historia y quieras seguir jugando conmigo a una de las cosas más maravillosas de este mundo: soñar despierto.

A ti por empujarme a cumplir este sueño

Primera parte



Quién no ha pensado más de una vez en desaparecer por un tiempo.

Quién no ha pensado en poder hacerse invisible ante los demás.

Nada de un pensamiento trágico que incluya sangre y vísceras. Simplemente desaparecer a ojos de la gente para tener un tiempo de reflexión, un espacio en el que las agujas del reloj se paran y uno puede pensar si los pasos que está dando son o no los correctos. Sin presiones, sin agobios, sin intereses creados que benefician a unos en detrimento de otros.

En soledad.

En la más absoluta y sosegada soledad que te permita pensar sin ningún tipo de interferencia, sin distracciones del tipo que sean. Con calma y de forma tranquila.

Pues esos pensamientos. Esos mismos, eran los que me invadían desde hacía ya más tiempo del necesario. Tanto era así que hubiera sido capaz de adentrarme en el más lúgubre y tenebroso de los bazares si supiese que iba a encontrar una capa mágica que me garantizase la invisibilidad. La sola idea de pensar en los beneficios que aquel trozo de tela podría proporcionarme, bien merecía el riesgo. Me haría sentir fuerte. No un manojo de nervios como llevaba sintiéndome desde aquel fatídico sábado que borraría del calendario hasta desgastarlo.

Miedo.

Angustia.

Dolor físico.

Dolor emocional.

Un nudo en el pecho que podía llegar a ahogar.

Pensar en la posibilidad de pisar de nuevo en arenas movedizas que hicieran que me hundiese otra vez hasta que el barro llegase a mi barbilla, me aterraba más de lo que podía admitir.

Construí una vida para poder caminar hacia delante, porque cerrar los ojos no era una opción, pero el ser humano no tiene la capacidad para controlar todo. Juega a hacerse el héroe y acaba cayendo.

Yo lo hice.

Resbalé.

Caí.

Fui incauta.

Confiada.

No había una base firme.

No había un cimiento sólido. Las grietas se fueron ensanchando. El miedo se materializó. El abismo se encaró a mí como nunca hubiera podido imaginar. Fue entonces cuando descubrí que la solución al problema en mayúsculas que era mi vida, era la verdadera raíz de todos mis males.

1

Alex

—Tenemos que hacer algo — se lamentó John Smyth con la cara roja por la rabia—. Es el sexto cliente que perdemos en lo que va de mes.
Enfrentarme a otra negociación *in extremis,* un lunes a primera hora, con un vuelo a mi espalda de dos horas que se habían convertido en cuatro por la mala climatología, después de no haber pegado ojo en toda la noche porque mi cabeza era un hervidero de problemas, no era desde luego, mi idea perfecta de empezar la semana. Como tampoco lo era cruzarme de brazos y obviar que desde hacía un año la empresa por la que habíamos sacrificado tanto tiempo y esfuerzo se estaba resquebrajando.
John tenía razón.
Casi siempre la tenía.
Había que hacer algo. Era necesario devolver al rincón de los dramas que había en mi mente mis problemas personales y centrarme en lo que teníamos delante.
El teléfono empezó a sonar de forma enrabietada en mi despacho. Las paredes que separaban el despacho de John y el mío en Hoplan & Orleal Consulting, la empresa para la que trabajábamos, eran tan finas que no pusieron ningún impedimento en que la señal acústica llegase perfectamente a nuestros oídos. Nos miramos, nos levantamos de su mesa y salimos de su despacho para entrar corriendo en el mío. Rodeé la mesa para dejarme caer en la silla que después de las horas que pasaba en ella podría decirse que era como mi segunda piel y esperé unos cuantos tonos más para dar tiempo a que el director de tecnología cerrara la puerta y se sentase frente a mí.
John, además de un magnífico compañero, era lo más parecido a un hermano mayor que tenía en aquel momento. Me había pegado a él como si fuera su siamesa y él me había aceptado en su *club de favoritos*. Porque era sabido por todos que desde que su rocambolesca historia vital le había hecho abandonar Cork, su ciudad natal en Irlanda, de su amabilidad, solo disfrutábamos unos pocos.
Llevábamos colaborando tres años en cada proyecto que asumía la empresa. Los veíamos nacer, evolucionar e incluso mutar en otros proyectos paralelos. Podría decirse que éramos un magnífico equipo de dos, pero últimamente las cosas no iban como nos gustaría.
—¿Estas listo John? — le pregunte mientras abría mi agenda para tomar notas.
—Listo— dijo—. Entonces, vamos a ello — descolgué el teléfono—. Buenos días, le habla Muller responsable de Proyectos, ¿con quién tengo el gusto de hablar?
—¿Alexandra...? ¿Alexandra Muller? — cerré los ojos y sentí un pinchazo en el pecho. Fue un acto reflejo. Como cada vez que oía pronunciar mi nombre.
—Si, soy yo, Muller.
—Soy Didier Leblanc de Coreka Solutions.
—¡Didier, que sorpresa oírte! — guiñé un ojo a John—. Cuanto hace desde la última vez que nos vimos, ¿un año?
—Fue cuando instalamos la plataforma e—learning. De eso hace ya cuatro años.
—Guau, Didier, no pensé que hiciese tanto tiempo. He oído hablar de las mejoras que han ido introduciendo en ella. Ya es capaz de soportar la conexión simultanea de las dos filiales al mismo tiempo. Funciona a las mil maravillas, ¿no es así?

—Si, la verdad es que va muy bien— levanté el pulgar. Si la plataforma de formación on-line funcionaba bien era mérito indiscutible del equipo de John.
—¿Queréis incluir algún contenido nuevo? ¿Es por eso tu llamada?
—No, en realidad he estado hablando con John.
—¿Con Tecnología? Entonces lo que queréis es una modificación. ¿Tal vez una mayor concurrencia de usuarios? John acércate un momento — simulé que lo llamaba—. ¿De qué se trataría exactamente?
—El motivo de mi llamada...— se le atragantaron las palabras.
—¿Qué sucede Didier?
—La verdad es que las cosas en Coreka no van demasiado bien.
—¿A qué te refieres? No he leído nada en prensa.
—Es cuestión de días que salga a la luz. Tenemos un nuevo socio capitalista— respiró profundamente y cogió aire para continuar hablando—. Hemos cumplido con todos los compromisos que teníamos. Hemos cubierto todas las obras que estaban en marcha, pero cada vez se aplazan más los pagos, nuestros clientes están hasta el cuello de deudas, muchos de ellos están en la banca rota. No recuperamos lo invertido y para qué hablar de que no nos llega ningún tipo de beneficio revertido a la empresa— Didier suspiró de nuevo al otro lado del teléfono. Reconocer que la empresa que había dirigido con gran acierto durante tantos años no iba todo lo bien que hubiera deseado le suponía una amarga tristeza—. Hemos hecho lo que hemos podido estos últimos años para seguir subsistiendo, pero al final esta situación ha podido con nosotros— medí mucho mis palabras antes de responder. La situación parecía de difícil retorno.
—No sabes como lo siento Didier. Sé lo que Coreka supone para ti— hice una mueca de fastidio, realmente sentía que las cosas no les fueran bien y sabía que John sentía lo mismo.
—Todo desembocará en una absorción de la empresa.
—¿Para Coreka y las dos filiales? — un sonido al otro lado me dio la razón.
—Se estima que todo estará resuelto en un año.
—¿Eso que supondrá para vosotros?
—De momento solo se habla de como se llevará a cabo. Se implantará su modelo de empresa. El nuestro según dicen está desfasado.
—¿Eso dicen?
—Si, tendremos que ir abandonando todos nuestros sistemas de trabajo y utilizaremos sus herramientas. Dicen que son mejores.
—Entiendo, ¿de cuánto tiempo estamos hablando?
—El mismo que para la absorción.
—Un año para todo…— medite en voz alta.
—Tenemos que dejar la herramienta de gestión de personal y la plataforma de formación.
—¿Es una condición que os han impuesto?
—Me temo que sí— miré a John con dudas. Muchas dudas.
—¿Qué harán con los contenidos que están en marcha? — pregunté—. ¿Tienen algún proyecto de migración previsto?
—No quieren nada que no proceda de la empresa matriz que nos absorberá.
—¿Saben las implicaciones que eso tiene? Perderán toda la información que hay almacenada sobre la plantilla del personal de ambas filiales.
—Supongo que lo saben.
—¿Supones? — repetí extrañada—. ¿De verdad que no contemplan ningún proyecto para la migración de datos?

—Creo que no—. La situación era más grave de lo que parecía. El nuevo socio parecía ocultar intenciones poco ortodoxas.
El planteamiento había cambiado por completo. No podíamos retener a Didier como cliente, lo que teníamos que hacer era ayudarle ante el buitre que volaba sobre sus cabezas.
John intentaba a toda costa dilucidar lo qué se me estaba pasando por la cabeza en aquel preciso instante, pero no le estaba resultando demasiado fácil hacerlo.
—Han sido bastante tajantes Alexandra— insistió Didier pronunciando otra vez mi nombre y atrayendo de nuevo ese dolor a mi pecho—. Se sienten mejores que nosotros o por lo menos, con mayor liquidez. Tienen todas sus cuentas saneadas. Eso es algo que les hace poderosos a la hora de tomar decisiones. Sean o no acertadas.
—No debéis conformaros...— al otro lado del teléfono únicamente escuché silencio.
Hice unas cuantas anotaciones en la agenda y se las enseñé a John que asintió al verlas. Sin embargo, no se contuvo para robarme el bolígrafo que tenía en la mano. Hizo alguna puntualización sobre lo que había escrito mejorando sustancialmente la idea que había plasmado, aunque para ello, rozáramos los límites de las competencias que teníamos como responsables en Hoplan & Orleal Consulting. Cuando creímos que teníamos en nuestras manos la posible solución al problema que se nos estaba planteando pusimos el dispositivo de manos libres para contarle a un Didier expectante lo que teníamos en mente. Al terminar nuestra argumentación, mostró serias dudas de que nuestra idea fuera a salir como esperábamos, por eso tuvimos que insistir en las graves consecuencias que podía suponer para los trabajadores de ambas filiales que perdiesen la información más esencial de sus plantillas. Las negociaciones que se hiciesen a futuro no se harían equitativamente y todo el personal de Coreka sería ninguneado.
—Necesitamos tiempo para hacer un repositorio de toda la información que está en nuestras bases. Solo así estaremos cubiertos si el nuevo socio no actúa todo lo lícita y legalmente que se espera de él—. Me giré hacia la pantalla del ordenador y busqué en nuestras bases de datos los contratos que teníamos firmados con ellos.
—¿Por qué no iba a hacerlo? Firmaremos un contrato. Se está barajando un borrador que su gabinete de abogados y el mío están estudiando.
—Créeme— enfaticé mis palabras—. Esos contratos no contemplan ni una cuarta parte de las situaciones que se plantearán una vez que se produzca la absorción. Se presentarán infinidad de situaciones en las que habrá un vacío legal que solventarán a su favor—. Didier se mantuvo mudo al otro lado del teléfono. Parecía estar rumiando lo que acaba de decir—. John, ¿podemos crear una base de datos que puedan gestionar autónomamente desde Coreka?
—Por poder se puede, tal y como está montado es relativamente sencillo, pero tenemos que justificar internamente las horas de trabajo que dedique mi equipo a esas tareas. En definitiva, tiene un coste.
—No podemos…— Didier no pudo terminar su argumentación porque no podía dejar escapar mi momento de lucidez mental.
—No tendréis que pagar el mantenimiento de ninguna de las herramientas sobre las que os damos soporte porque tal y como quiere *el buitre* se apagarán. Tampoco lanzaréis nuevos contenidos. Se soportarán en sus herramientas como ellos quieren.
—¿Qué sentido tiene entonces todo esto? — preguntó ansioso mientras John me miraba con la misma intriga—. Las instrucciones han sido claras— recalcó—. Debemos dejar de trabajar y colaborar con proveedores o empresas que no sean las que ellos indiquen.
—Por lo que a nosotros se refiere así se hará, Didier, pero se les ha escapado un pequeño detalle. No han dicho nada de la custodia de la información. Simplemente parece no importarles el

origen y los derechos de los empleados de Coreka— tomé aire para no perder el hilo argumental que inspiraba mis pensamientos—. En el último anexo al contrato que firmamos entre Hoplan y Coreka hay un compromiso de vigencia de seis años que vence dentro de dos. Para que este contrato se resuelva ambas partes deberemos estar conformes. Apoyaremos la rescisión de este contrato antes de lo pactado, pero no de facto — a John se le iluminó la cara creo que empezaba a ver como pensaba justificar el coste de creación de una base de datos que Coreka pudiese gestionar de forma autónoma.
—Existe un preaviso para denunciar el contrato — enfatizó Didier.
—Los empleados de Coreka, ante la situación que se avecina tienen derecho a obtener, antes de que la empresa se extinga y en años sucesivos, toda la información laboral que requieran del tiempo que estuvieron trabajando en ella. Podrían demandarte como responsable de Coreka sino se les facilita. Eso lo sabe el nuevo socio. Si pasara algo, es más que probable que te responsabilicen a ti de no haber llevado a cabo las acciones necesarias para cubrir estas necesidades. Un argumento más que lícito para poner en entredicho tu profesionalidad ante un juez y a la vez es el as en la manga que necesitas para blindar tus espaldas.
Silencio al otro lado de la línea telefónica. Supongo que era lógico pensar que podía haber gato encerrado en nuestro comportamiento. ¿Por qué íbamos a ayudarle cuando otros los veían como carroña para devorar? Pero por suerte para él, el director general de Hoplan nos había marcado a fuego que las alianzas y las colaboraciones en momentos difíciles eran importantes. Siempre tendrían sus recompensas y sino eran las esperadas, al menos nos quedaría la satisfacción personal de haber hecho lo que nuestra conciencia decía que teníamos que hacer. Eso nos salvaría de la quema conjunta algo que, John y yo, llevábamos intentando conseguir los últimos meses con más intensidad de la que sería aconsejable si las cosas fuesen bien.
—John, ¿con que parte del porcentaje de lo que actualmente están pagando cubriríamos gastos para crear una base de datos de las dos filiales?
—Ummm, déjame pensar...calculo que con el treinta por ciento sería suficiente.
—Didier, ahora te toca a ti poner tu granito de arena a todo esto y justificar ante la nueva directiva que reduces el setenta por ciento del gasto. A cambio nosotros conseguiríamos darte la información que garantiza vuestra inmunidad frente al chantaje que se prevé que en algún momento va a llegar. ¿Podrás utilizar todas tus armas para conseguirlo?
—Alexandra...— dijo con voz burlona mientras me encogía de nuevo al oír mi nombre.
—Ese tonillo de voz lo confirma – se rio John cubriendo mi ausencia de palabras en aquel preciso instante.
—Aunque el nuevo socio es un hueso duro de roer—siguió ironizando.
—Vamos Didier, en peores plazas te hemos visto torear— le vaciló John mientras cogía mi mano para darme un apretón.
Lo conseguiríamos otra vez.
De hecho, ya lo estábamos consiguiendo.
Luchábamos por Hoplan, aunque hubiese quienes lo pondrían en duda, el acuerdo era bueno. Era algo que ambos sabíamos, pero tendríamos que blindarnos bien entre nosotros para protegerlo, porqué también sabíamos que lo querrían demoler.
—Lo conseguirás, Didier— las palabras volvieron a mi garganta—. No me cabe la menor duda. *El pez pequeño no debe comerse al pez grande.*
Su risa llegó a nuestros oídos. Parecía satisfecho con el acuerdo alcanzado.
—Gracias por abrirme los ojos. — sentimos como carraspeaba su voz—. No puedo dejar a mis trabajadores a la deriva en una situación así. Creo que el estrés me está sobrepasando.

—Es normal. Lo que está pasando con Coreka es una putada— dijo John mientras le echaba una mirada reprobatoria, como la madre que oye blasfemar a su hijo—. Superaréis todo esto y acabaremos tomando una cerveza juntos—. Didier permaneció en silencio—. Ojalá todos los jefes cuidasen de sus empleados como lo has hecho siempre tú.
—Es mi obligación.
—También lo es la de muchos otros que se comportan como auténticos cabrones y solo les importa su culo—. No pude evitar golpear el brazo a John. A veces no tenía filtro—. Espero que en algún momento haya un purgatorio en el que todos tengan que responder ante sus propios actos— me tapé la cara con las manos. Cuando empezaba a soltar lindezas por la boca era imposible pararle.
—Sigues tan justiciero como siempre John—. Afortunadamente Didier era cliente, pero también amigo. Eso nos salvaba—. Me encantará tomar esa cerveza contigo cuando todo esto se haya acabado.

2

Alex

Me recogí el pelo con la goma que llevaba en la muñeca para que no me molestará mientras revisaba las anotaciones que había hecho en mi agenda. John, que seguía en mi despacho, me la quitó de las manos. Siempre amenazaba con hacerla desaparecer. Me decía con demasiada frecuencia que tenía memoria suficiente como para no tener la necesidad de apuntar cada una de las cosas que hacía, pero sentía que sin ella estaba perdida, cuantas más anotaciones hacía más segura de mí misma me sentía.

—¡Buenos días! — levanté la mirada al tiempo que John se giraba para seguir la voz que provenía de la puerta del despacho, claramente los papeles tendrían que esperar un poco más para ser atendidos.

Frente a nosotros estaba José Rodríguez, parte integrante del equipo de trabajo del departamento de Proyectos y sin duda el mejor comercial que formaba parte de mi equipo.

—Veo que estás de vuelta— intenté mantener un semblante serio.

—¡¡No me jodas!! ¿Yo de vuelta? — se acercó a mi obviando por completo a John que bufó al ver que ni siquiera le saludaba.

Ambos mantenían una relación amor odio, pero indiscutiblemente el carácter de José le había permitido ser un integrante más del grupo de amigos que John, sin darnos cuenta, había creado para unos pocos elegidos.

—Últimamente las compañías aéreas te prefieren a ti para contratar sus servicios— cogió mi mano para levantarme de la silla y acto seguido me hizo girar para verme en toda mi extensión— aunque creo que los dos competimos por la medalla de oro.

—No tienes nada que hacer— puse la voz todo lo grave que pude—. El podio es mío.

—¿Eso crees? — me miró divertido.

—Apenas quedan dos meses para acabar el año y he perdido la cuenta de los viajes que llevo a mis espaldas. Tengo pase V.I.P. en cualquier aeropuerto de Europa— fanfarroneé.

—¿Vamos a tomar un café...— John interrumpió nuestra conversación— o vais a seguir jugando a ver quién es más *guay* de los dos?

—¿No querías organizar el trabajo de la semana? —le piqué.

—Creo que después de lo de Coreka necesito algo de cafeína.

—¿Lo de Coreka? — preguntó José.

—Otra intervención de *Robin Hood* y *Lady Marian*— John no pudo contener la risa al decirlo.

—Joder, últimamente rescatar clientes se está convirtiendo en el objetivo principal de Hoplan. No creáis que a mí me ha ido mucho mejor— el silencio quiso apoderarse de nosotros, pero si por algo se caracterizaba José era precisamente por evitar que las situaciones angustiosas pudiesen con nosotros—. ¡Estoy muerto de hambre! — se llevó las manos al estómago y se frotó la tripa—. ¿Qué hacemos aquí? Bajemos a por algo para saciar a este lobo hambriento.

José era un hombre corpulento que parecía más grueso de lo que era en realidad. Manos grandes, pies que no desmerecían a sus manos y cara de niño travieso. Le sacaba una cabeza a John y entre los dos me convertían en un habitante más de la ciudad de Lilliput.

—¿Te puedes creer que se ha puesto a dieta? — dejó caer John mientras José obviando su comentario, se cruzaba de brazos en el umbral de la puerta mirándole como si, efectivamente, hasta ese preciso instante no se hubiera fijado lo suficiente en él.

—Joder, tío— parpadeo varias veces como si quisiera despejar la vista—. ¿De dónde demonios has sacado esa camisa? — John se irguió para que se le viese mejor.
—¿Te gusta?
—¿Qué son avestruces? ¿Moradas?
—Son dinosaurios y son rojos.
—Sobre un fondo azul. Joder, eso no tiene arreglo. No me digas nunca dónde las compras. Ver muchas de esas juntas puede llegar a provocarme una epilepsia.
—Seguro que si te pones una de estas camisas tu novia te morrea sin compasión.
—¡Serás gilipollas!
José llevaba con su novia Marta tanto tiempo que parecían la prolongación el uno del otro y John, a pesar de ser un programador loco e inteligente enredado entre kilobytes, gigas y megas no se podía definir como un ser tímido con gafas de pasta negra y oculto en sus pensamientos. No. John era de esos hombres que al pasar obligaban a girarse para comprobar si lo que ves es cierto. Por su belleza griega y digamos que también por su extravagancia en el vestir. Pantalones negros siempre ajustados, camisas de colores llamativos con formas e imágenes a veces difíciles de encajar. En definitiva, no pasaba desapercibido.
Habíamos bajado las escaleras hasta llegar al habitáculo de la planta baja en la que se encontraban las máquinas vending y John rebuscaba en el bolsillo trasero de su pantalón unas monedas para meterlas en la ranura de la máquina dispensadora de café.
—¿Sigues tomando agua sucia o en uno de tus viajes has aprendido a tomar algo más original? — José le empujó y accionó el botón que haría que un café largo americano cayese en el vaso.
Atrincherados en el minúsculo espacio no se nos pasó por alto a ninguno de los presentes la imagen de la mujer que caminaba por el recodo del pasillo. Nos miramos cómplices con la esperanza de que no hiciera acto de presencia, pero el rumbo que tomaron sus pies nos hizo perder cualquier atisbo de esperanza.
—¡Ya se juntó la gallina con sus polluelos!
—Buenos días Karina— respondió José con una espléndida sonrisa que hacía moverse con dulzura las pecas que salpicaban su cara.
—¿Acabáis de entrar por la puerta y ya estáis tomando café? — dijo despectivamente.
—¡Qué sabrás tú! — murmuró John.
—Nos tomaríamos mejor un chupito de orujo, la mañana esta fría, pero es una lástima, la máquina no los dispensa— José tenía una verborrea infinita que utilizaba normalmente para embaucar a los clientes, pero en ocasiones, sobre todo cuando se dirigía a Karina, arrastraban un puntillo de acidez.
—Aquí se viene a trabajar, por si aún no os habéis dado cuenta.
—Dijo la sartén al cazó —el comentario de John provocó que le diera un codazo, aunque no evitó que nos mirara con un mayor desprecio.
—¡Podríais mostrar algo de respeto por vuestros compañeros!
—¿Acaso tenemos que pedirte permiso para tomar un café? — John no pudo contenerse y estalló provocando que Karina lo mirara de arriba a abajo.
—¿Perdón?
—¿Te molesta que tomemos un café?
—Vengo desayunada de casa. No necesito bajar a este antro.
—A lo mejor el problema no es el sitio. A lo mejor el problema es que no tienes con quién tomarte un triste café.
—Y si tú no abrieses la boca seguro que te iría bastante mejor en Hoplan— sin duda la

contestación de Karina nos dejó a todos sorprendidos.
Por lo general, tendía a ser hiriente con todo el mundo menos con John. Siempre habíamos pensado que sentía cierta atracción hacía él. Para alguien como ella que se consideraba irresistible ante el género masculino ver que su anatomía no causaba estragos en él le debía escocer bastante. Dos guapos quedaban bien siempre juntos, pero esta vez, su melena rubia, sus ojos azules, su estilizada figura y el contoneo estudiado de su cuerpo no le había servido de nada. Quizás por eso, aquel había sido el día elegido para borrar esa raya invisible que la mantenía alejada de su sarcasmo haciendo una alusión directa a las discusiones, cada vez más frecuentes, entre John y el director general de Hoplan.
—Podemos irnos — interrumpí con acierto al ver que John guardaba en su lengua sapos y culebras dedicados a Karina.
—Oooh, me sorprendes, ¿vais a poneros a trabajar ya? — dijo Karina agitando el pelo como si estuviéramos ante un anuncio de champú.
—No se morderá la lengua y se envenenará— rumió John.
—Déjalo, no merece la pena. Disfruta tocando los cojones— le susurró José.
Que la paz se había alterado era más que evidente. La tensión en cuestión de segundos empezaba a palparse.
—¿Estáis hablando de mí? — se encaró Karina—. Porque podéis hablar en voz alta. No me va a sorprender nada de lo que salga de vuestras bocas.
—Siento desilusionarte, pero tenemos temas más importantes que tratar— respondí mientras me hacía hueco entre ella y la puerta.
—Algún día te vas a tragar tus propias palabras— la sonrisa que me dirigió me provocó un escalofrío —. La suerte, no es eterna.
Sus palabras sonaron como si fueran el fin de un plan previamente trazado, como la premonición de una bruja, papel que por otra parte le venía que ni pintado. Continuó su camino buscando la presa a la que había ido a buscar, dejando un halo de inquina y malas vibraciones a su alrededor.
—¡Será zorra! Siempre tiene que decir la última palabra— se desahogó John.
—Si no la insultas revientas— le reproché.
—Vamos *Sandra,* ¿¡te vas a poner ahora de parte de esa loca!?— intervino José.
—No tengo intención de hacerlo— dije golpeando con mi hombro la boca del estómago de José que era dónde a duras penas llegaba con mi estatura.
—¡No soporto sus aires de grandeza! —John comenzó a subir las escaleras mientras le seguíamos con nuestros cafés en la mano—. ¡Se piensa que el mundo debe pararse cuando a ella se le antoje!
—Ni tú ni nadie la va a cambiar a estas alturas.
—Lo sabes de sobra, John— acuñó José—. Hay personas que es mejor ignorar.
—Joder, pero que se guarde sus mierdas. No necesitamos que las remueva constantemente y nos deleite con sus pestilencias.
—¡Estás hecho todo un poeta! — no pudimos evitar reírnos.
—¡Venga ya, *Sandra,* es insoportable!
—Menos mal que la tenemos lejos que sino ya le había retorcido el pescuezo.
La jornada laboral de Karina transcurría en la zona que los tres habían acordado identificar como zona *feng shui,* en honor al silencio sepulcral que allí se respiraba. Casi parecía un sacrilegio oír el sonido de algún teléfono sonando o el sonido que los dedos hacían al caer en el teclado del ordenador. La zona de contabilidad era la más silenciosa de todo el edificio y el motivo era que ella estaba allí.

—Algo bueno tenía que tener no estar permanentemente aquí— José me miró cómplice.
—Una mierda, ¿quién quiere vuestro *jet lag*? Tenéis que tener auténticas pesadillas porque no sabéis dónde os levantáis por la mañana.
—¿Estás hablando de nosotros o eso es lo que te pasa a ti con más frecuencia de la que te gustaría? — como no podía ser de otra manera entre las aficiones de John se encontraba el cortejo de mujeres.
—¡Eres un capullo!
—Oh, desde luego. Soy una mariposa a punto de nacer. Gracias por el piropo.
—La mejor oficina es al aire libre— intervine—. Lugares nuevos, gente nueva...
—Menos lobos Caperucita. ¿Cuándo piensas sentar la cabeza y echar raíces?
—¿Pero a ti que te ha dado ahora? ¿Echar raíces? — a José le entró la risa floja—. Tío, esas palabras no te pegan nada.
—¿No es lo que tú haces? — me miró para continuar burlonamente—. ¡El amor le tiene tonto!
—¡Joder John, ya estamos, no tienes ni idea de lo que es enamorarse!
—Gozo del amor libre que es infinitamente mejor.
—Cualquier falda que ondee te es suficiente. ¡Eres un auténtico superficial!
—¡Eso es envidia chaval!
—¿Cuantos años tenéis? — me reí—. Parece que seguís compitiendo por ver quién la tiene más larga—los dos me miraron sorprendidos de que aquellas palabras hubieran salido de mi boca y se empezaron a carcajear.
—¿Qué es eso tan divertido?
Jairo Méndez apareció de la nada y sin que nos diéramos cuenta de su presencia. Al igual que José, era uno de los miembros del equipo de Proyectos, pero con una gran diferencia, era un tipo inteligente, sin embargo, no sabía trabajar en equipo y le encantaba mirarse el ombligo.
—Es una tontería sin importancia— traté de desviar su atención.
—No creo, *San—n*unca me habían gustado las confianzas que se tomaba conmigo—. Son como críos. Les encanta llamar tu atención— el comentario estaba totalmente fuera de lugar por lo que ambos le fulminaron con la mirada.
—Esta empresa tiene demasiados gilipollas por metro cuadrado— bufó John mientras José y yo tratábamos de contener la risa.
—¡Por fin habéis llegado! — El director general de Hoplan & Orleal Consulting a nuestras espaldas paralizó nuestras risas de cuajo.
—En realidad hemos llegado a la misma hora de siempre— José no titubeo al hablar, mientras el rastro de Jairo se desvanecía camino de su mesa por si se enturbiaba el ambiente.
—Teníamos unos cuantos temas urgentes que tratar— John dejó traslucir ese punto de rebeldía difícil de controlar que le había traído más de un quebradero de cabeza con quién ahora mismo tenía delante.
—Temas muy interesantes por lo que veo— dejó caer su mirada hacia los cafés que llevábamos en las manos—. Pasad a mi despacho. Yo también tengo varios temas urgentes que tratar con vosotros.

3

Alexandra Muller
Diez años antes

Aquel último verano íbamos a pasar las vacaciones en el refugio que mis abuelos tenían en pleno pulmón del Parque Natural de Posets—Maladeta en los Pirineos franceses, pero ese viaje nunca llegó a materializarse. Tal vez ese fuese el motivo por el que sentía la necesidad de ir allí, aunque en realidad no lo sabía. Simplemente se había convertido en un pensamiento recurrente cada fin de semana desde hacía un año. Era como si aquello formara parte de algún ritual inexplicable que yo misma había creado.
Durante el último año, hubo momentos en los que me dejé vencer. No hui de esa sensación, sino que la alimenté. Me rebocé en ella. Como si con ello, la costra cada vez se pudiese hacer más gruesa afectando menos, pero no era capaz de conseguirlo.
No podía dejar de sentir.
No encontraba la fórmula para anular todas las ramificaciones nerviosas de mi organismo.
No sabía como ahogar las emociones para que ellas no me ahogasen a mí.
No sabía como borrar de un plumazo todo lo que no me permitía vivir como a un ser humano normal y corriente.
El psiquiatra al que prácticamente me habían obligado a ver a diario decía que tenía que huir de comportamientos masoquistas, pero me era indiferente. En realidad, pocas cosas me importaban en esos momentos. Los días se habían convertido en rastros de tiempo que iban avanzando en busca de un objetivo que no llegaba nunca. En rutinas marcadas que no dejasen divagar a mis pensamientos. Vivía dentro de un túnel en el que prácticamente solo oía mis ruidos internos, no necesitaba nada más, o al menos, eso creía. Repetía mis días en bucle con el único afán de llenar de una vez por todas, ese agujero que tenía dentro que me devoraba día tras día, pero con la llegada del periodo estival la ocupación de ese tiempo se presentaba prácticamente insalvable. El verano se aproximaba demasiado deprisa convirtiéndose para mí en una absoluta tortura. Necesitaba actividades que me permitieran actuar como un autómata evitando el suplicio de ver como la gente a mi alrededor era feliz, mientras a mi cada vez me costaba más llenar con aire limpio los pulmones sin que la respiración fuese cada vez más trabajosa. Sin duda, por raro que pudiera parecer, el verano era la estación del año que más odiaba, porque era la época en la que se hacía más patente lo sola que estaba. El buen tiempo era, en definitiva, el mayor de mis miedos. Aquel que no sabía como vencer. Aquel para el que no había encontrado aún la fórmula que evitase el sufrimiento y la llegada masiva de días llenos de recuerdos dolorosos.

Eran las cinco de la madrugada cuando llené la mochila con todo lo necesario para sobrevivir en la montaña. Aquello que mi padre tantas veces me había indicado que era necesario e imprescindible para disfrutar de uno de los entornos más maravillosos que nos brindaba la naturaleza. Repasé, moviendo el interior de la mochila, el contenido que tan memorizado tenía para comprobar que no faltaba nada. Ropa de montaña, manta térmica, saco de dormir, linterna, silbato, navaja multiusos, cerillas, botiquín, mapa de la zona.
Habíamos ido tantas veces… Juntos. Los cuatro.
Me até las botas que ya empezaban a envejecer por el uso, me puse las gafas de sol y calé en mi

cabeza el sombrero de explorador color caqui que todos teníamos y que mi madre, se había encargado de marcar con nuestras iniciales. C de Cedric para papá, B de Belmont para mi hermano, A en color rojo para mí y en azul para ella. Esa fue la manera que mi madre Ainne, tan metódica y ordenada como siempre, había utilizado para diferenciar la vocal que compartíamos en nuestros sombreros. Pasé por la cocina para recoger la comida y la bebida que tenía preparada y antes de cerrar la puerta de casa metí, como siempre hacía, mis imprescindibles en el bolsillo lateral izquierdo de la mochila, teléfono móvil, GPS, pañuelos, bolígrafo y papel.

Después de horas de viaje en un día tremendamente despejado que amenazaba con torturarme por el excesivo calor, conseguí llegar a las faldas del Valle de Estós. Si mis padres me hubieran visto se habrían llevado un disgusto porque el final del trayecto lo había hecho en autostop. Desde aquel día me había vuelto algo kamikaze. Parecía tener un especial interés en rozar el peligro. Sin embargo, sabía que en esta ocasión no había corrido demasiado riesgo. El autóctono de la zona que me recogió en su furgoneta parecía de fiar y por fin estaba en la falda de aquella montaña poderosa que tanto me gustaba y tan pequeña e insignificante me hacía sentir. Me recordaba que era un grano de arena insignificante frente a una enorme mole de piedra que podía acabar conmigo de un soplido, rompiéndome en mil pedazos si no pisaba firme.
En un alarde de estupidez decidí no seguir el sendero perfectamente definido para llegar al refugio. Era un camino conocido que habíamos recorrido la familia infinidad de veces, pero quise complicarme las cosas cansando a mi cuerpo y a mi mente al mismo tiempo. A primera vista la alternativa por la que había optado no parecía ni complicada ni arriesgada, solo tendría que ir apartando poco a poco la maleza en los sitios en los que se hiciese más frondosa con aquel utensilio improvisado que siempre construíamos cuando íbamos al monte. Ese utensilio que mi padre nos había enseñado a hacer pelando y despojando de hojas innecesarias la rama que considerábamos más fuerte de entre todas las que íbamos viendo. Como también nos enseñó que había que ser como el niño de aquel cuento que dejaba migas de pan para que en caso de que hubiera algún problema pudiesen encontrar tu rastro fácilmente. Por eso, consultaba el GPS con frecuencia y dejaba señales de por dónde pasaba por si algo fallaba. Todas sus palabras se habían convertido en un maravilloso legado para mí.

El camino cada vez era más trabajoso lo que dificultaba la subida. En realidad, llevaba demasiado peso a la espalda como para subir sin que me faltase el resuello, por lo que me veía obligada a hacer más paradas de las que deseaba. Me resbalé en alguna que otra ocasión, claros indicios de que algo no iba todo lo bien que debería. Los rasguños en mis brazos y mis piernas, descubiertos por el excesivo calor, cada vez se hacían más visibles y me sentía cansada, pero esa era precisamente la sensación que buscaba.
El paisaje era maravilloso. Ningún objetivo, ninguna acuarela podía recoger aquella belleza y plasmarla. Sólo los ojos podían deleitarse con ella. Sentir un hormigueo por todo el cuerpo al contemplarla. Las nubes coronando la cordillera que se alzaba alrededor. El agua embalsada formando lagos de aguas azules. Las pinceladas verdes allá donde mirases. Una auténtica maravilla de la naturaleza que mis padres nos habían enseñado a disfrutar y a valorar por encima de cualquier bien material que pudiéramos tener a nuestro alcance. Fue por ello que llené los pulmones de oxígeno varias veces y cuando me sentí saciada de la pureza de todo lo que me rodeaba decidí que lo mejor era regresar al sendero.

La subida elegida cada vez era más cerrada y angosta. Estaba al límite de mis fuerzas y recordé que no había comido nada desde que había salido por la mañana. Empecé a

arrepentirme de la decisión que había tomado cuando la mochila no dejaba de engancharse una y otra vez en las ramas entre las que trataba de hacerme paso para llegar al camino. Sin duda no era la mejor opción, pero papá no estaba allí para reñirme ni Belmont podía revolverme el pelo como acostumbraba a hacer recordándome que era la pequeña de la familia y que aún me quedaba mucho por aprender, así que seguí adelante hasta que pasó lo irremediable.
Perdí el equilibrio.
El peso de la mochila hizo que mi cuerpo se ladease sin tener la fuerza suficiente como para enderezar mi posición lo que me llevó a caer ladera abajo.
No sé por cuanto tiempo.
No sé cuántos golpes sentí en mi cuerpo. Solo recuerdo un dolor espantoso en cada rincón de él hasta que se apagaron mis sentidos fundiéndose todo a negro.

4

Alex

En cuanto Francis se giró camino de su despacho simulé que agachaba las orejas mientras seguía al jefe ante la mirada cómplice de John y José.
Los tres reímos en silencio.
Al llegar a la puerta ninguno rechazamos el gesto caballeroso del director que nos cedía el paso para entrar, pero antes de que pudiera cruzar el umbral, Karina apareció como de la nada invadiendo mi espacio y provocando un choque entre ambas que claramente era intencionado.
—Espero que te deje claro que no puedes actuar como si fueras una adolescente saltando de mesa en mesa— susurró—. Nos dejas a todos en evidencia— puse los ojos en blanco y entré en el despacho sin dejar salir de mi boca ninguna de las maravillas con las que me hubiera apetecido responderla. Lo mejor era no montar ningún *numerito* delante del jefe.
Una vez dentro observamos con sorpresa como Karina nos seguía para tomar asiento en la mesa redonda de cristal en la que el director solía reunirnos. El resto nos quedamos paralizados por lo que Francis nos invitó amablemente a tomar asiento con un gesto. Cerró la puerta en busca de mayor confidencialidad y se giró hacia nosotros.
—¿Qué es eso tan urgente que tenías que contarnos? — espeté sin darle tiempo a que se reuniese con nosotros.
—¿Tiene prisa, señorita Muller? — el tono que utilizó no me gustó, aunque a decir verdad yo tampoco había sido muy amable. Supongo que la sola presencia de Karina incrementaba la velocidad de mi torrente sanguíneo aumentando sin remedio mi ritmo cardíaco y sobre todo mi mal humor.
—En realidad, tengo mucho trabajo acumulado— me excusé— necesito ir despachando temas.
—Nadie lo diría, Muller, hace unos minutos charlaba amigablemente con sus compañeros— Karina me lanzó una mirada de triunfo que me aceleró aún más el pulso, pero inmediatamente noté los cálidos dedos de John por debajo de la mesa que me palmeaban el muslo en un claro gesto que indicaba que debía tranquilizarme.
Tenía que haber una razón lógica para que ella estuviera allí.
Francis nunca se equivocaba.
Los años trabajando junto a él nos lo habían demostrado.

Hoplan & Orleal Consulting había aparecido en mi vida en el momento en el que más lo necesitaba. Por aquel entonces mis días funcionaban en forma de bucle, se repetían una y otra vez. Las mismas personas, las mismas acciones, las mismas calles. Que todo se mantuviese imperturbable a mi alrededor me hacía sentir que lo tenía bajo control.
Era más fácil vivir así.
Era seguro.
Recordar que el peligro me acechaba y estaba sola para defenderme se había convertido en una de mis prioridades, pero llegó un momento en que empecé a ahogarme en mis propios miedos. Sin tener a nadie a quién recurrir, sin tener un motivo por el que seguir adelante. El único aliciente que encontraba era la venganza, el odio y el rencor que poco a poco me estaban minando y destruyendo sigilosamente. Entonces, cuando estaba a punto de tirar la toalla, encontré un punto de apoyo sobre el que empezar a cimentar mi historia: Francis Brun, el

director general de Hoplan & Orleal Consulting.
Le conocí en París. En mi último año de carrera. Asistí a un ciclo de ponencias a las que acudieron grandes empresarios de diferentes sectores, reconocidos a nivel nacional e internacional entre los que se encontraba él. Me había documentado localizando noticias y recortes de periódico en los que se le mostraba como "el nuevo revolucionario del mundo de la consultoría en Formación y Desarrollo de Recursos Humanos". Un hombre que cansado de prestar servicios en distintas empresas sin llegar a sentirse plenamente realizado decidió convertirse en empresario. Su esfuerzo le llegó en forma de éxito. No solo consolidándose en el sector sino convirtiéndose en un auténtico referente. Los años y la experiencia en sus anteriores trabajos, le sirvieron de mucho para conseguir el prestigio del que disfrutaba. Llegó a estar rodeado de premios y galardones. Acudió a fiestas y eventos en los que se peleaban por conseguir su presencia porque sabían que atraería a más gente, pero él nunca les dio demasiada importancia. Lo consideraba un reconocimiento al trabajo de su equipo y un impulso para seguir adelante, tenía la fiel creencia de que los premios no engrandecían a las personas, sino que eran las propias personas quienes dignificaban o ensombrecían cualquier tipo de reconocimiento. Por eso, le sobraron escasos diez minutos para convencerme de que se podía ser el mejor en cualquier negocio sin necesidad de dañar a los competidores.
—Es necesario respetar determinados espacios y convivir mediante alianzas— dijo—. La unión entre empresas puede proporcionar el crecimiento de ambas. Sin embargo, si la avaricia llama a la puerta de alguna de ellas e incumple los acuerdos fijados puede provocar la caída en picado y desequilibrar el sistema. Por eso, es muy importante controlar, tanto en la vida como en los negocios, el nivel de codicia que cada ser humano lleva dentro.
Mi ingenuidad me hizo mirarle como a un todopoderoso.
—No debéis olvidar nunca, que todos, hasta los grandes magnates de los negocios, son simples mortales guiados por sus instintos, con las mismas fortalezas y debilidades que el resto. Se levantaban cada mañana luchando por conseguir esa parcela de oxígeno que les permita seguir respirando.
Era imposible no quedarse obnubilado con su verborrea y su presencia, en aquel auditorio que recorría por los pasillos sin importarle abandonar su atril poniéndose al mismo nivel que todos los que estábamos escuchándole.
—No es necesario que escribas todo lo que digo. Muchas de esas cosas que plasmas en tu bloc de notas ya las sabes, pero están dormidas en algún lugar de tu mente. Yo solo las he despertado.
No entendía como aquel Dios de los negocios se estaba dirigiendo a mí. Una… mindundi que tomaba apuntes como loca para cubrir su escasez de conocimientos. Por eso, mi respuesta estuvo a la altura de mi estupidez y mi falta de plenitud mental en aquel momento.
— Di… digamos que usted tiene razón—recuerdo perfectamente que tartamudeé—. Di...digamos que mi mente se ha despertado con sus palabras. ¿No cree que lo mejor es que no pierda ni un punto ni una coma por si me vuelvo a dormir?
El auditorio estalló en carcajadas lo que hizo que pudiese mimetizarme de inmediato con el rojo de los asientos, pero para él, que no esperaba aquella respuesta, por algún motivo que aún no llego a entender, le agradó y a los pocos días recibí una llamada. Había pedido en la facultad mis referencias. Quería darme la oportunidad de formar parte del nuevo proyecto empresarial que tenía en mente. Para ello, tendríamos que abandonar Francia por un tiempo y ubicarnos en la capital de España, en un edificio histórico de principios del siglo XVIII ubicado en pleno centro de Madrid.

La decisión de seguirle me ayudó a poner distancia con el pasado. Instaurando kilómetros entre los recuerdos que tanto daño me hacían y soñando con una nueva esperanza en otro lugar.
En otra ciudad.
Con otras costumbres.
Con otra gente.
Muchos fueron los que no dieron crédito a lo que pasó después, y mucho menos pudieron encajar que Hoplan & Orleal Consulting se convirtiese en el gigante que todo el sector empezó a temer. Mientras para unos era el temido monstruo que todo lo podía para mí fue un aliciente lo suficientemente importante como para que levantarme cada mañana tuviese sentido.
Francis Brun había conseguido que sintiese cada resquicio de la empresa como algo propio que tenía que defender hasta la extenuación. Por eso, me gané a pulso mi posición en ella, aunque la cara aniñada y mi complexión delgada no ayudaron en demasía. Hubo quienes creyeron que no podría soportar la presión, la responsabilidad, la toma de decisiones, pero, aunque el miedo seguía teniendo demasiada influencia en mi persona mis muros se hicieron sólidos. Después del golpe que había recibido con tan solo dieciocho años, si algo tenía claro, era que lo que tenía delante no era imposible para mí. Lo convertiría en un lugar seguro y sería mi salvavidas particular.

—Muller, ¿tiene algo más que decir? — su voz me hizo retornar a aquel momento.
—No, la verdad es que no— evité mirar a Karina y me detuve en Francis que se sentaba con nosotros—. Últimamente viajo demasiado y creo que el cansancio me está afectando—él carraspeo antes de contestar.
—Me temo que va a tener que seguir haciéndolo, Muller. Tiene un viaje programado a Berlín— mi cara reflejaba sin ningún rastro de duda extrañeza.
—¿A Berlín?
—Eso he dicho.
—¿Ha surgido algún nuevo cliente?
—No.
—¿Entonces?
—Tendrá que acudir a una cita que tiene programada el próximo miércoles.
—¿Es una broma?
—En absoluto.
—¿Qué es lo que sucede?
—Logical Community— todos rectificaron su posición y se irguieron al unísono en sus sillas.
—¿Logical Community? —repetimos los tres al mismo tiempo, mientras Karina nos miraba con atención.
Logical Community era uno de esos imposibles que llevábamos años persiguiendo.
—Si, eso he dicho— afirmó el director general de Hoplan.
Por muy jefe que fuera y por mucho aprecio que le tuviera, a veces podía llegar a exasperarme su actitud. La costumbre que tenía de dosificar la información hasta el extremo me frustraba hasta límites insospechados.
—La semana pasada cuando me reuní con ellos tuve la misma sensación de siempre.
—¿Qué sensación?
—No les interesamos.
—¿Está segura?
—Por supuesto que lo estoy. No creen que seamos capaces de ofrecerles nada que esté a su altura.

—¡Esta chica es tonta! — rugió Karina.
Por un momento creí que Francis le llamaría la atención, pero debió de ser producto de mi imaginación, porque no llegó a suceder nada parecido, siguió hablando como si aquella falta de respeto hacia mi persona no se hubiese producido.
—Está claro que no los conoces tan bien como crees— continuó malmetiendo.
—¡Tú qué sabrás! —bufó John ante la pasividad de Francis a los comentarios de Karina.
—Está perdiendo facultades— insistió con malicia—. Tanto viajecito está anulando el poco sentido común que le quedaba— la fulminé con la mirada.
—¿Pueden controlar sus impulsos, señores? Es algo fundamental en la vida si quieren prosperar — me moví inquieta en la silla.
—¿Por qué quieren vernos ahora? —insistí tratando de evitar dar mayor protagonismo a los comentarios maliciosos de aquella bruja.
—Porque sus dotes persuasivas han funcionado— la palabra que me definía en ese preciso instante era incredulidad—. Tiene motivos más que de sobra para estar orgullosa del trabajo que ha realizado. Parece que la semilla ha germinado— me resistía a creerlo—. ¿Le pasa algo, Muller?
—Estuve allí. Volví a ver sus reticencias para trabajar con nosotros.
—Algo distinto habrá hecho esta última vez— respondió con serenidad.
—Nada. No he hecho nada diferente del resto de veces que los he visitado.
—Le estoy diciendo que por fin ha conseguido que formen parte de nuestra lista de clientes V.I.P. Que todo su esfuerzo está dando frutos. ¿Por qué no puede creerlo?
—Porque siempre le ha gustado hacerse la interesante — intervino Karina.
No sabes cuanto puedo llegar a odiarte— pensé mientras la sonreía cínicamente.
—Trabajan con una multinacional.
—¿Eso supone algún problema? — me preguntó Francis.
—Lo que le pasa es que no le da la cabeza para llegar al final del día—abrí los ojos de par en par, mientras John se revolvió en la mesa. Esta vez fui yo quien trató de calmarlo devolviendo el gesto que él había tenido conmigo minutos antes apretando levemente su pierna por debajo de la mesa.
No nos convenía alterarnos.
A ninguno de los dos.
—Las emociones tienen un papel muy importante en todo lo que hacemos, Muller. Contribuyen a dar forma a nuestras preferencias y a nuestra manera de percibir la realidad— me costaba mantener su mirada—. Tenemos que estar muy atentos a todo lo que hacemos porque somos esclavos de nuestras propias decisiones si no elegimos bien, podemos equivocarnos. Veremos delante de nosotros escenarios poco ventajosos cuando en realidad lo son— sus grandes y armoniosas manos acompañando sus palabras consiguieron distraerme por un momento de lo que parecía querer grabar a fuego en mi mente—. Hay múltiples variables que han podido intervenir en la decisión que han tomado. Una de ellas ha podido ser simplemente diversificar el riesgo en un entorno tan abrupto como el actual. Aprovechemos estas circunstancias y no las neguemos antes de aceptarlas— se levantó para dirigirse a la mesa de su despacho y sacar su agenda de un cajón.
—Se está convirtiendo en un charlatán de pacotilla—murmuró John a mi oído.
—Muller, quieren que sea usted quién lleve el proyecto.
—¡Enhorabuena! — corearon John y José al unísono.
—Señores, repriman sus impulsos— Karina mostró una nueva sonrisa de triunfo.

Pensé que era una suerte no haber desecho la maleta aún, solo tendría que retirar las prendas sucias por otras limpias, aunque la idea de embarcar de nuevo en un avión no podía apetecerme menos en ese preciso instante.
—El director comercial estará en Berlín esta semana y quiere dejar resuelto el contrato. Los parámetros son los que habéis tratado en la última reunión que mantuvisteis en Barcelona. Su vuelo y la reserva de hotel está gestionada. Tiene en la bandeja de entrada de su correo electrónico toda la información que necesita— mis manos se movían más de lo que quería a causa del nerviosismo. A estas alturas ya tenía que estar acostumbrada, pero la responsabilidad de que todo saliera bien pesaba como una losa.
—Supongo que no nos ha reunido a todos aquí para hablarnos únicamente de Logical Cominity — Karina se dirigió de forma airada a Francis que pareció no inmutarse.
—No, efectivamente hay algo más que quiero decirles—se interrumpió así mismo y camino de nuevo hacia la mesa de reuniones sin llegar a sentarse—. ¿Muller? — quiso captar mi atención al verme distraída en mis elucubraciones.
—Si, si perdón, continúa.
—Necesito que investiguen a un nuevo posible cliente. La compañía responde al nombre de Serp@. Os he enviado la poca información de la que disponemos. Está en vuestros correos electrónicos.
—Sacamos información de todos nuestros clientes antes de ofrecerles cualquier proyecto nuevo — intervino José—. ¿Por qué este es diferente?
—Eso quiero que lo averigüen ustedes. Smyth, Rodríguez...— los miró simultáneamente desde su posición—, necesito que se coordinen con Muller y visiten esta semana Serp@. Es necesario que recaben toda la información que les sea posible y nos la reporten a Karina y a mí.
Mierda. ¿A Karina? ¿Por qué?
—¿Les supone algún inconveniente? —nuestras caras no le pasaron desapercibidas. La sorpresa se reflejaba claramente en ellas, pero nuestra respuesta fue el silencio.
—De acuerdo, si no tienen nada que decir pueden irse a sus puestos de trabajo.
Cuando nos levantamos en dirección a la puerta tocó mi hombro para pedirme que me quedara unos minutos más. La puerta se cerró dejándonos a los dos dentro.
—¿Qué le pasa? — me abordó Francis.
—Nada.
—¿Nada? Debería haberse hecho al menos la sorprendida si quería engañarme— pensé que me leía el pensamiento más de lo que me gustaría—. ¿No se alegra de la decisión que ha tomado Logical Community? — se dirigió hacia su mesa sentándose con tranquilidad. Alineó metódicamente los papeles y los bolígrafos que había dispuestos sobre la superficie, en eso se parecía inevitablemente a John, ambos tenían el mismo T.O.C.—. El esfuerzo en la mayoría de las ocasiones tiene sus recompensas.
—Entonces, agradecería que me subieras el sueldo—pude intuir una leve sonrisa en su rictus ante el comentario que acababa de escuchar.
—Empecemos de nuevo, señorita Muller.
—No hay nadie en el despacho. Podemos tutearnos— Francis ignoró mi comentario.
—¿Qué es lo que le preocupa?
—¿Estamos o no estamos hablando en serio?
—Llevo hablándol*e* en serio desde que ha entrado por esa puerta— respondió acercándose a la superficie de la mesa para minimizar la distancia que nos separaba —. Creo que va a tener razón. La solución a sus problemas va a ser pasar una temporada afincada en Madrid sin que le distraiga

el aire de otras ciudades— abrí los ojos tanto que el aire me hizo daño y tuve que cerrarlos de inmediato.
—Una temporada... ¿Como cuánto? — Francis se rio a mandíbula batiente.
—¿No le gustaba viajar?
—Si…no. Bueno…solo es que me acuesto y me levanto en sitios distintos con demasiada frecuencia— Francis se reclinó en la silla y me observó detenidamente—. ¿Me quieres hacer caso?
—Eso estoy haciendo.
—¿Sí? ¿Y no te doy pena? — pregunté apoyando mis manos sobre la mesa acercando mi cuerpo hacia él para cerciorarme de que me escuchaba realmente.
—Ninguna—dijo totalmente calmado—. No me da ninguna pena.
Francis tenía la capacidad de llevarme a extremos. Había momentos que tenía ganas de explotar como si fuera una olla a presión. No sé si se trataba de un juego. Un pasatiempo. Una tomadura de pelo, pero a veces me daba la impresión de que me estaba poniendo a prueba constantemente.
—No entiendo a qué vienen estas lamentaciones. Hace un momento bromeaba con sus compañeros si no recuerdo mal, viajar era maravilloso, conocer lugares nuevos... ¿Cree que ahora va a convencer al jefe de que no le gusta lo que hace? — noté que el calor subía por mis mejillas.
—¡Debería estar penado escuchar detrás de las puertas! — contesté ofuscada mientras a mi mente venían imágenes en las que le revolvía el pelo que siempre llevaba pulcramente peinado y engominado, hasta convertir su cabellera en la viva imagen de un león, con el único afán de fastidiarle de alguna manera, pero en lugar de eso, simplemente suspiré dejándome caer en el respaldo de la silla.
—¿Más tranquila?
—¡Te tiraría cualquier cosa que encontrase a mano!
—¿Así espera que le suba el sueldo?
—¡Vas a tomarme en serio de una vez!
—Sí, dígame de una vez por todas que es lo que le preocupa.
—¿Por qué tenemos que investigar a ese nuevo cliente?
—Eso está mejor—Sí, había sucumbido a sus deseos. No sé como lo hacía, pero siempre conseguía que le confiase todas mis preocupaciones—. Simplemente, lo investigaremos porque forma parte de nuestro trabajo.
—Venga ya. No me marees— pareció ceder. A veces yo también conseguía que fuera sincero conmigo.
—En realidad, es una sensación. Como cuando te encuentras un papel encima de la mesa que sabes que no estaba ahí antes. Sabes que alguien espera que lo leas, aunque no sepas de quién se trata. Por eso, necesito saber que hay detrás de esa empresa.
—¿Y Karina? ¿Qué tiene que ver ella con todo esto?
—Por fin eres del todo franca, Muller.
—No entiendo que tiene que ver Karina con todo esto. ¿Por qué tiene que participar en el proyecto que iniciemos o no con Serp@? — no pude reprimir mi malestar—. No entiendo como puedes hacerla partícipe de las nuevas contrataciones que hagamos. Hace años que quedó claro que no trabajaría en ningún proyecto en el que estuviese ella.
—También participan John y José.
—No me tomes por tonta. ¿Por qué quieres hacerla partícipe de lo que averigüemos?
—Porque necesito que se sienta parte integrante del proyecto.

—¿Por qué?
—Porque necesito evaluar su reacción.
—¿Te fías de ella? — Francis se mantuvo en silencio—. ¿Me vas a decir qué está pasando?
—Creo que nuestra conversación ha terminado por hoy.
—¿Por qué me ocultas lo que sucede?
—Haced el trabajo que os he encomendado. Con eso me daré por satisfecho.

5

Alex

Me dejé caer en la silla frente a la mesa de mi despacho y suspiré confusa. Sentía una presión en el pecho que no se iba fácilmente. Con los años había aprendido a sobrellevar la ansiedad que me producía la incertidumbre enfrascándome en alguna actividad que ocupase el mayor porcentaje de mis neuronas activas. Por eso, después de la conversación que acababa de mantener con Francis pensé que lo mejor era centrar mi atención en la carpeta de fuelle roja que tenía sobre la mesa. El montón de papeles que contenía cada vez la hacían más gruesa, lo que suponía que la lista de pendientes no dejaba de crecer. No iban a ayudar a su mejoría, el viaje a Berlín que tendría que incluir en mi agenda, ni tampoco lo haría esa empresa, Serp@, que parecía tener algún tipo de misterio oculto que nos habían encargado descifrar. El continuo trasiego que tenían mis días me obligaba a dejar de lado cosas que eran importantes, como por ejemplo mirar un coche. Llevaba año y medio tratando de encontrar el momento, pero siempre había algo que me hacía posponer la decisión de volver a moverme libremente por la ciudad. Mi viejo Golf blanco con su carrocería salpicada de pequeñas pecas de óxido había pasado a mejor vida. *S*e había convertido irremediablemente en el anciano de avanzada edad al que los años habían agarrotado. Sin embargo, no podría estar entre mis prioridades más inmediatas, mientras que si lo estaba ver a Rocío antes de volver a embarcarme en un avión. Era de vital necesidad encontrar unos minutos para saludar a mi compañera de piso o acabaríamos convirtiéndonos en auténticas desconocidas. Trabajaba en el hotel que se encontraba a escasos cien metros de las oficinas de Hoplan & Orleal Consulting, el hotel en el que me había alojado cuando pisé por primera vez Madrid y ella se convirtió en aquellos días en la brújula que llenó de caminos y lugares conocidos una ciudad totalmente desconocida para mí, pero ahora debía centrarme en reducir el contenido de aquella carpeta para tachar de mi agenda el mayor número de tareas pendientes o lo lamentaría el resto de la semana.

Cuando levanté la vista para mirar las manillas del reloj que presidía una de las paredes del despacho marcaba las cuatro menos veinte. Había estado toda la mañana trabajando y no me había acordado ni de parar para tomarme un descanso. A esas horas posiblemente sólo quedasen unos pocos en la oficina, pero no me paré a comprobarlo. Al salir del despacho eché un vistazo a *Esperanza,* la palmera se había convertido en una especie de amuleto para los que habíamos visto nacer Hoplan. No me gustó comprobar que su aspecto era bastante lastimero. ¿Podía ser una premonición? Decidí desechar aquel pensamiento. El ronroneo de mi estómago era más fuerte que cualquier posible mal augurio, por lo que no era mala idea dejarse caer por el cuarto de las máquinas de autoservicio. Seguro que encontraba algo para saciar el apetito, aunque a priori supiese con certeza que no iba a encontrar nada demasiado suculento. Al llegar, estuve tentada de darme la vuelta más rápido de lo previsto. Después de revisar las cuatro máquinas que allí había no encontraba nada por lo que mereciera la pena pagar, pero cerré los ojos, suspiré y dejé caer unas monedas en la ranura para que cayera un sándwich. Me arrepentí de haberlo comprado al segundo bocado. Tuve que forzar un par de mordiscos para que mi estómago dejase de rugir, pero acabó con un trágico final en la papelera. Inevitablemente la imagen de mi madre me vino a la mente.

—¿Haciendo méritos, *San*? — inmersa en mis pensamientos no había visto llegar a Jairo. Su mirada gris a juego con su impecable traje y sus zapatos recién encerados me taladró.

—¿Qué has dicho?
—Digo que si estás haciendo méritos para estar mejor vista por el jefe— le miré con cara de pocos amigos.
A pesar de que era su jefa nunca me había tratado con respeto. Se sentía un ser superior a cualquiera de los que conformábamos Hoplan. No era necesario escarbar demasiado para encontrarse con un hombre que dejaba claras evidencias de que quería ocupar una posición importante en la empresa, que, por azares de la vida, no terminaba de llegar.
—Toda la mañana en el despacho y a deshora en la oficina da que pensar.
—No pienses tanto Jairo, porque tus pensamientos pueden darse la vuelta contra ti. Que sepa la jornada laboral es la misma para los dos.
—Bueno, bueno… esto es nuevo. ¿Contestas con sarcasmo?
—No he sido yo la impertinente.
—Estás demasiado irascible. Eso es que lo que quiera que sea que ha pasado esta mañana en el despacho de Francis no ha ido demasiado bien.
Tu qué sabrás.
Activé de nuevo la máquina. Ignorar a Jairo con un café muy cargado era seguro la solución perfecta. Me ayudaría incluso a hacer revivir mis papilas gustativas borrando cualquier rastro de aquel horrible sabor a plástico que me había dejado el sándwich.
—Quién calla otorga.
—¿Se puede saber qué es lo que quieres? —bufé.
—Veo que el buen rollo de esta mañana ha desaparecido. ¿No tienes quién te ría las gracias?
—¿Tienes algo más que decir? Porque la verdad no pienso quedarme más tiempo aquí escuchando tonterías.
—Pues mira sí. Si tengo algo más que decir— respondió altivo—. Cuando me envíes informes olvida tú parte racional y utiliza un orden más coherente. Aplícate el mismo cuento cuando me envíes archivos de cálculo, introduce un formato, de tal forma que cuando vaya a imprimirlos no tarde diez minutos en hacerlo porque no hay cosa que más me fastidie que la incompetencia— siempre había creído que Jairo sería capaz de hacer cualquier cosa, por ruin que fuese, si con ello conseguía medrar en el trabajo. Lo sufría cada día. Intentaba puentearme constantemente. Eso, añadido a que no soportaba que una mujer le diese órdenes, estaba haciendo que últimamente sobrepasase la línea roja con demasiada frecuencia.
—¿Tardas diez minutos en darle formato? Eso te enseño a hacerlo en dos— intenté contener mis impulsos de mandarle a freír gárgaras descaradamente.
—Es que no quiero que me enseñes quiero que me los envíes tú con formato predefinido.
—Ya. Entiendo. También querrás que te lleve el café a la mesa, que te haga las fotocopias… ¿Estaría bien, ¿verdad? — chasqueé la lengua—. ¿Sabes qué? Empiezas a cansarme. Hasta el momento quién tiene un despacho en la empresa con su nombre en la puerta soy yo y en el contrato que tengo firmado no dice nada de que tenga que atender tus peticiones expresas y la lógica que tú determines. Así que, tendrás que conformarte con lo que te mande hacer. Si no te gusta, pide un traslado. Creo que te vendría de maravilla.
—¡Hola gente! — los dos nos giramos hacía José que entraba por la puerta sin ser consciente de la tensión que allí se mascaba.
—Que pronto venimos todos hoy, ¿eh? —ninguno respondió—. Solo caben dos opciones, no nos gustaba el menú que teníamos para comer en casa o estamos hasta la bandera de trabajo —se fue directo a la máquina de café—. ¿Ha pasado un ángel o tenéis algún secreto inconfesable entre manos?

—Díselo a tu jefa Alexandra, al parecer guarda unos cuantos— Jairo salió del cuarto con cierta arrogancia mientras sentía que me arrugaba como una pasa al escuchar mi nombre. Le hubiera arrancado los pelos de la cabeza uno a uno.
—¿Qué mosca le ha picado?
—Esperaba que me lo dijeras tú.
—¿Yo?
—No sé, déjalo, solo es que me ha parecido más insoportable de lo habitual.
—Es probable que sea consecuencia de algún embrujo o hechizo malvado…
—¡Qué dices!
—Pasa demasiado tiempo con Karina y se está convirtiendo en un ser perverso— respondió con voz tenebrosa buscando algún efecto en mí, pero lo único que consiguió fue que le diera unas palmaditas en la espalda y le enfilara hacia las escaleras para subir de nuevo a trabajar.
Poco después de las siete, la gente empezó a desfilar por los pasillos. El ajetreo y las conversaciones en un tono más elevado, se dejaban sentir con fuerza. John había estado toda la tarde en el despacho de Francis, así que cansada, esperando abrazar la cama pronto, me despedí de la gente que aún quedaba allí rematando algún tema. Normalmente utilizaba las escaleras para moverme por el edificio, cualquiera que me conociese lo sabría, pero al abrirse las puertas vi asomarse a Germán, el vigilante de seguridad del edificio, por lo que me acerqué a él.
—Oh, oh...— canturreé al comprobar que me miraba con cara de reproche—. Me temo que me toca reprimenda.
—Otra vez más no ha seguido mis consejos. Apenas ha dedicado tiempo para comer y ha vuelto a subir a trabajar.
—¿Ahora me espías? — le respondí en tono burlón.
—Es mi trabajo, pero con usted es difícil no hacerlo— me hablaba con tanta ternura, que siempre que coincidía con él buscaba el modo de que cruzáramos unas palabras porque encontraba en Germán cierta similitud con los consejos que me hubiera dado mi padre. Solo yo sabía lo que le echaba de menos—. Debería cuidarse más si no va a acabar enfermando.
—Gracias Germán. Tiene razón, ya sabe, a veces se me va el tiempo. Tengo que pensar en ponerme una alarma o algo así.
—Cene bien y no tarde en acostarse.
—Lo prometo— me reí—. Trataré de seguir sus consejos al pie de la letra.
— Buenas noches, *Lady Muller*.
— *Buenas* noches, *Sir Germán.*
Al subir los dos peldaños que daban acceso al interior del hotel el mecanismo de presencia hizo que las puertas se abriesen permitiendo que la risa inequívoca de Rocío llegase a mis oídos. Se encontraba en el mostrador de recepción atendiendo a un cliente por teléfono. Al oír el sonido que accionaban las puertas se giró y agitó su regordeta mano haciéndome señas para que me acercara.
Rocío era una de esas personas que inexplicablemente te hacía quererla desde el momento en que la conocías. Por eso, formaba parte del club selecto de amigos que John había tenido la iniciativa de formar. Apenas llegaba al metro sesenta, era una mujer con curvas, como le gustaba definirse, de las que tienen culo y pechuga, según sus propias palabras, la vida no era nada sin carne para agarrar. Tenía los ojos color caramelo y lucía siempre el pelo corto teñido de rubio platino. Por comodidad, decía, pero luego se pasaba horas retocándose el tinte. Llevaba las uñas de colores demasiado llamativos para una mujer a punto de cumplir los treinta y cuatro, pero eso a ella la traía sin cuidado. Las modas no iban con ella. Respetaba el uniforme de trabajo, pero cuando las

puertas se cerraban tras de sí, lucía las combinaciones más extravagantes que se le pudiesen ocurrir y no sé como lo hacía, pero todas ellas la hacían parecer fascinante. Era preciosa, y no tenía nada que ver con su aspecto físico porque su belleza se la proporcionaba su confianza en sí misma. No necesitaba la aprobación de nadie para sentirse mejor. Era envidiable. A veces, hubiera deseado un poco de esa fuerza para mí.
Mientras esperaba para hacer tiempo hasta que se liberará busqué el móvil en el bolso. Aún tenía una llamada pendiente por hacer, pero justo en el momento en que pensé en volcar su contenido sobre la mesita de recepción para localizarlo Rocío colgó el teléfono y rodeó el mostrador a toda velocidad para fundirse en un abrazo que casi me dejó sin respiración.
—¡No me digas que estás otra vez de vuelta! —su entusiasmo hizo que casi cayéramos las dos al suelo. Cuando conseguimos recuperar el equilibrio me dio un sonoro beso en la mejilla.
—¿Pero me había ido? —ambas reímos.
—No sé como aún puedo seguir echándote de menos cuando no estas en casa— Rocío dio dos pasos hacia atrás agarrando mis manos y extendiendo mis brazos para ver mejor. Era la segunda persona que lo hacía aquel día—. ¿Qué has hecho estos días? Cada vez te pareces más al palo de una escoba— me mordí la lengua para no contestar—. En serio, dile a tu jefe que te pague mejor las dietas. No te dan para comer bien— tarareó mientras contoneaba sus voluptuosas curvas de nuevo hacia el mostrador—. ¡Así no vas a ligar nunca!
—No necesito ligar.
—No, si ya sé que lo tuyo es vestir hábito.
—Tengo…
—Bla, bla, bla… — Rocío se carcajeaba al hablar—. Mira bonita, te lo he dicho muchas veces. O te has inventado que tienes novio para distraer nuestra atención porque a ti lo que de verdad te pasa es que te van las mujeres o ese tío está tan sumamente bueno, que lo que quieres es mantenerlo lejos de mi vista para que no te lo levante.
—¡Estás como una cabra!
—¡Qué más quisieras! Voy a tener que emborracharte para sonsacarte algo porque el tema ya me empieza a preocupar.
La quería.
Imposible no hacerlo.
Era mi loca favorita.
—¿Y tú maleta? ¡Ya no eres cliente V.I.P. en el hotel! No podré ayudarte a buscarla si la has extraviado de nuevo.
—Llegué anoche.
—¿Y se puede saber dónde estaba yo para no enterarme?
—Calculo que en el quinto o sexto cielo.
—¿Y esta mañana?
—Volviendo del quinto o sexto cielo a la tierra— no pudo contener la risa.
—En el quinto o sexto cielo hubiera estado si el *Señor Picha Brava* se hubiera dignado a hacerme una visita, pero me ha tocado currar como imagino que ya te habrás dado cuenta.
No podía ser todo tan perfecto, el *Señor Picha Brava* representaba otro más de los puntos de chaladura que se alojaban en un rincón, no muy recóndito, de la cabeza de Rocío. Tenía la idea de que algún día se enamoraría perdidamente de un lord inglés que calzaría a lo grande. La fascinaba el acento de los ingleses, tanto que cuando se alojaba alguno en el hotel, trataba de entretenerle y darle conversación el mayor tiempo posible con el único afán de seguir escuchando aquel acento que únicamente sonaba almibarado para ella.

—Para compensar que no nos hemos visto en estos días podrías salir conmigo a cenar. Si el *Señor Picha Brava* aún no ha tenido el gusto de presentarse quién mejor que tú para sustituirle.
—¡¡El *Señor Picha Brava* no se ha presentado hoy porque es lunes!!
—¿Pasa algo los lunes que yo no sepa?
—¿Qué se trabaja al día siguiente...? — dije con sorna.
—¡Venga ya, hasta hace unos minutos pensé que iba a ser un aburrido lunes más, pero acabas de entrar por la puerta!
—Estoy hecha polvo. He tenido un día de locos. No he comido apenas. Tengo que intentar dormir algo porque ya no soy persona...
—Lo que necesitas es una buena cena. Mejorará bastante esa actitud lastimera que tienes— la fulminé con la mirada—. No me mires así. Si no comes, no hay alegría ni los lunes, ni los martes, ni siquiera los viernes. Mira si te soplo te caes al suelo—. Cuando iba a hacerlo me encaramé en el mostrador y le di un empujón—. ¡Ay, eso ha dolido! — dijo frotándose el hombro.
—¡Quejica! ¿A ver si la flojucha vas a ser tú?
—¡Hay que joderse con la gabacha, que pronto aprende…! Puedes pegarme cuanto quieras, pero la vida hay que disfrutarla— me quedé callada—. Lunes, jueves o sábado. ¡Vive cada día como si fuera el último! — se me hizo un nudo en la garganta—. ¡Piensas dedicarte en exclusiva a trabajar!

No, claro que no quería dedicarme en exclusiva a trabajar, pero el trabajo se había convertido para mí en la perfecta vía de escape a todos mis males.
—¡Qué me dices!
—Cuando te pones profunda eres imposible.
—¡Pues eso! ¡A buscar alicientes en la vida! El aliciente de hoy es una buena cena entre amigas — a la porra los buenos consejos que Germán me había dado hacía unos minutos.
—¿Puedo tener un pase V.I.P. y ducharme al menos? — Rocío me guiñó un ojo cómplice, mientras se alegraba de haber conseguido su propósito.
—Tengo fichado un restaurante al que quiero llevarte.
—Me fío plenamente de tus recomendaciones.
—Eso es porque no sabes que te uso de conejillo de indias. Toma las llaves del cuarto de aseo de los empleados. Tienes quince minutos antes de que levantemos sospechas.
—Podías ser más generosa y dejarme mi antigua habitación— dije dirigiéndome al cuarto de aseo que conocía perfectamente.
—El garito para las copas te dejo que lo elijas tú—me gritó mientras me alejaba—. Seguro que conoces algún sitio interesante en Madrid al que te lleva ese holograma que tienes por novio—no quise morder el anzuelo, pero me paré en seco al reparar del todo en lo que acababa de decir.
—¿También pretendes que nos tomemos unas copas?
—¡Carpe Diem amiga! — grito—. Para que una noche sea redonda tenemos que dar alguna alegría al cuerpo.
—¡Es LU—NES!
—¿Y…?
—Que mañana se TRA—BA—JA.
—¡Qué te acabo de decir! ¡Deja por esta noche las responsabilidades a un lado! ¡Pon alegría en tu vida que mañana será otro día…!
—¡No tienes remedio! Las copas las dejamos para otro momento. Dudo mucho que haya gente por la calle.

—¿Los franceses no sabéis aún que Madrid nunca duerme?
—¡Madrid nunca duerme, pero los franceses si!
—¡Doy fe y como un cesto! ¡La mitad de las veces tengo que avisarte para que llegues a tiempo a trabajar!
—Que haría sin ti.
—Llorar todos los días mi ausencia.
Sin saberlo me arañó el corazón.

6

Unax Zabaleta
Diez años antes

Aquel verano iba a ser el primero después de muchos en los que por fin iba a tener unas verdaderas vacaciones. Me había pasado demasiado tiempo enterrado entre libros de anatomía, biología celular, fisiología, inmunología, patologías y cirugía. En septiembre empezaría el MIR por lo que junto con Beiñat, que a diferencia de mi llevaba ya dos años disfrutando de unas vacaciones remuneradas, habíamos decidido pasar unas vacaciones en los pirineos franceses, para ser más exactos, habíamos reservado alojamiento en un albergue en el Valle de Estós en el Parque Natural de Posets—Maladeta. Salíamos a inspeccionar los alrededores cuando todo sucedió sin apenas tener tiempo para reaccionar.

—¡Joder, se va a caer!

—¡Qué dices tío, no veo a nadie! ¿No será algún rebeco pirenaico?

—¡No digas gilipolleces, Beiñat! Sé distinguir a una persona, sin cerebro, pero es una persona.

—¡No se ve nada con tanta maleza!

—¡Está allí! — apunté el lugar con la dragonera de uno de los bastones rodeando mi muñeca.

—¡Joder, joder... lo veo!

—¡La mochila, joder, la mochila se está enganchando en las ramas!

—¡Qué hace! — gritó alarmado al ver como se zarandeaba.

—¡Hostia, se cae! — el impulso de ambos fue echar a correr hacia la zona que segundos antes estaba señalando. Por desgracia no era la primera vez que nos veíamos en una situación parecida. No las buscábamos, pero había demasiada gente imprudente que cometía errores de principiante y se sometía a peligros totalmente innecesarios.

Estábamos cerca lo que nos permitió ver como el cuerpo rodaba por la ladera hasta topar de golpe con la densidad de la maleza que parecía haberlo frenado. En ese mismo instante dejamos de ver el cuerpo. Los dos rezamos mentalmente, aunque ninguno había dado señal alguna de ser creyente, en aquella ocasión, deseábamos por encima de todo que la historia no volviese a repetirse y la vegetación, causante de la caída, actuase como salvavidas amortiguando el golpe.

Teníamos experiencia en asistir a gente.

Quizás más de la que nos hubiera gustado.

Incluso albergábamos imágenes mentales de las que no podríamos deshacernos el resto de nuestras vidas.

Subimos ladera arriba con bastante dificultad tratando de hacernos camino.

A pesar de la escasa distancia que teníamos con el accidentado, creímos habernos desviado. No localizábamos ningún indicio de que allí se hubiese precipitado algún cuerpo. Nos movimos arriba, abajo, horizontalmente intentando encontrar una mejor vía de acceso hasta que localicé enganchado de una rama, un sombrero color caqui con una enorme A roja bordada en un lateral.

—¡Es por aquí! — Beiñat se acercó hasta mi—. He encontrado esto. Tiene manchas de sangre reciente— los dos nos miramos preocupados mientras iniciamos la marcha en busca de algo más.

Vimos el cuerpo al mismo tiempo. Sus piernas, sus brazos enredados entre ramas y hojas que dificultaban acceder a él. Trabajamos con rapidez, precisión y delicadeza para no agravar más

las heridas y los golpes que se dejaban ver cada vez con más nitidez por los impactos recibidos. La coordinación entre nosotros era buena y pronto pudimos despejar totalmente su cuerpo para hacer una primera valoración.
—¿Respira?
—Respira y tiene pulso— dije con cautela mientras mantenía mis dedos, índice y corazón, en su cuello—. Es débil, pero tiene pulso.
—Esa herida en la cabeza parece seria. Despejé de su frente el pelo negro alborotado. Estaba pegado por la sangre que parecía brotar con rabia. No quiero moverla mucho necesitamos saber su alcance—Beiñat me acerco su cantimplora. Empapé un pañuelo y limpié su cara. Tenía un corte en la ceja y deseé que fuera el causante de aquella sangría.
—Hay que asegurarse de que no tiene una conmoción cerebral— me miró intentando sacarme del trance en el que parecía estar entrando al manipular con cautela ese cuerpecillo inerte sobre el que me agachaba.
—La mochila parece haber amortiguado el golpe. Es demasiado grande. ¿Dónde se pensaba que iba?
—Por lo menos a la luna, aunque no se debió de dar cuenta de que le faltaba el cohete espacial — ironizó.
Estaba muy pálida, aunque la sangre cubría la mayor parte de su rostro. La hablé en voz alta para tratar de captar su atención, pero no hubo respuesta. La zarandee levemente para tratar de despertarla de su letargo. Necesitaba que reaccionara a estímulos externos porque donde estábamos era imposible colocarla en posición lateral de seguridad. Insistí mojando su frente y su nuca hasta que conseguí un pequeño espasmo en su cuerpo. Seguí insistiendo hasta que abrió unos ojos azules que salpicaron mi cara cegándome por completo y no dejándome ver nada más.
—Hola— dije casi en un susurro mientras su respuesta fue un ligero movimiento que trajo una mueca de dolor a su rostro—. Será mejor que no te muevas—Beiñat se agachó a su lado impaciente.
—¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes? ¿Qué te duele?
Le miré pidiendo calma. Ella nos miró interrogante. No pude evitar sonreír. Era como una muñeca de porcelana. Pálida, aunque con un rostro salpicado de pequeñas pecas visibles sólo si te encontrabas a la distancia justa.
Suspiró.
—Merde... J'ai plus... de vies qu'un chat (1)— habló con dificultad, pero no pude evitar sonreír de nuevo. Me tenía hipnotizado.
—¿Francesa? —preguntó mi amigo.
—Eso parece.
—¡Cojonudo! —Beiñat se alteró innecesariamente por el hecho de que fuera de una nacionalidad distinta a la nuestra—. ¿Se puede saber de qué te ríes? — me replicó.
—De ti.
—¡Estupendo, ahora eres imbécil! —traté de calmarlo, aunque sin mucho éxito.
—Creo que su reacción es buena.
—¿La has entendido?
—Sí, creo que está ironizando.
—Joder, Unax ¿qué ha dicho?
Sus ojos azules quisieron cerrarse, pero antes me miraron interrogantes y sentí que se llevaban una porción de mí.
—¡Qué cojones ha dicho! —. No pude responder de inmediato. Agarré su mano para mantenerla

consciente y soplé en su rostro.
La respuesta fue inmediata. Casi instintiva.
Apretó suavemente mi mano y me miró con unos ojos que me decían que estaban perdidos.
El aleteo que sentí en mi estómago me confundió.
Sabía que tenía que averiguar quién era desde aquel preciso instante.

7

Alex

Rocío era una enamorada de la cocina italiana por lo que, una vez más, el sitio elegido aquella noche había sido un *ristorante italiano*. En esta ocasión el lugar era cuanto menos peculiar. Pretendía ser exótico y acogedor, pero el intenso amarillo de sus paredes, el mobiliario de bambú, la tapicería floral y la tenue luz, creaban un ambiente difícil de calificar. Las mesas se disponían desordenadamente por toda la estancia, aunque su distribución aleatoria chocaba con el excesivo orden existente en la superficie de las mesas. No faltaba ni un cubierto, la vajilla era sencilla y elegante, las copas abundantes y las servilletas se anudaban en forma de ave. En el centro de cada mesa había velas y un recipiente del que fluía un aroma suave y agradable.

Elegimos una mesa aislada, casi en penumbra. Al principio dudamos, sobre todo yo. Un ambiente tan acogedor a mi cuerpo solo le invitaba a dormir, pero mi compañera de piso insistió en que parecía la mejor zona de todo el restaurante, por lo que nuevamente cedí ante sus peticiones. Una vez acomodadas el camarero no tardó en venir a tomar nota. Ella decidió pedir unos tallarines con ragú de ternera mientras que yo opté por un zucchini al pomodoro. Acompañamos los platos con una ensalada de bacalao con caviar de aceitunas negras y albahaca para compartir. Mientras esperábamos a que nos trajeran la cena, el camarero se acercó amablemente para servirnos el vino y dejarnos una bandejita con dos caponatas sicilianas, cortesía de la casa, que harían más llevadera la espera. Algo que automáticamente se convirtió en una *Estrella Rociolin,* difícilmente comparables con las Michelin que todo el mundo conocía.

—¿Crees que seremos capaces de comernos lo que hemos pedido? ¡Estas caponatas son enormes!

—¡Venga ya! Tienes el estómago del tamaño de una nuez.

—No es eso. Ya sabes que para cenar prefiero comer poco.

—¿Tienes miedo de aumentar de tamaño tus posaderas?

—¡Qué dices!¡No!

—¡Viva el culo gordo amiga!¡Y al que no le guste que no mire! —chocamos nuestras copas de vino para brindar.

La verdad es que la alegría que siempre irradiaba me llenaba por dentro. Sabía perfectamente por qué la había convertido en mi mejor amiga. Necesitaba a toda costa absorber a diario parte de esa luz que siempre mostraba para tener fuerzas.

—Tengo que contarte algo—dijo bajando la voz.

—¿Te vas a poner ahora misteriosa?

—No, nada de eso. Es que no sé por dónde empezar. No te imaginas lo que ha pasado en el hotel.

—Tú dirás, cuando te pones así, es que la historia tiene miga.

—¿Miga? Es lo más tórrido que te han podido contar en mucho tiempo.

—Anda, cuenta y déjate de rollos.

Al parecer habían descubierto que dos de sus compañeros de trabajo mantenían un idilio. En el hotel, la confraternización más allá de la mera amistad estaba terminantemente prohibida, era una norma básica a cumplir si no se quería perder el puesto de trabajo, aunque según la información que ella manejaba las paredes de aquellas habitaciones escondían más de una pasión, pero en esta ocasión, los amantes habían sido poco cautos y se habían dejado llevar por sus instintos más carnales.

—Cocinero y pinche de cocina liándose entre los fogones. ¡Es el preludio de una muerte segura!
—El amor es así. Tiene poca cabeza.
—¡Dicen que estaban prácticamente desnudos encima de la tabla de trinchar el pavo!
—¿No era entre fogones? — me burlé sin poder remediarlo—. A la gente le gusta sacar las cosas de contexto. Se guían por el morbo que se puede generar alrededor de cualquier cosa si no pierde todo el interés.
—No creo que estuvieran dándose besitos en la mejilla, si es lo que insinúas. El revuelo que se ha preparado es impresionante.
—Siempre es más jugosa una mentira que la insípida verdad. Seguro que no es para tanto.
—En este caso muy insípida no creo que sea la historia. Ramiro está tan bueno como los guisos qué hace— afirmó sin inmutarse.
—¡No tienes remedio!
—Ríete, pero no me hubiera importado estar sobre la tabla de trinchar el pavo.
—¿Y ser la protagonista de ese revuelo...?
—¡Darle una alegría a este cuerpo entre kilos de legumbres y verduras seguro que hubiera merecido la pena! Un poco de sexo desenfrenado hubiera sido perfecto.
—¿Sexo desenfrenado?
—¡Mujer o es algo tórrido o no merece la pena correr el riesgo!
—¡Estás como una cabra!
—¿Cómo una cabra...? ¿No te has fijado en aquella esquina...?
—Pues no, con prestarte atención tengo bastante— giré la vista hacia el lugar que me había indicado.
—Siempre hay que estar alerta. Observar lo que pasa a nuestro alrededor es fundamental para no correr peligros— qué poco me conocía si no sabía que esa era precisamente una de mis prácticas habituales.
—¿Qué tiene de peligroso una chica sentada esperando a alguien?
—El peligro lo tiene el que haya quedado con ella— la miré extrañada—. ¡Está pidiendo a gritos testosterona!
—¡Rocío! ¡Cómo puedes ser tan bruta!
—¡Ha tirado los cubiertos tres veces! ¡Se ha desabrochado los dos botones de la camisa, por decir que es una camisa porque intuyo perfectamente lo que hay debajo! Está claro que no piensa cenar con sus padres. La sobra cuerpo y belleza. ¿Para qué tanto alboroto si no quiere guerra?
—La torpeza es libre, puede tirar los cubiertos tantas veces como sus nervios se lo permitan. ¿Y vas a criticar ahora la forma de vestir de una mujer?
—Eso nunca, ¿pero me vas a decir que ese cinturón ancho que lleva para lucir piernas no tiene un mensaje oculto?
—¿Qué tiene unas piernas preciosas?
—¡Tú eres tonta!
El camarero interrumpió la conversación momentáneamente para dejarnos educadamente la cena sobre la mesa, aunque no evitó que las dos observáramos como la mujer se sirvió con nerviosismo una segunda copa de vino derramando ligeramente su contenido. Bebía sin llegar a posar la copa en la mesa y miraba sin descanso su reloj de muñeca.
—¡Esto es un deleite para nuestros sentidos! — Rocío no pudo contener su emoción al probar lo que nos acababa de servir el camarero.
—¡Da gusto cocinar para ti! ¡Mi madre estaría encantada contigo! — mi mente se ensombreció con mi propio comentario.

—No te dejes engañar por las apariencias. Esta ansiedad es producto de una larga letanía de años comiendo a base de alimentos precocinados y latas de conservas.
—A lo mejor me toca a mí vivir una temporada así ahora.
—La verdad es que no cumples el cliché de los franceses, la cocina no es lo tuyo— ironizó.
—No es eso.
—¿Entonces que es? Los supermercados siguen abiertos— miré al cielo pidiendo clemencia por mi amiga.
—Algo no va bien en el trabajo.
—*Ale*, no te pongas misteriosa y suelta por esa boquita.
—Un cliente muy potente nos hace ojitos después de años en los que nos ha ignorado por completo.
—Me estaba empezando a preocupar por esa cara lánguida que has puesto, ¿y resulta que el problema es que conseguís un fichaje nuevo en estos tiempos que corren? — bufé—. ¿Conoces la fábula del pastor mentiroso? —asentí de mala gana—. Pues eso, que al final no voy a creerte y cuando suceda algo grave de verdad, será demasiado tarde para socorrerte—esperaba con todas mis fuerzas que eso nunca llegase a suceder. La necesitaba a mi lado.
—No sé como explicarlo, algo no va bien. Llámalo intuición, pero a mi alrededor siempre acaban pasando cosas malas.
—Pero, ¡qué dices! — Rocío cruzo los dedos a modo de crucifico y los puso ante mí—. ¿A qué viene ese comentario?
—Francis está raro.
—¿No serás tú la que está más rara de lo normal?
—¿Más rara de lo normal?
—Si, rarita, rarita…—me contuve para no estamparla la servilleta que reposaba en mi regazo en la cara.
—Hay otra empresa, de dudosa reputación, que también quiere colaborar con nosotros.
—¡Joder, estáis en racha!
—De dudosa reputación, Rocío—remarqué—. Además, Francis quiere que Karina colabore.
—¡No jodas! No será que lo que te supera es tener que trabajar con la *ambición rubia*—era su manera de referirse a Karina. Apenas había coincidido con ella dos veces, pero sus conclusiones se resumían en dos puntos básicos.
Número uno. *Esa mujer es una arpía.*
Número dos. *No se puede obviar que la cabrona está buena.*
—Supongo que prefiero tenerla lejos.
—¿Supones?
—Huele todo muy raro.
—¿Y a qué tiene que oler? — dijo con la boca llena de comida.
—Tienes que quitar la costumbre de hablar con la boca llena o acabarás atragantándote.
—Ya tuvo que salir la finolis. En París coméis como pajaritos, pero aquí tenemos boca y dientes para deglutir sin que parezca que tenemos un palo metido por el culo— puse los ojos en blanco —. Bastantes protocolos sigo a diario—no tenía solución era un ser libre—. ¿Qué más te preocupa? Porque hay algo más. Eso o es otra de tus divagaciones mentales de esas que me dejan bizca— cruzó los ojos y no pude evitar reírme.
—El ambiente está muy enrarecido las reuniones parecen clandestinas. Entran y salen todos de ellas con cara de póker y nunca sabemos de qué tratan.
—Bueno, tampoco tenéis por qué saber todo lo que sucede en la empresa.

—Ahora apenas hablo con Francis. Entre mis viajes y reuniones prácticamente es imposible coincidir.
—¿Quién quiere coincidir con su jefe? ¡Ves como eres rarita! Tenías que estar encantada. ¿Esa es la clase de relación que te gusta tener con el género masculino? ¿La misma que tienes con ese novio que nadie ha visto? — me llevé las manos a la cara y la froté con las palmas.
—Trabaja mucho – argumenté.
—Y está en la *Conchinchina.*
—En París, Rocío. Está en París.
—Pues eso, está a *tomar por culo*. Que sepas que entre tu jefe y tu novio te están secando el espíritu.
—¿A dónde quieres ir a parar?
—Quiero saber si realmente estás tan enamorada como dices estarlo.
—¿Eso que importa ahora?
—¡Claro que importa chata! Te falta la alegría en el cuerpo que tu novio te tiene que dar y no te da.
—Tú que sabrás.
—Se más de lo que te crees. Esa cara de acelga que tienes no se consigue por generación espontánea.
—¿Y dices que eres mi amiga?
—Más de lo que debería a juzgar por el caso que me haces.
—Esto es serio, Rocío. Estoy preocupada. Cuando tengo una sensación así nada buena está por venir.
—Joder, das miedo. ¿Por qué no te coges unas vacaciones? Vete a la ciudad que te vio nacer. Vete con los tuyos, a veces se ponen muy pesados, pero en el fondo todos les necesitamos.
—No es el momento— removí la comida que tenía en el plato sin levantar la vista de él. Ese tipo de comentarios me dejaban entrever que no había sido del todo sincera con mi amiga.
—Nunca es el momento, viniste a Madrid cuando tu vida estaba allí. Mantienes un hilo invisible con tus orígenes de los que apenas hablas y lo único que parece unirte a tus recuerdos es ese extraño novio que dices que tienes y aquí…aquí tu vida pivota alrededor del trabajo. Di conmigo que nada de eso es demasiado lógico.
Lo sabía. Era plenamente consciente. Me esforzaba cada día en ocultarme detrás de una máscara que me hacía sentir más segura para tener una vida lo más normal posible.
—Todo está parametrizado en tu vida. Deja que las cosas fluyan lo que tenga que ser será, no merece la pena que te preocupes antes de tiempo.
Ojalá fuese todo tan fácil. Algún día se lo contaría todo, pero aún no era el momento adecuado. Una vez, una vez había confiado en alguien se lo había confesado y me había fallado, no quería que con ella me sucediera lo mismo. No podía arriesgarme a perderla.
—Si estuvieras de verdad enamorada de ese tío ya te digo yo si te habrías metido en su cama, perdón, en su casa y después habrías buscado la forma perfecta para lograr tu propia autorrealización.
—No creí que fueras tan romántica.
—Ni yo que fueras tan monjil, aunque lo sospechaba— chasqueé la lengua—. *Ale*, te metiste en mi casa. A vivir conmigo. Que no digo yo que no sea *maravillosa, única y perfecta*. Porque bollera no eres ¿verdad? Que no me importa. En esta vida hay que probar de todo, aunque estaría bien saberlo.
—¿No vas a parar nunca?

—¡Qué te metiste en mí casa! — resoplé porque sabía lo insistente que podía llegar a ser cuando algo se le metía en la cabeza.
—¡Mira que eres cansina!
—Va en serio, *Ale*. Los alquileres en Madrid están altos, pero preferiste meterte en mi casa que apenas había espacio debajo de la alfombra. Es genial, en serio, compartiríamos gastos y todo eso, pero a dónde quiero llegar es a que tendrías que replantearte muchas cosas. Podía haber sido una pirada.
—Te agradezco que te preocupes por mí— empezaba a sentirme incómoda con la conversación.
—Lo que quiero es que sueltes lastre si no, no te proporciona gratificaciones— me quedé en silencio, sin palabras, no esperaba escuchar en su voz gran parte de los pensamientos que llevaba arrastrando tiempo conmigo.
Aún estaba sobrecogida cuando fuimos conscientes de que un chico pasaba por nuestras espaldas corriendo y se dirigía al rincón oscuro que habíamos estado observando minutos antes. Si la mujer irradiaba belleza, él no parecía ser menos agraciado.
—¡Será cabrona, si parece sacado de la portada de la revista Man! —una nueva distracción para mi amiga. Eso me quitaba del punto de mira.
—¡Shhh, calla te van a oír!
No podíamos ver claramente sus facciones por la escasa luz. Sin embargo, la silueta de su cuerpo y los ángulos de su rostro se nos atojaban agradables. Estaría entre los veinte muchos o los treinta y pocos. Su pelo castaño ligeramente largo tenía un punto rebelde y le caía con frecuencia sobre la cara obligándole a despejarlo de sus ojos con un gesto que tenía demasiado ensayado. Alto, de espaldas anchas, con unos brazos perfectamente moldeados y unas piernas que no desmerecían en musculatura a sus extremidades superiores dejaban claras evidencias de por qué aquella chica llevaba tanto tiempo nerviosa.
—Joder, las hay con suerte.
—¡No te pases!
—Ya estamos. Es el típico chico que ves a escasos metros de ti y lo disfrutas. Lo paladeas porque es todo lo cerca que lo vas a tener. ¿Acaso eso es un pecado?
—No, no lo es. ¿No te imaginas así a tu lord inglés?
—Mira niña, este cuerpo que aquí ves, está para chuparse los dedos. Por mis curvas se ha perdido más de uno y han descarrilado más de dos, pero los tíos tan altos… como que no son para mí. Me conformo con mirarlos. Colgarme de su cuello como un mono para morrearme no es lo mío— me salió el sorbo de vino que estaba bebiendo por la nariz como si fuera un aspersor—. ¡Chica, que no es para tanto! — dijo mientras cogía apresurada la servilleta para limpiarme.
El magnetismo que ejercían, *los amantes*, como Rocío quiso bautizar a la pareja que atraía más miradas que la nuestra en el restaurante, nos tenía ensimismadas.
—¡Está loca por tirárselo!
—¡Rocío!
—¿Qué?
—Eres capaz de hacer que desaparezca toda la magia en un segundo.
—¡Qué magia! ¡Tú has visto demasiadas películas de Disney!
—Es romántico. Al menos a mí me lo parece—ella se deshacía en caricias sobre él. Mimaba sutilmente su rostro. Rozaba sus manos. Él la seguía el juego, aunque parecía algo más forzado.
—¿Romántico? ¡Has visto que cuerpo tiene el tío!
—¿Quieres cenar con él?
—Cenar dices, quiero el postre.

—¿Pero no has dicho que era demasiado alto?
—Encima de esos tacones de infarto la tía parece que no tiene un final, pero seguro que me saca poco más de dos centímetros—las estruendosas carcajadas que me salieron por la boca hicieron girarse a más de uno. Me encogí como si así pudiera esconderme.
—No sé de qué te ríes. ¡Tengo mi punto, sabes!
—Si Rocío, me los has dicho, varias veces— en ese preciso instante la mujer dejó que uno de sus pies abandonase la elegancia de aquellos zapatos y comenzase a subir por la cara interna de las piernas de su acompañante.
—¡¿Lo has visto?!— no daba crédito a la imagen que mis retinas me devolvían —. ¿Qué está haciendo?
—¡A ver si encima te lo voy a tener que explicar! — me regañó—. ¡Te lo dije o no te lo dije!
—¡Esto solo pasa en las películas no en la vida real! — agaché la mirada muerta de la vergüenza.
—Angelito, no te queda nada por aprender— la mujer se sirvió otra copa de vino bebió un sorbo y se la ofreció sugerentemente a su acompañante.
—Pero, ¿qué le pasa a la gente? — me encogí de hombros—. ¡Estos dos no cenan hoy!
—A lo mejor están haciendo tiempo hasta que llegue el camarero—trataba de autoconvencerme de que tenía que haber algún motivo, por muy tonto que fuera, para que aquella escena tuviese algún sentido.
—¡En qué mundo vives!¡Eso es una proposición firme y clara!¡En dos segundos estarán encima de la tabla de trinchar el pavo!
—¡Rocío! — traté de contenerla, mientras una risa nerviosa se apoderaba de mí.
—¿Ha llegado la primavera y no me he enterado?
—¡Rocío, por favor, nos van a oír!
—¡Esos están tan concentrados en sus quehaceres que no oirían ni verían acercarse a un elefante! —quería meterme bajo tierra cual avestruz.
Cabeza bajo tierra. Culo en pompa.
Absurdo. Sí. Real. También.
No era capaz de contener la risa nerviosa. No les había importado la llegada del camarero con otra botella de vino y una bandeja llena de sugerentes bocados italianos. Tenían que ser clientes habituales o conocidos al menos, de lo contrario no se entendía aquella rapidez y certeza al servir a los comensales. El camarero había aparecido y desparecido como una sombra en la noche sin interrumpir en ningún momento la llama que iba creciendo cada vez con mayor intensidad. Comenzaron un ritual de sinuoso intercambio de comida mostrando nacarados dientes y lenguas sugerentes que recogían cualquier pequeño resto o miga de los manjares que estaban degustando. Masticaban lentamente. Se miraban con atención. La cadencia en el comer se produjo una y otra vez al tiempo que sus cuerpos se iban agitando cada vez más. Lo que hacía que la carga de erotismo que generaban se irradiase estrepitosamente por todo el comedor.
—¡Madre mía!¡Qué subidón!
—¡Rocío!
—¡Voy a mil por hora! Sí ella no le basta estoy por presentarme voluntaria.
—¡Rocío!
—¡Me vas a desgastar el nombre!
Bajo el cobijo de la escasa luz que les iluminaba, ella introdujo su dedo índice en la copa de vino, dibujo la circunferencia del borde, mordió ligeramente la yema del dedo y lo posó en el labio inferior de su acompañante que lo beso con delicadeza.
—¡Joder, es mi heroína!

—¡Rocío!
—¡Otra vez…!
Los roces. Las caricias. Las insinuaciones se sucedieron unas tras otras durante largo rato ante los ojos de un público involuntario que no se quejaba de que lo hubieran hecho partícipe de la situación. La comida frente a todo pronóstico se iba acabando y el vino no corría mejor suerte. Tal vez ese fuese el motivo por el que vimos como aquel pibón de mujer se levantaba estirando el escaso trozo de tela que rodeaba sus caderas y subida en aquellos tacones, que la hacían parecer aún más atractiva de lo que era, se acercó a él marcando un sendero con su dedo índice desde el lóbulo de la oreja, pasando por su cuello hasta llegar a sus pectorales musculados. Era una señal, una invitación para rematar lo que habían empezado hacía ya un buen rato.
—Seguro que lo hacen en los baños— sugirió Rocío.
—No es un sitio muy romántico, ¿no te parece?
—Voy a tener que darte unas clases teóricas sobre la aplicación de determinados términos en según qué situaciones. Esto no es romántico, *Ale*. Esto es lo que en el argot común se denomina un *calentón.* Y para un calentón es válido hasta un suelo lleno de cristales— palidecí al comprobar que efectivamente en ese preciso instante se encaminaba hacia los baños.
—¡Te lo dije! ¡No falla! Él no tardará ni dos segundos en seguirla.
—¡No es posible! — mis palabras sonaron más altas de lo que me hubiera gustado por lo que instintivamente agaché la cabeza como si con aquel gesto consiguiese minimizar el sonido de mi voz.
—Rumbo al baño de mujeres, amiga—por si me quedaba algún tipo de duda Rocío aclaró la situación—. Estos se desahogan pronto. Tienen ya demasiado camino recorrido—no daba crédito a lo que estaba presenciando. No podía estar sucediendo algo así y de una forma tan evidente.
—¿No te parece algo muy frío y sórdido?
—¿Frío dices? Me estoy achicharrando y no estoy en el baño. ¿Qué esperas un cuento de hadas? A estos en menos de quince minutos los tenemos de vuelta.
Desde ese momento se hizo un profundo silencio en nuestra mesa apenas salpicado por algún que otro comentario poco relevante y sin importancia. Básicamente aprovechamos para degustar más atentas la cena que se había quedado un poco descuidada debido a los acontecimientos que nos habían distraído. Por mi parte, decidí darle una oportunidad a la ensalada para ver si abría mi apetito que parecía estar totalmente extraviado y sin rumbo aparente. Rocío por su parte, dio alguna que otra estrella *Rociolin* más al restaurante, según ella era altamente recomendable para sus clientes siempre que no viniesen acompañados de hijos menores de dieciocho años. Nunca se sabía, si la noche elegida tendría o no, sesión erótica incluida.

8

Alex

La cena iba llegando a su fin, acababan de traernos los postres y estábamos relamiéndonos con el helado de menta sobre una galleta de chocolate crujiente cuando la mirada de Rocío sobrevoló mi cabeza.

—¡¿Veinticuatro minutos!?

No entendí su comentario hasta que me giré para entender que significaba aquella medición de tiempo.

—¡No puede ser cierto! —miré a Rocío con los ojos fuera de las órbitas. La sección femenina de *los amantes* salía del baño con el pelo cayendo sobre sus hombros sin ninguna señal aparente de que en algún momento allí hubiera habido un moño como el que llevaba antes de entrar en los aseos—. ¿Has estado controlando el tiempo?

—Pero, ¡qué esperabas! Había que puntuar.

—¡Rocío!

—Mira que estás pesadita con mi nombre—la fulminé con la mirada—. No me mires así. Al fin y al cabo, dadas las circunstancias, se ha tomado su tiempo. Algún preámbulo más ha habido, eso está claro. No se merece menos de un nue…— no le dio tiempo a acabar la frase cuando él, salió del baño—. ¡¡No me jodas, Unax!! Es Unax.

Dirigí mi mirada hacia la salida de los baños alertada por aquel nombre. Un zumbido se instauró en mis oídos y mi mente comenzó a trabajar en exceso. El mundo se frenó de golpe. Me acaba de estampar contra un iceberg del tamaño del que hundió al Titanic y no llevaba salvavidas. No sería capaz de flotar en un mar gélido como el que tenía delante.

¿Qué clase de influjo estaba ejerciendo la luna para revolver las mareas de semejante manera?

Demasiado desorden a mi alrededor. No era justo que viniese a sumarse otra complicación más después del tiempo transcurrido.

Porque eso era Unax Zabaleta. Un error. Una equivocación.

La creencia y el deseo de que podía haber esperanza. Que todo podría cambiar. Que tenía un hombro en el que apoyarme.

Una mentira absurda a la que me aferré.

Me dejé llevar.

Le creí y me caí sin su mano para agarrarme.

—Le conozco, sabes...—oí a lo lejos el eco de la voz de Rocío mientras veía pasar ante mí diez años, con sus noches y sus días. Tiempo más que suficiente para haber construido un muro, para haber limado sus vértices para que no hicieran daño, y en unos segundos un nombre, un solo nombre era capaz de tambalear los cimientos de todo lo construido.

—Es un tío genial—su voz seguía sonando cada vez más lejos mientras las piezas se iban montando solas. Su apariencia, su perfil, su risa. ¿Tanto había calado en mí como para creer haber olvidado y estar totalmente equivocada aún sin saberlo?

Mi mente no concebía que nuestros caminos volviesen a cruzarse.

Él era pasado. Estaba enterrado, relegado al olvido. No podía despertar.

—Tiene un sentido del humor que ya me gustaría para mí.

Ojalá fuera solo un espejismo, pero estaba allí. Frente a mí. De carne y hueso. No una imagen etérea producto del vino que había estado bebiendo durante la cena. Sentí un mareo repentino

fruto de la ansiedad que hacía bombear mi corazón sin orden.
—Y como has podido observar, está para comérselo— Rocío hablaba y hablaba mientras el pitido de mis oídos iba en aumento—. Ya lo ves y yo sin enterarme de sus aficiones. Menuda vacilada le va a caer—sentía que la sangre se agolpaba en mi cabeza—. Estuvo alojado un tiempo en el hotel como tú, hasta que encontró un apartamento—si existiera el teletransporte, hubiera desaparecido en aquel mismo instante para envolverme entre las sábanas de mi cama cerrando los ojos al mundo—. Algunas veces sale con el grupo. Es raro que no hayáis coincidido —su parloteo me taladraba la cabeza—. En realidad, no es raro. Tu apenas sales y él se pasa la vida entre montañas.
Empezaba a tener la necesidad de irme de allí cuánto antes. Demasiada información de golpe que no iba a ser capaz de procesar como debería.
—¿Cómo no he podido reconocerle? Las luces son una mierda. El restaurante está bien, la iluminación no vale mucho, aunque son geniales para los espectáculos eróticos, ¿no te parece?
Aquello había dejado de ser divertido para mí hacía ya un buen rato, pero mi amiga encantada con la sorpresa de conocer a la sección masculina del tándem de *los amantes* no se daba cuenta de mi realidad.
—¡Qué capullo éste Unax! ¿Le saludo? Me encantaría ver la cara que pone. ¿Le dará vergüencita? —quería salir del restaurante antes de ser descubierta, pero Rocío seguía dándose conversación a sí misma.
—¡Qué tenía un a*mor platónico* decía el muy cabrón! Es evidente que levanta pasiones. ¡No te imaginas la cantidad de chicas que tiene siempre a su alrededor! —la cabeza me daba vueltas y el aire parecía no entrar bien en mis pulmones. Temía perder el control de mí misma por lo que intenté, sin éxito, levantarme para ir a refrescarme al baño. El mareo se hizo patente haciéndome tambalear y obligándome a sentar de nuevo.

—¡*Ale*! —por fin reparaba en mí—. ¿Estás bien? –agité mí dedo índice en señal de negación.

Observé como de forma inmediata buscó, sin suerte, agua en la mesa. Sin pensárselo dos veces se sirvió de la mesa más cercana dejando boquiabiertos a sus comensales, me ofreció el preciado líquido al que no hice ningún remilgo, aunque su procedencia no fuese de lo más decorosa, y bebí pequeños sorbos como si con ello pudiese multiplicar la cantidad que había en aquella copa. No sirvió de mucho porque tuve que pagar el precio de sentir el bochorno que me suponía ver como agitaba una servilleta a modo de pai-pai frente a mi cara. La situación lo único que consiguió fue aumentar mi estado de agitación. Ver como a la gente que estaba cenado en las mesas colindantes no le pasaban inadvertidos los movimientos espasmódicos que mi amiga hacia sólo me agitaba aún más.
—¡Qué esperas conseguir con eso, Rocío! —su forzada interpretación de enfermera de primeros auxilios, sin duda había alertado a quién no debía.
—¡Joder, Unax, menudo susto!¡Qué eres ahora S*ilence Man*! —su aroma llegó a mí antes que sus palabras. Cerré estúpidamente los ojos para que mis sentidos confirmasen que seguía teniendo la misma fragancia a pesar del tiempo.
—Déjame a mí. La sacaré fuera del restaurante. El aire la vendrá bien— levanté la vista al notar que unas manos aferraban mi cuerpo y trataban de levantarme en volandas. Me resistí, pero la voluntad a veces se esconde cuando más la necesitas. En mi cabeza bailaban imágenes y me mostraba el suelo con una profundidad que mis pies no lograban alcanzar. No era verdad, no era más que una imagen mental de la película *Oficial y Caballero.* No me estaba pasando a mí, pero al fijar la vista en él comprobé con demasiada cercanía que aquello era tan real como la neblina

que acompañaba mis ojos en ese mismo instante. Me sostuvo la mirada. Su rostro no permitía ser indiferente a nadie. Sus ojos verdes, sus largas pestañas, sus cejas que cargaban su mirada de intención. Su rostro fuerte y anguloso. Su boca grande y carnosa. El pelo cayendo por su frente pidiendo a gritos un corte que no llegaba. Demasiados recuerdos junto a ese rostro.
—Parece que solo es un mareo— diagnosticó llevándome en volandas, mientras Rocío caminaba detrás de él hacia el exterior del restaurante.
—Eres un listillo.
—Sólo he dicho…
—¡Qué esperabas que hiciera! No soy experta en estos temas— Unax la miró con un semblante serio. No conocía esa imagen de él. Era nueva para mí o quizás sólo era diferente. Tres líneas marcaron su frente dejando traslucir cierto enfado con Rocío. Ella pareció intuirlo por lo que cambio de rumbo y dejó de seguirnos alegando que iba a dar unas breves pinceladas de lo sucedido a los camareros para evitar que pensasen que nos íbamos sin pagar la cuenta.
Seguía entre sus brazos, sin poder desprenderme de las sensaciones que su confortable pecho me hacía sentir. Sus brazos me arropaban como la más cálida de las mantas en un duro invierno. Me envolvían con fuerza trayendo recuerdos dulces a mi memoria. Al salir al exterior me recostó en el suelo, levantó ligeramente mis piernas, escucho mi respiración y me tomó el pulso para comprobar que mis constantes vitales estaban en orden. Creo que las perdí todas en ese mismo instante. Rodaban por el suelo alejándose de mí totalmente abochornadas por la situación.
—¡No me jodas, tenías que tirarla en el suelo! —mi compañera de piso llegó a nuestro encuentro como un camión que arroya todo a su paso.
—Ya llegó la princesa del guisante. ¡No tengo a mano un colchón de plumas para tumbarla! — no dejo de mirarme tratando de comprobar que el aire llegaba correctamente a mis pulmones. Respiraba. Para él todo estaba en orden, aunque yo sentía que allí no había oxígeno.
—Por favor, trae algo de agua, la va a necesitar— obedeció entrando de nuevo al restaurante no sin antes lanzar un bufido.
No quería mirarle, pero mis ojos se empeñaban en enfocar su rostro. Si al menos el tiempo lo hubiera tratado mal. Podía ser calvo, estar arrugado como una pasa. Fofo por haber olvidado lo que era hacer ejercicio, pero no. La naturaleza, el destino, el desastre que era mi vida tenía que ser amable con él y cruel conmigo, mostrándomelo como al hombre más atractivo sobre la faz de la tierra.

Mi compañera de piso apareció sofocada trayendo el agua mientras espantaba a algún que otro curioso que se asomaba a ver qué sucedía. Decidí desconectarme de las sensaciones que tenía a mi alrededor. Si quería dejar de hacer el ridículo allí tumbada y recuperar mi dignidad de una vez, tenía que centrarme en respirar. Nada más. El resto, una vez que pudiera ponerme en pie sin caerme redonda, ya vería como lo manejaba.
—¿Qué hace ella aquí? —me habían dado el tiempo justo para que mis mejillas tomasen color, cuando se pusieron a hablar como si no estuviera delante.
—¿Ella?
—Si, ella— no supe si me había señalado porque cerré con fuerza los párpados.
—¿Quién es ella?
—¿Quién va a ser, Rocío? Alex, que hace Alex aquí— el corazón se estrujó en mi pecho.
—¿*Ale*?
—Si, Alex — me estremecí al escuchar después de los años aquella manera de referirse a mí.
—¿Alex?
—Me vas a contestar de una vez o tengo que pedírtelo a través de una nota de prensa— Unax

mostraba impaciencia.
—¡No conozco a nadie con más nombres que esta chica! ¿La conoces?
—¿Y tú?
—Es evidente. Estábamos cenando juntas ¿Y tú? ¿La conoces?
—He preguntado primero— abrí los ojos captando la atención de ambos con ese único gesto. Estaba allí, por si se les había olvidado.
—¿Cómo te encuentras? — preguntó Unax—. ¿Puedes levantarte? — asentí—. Deja que te ayude— rodeó con el brazo mi espalda levantando el codo para que mi cuello se mantuviera erguido y mi cabeza notase lo menos posible el cambio de posición—. ¿Mejor?
—Si— mentí, mientras fui consciente de que Rocío observaba la escena con atención. Creo que la delicadeza empleada por Unax al moverme le resultaba bastante extraña.
—¿Me vas a decir que narices te ha pasado? — el ímpetu de mi amiga se hizo notar una vez que me vio en pie.
—Una bajada de tensión... supongo.
—Una bajada de tensión muy inesperada, ¿no te parece?
—Calma que nos conocemos— la mirada que Unax la dedicó fue de advertencia.
—Me puedo hacer la tonta todo lo que queráis, pero aquí pasa algo.
—¿Qué tú amiga se ha mareado? — Unax me dio el botellín de agua que minutos antes había traído Rocío para que pudiera beber más agua.
—Seguro que ha sido el vino— dijo Rocío con sorna—. Ese que apenas ha probado. ¿Creéis que me chupo el dedo?
—Parece que arrastras algo más que un simple mareo— me advirtió Unax —. ¿Duermes bien?
—¡Ya salió el médico a relucir! — Unax la fulminó con la mirada—. Viaja mucho y duerme poco.
¿Qué estaba haciendo mi amiga? No le había dado permiso para dar ese tipo de datos sobre mí persona a desconocidos.
—Si eso es así, necesitas una buena cura de sueño. Diría que estás muy baja…
—¿De qué os conocéis? — interrumpió sin ningún tipo de reparo mientras Unax dedicaba unos segundos a meditar las palabras que iba a utilizar para responder a Rocío.
—Somos viejos conocidos— no pude evitar sentir un fuerte pinchazo en la sien que no le pasó inadvertida a ninguno de los dos.
—¿Qué tipo de conocidos? ¿Cómo la conocida que has dejado ahí dentro? —sus palabras alertaron a Unax.
—No vas a hacer que se mejore si sigues por ese camino— Unax hizo una caricia, apenas perceptible en mi mejilla, pero mi cuerpo se estremeció por completo —. Cuida de ella unos minutos— dijo cediendo su posición a Rocío—. No os vayáis, enseguida vuelvo.
Parecía nervioso al dejarnos allí para entrar en el restaurante de nuevo. No quise reparar en ello porque era el momento perfecto para huir.
—Ese ha ido a dar explicaciones a su compañera de juegos. Seguramente que está más quemada que la pipa de un indio. Ha sido verte y olvidarse por completo de su culo— creí intuir cierta malicia en el comentario.
—¿No era yo la peliculera?
—¡Vaya, ya te llega la sangre al cerebro! — puse los ojos en blanco.
—Deberíamos irnos.
—¡Huye cobarde!
—Te dije que no era buena idea salir un lunes.

—No tenías tanta prisa hace unos minutos.
—Hace unos minutos estaba cenando...— Unax apareció por la puerta dejando las palabras en mi garganta. No había rastro alguno de su acompañante y yo seguía allí.
—¿Qué has hecho con tu ligue?
—Joder, Rocío, déjalo por esta vez.
—Eh, no es culpa mía— insistió—. ¿Te crees que pasabais desapercibidos? —me senté en el peldaño de acceso al restaurante apretando las manos sobre mi cabeza para evitar que estallara, su conversación era absurda, la situación en general era absurda. Tenía que salir de allí como fuera. No quería escuchar ni una palabra más de ninguno de los dos.
—Voy a pagar y nos vamos—sentencié, pero Rocío no me dejó ni levantarme, entro algo airada al restaurante y me dejó sola con él.
Gritar en silencio no llevaba a ninguna parte y el horrible dolor de cabeza que sentía no me ayudaba a mejorar la situación. Los astros se estaban chocando unos con otros y yo, indudablemente estaba en medio de ellos.
—¿Qué tal te encuentras? — se agachó frente a mí para levantar con delicadeza mi barbilla.
Echa polvo. Necesito perderte de vista.
—Estoy bien—mentí de nuevo, mientras mi cuerpo me traicionaba provocándome un escalofrío.
—¿Estás segura?
—Lo estoy— intentaba que mi voz sonase fría, seca, distante.
—Aún estas pálida. ¿Te suele pasar esto muy a menudo?
—No.
—¿Comes bien?
—¿Qué clase de pregunta es esa?
Diez años.
Diez largos años, ¿y ahora se preocupaba por mí?
—Sólo digo...
—Me da igual lo que digas. Me encuentro perfectamente— se tensó. Supongo que no había sido muy amable, pero tampoco se merecía que lo fuera. Me miró de un modo que no sabría definir para acabar poniéndose en pie ocultando las manos en los bolsillos de sus vaqueros. Rocío apareció por la puerta.
—¡Ya no somos delincuentes! — dijo—. Me joroba pagar y no terminarme todo lo que hay en el plato. ¿Nos vamos? — asentí mientras me ponía de pie.
—Tengo la pick up aquí cerca. Os puedo llevar.
—No—mi respuesta fue tan contundente que al ver la cara de asombro de ambos sentí cierta vergüenza. No solía mostrarse tan dura, pero la situación me estaba sobrepasando.
—Lo digo en serio. No me importará llevaros—el aire se hizo denso en aquel momento. Sentí ahogo. Mi cuerpo se desestabilizó, pero las manos de él estaban alertas y rodearon mi cintura para evitar que me cayera.
—Vamos, tengo la furgoneta aquí a lado—me solté inmediatamente de su abrazo. El solo roce de su cuerpo dolía demasiado y dolía más aún darse cuenta de que aquella herida que creía cicatrizada sangraba—. No te conviene hacer demasiados esfuerzos.
—Puedo andar perfectamente— rebatí.
—No te preocupes— Rocío intervino al ver mi reacción—. Somos compañeras de piso. Podemos ir juntas a casa—la fulminé con la mirada. ¿Qué le pasaba? Seguía dando demasiada información sin que nadie se la pidiera.
—¿Tenéis todas vuestras cosas? — Unax nos miró de arriba abajo a las dos mientras sacaba las

llaves del coche del bolsillo de la cazadora.
Exploté. No lo vi venir, pero su amabilidad extrema me revolvió la bilis.
—Me parece admirable que te ofrezcas a llevarnos— aclaré sin un ápice de paciencia, mientras Unax me mantenía la mirada—. ¿Qué demonios te hace pensar que tengo el más mínimo deseo de compartir mi espacio contigo? — Rocío estaba a punto de que se le desencajase la mandíbula mientras la mirada de Unax distaba mucho de ser de asombro.
Parecía apenado.
Desvalido.
Por un momento sentí cierto arrepentimiento por lo que acababa de decir, pero sólo fue un espejismo. Un momento de debilidad. Una señal de que era demasiado vulnerable, poco permeable a todo lo que tenía a mi alrededor. Tenía un puñetero sensor en la piel que hacía que todo me estremeciera sin ni siquiera querer que así fuera. Respiré profundamente.
Nunca más. Me grité mentalmente.
Ni una puñetera vez más.
Todo estaba bien.
Mi vida estaba en orden. La ansiedad no iba a apoderarse de nuevo de mí.
Cerré con fuerza mis puños que descansaban a los laterales de mi cuerpo y dejé que toda la rabia contenida de aquella tarde a finales de septiembre brotará por mi boca.
—No quiero que te acerques a mí— mis palabras se clavaron como puñales con dureza y frialdad —. Esta casualidad no ha existido — el dolor seguía ahí, él lo había sacado de nuevo a la luz, mientras el mundo había seguido girando sin él. No soportaba más cargas sobre mis hombros—. No quiero seguir más tiempo aquí—sin pararme a ver la reacción de ninguno de los dos crucé la calle y me alejé lo más rápido que pude. Creí oír que me llamaban, no me giré para comprobarlo. Estaba tan ofuscada que nada de lo que dijesen me podría interesar.
Me detuve cuando sentí que el corazón se me salía del pecho. Lo que había sido un abandono digno se había convertido en una carrera frenética. Al parar en seco mi cuerpo reaccionó mal, se tambaleó de nuevo y tuve que apoyarme en un coche cercano para soportar mi peso. Sentí náuseas y unas ganas tremendas de vomitar. Me mantuve un buen rato mirando el espacio que había entre el bordillo y el coche tratando de encontrar la calma. No era capaz de devolver a mis constantes vitales un ritmo normal. Tardaría una eternidad. Me desplomaría allí mismo hasta que alguien me encontrase. No había sido buena idea salir corriendo como lo había hecho, pero ahora ya era tarde para lamentaciones. Levanté la vista encontrándome con mi reflejo en el espejo retrovisor del vehículo que me había servido de soporte. Lo que vi me acabó de rematar. Mi rostro estaba anegado en lágrimas que ni siquiera había sido consciente de haber derramado.
Maldito Unax.
Maldito.
—¿Se puede saber qué demonios te pasa? — la voz de enfado llegó a mis oídos reconfortando extrañamente mi cuerpo.
—Rocío...— retiré las manos que descansaban sobre mis rodillas para erguirme y alejarme del reflejo en el espejo que me había llevado a bucear más hondo de lo que deseaba.
Lo siento.
—Toma, ponte esto o empezaras a sentir frío—me envolvió con el abrigo. Mi cara debió darle demasiados indicios de que necesitaba un hombro en el que llorar y no un saco de boxeo al que golpear.
—Lo siento…— conseguí decir al fin.
—¿Qué es lo que sientes?

—Haberte fastidiado la cena.
—La cena— las dos nos miramos diciéndonos demasiadas cosas en silencio—. *Ale*, somos amigas.
—Lo sé, es solo que… no esperaba verlo. En realidad, no esperaba volver a verlo nunca más. Sólo es eso— frotó suavemente con movimientos rítmicos mis brazos.
—Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?
—Lo sé— tragué saliva con dificultad intentando vencer la debilidad que se instauraba en mi cuerpo por momentos.
—Sea lo que sea lo que te haya pasado con Unax espero que sea motivo suficiente para haber hecho que saliese corriendo detrás de ti y dejase plantado al que hasta que no me des un buen motivo creo que es un buen tipo— mis lágrimas comenzaron a rodar sin remedio—. ¿Tan horrible ha sido contigo? —me abrazó con fuerza—. Te prometo que soy capaz de denunciarlo a la policía si...— no la dejé terminar de hablar.
—No tienes que hacer nada de eso.
—Me estas asustando.
—No tienes que preocuparte.
—Estas llorando, *Ale*— me sequé las lágrimas torpemente.
—Te lo contaré. Lo prometo.
—¿Mañana por ejemplo?
—Necesitaré algo más de tiempo.

9

Unax Zabaleta
Diez años antes

—¿Cómo estás hoy? —su cuerpo seguía pareciendo frágil en esa cama, pero no era lo más preocupante en ella.
—¿Vas a seguir viniendo todos los días?
—Hasta que no encuentre algo mejor que hacer me parece un buen entretenimiento—un leve rubor cubrió sus mejillas—. ¿Has comido hoy?
—Voy a acabar aborreciéndote. Me agobias— su acento hacía que inevitablemente las palabras que vertían sus labios pareciesen dulces, aunque no pretendieran serlo.
—Eres una gruñona— me reí sin reparos.
—¿Te estás burlando de mí? — hizo un mohín—. Diecinueve añitos y nos enfadamos como las niñas caprichosas.
—¿Cómo sabes...? —tendría que haberme recordado a mí mismo jugar a la lotería, nunca más volvería a tener la misma capacidad adivinatoria que había tenido en aquella ocasión.
—Lo dice aquí— cogí el historial que estaba prácticamente en blanco a los pies de la cama—. También dice que eres alérgica a que te digan lo que tienes que hacer y adicta a los chicos guapos como el que tienes delante.
—Ne sois pas stupide (2)*—seguro que tenía razón llamándome tonto, sin duda la tenía, pero me era imposible no gastarle bromas. Algo me impulsaba a querer ver su tímida y leve sonrisa una y otra vez desde que abrió sus ojos azul oscuro.*
¿Podía haber ojos azul oscuro? Aquellos lo eran. Con mucho que contar, pero sin querer decir. Eran unos ojos en los que me veía reflejado. Había algo en ellos, algo que había visto tiempo atrás cuando me miraba al espejo. ¿Era eso posible? ¿Era posible ver tristeza en ellos y al mismo tiempo sentirse adicto hasta tal punto de levantarme por las mañanas pensando en ir a buscar mi dosis a los pies de su cama?
La mejoría era evidente. Por lo que, en cuestión de días si no de horas decidirían darle el alta médica. No sabía como iba a ser capaz de afrontar ese momento cuando llegase. No sabía que excusa buscar para alargar un poco más la despedida. La chica con más vidas que un gato, se había convertido en mi desayuno de cada mañana. En la vitamina C que me hacía inmune a todo.
Era algo irracional. Como lo era el que su cuerpo se hubiese golpeado sin dejar un hueco en su piel que no tuviera contusiones y aun así no haberse roto ningún hueso. No había lesiones internas.
Nada.
Era un milagro. Un auténtico milagro que la vegetación y la mochila causante de aquel desastre en lugar de aplastarla la hubiera protegido de aquella manera.
—Podrías decirme al menos tu nombre—me pareció que sus ojos brillaron, aunque a lo mejor era sólo yo el que quería que aquello hubiese sucedido—. Creo que me va a costar dejarte tranquila si no me das un poco más de información sobre ti— sus ojos se volvieron sombríos, pero insistí—. ¿Qué hacías sola en el Valle de Estós?
—Nada que quieras ni debas saber— dijo tajante.
—A mí me vienen a la cabeza un montón de preguntas— mis palabras la incomodaron.

—¿Por qué debería contarte algo sobre mí?
—Porque tienes mucho que contar—la táctica que estaba siguiendo no era la adecuada porque lo único que conseguí con mi insistencia fue que se arropara con las sábanas y se girara en la cama para darme la espalda, pero aun así no podía parar de preguntar.
—Estás desnutrida lo que significa que tienes un desarreglo alimenticio severo que probablemente en cuanto abandones el hospital vuelva a producirse si no damos con el motivo que lo está originando. Ibas indocumentada y llevabas sobre tus hombros una mochila que te permitiría recorrer el mundo de punta a punta— se quedó en silencio—. Sólo sé que lo que te ha sucedido es lo suficientemente grave como para querer huir— aunque aún permaneciera de espaldas a mí, algo en su cuerpo me hacía predecir que se encontraba en una especie de debate interno entre salir corriendo o permanecer allí.
Optó por la solución más fácil.
—Creo que lo mejor será que te vayas— buscó el contacto visual para mandarme a paseo, pero no tenía intención de rendirme tan pronto.
—Hagamos un trato.
—No quiero hacer tratos contigo.
—Deja de ser tan protestona y escucha primero lo que tengo que decir.
—Soy toda oídos— refunfuñó.
—Nos inventaremos un nombre— me miró totalmente extrañada—. Puede ser un apodo o un apelativo cariñoso. Lo que más te guste. A ti te pega gruñona o flacucha — me golpeó en el brazo y ese simple gesto por su parte me llenó los pulmones de oxígeno—. Gruñona es el más acertado— me reí—. Definitivamente te pega más. Lo de flacucha lo podemos arreglar.
—¿Cómo?
—Obligándote a comer la ración de nutrientes que cualquier ser humano necesita para subsistir.
—Tu tiempo se está agotando, Medicucho—tenía razón, me quedaba poco tiempo, pero iba a intentar por todos los medios que el grado de desnutrición que tenía esa chica de grandes y profundos ojos azules que me había absorbido la razón tuviese algo más que piel y huesos. Mi obsesión por saber algo más de ella había llegado a tal punto que había sido capaz de flirtear con la enfermera para tener acceso a sus informes médicos. No lo consideré una vulneración del código ético de confidencialidad, al fin y al cabo, era cuestión de tiempo que formase parte del gremio. Los valores que encontré en sus informes eran poco halagüeños.
—¿Medicucho? — pregunté.
—He decidido que ese será tu nombre. Aprendiz de médico o médico experimental sería como ponerte nombre y apellido. No tenemos tanta confianza—tenía un humor raro, pero me gustó confirmar que estaba entrado en la dinámica del juego que quería terminar de plantearle.
—Lo veo justo. Gruñona y Medicucho, dos extraños con nombre.
—¿Se puede saber qué clase de trato es este?
—Uno que nos permitirá contarnos todo lo que queramos sin miedo, sin compromisos, sin ataduras. Seremos dos auténticos desconocidos que se sinceran el uno con el otro. Cuando creamos que ya no hay nada más que contar cada uno retomará su propio camino.
—¿Qué te hace pensar que tengo el más mínimo interés en saber algo sobre ti?
—Imagino que tiene que resultar raro que dos tipos te rescaten en la montaña y uno de ellos quiera hacer un trato como el que te estoy proponiendo. Dicho en voz alta suena bastante mal— creo que la mueca que vi en su cara era una media sonrisa —. Seguro que piensas que estoy pirado, pero tengo la extraña sensación de que podemos llegar a entendernos. No sé, Gruñona, no quiero perder la oportunidad de conocerte. No perdemos nada por intentarlo, ¿no te parece?

—Creo que acabaré arrepintiéndome si acepto el trato, aunque no me vendría mal recuperar mi yo de antes, casi ni me acuerdo de como era.
—¿Lo ves? También te atrae la idea.
—Habría una condición—dijo cuando la esperanza de poder llegar a conocerla mejor se estaba apoderando de mí.
—¿Y bien?
—Lo que nos contemos será única y exclusivamente para nosotros.
—¿Ni siquiera en el hipotético caso de que descubramos nuestros verdaderos nombres? —bromeé.
—Eso nunca puede llegar a suceder. Mis secretos sólo estarán a salvo contigo y tus secretos sólo estarán a salvo conmigo si no sabemos quiénes somos. De lo contrario, tendremos la necesidad de buscar por otros medios información que consideremos relevante y que creamos que el otro no nos ha dado.
—Eso suena a que lo que me vas a contar va a tener muchas lagunas.
—Tendrás que correr ese riesgo—me dejaba sin demasiadas opciones para rebatirla.
—Hay un pequeño problema al respecto.
—Tu dirás.
—El tiempo. Tu recuperación está siendo casi prodigiosa. Debes tener muchas ganas de desaparecer de aquí. Tu mente está ganando a tu cuerpo y lo está llevando hacia dónde quiere porque cualquiera que viese tu cuadro clínico diría que aún te queda una larga recuperación.
—No me gusta estar demasiado tiempo en el mismo lugar. Eso, por extraño que parezca, me está ayudando a recuperarme—me miró desafiante—. Y con lo que acabo de decir te estoy dando más datos de los necesarios, aún no hemos cerrado el trato.
—¿No te gusta estar mucho tiempo en un sitio porque eres nómada? ¿Es por eso que llevas tu casa a cuestas?
—No llevo mi casa a cuestas y te recuerdo que no hemos firmado ningún acuerdo para que sigas haciendo preguntas.
—¿Qué clase de acuerdo quieres firmar? Escupimos en las palmas y nos damos la mano o prefieres un pacto de sangre.
—¿Qué propones?
—Que baste con nuestra palabra. No le diremos a nadie las confidencias que nos hagamos.
—No me fío de la gente, no sé por qué debería fiarme de ti.
—Porque yo me voy a fiar de ti. Simple y sencillo—nuestro acuerdo se basaría simple y llanamente en la confianza…
—¿Y qué hay del problema del tiempo? A lo mejor no llegamos a poder llevar a cabo el trato.
—Hagamos que dure más allá de tu ingreso en el hospital. Que dure el tiempo que nosotros queramos. Si cualquiera quiere romper el trato el otro se verá obligado a aceptar. No podrá haber ningún tipo de presión, simplemente tendrá que aceptar que el trato se ha roto.
—No me conoces— sus ojos de pronto parecían aún más tristes—. Podría hacerte daño o ponerte en peligro—la sola idea de que pensase que podía hacerme daño me resultaba graciosa.
—Creo que seré capaz de correr el riesgo—pareció dudar—. Sé que todo esto es muy raro—contrataqué para minimizar sus posibles dudas—. Nunca he hecho algo así antes—apelé a la necesidad—, pero no sé por qué, tengo que conocerte—el silencio nos invadió de nuevo mientras ella bajaba la vista—. Me gusta estar a tu lado— la posibilidad de que nuestro acuerdo no llegase a producirse me envalentonó para decir lo que sentía—. Sé qué es una locura, pero es lo que siento.

—¡Tu alucinas!
—¿Alucino?
—Eso creo. ¿Qué has desayunado está mañana? — tuve el impulso de decirle que desde que había irrumpido en mi vida cada mañana sólo deseaba alimentarme de ella, pero no quería parecer un acosador. Ni yo mismo era capaz de digerir lo que me estaba pasando—. No me lo digas. Seguro que eres de esos que creen que el desayuno es la comida más importante del día y se rodean de comida saludable.
—¿Eso parece?
—Totalmente.
—Voy a tener que plantearme muy seriamente la imagen que trasmito. ¿Cómo llegas a esa conclusión?
—Llevas días dándome lecciones sobre vitaminas, proteínas, hidratos… creo que hasta sueño con ello.
—Sueñas con ello o sueñas conmigo y no te atreves a decírmelo—no sé por qué había dicho semejante estupidez, pero esas fueron mis palabras. Quizás sólo era porque tenía la esperanza de haberme cruzado en su cabeza como ella se había cruzado en la mía.
—Creo que sólo sueño con tus consejos alimenticios—al decirlo bajó la mirada y quise interpretar aquel gesto a mi favor. Me había cruzado alguna vez en sus pensamientos.
—¿Y si sólo soy un charlatán qué da consejos?
—No tienes pinta de ser de esos.
—¿No tengo pinta de ser de esos? ¿Y de qué tengo pinta?
—Tendría que medirlo según el sistema de puntos masculino establecido.
—¿Qué diablos es eso del sistema de puntos masculino establecido?
—Medicucho, utilizo el mismo sistema de puntos que utilizáis vosotros — al decirlo dio dos toques en la punta de mi nariz con su dedo índice. Fue la primera vez que nuestros cuerpos entraron en contacto de forma consciente desde que la encontré en el Valle de Estós. Cuando se reconoció tocando mi piel sus mejillas se sonrojaron y mi corazón bombeo alterado al ver su reacción.
—¿El mismo sistema de puntos que nosotros?
—Si, no te hagas el tonto otra vez. Todos los chicos lo usáis.
—¿Y se puede saber cuál es el sistema de puntos que todos los chicos usamos?
—Digamos que siempre que dos personas se están conociendo se dibuja en vuestra mente una tabla imaginaria de puntuaciones—al hablar se humedeció los labios sin ser consciente de ello, ese simple gesto me trastocó. ¿Qué me estaba pasando? Intenté disimular.
—Estoy ansioso por saber todo lo que tengas que contarme sobre esa tabla.
—Cuando tenéis una chica delante la catalogáis, en primer lugar, por su aspecto físico: sonrisa bonita, buenas curvas, delantera prominente, esas cosas ya sabes.
—Es decir, que somos unos superficiales.
—Básicamente.
—¿Estas siendo ahora conmigo una superficial? —continuó con la explicación después de mostrarme una amplia sonrisa que me hizo poner más tonto aún de lo que ya me sentía.
—Si la chica os gusta indagáis un poco más en aspectos como su inteligencia, su simpatía, sus gustos. Todos estos aspectos suman y restan puntos.
—Un sistema métrico muy profundo por lo que observo. ¿Puedo saber como voy en ese sistema de puntos?
—Pareces inteligente, competente, atento, podría decirse que incluso eres atractivo, aunque

algo creído y bastante pesado con la alimentación—me quedé mirando la pequeña cicatriz que la caída había dejado sobre su ceja. Creo que empezaba a gustarme todo de ella. No era la chica más guapa que había conocido, ni la más extrovertida, ni la más transparente, ni la más, no sé. No cumplía los cánones de belleza de la mujer perfecta. Tenía una larga melena morena, estaba muy pálida y era demasiado flacucha, pero me tenía atrapado en una red que ni siquiera era capaz de ver.

—Todo lo que has dicho me deja con una puntuación final de...

—Las matemáticas no son lo mío, necesitaría una calculadora.

—Supongo que ser graciosa suma un punto para ti—dije con ironía.

—Simplemente soy buena jugando a las puntuaciones.

—Tengo mis dudas. Soy atractivo, de eso no hay duda, pero ¿no crees que es muy arriesgado pensar que soy inteligente y competente? Creo que aún tienes a tu alcance muy pocos datos sobre mí que te permitan llegar a una conclusión como esa, deberíamos conocernos mejor algo que nos lleva irremediablemente a sellar el trato que te acabo de proponer—la puerta de la habitación se abrió dando paso a Beiñat.

—Ça va? (3)— preguntó Beiñat con un acento algo dudoso al entrar en la habitación. — Je vais bien et to (4).

— Salut, Beiñat, je vais bien (5)

—¿Es una clase de francés para principiantes? — me burlé de mi amigo que llevaba días intentando chapurrear el idioma para comunicarse.

—No se encuentra todos los días, una francesa anónima e inmortal— ella levantó su dedo corazón algo que nos sorprendió a los dos—. A lo mejor hay que pulir un poco sus modales, pero parece buena chica.

—¿Qué haces por aquí? ¿Has venido a presionarme de algún otro modo para que confiese por fin que soy una fugitiva de la ley? — Beiñat llevaba días intentando sacar algún tipo de información que nos permitiera dar con el paradero de su familia, pero todo había sido en vano.

—He venido por algo mucho mejor. He utilizado mis contactos, y me he enterado de que, en un par de días, si todo sigue como hasta ahora, te darán la libertad condicional.

—¿En serio?

—Se lo han preguntado al jefe médico de planta no creo que mienta en algo así. Podrás respirar aire puro en breve, pero nos tienes que prometer que te comprarás una mochila más pequeña.

—Demasiados tontos por metro cuadrado— ella le regaló una amplia sonrisa mientras mi amigo no entendía nada.

—¿Dónde piensas ir cuando te den el alta? — ambos compartíamos la misma curiosidad.

—No voy a caer en la trampa de daros esa información.

—¿Por qué llevabas la mochila repleta? ¿Ibas a algún refugio para pasar allí una temporada? — preguntó Beiñat.

—Sois demasiado insistentes.

—Tus secretos estarán a salvo conmigo— quise descargar tensiones—. Mis secretos estarán a salvo contigo, ¿recuerdas? — Beiñat nos miró a los dos sin entender nada—. Si me lo cuentas no rebelaré nunca el secreto de las mochilas gigantes.

—Podrías ser un loco que quiere secuestrarme para sonsacarme el secreto, pedir un rescate o asesinarme una vez obtenida tu recompensa...

—Unax es un buen tipo. Es mi colega, nunca haría algo así—sabía que éramos como hermanos, pero me agradó confirmarlo con sus palabras.

—¿Unax? Es un nombre un poco extraño, no lo había oído nunca— repitió ella saboreando

cada letra—. Creo que con la metedura de pata de tu amigo es justo que las reglas del trato cambien.
Cojonudo Beiñat—, sin saberlo acabas de mandar a la mierda la primera regla de nuestro acuerdo.
—Tendré que darte alguna información que equilibre nuestro trato— alcé una ceja mientras ella sonreía—, sólo para que todo vuelva a estar en equilibrio.
Nunca nadie me había transmitido tanto con tan poco.
Lo había conseguido.
Acabábamos de firmar un acuerdo que me permitiría descubrir por fin qué se escondía detrás de aquella inquietante mirada.

10

Unax

La puerta del portal estaba extrañamente abierta a esas horas, pero no le di demasiada importancia, solamente pensé que la buena fortuna me permitiría colarme fácilmente. Subí las escaleras saltando los peldaños de tres en tres con grandes zancadas sin necesidad de coger el ascensor. No había tiempo para esperar. Mi cabeza iba a cien por hora y necesitaba el desahogo que no había encontrado en las cervezas que me había tomado. Mañana cuando fuese a trabajar me arrepentiría cuando no soportase el dolor de cabeza, pero hoy necesitaba sacar toda esa presión que llevaba dentro o acabaría provocando una pelea absurda como un quinceañero cualquiera. Al llegar frente a la puerta no me lo pensé dos veces y pulsé el timbre con un ímpetu y una celeridad que no debería haber estado permitida a esas horas. Cuando creí que era imposible que no me hubieran oído, apoyé las manos una a cada lado del marco de la puerta y agaché la cabeza manteniendo como única visión el felpudo de la entrada. Distraje momentáneamente mi mente con aquella alfombra que daba la bienvenida en inglés, no pude evitar esbozar una sonrisa, sabía que a las dos de la madrugada y habiendo estado a punto de quemar el timbre, era de todo menos bienvenido en aquella casa, pero el corazón seguía yendo a mil por hora y si no se abría la puerta en los próximos cinco segundos la echaría abajo a golpes.

—¡Joder, tenías que ser tú! — a pesar de mi estado de alteración había notado como se acercaban a la puerta y movían la mirilla para ver quién llamaba a la puerta.

—¡Abre la puerta de una puta vez!¡Necesito hablar! —el sonido de la cerradura abriéndose al otro lado se dejó sentir en el silencio de la noche—. ¡Ya era hora, joder! ¿Puedo pasar?

—¡No! — entré como una exhalación en el piso antes de que la puerta pudiese cerrarse dejándome fuera—. ¡Para que preguntas si vas a hacer lo que te dé la gana! — cerró la puerta de un portazo arrepintiéndose inmediatamente al sentir el sonido que su furia había provocado en ella, supuse que pensó que tener un amigo gilipollas que se presentaba a las dos de la madrugada apestando a alcohol, no era excusa para tener que pagarlo con el vecindario.

—Te has puesto la camiseta del pijama del revés— Beiñat me fulminó con la mirada.

—¡Es que había un loco aporreando mi puerta y pensé que se estaba quemando el edificio! — me siguió por el pasillo viendo como me movía por su apartamento como si fuera mío. Me conocía a la perfección cada centímetro de aquel espacio, por eso, me dirigía sin reparos hacía el salón en busca del sofá para desplomarme sobre él.

—Eso tu ponte cómodo —ironizó—. ¿Quieres que te traiga otra copa? — ni me inmuté ante su comentario, no era habitual que me emborrachara, él lo sabía, pero esta vez tenía que reconocer que no había sabido gestionar bien lo sucedido. Creí que unas cervezas me harían ver las cosas con mayor claridad, pero lo único que había conseguido era embotar mi cabeza aún más. Nada más lejos de la claridad mental que buscaba para afrontar lo que se revolvía en mi interior.

—Joder, tío. ¿Tú sabes que los demás tenemos vida? No sé qué te habrá pasado y créeme que espero que sea algo del tamaño de una explosión nuclear porque si no te juro que soy capaz de liarme a puñetazos contigo.

—Ridículamente acabas de acertar con lo que más me apetece.

—¿Quieres pelea?

—Si. Creo que quiero liarme a hostia con alguien—la pequeña pelirroja con cara de niña buena que tantas veces me había servido de terapeuta apareció de pronto por el pasillo atándose con

cierto estilo *hollywoodense* una bata de raso sobre un camisón de encaje negro.
—¿Qué te trae por aquí Unax? —al verla supe que había interrumpido algo más que los dulces sueños de mis amigos. Ver como Beiñat la atraía hacia sí y la besaba la cabeza hasta agarrarla por la cintura, me lo confirmó.
—Lo siento— aunque siendo sincero me acababa de convertir en el amigo egoísta que necesitaba su consejo o se acabaría volviendo loco. Mis motivos merecían que emplazasen su envidiable amor a otro momento. Para eso estaban los amigos, ¿no?, para los momentos buenos y para cuando uno estaba a punto de sufrir un derrumbe cerebral de los que ni siquiera uno sabía que podrían llegar a producirse.
—Más lo vas a sentir si no nos cuentas que te trae a casa en este estado.
Beiñat besó cariñosamente a su mujer que apenas le llegaba a los hombros y se acercó de un modo algo amenazador hacía mí. No recordaba si había habido algún momento en nuestras vidas en el que Maialen y Beiñat no hubieran estado juntos. Les recordaba siempre así, como dos mellizos. Primero en el colegio siendo dos amigos que compartían secretos además de pelearse y desde el último año de instituto, cuando ya no podían ocultar a nadie que estaban locos el uno por el otro, como dos auténticos tortolitos. Hubo momentos en los que tanta demostración de amor me había empachado, pero llevaba ya demasiados años sintiendo cierto regustillo amargo por no poder disfrutar de un sentimiento parecido al que ellos se procesaban. Después de los años juntos no habían dejado de admirarse, de ser cómplices, amigos, amantes. Lo que los había llevado sin ningún tipo de duda a estrenar recientemente un nuevo estado civil. Hacía apenas tres meses se habían dado el *sí quiero.* Como padrino de bodas podía decir que les auguraba un futuro bastante bueno, aunque me fastidiaba pensar que en breve se rodearían de niños reduciéndose nuestro tiempo juntos. Un pensamiento egoísta, pero es algo que sucede cuando te quedas solo por gilipollas.
—Te traeré un vaso de agua— Maialen me sacó de mis divagaciones al tiempo que desaparecía por el pasillo. Al salir accionó el interruptor de la luz del salón que hasta el momento había estado únicamente iluminado por la luz que llegaba del pasillo. Al sentir la luminosidad de golpe fui consciente, más de lo que me hubiera gustado, de que además de sentir la boca algo pastosa la cabeza me palpitaba.
Imaginé que mi aspecto debía ser lamentable. Un adorno que no tenía cabida en esa estancia tan acogedora y decorada con tanto mimo. Se notaba que la mano de Maialen había sido capaz de traducir unos cuantos muebles de colores claros en algo más que cubículos en los que almacenar cosas. Aún nos recordaba de vez en cuando, lo guarros que habíamos llegado a ser cuando Beiñat y yo compartimos piso en la época universitaria. No son leyendas urbanas cuando cuentan que hay universitarios que agotan los platos limpios y acaban fregándolos todos en la bañera para que se ablande la porquería que tienen. Como tampoco son leyendas las torres que hacíamos simulando castillos con las latas de Coca-Cola que nos tomábamos y mucho menos eran leyendas urbanas la pila de cajas de cartón que acumulábamos de las pizzas que comíamos que además servían cada año de material inflamable para la hoguera de San Juan. Por eso, cuando poníamos los pies sobre la mesa de centro mientras veíamos una película o cuando no usábamos posavasos nos fumigaba como si fuéramos insectos. ¿Quién usa un posavasos hoy en día? Prometo que salvo a Maialen no conocía a nadie que lo hiciera.
—Toma te vendrá bien—no tardó en regresar con el agua que me había prometido y se sentó a mi lado—. ¿Mejor? — asentí después de dar un par de tragos.
—¿Es necesario que le trates con tantas contemplaciones? — diría que mi amigo Beiñat se sentía celoso ante las atenciones que Maialen me estaba dedicando—. ¡Son las dos y cuarto de la

madrugada!
—Joder, tío, es importante.
—Bebe y calla— me ordenó Maialen.
—Te lo compensaré— le dije a mi amigo porque en el fondo le entendía.
—Bebé más— Maialen dejó vislumbrar que el interrogatorio iba a dar comienzo.
—Acabaré vomitando— me quejé.
—No te vendría mal— bufó Beiñat—. ¡Apestas!
—¡Termina el vaso! —era mejor seguir la corriente. Me bebí todo el vaso, al fin y al cabo, no me quedaba más remedio que hacer lo que me pedía, yo era el que sobraba. Le entregué el recipiente.
—Ahora cuéntanos que es lo que te ha traído a casa en este estado— ahí estaba Maialen, su perfil de sabueso empezaba a aflorar.
Sabía que no era un reproche. Detrás de sus palabras, una vez más, solo había un intento por aclarar la situación y buscar la manera de solucionar lo que fuera que me estuviera pasando, pero no sabía por dónde empezar. ¿Cómo se decía que mi pesadilla más recurrente y a la vez mi mayor anhelo se había materializado delante de mis narices después de diez años? Había incluso llegado a creer que nunca había existido que había sido parte de mi imaginación, de mis deseos insatisfechos, de una vida que no llegaba a sentir completa y de pronto, todos mis fantasmas se agolpaban frente a mis asociados a un nombre.
—*Alex*.
—¿*Alex*? Quién demonios es...— Beiñat recordó de inmediato al ver la cara de su amigo—. ¿Alexandra Muller? — me froté la cara con las dos manos tratando de despejarme para afrontar mejor lo que estaba por venir.
—¿Dónde la has encontrado? — Maialen me acarició la espalda invitándome a hablar.
—Estaba cenando en un restaurante con Rosa...
—¿Rosa *la adultera*? — taladré a mi amigo con la mirada—. ¿Conoce a Rosa *la adultera*?
—No, joder—la cara de Beiñat era un poema así que traté de aclararle la situación—. Con Rosa estaba yo.
—Maialen dile algo a este gilipollas porque si el marido de *la adultera* no le rompe los dientes de un puñetazo voy a ser yo quien lo haga. ¡Cuántas veces te he dicho que pases de esa tía! ¡Te vas a buscar la ruina!
—¡Es ella la que me persigue!
—Oh, pobrecito que pena me das.
—¡No me toques los cojones!
—¡Tienes que superarlo de una puta vez!
—¿Qué estás diciendo?
—Te equivocaste, punto. Todos lo hacemos. Ni siquiera sé qué hubiera hecho yo en tu lugar, pero no puedes tirar tu vida por la borda como lo estás haciendo. ¡Qué ya no tienes veinte años, joder!
—Beiñat quiere decir que lo que sucedió no es excusa para que desde entonces no dejes margen a tus sentimientos— Maialen quiso suavizar las palabras de mi amigo. Sabía que no les faltaba razón. Por mucho que me molestase escucharlos había bloqueado por completo la capacidad de sentir algo más allá del propio deseo carnal. Sin emociones de por medio siempre era más fácil.
—Sólo sabe pensar con la entrepierna— Beiñat siguió metiendo el dedo en la llaga.
—Joder, eso no es verdad.
—¡Hay miles de mujeres solteras por el mundo!

—A ti el matrimonio te ha frito el seso— miré hacía Maialen disculpándome, me había dejado llevar por la rabia que me producían las palabras que mi amigo me estaba dedicando.
—Puedes buscar emociones fuertes en cualquier otro sitio. ¿Es solo sexo?
—Si, joder.
—¡Qué cojones te pasa entonces!¡No creo que sea la puta Venus del Nilo entre las sábanas! —el golpetazo que Maialen le dio en la cabeza me dolió a mi casi tanto como a él, aunque al tiempo tuve que contener la risa, la cara de pocos amigos con la que mi amigo miró a su mujer no era para menos.
—Sois un par de neandertales —Maialen trataba de reconducir la situación que a todas luces se nos estaba yendo de las manos—. ¿Podemos calmarnos un poco? — insistió—. Estábamos en la parte en la que estabas cenando con Rosa en un restaurante, y… ¿apareció ella?
—Algo así.
—Estaba en otra mesa o la viste llegar.
—¿Eso que importa, cielo? — Maialen miró primero a su marido haciendo un gesto que claramente indicaba que tenía que mantener el pico cerrado. Después me miró a mi esperando oír mi respuesta así que no me hice esperar.
—Estaba en otra mesa.
—Estabas con Rosa en una cena, en plan... ¿romántico? —la pregunta de Maialen era trampa.
—Si, supongo que sí.
—¡Genial! — bramó Beiñat.
—Una cena romántica— recalcó Maialen obviando el comentario de su esposo —. No necesito que me cuentes los detalles. Soy perfectamente capaz de imaginármelos y si Alexandra tuvo tiempo para veros creo que también pudo hacerse a la idea.
—Joder, tío eres lo peor—la actitud de mi amigo empezaba a enfurecerme.
—¿Vas a dejar de tocarme los cojones? Ya sé que la he cagado por eso estoy aquí.
—¿Crees que nosotros vamos a ser capaces de solucionar tu problema? Cómprate pantalones sin bragueta, tío— Maialen le dio un codazo en las costillas—. Eh, que no soy el que va con la picha fuera todo el día.
—¡No voy con la polla fuera todo el día! — me levanté y fui a por él, me estaba empezando a calentar de verdad con sus comentarios.
—He dicho picha. No polla— Beiñat me devolvió el empujón sentándome en el sofá de nuevo —. Lávate las orejas, guarro— al ver la absurda pelea en la que nos estábamos enzarzando Maialen se interpuso entre nosotros.
—¡Queréis dejar de comportaros como dos críos! — se giró hacia su marido y le invitó a sentarse en el extremo opuesto del sofá—. Supongamos que no te vio.
—Me vieron— Maialen resoplo.
—¿Estaba acompañada?
—Estaba con Rocío— pasé las dos manos por mi pelo retirándolo de la cara e intentando despejar las ideas—. Parece que la conoce desde hace bastante tiempo.
—¿Rocío?
—Si, pero eso no es todo, ahora viene lo más surrealista—los dos me miraron expectantes—. Es su compañera de piso.
—¡Estas de coña! — Beiñat intentaba encajar con fórceps la pieza del puzle que le estaba proporcionando.
—Su compañera de piso. ¿Cuántas veces nos ha hablado de ella? Cientos, miles…y era *Alex*, joder. No lo he sospechado ni por un momento.

—Ninguno de los aquí presentes hemos estado atentos a los detalles— me tranquilizó Maialen.
—Recuerdo que viajaba mucho— añadió Beiñat—. No teníamos por qué pensar que la podíamos conocer.
—Lo sé, pero estaba a escasos metros de nosotros y lo ignorábamos por completo. ¿Cuánto tiempo ha estado ahí? Años, meses…
—¿Qué importa eso?
Importaba.
Importaba mucho.
No sabía muy bien porqué, pero importaba.
Maialen acarició de nuevo mi espalda bajo la mirada atenta de Beiñat.
—Qué fue lo que paso. Lo que te tortura no es haber descubierto que es la compañera de piso de Rocío o por lo menos no es lo que más te quema ahí dentro — señaló mi pecho.
—Salíamos del baño… los dos… ya sabes...— Beiñat puso los ojos en blanco—. Fue en ese momento cuando nos vimos. No pudimos dejar de mirarnos. Supongo que los dos estábamos demasiado desconcertados como para asimilar lo que estábamos viendo. Joder, como iba a pensar…
—¡Cómo ibas a pensar con la cabeza! — esta vez Maialen cuando se giró con gesto de reproche hacia su marido no consiguió intimidarle—. ¡Tiene treinta y cuatro años y estaba follando en los baños de un restaurante con una mujer casada!¡Qué excusa hay para eso si no es que está jodido de la cabeza!
—No sé porque lo hice. Soy un gilipollas.
—Lo eres.
—Ella estaba allí.
—A lo mejor eso te sirve para que espabiles de una puta vez.
—¡Qué paso después! — quiso saber Maialen.
—Que se quedó pálida.
—¿No jodas? — ironizó Beiñat.
—Pude anticiparme. Evité que cayera al suelo. Se iba a desmayar.
—Que caballeroso…
—¿Conseguiste que no lo hiciera? — Maialen pretendía desviar mi atención de Beiñat.
—Si, conseguí sacarla fuera del restaurante para que respirara rítmicamente y recuperara el control de su cuerpo.
—¿Ese control del cuerpo que te falta a ti? — oí rebudiar a mi amigo mientras aceptaba que Maialen girara mi cabeza para que la mirara solo a ella.
—¡Qué sucedió después!
—Me ofrecí a llevarlas a un sitio más tranquilo.
—A su casa — afirmó Maialen mientras yo asentía—. ¿Fue en ese momento cuando descubriste que eran compañeras de piso? — asentí de nuevo.
—A Alex pareció no gustarle la idea de que me enterase de que vivían juntas— recuerdo que hice una pausa las palabras se me atascaban en la garganta—. Creo que en ese momento se sentía tan desbordada como yo.
—Más, *muuucho* más que tú. Infinitamente más…— iba a acabar dándole un puñetazo en toda la boca si no se callaba.

Sabía perfectamente que había sido el peor de los escenarios en el que podía haberme cruzado con ella. Era un puto gilipollas que llevaba demasiado tiempo huyendo de cualquier compromiso. Buscando la solución fácil antes de atarme a algo que sabía con demasiada certeza

que no iba a ser suficiente, pero no tenía que repetirlo a todas horas como si fuera un martillo percutor. Rosa era un pasatiempo algo arriesgado, pero los dos sabíamos de qué iba todo lo que había entre nosotros. Era un mero juego. Lo teníamos muy claro.
—Y después…
—Después rechazó mi ofrecimiento y se fue corriendo como si fuese el mismísimo diablo quién le estaba ofreciendo ayuda a cambio de su alma.
Tenía en el estómago un agujero del tamaño de un océano.
Hacía diez puñeteros años que no sentía algo así.
Estaba muy jodido.
—Solo tenéis que hablar— susurró Maialen.
—Eso es lo último que creo que quiera hacer.
—Tendrás que intentarlo—insistió.
—No puedes seguir más tiempo así— intervino Beiñat—. Quiero recuperar a mi amigo. El de verdad. No eres esta caricatura de ti mismo que tengo delante.
—Eso ya lo se.
—Demuéstralo.
—No sé como.
—Lo sabes y este es el momento perfecto para arreglarlo. A saber, qué astros se han alineado para que el cosmos te dé la oportunidad de solucionarlo, pero lo ha hecho. No puedes perder la oportunidad— lo dijo mientras se acercaba a mí y me abrazaba como dos amigos que se quieren de verdad y a los que no les importa mostrar su afecto.
Nunca nos había importado.
—Los dos estáis jodidos—dijo sin dejar de abrazarme—. Lo que pasó no fue sano para ninguno de los dos y a las pruebas me remito—aunque me molestase cada una de las verdades que había dicho desde que había entrado por la puerta de su casa, mi mejor amigo tenía razón.
Quería a ese tío

11

Alex

Desde que me había levantado únicamente pensaba en volver a caer en la cama. No había pegado ojo prácticamente en toda la noche, por lo que no tenía el mejor de los ánimos para afrontar el día. Mi estómago estaba encogido tanto que había tirado el café por el desagüe y no había sido capaz de probar bocado. Lo sucedido la noche anterior no me permitía estar demasiado tranquila. Hubo un tiempo en que había soñado como sería encontrarme con él. Al doblar una esquina. Al entrar en una cafetería e incluso en una librería al ir a comprar un nuevo libro que leer, ambos habíamos compartido esa afición. Siempre que había echado mi imaginación a rodar el encuentro había sido perfecto. Porque para eso están los sueños para moldearlos a tu antojo. Era una mujer con una vida llena de éxitos. Una vida social que me ocupaba la mayor parte del tiempo. Una belleza nada desdeñable. Eran sueños en los que no me temblaba la voz al verle. Con una fortaleza emocional impecable dónde Unax sufría por no tenerme y yo paladeaba el triunfo de no sentir nada que no fuera lástima por aquel hombre que un día hizo estallar mi corazón en mil pedazos, pero como todo en la vida la realidad era mucho más cruenta. Había estado a punto de caerme redonda al suelo a consecuencia del choque emocional que había supuesto volver a verle. Lo sucedido no podía estar más alejado de aquella realidad paralela que había querido crear en mis sueños.

Para sentirme bien.

Para poner una piedra más en mi muro.

En mi mundo.

Para caminar.

Para seguir adelante.

La interminable noche ni siquiera había servido para poner en orden de nuevo mi cabeza. Los minutos y las horas en el reloj de la mesilla se habían aliado con viejos fantasmas. Por más veces que lo había intentado no había podido caer en un sueño profundo.

Eran las siete de la mañana cuando entré por la puerta de Hoplan y el plan para la puesta en marcha de aquel día no estaba saliendo como lo había planeado.

Descentrada.

Nerviosa.

En una mesa de trabajo que por raro que pareciese ese día se me antojaba extraña.

Que las cosas no estaban del todo en orden era más que evidente, pero lo peor era que tenía la sensación de que aquello sólo era la punta del iceberg de lo que aún estaba por venir. Rocío tenía que pensar que su compañera de piso estaba totalmente trastornada.

Sin un ápice de juicio.

En algún momento tendría que darle una explicación.

Se lo debía.

Los informes que Francis esperaba que le entregase esa misma mañana se me estaban atragantando. No era capaz de despacharlos. Releía párrafos. Escribía palabras a las que cada vez encontraba menos coherencia y movía papeles sin llegar a ninguna conclusión. La noche me estaba pasando factura, tanto, que el teléfono debía llevar sonando un buen rato cuando salí de mi burbuja para cogerlo.

—Buenos días, le atiende Muller directora de proyectos de Hoplan & Orleal Consulting, ¿en qué

puedo ayudarle?
—¡Ven a mi despacho cuanto antes! — oí el clic de finalización de la llamada. Cerré los ojos y me di unos segundos antes de actuar. Pesarosa me levanté para dirigirse al despacho de Francis. Una vez frente a su puerta di unos golpes pidiendo permiso para entrar.
—Puedes pasar—me invitó a entrar.
—Buenos días— hizo un gesto para que me sentara en una de las sillas de confidente que había al frente de su mesa.
—Buenos días, ¿hoy me tuteas?
—Estas muy madrugadora esta mañana—como imaginaba no me iba a dar una explicación de los motivos que le llevaban a no marcar la distancia que el día anterior había mantenido conmigo, así que mi reacción fue parecida, levanté los hombros. Poco más podía decir. Salvo que la cama hoy se había resistido a darme cobijo—. Madrugadora, pero poco despierta por lo que puedo apreciar—¿Tanto se notaba que había dormido mal? —. A juzgar por tus ojeras diría que la noche ha sido larga. ¿Mucha fiesta?
—No he dormido bien.
—Como excusa no está mal, pero llevo muchos años tratando de despertarte por las mañanas.
—Lo que acabas de decir—titubee—suena francamente mal.
—No veo porqué.
—Se podría malinterpretar. Tú, yo, ya sabes...
—Definitivamente aún no estás despierta—su templanza era pasmosa.
—A lo mejor es que tienes que cambiar esa costumbre de llamar por teléfono a horas poco razonables.
—¿Poco razonables? ¿Las nueve de la mañana es una hora poco razonable? — miré incrédula el reloj. ¿Habían pasado dos horas? A juzgar por todo lo que tenía encima de la mesa nadie lo diría. Tendría que quedarme más tiempo del razonable si quería quitarme de encima todo el trabajo pendiente antes de viajar a Berlín.
—He puesto a Jairo con el grupo Remis. He visto que lo estabas tratando hoy, y quería advertirte — dijo mientras miraba la pantalla del ordenador—. Tienes que darle los informes para que pueda evaluar sus necesidades y valorar el impacto del proyecto.
—¿A Jairo? — dejó lo que estaba haciendo y me miró directamente.
—No me cabe la menor duda de que no tendrá ningún problema en conocer al cliente a la perfección porque seguro que tienes hecha una radiografía perfecta de cada uno de los miembros de la empresa.
Como responsable directa de Jairo dudaba de su capacidad para asumir el trabajo que le acababa de encomendar, nada más y nada menos, que el mismísimo director general de Hoplan. ¿Cuándo había dejado de ser yo misma quién distribuía las tareas en el departamento? Sabía perfectamente que José era uno de los integrantes más aventajados en el terreno de las negociaciones, si no quería que lo hiciese yo la persona más adecuada era él.
—Si puedo opinar creo que me decantaría por José si queremos afianzar al cliente. Sus dotes comerciales son mucho mayores que las de Jairo— tenía la certeza de que el porcentaje de éxito del proyecto sería bastante más alto, aunque me contuve y no se lo dije.
—Jairo lo hará bien.
—¿Hay algo que deba saber?
—No.
—¿Se ha quejado el cliente?
—¿Debería haberse quejado?

—No me contestes con otra pregunta. ¿Se ha quejado el cliente? Si o no.
—No— otra vez enrocado. Empezaba a convertirse en una costumbre. Nuestra conversación iba a ser difícil.
—¿Por qué no lo negocio personalmente como estaba previsto?
Su respuesta fue el tecleo insistente en su ordenador. Su ceño se fruncía recogiendo una idea que viajaba a través de sus dedos para escribirla en el documento que tenía abierto. No perder ni una sola palabra parecía importante en aquel momento. Lo que avivó mi curiosidad y eché un vistazo a la pantalla. Parecía la ficha de un cliente nuevo a juzgar por los datos que allí había picados. Miré la mesa y comprobé que los papeles que descansaban en ella llevaban el mismo logotipo, cuatro triángulos azules entrelazados. Rodes Company.
Ni idea. Era la primera vez que veía ese nombre.
—¿Por qué no quieres que continúe con el cliente? — insistí mientras él se giraba por fin para mirarme.
—Tutelarás a Jairo.
—No te entiendo.
—Deja que sea él quién negocie y supervisa como lo hace. Sólo tienes que estar atenta. Luego me lo contarás y me dirás si lo ha hecho bien.
—En serio, ¿de qué va todo esto? —dejó el ordenador y se giró para mirarme.
—Va de que si continúas haciendo el mismo trabajo se convertirá en costumbre, la rutina te convertirá en alguien gris y poco provechosa.
—¿Por ese motivo tengo que ceder una negociación tan importante a alguien de mi equipo que no considero que tenga las dotes comerciales que los dos sabemos que se requieren para un tema como el que tenemos entre manos? —su mirada me dijo que tenía la bola de cristal que predecía perfectamente el futuro y claramente sabía lo que estaba por llegar—. No sabía que tuvieras dotes de clarividente.
—Créeme, Muller, tienes mucho potencial. Tenemos que ponerlo en valor antes de que sea tarde. Es necesario que planteemos este cambio como una oportunidad de desarrollo y crecimiento para ti— lo miré con la misma expresión que un niño mira un regalo envuelto de forma muy vistosa, pero sin estar del todo satisfecho porque no sabe cuál es su contenido.
—¿Qué tengo que ver yo en esta ecuación?
—Te considero uno de los mejores activos de la empresa. ¿Por qué no iba a querer propiciar tu desarrollo?
—¿No te estás dando cuenta de que no resultas nada convincente? ¿Un viaje a Berlín porque Logical Comunity de pronto cree que somos buenos para trabajar con ellos? ¿Una empresa que tenemos que investigar más allá de lo estrictamente necesario porque no parece fiable? Llevamos meses perdiendo clientes y me hablas justo ahora de lo importante que soy para la empresa, pero dejas en manos de un incauto una importante negociación y dices que te preocupa mi desarrollo profesional. Perdona, pero esto huele muy mal, aunque me lo quieras envolver en pan de oro. ¿Qué está pasando Francis?
—El mercado es cambiante, Muller.
—No soy estúpida, Brun.
—No lo eres.
—Entonces sabes que algo pasa. Dispones de mucha más información. Sabes a dónde quieres llegar mientras que yo estoy a punto de estamparme porque no se dé qué van las reglas del juego.
—La necesidad de información te hará estar alerta.
Me miró calladamente. Como si quisiera entrar en mi mente. Como si quisiera dirigirse a las

profundidades de mis pensamientos. Creo que era demasiado transparente para él. Llevaba tiempo sospechando que sabía que en mi interior había algo que quería ocultar al resto del mundo. Creía que los demás no eran capaces de detectarlo. Pero él no era como los demás. Me escribí una nota mental para no olvidar que en algún momento tendría que construir una coraza a mi alrededor más sólida.
—¿Quieres mayor estabilidad?
—No te sigo, Francis.
—¿Tienes estabilidad en el ámbito laboral?
—Si, a menos que me digas que vas a despedirme.
—¿Y en el ámbito personal? ¿La tienes? Es muy importante que tu vida emocional esté completa. Se necesita un equilibrio para no caer.
—¿En serio me estás preguntando por mi vida personal?
—Se necesitan dos piernas para caminar. Una se apoya en la otra, cada una se ayuda a equilibrar a la otra. De otro modo es imposible avanzar sin caerse. Deben ir juntas, pero la mayoría de la gente se apoya más en una. Acaban caminando a la pata coja, y se acaban cayendo. Algo que no quiero que te suceda.
—No sé a dónde quieres llegar con todo esto.
—La vida requiere esfuerzo y sacrificio. En ambos sentidos. Ni el amor lo abarca todo. Ni el desarrollo personal debe supeditar a la parte emocional que necesitamos para vivir.
—¿A qué viene eso ahora?
—Te tengo un especial cariño. Creo que no hace falta que te lo diga—supongo que mi mirada fue clarificadora.
—Es un sentimiento mutuo, Francis, pero por qué te ves en la necesidad de tener que decírmelo justo ahora.
—Quiero asegurarme de que tienes un timón fuerte al que agarrarte— me froté la frente, necesitaba encontrar el sentido de todo aquello—. Eres demasiado pasional y te entregas a lo que haces demasiado deprisa, sin miramientos y a pecho descubierto. Eso es bueno y es tu sello de identidad, pero para otros puede suponer la jugada magistral que acabe contigo—un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. ¿Qué demonios había averiguado? ¿Qué sabía de todo aquello que llevaba años ocultando? Intenté hacerme la sorprendida.
—¿Quién va a querer acabar conmigo?
Llevaba demasiado tiempo rodeada de fantasmas que me acechaban.
De miedos.
De pérdidas que no era capaz de superar.
Demasiado alerta al peligro que me acechaba.
No era ingenua.
No lo era.
—Es un momento complicado, Muller. El colapso de la burbuja inmobiliaria. La falta de liquidez. La crisis económica a escala internacional. Las rivalidades se suceden unas a otras. Las coaliciones desaparecen y solo sobrevive quien mejor agarra su flota al muelle y hace fuertes a sus tripulantes—ver que sus palabras giraban en torno a la empresa y no a mí me produjo cierto alivio.
—Muy poético, Brun. Eso supone inestabilidad para Hoplan & Orleal Consulting.
—Efectivamente, supone que tenemos que rearmarnos, reinventarnos…—no le dejé seguir hablando.
—Retenemos clientes. Los fidelizamos. Bajamos precios. No crecemos, pero nos mantenemos.

—No es suficiente. Acabaremos sufriendo el efecto rebote. Muchos de esos clientes que aún están en pie acabarán cayendo también.
—¿Qué propones? — masajeé con pequeños círculos mis sienes.
—Crear una estructura sólida que resista todos los envites que vamos a tener de aquí en adelante, una estructura directiva definida dentro de la empresa en la que eres una pieza importante. Hemos funcionado mucho tiempo como una familia, pero ese modelo de trabajo ya no es válido. Se resquebrajará no tardando mucho. Quiero que cada uno de vosotros os especialicéis más. De esta manera controlaremos mejor los golpes según los flancos por los que nos vengan —por fin empezaba a entender qué era lo que le preocupaba. Su cabeza llevaba pensando demasiado tiempo en los peligros que acechaban a Hoplan, solo era eso, miedo al futuro de la empresa, aunque su actitud seguía pareciendo algo extraña.
—Agradezco que quieras contar conmigo—se levantó de la silla y rodeó la mesa de su despacho dando por finalizada la reunión. Se dirigió hacia la puerta y agarró el pomo.
—Puedes irte. Continúa con lo que estabas haciendo y cumple con la instrucción que te he dado.
—Francis…—le frené antes de que me echará con demasiada premura del despacho sin entender por qué ese cambio después de la conversación que acabábamos de mantener en la que parecía haberse sincerado conmigo—. Tú confianza es importante para mí—nunca había tenido deseos de poder ni un ego demasiado rotundo. Hacía mucho tiempo que sabía que me bastaba con respirar cada día tratando que no doliese el hacerlo.
—La confianza debe nacer en ti, no necesitas apoyarte en nadie. No te centres en lo que los demás pensemos porque pasamos a tu lado circunstancialmente como amigos, como amantes o como rivales.
—Dicho así parece hasta fácil— Francis sonrió.
—Tú decides con qué te quedas. Nadie más—quise hablar, pero la palma de su mano apretando mi hombro con fuerza se tradujo en una señal clara de que nuestra conversación había acabado — No debemos ser esclavos de las decisiones que tomamos, Muller. Tienes que ser fuerte— dejó caer la palma de su mano para dirigirse de nuevo hacia la puerta—. Tu mayor debilidad eres tú misma— aquella afirmación me pilló totalmente desprevenida–. No lo olvides— abrió la puerta y no me quedó más remedio que salir.
¿Qué demonios acababa de pasar en ese despacho?

12

Alex

El teléfono móvil comenzó a vibrar. En la pantalla se podía leer claramente de quién era la llamada entrante.

Eric.

No le había llamado aún. Desde el domingo cuando nos despedimos en el aeropuerto ni tan siquiera le había enviado un triste mensaje porque siempre acababa enredándome con cualquier otra cosa. Tenía que contestar aquella llamada.

—Hola *princesa* — la voz inconfundible de Eric se oyó al otro lado del teléfono —. Estaba preocupado por ti. ¿Dónde te has metido todo este tiempo? —no tenía ninguna excusa lo suficientemente elaborada para justificar mi ausencia de noticias—. Han pasado más de cuarenta y ocho horas desde que nos vimos por última vez— me di varios toques en la cabeza—. Acabaré volviéndome loco si no puedo localizarte.

La distancia que nos separaba merecía que hiciéramos un esfuerzo por mantener la comunicación, él parecía esforzarse cada día, yo lo intentaba, pero no me nacía de dentro como debería suceder.

—¿Esta todo bien?

—Si, todo bien, aunque aún estoy trabajando. Tengo mucho cosas acumuladas y pendientes.

—Bien, eso está bien. Adelanta todo el trabajo que puedas porque tengo una buena noticia que darte—me mantuve expectante—. Tengo la vista preliminar de un juicio y la reunión con los clientes será en Madrid.

¿Eric? ¿Madrid? No pude evitar que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo. Mi vida giraba entre dos mundos perfectamente diferenciados.

Madrid: un trabajo, unos amigos que no me juzgaban y esa calma disfrazada de distancia que necesitaba para poder vivir sin recordar más de lo necesario.

París: dónde mis demonios aún existían y la gente se compadecía de mí.

Sin embargo, no era capaz de cortar el hilo que me ataba a la ciudad que me había visto nacer. Eric era mi enlace, el pozo de información de lo que sucedía allí. La unión con lo que fui y lo que dejé atrás. Por eso, mezclar ambos mundos no podía ser una opción. No era una buena idea.

—Estaré contigo mañana. Pienso acortar todo lo que pueda la reunión para estar el resto del día contigo.

—Eric— no escuchó.

—Intentaré quedarme el resto de la semana. Un jefe puede hacer esas cosas.

—¿Qué cosas?

—Modificar la agenda a su conveniencia. Podré resolver los asuntos pendientes de esta semana desde Madrid contigo a mi lado.

—Eric, tengo que trabajar. No creo…

—También eres jefa. Puedes modificar tu agenda.

—Tengo mucho trabajo acumulado.

—Vamos eres como una hormiguita. Serás capaz de organizarte—no sabía como abordar la situación, y mucho menos como decir en voz alta que últimamente dudaba hasta de mi capacidad resolutoria. La montaña de trabajo que se acumulaba en mi mesa avalaba mi teoría—. Te echo de

menos, *princesa*— aquella afirmación acabó por rematarme. Solo hacía dos días que nos habíamos visto. ¿Cómo podía echarme de menos?
—Eric hay un problema.
—¿Qué problema?
—Mañana tengo que estar en Berlín.
—¿En Berlín? ¿Qué pintas tú en Berlín?
—El director comercial de una importante compañía se encuentra allí. Se trata de no perder la oportunidad de reunirme con él para firmar un contrato. Es importante.
—¿No hay nadie más que pueda suplirte? Alguien de tu equipo. José. Siempre me has dicho que es brillante en las negociaciones.
—Se trata de Logical Comunity— estaba al corriente de quienes eran, si de algo hablábamos con frecuencia entre nosotros, era de trabajo.
—Necesito verte. No puedo esperar más.
—No seas exagerado.
—Después de dos largos meses de espera sin verte, un fin de semana no sirve de mucho—los acuerdos de nuestra relación a distancia cada vez eran más difíciles de mantener y aunque lo intentábamos nuestras agendas nos ponían demasiadas trabas—. Está bien cenaremos juntos mañana.
—No sé como...
—Sólo tienes que estar disponible a las nueve de la noche. ¿Harías eso por mí?
—Claro que lo haría, pero mañana estoy en Berlín. ¿Qué piensas hacer? —el miedo a que se presentase en Berlín atenazó por un momento mi mente.
—Sorprenderte, *princesa*. Es lo único que me importa cada día. Sorprenderte e intentar enamorarte un poco más—se me secó la garganta.
—Es tentador, pero acostarme pronto también lo es.
—¿En serio prefieres dormir? — me había ayudado a ir tapando las grietas de mi vida poco a poco, aunque no estaba segura del todo de que lo hubiera conseguido, pensé que merecía al menos que le diera una oportunidad.
—Creo que voy a dejar que me sorprendas.
—Eres mala conmigo, pero te quiero— a veces la distancia me hacía olvidar el efecto que saber que era importante para alguien generaba en mí.
Apenas me había dado tiempo a colgar el teléfono cuando volvió a sonar.
—Muller, por favor. Ven de nuevo a mi despacho.
Francis me esperaba sentado detrás de su despacho mientras esperaba con un semblante serio a que tomara asiento. Cuando lo hice me informó con cierta premura de que Torralbo, un nuevo miembro ejecutivo de la empresa desde hacía apenas dos meses, estaba esperando que contactáramos con él. Desde que entró a formar parte de la empresa, sin explicación alguna por parte del director general de Hoplan, todos los pasos que daba parecían ser zancadillas para la empresa. Por eso cada vez me costaba más soportar su arrogancia. No entendía por qué había que rendirle cuentas de cada detalle por nimio que fuera. Francis señaló la cámara de vídeo que captaba la imagen de ambos y pulsó el botón de llamada.
—Buenos días, Francis— la voz del señor Torralbo sonó seca mientras la pantalla nos devolvía la imagen de un hombre afincado en la cincuentena bastante fornido y con signos evidentes de alopecia.
—Buenos días, Roberto— ambos se tutearon—. Esta con nosotros la señorita Muller—era evidente que estaba allí. Podía verme perfectamente a través de la pantalla. Sobraban las

explicaciones, aunque Roberto Torralbo hubiese obviado saludarme.
—La verdad es que no quiero generar ningún problema más—*¿En serio?* — pero no entiendo como habéis podido llegar a semejante acuerdo— dijo directo y sin rodeos con un tono bastante grosero—. ¡Es una auténtica mierda! —no tenía ni idea de a qué acuerdo se refería. Miré a Francis tratando de buscar algo de claridad, pero solo obtuve sombras en su rostro como respuesta. Ni un ápice de la persona con la que había estado hablando minutos antes. Me enfurecí internamente, por el tono de voz del nuevo socio era evidente que había algún incendio y me salpicaba directamente a mí.
—¡Qué es esto de rescindir un contrato que vence dentro de dos años!¡Sin mantenimiento, sin actividad, sin licencias que cobrar! ¿De qué va todo esto?
¡Coreka! ¿Cómo demonios se habían enterado de ese acuerdo si era interno y no tenía por qué trascender?
—¡Lo que hay que hacer es mostrarles la necesidad que tienen de adquirir más licencias y si no entran por el aro que se vayan!¡No nos interesan!
—¿Estamos hablando del acuerdo con Coreka?
—Eso no es un acuerdo. Es una auténtica chapuza mercantil— respiré profundamente para oxigenar mi cerebro y evitar que mi enfado se reflejara a través de mis palabras.
—¿Conoce usted a la empresa Coreka y sus dos filiales?
—¡No necesito conocerlos! Lo único que necesito es saber lo que es beneficioso para la Hoplan & Orleal Consulting— escupió.
—La negociación que se ha hecho creo que garantiza la continuidad de ese cliente un año más a pesar de las condiciones en las que se encuentran— Francis escuchaba sin intervenir.
—¡Para que queremos unos clientes que no van a pagar! — su elevado tono de voz hacía ya un rato que me incomodaba más de lo necesario.
—Llevamos trabajando con ellos muchos años. Siempre han sido además de fieles a nosotros muy buenos clientes.
—¿Me vas a venir ahora con sentimentalismos baratos? Por el amor de Dios, Francis, de dónde has sacado a esta cría. ¿Qué somos ahora? ¿Hermanitas de la caridad?
—Escuchemos primero que tiene que decirnos— Francis trató de apaciguarle, pero sin rebatir sus argumentos ni reconducir el tono que había utilizado conmigo. La misma actitud que había mantenido el día anterior cuando Karina me había increpado. ¿A qué demonios estaba jugando?
—No sé a lo que está usted acostumbrado— disparé—. Nosotros siempre hemos cuidado a nuestros clientes. No vamos a dejar de hacerlo cuando las cosas se pongan difíciles.
—¿Son así de irreverentes todos los miembros de tu equipo? — preguntó sin reparo mientras Francis se mantenía en silencio.
Estaban atentando contra la empresa que había creado, contra su gente, a quién tantos años había defendido y por quienes tanto había luchado, ¿y no decía nada?
Ni un mal gesto.
Ni una mala palabra.
Desde luego el que estaba sentado a mi lado no era la persona que conocía. No era el hombre que esa misma mañana me había hablado de valores, de sentimientos, de fortalezas. ¿De qué demonios iba todo aquello?
—Solo digo que el entorno económico no les está favoreciendo—insistí en vista de que mi jefe parecía ausente.
—Eso a nosotros no nos importa— parecía escupir sus palabras.
—Nos importa desde el momento en que sabemos que van a ser absorbidos por otra empresa que

no utiliza nuestra herramienta de gestión. Si nos empecinamos en que cumplan el contrato íntegramente los perderemos. El acuerdo al que hemos llegado nos ha permitido mantener un treinta por ciento de ganancias.
—Un treinta por ciento. ¡Cómo si eso fuese un triunfo!
—No es cuestión de triunfos. Es cuestión de acuerdos que benefician a ambas partes. Van a acabar rescindiendo el contrato que tienen con nosotros por imposición de su nuevo comprador y frente a eso no podemos hacer nada.
—Negociar con el comprador.
—Trabajan con un proveedor alemán desde hace tiempo. Me he informado. No están dispuestos en este momento a cambiar nada en su estructura de trabajo.
—¡Con esa actitud es muy difícil que consigas algo! — me daban ganas de decirle que con mi actitud había conseguido incrementar la cartera de clientes de la empresa trayendo múltiples beneficios durante años, pero no era a mí a quién correspondía decir aquello.
—Si conocieras al cliente sabrías que el año que viene lo único que vamos a tener con ellos es una buena relación y la garantía de que hablaran bien de nosotros por el trato que les hemos dado no dejándoles en la estacada.
—Eso si pagan, porque si no lo hacen, me encargaré personalmente de recordarte la estupidez que todo esto me parece.
—Pagarán—cruce los dedos por debajo de la mesa para que no me vieran. Esperaba que mis palabras fueran ciertas. Si Coreka acababa declarándose insolvente antes de que la absorción se produjese estaba perdida. Tendría que esperar a que el milagro se obrase porque la empresa matriz nunca se haría cargo de la deuda. Corría un riesgo, pero era necesario.
—Francis, creo que tienes que recordar a tu gente que los mundos de hadas solo funcionan en los cuentos— el tono despectivo fue más que evidente—. Aquí las negociaciones que hacemos son en el mundo real.
—Se puede justificar fácilmente— respondió Francis—. No supone una pérdida íntegra sino la prolongación de un contrato que se iba a extinguir.
¿En serio esa era toda su argumentación? ¡Si cada palabra que había salido de mi boca me la había enseñado él!
—Amigo mío— dijo con una risa sarcástica que no llegué a entender—. Sería perfectamente capaz de demostrar en el Consejo de Administración que esto me parece un auténtico acuerdo de mierda.

Cerca del trabajo había un pequeño local donde servían platos combinados y bocadillos, aunque la reunión con Torralbo me había cerrado por completo la boca del estómago sabía que tenía que hacer el esfuerzo. Me sentía bastante débil y parte de esta debilidad se encontraba en que había vuelto a olvidarme de que comer era una necesidad vital. Al entrar el olor a fritanga llegó de una forma muy desagradable a mis fosas nasales. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no volver a caminar en sentido opuesto sobre mis propios pasos. Me senté en la única mesa que quedaba libre al fondo del local. La camarera no tardó en reparar en mí y venir a tomar nota. La idea de comer sola nunca me había entusiasmado demasiado, pero a fuerza de viajar había tenido que aprender que no era una práctica tan mala. Podías librarte de charlas innecesarias y vacías que no te aportaban nada especial. Había probado los sitios más variopintos estaciones de tren, aeropuertos, un banco en un parque mientras esperaba a algún cliente con el que cerrar un acuerdo y en todos ellos había llegado a la misma conclusión. Comer era simplemente una necesidad fisiológica, aunque todos se empeñaban en convertirlo en algo más.
Revisé el teléfono móvil mientras esperaba a que me trajeran lo que había pedido. Habían pasado

los años y seguía con la misma mala costumbre de ignorarlo por completo. Por eso, al ver las llamadas perdidas de John, Rocío y Eric sentí una pequeña punzada que me hizo pensar que tenía que reconsiderar esa costumbre. Contactaría con ellos uno a uno, pero antes revisé la bandeja de correo electrónico por si la situación era parecida. Tenía varios mensajes del nuevo bufete de abogados con el que había contactado para resolver unos asuntos familiares, saqué mi agenda para apuntar que tenía que descargar e imprimir los documentos que mi abogado me había hecho llegar y mandé un mensaje a John.

La camarera deposito en la mesa el sándwich mixto y el botellín de agua que había pedido. Pagué la factura e inmediatamente bebí con ganas casi medio botellín intentando saciar una sed que sabía que no era física mientras retomaba de nuevo el teléfono. Tenía tres correos más en el buzón con temas de trabajo que en lugar de entusiasmarme como venía siendo habitual me hicieron resoplar. Miré el sándwich con cierto recelo. El recuerdo del mal sabor de boca que me había dejado el último que había comido estaba demasiado latente aún, pero decidí tentar a la suerte y dar un mordisco.

—¿Puedo sentarme? —tomé conciencia sobresaltada de que me hablaban. Al levantar la vista no podía creer lo que veía.

13

Alexandra Muller
Diez años antes

Me desperté ligeramente con el suave susurro de una voz acunando mi oído.
—Gruñona. Eh, Gruñona.
La cama parecía estar sobre un mar agitado. Se movía, sin embargo, el peso de mis pestañas era mayor al vaivén que estaba sintiendo. Rodé por ella y me hice a un lado para acabar notando una punzada en un costado. Palpé mi cuerpo y encontré bajo mis costillas las cubiertas duras del libro que recordaba haber estado leyendo. No me quedó más remedio que abrir los ojos y sacarlo de debajo de mi cuerpo para evitar que siguiese clavándose. Me había quedado dormida, aunque no recordaba muy bien cuando, pero la tenue luz que había en el cabecero de aquellas camas de hospital me lo confirmaban.
—¿Tratado de fisiología médica? —Unax estaba sentado en el borde de mi cama mirándome con una sonrisa que le ocupaba toda la cara. Sabía muy bien la procedencia de aquel libro.
—Algún idiota se lo olvidó y se me ocurrió ponerme a leerlo. Está claro que no debió de gustarme demasiado— me cogió el libro para dejarlo sobre la mesilla.
—Aun así, te ha acompañado en tus sueños. No me importaría ponerme en su lugar.
¿Por qué me gustaba que flirteara conmigo y que estuviera allí a las…?
—¿Se puede saber qué hora es y porqué hablamos en susurros?
—Son las tres de la mañana.
—¡Las tres de la mañana! — la sorpresa hizo que levantara la voz y él inmediatamente tapó mi boca con su mano. Su contacto me gustó.
—Digamos que no estamos dentro del horario de visitas— levanté las cejas, sorprendida.
—¿A las tres de la mañana? Menuda novedad.
—No podía dormir—confesó—. Mañana te dan el alta.
—Mmm…no veo la relación entre ninguna de las cosas que acabas de decirme. Debe ser porque estoy dormida aún — su sonrisa se hizo más ancha—. ¿Qué te pasa?
—¿De verdad necesitas preguntarlo? —levantó la mano y se retiró el pelo de la frente, lo tenía demasiado largo. Necesitaba un corte. No. Mejor no, le quedaba bien así. Revuelto e informal.
—Me preguntaba si te apetecería que pasáramos el verano juntos—doblé la almohada sobre mi cara para no ver como me estaba mirando.
¿De verdad me estaba proponiendo que pasáramos el verano juntos? Para él podía no significar nada, pero para mí era como llenar mi mundo de arcoíris y mariposas de colores.
—Sólo digo que si queremos que el acuerdo al que hemos llegado tenga algún sentido tenemos que buscar más tiempo de dónde sea.
—Estás loco—dije escondida bajo la almohada.
—Adorable mejor, ¿no te parece? —respondió descubriéndome el rostro—. Serían unas vacaciones entre amigos desconocidos.
—Mira que eres raro.
Después de todo lo sucedido con la gente a la que creía que le importaba, contar con la compañía de alguien de forma desinteresada me parecía del todo increíble. Por qué decir que me hacía sentir feliz era aspirar a algo que me quedaba grande. Esos sentimientos los guardaba desde hacía un año como pequeños lingotes de oro en los rincones de mi mente.

—¿Te lo estás pensando al menos? —en realidad no quería perder la esperanza de que aún podían pasar cosas buenas—. Te has quedado muy callada
—Estás loco de atar, ¿y si te robo mientras duermes? ¿Y si formo parte de una red de narcotraficantes? Y sí… —intentó volver a taparme la boca con su mano, pero esta vez se lo impedí—. No nos conocemos de nada—escondí los brazos debajo de las mantas.
—Eso qué más da. Soy tan irresistible que no puedes resistirte a mis encantos.
—Eres un vanidoso y un arrogante— saqué mi mano de debajo de las sábanas para darle un golpe a modo de protesta que solo consiguió que se riera aún más.
¿En serio estaba flirteando conmigo? Se inclinó hacia el lado de la cama que estaba vacío y se tumbó a mi lado estirando las piernas sobre las mantas. Dobló los brazos para apoyar su cabeza sobre las palmas de las manos y miró al techo para seguir hablando.
—Tengo que confesarte que he pensado más de una vez en poner una noticia en diferentes periódicos para informar de que una preciosas chica francesa aún por identificar se había caído por la ladera de una montaña en el Valle de Estos.
—¿Qué has pensado qué? — todas las alarmas sonaron de golpe en mi cabeza alejando por completo el piropo que acababa de salir de sus labios. Sólo buscaba que un torbellino se llevase todo el miedo que me había caído encima, cualquier paso en falso podría mandarlo todo a la mierda.
—Tranquila, para no crear ninguna alarma social informaría de que afortunadamente no registras lesiones graves— agarré los bordes de las mantas y las acerqué hasta mi barbilla—. No es posible que no haya ahí fuera nadie preocupado por ti—no dije nada—. ¿Qué te pasa? —giró la cabeza para mirarme. Al no obtener respuesta exhaló pesadamente—. Tenemos un trato, Gruñona.
Al poco de conocer su nombre por el descuido de su amigo, le había confesado el mío, pero por motivos que no acertaba a saber había intuido a la perfección que no me resultaba agradable oír su sonido. Sea cual fuere el motivo que le había llevado a una conclusión tan acertada, había decidido no usarlo.
—Lo que digas se quedará entre nosotros—insistió—. Nadie más lo sabrá. Puedes confiar en mi —gracias a mi propia experiencia sabía que tenía que actuar con cautela. Al fin y al cabo, aunque quería que permaneciera a mi lado, no le conocía. No sabía por qué seguía aún tan cerca de mí. En definitiva, no sabía si podía confiar en él.
—No hay nadie esperándome—giró todo su cuerpo hacia mí. Nuestros rostros quedaron demasiado cerca permitiéndome sentir su aliento.
Me reconfortaba.
No sentía la necesidad de salir corriendo.
Me sentía sorprendentemente cómoda a su lado y no entendía los motivos.
—No hablo de un novio o una pareja. Que también puede haberlo. Hablo de tu familia, tienen que estar preocupados.
—No hay nadie— repetí mientras sus ojos navegaban por todas las facciones de mi cara sin esconderse.
—Solo dime una cosa, ¿si estuvieras huyendo de ellos me lo dirías? ¿No me mentirías? — sonó sincero por lo que era justo que yo también lo fuera.
—No te mentiría—dejó caer su cuerpo colocándose de nuevo con la mirada hacia el techo.
Sentí que la calidez que su cercanía me había producido se enfriaba, aunque su cuerpo estuviese aún a un palmo del mío.
—Cuéntame algo de ti— le pedí casi en un susurro.

—¿De mí?
—Si, cuéntame un secreto— se giró para mirarme sonriendo.
—Un secreto. Está bien. Me gusta el helado de menta— moví las piernas debajo de las sábanas para intentar darle una patada—. ¿Qué? Es algo bastante sorprendente a casi nadie le gusta— alzó una ceja—. Si lo mezclas con chocolate entras directamente en el limbo de los dioses.
—Vale, ya veo por dónde vas. ¿Esta es tu forma de cumplir con el trato?
—Eh, Gruñona. No te pases. Que los gustos de cada uno son algo muy personal. No se comparten con todo el mundo así que tienes que sentirte una privilegiada.
—¿Puedo hacerte otra pregunta algo más personal?
—Por supuesto.
—¿A ti te está esperando alguien? — frunció el ceño para acabar dándome un empujoncito con su pierna.
—Te gusto— me reí como una tonta. ¿Se podía ser más ridícula?
—Yo no he dicho eso. Solo es curiosidad, nada más.
—Curiosidad— abrió la boca para decir algo y luego la cerró.
—Ha sido una tontería— me excusé—. Lo siento, no tienes que contármelo si no quieres— se giró de nuevo hacia mí para mirarme, pero no quiso abandonar el tema una vez que yo lo había puesto sobre la mesa.
—No tengo novia si es lo que te preocupa.
—Eres más de rollos de una noche.
—Podría decirse algo así.
—Sin compromisos.
—Digamos que no me gusta envasar al vacío las relaciones. Sólo tenemos una vida y quiero disfrutarla. Beberla a sorbitos pequeños.
—¿Adquirir compromisos para ti es perder la libertad?
—No he dicho eso. Si lo que deseas, si lo que te hace feliz es casarte, tener tres críos, vivir en una urbanización y tener un perro. Es perfecto. Adelante. No soy quién para juzgarlo, pero por ahora eso es algo que no va conmigo.
—¿Y qué es lo que va contigo?
—La medicina. Viajar. Disfrutar de la naturaleza. En esencia, dejarme llevar— me quede sin más palabras que decir.
Dejarse llevar. ¡Cómo podía sonar tan bien esa frase y resultar tan difícil aplicarla! La única solución a mi caos mental era buscar el orden. Saber que iba a pasar mañana y procurar que no hubiera nada en él que me sorprendiese.
—¿Estás valorando si te caigo peor después de lo que acabo de decir?
—No, sólo es que me ha sorprendido y agradado a partes iguales.
—Mmm… interesante. Muy interesante.
—No lo soy.
—No me lo creo. Seguro que eras la reina del baile. Esa que sale en todas las series americanas.
—¿Doy el perfil? — no me gustó que lo insinuara, sobre todo porque había dado en el clavo—. Mi primer novio fue el capitán del equipo de rugby.
—Joder, lo decía de broma.
—No estoy orgullosa de esa época. Supongo que era una ingenua y lo único que quería era ser el centro de atención.
—¿En serio que no me estás tomando el pelo?
—Ojalá fuera una invención. Acabé pagando demasiado caro el ser la reina del baile.

—¿Qué pasó?
—Me dejé convencer— trataba de encontrar en él a alguien que no me juzgara demasiado por lo que iba a contar—. A veces la presión de los que crees que son tus amigos es demasiado grande. Utilizaron el sistema de medida que utilizáis los tíos para empujarme a salir con él. Se quedaron en la parte más superficial. Todo el mundo a mi alrededor me decía lo afortunada que era por estar con un chico como Eric, pero la verdad es que no teníamos nada en común. Fui una ingenua.
—Supongo que erais la pareja perfecta a ojos de todo el mundo menos para ti.
—Exacto.
—¿Quieres contarme qué pasó?
—Pasó lo que tenía que pasar—sólo pensar en ello me producía escalofríos—. No funcionó.
—¿Es de él de quien huyes?
—¿Por qué piensas que huyo de alguien?
—Porque lo haces.
Estábamos llegando a un terreno de arenas movedizas en el que me podría resbalar.
—Eh, mírame— levantó mi barbilla para verme directamente la cara—. Cuando decides estar con alguien tiene que ser algo natural. No puede suponer un esfuerzo. No puedes hacer nada que te incomode para agradar al otro. Tiene que fluir si no lo hace no merece la pena. No es bueno. Se tiene que acabar.
—Esto sí que es algo nuevo—me miró extrañado sin entender mi actitud—. Puedes llegar a ser un tipo profundo a pesar de ese halo de perdonavidas que arrastras contigo.
—Oye, eso ha dolido— se rio—. Tuve buenos maestros que avalan mi teoría.
—Sorpréndeme, por favor, soy toda oídos.
—Lo vi reflejado en mis padres. Se miraban con una profundidad que solo ellos conocían hasta dónde era capaz de llegar— quería bucear en sus ojos color musgo con demasiado interés—. Mi padre adoraba a mi madre y todo lo que tuviera que ver con ella. Recuerdo que no había un solo día que volviese del trabajo y no la abrazase plagando su cuello de besos— sonreí al escucharle —. La hacía bailar en medio de la cocina y la convencía siempre para que le dejase probar antes que a nadie sus guisos. Era simplemente maravilloso verlos juntos.
—¿Era? —no puede evitar preguntar.
—Mi padre murió en un accidente de trabajo— sus ojos se volvieron algo turbios, pero no dejó de mirarme mientras a mí se me secaba la garganta por momentos—. Siempre hemos vivido en zona de costa por el trabajo de mis padres. ¿Conoces la costa cantábrica? — negué con la cabeza—. Tendré que llevarte algún día—la idea de que algo así pudiera pasar me llenó de vida el corazón—. Mi padre se dedicaba a construir barcos prácticamente de la nada. A pesar de pasarse horas en ridículos espacios en los que apenas podía moverse, con temperaturas gélidas que le entumecían los huesos, adoraba su trabajo. Decía que todos los esfuerzos quedaban recompensados en el mismo momento en que se producía la botadura de la nueva embarcación.
Su mente se había ido lejos. El silencio había llegado a sus labios al recordar momentos que seguro que estaban navegando en ese preciso instante en su memoria. Le hice volver. Necesitaba saber que había sucedido. Tenía la sensación de que compartíamos más cosas de las que creía y necesitaba averiguarlo cuanto antes.
—¿Qué fue lo que pasó?
—Empezaba a trabajar muy temprano. Aquella mañana aún no había amanecido, pero se presagiaba que cuando hubiese un ápice de luz el cielo seguiría totalmente encapotado. Durante la noche no había cesado de caer agua y había sido difícil conciliar el sueño con el sonido de

las persianas azotadas por el viento. Recuerdo que mi madre estaba inquieta, temerosa, hacía mucho que no sentía esa desazón interna. Algo no estaba en orden y no saber que era la angustiaba demasiado— apreciéé como sus ojos se ponía vidriosos.

>>Mi madre provenía de una familia de pescadores arraigados. Cada vez que comíamos pescado nos recordaba lo duro que era que aquel alimento llegase a nuestro plato. Había quienes pasaban hasta cinco meses en barco por aguas de Terranova y Noruega, sin apenas descanso, volviendo al mar después de no haber estado en tierra ni tan siquiera un mes. Su abuelo contaba historias que habían ido pasando generación tras generación sobre compañeros, amigos y familiares que se habían convertido en verdaderos pilotos de navíos ayudando a las embarcaciones después de faenar para entrar y salir de la costa vizcaína. Los arrecifes y la peligrosa barrera de arena que se desplazaba desde Santurtziarra hasta Arrigunaga, variaba en función de las mareas y corrientes, haciendo que los navíos encallaran y cada vez era más difícil llegar a puerto. El primer destino solía ser Portugalete, su orilla otorgaba un mejor refugio a las embarcaciones, pero no hacía que fuera menos peligroso— estiró los pliegues de las sábanas buscando recuerdos para proseguir con la historia—. Mi madre se había dormido de niña tantas veces con aquellas historias que el mar se había convertido en una de sus mayores pesadillas. Era el fantasma que pululaba día y noche en su subconsciente llegando a atormentarla más de lo que hubiera deseado. Por eso, cuando su corazón se vio fuertemente atrapado por el de mi padre sintió cierto alivio al conocer que sus manos no se dedicaban a las duras faenas del mar si no a la construcción de barcos—se dejó caer sobre su espalda. Eché de inmediato en falta el contacto de sus ojos—. No sabía cuánto se había equivocado con aquel pensamiento—llevó las manos a su cara y se frotó el rostro. Creo que evitaba que el tropel de lágrimas que pugnaban por salir llegase a derramarse—. Aquella mañana dos vigas de hierro de gran tonelaje sobrevolaron la cabeza de mi padre. Alguien no hizo bien su trabajo y no ajustó las eslingas correctamente a la carga. La grúa que las manejaba se movía demasiado a consecuencia de la lluvia y el aire hasta que la carga se cayó. Mi padre tuvo los reflejos suficientes para ver el peligro y salto para evitar que lo aplastase, pero tropezó con una máquina de soldar que había a sus pies y cayó al suelo— su voz se volvió ronca y no pude evitar acariciar su brazo. El contacto me produjo una sensación extraña—. La mala suerte quiso que una de las vigas cayera sobre su pierna—respeté por un momento su silencio.

—Ese fue el motivo por el que decidiste estudiar medicina— afirme mientras atrapaba una lágrima rebelde que resbalaba por su mejilla.

—Si le hubiera atendido personal cualificado únicamente habría perdido una pierna. El corte era limpio y alejado de la zona inguinal. Ahora podría estar vivo.

Su dolor se hizo tan vivo en mí. Sabía perfectamente identificar lo que estaba sintiendo. Lo reconocía a la perfección. La vida a veces era extrañamente cruel.

Nos mantuvimos largo rato en silencio. Supongo que ambos teníamos que digerir el dolor de alguna forma.

—Acabo de cumplir con gran parte del trato, Gruñona. Esta parte de mi historia vital la suelo omitir con bastante frecuencia— me sorprendió como había sido capaz de recomponerse, pero a la vez me sentí afortunada por estar entre las pocas personas que conocía aquella parte un tanto oscura de su vida.

—¿Qué hay de ti? — no pude sostenerle la mirada—. Podemos empezar por algo sencillo y fácil de contar. ¿Estudias o trabajas? — su pregunta fue como recibir aire fresco. Estaba preparada para contar algo así.

—Estudio Bellas Artes en la Escuela Superior de París— me miró gratamente sorprendido—.

Desde niña me encantaba hacer esculturas y crear formas con cualquier material que pudiera convertir en una masa moldeable.
—¿Hacías cestas de huevos de plastilina?
—¿Tú también las hacías? —empezó a partirse de risa—. No tiene gracias. A mí me encantaba jugar con plastilina.
—Lo suponía, pero sigue que parece que la historia puede ser entretenida — me guiñó un ojo y yo arrugué la nariz antes de seguir con mi relato.
—Recuerdo que mi madre me ponía vestidos llenos de lazos y volantes como le gustaban en aquellos años. ¿Sabes la tortura que eso puede llegar a ser? — sonrió y negó con la cabeza al mismo tiempo—. Me pasaba horas recorriendo las tiendas de Saint—Germain, el barrio dónde siempre hemos vivido para acabar comprando vestidos que me hacían parecer una coliflor— soltó una carcajada a un volumen tan alto que no me quedó más remedio que abalanzarme sobre él para taparle la boca. Creo que los dos sentimos la misma electricidad. Ninguno dijimos nada y después de unos segundos de más, del todo innecesarios, acabé retirando mi mano de su boca.
—Prometo contener mis emociones—dijo mientras juntaba las palmas de sus manos y las acercaba a su pecho.
—Deja de hacer eso o la que no va a parar de reírse voy a ser yo.
—Entonces seguiré haciéndolo— le di un toque en el brazo a modo de corrección para intentar evitar que me distrajera aún más.
—Tenía un vestido amarillo. Lleno de pequeños horribles lazos en la pechera y un enorme lazo al final de la espalda.
—Se llama culo.
—No seas crío.
—¿Qué? El final de la espalda se llama culo. No te andes por las ramas. Qué pasó con ese impresionante vestido.
—Llevábamos toda la tarde de tiendas y mi madre se empeñó en entrar en una más. Me negué en redondo y cogí una pataleta. Hubiera sido capaz de tirarme al suelo si me hubiera obligado a entrar en aquel comercio. No soportaba ni una prueba más. Así que, no le quedó más remedio que dejarme a cargo de mi hermano Belmont y su amigo Eric— hizo una mueca, pero no dijo nada—. Si, era ese Eric, el futuro capitán de rugby, pero era eso o arriesgarse a que nos pusieran una multa por escándalo público.
—Creo que ese es un dato que tengo que anotar. Trastornos compulsivos que pueden alterar el orden público.
—¡Era una niña! — me quejé.
—Una niña mimada. Tendré que comprobar si sigues siéndolo— lo ignoré.
—Belmont y Eric se habían pasado toda la tarde con nosotras, pero habían tenido la suerte de esperar siempre fuera de las tiendas jugando a hacerse pases con una pelota de rugby. Ambos compartían el mismo sueño, pertenecer a la cantera del Stade Français, así que estar con ellos era de lo más aburrido si odiabas ese deporte.
—No le gustan los deportes— simuló que anotaba nuevamente algo en la palma de su mano—. Ese punto resta.
—Eh, que yo no he dicho eso. ¡Era una niña!
—Siempre pone la misma excusa— continuó anotando imaginariamente.
—Prefería hacer otras cosas como dejar volar mi imaginación, por ejemplo— dije en un tono de reproche.

—Soy una fiera poniendo nombres. Gruñona le queda niquelado.
Quise incorporarme para darle de nuevo esta vez a dos manos, pero no pude hacerlo. Me interceptó agarrándome por las muñecas. En un segundo tenía todo su cuerpo sobre mí. Sentir su peso me produjo una sensación que no esperaba. Creo que las mantas que se interponían entre nosotros pudieron contener la sensación de calor que me invadía por momentos. Tener su rostro de nuevo tan cerca del mío me turbaba.
—Cuéntame qué fuiste capaz de hacer con una imaginación tan portentosa— su voz sonó ronca.
—No sé si seré capaz. Pesas mucho— puse como excusa para evitar decir que no sería capaz de concentrarme en la historia si seguía teniéndole tan cerca.
—Inténtalo— susurró acercando su voz a mi oído—. Estoy convencido de que serás capaz—traté de concentrarme en un punto del techo, tenía que desviar de algún modo mi atención o el tirón que acaba de sentir en el estómago al escuchar su voz susurrando en mi cuello lo echaría todo a perder.
—Una…— carraspeé—, una de las dependientas de la tienda regaba las macetas de dos enormes plantas que tenía a la entrada lo que me dio alas para experimentar con la tierra mojada— me ardían las mejillas—. Cuando mi madre salió de la tienda y me vio manchada de barro lejos de regañarme llamó a mi padre por teléfono para que viniera a ver lo que había hecho.
—Sorpréndeme, cual fue tu obra.
—Había tratado de reproducir el edificio que tenía delante. Al parecer la réplica había sido bastante fidedigna.
—Una artista— su voz sonó aún más ronca. Algo estaba pasando notaba mi corazón bombear muy rápido y hubiera jurado que el suyo golpeaba con la misma intensidad mi pecho.
—Cuando decidí no seguir los pasos de mis padres y los de mi hermano estudiando arquitectura y cumplir mi sueño de caminar por los mismos pasillos por los que lo hicieron los grandes Delacroix, Degas, Monet, Renoir en la Escuela de Bellas Artes de París mis padres apoyaron mi sueño.
Me sostuvo la mirada hasta que algo en su interior le hizo cerrar los ojos y apoyó su frente en la mía. Permanecimos minutos, segundos no lo sé en esa posición y después… Después retiró su cuerpo y se tumbó de nuevo en el lado vacío de la cama unos minutos más.
—No ha sido tan difícil— me dijo—le miré sin decir nada. La verdad es que me sorprendía a mí misma la facilidad con la que había contado una parte de mí que casi tenía olvidada. No me arrepentía. Me sentía demasiado bien a su lado.
—¿Has estado alguna vez en París? — le pregunté.
—Si estar una tarde haciéndome fotos delante de la Torre Eifiel medio borracho con los compañeros del instituto en el viaje de fin de curso puede contarse como haber estado en París. Si, he estado en la ciudad de la luz.
—Me temo que tendré que llevarte algún día.
—Umm…esto empieza a ponerse interesante— le miré interrogante—. Soy irresistible—cruzó las piernas sobre sus tobillos y los brazos bajo su cabeza mirando de nuevo al techo con una sonrisa que no le cabía en la cara. Quise decirle que se equivocaba que no era irresistible, pero me callé porque sabía que estaría mintiendo.
—¿Te parece bien que me quede un rato más aquí contigo? — murmuró mientras alargaba la mano para colocar un mechón de mi pelo que descansaba sobre mi mejilla.
Sus dedos rozaron casi de forma imperceptible el filo de mi cara. Cuando se acabó el contacto una oleada de escalofríos recorrió toda mi piel.

—Me parece bien que te quedes un rato más— susurré deseando que no hubiera advertido la reacción que había provocado en mí su contacto.
—Gruñona…—dejó que su brazo descansara entre nosotros y se acercó más a mí. Su cuerpo entró en contacto de nuevo con el mío.
—Medicucho…
—Pasa el verano conmigo— era la segunda vez que insistía con aquella proposición—. Lo digo completamente en serio. Tengo una Volkswagen Kombi que he preparado con Beiñat para viajar en ella y acampar en el lugar que más nos apetezca— dudé, pero solo porque no dejábamos de ser dos extraños que se habían conocido de una forma un tanto rudimentaria—. Cumpliríamos esa premisa tuya de no estar demasiado tiempo en un sitio.
—No nos conocemos.
—Sabes que podemos hacer fácilmente que eso cambie. Ahora nos conocemos más que hace unos minutos. Sólo tienes que dejarte llevar.
Pensé en mi situación. Hacía unos días estaba totalmente agobiada porque el verano estaba a punto de caerme encima y no sabía como podría superarlo sin un plan sin actividades que llenasen mi tiempo. Y ahora un desconocido me estaba brindando la oportunidad de llenar ese tiempo. Es verdad que la propuesta no tenía un plan definido ni una ruta marcada, pero lo inesperado podría llenar esas lagunas.
—No quiero presionarte, pero me encantaría que aceptaras.
Me dejé llevar.
Fue un impulso.
Un tirón fuerte en el estómago.
—¿Y a dónde dices que me llevarías…?
—Alex…
Oír mi nombre pronunciado así. Suave. Con cuidado. Buscando si había acertado con el diminutivo elegido después de haberse dado cuenta de que por algún motivo que él aún desconocía no soportaba el sonido de mi nombre me hizo pensar que no me estaba equivocada.

Que Unax el Medicucho, marcaría un antes y un después en mi vida.

Que en él si podría confiar.

Que nuestros caminos estaban unidos sin que nosotros pudiéramos impedirlo por muchas vueltas que diera la vida.

14

Alex

Me sorprendió en aquella mesa solitaria asestando el primer bocado al sándwich que acababan de traerme. Su inesperada presencia en el local de comida rápida con olor a fritanga que estaba junto al trabajo, provocó que no masticara debidamente el trozo de sándwich que paraba en mi boca y sin más miradas que la de esos ojos verdes que se habían presentado por sorpresa, un dolor intenso se extendiese por las paredes de mi garganta. El pedacito en cuestión se resistía a llegar a mi estómago y me recordaba que la función de masticado tenía una misión importante en el ciclo digestivo. El dolor parecía no tener fin. Hasta el punto de hacerme olvidar cualquier tipo de decoro para aliviarlo. Comencé a toser mientras me daba golpes en el pecho como un orangután con la intención de paliar de algún modo aquella sensación tan desagradable mientras Unax trataba de impedir que cogiera el botellín de agua que tenía en la mesa. Por algún motivo no quería que bebiera.

—Trata de toser, no bebas agua. Si te has atragantado puedes empeorar las cosas. Tose—dijo mientras me observaba desde su elevada envergadura esperando mi aprobación para poder utilizar la silla libre que quedaba frente a mí.

Desafiándole di un sorbo, después otro y otro, así hasta que sentí cierto alivio, aunque la zona afectada estaba totalmente dolorida. Debió de notar que no estaba del todo restablecida y se acercó a mí, posó la palma de su mano en mi espalda y trazó círculos con intención de calmar mi malestar, pero no pude aguantar su contacto y me moví como si aquel roce me provocara calambre.

Su comportamiento en el pasado había marcado en gran medida el rumbo de los acontecimientos. No podía mostrarse ahora como si le preocupase cualquier cosa que pudiera pasarme. Era totalmente absurdo.

—¿Vas a salvarme también hoy? Porque voy a pensar que te has convertido en una especie de superhéroe o algo así— él sonrío. Parecía no querer dar importancia a las palabras que habían salido de mi boca.

—¿Mejor? — asentí mientras él decidía que sentarse frente a mí era una buena opción.

El silencio se apoderó de nosotros.

No dejaba de mirarme. Notaba como sus ojos me recorrían sin ningún tipo de disimulo.

Sin pudor.

Detenidamente.

Con interés.

Recreándose en cada una de las facciones de mi cara.

Noté la intensidad de su mirada en mis ojos, en mis pómulos, en mi boca. El aire empezaba a llegar con dificultad a mis pulmones. Necesitaba inhalar más oxígeno o el espectáculo vivido la noche anterior tendría una segunda fase. Desvió el recorrido hacia mi pelo que había soltado al salir de la oficina y caía ahora sobre mis hombros. Era tal la gravedad e intensidad de su mirada que si no fuera porque era de locos hubiera jurado que sentía su contacto. Caminó por mis pechos, por mis brazos hasta llegar a mis manos que decidí recoger en mi regazo bajo la mesa.

—Estás diferente — sus palabras me recordaron que el chico directo y sin tapujos que había conocido hace años seguía estando allí.

—¿Eso que significa? —mi tono no era cordial.

—Aún no lo sé, pero me gustaría averiguarlo.
No sabía qué hacer, ni qué decir por lo que me lancé de nuevo al sándwich con cierta cautela porque me seguían doliendo las paredes de la garganta.
—No puedo dejar de mirarte— levanté la vista—. Me cuesta creer que te tengo delante. Qué estás aquí. A un palmo de mí.
Mastiqué lentamente el pedacito de sándwich y al mismo tiempo sus palabras. Él era uno de los responsables de que siguiese desconfiado de la gente. Fue el último eslabón en la cadena que me demostró que querer dolía. Que la barrera de la amistad no se podía traspasar. Me había abierto en canal, se lo había contado todo, y aún recordaba el trágico final que había tenido depositar en él mi confianza. Lo recordaba con la misma claridad que un faro alumbrando en una noche cerrada.
—¿Qué haces aquí? — pregunté.
—Me apetecía comer algo.
—La camarera acaba de pasar a nuestro lado y ni la has mirado.
—Será que solo tengo ojos para lo que tengo delante—me mostró esa sonrisa que había olvidado como me gustaba. Por un momento sentí que flaqueaba.
No sabía qué pretendía, pero no me gustaban las sensaciones que sus palabras me estaban causando. Odiaba cuando las emociones ganaban la batalla a la razón y esta no podía ser una de esas ocasiones.
—Me cuesta creer que de todos los lugares que hay en Madrid para comer hayas elegido precisamente este. Demasiada casualidad, ¿no crees?
—Quizás frecuentamos los mismos restaurantes— puse los ojos en blanco.
—¿Ahora te dedicas a espiar a la gente?
—No espío a la gente en general, pero no me importaría espiarte a ti en particular.
—Este jueguecito que te traes no te va a servir de nada conmigo— al menos eso quería creer. Sobre todo, porque me había sorprendido a mí misma realizando un escrutinio idéntico al que él, minutos antes, había hecho conmigo.
Conservaba la misma imagen que cuando le conocí, aunque nunca llegué a entender por qué siendo tan atractivo daba tan poca importancia a su imagen. Rozaba los límites del descuido con su cazadora de piel desgastada, su camiseta con aspecto raído y esos vaqueros bajo los que se intuía perfectamente un cuerpo escultural.
—Confieso que me encantaría hacerte un montón de preguntas, pero estoy seguro de que no vas a querer colaborar con tus respuestas— dijo devolviéndome de nuevo a la realidad.
—Veo que al menos sigues siendo inteligente— se llevó las manos al pecho dramáticamente mientras deposité lo que quedaba de sándwich en el plato.
—Eso ha dolido. Si quieres puedo responder amablemente a tus preguntas.
—¿Acaso crees que tengo alguna?
—Alguna no. Tienes muchas—intentó coger mis manos, pero fui lo suficientemente hábil para retirarlas, aunque un pinchazo en el pecho me hizo dudar de si verdaderamente quería esa distancia.
—Alex…— la boca del estómago se me estrujó como una bola de papel al escuchar salir de sus labios mi nombre pronunciado casi en un susurro. Nadie más me había llamado nunca así. Con solo oírlo evocó en mí infinidad de sensaciones y el estómago tembló, como si un ejército de mariposas revolotease enloquecido.
Mierda.
Maldito Unax.

—¡¡Maleta!!— al menos esta vez la suerte estaba de mi parte.
—¿Todavía no has comido? — John me revolvió el pelo y cogiendo otra de las sillas que quedaba libre en la mesa se sentó a mi lado.
—¿John? — preguntó un sorprendido Unax.
—¿Unax? — replicó John mientras se fundía en un abrazo con él.
—¿Maleta? — preguntó Unax mientras se sentaban de nuevo.
—Ja, ja, ja...cualquier día la van a meter en el vagón de carga de los aviones. Se pasa la vida metida en ellos — le explicó el irlandés mientras se enredaba detrás de la oreja un mechón de pelo que se le había caído del amago de moño que se había hecho con prisa en la coronilla.
—Decirme que esto no está pasando y hay una cámara oculta en algún sitio escondida— dije sin filtros—. Esto es una puñetera locura y no tiene ni pizca de gracia.
—¿Y a ti que te pasa ahora? — preguntó el jefe de Tecnología.
—Demasiadas casualidades juntas— respondió Unax.
—¿Vosotros os conocéis? —pregunté en busca de información, aunque la respuesta era más que obvia.
—Se podría decir que somos viejos amigos— aseguró John mientras palmeaba la espalda de Unax—. Nos conocimos hace años en Ámsterdam, algo que une mucho, — dijo socarrón— pero el muy cabrón desaparece con demasiada frecuencia. Emigra como las aves, pero sin duda es uno de los elegidos en mi club de favoritos — sonrió—. ¿Y vosotros? ¿De qué os conocéis? — ambos nos miramos esperando ver quién era el primero en responder—. Por lo que veo, no lo tenéis muy claro.
—Es una larga historia— intervino Unax sin quitarme la vista de encima.
—¿Tal vez de una historia romántica? — fulminé a John con la mirada, aunque le importó muy poco—. Eres un tipo con suerte. Yo llevo intentando meter ficha desde que la conozco y no hay manera— se carcajeo.
—¡Cierra el pico, John!
—¡Qué carácter! Oye, *Sandra* termínate eso — señalo el sándwich.
—*¿Sandra?* ¿Cómo es posible que puedas responder a tantos nombres?
—*Ale, San, Sandra, Maleta…* siempre ha dicho que no le gusta su nombre así que probamos a encontrar el adecuado— Unax me miró sabiendo perfectamente el significado de aquellas palabras—. ¿Nos tomamos un café antes de ir a la oficina?
—No me jodas, John, ¿trabajáis juntos en Hoplan? —preguntó un sorprendido Unax.
—No sé qué tiene eso de relevante.
—Hostia John, ¿cuánto hace del envío de aquel curriculum vitae?
—Los mismos que dejamos atrás Ámsterdam— Unax hizo un gesto a mi compañero y los dos me miraron directamente. No entendía aquel gesto y tampoco pude indagar más en él porque el teléfono de Unax empezó a sonar inoportunamente, haciendo que se levantase de la mesa.
—¿Unax es el holograma?
—¡No!
—Joder, solo era una pregunta.
—Si no hicieras caso a Rocío no tendrías este tipo de equivocaciones.
—No es para ponerse así, Unax, es un buen tipo. No es como si te acabase de emparejar con un ornitorrinco.
—Será mejor que dejemos el tema aparte—tuve el tiempo justo para desviar la conversación antes de que Unax regresara de nuevo.
—¿Una urgencia? — preguntó John mientras Unax guardaba su móvil en el bolsillo interno de la

cazadora.
—Algo así, me temo que tengo que dejaros.
—Tenemos una salida pendiente, últimamente nos tienes a todos demasiado abandonados, diría que coincido más a menudo con Beiñat y con Maialen que contigo—no podía ser verdad lo que estaba escuchando.
—Si, últimamente he tenido demasiadas guardias, pero lamento decirte que voy a anteponer a nuestra salida una conversación que tengo pendiente con alguien—me guiñó sin ningún reparo —. Últimamente se me han complicado demasiado las cosas, pero ahora más que nunca necesito resolver algunos asuntos.
—Joder tío, me estas acojonando— Unax sonrió, pero no dijo nada más.
—Alex…
—¿Alex? — preguntó John mientras su amigo sonreía de nuevo.
—Fui el primero que empezó a jugar a buscar el nombre adecuado, pero me bastó con un único intento para dar con el correcto—me guiñó el ojo por segunda vez y creí fundirme allí mismo. Me hacía sentir emociones que no quería recordar.
—No lo olvides, tenemos una conversación pendiente— dijo—. Te busco.
No era necesario que lo hiciera. No teníamos que hablar de nada. Lo mejor era que simplemente se esfumara por dónde había venido, que fue lo que por el momento hizo despidiéndose de John con un apretón de su hombro mientras a mí me devoraba con la mirada.
—¿Qué ha sido eso? — preguntó John.
—Qué ha sido el qué.
—Quiere algo contigo.
—¿Qué eres ahora vidente?
—Soy un tío. Con eso es suficiente— golpeó su pierna con la mía por debajo de la mesa. — Vas a terminarte eso de una vez o tengo que dártelo yo a trocitos—dijo señalando al triste sándwich que llevaba un tiempo abandonado.
—Eres idiota — sonreí.
—¿Se puede saber por qué me mandas mensajes misteriosos? — sin duda el mensaje que le había enviado le había dejado con ganas de saber más.—. ¡Qué es lo que ha pasado!
—Torralbo se ha enterado de lo de Coreka.
—Eso es imposible.
—Tuvimos una vídeo conferencia.
—¿Torralbo y tú?
—Y Francis.
—¿Con el jefe? —asentí.
—La tensión se mascaba en el ambiente.
—¿Francis apoyo nuestra propuesta?
—Las únicas palabras favorables para nuestra idea fueron las mías. Francis no rebatió nada de lo que Torralbo dijo.
—Esto cada vez es más raro— envolvió mi sándwich en una servilleta y se puso de pie—. Necesito poder confiar en alguien o acabaré volviéndome un paranoico. Levántate. Cogeré unos cafés de camino al trabajo. Te comerás esto en el despacho, creo que es hora de que te cuente algo.

15

Alex

Al llegar a Hoplan John se detuvo a coger unos cafés de máquina mientras yo me dirigía al despacho para cumplir la misión que me había encomendado. Terminar de comer el sándwich. Al llegar al descansillo de la segunda planta me topé saliendo del ascensor a quien menos me apetecía ver en aquel preciso instante.
—Vaya que agradable sorpresa— dijo con un tonillo que no me gustó nada.
—Buenas tardes, Jairo— respondí seca.
—Parece que las cosas no han salido todo lo bien que esperabas.
—¿De qué estás hablando?
—Bueno, seguro que solo son rumores.
—Que pasa, Jairo ¿quieres jugar a las adivinanzas conmigo?
—Solo digo que parece que no lo haces todo tan bien como crees.
—No tengo tiempo para perderlo contigo— reanudé la marcha y enfilé hacia el pasillo.
—Te saltaste las normas.
—¿Qué?
—Que te saltaste los procedimientos y te han pillado.
—¿Se puede saber, según tú, cuando me he saltado las normas?
—Has negociado una mierda de acuerdo con Coreka— ¿Cómo se había enterado de lo que habíamos negociado con Coreka? —. Esto no funciona así.
—Ilústrame con tú sabiduría. Según tú, ¿cómo funciona?
—Generando negocio.
—Supongo que entonces para ti el fin justifica los medios.
—No cabe la menor duda jefa.
—Entonces no necesito hablar nada más contigo. Es evidente que somos antagónicos. Por cierto, aún estoy esperando a que me presentes el informe de este trimestre. Llevas un retraso de una semana. ¿Y qué hay del cliente que te pasé esta mañana? ¿Has preparado la estrategia de actuación para hablar con él? También estoy esperando a que me la enseñes— le di la espalda y comencé a caminar rumbo al despacho.
—No tienes argumentos de defensa por eso no te queda más remedio que tirar de galones para enfrentarte conmigo.
—¿Enfrentarme contigo? Simplemente estoy repasando los temas que tenemos pendientes y de los que aún no me has dado ningún reporte.
—La has cagado de verdad y te ha caído un rapapolvo de Torralbo.
—¿Se puede saber como sabes que he estado hablando con Torralbo? — no dijo nada, pero su silencio significó demasiadas cosas que no supe descifrar en ese preciso instante.
Al abrir la puerta del despacho el teléfono sonaba insistentemente por lo que Jairo se desvió hacia su mesa de trabajo. John entró detrás de mí casi al tiempo mientras me dejaba el café encima de la mesa y me hacía señales de reproche por no haberme comido aún el dichoso sándwich que empezaba a molestarme con su sola presencia. Lo dejé junto al café. Levanté los hombros y descolgué el teléfono a modo de disculpa. John salió cerrando la puerta tras de sí. Ciertamente aquella llamada era de lo más inoportuna y había provocado que nuestra conversación se viera aplazada. Demasiados temas pendientes últimamente, tendría que anotarlo

también en mi agenda si no quería olvidar que había algo importante que quería compartir conmigo. Me puse el auricular y oí una respiración agitada al otro lado. Tuve la certeza de que aquella llamada traería consecuencias poco agradables. Era el director de Remis, el cliente que tan alegremente Francis me había hecho ceder a Jairo para que estableciera una buena estrategia de negociación que nos permitiera mantenerlos en nuestra cartera y por el que minutos antes le había preguntado a Jairo. Llamaba ofuscado, colérico alegando que nunca hubiera esperado un trato tan descortés por nuestra parte. Quería dejar claro que cualquier posible acuerdo entre ambas empresas quedaba roto en aquel preciso instante. Intenté por todos los medios saber qué es lo que había provocado aquella situación, pero me fue totalmente imposible. No había vuelta atrás. La decisión era irrevocable. Al colgar el auricular supe sin ninguna clase de duda que Jairo no sólo no había seguido mis instrucciones, si no que las había desobedecido por completo, ocultándome información cuando minutos antes le había preguntado por la estrategia de actuación a seguir con ellos. Había decidido actuar por su cuenta y se había cargado la relación con uno de los pocos clientes fuertes que nos quedaban.

Me pasé el resto de la tarde haciendo averiguaciones. Hice varias llamadas. Revisé los datos que le había facilitado y después de la información que obtuve, no tenía la menor duda de que Jairo tenía que presentarse en mi despacho.

—Estaba a punto de marcharme— me dijo al entrar.

—Pasa, cierra la puerta y siéntate.

—Son las siete y veinticinco. Cualquier minuto que exceda de las siete y media deberá considerarse como horas extraordinarias. Tienes cinco minutos— sonrió.

—Esta mañana apenas diez minutos después de que te traspasara a mi cliente. Lo llamaste. Que paso después.

—Lo que tú y yo sabemos. Que las negociaciones a veces no salen bien.

—Lo que no tengo tan claro es si esta debería haber salido mal. ¿Generaste negocio?

—Hice todo cuanto pude.

—¿Gritar al cliente y decirle que no te importa su maldito dinero es a lo que llamas tú hacer cuanto puedes? —pregunté calmadamente.

—¿Quién te ha dicho semejante estupidez?

—¿Quién te ha dicho a ti que yo estuve hablando con Torralbo?

Touché.

—Le amenazaste con paralizar el proyecto si no pagaban. Les dijiste que no íbamos a mendigar su dinero.

—No se debe mentir en las negociaciones.

—Si hubieras leído mínimamente el informe que te pasé sabrías que no tenían problemas de liquidez.

—Averiguaré quién te ha ido con el cuento.

—¿Realmente lo único que te preocupa de esta conversación es la fuente de dónde he podido obtener la información y no el hecho de amenazar a un cliente?

—No he amenazado a nadie.

—Mon dieu, Jairo (6). ¿A quién quieres engañar? No has utilizado como fuente de trabajo el dosier que te facilité. Has ido a por ellos con la intención de cargártelos.

—Simplemente utilicé la psicología inversa que funciona en infinidad de situaciones.

—¿Psicología inversa? Creo que no tienes ni idea de lo que es eso. Funcionaba todo perfectamente hasta que te pusiste en contacto con ellos.

—Veo que tienes que desahogarte con alguien por tu metedura de pata con Coreka y me ha

tocado a mí—la bilis me llegó a la garganta. Se creía muy listo, pero todo tenía un límite y él lo acababa de rebasar.
—A partir de ahora te dedicarás a la parte administrativa de los contratos. No tendrás relación directa con los clientes.
—No puedes hacer eso.
—Claro que puedo y lo voy a hacer —su cara se volvió roja con tanta rapidez que llegó a asombrarme.
—No puedes relegarme de las funciones que me ha asignado el director de Hoplan.
—Si puedo, sobre todo si te quedan grandes.
—Eso no es verdad—su ira iba en aumento al tiempo que mi cuerpo se tensaba con su soberbia.
—Solo sé que te has cargado por voluntad propia a un cliente. No tengo ni idea de porqué lo has hecho, pero hasta que no cambies de actitud no encuentro motivos para seguir exponiéndonos a perder más. Estoy segura de que Francis estará totalmente de acuerdo con mi decisión.
—Él aceptaría cualquier cosa que salga de tú boca con tal de que te lo sigas tirando—me levanté sin poder contener mi malestar rodeé la mesa y me acerqué a él con rabia. Hubiera sido capaz de darle un puñetazo si no supiera que tenía todas las de perder.
—¿Se puede saber qué acabas de decir? — grité sin poder contener la ira.
—¿Te crees que es un secreto para todos los que trabajamos en Hoplan que tienes tu puesto gracias a él?
—Retira lo que acabas de decir.
—No tengo nada que retirar. Veremos a ver quién tiene las de perder cuando Torralbo se entere de tu secretillo—su mirada me produjo pavor. ¿Qué clase de energúmeno tenía delante de mí?
—Sal inmediatamente de mi despacho si no quieres empeorar aún más las cosas—tuve que contenerme para no gritarle de nuevo.
—Veremos quién tiene las de perder— rodeó la mesa acercándose a mi para intimidarme más aún.
—¿Es una amenaza? —mi pregunta se quedó sin una respuesta porque la puerta del despacho se abrió dejándonos ver a un John con cara de pocos amigos.
—¿Va todo bien? — Jairo se alejó de mí riéndose cínicamente.
—Esta todo bien — respondí.
—Me pareció que el ambiente estaba algo caldeado aquí dentro.
—Diferencia de criterios— aclaró Jairo.
—Puedes irte Jairo—dije volviendo a mi silla—. Nuestra conversación ha terminado.
—Son las siete y media. No pensaba quedarme ni un minuto más— se fue con chulería obligando a John a separarse de la puerta en la que estaba apoyado para dejarle pasar.
—¿Se puede saber que ha pasado aquí dentro?
—John, necesito que seas sincero conmigo.
—¿Qué pasa, *Sandra*?
—En el tiempo que llevamos juntos en la empresa, ¿has oído alguna vez decir que yo me acuesto con Francis?
—¿Eso te ha dicho ese gilipollas?
—Necesito que me digas la verdad.
—No, joder. No lo he oído porque nadie lo piensa. Los dos hemos llegado al puesto mediante un proceso de capacitación limpio. ¿Vas a dar credibilidad ahora a ese hijo de puta?
—Supongo que no.
—Esta jodido. Siempre lo ha estado. Sabes que no soporta que su nombre no figure en el

organigrama de la empresa. ¡No te llega ni a la suela de los zapatos!
Aquella frase desató en mi toda la vulnerabilidad que sabía que me envolvía. Llevaba demasiado tiempo intentando hacerme un hueco en el mundo, buscando sentirme parte de él, sintiendo que era afortunada por haber escapado a la mala suerte que había arrollado a los míos. Eran demasiados frentes abiertos, demasiada lucha diaria. Cosas como éstas eran las que hacían tambalear mi fingida estabilidad emocional, haciéndome dudar de si verdaderamente me merecía el lugar en el que me encontraba o era una impostora.
Tuve que salir del despacho en dirección a los baños para que John no me viera llorar. Por un momento las lágrimas se agolpaban en mis ojos y no quería que nadie me viese en aquel estado. Entré en el baño y fui directa a lavarme la cara para subsanar aquel error. No podía llorar. No más lágrimas. No había nada en el mundo que me pudiera hacer llorar más de lo que ya había llorado antes.
Nada.
Todo comparado con las lágrimas que ya había vertido era superfluo así que fue fácil dejar paso de nuevo a la ira. Me refresqué la cara con agua fría y apoyada en la repisa del lavabo mirándome al espejo dejé que lo que sentía saliese por mi boca sin ningún tipo de pudor.
—Eres un gilipollas, narcisista y engreído de mierda que aspiras a mucho más de lo que podrás llegar a ser nunca por mezquino y ruin. Tú solo te has sepultado. No lo hemos hecho los demás —me quedé de piedra cuando oí caer el agua de la cisterna de uno de los retretes.
Me había cegado tanto la rabia que había sido capaz de decir mis pensamientos en voz alta sin haberme fijado si había alguien allí dentro.

No me relajó mucho comprobar que quién salía era Lucía. No había tratado con ella lo suficiente como para saber qué clase de persona era, pero me bastaba con conocer que trabajaba en el departamento de Recursos Humanos.
—Muller— tragué con dificultad mientras observaba como abría el grifo para lavarse las manos.
—Apuesto a qué se de quién hablabas sin necesidad de que hayas pronunciado su nombre—me mantuve en silencio—. Alto, moreno, de ojos grises enfundado en trajes impolutos— sonreí—. Te ha faltado decir que entró en la empresa por ser uno de los hijos de los Olazabal Sport.
—¿Los Olazabal Sport? — asintió—. ¿Jairo Méndez hijo de los Olazabal?, no tenía ni idea.
—No es de extrañar, se ha preocupado mucho de que no se supiera.
—Ayer me crucé con él por los pasillos. Tuvo una muy mala reacción cuando te vio salir del despacho de Francis.
—Me lo hizo saber cuando me encontré en la máquina de café con él. Estuvo más borde de lo habitual.
—Insinuó que habías ido a enseñarle las tetas.
—¿Dijo eso?
—Era una provocación en toda regla— cuando acabó de secarse las manos cogió una toallita de papel del dispensador para secarse las manos—. Es un gilipollas. A pesar de su apariencia seguro que tiene las pelotas como guisantes—. La miré con los ojos abiertos de par en par al tiempo que se abrió la puerta del baño dando paso a Dely la nueva asistente que sustituía temporalmente la baja de enfermedad de la secretaría del departamento de Compras.
—Aunque esta se lo tiraría aquí mismo— susurró mientras tiraba la toallita a la papelera y me dejaba más asombrada aún—. Muller…— dijo dirigiéndose a la puerta y dándome escaso tiempo de reacción para despedirme levantando la mano. En aquel preciso instante decidí, que Lucía, aunque fuera de Recursos Humanos, merecía todos mis respetos y me caía especialmente bien.

De nuevo en el despacho, comprobé que el café que me había llevado John y el sándwich

seguían allí, pero no había rastro de mi amigo. Comencé a recoger mis cosas y noté como el móvil que había abandonado en la mesa vibró. Tenía varios mensajes de John. Estaba preocupado por mí. Sonreí.
Era buen tipo.
De los mejores.

Muller: *Estoy bien John. No ha sido nada. A veces las tonterías me desestabilizan un poco. Nada que no se pueda superar con esa charla entre amigos que ha quedado pendiente.*

Muller: *Por cierto, acabo de conocer a tu alma gemela en los baños.*

No estaba conectado por lo que guardé el móvil en el bolso y me dirigí hacía las escaleras. Oí que me llamaban. Era Francis que me insistió en que esperara para coger el ascensor con él. Pensé que tendría algo que decirme. Sin embargo, las puertas del ascensor se abrieron y una vez dentro mantuvo el mismo silencio que nos había envuelto mientras esperábamos fuera.
—¿Puedo saber por qué no has defendido nuestra propuesta con Coreka delante de Torralbo? —mantuvo su silencio—. ¿No fuiste tú el que nos enseñaste que las alianzas y las colaboraciones en momentos difíciles son importantes?
—Siempre tienen sus recompensas y si no al menos os quedará la satisfacción personal de haber hecho lo que vuestra conciencia decía que teníais que hacer.
—Entonces, Francis, si sigues pensando lo mismo, ¿qué es lo que ha sucedido esta mañana en tu despacho?
—Olvidas demasiado rápido, Muller. No necesitas apoyarte en nadie para creer que lo que haces está bien—el ascensor hizo una parada inoportuna en la primera planta dejando entrar a dos personas de mantenimiento que interrumpieron nuestra conversación y nos sumió de nuevo en un silencio que duró hasta que el ascensor llegó al garaje y las puertas se abrieron de nuevo. Los dos hombres salieron con sus bártulos dejándonos solos en el rellano.
—Piensan que tú y yo nos acostamos—buscaba saber si verdaderamente le daba igual lo que los demás pensaran de él. Si verdaderamente su teoría la aplicaba para sí mismo.
—¿Eso piensan?
—Dicen que he conseguido el puesto porque me tiro al jefe.
—¿Y eso es verdad?
—¿Cómo puedes preguntarme algo así? ¡Claro que no es verdad!
—Entonces que es lo que te preocupa—no podía ser cierto que no le preocupara que la gente pensara que nos estábamos acostando.
—Me preocupa que lo insinúen. Que se corra la voz. Que lo conviertan en algo creíble a los ojos de la gente.
—Sería algo malo para ti por lo que puedo ver.
—¿Cómo puedes decir algo así?
—Párate a pensar antes de reaccionar, Muller. Solo consigues perjudicarte a ti misma—empezaba a molestarme su actitud misteriosa y sus discursos encubiertos—. Puedes estar con quién quieras, incluido el jefe. Aquí no están vetadas las relaciones siempre y cuando no interfieran en la dinámica de la empresa.
—No se trata de eso, sé perfectamente que puedo estar con quién quiera. Se trata de que alguien tiene el poder de crear una imagen equivocada de mí.
—El valor que des tú a las mentiras que ese alguien diga de ti se verá multiplicado por cien para los demás—activó la alarma de su coche mientras caminábamos y las puertas de un BMW negro

de gama alta se abrieron—.Recuerda que no tienes que centrarte en lo que los demás pensemos porque pasamos a tu lado circunstancialmente como amigos, como amantes o como rivales— dejó el maletín que llevaba en su mano izquierda en el asiento del copiloto y se sentó en el interior del coche cerrando la puerta y bajando la ventanilla ante mi mirada atenta—.Buen vuelo Muller, espero que te vaya bien por Berlín.

No supe como reaccionar. Sus palabras últimamente tenían el efecto de dejarme en estado de shock. Dirigí mi mirada hacía la plaza de aparcamiento que permanecía vacía a la espera de ser ocupada por mi nuevo coche que parecía que no iba a llegar nunca. No pintaba nada allí. Había bajado al sótano tratando de sacar algo en claro de la conversación con Francis, pero todo se llenaba de sombras como sucedía en aquel sótano. Parecía que había alguien que se movía a mi alrededor oculto entre las columnas, sobre todo cuando las luces se apagaron dejándome expuesta y sin ningún tipo de protección.

16

Unax Zabaleta
Diez años antes

No sé porque lo había hecho, pero había tenido la irrefrenable tentación de proponerla que pasáramos el verano juntos. Desde que la había conocido había conseguido hacerme sentir cosas. Había estado con otras. Muchas o pocas, no lo sé, tampoco tenía con quién comparar ni quería hacerlo, pero con ella me había sentido cómodo, sin necesidad de tener que impresionarla. Siendo más yo que nunca antes. Ese sentimiento y la necesidad de llegar a la profundidad de esa mente totalmente en blanco para mí, me producía una adicción feroz que me obligaba a querer estar el mayor tiempo posible junto a ella. Necesitaba saber que podía ocultar una chica que parecía perdida y a la vez tan astuta como para querer ocultar todo lo que tuviera que ver con ella.

Habíamos acordado que en una semana nos volveríamos a ver en Biarritz. Su familia había heredado una casa en la localidad francesa mediante un reparto de bienes, por lo visto demasiado ruidoso del que no quiso dar demasiados datos. Sin embargo, antes tenía que regresar a París para resolver algunos temas de su expediente académico en la universidad de Bellas Artes, otro de los pocos datos que tenía de ella. A los dos días la incertidumbre se apoderó de mí. Empecé a temer que lo que me había contado fuera una burda mentira para deshacerse de mí, y tuve la necesidad de ir a buscarla a pesar de las advertencias de Beiñat para que no lo hiciera. Mi amigo tenía la cabeza sobre los hombros para algo más de lo que parecía tenerla yo en aquellos momentos y me advirtió de que podría asustarla.

¿Qué me pasaba con ella? No lo sé. Estaba fuera de mi control. No era capaz de olvidarme de la cicatriz bordeando sus preciosos ojos, de sus labios sonrosados, de su olor… un escalofrío recorrió mi cuerpo, olía a menta y yo adoraba la menta. Respiré hondo. Pensé que ojalá llegase a tener la oportunidad de saborear su piel mentolada bañándola en chocolate…

¡Joder, tenía que encontrarla!

Nunca le he confesado a Beiñat que me largué de allí para presentarme en el campus universitario de Bellas Artes en París con la esperanza de encontrarme con ella, en el mismo instante en el que arranqué la Volkswagen Kombi T1 azul turquesa que utilizábamos Maialen, él y yo cada vez que salíamos de ruta, pero así lo hice. Me largué de allí y cuando llegué a París estuve dos largos días vagando como un sonámbulo entre los universitarios que acudían a ver sus calificaciones. Algunos reían y otros lloraban, pero ni rastro de la persona a la que quería encontrar.

La facultad en la que yo estudiaba era menos majestuosa que aquella. Estaba rodeada de campas verdes en las que tirarse a retozar y holgazanear cuando llegaba el buen tiempo, aunque tenía que reconocer que la medicina me gustaba demasiado. Era algo que no me gustaba reconocer, a lo mejor porque no formaba parte de la imagen de tipo despreocupado que todo el mundo tenía de mí. Sin embargo, tampoco me hubiera importado que descubrieran que era una rata de biblioteca.

¿A quién quería engañar? ¡Era un jodido loco si pensaba que podía encontrarla! No tenía ni pies ni cabeza. Me había plantado allí, en busca de una chica de la que quería saber absolutamente todo y de la que apenas sabía nada. Era un puñetero interrogante. Una aguja en un pajar. Aquel lugar estaba lleno de gente, de chicas que podían parecerse a ella y no lo eran.

¡Jodido demente!
¿Cómo era posible que si cerraba los ojos solo quisiese tocar una a una las pecas que salpicaban su rostro?
Tenía veinticuatro años, edad más que suficiente como para empezar a plantearme las cosas en serio, pero ella era un impulso, un hilo que tiraba de mí. Un imán que me hacía buscarla para pegarla a mí y no soltarla. Estaba loco, totalmente loco, pero necesitaba saber por qué demonios su cuerpo aniñado y su piel blanca eran capaces de hacerme sentir como nunca me había sentido antes.
Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba merodeando por los alrededores de la facultad, pero agradecí no cesar en mi empeño porque cuando pensé que sería imposible encontrarme de nuevo con ella y que la quimera había llegado a su fin sentí aquel cosquilleo, la piel erizándose y el deseo de acortar la distancia al verla. Distinguí su morena y larga melena recogida en aquella coleta que de pronto se había convertido en algo familiar. Llevaba unos pantalones vaqueros que se ceñían a su cuerpo y una camiseta blanca de tirantes que dejaba al descubierto sus brazos. Leía algo en el tablón de anuncios que había en el hall de entrada de la facultad. Me hubiera pasado horas mirándola, pero ese no era el plan.
—¿Podemos empezar ya nuestro verano juntos? —no se giró, fingió que seguía leyendo—Alex... —cuando me oyó pronunciar su nombre se giró con los ojos muy abiertos y llenos de interrogantes—. Teníamos un trato, ¿recuerdas?
—¿Qué...? ¿Qué haces aquí? — me tocó cerciorándose de que era real y yo me reí como un idiota.
—Tú me has traído aquí—me acerqué un poco más para decírselo al oído. Olía jodídamente bien.
—¿Te estás quedando conmigo? — estaba tan nerviosa y tan preciosa al mismo tiempo que no era capaz de apartar la vista de ella.—. Dime la verdad, ¿qué haces aquí?
—Ya te lo he dicho, teníamos un trato, eso y no sé qué clase de embrujo que me ha hecho venir a buscarte por si me querías dar esquinazo—sonrió para coger impulso y responderme con su marcado acento francés.
—Si te crees que me voy a tragar esa sarta de tonterías te equivocas. Juego en otra liga.
—¿Puedo ser tu entrenador personal en la liga esa en la que juegas? — se llevó las manos a la cabeza suspirando para acabar esbozando una sonrisa.
—Eres brillante.
—Perdona mi ignorancia, pero acabo de perderme.
—Eres muy bueno en esto — nos señaló con su dedo índice a ella y a mi—. Das demasiadas muestras de haberlo hecho muchas veces... se te da... se te da francamente bien.
—Puedo asegurarte que es la primera vez que pierdo la cabeza y me dejo guiar por un impulso buscando a una chica con los ojos azules más impresionantes que he visto.
—Oh, Mon Dieu, para ya…— pero sus mejillas estaban sonrosadas lo que me soltó la lengua aún más.
—No puedo dejar de mirarte. No quiero. Quiero grabar cada detalle de ti en mi mente y eso, Gruñona, eso sólo me ha pasado contigo.
—¡Eres un auténtico demente! — me miró fijamente—. ¿Sabes qué es lo que me hace pensar que puede no ser tan mala idea pasar el verano contigo?
—Me romperás el corazón si no dices que el motivo soy yo.
—¿Con un demente? — me llevé las manos bromeando al corazón—. No, en serio.
—He venido hasta París. No puedo ir más en serio.

—¿No te ha pasado nunca que sientes que la gente que está a tu alrededor no te conoce realmente?
—Más de una vez.
—¿Que haces o dices cosas que se convierten en norma, se adhieren a ti sin pertenecerte y que cambiarlas es muy difícil o casi imposible?
—¿A dónde quieres llegar, Gruñona?
—A que siento que contigo eso no sucederá— me reconfortó oír ese sentimiento de su boca—. Creo que me estás dando la oportunidad de recuperar a la Alex que fui un día y no quiero perderla.
Bastaron unas pocas palabras para saber que aquella sería la mayor locura que haría en mi vida, pero también supe en aquel preciso instante que un verano no iba a ser suficiente. Que querría pasar mucho más tiempo a su lado. Tragué saliva. No iba a ser fácil controlar lo que esa chica me removía por dentro. Ternura, curiosidad y ganas.
Muchas ganas.

17

Unax

A veces me sorprendía ver como a mis años seguía actuando como si fuera un crío, pero los resultados me daban la razón, había trampas que aún funcionaban.

Al llegar al portal la puerta estaba cerrada a cal y canto. La alternativa no podía ser actuar como correspondía a un adulto, tocar al timbre y avisar de mi presencia no era una opción, no quería advertir de mi llegada antes de tiempo. Eso no me traería nada bueno. Había un muro muy grande que horadar y para vencer en la batalla la sorpresa tendría que convertirse en uno de mis aliados estrella. Llamé a varios timbres a la vez, en poco tiempo tan solo con pronunciar inocentemente un, s*oy yo,* la puerta se abrió y pude entrar al rellano sin tener que utilizar una ganzúa para abrirla. Subí de dos en dos las escaleras, aunque mi intención al optar por ellas en lugar del ascensor había sido la de darme tiempo a ordenar las ideas en mi cabeza. La estrategia tenía que ser elaborada si quería volver a casa al menos con una pequeña victoria. Me conformaba con dar el primer toque a ese muro que se cernía ante nosotros, por eso lo más importante era no precipitarse y medir las palabras.

No sé cuánto tiempo estuve delante de la puerta antes de llamar. Ni mucho menos entendí como pulsar un timbre podía darme tanto vértigo, por eso cuando lo hice el corazón empezó a latir a marchas forzadas y el discurso que tenía preparado empezó a tambalearse.

La luz se coló por la mirilla.

La puerta permaneció cerrada.

El sonido interior y los murmullos empezaron a dejar de ser un secreto.

—Esto es una broma pesada—era la voz inconfundible de Alex.

—¿Quién es? —Rocío estaba en casa y escuchaba atentamente.

—Nadie.

—No me jodas Ale, ¿quién es?

—Él.

—¿El holograma? ¿Por fin voy a conocerlo? —no entendí a quién se referían.

—No es el holograma. Es Unax —di unos golpes con el puño en la puerta para captar su atención.

—Siento interrumpiros, pero desde aquí fuera se oye todo. Esta puerta es de cartón piedra.

—Mierda—Alex había oído perfectamente mi comentario.

—¿Me dejas entrar?

—¿Por qué debería hacerlo? —aunque la puerta seguía cerrada por lo menos había dado un primer paso, formar parte de la conversación que estaban manteniendo ahí dentro.

—Deberías dejarme entrar al menos por cortesía— ni atisbo de respuesta—. Si no te parece motivo suficiente te diría que no me gusta sentir en la coronilla como tus vecinos me miran por la mirilla.

—Abre la puerta no seas cría—sentir que Rocío se ponía de mi parte provocó un latido de esperanza en mi pecho.

Tuve que esperar lo que me pareció una eternidad. La puerta estaba llena de cerrojos interiores.

—¿Qué guardáis ahí dentro el secreto de la Coca Cola? —mi broma provocó una carcajada en Rocío, pude oírla. La puerta se abrió cuarenta y cinco grados ni uno más, lo suficiente para ver el ceño fruncido de Alex que dejaba claro que mi chiste a ella, gracia lo que se dice gracia, no le

había hecho.
Llevaba el pelo recogido en una coleta estilo troglodita que me hizo sonreír. Seguía siendo preciosa. Su mirada azul, su rostro lavado sin ningún tipo de imperfección más allá de la pequeña cicatriz encima de su ceja. Tuve la necesidad de tirarme al vacío. En caída libre. Sin ningún tipo de freno.
—¿Qué me llamarías si te dijera que desde que te he visto no soy capaz de quitarte de mi cabeza?
—Siendo respetuosa contigo diría que un comportamiento así te acerca bastante a un psicópata— sus palabras fueron un bofetón a mano abierta. Su tono mordaz no dejaba duda de que las cosas estaban más que tensas entre nosotros. No era para menos.
No lo hice bien.
Nada bien.
Pero también tenía derecho a tener mis propios fantasmas.
—Solo quiero hablar contigo.
—Llegas muy tarde—empujó la puerta con intención de cerrarla, aunque estuve hábil para impedirlo.
—Llego muy tarde, pero con una diferencia de edad que me permitirá no comportarme como si fuera un crío— sabía que no había escogido bien mis palabras, hacía unos minutos estaba aporreando timbres, afortunadamente ella no lo sabía, pero sí sabía otras cosas.
—Eso es evidente ahora te comportas como un adolescente con la testosterona en plena ebullición.
—Eso ha sido un golpe bajo.
—¿De verdad?
—Sólo quiero hablar contigo.
—No tenemos las mismas inquietudes.
—Esto es ridículo. Es evidente que tenemos un problema.
—Créeme, si me dejas cerrar la puerta nuestros problemas se habrán esfumado.
—Eso no solucionará nada. Hasta que no hablemos no nos sentiremos bien con nosotros mismos.
—Estaba tremendamente tranquila hasta que te dio por aparecer—suspiré y me pasé las manos por la cabeza colocando mi pelo revuelto para buscar alguna idea que me permitiese llegar a buen puerto.
—Alex, a mí me molesta tanto como a ti esta situación. La diferencia es que yo quiero arreglarlo —su risa cínica me dolió. Quizás movido por ese daño empujé la puerta consiguiendo abrirla sin apenas esfuerzo. Pude entonces ver a la mujer más impresionante que había visto nunca, con una sudadera tres tallas más grandes que ella vieja y desgastada. Esa prenda era conocida para los dos. La había conservado. La seguía usando. Nunca lo hubiera imaginado. Ella debió de percatarse de que había reconocido la sudadera y se abrazó a sí misma como si con ello pudiera ocultarla. El cuello estaba totalmente dado de sí y al abrazarse dejó al descubierto uno de sus hombros mostrando ante mí la imagen más sensual que había visto en mucho tiempo.
—Déjale pasar— Rocío se dirigió a Alex que aún permanecía sorprendida evaluando como había sido capaz de dejarse ver de aquellas trazas al permitir que la puerta se le escapara de las manos.
El apartamento no era desconocido para mí. Rocío era una gran anfitriona y habíamos celebrado más de una reunión allí. Ella y John siempre eran el alma de cualquier fiesta y les valía cualquier excusa para reunirnos a todos. Por eso, todavía me costaba creer que fueran compañeras de piso y nunca hubiéramos coincidido en aquel minúsculo apartamento en el que con tan solo cruzar el umbral podías adivinar todo su interior. A la izquierda había una cocina enana con una barra americana del mismo tamaño que tan sólo dejaba espacio para dos taburetes que estaban tan

juntos que parecían pegados. Frente a la cocina había una puerta. La única a simple vista en todo el apartamento que daba paso a la habitación y al baño que escondía en su interior. En el espacio restante había un sofá que había cambiado de forma mostrando una cama que no parecía demasiado cómoda y una televisión.
—¿Duermes aquí? — pregunté rozando la tela de la almohada en la que seguramente reposaría su cabeza aquella noche. Ella me ignoró por completo.
—¿Qué propones para solucionar este acoso?
—¿Acoso? —resoplé—. Está bien. Como quieras. Propongo tener una conversación. Los dos solos— miré a Rocío que no pareció ofenderse.
—¡Estas de coña!
—Tú eliges el día, la hora y el sitio.
—¿Qué ganamos con eso?
—Escucharnos si no nos gusta lo que oímos desaparecemos.
—Los tratos contigo no salen bien. Lo sé por experiencia—ignoré conscientemente su alusión a nuestro acuerdo en el pasado.
—Podemos tomarnos una copa.
—No tengo tiempo para eso.
—Qué puede llevarnos, ¿media hora? Se tarda menos que en una cena.
—¿Qué te hace pensar que prefiero tomar una copa a cenar contigo? — la miré de pies a cabeza.
—No me hagas responder esa pregunta.
—Respondo yo sin problema — farfullo Rocío mientras rompía la cáscara de un huevo en el borde de un plato y empezaba a batir con energía para preparar lo que parecía que iba a ser una tortilla—, no tienes ni chicha ni limonada.
—¿De qué te ríes? — me hizo retroceder dos pasos con aquella pregunta. Levanté las manos en son de paz.
—Creo que la mitad de los días se olvida de comer— argumentó Rocío—. Y no me vengas con la excusa de siempre de que no tienes tiempo. Cualquier día te va a pasar algo grave. No puedes rozar el descuido alimenticio como lo haces.
—Muy bien, creo que no voy a poder quedar contigo, según mi compañera de piso tengo que buscar tiempo para ir al endocrino a solucionar el desarreglo alimenticio que parece que tengo— ambas se fulminaron con la mirada.
—Me preocupo por ti, cabezota si no me daría igual que te alimentases exclusivamente de zanahorias como los conejos.
—Eres tan...tan…
—¡Vamos dilo ya! Soy tan única, tan maravillosa y tan perfecta que no puedes vivir sin mi —se iban a enzarzar en una discusión. Tenía toda la pinta así que no encontré mejor solución que sacar el bolígrafo del bolsillo interior de la cazadora.
—¿Qué haces? — Alex me miró sorprendida al ver que cogía su brazo y me ponía a escribir—. No quiero tu número de teléfono—marcaba bien los trazos en su brazo con la esperanza de que los números se conservasen hasta que pudiera traspasarlos a la agenda de su móvil.
—¿No tienes media hora libre? — le dije mientras seguía escribiendo en su piel que se erizaba con el contacto de mis manos.
—Tengo que viajar.
—Yo también viajo, pero puedo hacer más cosas — resopló.
—Mañana me voy a Berlín, ma-ña-na— recalcó.
— Y volverás… — cuando terminé de escribir los números de teléfono me detuve haciendo un

dibujo. Al verlo retiró el brazo. No pude terminarlo.
—No sé cuándo volveré.
—Bien, veo que no me dejas otra opción más que sacar un billete a Berlín — vi como sus ojos se abrían como platos—. Sabes que lo haré, ya estuve una vez en París sin que me lo pidieras.
—No podría quedar tampoco contigo allí. Tengo planes.
—¿Y alguna noche de las futuras no tienes planes?
—¿No vas a darte por vencido nunca?
—Cuando regreses de Berlín o cualquier día al salir del trabajo, cuando tú me digas y te venga bien— insistí.
Rocío se lo estaba pasando en grande con el tira y afloja que nos traíamos.
—Está bien— se me iluminaron los ojos—. Cuando vuelva de Berlín, llegaré tarde y estaré lo suficientemente cansada como para no demorar demasiado esa conversación.
—¿Y eso cuándo será?
—Pasado mañana—fue empujándome poco a poco hacía la puerta hasta que consiguió que traspasara el umbral dejándome expuesto de nuevo a las miradas de cualquier vecino curioso.
—¿Me llamarás? — señalé los números que había querido tatuarla en el brazo para que lo hiciera, pero su respuesta inicial fue cerrar la puerta en mis narices.
—De todas formas, no creo que haya mucho que tengamos que decirnos—fueron las palabras que escuché al otro lado de la puerta.
Las esperanzas de que aquel encuentro llegase a producirse, de pronto, me parecieron demasiado lejanas.

18

Alex

El vuelo a Berlín fue de todo menos agradable, aunque hubiera acabado convirtiéndose en uno más de los que llevar en mi haber si no hubiera sido porque había decidido tomarme media pastilla para dormir. Solo quería descansar un poco, aunque también perseguía dejar de pensar en el aire que azotaba el avión. El reflejo de los truenos que iluminaban con intensidad la oscuridad al otro lado de la pequeña ventana ovalada era poco placentero. No conseguí mi objetivo.

Hacía un año que había dejado las consultas con Bernard, mi psiquiatra, aunque sabía que podría acudir a él en cualquier momento me sentía estancada, no notaba ninguna mejoría y ya iba siendo hora de tomar las riendas, aunque ese dolor en el pecho siguiese estado conmigo y me siguiese ahogando a su antojo cuando algo se salía de la normalidad que me había marcado. Quizás estaba entrando de lleno en uno de esos momentos porque llevaba unos días que me sentía más alterada de lo habitual. Bernard me decía con frecuencia que no debía forzar mi mente recordando un pasado que no se podía cambiar. Solo tenía que asumir la pérdida para comenzar a ser feliz. Se me había dado la oportunidad de tener un presente que poder vivir y sólo dependía de mí el crear un futuro digno. Parecía tan fácil sobre las páginas de aquel bloc de notas que rellenaba cada vez que me sentaba en su diván a hablar de mis miserias, pero los dos sabíamos que lo difícil estaba fuera de aquellas cuatro paredes. Me recosté sobre el asiento del avión y cerré los ojos. Allí estaban sus rostros, aunque cada vez más borrosos por el paso del tiempo, atrapados en uno de tantos maravillosos recuerdos juntos.

Estábamos en la casa de Biarritz. Siempre íbamos a veranear allí. Era una sencilla construcción de paredes de piedra gris y tejado de pizarra que a pesar de no haber sido diseñada en el estudio de arquitectura de mis padres ambos la tenían un cariño especial por ser una herencia familiar. Mamá había pasado parte de su infancia en ella hasta que el abuelo se la había regalado en vida. Era hija única. Había disfrutado de todos los caprichos que había deseado sobre todo cuando la abuela enfermó. El abuelo hubiera enloquecido si no hubiese sido porque ella le recordaba a la mujer que tanto había amado. Aquellos años fueron duros para él, pero consiguió salir adelante. Su obsesión tanto por el trabajo como por su hija consiguieron llegar a hacer que amasase una pequeña fortuna. Algo que le distanció de su hermano mayor que llevaba años intentando hacer valer la empresa que había creado sin llegar a obtener los resultados que el abuelo había conseguido en tan poco tiempo. La envidia, las rencillas, el odio empezó a marcar la relación entre ambos algo que no impidió que el abuelo siguiese deshaciéndose en atenciones con su hija dándole todo lo que no había podido entregar a su mujer en vida.

La pequeña casa estaba rodeada por un inmenso jardín. Casi podía oler las flores. Nos encantaba pasar tiempo allí. Disfrutar de algo tan simple como un entorno natural del que difícilmente podíamos disfrutar en París. En la ciudad los tiempos estaban concienzudamente marcados y encajados en un plan diario que nos movía como verdaderos autómatas. Belmont jugaba a tirarle una pelota a Larry, nuestro precioso Border Collie a manchas blancas y color chocolate. Papá estaba desenredando el cable de la segadora. Le encantaba cortar el césped, decía que había algo especial en ello y que el olor a hierba recién cortada le relajaba. Y mamá… siempre tan dulce, tan protectora con nosotros, tan cariñosa... Aquella mañana estaba

sentada en el porche haciendo una de las cosas que más le gustaba hacer cuando disponía de tiempo libre, leer. Estaba totalmente ensimismada con la última novela policíaca que había caído en sus manos.

El sonido de un trueno me hizo abrir los ojos. Era uno de esos rugidos que parecían salir de las entrañas de la tierra estremeciendo al firmamento por completo. El nerviosismo en el interior del avión se podía masticar. Cerré de nuevo los ojos. Lo último que necesitaba era ver más caras de pánico. Con la mía tenía más que suficiente. Una sucesión de ideas empezó a hacer trabajar a mi cerebro a una velocidad que solo pretendía ocultar el pánico que empezaba a sentir al notar como todo mi cuerpo se tambaleaba en el asiento por las turbulencias. Me até el cinturón de seguridad como pude con los ojos cerrados. No quería ver lo que tenía a mi alrededor o empezaría a hiperventilar de un momento a otro. Los recuerdos con mi familia trajeron a mi memoria la imagen de los documentos aún por descargar que mi nuevo abogado me había hecho llegar. Sabía en mi fuero interno que lo estaba posponiendo. Buscaba cualquier otra cosa que hacer y la otorgaba siempre mayor importancia con tal de no enfrentarme a aquellos papeles que sabía que removerían la mierda para hacerla cada vez más pestilente. Podía habérselo pedido a Eric, no se hubiera opuesto, pero últimamente dudaba de él. Algo estaba cambiando. Estuvo presente cuando mi mundo estalló por los aires, quizás por eso decidí aferrarme a él. Era la única persona que me conocía desde niña y llegué a pensar que nuestras diferencias podrían limarse con el tiempo. Sin embargo, una llamada perdida de Isabelle en su móvil, provocó que se activarán en mí todas las alarmas y me hizo pensar que tal vez nuestras diferencias no se acabarían nunca, que no era todo lo amigable que quería hacerme creer, aunque me hubiera ayudado a seguir adelante.

Estaba andando por la terminal aérea. Tenía lo imprescindible metido en una bolsa de viaje. Lo que me permitía llevarlo conmigo en el compartimento del avión. Había hecho todo lo posible con tal de no tener que facturar el equipaje. Quizás fuera una paranoia más de las mías, pero no estaba dispuesta a pasar horas interminables con el miedo a perder algo más, aunque fuese tan banal como mi equipaje. En esta ocasión llevaba algo importante conmigo. Algo pequeño oculto en un sobre de paquetería amarillo. Apreté el asa de la maleta con fuerza. Acabábamos de aterrizar. No sé dónde exactamente, en qué ciudad. No era capaz de identificar la terminal parecía una mezcla de todas por las que había pasado en los diferentes viajes que había hecho. Francis me esperaba en la salida.
Me vio.
Le vi.
Nos miramos.
Camine hacía él.
A su alrededor había gente que agitaba las manos esperando que sus seres queridos les identificasen. Me llamaban la atención dos hombres vestidos de negro. Estaban detrás de Francis. Uno a cada lado. Parecerían sus guardaespaldas si no fuera porque portaban dos carteles. Miré sus caras. Quería identificarlos. No podía. Sus caras eran un borrón de tinta, eran dos seres sin rostro. Me centré entonces en los carteles. Traté de leer lo que había escrito en ellos, pero no tuve tiempo para hacerlo. Un estruendo hizo que me tirase al suelo por mero instinto. Fue como si la tierra se hubiera abierto bajo mis pies. Me tapé la cabeza. Oía gritos a mi alrededor gente vociferando. Levanté la vista asustada. Miré al frente. Francis está tumbado en el suelo. Tenía una postura poco decorosa.
Le llamé.
No se movió.

Traté de acercarme a él arrastrándome por el suelo. Estaba a dos metros cuando sentí un nuevo temblor en mi cuerpo.
—¿Qué ha sucedido? —Francis no respondía. Sus ojos estaban abiertos. Demasiado abiertos. No parpadeaba.
—Francis—seguía sin responder. No iba a hacerlo. Su rostro estaba recién afeitado. Incluso podía oler aún el after shave que utilizaba cada mañana. No se le había descolocado ni un solo pelo, la gomina que usaba claramente era de calidad.
Sólo tenía cincuenta y dos años. No podía estar muerto. Traté de incorporarme para verlo mejor. Un enorme charco de sangre asomaba por debajo de su cabeza. Noté de nuevo un temblor en mi cuerpo. Me acerqué más a Francis, lo suficiente como para ver un hilo de sangre en su frente. Había caído sobre uno de los carteles que pretendía leer. No había nada escrito. Solo cuatro triángulos azules enlazados unos en otros.
— Señorita. Ya hemos llegado.
Abrí los ojos sobresaltada. La azafata me zarandeaba para sacarme de mi ensoñación. Al parecer habíamos conseguido llegar a tierra después de un vuelo con demasiadas turbulencias y un aterrizaje excesivamente forzado debido a las ráfagas de viento. Los pasajeros habían agradecido al capitán de la nave su destreza en las maniobras realizadas durante el vuelo deshaciéndose en una ovación llena de vítores y aplausos. El clímax de las gratificaciones había llegado una vez que las ruedas del tren de aterrizaje se pararon en la pista pisando suelo firme.
Llegue al hotel después de coger un taxi algo desconcertada aún. No sabía cuánto tiempo había pasado durmiendo, pero era evidente que la profundidad de los sueños no había sido la justa dado que aún me sentía agotada. Hice el check in en el hotel y al entrar en la habitación apenas me dio tiempo a comprobar que eran las siete y media de la mañana.
Demasiado pronto—pensé desplomándome en la cama mientras dejaba que el sueño me atrapara de nuevo.

Un hilo de sangre recorría el labio inferior de Belmont. Le tenía cogida la mano, mientras sentía que su calidez se iba apagando.
Se enfriaba demasiado rápido como para ser cierto.
Se había desplomado en los pasillos del hospital mientras esperábamos a que nos dijeran algo sobre papá y mamá.
—Alexandra...— Belmont nunca me llamaba por mi nombre de pila—. ¡Alexandra...! — insistió.
—Si, soy yo Belmont.
—Alexandra...— repitió mi nombre con voz desgarrada.
—¿Qué pasa?
—Un... hemos…— era más que evidente que las palabras no fluían bien.
—Belmont, ¿estas bien? —noté que me temblaba el labio inferior.
—Alexandra…
—Si, Belmont. Soy yo, te estoy escuchando.
—Alexandra…— sollozó.
—¿Dime que pasa, Belmont? — mi voz empezaba a denotar nerviosismo.
Antes de llegar al hospital Belmont había necesitado saber que estaba a su lado. Que no estaba solo. Fuera lo que fuese lo que había sucedido lo superaríamos juntos, pero ahora era yo quien le llamaba. Era yo quien necesitaba saber que no estaba sola. Necesitaba saber que estaba conmigo, pero no me respondía. Su mano estaba cada vez más fría.
Demasiado fría.

Me desperté sobresaltada. La lluvia no había cesado y golpeaba con fuerza los cristales de la habitación. Veía borroso. Recordaba haber tomado sólo media pastilla para dormir. Sólo quería que el vuelo se me hiciera corto. Descansar un poco. ¿Cómo era posible que sintiese tan pesado mi cuerpo? No llegaría a la reunión con Logical Comunity. Recuerdo haber tenido la intención de ir hacía la ducha. Un buen chorro de agua tibia ayudaría a que me despejara. No llegué a conseguirlo. Mis párpados parecían no querer despegarse. Sin desearlo, un nuevo sueño se filtró en mi mente.

No fui consciente de la velocidad con la que todo pasó. A juzgar por los comentarios que oía a mí alrededor, descendí con dificultad del lugar en el que me encontraba montada en una camilla rígida. El sol brillaba con toda su fuerza mientras yo sentía frío y dolor. Un dolor físico insoportable. También me sentía entumecida, aprisionada no sé si porque me había roto todos los huesos del cuerpo o porque me habían metido en una camisa de fuerzas, pero era incapaz de mover un solo músculo. De la luz del sol pasé a una luz blanquecina que hacía daño y me obligaba a cerrar los ojos a pesar de que insistían para que no lo hiciera. Había ruido mucho ruido, conversaciones, sirenas… pero un lazo que me ataba a alguien. Una mano áspera, firme y al mismo tiempo cálida y acogedora, me agarraba, me ataba con fuerza. Era un hilo que me atrapaba, me sujetaba a la consciencia para que no me fuera para que no apagara el interruptor. Para que no cerrara los párpados que tanto pesaban. Necesitaba saber de dónde venía esa energía que me llegaba. Esa electricidad. Esa fuerza que hacía que los latidos de mi corazón sonasen en mis oídos para decirme que estaba ahí que había vida. Que podía sentir.
El teléfono de la habitación empezó a sonar con insistencia, aunque tardé en contestar. Cuando por fin abrí los ojos necesité aún unos segundos más para saber dónde estaba.
—Señorita Muller— dijeron al otro lado del teléfono cuando conseguí llegar a él y descolgar—. Su reunión se pospondrá una hora. Al parecer hoy se han retrasado todos los vuelos por la climatología—di las gracias a la chica de recepción. o quizás respondí con un gruñido en realidad no lo recuerdo.

En el fondo estaba aliviada porqué aún tenía serias dudas del motivo por el que me encontraba en Berlín. Horas antes de que mi vuelo saliese la secretaria de Francis me había trasladado que el director comercial de Logical Comunity no podría reunirse conmigo en Berlín, tan fácil como se hacían los planes parecían deshacerse, un tema personal de mayor calado parecía ser la causa que se lo impediría. A pesar de mi insistencia en cancelar el viaje, al que cada vez encontraba menos sentido, allí estaba, esperando a reunirme con un tal *Roger Schmidt* que sería la persona encargada de sustituir al director comercial en tan extraña cita. Quizás ese era uno de los motivos por el que no podía estar menos entusiasmada con la idea. Por eso, en un alarde de energía me incorporé y quise escuchar una voz amigable al otro lado de la línea telefónica. No me sentía del todo bien y necesitaba hablar con una amiga.
—¡Joder, qué mosca te ha picado! —la voz de Rocío sonaba como el motor de un camión que intentaba arrancar después de tiempo parado.
—¿Mucha fiesta la de anoche?
—Puedo correrme las juegas que me dé la gana, por si no lo recuerdas soy mayor de edad.
— Son...— miré el reloj de mi muñeca aún eran las ocho de la mañana y parecía haber estado durmiendo una eternidad.
—Hoy no trabajo, me da igual la hora que sea. ¡Puedo dormir todo el día si me da la gana!
—Pues sí que te levantas de mal humor…
—No me he levantado me has despertado.
—Hace unos minutos estaba igual que tú.

—Te dejo que sigas durmiendo, no seas tonta—ironizó.
—Creo que no podría dormir más, aunque quisiera. He soñado las diecisiete temporadas de Anatomía de Grey capítulo a capítulo.
—¿Haciendo chistes de buena mañana? Si que ha sido un sueño reparador.
—Me tomé media pastilla para dormir y más que un sueño reparador ha sido aterrador. No he hecho otra cosa que tener sueños extraños y recuerdos poco agradables.
—Lo que has tenido es un viaje astral por tu mente. ¿Sabes que esas pastillas llevan componentes químicos iguales o incluso más potentes que alguna droga?
—No exageres, sólo me he tomado media pastilla. Las turbulencias del viaje nos hicieron entrar en pánico a todos.
—Por supuesto, si vas a morir mejor no enterarte— tragué saliva—. ¿Has desayunado esta mañana?
—Tomé un café de máquina en el aeropuerto.
—¿Y esperabas que media pastilla no te hiciera efecto? Tienes un chute en el cuerpo de mil demonios. Baja inmediatamente a desayunar algo, y de paso investiga a ver en qué momento me vas a contar de una vez por todas qué demonios te traes con Unax.

Pensar de nuevo en la visita que anoche nos había hecho Unax no era lo que más deseara después de haber tenido sueños más cercanos a las pesadillas que otra cosa, pero por lo menos algo bueno había sacado de la conversación con mi amiga, no era mala idea ir a meter algo en mi estómago. Mi incursión en el buffet matutino era necesaria. El desayuno alemán tenía fama de ser de los más equilibrados y completos, aunque ver tanta variedad de salchichas, quesos, panes, huevos y cereales estrujó un poco más de lo que ya estaban mis tripas. Sin embargo, hice el esfuerzo tomé un café con leche, un *brötchen* con mantequilla y mermelada para untar y un s*chorle,* una especie de zumo que el camarero muy amablemente me ofreció para que probara, pero que tenía un sabor tan extraño que no fui capaz de terminar. Media hora después estaba sentada en los sofás que había frente a los ascensores que llevaban a las habitaciones haciendo tiempo a que llegará la hora de la cita con Logical. Llevaba la carpeta de fuelle roja y entre todos mis temas pendientes se encontraban también los documentos que debían firmar. Noté que el teléfono vibraba.

John: *¿¡¡Has encontrado a mi alma gemela en los baños?!!*
¡¡No me jodas!!

Muller: *Hoy te veo muy despierto.¿Ya te has tomado tu segundo café matutino?*

John*: No me cambies de tema. ¡¡EN LOS BAÑOS!!*

Muller*: Para tu tranquilidad te diré que fue frente al lavabo.*
La chica en cuestión sigue a la perfección las normas de higiene básicas.
(Me reí pensando en la cara que estaría poniendo)

John*: Deja de reírte.*
(Pillada)

Note que entraba otro mensaje.

Rocío*: ¿Qué has desayunado? Ya que no me dejas dormir exijo, que me digas toooodo lo que*

has metido en ese estómago del tamaño de un guisante.
(Uff… no pararía hasta que se lo dijese así que lo hice)

Muller*: Café con leche, un brötchen con mantequilla, mermelada y un zumo de dudoso sabor.*

Rocío*: Ignorante, espero que fuese Saftschorle y no Weinschorle.*
Del zumo, al vino con agua mineral hay una diferencia bastante grande.
Sobre todo, si lo tomas para desayunar después de haberte empastillado.
¿Tu consumo de estupefacientes permitirá que confieses
de una vez tu historia con Unax?

John: *Mañana te voy a someter a la más cruel de las torturas.*
Acabarás confesando.

Tuve que dejar las dos conversaciones de forma un tanto abrupta al ver que tres hombres corpulentos con traje negro salieron del ascensor y se dirigieron hacía los sofás en los que me encontraba sentada sin ningún titubeo. Algo me hizo inquietar por dentro. Los dos que iban más retrasados tenían la misma corpulencia que los hombres sin rostro con los que había soñado aquella misma mañana. No pude evitar que un escalofrío recorriera mi cuerpo. El hombre que llevaba un traje gris que le diferencia al menos en cuanto a la vestimenta interior de los otros dos se acercó a mí. Sabían perfectamente como identificarme. Lo que les dio cierta ventaja con respecto a mí, que tuve que imaginarme que se trataba de *Roger Schmidt* y dos de sus asistentes, aunque la verdad tenía más bien pinta de machacas de discoteca o de guardaespaldas que de ejecutivos de una empresa. No tuve opción a levantarme. El hombre de gris me puso una mano en un hombro e impidió que lo hiciera. Era evidente que la reunión iba a producirse allí mismo. Frente a los ascensores. Con infinidad de gente a nuestro alrededor deambulando de un lado a otro. No era muy lógico, pero en realidad nada lo parecía últimamente. Se sentaron frente a mí creando un semicírculo a mi alrededor.
No me gusto.
Solamente se presentó Roger, el hombre del traje gris. Me dio un apretón de manos protocolario. Los otros dos permanecieron a su lado gélidos. Me habló en inglés con un acento alemán claramente marcado lo que me sorprendió pensando que era extraño que hubieran retrasado la reunión alegando que su vuelo también había llegado tarde. Un pensamiento estúpido por otra parte. Podían viajar como cualquier ciudadano europeo, aunque esos tres tipos eran sin lugar a dudas alemanes, no solo porque cumplían a la perfección el prototipo que todos teníamos en nuestras cabezas sino porque había distinguido el idioma cuando intercambiaron lo que parecía una instrucción entre ellos que les hizo replegar sus posiciones frente a mi acortando distancias. Inmediatamente solicitaron los documentos que había en mi carpeta. Parecían no querer dilatarse mucho en el tiempo lo que agradecía más de lo que ellos mismos podían imaginarse. Para mí tampoco era un plato de buen gusto estar allí con ellos. Tenía cosas mejores que hacer, aunque ahora mismo no me vinieran a la cabeza. Era más que absurdo buscar alguna explicación lógica a estar en la recepción de un hotel en Berlín con tres perfectos desconocidos firmando un contrato que solo beneficiaba a Hoplan. Cuando Francis me lo había entregado no había sido capaz de entenderlo, Logical podría tener a sus pies a cualquier compañía del sector que se propusiese. No podían engañarme, ni *Roger Schmidt*, ni Francis. Algo estaba a punto de suceder y me temo que iba a ser partícipe de ello por algún extraño motivo.
Extendí los documentos para dárselos a leer.

Lo hicieron.

Los tres.

Intercambiaron en su idioma natal algo referente al contenido para finalmente firmarlo sin pedirme que hiciéramos ningún cambio. Se lo habíamos adelantado por correo por lo que no entendía muy bien por qué era necesaria una lectura a tres bandas. ¿Desconfiaban de Hoplan o era parte del papel que tenían que interpretar delante de mí? Hubiera sido más fácil enviar los documentos físicos y evitarnos aquella reunión sin sentido alguno. Cuando vi que el hombre del traje gris se ponía en pie hice lo mismo. Los otros dos no tardaron ni medio segundo en imitarnos. Creí que *Roger Schmidt* iba a darme la mano para sellar definitivamente el contrato, pero se acercó demasiado. Tanto que vulneró mi espacio de confort obligándome a dar varios pasos hacia atrás que me hicieron chocar contra el borde del sofá. Estuve a punto de caer para sentarme de nuevo de una forma algo torpe, pero no lo hice. *Roger Schmidt* agarró mis brazos con sus grandes manos haciendo que de la impresión se me cayera la carpeta y los documentos se desparramaran por el suelo. Ninguno se agachó a cogerlos. El corazón empezó a bombearme con fuerza. Paso de cero a cien en apenas medio segundo. Los otros dos hombres se pusieron detrás cerrando el ángulo de visión tanto para mí como para el resto de la gente que estaba en el hotel. Me asusté. Sobre todo, porque las manos de *Roger Schmidt* aún permanecían aferradas a mí. Se acercó a mi oído:

—Tengo algo para usted Muller— levante la mirada. Creo que le divertía ver mi cara de susto—. Es solo para usted—me hablaba demasiado cerca. Su respiración se hacía patente en el bello erizado de mi cuello—. No podrá dárselo a nadie ni contarle a nadie que lo tiene. — notaba la garganta seca. Sus dedos no dejaban de clavarse en mis brazos con demasiada fuerza. Me hacían daño—. Sabremos si desobedece nuestras órdenes.

¿Ordenes? Que quería intimidarme era evidente, pero que permitiese que lo hiciera era otra cosa, aunque no pudiera verla había gente a mi alrededor. Eso y la adrenalina que se empezó a mover por mis venas me impulsaron a forcejear consiguiendo zafarme de sus manos, aunque supongo que más bien fue una concesión por su parte. Su envergadura me superaba tanto a lo alto como a lo ancho. Era como una mota de polvo en la solapa de su abrigo.

—¿Se puede saber que está haciendo? Solo he venido hasta aquí para firmar un contrato. Nada más—se acercó de nuevo a mi oído para hablarme.

—Debe de ser muy tonta si piensa que ese es el motivo por el que está aquí—no era idiota, sabía perfectamente que ese encuentro era absurdo, me había limitado exclusivamente a seguir las instrucciones de Francis.

Noté que dejaba deslizar algo en el bolsillo de mi gabardina.

—No podrá utilizarlo salvo que reciba instrucciones expresas para hacerlo.

—¿Sabe Francis algo de esto? —las carcajadas resonaron en el hall del hotel. Estaba segura, aunque no pudiera verlo que la gente se habría girado para ver de dónde procedían.

—Cuídelo como si le fuera la vida en ello—no dijo nada más, simplemente se giró y acompañado de sus dos matones, se perdieron entre el aguacero que aún podía verse a través de las puertas de cristal que daban acceso a la calle. Los vi montarse en un coche tan negro como sus abrigos. Cuando se alejaron, el aire llegó de nuevo a mis pulmones.

¿Qué acaba de pasar?

Miré la carpeta que aún estaba en el suelo. Recogí los documentos y los guardé en ella. Había un borrón de tinta estampada en cada una de sus hojas. Ese contrato era una farsa. Palpé mi bolsillo. No me atreví a mirar el interior. La prudencia pudo ante la necesidad de saber lo que era. Me encaminé hacia los ascensores. Necesitaba recuperarme y sobre todo necesitaba hablar con

Francis.

19

Alex

Llame insistentemente al teléfono de Hoplan & Orleal Consulting mientras daba vueltas por el interior de la habitación del hotel.
Nada.
Lo intenté de nuevo llamando al móvil de Francis.
Imposible de localizar.
No me gustaba nada la idea. Me había hecho coger un vuelo a Berlín para hacer qué. ¿Sabía él lo que había sucedido?
Ese cambio de última hora. La negativa del director comercial porque tenía que resolver temas más urgentes. ¿Era posible que él estuviera al corriente de todo? Al ver que no respondía tiré el teléfono sobre la cama con rabia. Estaba enfadada. La cabeza me iba a cien por hora. ¿Qué clase de broma era esta? Metí la mano en el bolsillo. No podía esperar más para saber en qué mierda me había metido una de las personas en las que había decidido confiar a lo largo de los últimos años. El tacto de algo que parecía crujir entre mis dedos me estremeció. Lo saqué con cuidado temiendo que pudiera explotar ante un movimiento brusco, creo que había visto demasiadas películas. No tenía ningún sentido que me hubieran dado para custodiar algo que me iba a estallar en las narices nada más tocarlo. ¿Por qué si no tendría que cuidarlo como a mi propia vida? Lo extraje de mi bolsillo y pude verlo, lo tiré en la superficie de la cama como si me quemara. Toda la delicadeza con la que lo había tratado hasta el momento se fue a la mierda al comprobar que tenía en mis manos un sobre de burbujas amarillo idéntico al que mi mente había visualizado en el sueño en el que Francis había acabado tendido en el suelo bajo una enorme mancha roja. Un sudor frío recorrió mi frente. Las manos me empezaron a temblar. Inicié de nuevo una marcha absurda entre el espacio que me dejaban los muebles de la habitación en la que me encontraba. Acabaría haciendo un surco si no paraba de una vez. Fui hasta el baño. Me pare frente al espejo observando mi reflejo. No sabría decir que reflejaba mi rostro.
¿Miedo?
¿Rabia?
¿Quiénes eran esos hombres?
¿Qué contenía aquel sobre?
¿Por qué Francis me había metido en este lío? Abrí el grifo de agua fría. Moje mi nuca. Traté de controlar los latidos de mi corazón, algo que me fue totalmente imposible. La sensación de mareo se apoderaba de mí. Regresé de nuevo a la habitación. Intenté por dos veces coger el sobre y quitarle el precinto, pero cada vez que me acercaba a él el corazón me latía con tanta fuerza que sentía que me iba a caer en cualquier momento. Regresé de nuevo al baño. Me mojé la cara y respiré profundamente.
Es sólo un sobre. Sólo tienes que abrirlo y la angustia desaparecerá.
Entré de nuevo en la habitación. Me senté en la butaca que había frente a la cama y observé detenidamente aquel pequeño envoltorio amarillo que en el precinto tenía una serie numérica de nueve dígitos. No era la primera vez que un sobre estallaba al quitarle el precinto, pero las posibilidades de que aquello sucediera eran mínimas. Si esos hombres hubieran querido hacerme daño podrían haberlo hecho sin necesidad de entregarme quién sabe qué. El que me hubieran dado ese sobre tenía que tener algún sentido. Alguna explicación. Sólo podría averiguarlo si

miraba de una vez por todas que había en el interior. Me levanté y me acerqué despacio a la cama, como si la velocidad que imprimiera en aquel acto pudiera influir en el resultado. Con manos temblorosas y sumo cuidado retiré el precinto que mantenía sellado el contenido. Respiré aliviada al ver que no había ningún cable. Aquello no tenía pinta de que fuera a estallar. Le di la vuelta para que el contenido cayera sobre el edredón de la cama y un atisbo de decepción vino a hacerme compañía. Tanto nerviosismo, tanta desazón para acabar teniendo delante de mis narices un pendrive.
¿Y ahora qué?
¿Qué se supone que tenía que hacer?
—*No podrá utilizarlo salvo que reciba instrucciones expresas para hacerlo*—las palabras de *Roger Schmidt* acudieron a mi memoria con demasiada rapidez.
¿Cómo iba a ser capaz de cumplir semejante encargo? Darme algo así era toda una declaración de intenciones. La curiosidad estaba llamando a mi puerta a gritos. ¿Qué contenía aquel pequeño artilugio de memoria? ¿Qué datos custodiaba? Y sobre todo ¿Por qué había acabado en mis manos? Saqué el ordenador portátil de la maleta. No le quedaba apenas batería así que lo conecté al primer enchufe que vi libre en la habitación. Estaba al lado del cabecero de la cama lo que me permitió no tener que moverme mucho para conectarlo a la red.
—*Tengo algo para usted, Muller. No podrá dárselo a nadie ni contarle a nadie que lo tiene*.
No podía utilizarlo, pero no habían dicho nada de que no pudiera saber que contenía. Nunca se me había hecho tan larga la espera hasta que el sistema se encendió dejándome ver por fin el logotipo de Hoplan en el fondo de la pantalla. Introduje en uno de los puertos USB que se encontraban a los laterales del teclado el pendrive, enseguida llegó a mis oídos el sonido de que se había activado un nuevo dispositivo de almacenamiento de memoria en el portátil. Cliqué en el touchpad que me permitía controlar el cursor para que se activara su contenido e inmediatamente una pequeña pantalla se activó.

Introduzca contraseña:

Mierda.
Sabía que no podía ser tan fácil. Intenté meter tantas contraseñas como se me ocurrieron incluidos los nueve dígitos que había en la solapa, pero a quién quería engañar, era imposible. No iba a acertar ni en un millón de años. Me habían puesto el caramelo delante, pero no podía desenvolverlo. Unas enormes ganas de tirar el ordenador por la ventana se apoderaron de mí. Creo que empezaba a perder el control. Pensé en Bernard algo que me permitió contener mis impulsos, aunque no sabía cuánto tiempo más podría hacerlo. Me froté la cara exasperada. Fijé de nuevo la vista en el sobre amarillo que seguía reposando sobre la cama y recordé el sueño. ¿Qué conexión podía haber entre ellos dos? ¿Era una premonición? Dejé que mi cuerpo se desplomará sobre el colchón tratando de recobrar el ritmo normal de mi respiración. Cerré los ojos. Ver la cara de Francis al hacerlo, no me reconfortó en absoluto por lo que los abrí inmediatamente para buscar la calma en la superficie blanca que tenía ante mí. A pesar del diseño moderno de aquella habitación el techo no estaba compuesto por las habituales placas cuadradas que se desmontaban cuando había alguna avería en los conductos del aire o en la iluminación, sino que era un techo uniforme adornado con escayolas que representaban líneas geométricas imposibles de seguir. Me quedé mirándolo un buen rato hasta que una idea se activó en mi cabeza. Me incorporé sentándome a lo indio y atrayendo de nuevo hacia mí el portátil que había dejado a los pies de la cama busqué entre mis archivos el nombre que había anotado para no olvidarlo cuando lo vi por primera vez en el despacho de Francis. Entré en internet. Ya era

hora de empezar a despejar incógnitas. Tecleé en Google el nombre que acaba de localizar y pulsé Enter. La búsqueda me llevó a varias páginas de anuncios y a páginas especializadas en equipamiento informático, pero no encontré por ninguna parte los cuatro triángulos azules entrelazados que deberían dirigirme a Rodes Company. Esa empresa tenía que existir. La había visto entre los papeles de Francis. Había aparecido de nuevo en mis sueños. Eso tenía que significar algo. No podía ser simplemente una casualidad. Mi vida no podía estar llenándose de casualidades sin sentido. No quise darme por vencida así que volví a escribir algo que creí más concreto y definido en una nueva pestaña de Google. Tenía que encontrar una dirección, un teléfono, un correo electrónico algo de lo que poder seguir tirando. Tan pronto como pulsé Enter la pantalla empezó a llenarse de pantallas que se superponían unas a otras a una velocidad que no era capaz de manejar. Mi ordenador se había vuelto loco.

Me sobresalté cuando el teléfono de la habitación empezó a sonar con la misma insistencia con la que yo trataba de cerrar aquellas pantallas sin éxito. Dudé si debía o no responder. Lo hice.

—¡Cierra inmediatamente el ordenador! ¡Apágalo! — John me gritaba al otro lado del auricular —. ¡Hazlo ya! —me asustó tanto que el teléfono se me cayó de las manos. Oía su voz apremiando para que lo hiciera. Apenas era capaz de llegar a los comandos que me permitían cerrar el sistema y apagar por completo el ordenador. Me sudaban las manos y el dispositivo táctil de entrada que me facilitaba la navegación a través de los menús parecían no reconocer mis movimientos. Cuando pude hacerlo. Cuando por fin conseguí que la pantalla fuera la oscuridad más absoluta estaba al borde del infarto. Cerré la tapa con un golpe seco y me hice una bola sobre la cama. ¿Qué demonios estaba pasando? Mi teléfono móvil empezó a vibrar. Era John. ¿Pero…? Fue entonces cuando reparé en que el teléfono fijo de la habitación del hotel estaba caído y abandonado en el suelo. Lo rescaté y lo puse en mi oído.

—¿Sigues ahí? —el móvil dejó de vibrar.

—Sigo aquí, *Sandra.* Desconecta el ordenador de la red. Pueden seguir accediendo—me di cuenta de que efectivamente esa parte del proceso se me había olvidado por completo. Lo desenchufé.

—¿Qué es lo que pasa John?

—No podía avisarte de otra manera, *Sandra*. Alguien está rastreando tu ordenador—me quedé unos segundos petrificada.

—¿Y tú como…?

—No puedo contártelo, no sé si este teléfono es seguro. Por ahora le he dado algo más de confianza que a tu teléfono móvil, pero no lancemos las campanas al vuelo.

—¿También están rastreando mi teléfono móvil?

—No lo sé, dame algo de tiempo. No enciendas el ordenador. Me pondré en contacto contigo cuando puedas volver a hacerlo.

Me quedé con el teléfono en la oreja escuchando los tonos que indicaban que la conexión se había interrumpido más tiempo del normal. Las palabras de *Roger Schmidt* acudieron sin que les diera permiso a mis pensamientos.

—*Sabremos si desobedece nuestras órdenes.*

¿Cómo era posible que hubieran sabido con tanta rapidez mi intento de vulnerar el contenido del pendrive? ¿Tenían alguna vinculación con Rodes? En aquel momento los instintos por estrellar el ordenador contra el suelo se hacían cada vez más fuertes. O me alejaba de él o acabaría maltrecho. Odiaba no poder controlar la situación. No saber qué demonios estaba pasando a mi alrededor. Tenía un pendrive en mi poder que no me había servido de nada salvo para llamar la atención más de lo que me hubiera gustado, pero la atención de quién. ¿Quién era *Roger*

Schmidt? ¿Trabajaba realmente para Francis o tenía algo que ver Logical Comunity? ¿Por qué el director de Hoplan no me cogía el teléfono? ¿Le había pasado algo? De pronto empecé a sentir que algo no iba bien en mi interior. Estaba en una ciudad que no conocía. Totalmente sola. Con un estado de ansiedad que era más fuerte que yo. Llena de miedos. De sueños extraños que no entendía por qué venían en este momento a mi cabeza. Intentando que la imagen de tres desconocidos que se habían acercado a mí con la excusa de firmar un contrato no me hiciera perder la cordura. Teniendo en mis manos algo que claramente era material inflamable, y sabía que me estaban espiando. El hormigueo empezó a expandirse por todo mi cuerpo. Al girar mis manos comprobé que las palmas estaban totalmente rojas. El picor era insoportable. Fui como pude hasta la ducha. Ni siquiera me entretuve en quitarme la ropa. Me metí sin pensar debajo del chorro de agua tibia. Sólo quería hacer desaparecer esa horrible quemazón que se expandía por todo mi cuerpo. Necesitaba aliviar el escozor de alguna manera. La ropa se mojó conmigo. No me importó en absoluto, me iba a desmayar, notaba que la cabeza me daba vueltas. Apoyé la espalda en las frías baldosas de la ducha, cerré el grifo y dejé resbalar mi espalda hasta quedar sentada. Entonces recordé aquel mantra. Puse una mano en mi pecho y otra en mi estómago. Inhalé profundamente por la nariz notando como mi diafragma se abría y exhalé suavemente hasta que no quedaba ni una gota de aire en mi cavidad pulmonar. Otra vez.

Inhala. Profundamente.

Exhala. Suavemente.

Inhala. Exhala.

Tengo el control de mi cuerpo. Me decía a mí misma. Siento cada una de las partes de mi cuerpo y puedo controlarlas.

Inhala. Exhala.

No sé cuánto tiempo estuve tratando de controlar mi respiración para disminuir el ritmo cardíaco, pero lo conseguí. Conseguí reducir la presión que sentía en el pecho.

Sola.

Sin ayuda.

Eso era algo nuevo para mí. No había necesitado a nadie. No estaban ni mi psiquiatra, ni Eric, ni ninguno de los médicos que me habían atendido desde el accidente.

Nadie. No había nadie. Solo yo.

Me cambié de ropa y llamé al servicio de habitaciones para que la recogieran y la llevaran a la secadora. Nunca viajaba con demasiado equipaje por lo que no me quedaba más remedio que reparar aquel pequeño desastre. El tiempo al otro lado de las ventanas de la habitación seguía sin dar tregua. El viento soplaba con demasiada intensidad y la lluvia golpeaba los cristales, pero no podía estar más tiempo entre aquellas cuatro paredes. Ahora que había conseguido calmarme no podía dejar que mi mente siguiese navegando en acontecimientos que no podía cambiar. Lo más conveniente era salir de esa habitación hasta que llegara la hora de coger el vuelo de regreso. Me convertiría en una turista más en Berlín, así conseguiría distraerme un poco.

Al salir por la puerta del ascensor la recepcionista me siguió con la mirada, no lo disimuló y antes de que pudiera cruzar la puerta hacia el aguacero empezó a hacer gestos para captar mi atención.

—*Doscientos catorce*—al oírla decir el número de mi habitación me sentí como si hubiera robado algo—. Por favor, señorita *doscientos catorce*— apreté el paso, no sé por qué, pero lo hice—. Necesito hablar con usted—quise salir por la puerta sin mirar atrás pero no lo hice, lo que demostraba que algo de cordura aún me quedaba. Seguro que requería mi atención por algo importarte.

—Señorita—se acercó hasta mí. Comprobé que era más bajita de lo que parecía al otro lado del mostrador. Rubia con un corte de pelo que me recordó a Rocío. Sus ojos color avellana acompañaban una sonrisa infantil que me produjo ternura. Llevaba un chapita en la solapa con su nombre: Margot. Sonreí para mis adentros. Hace años había conocido a una Margot de pelo azul con un piercing en la nariz algo alocada, formaba parte de un pasado que era mejor no recordar, pero era inevitable no darse cuenta que Rocío y Margot tenían muchas similitudes y algo en mi interior me decía que quizás ese había sido uno de los motivos por los que al llegar a Madrid había confiado ciegamente en Rocío. ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué me venían tantos recuerdos a la memoria? Pasado. Presente.
Margot habló sacándome de mi ensoñación.
—Me han indicado que debo decirle que su vuelo se ha cancelado.
—¿Qué? —mi reacción la sorprendió, aunque supo disimularlo con profesionalidad.
—Se han suspendido todos los vuelos que había previstos debido al temporal que está arreciando la zona. Se programarán de nuevo en las próximas horas según se vaya alejando la borrasca. La enviarán a su móvil los nuevos billetes desde su empresa de trabajo.
—¿Desde Hoplan? ¿Les han avisado desde Hoplan?
—Dijeron que no la localizaban—eso era totalmente absurdo. Era yo quién no había sido capaz de contactar con ellos. Giré malhumorada sobre mis talones rumbo a la puerta, pero enseguida noté que me seguían. Margot llevaba un paraguas en sus manos.
—Al menos algo la cubrirá—fue todo lo que se atrevió a decirme con su tímida sonrisa y su acento alemán antes de que yo misma decidiera que lo mejor en ese preciso instante era que la lluvia arrastrase mi mal humor lo antes posible.

Muller*: Eric se retrasa mi vuelo de regreso a Madrid.*

Muller*: Rocío, se ha cancelado mi billete de vuelta.*
Aún no sé cuándo volveré, pero deja de bombardearme con mensajes.
No estoy DROGADA.
No te voy a suministrar mis pastillas para tu próxima fiesta.
No TRAPICHEO con drogas.
A mi vuelta prometo confesarme contigo,
Te contaré qué pasó con Unax.
Creo que ahora te necesito más que nunca.

La lluvia me lo estaba poniendo difícil. Intentaba que el paraguas me sirviese de escudo para liberarme del viento y el agua, pero la resistencia que infringía estaba agotando mis reservas. Decidí entrar en un bar para tomar un café caliente que acompañé con un currywurst (7). Me supo a gloria, aunque hubiera sido capaz de comer piedras, la ansiedad se había llevado las pocas reservas de energía que tenía en el cuerpo. Cuando me sentí con un atisbo de vitalidad y con cierto calor corpóreo salí de nuevo a la calle. Apenas anduve dos pasos cuando una ráfaga de aire dio la vuelta al paraguas que a duras penas había conseguido abrir dejándolo totalmente inservible. Margot se había portado muy bien conmigo al querer protegerme de la lluvia, pero la climatología no se lo había puesto fácil. Crucé el *Checkpoint Charlie* que separaba la antigua zona soviética de la americana y pensé que aquel cruce de caminos tenía cierta similitud conmigo. Estaba entre dos mundos, entre dos realidades, la que pudo haber sido y la que era que no dejaba de doler ni un solo día y cada vez se complicaba más.
Eran más de las ocho cuando regresé al hotel con el paraguas hecho un guiñapo en una de las

manos en las que había dejado de sentir mis enrojecidos dedos. Los zapatos hacían ruidos extraños cuando chocaban contra el suelo y mis pies se escurrían dentro de ellos. Me sentía extrañamente reconfortada por lo que no me importaron las miradas de la gente que me vieron llegar en ese estado.

—Veo que el paraguas no ha servido de mucho, señorita Alexandra—sonreí a la Margot de mirada dulce que se acercó a mi nada más verme extendiendo sus manos para coger lo que quedaba del paraguas sin querer reparar en que ya no era la chica de la doscientos catorce. Le di las gracias y puse rumbo a mi habitación.

—Señorita, Alexandra—me costó escuchar por segunda vez mi nombre, pero me detuve, no quería que hubiera una tercera vez—. A las nueve le servirían la cena en su habitación le vendrá bien algo caliente—le di nuevamente las gracias devolviéndola una sonrisa.

Supuse que se trataba de un detalle del hotel por lo acontecido con la cancelación de los vuelos, pero al abrir la puerta me di cuenta que aquello solo podía ser obra de Eric.

20

Alexandra Muller
Diez años antes

Cuando Unax se presentó en París para cumplir nuestro acuerdo dejé por un instante que la duda me invadiese. Ciertamente, era algo arriesgado, pero mi vida llevaba siéndolo desde que descubrí que nada había sucedido por casualidad. Todo estaba orquestado y yo era simplemente el fleco que había quedado suelto. El eslabón perdido. La pieza del rompecabezas que podría dar con todo al traste. El nexo de unión de un plan perfecto que podría fracasar sino se acababa con el fragmento que lo hacía imperfecto. Esa situación me hacía vivir con un miedo perpetuo mirando a mi alrededor. Me sentía una diana. Dudaba de las intenciones de todo el mundo. Analizaba los pasos de cualquiera que caminase a mis espaldas, pero el Medicucho….
El Medicucho parecía un buen tipo. Y lo más importante: había aparecido por casualidad.
No me conocía.
No sabía ni siquiera quién era mi familia. Mucho menos quién podía ser o que peligros podría correr él mismo estando cerca de la chica que había visto rodar por la ladera de una montaña en los pirineos franceses.
Quizá hacerle dormir en la habitación del pánico del piso de París era un poco desmedido, pero me prometí a mí misma protegerle si las cosas se ponían feas porque merecería la pena correr el riesgo si con ello podía volver a ser la que había sido antes de que pasara todo.
Fugazmente.
Aunque sólo durase un verano.
Sería una magnífica oportunidad para rescatar lo que quedaba de mí. Para ser quien siempre había sido y quien quería ser, no quien esperaban que fuera.
No podía haber encontrado mejor justificación para llenar de contenido un verano que se presentaba lleno de recuerdos tristes. Por eso, dejarme llevar unos meses después de tanta tensión podría ser bueno para mí, aunque no supe calibrar bien el impacto de mis deseos.
—¿Dónde se supone que vamos a pasar este magnífico verano?
—Buenas perspectivas si ya es magnífico antes de haber empezado— me respondió Unax.
—O a lo mejor has puesto el listón de mis expectativas muy alto.
—Nos moveremos por la zona de Iparralde (8) y si te portas bien te llevaré a la tierra que me vio nacer— me gustó su chulería al contarme el plan—. Hay muchos lugares que me gustaría enseñarte.
—No me gustaría ser agua fiestas, pero veo demasiada improvisación en el viaje que me propones—procuraba no estar demasiado tiempo en un sitio y no ser yo misma quien manejaba los tiempos y los lugares me produjo un poco de vértigo.
Hacía un año que no compartía ratos con mis amigas en las terrazas de Marais, no me gustaba exponerme demasiado en público, aunque el verdadero problema era que cuando salía estaba siempre ausente. Todos mis sentidos se centraban en estar alerta para detectar qué o quién podía surgir de improvisto a mi alrededor. Por lo que los motivos que me obligaban a cambiar mis rutinas y tener un orden de comportamiento que a los ojos de los demás era caótico e injustificado tenía un motivo menos altruista que el que Unax me estaba proponiendo.
—¿Dónde nos alojaremos en todo ese trayecto?
—¿Es de gustos finos la niña?

—Eso depende, si me vas a hacer dormir en una cueva en la que tenemos que compartir habitación con los murciélagos que se alojen allí soy muy, pero que muy exquisita— bromeé y me sentí bien al hacerlo.
—Miedo a los murciélagos— anotó en su libreta imaginaria.
—¿Te vas a pasar el verano haciendo eso?
—Si pones esa cara ten por seguro que lo haré a cada segundo.
—Que cara he puesto.
—¿De verdad quieres que te lo diga?
—Eso significa que no me va a gustar.
—No lo sé. Prueba suerte. Arriésgate.
—Creo que paso.
—No insistiré— se encogió de hombros—. ¿Te apetece el plan o no? —al ver que tardaba en responder se dio medio vuelta y se alejó ligeramente de mí.
La sola idea de que se marchase después de haber llegado hasta París me produjo desazón. Nadie se había tomado tantas molestias por mí de forma desinteresada. Había conseguido obtener la información que quería o más bien la información que necesitaba saber de él. Beiñat fue el catalizador de todo cuanto había querido saber sobre Unax, quién me intrigaba y me daba miedo a partes iguales, sobre todo porque no era capaz de saber por qué necesitaba saber más. Estudiaba medicina. Adoraba pasar temporadas en la montaña haciendo alpinismo. Adoraba a su madre. Era como un hermano para él. Buen amigo de sus amigos. No había ningún indicio aparente que me hiciera dudar, parecía un buen tipo mientras que yo estaba perdida en mi mundo y quería salir de él a toda costa.
—¡Espera! —se paró—. ¡Acepto el plan!
—¿Aceptas?
—Con una condición. Bueno mejor con dos— puntualicé.
—Te veo muy pedigüeña, Gruñona—sonrió—. Tu dirás.
—Primero te enseñaré París. Sería imperdonable que estuviéramos aquí y no hiciéramos nada por cambiar esa horrible imagen que me mostraste de mi ciudad.
—A mí no me parece que sea tan mala. La borrachera fue divertida— intenté empujarlo, pero sus buenos reflejos le permitieron esquivar el golpe mientras se reía una vez más—. ¿Cuál es la segunda condición, Gru—ño—na?
—Que me digas que cara he puesto antes—me miró alucinando—. Se que te he dicho hace unos minutos que no quería saberlo, pero creo que sí quiero—se carcajeo de mí, pero no me molestó, me gustó la transparencia que mostraba aquel gesto. Era un acto sincero que no había visto desde hacía mucho tiempo.
—Me estas matando. ¿Lo sabes verdad? — me encogí de hombros—. A lo mejor no te gusta lo que te voy a decir.
—Correré el riesgo.
—Está bien. Tú lo has pedido—se acercó a mí y me levantó la barbilla en un gesto sutil para que le mirase a la cara, aunque su estatura le obligaba a tener que agacharse ligeramente para que nuestros ojos quedasen enfrentados—. Creo que has sido una niña mimada. Consentida. Caprichosa. Es más, creo que las atenciones de tus padres se focalizaban más en la niña de vestidos que se asemejaban a hortalizas que en tu hermano Belmont—que recordase el detalle de los vestidos que tanto odiaba y el nombre de mi hermano me dejó descolocada por completo, pero que mi cara dijese todas aquellas cosas no podía dejar de sorprenderme—. La idea de pasar el verano juntos te parece una idea divertida, una locura. Pareces querer tenerlo todo

controlado, pero tampoco te importaría salir por un tiempo de tu zona de confort, aunque hay algo en ello que te produce miedo, quizás más del que se espera de una locura así. Diría que puede llegar a aterrarte— ¿cómo podía un desconocido como él haberme descrito tan bien? —. ¿Tienes pánico a que pueda ser un asesino en serie que acabe comiéndome esos adorables labios que me están volviendo loco…?

—Eh, para, para, para…—no retiró sus ojos verdes de mis labios lo que me hizo tener que separarme de él para evitar que el contacto visual sobre mí me turbase más de lo reglamentariamente establecido—. Condición número tres.

—¿Creía que solo eran dos?

—La niña caprichosa pone una condición más.

—Soy todo oídos.

—Antes de que esto vaya a más y se convierta en una situación incómoda para los dos, tengo que advertirte que no tengo ninguna intención de liarme contigo. Digamos que la última persona con la que estuve no me lo hizo pasar demasiado bien, así que no me interesa conocerte en plan romántico y mucho menos, tener uno de esos líos de una noche que parecen gustarte tanto.

—¿No habrá besos?

—Ni en tus mejores sueños.

—¿Ni tocamientos impuros?

—A ver, Míster Universo, vamos a aclarar un tema importante, aunque te cueste creerlo. Eres normalucho. Más bien del montón— Mon dieu, me iba a crecer la nariz como a Pinocho.

—¿Normalucho? Entiendo que te cueste reconocer que soy atractivo, sexi y deseado por cientos de mujeres—¿se estaba quedando conmigo? —, pero cierta morena con piel de porcelana y cabezota, muy pero que muy cabezota, acabará reconociendo que no le haría ascos a darse un revolcón conmigo.

—¿Revolcón? No quiero hacer guarradas contigo. Prefiero rebozarme antes en el barro, saltar sobre los charcos y después limpiar mi cuerpo bailando bajo la lluvia. Cualquier cosa bien guarra antes que darme un revolcón contigo.

—Joder, Alex…— me cogió por los hombros para evitar que me escapara, aunque su mirada era traviesa—. Ya tengo por mí mismo suficiente imaginación como para que añadas imágenes nuevas de tu cuerpo cubierto de barro a mi mente—acercó peligrosamente su aliento a mi cuello —. Te cubriría de chocolate de principio a fin— susurró sugerente.

—¡De chocolate! Menudo empacho ibas a coger. Eso por no hablar de las caries que tanto dulce te podrían ocasionar. ¡Anda vámonos! —tiré de su camiseta para que ambos iniciásemos cualquier movimiento que nos permitiese andar y alejarnos de esa situación que contradictoriamente me estaba gustando más de lo rigurosamente permitido.

—¿De dónde eres exactamente? — me preguntó mientras caminábamos rumbo a la mejor crepería de París.

—De París, nací aquí, no hay mucho más que añadir—di dos pasos para poder abrir los brazos y girar sobre mí misma mostrando la ciudad que adoraba.

—Tienes un acento distinto al de los parisinos— me sorprendió su perspicacia.

—¿Y tú como has podido reparar en algo así?

—Digamos que tengo orígenes franceses.

—¡Venga ya! Deja de tomarme el pelo de una vez. El trato no funcionará si no dejas de mentir— me miró con incredulidad.

—Mi abuela materna vivió en Bayona. Huyó allí de un marido que se volvió loco en la guerra civil española y no la trató como debía. En aquella época una mujer que abandonaba a su

marido era poco menos que apedreada, por eso, la única opción que encontró fue huir a Francia donde al menos nadie la reconocería —no quise interrumpirlo, por alguna extraña razón cada vez que me contaba algo que tenía que ver con él mis sentidos se ponían en alerta y no deseaba interrumpirlo —. Consiguió entrar a trabajar en el servicio de una familia aristócrata. El trabajo escaseaba en aquella época, por lo que el resto del servicio la consideraba una amenaza, pero mi abuela era querida en la familia por su discreción tanto en lo que sucedía dentro de aquella casa como fuera de ella.

>>La jardinería era una de sus pasiones desde niña. Vivir en una mansión rodeada de un magnífico y enorme jardín rodeada de flores y arbustos sólo hacía incrementar su curiosidad. Así conoció a mi abuelo, él se encargaba de las labores de jardinería y de protegerla de los ataques infundados del resto de sirvientes de la casa.

—Lo siento. Pensé…

—No pasa nada. No tenías porqué saberlo. Además, tiene un final feliz. Se enamoraron y se casaron.

—¿Se casaron?

—Entonces la información no fluía con la misma velocidad que ahora. Ellos solo querían ser felices. Creían que si se casaban lo serían aún más.

—¿No tenían miedo a ser descubiertos?

—Sólo tenían que ser cautos. Al fin y al cabo, su anterior marido había sido poco menos que un ogro con ella. Nunca volvería por iniciativa propia a ningún lugar en el que pudiera encontrarse con él. De hecho, mi madre nació y se crio en Bayona.

—¿Por eso sabes hablar francés? — dije delante de la puerta de la crepería.

—Por eso, y porque siempre que puedo me escapo a cualquier recóndito lugar de los pirineos franceses.

—¿Hablas en francés con los osos pardos para no olvidar el idioma?

—¿Así que también sabes hacer chistes?

—Se hacer muchas cosas listillo— contesté mientras abría la puerta para entrar en el local.

—Mmmm, estoy ansioso por conocer todas y cada una de ellas—me giré en seco, pero sólo puede devolverle una amplia sonrisa. Empezaban a gustarme sus bromas.

Pedí un par de crepes salados de salmón ahumado, crema Emmental, limón y manzanas con hierbas y una con Nutella de postre para compartir.

—Qué quieres para beber.

—Agua. No sé muy bien dónde pasaré la noche, así que tengo que tener los cinco sentidos alerta.

—¿No se supone que la que tenía que tener todo controlado era yo? — me burlé.

—Todas las precauciones son pocas y más cuando empiezo a pensar que vas a acabar haciéndome perder el control— estuve a punto de que se me cayera la baba, pero sacudí la cabeza para girarme y pedir al camarero dos refrescos. Podíamos abusar del azúcar, sabía perfectamente lo que haríamos aquel día, y como mínimo los dos días siguientes. Estaba en mi zona de confort, yo tripulaba la nave.

Nos sentamos uno frente a otro en una mesa cerca a la ventana para degustar la comida que habíamos pedido. La gente paseaba a nuestro lado por la calle, pero nosotros éramos totalmente ajenos a lo que había al otro lado del cristal. Estaba disfrutando con cada bocado que daba, y había reparado en que no había podido dejar de mirarle ni un solo instante desde que nos habíamos sentado.

—Dilo— me pilló de improvisto.

—¿Qué?
—Que digas lo que se te está pasando por la cabeza. No has parado de mirarme desde que nos hemos sentado. ¿Te estas replanteando lo de darte un revolcón conmigo? — le di un golpe por debajo de la mesa con la punta del pie—se quejó como si le hubiese fracturado la espinilla.
Le ignoré.
—Sólo pienso en lo raro que es todo esto.
—¿Raro? — miró a su alrededor—. Lo veo bien para ser una crepería típica de París.
—Seguro que es la primera que pisas en tu vida así que deja de burlarte.
—¿Y perderme tus gruñiditos?
—Tengo la sensación de que te conozco de toda la vida cuando en realidad apenas nos hemos contado nada el uno del otro. Es todo tan…
—¿Inesperado?
—Extraño.
—Que dos personas se sientan bien juntas no tiene por qué ser extraño. A mí no me lo parece.
—¿Te sientes bien a mi lado?
—Esa pregunta sobra, Gruñona. Ya te dije que yo no solía hacer este tipo de cosas…románticas.

—Muy gracioso.
—Cuéntame algo de tú ex.
—¿Por qué quieres saber algo de él?
—Porque sino fuera por él ahora mismo estaría intentando lamer el queso que se está escurriendo por los labios— me sentí arder en aquel momento. La verdad es que estaba tan centrada en nuestra conversación que había olvidado las normas de comportamiento que mis padres me habían enseñado que una señorita debía mantener en la mesa.
—Era el hijo de los amigos de mis padres y el mejor amigo de mi hermano—noté que la información que acababa de facilitarle no le gustaba, aunque intentara disimularlo—. Frecuentaban los mismos sitios de culto en París y eran una familia con un estatus, digamos que a la altura de las circunstancias.
—¿Era como emparentar a dos familias reales de París? — me hizo gracia su comparación, pero en realidad no iba muy desencaminado. Cuando te mueves a determinados nivel no todo el mundo es considerado apto para formar parte del mismo círculo social.
—Dejémoslo en que estaban muy ilusionados con el noviazgo cuando se enteraron y muy decepcionados después por la ruptura y los motivos que la ocasionaron.
—No veo por qué deberían estar decepcionados. Las relaciones pueden fluir o romperse. No tienen que ser un yugo. ¿Los noviazgos entre los miembros de las casas reales lo son? — realmente era un tipo divertido. Me gustaba como era capaz de relativizar las cosas.
—Cuando empezamos a salir descubrí que todo el mundo llevaba años especulando sobre nuestra posible relación. En el fondo todos esperaban que acabáramos juntos.
<<Nunca había ocultado que le gustaba, pero yo no podía verle de otra manera que no fuera como el mejor amigo de mi hermano con quien compartía la afición por el rugby. De niños cuando venía a jugar a casa con Belmont siempre buscaba un momento para verme. Me traía chucherías o me escribía notas que camuflaba en el almuerzo que me preparaba mi madre para llevar al colegio. En el instituto me esperaba siempre a la salida y se ofrecía a acercarme a casa. Supongo que al final le cogí cariño y decidí empezar a salir con él—un escalofrío gélido recorrió todo mi cuerpo al recordarlo.
—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Sabré responderla?
—Seguro que sí, te tengo por una chica lista.
—Dispara, entonces.
—¿En algún momento llegaste a sentir algo por él?
—Supongo que sí.
—¿Supones Alex? Los sentimientos no se suponen. Surgen sin más y se sienten.
—Creí que de eso se trataba el amor. Me trataba bien, la gente nos veía bien, mis padres eran felices.
—Deja que te diga que no podías estar más equivocada, aunque supongo que eso ya lo sabes. Hacer lo que los demás esperan que hagas nunca terminará por hacerte feliz de forma completa.
—Pareces un experto en el tema— respondí con cierto enfado, aunque sabiendo que tenía demasiada razón en sus palabras.
—¿A dónde pretendes llegar? — cogió mi mano evitando que atrapara la crepe de Nutella que pensaba llevarme a la boca—. No creas que no estoy disfrutando de ver como te has comido sin replicar una crepe entera y estás deseando llevarte la segunda a la boca, pero recuerda que es para compartir—dijo con una sonrisa preciosa dibujada en su cara—. Yo también quiero probarla, aunque me encanta saber que se te abre el apetito cuando estás cómoda con alguien y cuando estás disfrutando de una conversación agradable. Lo que me hace pensar que una vez más voy a conseguir otro de mis propósitos.
—¿Puedo tener el honor de saber cuáles son esos propósitos, listillo?
—Por supuesto, pretendo que este verano tus valores nutricionales sean los que mandan los cánones de salud física y mental.
—Si no me das una clase magistral, Doctor honoris causa, revientas— se rio de mi comentario y su sonrisa me pareció perfecta.
—Creo que me produce una euforia especial verte comer tranquila y con satisfacción, pero retomando la conversación que manteníamos antes de que quisieras zamparte tú sola ese crepé, ¿qué insinuabas con eso de que soy un experto en el tema?
—No insinuó nada. Sólo afirmo. Parece raro que seas capaz de hablar de sentimientos cuando has reconocido ser un pica flor.
—¿Un pica flor?
—Si, eso he dicho.
—Está bien, soy un pica flor como tú dices, pero a lo mejor lo soy porque aún no he encontrado a la persona que me haga dejar de serlo. Supongo que busco algo más, sensaciones, la piel de gallina, sentimientos que ninguna de las chicas con las que he estado hasta ahora me han provocado aún, pero eso no significa que no los anhele.
Casi saboreé aquellas palabras que daban la razón a mi espíritu.
Nunca nadie había definido en tan pocas palabras lo que había buscado en Eric, que no había sido capaz de encontrar. No funcionó porque no había sensaciones, no había piel de gallina. Por eso, se volvió turbio.
Dañino.
Enfermizo.
Y dolió mucho.
Demasiado.

21

Alex

Me metí de nuevo bajo la ducha, era imposible no hacerlo con la caladura que llevaba encima, aunque esta vez disfruté del agua caliente cayendo sobre mi piel, la calidez de las gotas eran pura magia en ese preciso instante. Cuando comencé a frotar mi cuerpo reparé en que los números del teléfono de Unax y su dibujo seguían allí. Froté para que la tinta se fuera, pero parecían estar serigrafiados con un rotulador permanente por lo que acabe desistiendo en el empeño de borrarlo, lo único que estaba consiguiendo era enrojecer la piel. Salí de la ducha envolviendo mi cabeza y mi cuerpo con toallas y pensé que tendría que llamar otra vez al servicio de habitaciones para que llevara de nuevo mi ropa a secar. Al menos aún me quedaba una camiseta larga que ponerme, aunque fuera la que pretendía usar para dormir. Me sequé el pelo y traté de ponerme lo más presentable posible, a pesar de mi atuendo, para intentar disfrutar del plan que había orquestado en tiempo récord Eric.

Era una sorpresa bonita, aunque como venía siendo costumbre, marcada por la distancia. Eric estaba en Madrid alojado en un hotel de la misma cadena, pero esa noche cenaríamos juntos como había prometido. En mi ausencia, a lo largo de la tarde, el servicio del hotel se había encargado de preparar en mi habitación una mesa perfectamente equipada con lo necesario para una cena íntima, todo perfectamente orquestado. Incluso había acordado que un camarero estuviese en mi habitación para servirme el vino y la cena. Sin embargo, esa parte decidí saltármela, le di una buena propina y le dejé marchar. Estar descalza, en bragas y con una camiseta vieja fueron algunos de los motivos por los que tome la decisión. Era difícil sentirse cómoda en público con un atuendo de gala como el que iba a llevar aquella noche.

John me había enviado un mensaje en el que me decía que mi ordenador estaba fuera de peligro y que podía volver a usarlo, así que, confiando en sus palabras, lo había encendido de nuevo para colocarlo frente a mí y la pantalla me devolvía la imagen de Eric al otro lado. Todo era agradable, tranquilo, pero no me encontraba demasiado centrada en la cita romántica que pretendía ser aquella cena. Volver a la habitación me había hecho recordar lo sucedido, me distraía de la conversación de Eric además de que no podía dejar de mirar de reojo la maleta dónde había guardado el pendrive que horas antes había caído en mi bolsillo, no precisamente por azar.

—¿Te pasa algo, *princesa?* – dijo en un momento de la cena Eric—. Llevas demasiado tiempo removiendo la comida en el plato sin decir ni una palabra— respondí con la primera excusa que me vino a la cabeza, aunque llevaba algo de verdad implícita.

—Es solo cansancio. Nada más—no hice mención alguna a que el c*urrywurstuna (7)* que había comido horas antes había saciado por completo mi apetito.

—¿No te gusta la cena?

—¿Qué? No, no tiene nada que ver con eso.

En realidad, tiene que ver con tres tipos vestidos de negro que me han asaltado esta mañana y han dejado una bomba de relojería a mi cargo. Puedo oír el tic tac desde aquí.

No se lo confesé, hacerlo le llevaría a pensar que era otra más de mis paranoias.

—No te preocupes. Es todo perfecto solo que ahora mismo tengo la cabeza en otro sitio. Creo que el trabajo se lleva últimamente la mayor parte de mis pensamientos. Lo siento de veras.

—Si pudiera abrazarte ahora mismo lo haría— sonreí agradecida mientras el suspiraba—. No

podemos seguir así, *princesa*—el tono de voz cambió y se volvió meloso.
—¿Así como?
—Lejos. Sin apenas pasar tiempo juntos— dijo con rotundidad mientras veía cómo su ceño se fruncía marcando tres rayas profundas en su frente.
—¿Te has enfadado porque no he podido quedarme en Madrid?

Si hubiera sabido lo que iba a pasar en Berlín no hubiera puesto un pie en el avión.

—No, no estoy enfadado. Es solo que tu trabajo se está convirtiendo en un estorbo para lo nuestro—no entendí en aquel momento su comentario, nuestro trabajo era importante para los dos—. Nos obliga a estar alejados y cada vez es más difícil coincidir.
—¿A qué viene eso Eric? Lo acordamos así. Los dos.
—Los acuerdos están para romperlos— mi cara de sorpresa le hizo suavizar su respuesta—. También se pueden cambiar.
—Sabíamos que sería complicado, pero lo estamos consiguiendo. Estamos aquí, ahora— su gesto reflejaba que no estaba demasiado de acuerdo con mis palabras.
—No es necesario que estemos más tiempo alejados. Puedes volver a París cuando quieras. Tu misma has dicho que en Hoplan las cosas no van bien.
—Solo es una mala racha.
—Quizás es un buen momento para plantearnos algo más—se me aceleraron las pulsaciones y todas las alarmas se encendieron de golpe—. Necesito más, *princesa*— desde luego hoy no era el día.
—Eric…
—Quiero más—capté un movimiento extraño de manos mientras la inquietud se instalaba en mí. Era como estar en la cima de la montaña rusa viendo el precipicio aparecer. El vagón que se arrojaba hacía una caída libre.
Desapareció de la pantalla unos segundos y al volver sentí un fuerte dolor en el pecho. Me mostraba una pequeña caja negra en cuya solapa se podía leer con grandes letras doradas Cartier.

Quise desaparecer en aquel preciso instante.
Teletransportarme.
Tener la capa de la invisibilidad de Harry Potter.
—Mi viaje a Madrid tenía una intención— un fuerte pitido se instauró en mis oídos. No podía ser verdad. Aquello no podía estar pasándome, no en ese preciso instante—. El trabajo era la excusa perfecta para venir este fin de semana, aunque cometí el error de no confirmarlo primero con tu agenda.
—Eric, yo…
—No quiero posponerlo por más tiempo—no podía aguantar la presión en el pecho. No iba a ser capaz de controlar el pánico por segunda vez, pero tampoco quería dejarle ver que él estaba siendo uno de los motivos.
Los ataques de pánico y las pesadillas siempre habían estado relacionados con que no había sido capaz de superar lo sucedido. Hubo momentos en los que me sentí mejor y creía que lo estaba superando, pero siempre volvía a recaer. Bernard decía que tenía que ver con las incógnitas no resueltas que rodeaban los acontecimientos que habían hecho saltar mi vida por los aires, pero nunca habían estado relacionados con Eric. Esto era nuevo para mí.
—Quiero que demos el paso juntos—sus palabras me trajeron de nuevo a la realidad que estaba viviendo.
—No sabía…no imaginaba...— tartamudeé.

—¿Supone algún problema que no te lo esperaras?
—Estamos bien...—fue todo lo que se me ocurrió decir.
—Necesito más. Necesito levantarme por las mañanas y sentirte a mi lado, no echarte de menos como lo hago todos los días. Llegar a casa y saber que estaremos juntos. No puedo dejar de sentir envidia de nuestros amigos. Amelie y Travis van a tener a su segundo hijo. Margot parece que por fin ha sentado la cabeza y trabaja para una revista de moda. Dennise vuelve en tres semanas de su viaje a Estados Unidos por lo que Isabelle y Pierre han decidido hacerle una fiesta de bienvenida.
¿La llamada perdida de Isabelle que había visto por casualidad en su teléfono sería para informarle de la fiesta de bienvenida? Llevaban años sin hablarse según me había contado él mismo.
—Todos cuentan contigo para la celebración.
¿Todos?
No había vuelto a coincidir con ellos desde que me había ido de París, no habíamos mantenido el contacto, por nada en especial, simplemente la vida nos había llevado por caminos distintos.
—…, pero yo solo pienso en que tendrás que encontrar un hueco en tu agenda y en el mejor de los casos vendrás, te marcharás y seguiré echándote de menos. No quiero eso, *princesa*. Te quiero a ti. Conmigo. A mi lado.
Si eso era verdad, ¿por qué aún me martilleaba en la cabeza el mensaje que siguió a la llamada de Isabelle en el que se dirigía a él de una forma que hacía entrever que su relación no era de viejos conocidos, pero sí de dos personas que mantenían una relación muy estrecha? Lo quería borrar de mi cabeza, pero no parecía querer desaparecer. Ella estaba con Pierre nada de lo que mi enrevesada mente pudiese concebir tenía sentido. Las palabras de Eric tenían que ser sinceras si no, no las diría. Nuestros amigos parecía que iban forjándose un plan de vida. Todos avanzaban mientras nosotros seguíamos estancados. Sin embargo, no estaba preparada para dar un paso como el que me estaba pidiendo, nunca había sido algo que nos preocupara, ni tan siquiera lo considerábamos algo necesario sino, más bien, una atadura. Él sabía cuántos casos de divorcio llegaban a diario al bufete en el que trabaja. ¿Por qué ahora este cambio? Ahora mismo, a las múltiples incógnitas que ya había en mi vida se unía la de tratar de saber qué era lo que estaba sucediendo en Hoplan. Los tres hombres vestidos de negro me martilleaban en la cabeza, tenía un puñetero pendrive en mi poder que no sabía lo que significaba y cada vez que cerraba los ojos la imagen de Unax creaba interferencias. No, en definitiva, no quería casarme.
—Es un momento complicado, Eric. Primero deberíamos ordenar un poco nuestras vidas.
—Nuestras vidas están ordenadas. Lo que sucede es que quieres abarcar demasiadas cosas para tener tu cabeza ocupada. Ha llegado el momento de parar. Estás bien. Sé que estás bien.
En aquel momento supe que no me conocía en absoluto.
Hace un momento estaba vestida debajo de la ducha creyendo que me iba a dar un infarto. He salido por las calles de Berlín y he regresado al hotel calada hasta los huesos. Creo que esa no es la mejor definición de estar bien. Deberías hablar con Margot, la recepcionista, te daría una visión bastante más realista de mí de la que tienes.
—Espero que no hayas olvidado que puedes contar conmigo. Cualquier cosa que se te pase por la cabeza puedes decírmela. Sea lo que sea.
¿Además de las dudas que me habían surgido después de la confianza que parecía tener con Isabelle, sospecharía que empezaba a dudar también de su buena fe en la resolución legal de los asuntos que tenían que ver con mi familia hasta el punto de haber contratado a otro abogado?
—Tenemos que ser sinceros el uno con el otro. Lo prometemos, sino esto no funcionará—tanta

insistencia me hacía pensar que no me había equivocado al activar un perímetro de seguridad con respecto a él.
¿Quería realmente que lo nuestro funcionase? El no querer contarle todo lo que me estaba pasando daba demasiadas pistas de que nuestros caminos no seguían la misma senda, pero necesitaba que al menos hasta que confirmase mi teoría y su posible traición las cosas siguiesen como hasta ahora. No le sería clara dejándole ver las dudas que me asaltaban últimamente sobre su comportamiento, pero tampoco iba a permitir que volviese a atacarme bajo la premisa de que veía fantasmas dónde no los había. Esta vez mi sexto sentido no me fallaría.
—Ha sido un día duro, Eric, necesito pensar con calma tu propuesta—se quedó sorprendido por mis palabras. No eran las que esperaba.
—Claro, terminamos el postre y lo hablamos con más tranquilidad.
—No—mi negativa sonó con demasiada rotundidad lo que le hizo levantar la vista de las dos bolas de helado de vainilla y el bizcocho de chocolate que teníamos delante para mirarme con ojos lastimeros.
—Es mejor que lo hablemos en otro momento. No merecemos mantener esta conversación a distancia— aunque yo sentía que en el fondo agradecía los kilómetros que nos separaban—. Seguro que encontraremos el momento perfecto para hablarlo.

Esa noche, cuando cortamos la conexión mientras me lavaba los dientes no dejaba de pensar que había sido capaz de controlar de nuevo mi ansiedad. El día había sido una auténtica mierda, pero podía poner una pequeña medalla en mi pecho. Estaba empezando a controlar mis miedos. Mi psiquiatra Bernard se sentiría orgulloso de mí. El móvil empezó a vibrar, marcaba batería baja y mostraba varios mensajes. Al parecer las sorpresas de aquel día no habían acabado aún.

John: *He comprobado que has estado usando tú portátil.*
No te preocupes, como te dije podías hacerlo, pero es necesario que sepas que he salvado in extremis todos tus datos personales de ser copiados y procesados.
Tu historial académico, tus direcciones, tu procedencia, tus cuentas bancarias, tus posesiones.
Todo. Absolutamente todo.
Alguien te tiene en su punto de mira.

Dudé. No sabía que responder. Parecía un mal sueño del que no era capaz de salir.

John: *¿Te has quedado muda?*

Muller: *No sé qué decir John.*
¿Quién querría hacer algo así?

¿Podía confiar en él? ¿Podía contarle mis miedos? ¿Podía contarle lo que me había sucedido con esos tres hombres? Pues claro que podía, era John, mi amigo, mi confidente solo tenía que buscar el mejor momento para hacerlo, pero por encima de todo tendríamos que mantener esa conversación frente a frente sin que la tecnología fuese testigo de nuestras palabras. Tenía que alejarle lo que pudiera del peligro que parecía estar rondándome de nuevo.

John: *¿Te apetece darte un garbeo mañana*
y hablamos por ejemplo en.…?

Muller: *Mi vuelo se ha retrasado.*

Sigo en Berlín.
Mañana regresaré a Madrid.

John: *Ja,ja,ja…*
Mañana estarás en Sevilla.

Muller: *No puede ser…*

John: *Revisa el correo "despiste con patas".*
Antes de que te lleves un susto porque tus billetes de vuelta a Madrid están anulados.
Te informo que tienes otros con destino Sevilla.

Muller: *¿Me tomas el pelo?*

John: *Lo siento, Maleta.*
Mañana pienso ver tus bonitos ojos azules frente a las instalaciones de Serp@.
Te enviaré la dirección.

Me envió la dirección como prometió mientras el hormigueo tan conocido por mi empezó a recorrer mis manos de nuevo. A lo mejor Eric tenía en algo razón, era el momento de frenar un poco, mi cuerpo me estaba alertando, aunque tenía demasiada tendencia a no hacerle caso.

22

Alex

La climatología se había apiadado de todos aquellos que mirábamos al cielo con anhelo contenido permitiendo que el tráfico aéreo se reactivase. El vuelo a Sevilla se había programado a una hora tan vespertina que me costó levantarme después de una noche en la que apenas había conseguido pegar ojo, pero estaba dispuesta a hacer el esfuerzo, sentía la necesidad de regresar a Madrid, aunque no podía olvidar que primero tendría que hacer escala en otra ciudad. Después del check out en el hotel, cogí un taxi para llegar al aeropuerto y dos horas después cuando estaban a punto de abrirse las puertas de embarque decidí llamar a Eric, acaba de tener una idea que podría resolver las cosas antes de llegar a Madrid. Marqué varias veces su número de teléfono, pero la incansable voz que me indicaba que el móvil estaba apagado o fuera de cobertura insistía en impedir que hubiera comunicación directa alguna. Lo más probable es que lo hubiera apagado para poder dormir. Así que a pesar de que odiaba dejar mensajes en el contestador acabé dejando que mi voz se grabara. Fui escuchando los tonos que me alertaban de que el buzón acabaría activándose. La espera me tentó a colgar, pero mi vuelo había cambiado de destino, no regresaría a Madrid en el tiempo previsto y quizás mi idea fuese la solución que me permitiría llegar a casa con los asuntos pendientes resueltos. Tenía que dejarle un mensaje de voz.

¡Hola Eric! Voy camino de Sevilla...
Trabajo y más trabajo...
Podíamos pasar el fin de semana aquí...
Un cambio de aire nos vendrá bien a los dos.
Lo mejor era que mantuviéramos nuestra conversación en terreno neutro, lejos de miradas indiscretas.
El silencio hasta que volví a hablar fue demasiado largo o al menos eso me pareció. En realidad, el problema era que no sabía muy bien como encaminar aquella conversación. Además de que odiaba hablar con el puñetero buzón de voz.

Podemos... Podemos…
Necesitamos hablar.
La verdad es que no sé si te apetece pasar por aquí antes de regresar a París.
Bueno… me dices algo…

Las dos puertas de cristal se abrieron tan pronto como nos acercamos a ellas dejándonos ver el interior de las oficinas de Serp@. Nada más entrar había un mostrador con una chica que levantó la vista para vernos, pero no se acercó a nosotros y siguió con lo que estaba haciendo. Pudimos ver como lucía un uniforme de falda y chaqueta azul marino.
—¿Estamos en el mostrador de Iberia y no nos hemos enterado? — John habló bajo y al oído, pero no se libró de recibir un codazo que pretendía anticiparle que debíamos ser discretos.
Al girarse la chica nos dejó ver un rostro aniñado. Como si aquel traje, y aquel entorno, no fueran acordes con su edad. Llevaba su nombre en una chapa de la solapa de su chaqueta: Sofía. La realidad es que aquel lugar no parecía que estuviera habituado a recibir mucha gente. Sólo había un mostrador del tamaño de un carrito de helados, cuatro pequeñas butacas cuadradas de

corte moderno y un alargado pasillo con tres puertas cerradas. Sofía se dignó a atendernos dejando los papeles que había cogido debajo del mostrador, a los diez minutos exactos de haber entrado en las oficinas. La evidencia era clara, no había tanto trabajo ni gente que justificase el retraso en atendernos. Solicitó nuestros datos y los fue tecleando en el ordenador. Cuando registró la información que necesitaba nos indicó que nos sentáramos de nuevo en las butacas blancas situados en la entrada, que eran lo más parecido a estar sentado en uno de esos bancos solitarios que se sitúan en la calle para que los transeúntes se deleiten con el flujo de gente que pasa a su alrededor.

—¿Os habéis fijado que no ha utilizado los papeles que ha cogido del armario? —cuando John empezó a hablar sus palabras parecían rebotar en las paredes produciendo eco. Su efecto hizo que bajara la voz—. Los ha guardado bajo el mostrador

—A lo mejor los papeles eran para otra cosa— José continuó con los susurros—. Supongo que estaría trabajando en algo antes de que nosotros llegáramos.

—Tío, se estaba pintando las uñas. Huele a esmalte desde aquí— me hizo un gesto para que le diera la razón. Me limité a enseñarle mis uñas naturales.

Pese a la incomodidad de nuestros propios susurros y las miradas de la niña de ojos marrones, pasado el tiempo prudencial, Sofía se dirigió de nuevo a nosotros para llevarnos al despacho en el que tendría lugar la reunión. Los espacios seguían siendo fríos. Desangelados. Como si todo estuviera organizado con prisa. Sin orden ni lógica alguna. Creo que los tres llegamos a notar el olor a pintura fresca que albergaba el espacio que recorrimos hasta llegar al despacho. Una mesa, una silla, un ordenador, un teléfono que no tenía conexión de red, lo que lo convertía en un mero objeto de decoración, un enorme cuadro con un paisaje marítimo, que era inevitable no advertir que estaba totalmente torcido y una pequeña mesa redonda con cuatro sillas. Todo parecía improvisado con demasiada rapidez.

—Buenos días, de Hoplan & Orleal Consulting, ¿verdad? —hasta que oímos esa voz el despacho había permanecido vacío el tiempo suficiente para permitirnos inspeccionarlo como tres jubilados frente a una obra de nueva construcción.

José se adelantó a nosotros extendiendo su mano.

—Buenos días, en efecto somos de Hoplan & Orleal Consulting. Estos son mis compañeros Sandra Muller directora de proyectos, John Smyth director de tecnología y servidor José Rodríguez consultor de gestión empresarial.

—Buenos días a todos, Rodrigo Ortega director general de Serp@.

Si la niña de ojos oscuros rozaba con dificultad los veinte años el director general de Serp@ no parecía haber cumplido aún la mayoría de edad. Creo que los tres estábamos igual de desconcertados, aun así, intercambiamos apretones de manos con el joven trajeado que teníamos frente a nosotros. Hecho que no hubiera tenido mayor relevancia sino hubiese sido por la pasmosa inseguridad que mostró tanto en su apretón de manos como en cada uno de los movimientos que lo acompañaron a partir de ese momento. José decidió liderar de nuevo la reunión, nos invitó a sentarnos a todos como si aquel fuera su despacho mientras Sofía colocaba unos botellines de agua con sus vasos respectivos en la mesa. El miembro más valioso de mi equipo se arrancó a hablar siguiendo el plan informativo que habíamos trazado previamente, pero cuando terminó su exposición se hizo el silencio. Tenso e incómodo.

—Debe saber que es muy importante para nosotros conocer de primera mano el funcionamiento de Serp@. Es la mejor manera de encajar todos los servicios que ofrecemos con sus necesidades reales.

Silencio.

Largo. Muy largo.

Hasta que por fin se le ocurrió algo que decir.

—Les enviaremos por correo electrónico toda la información que necesitan.

¿Un correo electrónico con información? En los años de experiencia que llevaba a mis espaldas jamás me había encontrado con algo parecido, no había situación más gratificante para un director general que hablar horas y horas sobre la empresa que dirigía, era más que obvio que lo que estábamos viviendo era una farsa y lo que estaba sucediendo era que Rodrigo Ortega estaba interpretando un papel que no se tenía bien aprendido. Aquello era puro teatro y a ninguno de nosotros se nos había pasado por alto. Lo que no sabíamos era como había sido capaz de pasar el casting con el que lo habían seleccionado para tan ardua misión. Tras varios intentos de entablar una comunicación más fluida John consiguió activar la tecla correcta accionando el botón que le permitió vomitar al chico la parte del diálogo que se tenía aprendida. Esa que se sabía. Esa que había memorizado correctamente. El verdadero y único motivo por el que estábamos en Serp@, nuestra plataforma de formación on-line, mencionarla permitió que el joven directivo sufriera una mutación culminando la reunión con una interpretación magistral en la que recitaba hasta el último detalle de nuestra herramienta. Se la conocía de cabo a rabo.

La visita a Serp@, como no podía haber sido de otra manera dadas las circunstancias, fue un auténtico fiasco, se había convertido en la reunión más improductiva de la historia. No necesitábamos oír las bondades de nuestro trabajo lo conocíamos de sobra. Por eso, lo único que nos interesaba cuando salimos de sus instalaciones era largarnos de allí lo antes posible y regresar a Madrid.

—Te estás superando John. Tu camisa me *flipa*—le dije mientras me desplomaba en uno de los sofás tipo chill out de una terraza en el Paseo de las Delicias de Sevilla dónde habíamos parado a tomar algo antes de coger el tren de regreso a Madrid.

—No te gustaría tanto si supieras que se ha gastado ciento veinte pavos en ese trapo que lleva puesto—al menos la camisa de John había servido para hacer reaccionar a José que se mostraba extrañamente huraño después de la reunión que acabábamos de mantener.

—No tienes ni idea de lo que es moda. Esto es de firma—John le respondió inmediatamente.

—Mira tío como no le des la vuelta a la camisa y vayas luciendo etiqueta cualquiera pensará que te la has comprado en *El Rastro*.

—Menos mal que tenemos a *Sandra*. Esta niña es la que sabe distinguir de lo bueno lo mejor—llevé la palma de mi mano a la frente y apoyándola ligeramente hice un saludo a John que él acompañó guiñándome un ojo.

—En *El Rastro*, tío. A mí no me la cuelas.

—Creo que me voy a tomar una cerveza. Necesito nublar mi mente o acabaré liándome a puñetazos contigo por muy amigo mío que seas —giramos la cabeza en busca de algún camarero, pero en aquella terraza solamente estábamos nosotros y un tipo que acababa de salir del interior a fumarse un pitillo.

—Me da mala espina— dijo John.

—Si, creo que no hay servicio de terraza— respondió José.

—No joder, no hablo del servicio de terraza sino de Serp@. No me gusta. Es una empresa prefabricada.

—Por no decir que no tiene ningún sentido que una empresa incipiente quiera una plataforma de formación de esa envergadura—no me encajaban las cosas.

—Es más de lo mismo— respondió José algo asqueado—. ¿Cuánto tiempo llevamos sin entender nada? Contratarán uno de los servicios más rentables para Hoplan, no hay que darle más vueltas.

—¿Has tenido en cuenta lo que eso supone? No creo que Torralbo lo viera con buenos ojos después de lo de Coreka. No sería bueno arriesgarnos tanto.
—Tendremos que avisar a Francis— intervino John tratando de algún modo refrendar mi comentario—. No sé qué persigue él con Serp@, pero si apuesta por ellos se equivoca, dudo plenamente de la veracidad de la empresa.
—Cuadros torcidos, dispositivos sin conectar. No tiene buena pinta.
—¿Vamos a dudar ahora de Francis? Siempre toma buenas decisiones. Está claro que hay algo que desconocemos— José parecía querer dejar de hablar del tema de una vez por todas—. Es probable que Torralbo esté al tanto de esta gestión. Hacemos el trabajo que nos ha pedido y punto.
—A veces no sé dónde está tu sentido común. Serías capaz de vender una caja de polvorones en el desierto del Sahara— acuñó John—, y sin embargo ahora no das importancia al problema que puede suponer para Hoplan un cliente como el que acabamos de ver. Está bien que hagas tu trabajo, pero con cabeza, tío.
—¡Qué gano con hacerlo con cabeza! Nada. Me he propuesto ser práctico. Prefiero no cuestionar si está bien o mal. Hago lo que me mandan y a tomar por culo.
—¡Joder, qué narices te pasa!
—Me pasa que estoy empezando a estar hasta los cojones de toda esta mierda así que prefiero no pensar. Esto es sólo trabajo—las palabras de José nos sumieron en un silencio incómodo que decidió deshacer yendo a pedir al interior del bar. No entendía lo que había podido pasar para que se mostrase arisco cuando él era todo lo contrario, alegre y optimista hasta cuando las cosas parecían no tener solución.
—¿Qué le pasa? —pregunté.
—Está nervioso. La boda le tiene algo estresado—¿me estaba tomando el pelo? ¿Qué le estaba pasando a la gente? ¿Había una epidemia nupcial?
—¿La boda?
—Mierda, joder—no pude evitar reírme ante el semblante cada vez más rojo de John por su metedura de pata.
—Promete que no dirás nada.
—No puedo.
—Si, sí que puedes. Debería habértelo contado él de primera mano, por eso, tienes que hacerte la sorprendida cuando lo haga.
—Te estás luciendo John. Como sigas dándome información me vas a poner muy difícil el poder hacerme la sorprendida.
—Joder, se me ha escapado. Necesitaba un amigo para organizarlo todo. Está un poco nervioso con todos los preparativos.
—¿Y pensó en ti?
—Soy un buen tío. Lo sabes.
—Eres un bocazas. Lo sabes—nos reímos. Me alegraba por José y Marta llevaban media vida juntos. Era lógico que acabasen pasando por el altar.
—Prométeme que no dirás nada o me cortará los huevos.
—Nunca he sido muy buena actriz— me hizo pucheros mientras veíamos como José salía del bar con dos consumiciones en la mano. A pesar de que se acercaba el invierno la temperatura era agradable.
—¿Qué os pasa?
—Nada— dijimos al unísono.

—¡Una mierda! ¿Qué ha liado éste ahora? —no fue premeditado, pero se me escapó la risa. ¿Cómo podía conocerle tan bien?
—Nada. Lo prometo tío. No he hecho nada— lamentablemente su cara decía mucho más que sus palabras.
—¡No! – John subió tres tonos el rojizo de su cara—. Dime que no te has ido de la lengua.
—No me he ido de la lengua.
—¿Por qué no se tiene que ir de la lengua? — traté de salvar la situación.
—Joder, tío. Me prometiste que me guardarías el secreto—mis dotes interpretativas no estaban siendo muy buenas. Aquellos dos iban a empezar a soltarse lindezas el uno al otro no tardando mucho si no le ponía remedio.
—Estábamos hablando de que he encontrado al alma gemela de John en los baños de Hoplan.
—¡John no tiene alma gemela y menos en Hoplan! —no pude evitar reírme, aunque la risa se me cortó al notar como John me daba una patada por debajo de la mesa.
—Puede parecer extraño, pero he conocido a una chica que sería capaz de hacerle probar de su propia medicina.
—Me encantaría ver eso.
—Eh, no os equivoquéis que si aquí alguien tiene que hacer probar algo a alguien ese soy yo.
¿Se podía ser más egocéntrico, narcisista y resultar a la vez tan sumamente encantador? Si, se podía, pero solo si te llamabas John Smyth.
—Paso de escuchar a este charlatán de feria.
—No te pases que tengo *corazón.*
—No puedo con tú testosterona incontrolable. Tengo bastante con estar discutiendo constantemente con Marta por tonterías como para estar pendiente de ti.
José se dejó caer en el respaldo de la silla, supuse que algo abatido por el recuerdo de las discusiones que empezaba a tener con su futura mujer mientras, John, decidía levantarse para ir a por la consumición que faltaba. El mutismo del consultor me pilló fuera de juego, era evidente que algo le inquietaba, pero nunca pensé que tanto como para no dirigirme la palabra hasta que John volvió a aparecer por la puerta con una cerveza en una mano y en la otra una carta de raciones para picar algo. No era mala idea llenar mínimamente el estómago. Cuando lo tuvimos claro, José se ofreció voluntariamente para ir a pedir a la barra. El enfado con Marta parecía haberle afectado más de lo permitido. No tenía demasiadas ganas de sociabilizar.
—Tienes que prometerme que lo que te voy a decir no saldrá de aquí—me dijo John una vez a solas.
—¿Has visto mi actuación de hace unos minutos? Ha sido pésima.
—Tan pésima como la que tuviste cuando te pillé con Unax.
—No me pillaste con él. Él apareció allí.
—En definitiva, tienes que mejorar tus dotes interpretativas, pero necesito contarte algo. Es urgente e importante. Así que, cállate y escucha—mi interpretación del conejito que agachaba las orejas le gustó—. Lo que te voy a decir no se lo puedes contar a nadie.
—Estas poniendo sobre la mesa los ingredientes perfectos para que me sienta con la necesidad de contárselo a José según salga por la puerta. No llevaré sobre mis hombros el peso de lo que me vas a contar.
—Le estamos protegiendo al no haberle contado lo que ha sucedido con tu ordenador mientras estabas en Berlín. Ya tiene demasiadas preocupaciones en la cabeza. No podemos cargarle con más—las manos de John empezaron a moverse. Primero apretó los nudillos de sus dedos hasta hacerlos sonar y finalmente comenzó a girar los cinco anillos que tenía en su mano izquierda.

Uno a uno y siguiendo un patrón. Primero los impares y luego los pares hasta que por fin comenzó a hablar casi en un susurro.
—Hará casi medio año que Francis me pidió que reforzara los sistemas de seguridad de Hoplan —el giro de la conversación me pilló totalmente desprevenida.
—¿Estaban fallando?
—No, ese era el problema. No había nada que hiciera sospechar que necesitábamos reforzar la seguridad—mi teléfono comenzó a sonar inoportunamente, ignoré la llamada y John continuó—. Cuando le pregunté cuál era el motivo no me quiso dar ningún tipo de explicación lo que provocó que tuviéramos una acalorada discusión, que solo sirvió para cabrearme porque él simplemente insistió en que debía hacerlo sin aclararme nada en absoluto—sabía de lo que hablaba, últimamente Francis hacía gala de ese hermetismo con demasiada frecuencia. John tomó aire y rebuscó en su memoria—. Lo que pasó ayer con tu ordenador es una prueba más de que tenemos una amenaza encima. La primera fue hace un par de meses aproximadamente, enviaron a Francis un correo electrónico aparentemente inofensivo. Se interesaban por los servicios que prestábamos. Era una sencilla consulta. Abrió el correo sin sospechar que lo que en realidad pretendían con ese mensaje era vulnerar nuestros sistemas de seguridad.
—¿Cómo podían hacer eso con un simple correo electrónico?
—Enviándonos un Troyano— sus palabras captaron de inmediato mi atención—. Es un malware que a menudo se camufla como si fuera un software legítimo, se utiliza para acceder a los sistemas de los usuarios y está diseñado para que con la simple lectura de un correo se cargue y se ejecute.
—¿Así de fácil?
—Así de fácil. Era de puerta trasera, lo que se conoce como un Troyano backdoor, proporciona el control remoto del ordenador infectado a un usuario no autorizado permitiéndole robar y manipular información confidencial y protegida. Sus sospechas se confirmaron y mis respuestas también. Querían atacar a Hoplan o lo que es más grave puede que quisieran crear un botnet.
—¿Crees que se lo que es eso?
—Te apuntaré al próximo curso que hagamos de ciberseguridad—puse los ojos en blanco—. Es una red zombi que generalmente se utiliza con objetivos delictivos.
—¿Quién querría hacer algo así con Hoplan?
—No lo sé, pero afortunadamente los sistemas para reforzar la seguridad que había instalado detectaron al intruso. Lanzó un aviso y pude reaccionar a tiempo. Traté de seguirlo para destruirlo. Estaba protegido, muy bien protegido y oculto entre más de treinta servidores que me querían hacer creer que el ataque se había lanzado desde el Ministerio de Economía y Hacienda Australiano.
John me contaba todo aquello hipnotizado. Parecía estar luchando en aquel mismo instante contra un ejército de matrices con la espada de Darth Vader golpeando ceros y unos a diestro y siniestro o por lo menos a mí me lo estaba pareciendo.
—La única salida era contraatacar, aunque te confieso que creí que no teníamos ninguna posibilidad. Sin embargo, la suerte me hizo una visita aquel día, no se esperaban que reaccionáramos atacando por lo que el factor sorpresa jugó a nuestro favor. Les pillé *in fraganti* y me cargué parte de sus discos duros—dicho esto se dejó caer de golpe sobre el respaldo de la silla con una sensación de triunfo que a punto estuvo de costarle un disgusto al desequilibrarse y casi caer al suelo—. Ahora lo de Serp@…—mi teléfono vibró, me había llegado un mensaje. No tuve necesidad de ignorarlo. La batería no dio más de sí.
—¿Podríais echarme una mano? Aún quedan más cosas por traer—José tenía en sus manos un

par de platos que dejó sobre la mesa para ir en busca del resto. Así que, no nos quedaba más remedio que aplazar el resto de la conversación para más adelante.

El aquel momento no sabía aún que el viaje a Sevilla me traería más incógnitas de las que en realidad imaginaba.

23

Alex

La noche anterior había olvidado poner a cargar el teléfono móvil y el tiempo que lo había conectado aquella mañana sabía que no iba a cubrir las llamadas que tenía que hacer. El cargador se había quedado en algún lugar del fondo de la maleta que llevaba conmigo. Por eso, al entrar en el vagón del tren que nos llevaría de vuelta a casa traté de buscarlo sin éxito, aunque realmente detuve la búsqueda cuando mi ropa interior quedó demasiado expuesta a quienes viajaban a nuestro alrededor. Me obligué a cerrar la maleta y mantuve vivas las esperanzas de que el cinco por ciento de batería que mostró al volver a encenderlo me diera el margen suficiente como para escuchar los mensajes que tenía en el buzón de voz.

¿Pero se puede saber dónde te has metido?
Me despiertas de madrugada…
(Rocío por Dios que te llamé a las ocho de la mañana: P.M)

…para decirme que te has aficionado a las drogas químicas.
(Ahí te has pasado. Me tomé media pastilla para dormir)

Me aseguras que te has tomado un desayuno suculento…
(Lo hice me tomé un café con leche, un panecillo con mantequilla y mermelada y un zumo que no me gustó nada. Fue un buen desayuno)

Me dices que te deje de bombardear con mensajes…y puff desapareces como un pedo ante una ráfaga de viento inesperada. ¡Joder que he tenido que llamar a John para saber que te habías ido a Sevilla!
(Quedó registrado en la llamada un bufido de desesperación de los suyos)

Me estás quitando las ganas de tener hijos porque como todos me salgan como tú voy dada. LLA—MA—MÉ.

Llamar a Rocío. Está cabreada. ¿Dónde había guardado mi agenda? Tendría que hacer un apunte mental para llamarla. Segundo mensaje en el contestador del teléfono:

Lamento rechazar un fin de semana romántico en Sevilla.
(¿Había dicho yo algo así?)

Cambiar de aire me vendría bien, pero me temo que no puedo aceptar tu propuesta.
(Creo que, aunque la propuesta de pasar el fin de semana en Sevilla había sido mía deseaba coger este tren y largarme a Madrid lo antes posible. Que no hubiera aceptado mi proposición sólo me generaba alivio)

Trabajo y más trabajo.
Hablamos prince...

El teléfono móvil se apagó.
Se murió.
Finito.
Caput.
Mi mala cabeza había vuelto a hacer que me quedase incomunicada, aunque ciertamente para ser del todo honesta conmigo misma, salvo porque no me gustaba la idea de que Rocío se hubiese cabreado, saber que tendría más tiempo para aclarar mis sentimientos con respecto a Eric, me había puesto de mejor humor. La cena romántica con la que me había querido agasajar aún me tenía demasiado descolocada. Tenía que pensar. Habían pasado demasiadas cosas en las últimas cuarenta y ocho horas. Era primordial que ordenase mi mente, por eso, que Eric no hubiera podido viajar a Sevilla era lo mejor que podía haber pasado. Lo sucedido en Berlín me había hecho darme cuenta de que tenía más autocontrol del que creía, pero aún con todo eso, tenía que contarle a John lo que había sucedido en aquel viaje. Los hombres de negros, el pendrive, mis dudas sobre Francis… La confesión que él mismo me había hecho en Sevilla era una prueba más de que algo estaba sucediendo a nuestro alrededor y teníamos que ser cautos. Desafortunadamente, yo sabía demasiado sobre esos asuntos, y Francis podía no ser de fiar.

Al llegar a Madrid me refugié detrás del muro que formaban las espaldas de John y José mientras nos movíamos por la cinta transportadora de la estación de Atocha. Iban hablando, pero no prestaba atención a lo que decían, simplemente en aquel momento tenía todos mis sentidos centrados en llegar a casa lo antes posible y dejarme caer en la cama. El viaje se había hecho pesado, aunque José pareció olvidarlo por completo al ver a Marta esperando su llegada. En ocasiones las películas son fieles a los encuentros que se producen entre las personas que se quieren, entre enamorados. Aquel momento lo fue.
Emotivo.
Emocionante.
Envidiable.
Mientras se miraban los fuegos artificiales saltaban a su alrededor. Por eso, nos dieron pronto esquinazo y nos dejaron a John y a mi camino de la parada de taxis. Lo que no esperaba es que nosotros también tendríamos quien nos llevase hasta casa.
—Gracias por venir, tío— Unax y John se palmotearon las espaldas con tanto ahínco que creí sentir yo misma, el impacto de aquellos golpes amistosos—. Llevo quince días con la moto en el taller.
—No te preocupes, los amigos estamos para sobrellevar los enigmas que tardan en resolverse— contesto a su amigo mientras me saludaba con una sonrisa que le llegaba a los ojos.
—Es un poltergeist no saben que falla, ahora dicen que son las válvulas.
—No hay problema, John. Os acerco a casa.
—Menuda encerrona—susurré en el oído de mi compañero de trabajo aprovechando que Unax se había adelantado para señalarlos donde tenía aparcado el coche—. Esta me la pagas…
—Creí entender el otro día que teníais una conversación pendiente—me respondió también en susurros—, solo soy un alma caritativa que os he dado un empujoncito porque o mucho me equivoco o esta cita se te ha olvidado apuntarla en esa dichosa agenda que va contigo a todas partes.
No tuve escapatoria. Pasaron por mi mente imágenes en las que convertía al de las camisas extravagantes en un saco de boxeo, pero reconozco que pudieron más las ganas que tenía de llegar a casa y la mejor manera de hacerlo era aceptar que Unax nos acercara. Durante el trayecto intenté mantenerme ajena a la conversación que mantenían y a las miradas de Unax que se

desviaban de la carretera hacia el espejo retrovisor con más frecuencia de la que me hubiera gustado. Intenté fingir que no me importaba, ni siquiera le devolví un gesto de agradecimiento por llevarme al apartamento que compartía con Rocío o de enfado por lo inesperado del encuentro. Nada de nada, aunque mi actitud no evitó que me pillara en más de una ocasión mirando sus ojos reflejados en el espejo central del coche. Al llegar al apartamento no había sitio para aparcar por lo que no le quedó más remedio que parar en doble fila y poner los intermitentes de emergencia mientras me apeaba. Llevaba mi maleta de mano conmigo así que no fue necesario esperar a que abriera el maletero para poder irme de allí. Aun así, abrió la puerta de la pick up y se bajó.

—Gracias por haberme traído al apartamento— me apresuré a decir—. No sabía que iba a acabar en Sevilla, mi viaje era a Berlín.

¿Por qué le daba explicaciones si no me las había pedido?

—No tienes que darme las gracias— no sabía que tenía que responder ante aquel gesto, así que esbocé una sonrisa y giré sobre mis pies rodeando el Toyota Hilux en el que habíamos venido para dirigirme al portal.

A pesar de que el vehículo interrumpía en la calzada Unax me siguió. Sus pasos a mis espaldas no me eran indiferentes.

No dije nada. Sobre todo, porque tampoco hubiera sabido que decir.

Busqué las llaves en el bolso.

—¿Me hubieras llamado al llegar de tu viaje — su voz sonó ronca más de lo habitual o al menos me lo pareció—, o sigues teniendo la costumbre de olvidarte de cargar el móvil? ¿Sin batería otra vez?

—¡Pillada! — respondí tratando de centrar toda mi atención en la cerradura de la pesada puerta de hierro.

—Alex…—tocó mi hombro con la palma de su mano al ver que la puerta se abría, pero la retiró rápidamente.

Sentí fuego y hielo en el intervalo de segundos que duró aquel contacto.

Buscaba unos minutos.

Buscaba mi mirada. Mi atención un instante antes de que mi estela se perdiese dentro del portal y la puerta se cerrase interrumpiendo cualquier tipo de comunicación entre nosotros.

—Creí que había una puerta abierta para vernos cuando regresases de Berlín—la pesada puerta se cerró de nuevo. No hice nada para impedirlo salvo dejar suspendidas las llaves en la cerradura.

¿Por qué demonios era capaz de removerme por dentro aún? ¿Por qué quería que hablásemos? Era mejor dejarlo estar.

—Unax…yo…mira no es necesario que hablemos. En realidad, no hay nada de lo que hablar.

—Si que lo hay.

—Si buscas mi perdón. Lo tienes. No te tortures. No te guardo rencor— dije apresurada engañándome a mí misma para centrar de nuevo mi atención en las llaves que pendían de la cerradura.

—No busco tu perdón. No es eso lo que necesitamos.

—¿Lo que necesitamos?

—Si. *Lo que necesitamos*— recalcó sus palabras—. Lo que de verdad nos hará seguir adelante es una explicación— otra vez ese nudo doloroso.

No me giré.

—No podemos tratar de solucionar lo que sucedió con parches— las palabras me escocían en la garganta—. Es mejor dejarlo como está.

—Está bien— su voz sonaba demasiado cerca. De espaldas a él sentía su proximidad como un abrazo imaginario con una calidez extraña—, no puedo obligarte a hablar si realmente no quieres.

¿Por qué sentía que el corazón se me caía a los pies?

—Si algún día cambias de opinión. Si quieres ponerte en contacto conmigo sólo tienes que llamarme. No me importará esperar— se me erizó la piel a la altura del cuello. Creo que sentí la calidez con la que iban cargadas cada una de sus palabras—, pero quiero que sepas que yo sí que me alegro de haberme encontrado contigo después de los años. Te lo aseguro— sus palabras retumbaron en mi pecho sin que les hubiera dado permiso para hacerlo.

¿Era un adiós? ¿Realmente yo quería ese adiós después de haberme vuelto a encontrar con él?

Ojalá las cosas hubieran sido de otra forma.

Ojalá hubiera sido capaz de soportar el peso de la rabia, la pena y la incertidumbre, pero no supe hacerlo.

No le entendí. Prometo que no supe lo que quiso decirme, pero aun así no me giré para leer mejor en sus gestos.

No más heridas.

No más daño. Aunque si era lo mejor que podía estar pasando, ¿por qué sentía que se me iba a parar el corazón? ¿Dejaría de latir de un momento a otro? Supongo que solo me lo pareció.

Nadie se muere de amor y mucho menos cuando no existía.

Nadie. Mi corazón seguiría latiendo.

Fuerte. Violento.

Me giré para comprobar como se alejaba. Al llegar a la puerta del conductor levantó la mirada. Nuestros ojos se encontraron. Se vieron. Durante unos segundos no se soltaron. Pensé en gritar que podría recitar uno a uno los números de su teléfono móvil. Me había sorprendido más de una vez siguiendo con mis dedos aquellos números que aún permanecían en mi piel. Los había memorizado. Estúpida cabeza. Sus ojos se resistían a alejarse. Querían decir algo, pero el claxon de un coche pitó estridente mientras el conductor del vehículo recriminaba desde su interior a Unax, no solo que estuviera mal aparcado, sino que estuviese invadiendo parte de la carretera al no meterse rápido en el coche. Me quedé con las ganas de saber que quería decirme. Mi pasividad y la agresividad de aquel conductor hicieron que se metiera en el coche, lo arrancara y se alejase lentamente de allí. Aún tardé unos segundos en reaccionar. Me había quedado mirando el rastro de humo que dejó su camioneta. Tenía que dejarlo pasar. Nada de impulsos. Lo había aprendido hacía diez años, desde entonces me había ido bien. No habría ninguna cita, a pesar de que mi mente traicionera devolviera a mi memoria su sonrisa provocando que todas esas mariposas que habían estado dormidas levantaran de nuevo el vuelo.

24

Unax Zabaleta
Diez años antes

Como describir los días que pasamos en París. En realidad, era muy difícil hacer algo así sin caer en una descripción inexacta de sensaciones y momentos que, en aquel momento, no sabía que se amarrarían irremediablemente a mis recuerdos. Nunca me había considerado demasiado romántico, pero la hora larga que nos llevó el paseo desde la Catedral de Notre Dame hasta la Torre Eiffel se me hizo corta. Sentir un hormigueo extraño por todo el cuerpo, que no sabía muy bien como catalogar, y disfrutar tanto con solo mirarla era algo que no me había pasado nunca antes con nadie. Ver como su melena suelta se encrespaba cada vez más con la brisa deleitándome con una imagen cómica y a la vez entrañable de ella, me producía cierto desconcierto que no acertaba a entender. Su voz, su conversación cargada de tímidas sonrisas, notar como la ligereza de su ropa provocaba escalofríos en su piel, en aquel atardecer mientras terminábamos nuestro paseo bordeando el río Sena, me dio una paz que no había sentido jamás. Cenamos en la Torre Eiffel, visitamos el Moulin Rouge y no se me escapó que lo que hicimos no estaba al alcance de todos los públicos. Sólo tenía que mirar a mi alrededor y ver que los únicos que íbamos ataviados con ropa informal y no desprendíamos el glamour que teníamos a izquierda y derecha éramos nosotros dos. Esa chica empezaba a volverme loco, pero no solo porqué me hacía sentir cosas. Cosas que no recordaba haber sentido nunca antes sino porque al mismo tiempo, después de todo lo que me estaba mostrando, y en especial después de aquella cena, me hizo llegar a pensar que tal vez no sería capaz de estar a su altura. Me había hecho la firme promesa de ser cauto, de no cometer el error de dejarme llevar por la fuerza magnética que estaba ejerciendo sobre mí. La conocería, intentaría colarme entre sus amigos más especiales y ahí quedaría todo.
¿A quién quería engañar?
Supe muy rápido que la promesa que me había hecho a mí mismo me iba a costar demasiado esfuerzo. Por eso, dejé de esforzarme en mantener las distancias.

La última noche la pasamos, como todas las que estuvimos en la ciudad, en el piso en el que según me había contado había vivido con sus padres y su hermano. Aún se resistía a hablarme de ellos, aunque albergaba esperanzas de que acabase abriéndose del todo a mí. La vivienda parecía estática, sin vida, pero a su vez estaba limpia, impoluta, ordenada hasta guardar la simetría de muebles, esculturas y cuadros que la decoraban. Parecía que allí siguiese residiendo alguien, aunque si era así, durante el tiempo que estuvimos no coincidimos con nadie. No sé qué tenía aquel piso, pero sin duda de todos los lugares en los que habíamos estado era el que menos me gustaba. Hubo noches en las que insistí en ir a dormir a mi furgoneta, la había aparcado en un parking cercano mientras duró nuestro tour por París, y no dejé de acudir a ella todos los días para coger ropa de recambio. Alex había insistido en que llevase lo que necesitase al piso para ahorrarnos la visita diaria al aparcamiento, pero no accedí a su petición, necesitaba tener una excusa que me permitiese alejarme de aquel piso sin que con ello la hiciese sentirse mal. Además, era la manera de salir de la burbuja en la que empezaba a sentirme junto a ella y pisar el mundo real.
Dormíamos en habitaciones separadas. Nunca supe cuál fue su habitación, pero la mía era la

más extraña de las habitaciones. Se llegaba por un pasillo que podía pasar totalmente desapercibido detrás de una puerta que se camuflaba con el papel de cachemir en tonos cremas y dorados que decoraba las paredes y podría decir sin equivocarme que tenía el tamaño del piso en el que me había criado de pequeño con mis padres. Lo que me hizo parecer un auténtico gañan cuando entré por primera vez. Tenía una única ventana alta y pequeña, algo que me llamó la atención, una habitación de esas dimensiones bien merecía recibir más luz de la que entraba por aquella escotilla. Estaba dividida en dos zonas. Una con un enorme sofá, dos sillones orejeros, una pared recubierta por una estantería llena de libros, muebles auxiliares, una pequeña nevera con bebidas e incluso varios armarios con comida enlatada. Al otro lado de la estancia se encontraba la cama, de un tamaño desmedido, un armario y una puerta que daba a un baño totalmente equipado. Podría permanecer meses allí encerrado y sobrevivir sin problemas. Era demasiado inquietante. Tanto que sólo por perder de vista aquella casa tenía ganas de iniciar la parte del verano en la que me correspondía a mí hacer de guía. Era todo demasiado frío y extraño allí dentro.

La última noche que pasmos en el piso no podía dormir y decidí levantarme. Caminé a oscuras por el pasillo con la sensación de que en cualquier momento alguien iba a echarse encima de mi dejándome noqueado en el suelo. Definitivamente, no me sentía a gusto. Parecía un lugar lleno de fantasmas y nunca había creído en ellos. No sé por qué, pero no me sorprendió descubrir que estaba sentada en el suelo frente a uno de los grandes ventanales de suelo a techo de aquel inmenso salón que daban a pleno Bulevar de Saint—Germain. Miraba las luces de la calle que se reflejaban en las paredes del salón creando sombras irregulares. Era un barrio lleno de tiendas refinadas, restaurantes y cafés que según palabras de Alex habían sido frecuentados por gente de la talla de Hemingway, Rousseau, Sartre e incluso Thomas Jefferson, pero a mí todo aquello en realidad no me interesaba tanto como descubrir que había detrás de esos silencios y esas palabras que se escondían en muchas de las conversaciones que habíamos tenido. Me interesaba mucho más que la opulencia de aquel barrio que lo único que confirmaba era que su nivel de vida distaba mucho de parecerse al mío.

—Pagaría por volverte a ver en el museo del Louvre siendo mi guía turístico ante los caballos salvajes de Marly o la Victoria alada de Samotrada. Irradiabas una energía que te hacía más especial aún de lo que ya eres—arrugó la nariz con timidez mientras me acercaba a ella—. Que me perdonen los entendidos, pero hubiera sido capaz de colocarte junto a la Venus del Nilo.

—¿Qué haces despierto a estas horas? — susurró como si pudiese despertar a alguien si hablaba demasiado alto.

—Podría hacerte la misma pregunta— me miraba desde el suelo, sin cambiar la posición en la que le había sorprendido.

—No podía dormir— respondió mientras su pecho pegaba en sus rodillas y sus brazos abrazaban sus piernas.

Me agache para sentarme a su lado manteniendo una distancia prudencial, parecía ausente, lejos de allí. No quería que mi presencia la incomodase, aunque tampoco quería volver a mi habitación. Por eso, me mantuve un tiempo en silencio. Escuchando el ruido de la calle acompasado por nuestras respiraciones. Pensé que podría recostarme en uno de esos sofás de terciopelo azul que parecían tan cómodos si me entraba el sueño. Después dejé bucear a mi mente por los lugares que me gustaría que conociese en el viaje que empezaríamos al día siguiente. Quería que se llevase un buen recuerdo de nuestro verano juntos. Hasta que finalmente, en una de las múltiples divagaciones mentales de las que disfruté en aquel silencio junto a ella me decidí a aclarar ciertas dudas que me martilleaban la cabeza, teníamos un pacto,

mi silencio estaba garantizado fuese lo que fuese lo que descubriese.
—¿Qué te ata Alex? — me miró con los ojos muy abiertos y pude leer cierta sorpresa en ellos a pesar de la poca iluminación que envolvía nuestros cuerpos.
—¿Por qué me haces esa pregunta?
—Porque no eres libre.
—Si lo soy, soy todo lo libre que ansío ser — replicó apartando la vista de mi para ocultar el miedo que mi pregunta le provocaba.
—Quieres serlo, pero hay algo que te lo impide— su rostro reflejó una mueca de tristeza.
—Vivo el ahora. No pido más.
—Todos soñamos, Alex, y tú no eres distinta al resto, también quieres hacerlo, pero algo te frena. Me gustaría saber que es.
—¿Siempre eres así de directo?
—Te aseguro que suelo ser bastante más directo de lo que estoy siendo contigo— coloqué un mechón de pelo que se había escapado de su coleta detrás de su oreja. No pudo mantenerme la mirada mientras lo hacía—. Necesito que me cuentes qué es lo que te pasa porque estoy empezando a hacerme demasiadas películas en la cabeza.
—¿Vas a salir corriendo después de lo de esta noche? —vaya, al parecer no había sabido disimular demasiado bien.
—No voy a hacerlo, la cena ha sido increíble y la compañía inmejorable, aunque debo reconocer que mis bolsillos no dan para tanto.
Se mantuvo en silencio. Respirando profundamente. Midiendo las palabras que podía decir después de mi estúpida mención al dinero, pero por un motivo demasiado evidente pensaba que aquello podía suponer una brecha entre nosotros. La parte del verano que nos quedaba por delante no iba a ser tan glamurosa. Para mí la furgoneta era muy especial, pero no tenía por qué serlo para alguien como Alex, acostumbrada a unas comodidades que no íbamos a tener ni de lejos.
No sé por qué le daba tantas vueltas a todo. Sólo éramos unos desconocidos. Nuestra relación no tenía por qué ir más allá de aquel verano. Preocuparse tanto no era necesario, aunque mi problema era precisamente ese, cada vez tenía más dudas sobre el límite que me había impuesto, no tenía tan claro querer que nuestra historia solo durase un verano, no podía quitármela de la cabeza, necesitaba saber más de ella y apenas llevábamos unos días juntos.
—No me has raptado para pedir un rescate— rascó su frente—. Ni me has chantajeado.
Así que, ¿el dinero también era un problema para ella?
—Ven aquí—quise que se acerca a mí, pero no se movió. Insistí para que se situara entre mis piernas, pero siguió sin acercarse—. No muerdo, Alex, puedo asegurarte que conservarás todos los miembros de tu cuerpo intactos.
—No creo que sea buena idea.
—¿No crees que sea buena idea? ¿Estos días que hemos pasado juntos no te ha hecho cambiar de parecer? — pude ver una sonrisa en sus labios que me hizo querer acortar la distancia que me separaba de ella irremediablemente.
—Ganas puntos a cada minuto que pasamos juntos, Medicucho, pero procura que no se te suba a la cabeza demasiado— me arrancó una sonrisa tonta—. Para saciar tu curiosidad te diré que aceptar el trato que me propusiste ha sido una de las mejores decisiones que he tomado en mucho tiempo. Sólo espero estar a la altura de tus expectativas.
—¿De mis expectativas? ¿Por qué piensas que las tengo?
—Porque todo el mundo las tiene.

—A lo mejor solo quiero pasar el verano en buena compañía. Conocerte. A lo mejor soy yo quien no cumple tus expectativas—sentí la calidez de su mirada sobre mi—. ¿Hay algo más agradable que sentirse bien al lado de alguien?
—¿Pretendes ponerme nerviosa con tu maravillosa oratoria?
—Pretendo que me dejes abrazarte, pero eres una cabezota— me moví con cierta maña para colocarme detrás de ella haciendo que su espalda se apoyase en mi pecho y mis piernas rodearan los costados su cuerpo. Abracé sus hombros con mis brazos aspirando el olor de su cabello y no calculé bien lo que su cercanía podía llegar a producirme.
—¿Así es como ligas con todas esas chicas? — no me gustó la pregunta con la que rompió nuestro silencio sobre todo porque aún no había conseguido saber qué demonios le pasaba a aquella chica para esconder tristeza detrás de sus pupilas y conseguir eludir siempre las preguntas directas que le hacía.
—¿Te parece que esté haciendo el cortejo del pavo real? ¿Aquí? ¿Ahora? ¿Contigo?
—No te burles—no lo hacía—. Hablo en serio, es inevitable que piense en las chicas con las que has podido estar en situaciones tan románticas como esta.
—¿Te parece romántica esta situación? — me golpeó en el brazo, pero a penas lo sentí como un roce.
—Deja de responder a todas mis preguntas con más preguntas.
—Si lo que quieres es que te diga que eres la única con la que he estado en una situación romántica como esta. La respuesta es sí. Eres la única.
—Eso suena muy impostado. Demasiadas citas, demasiadas chicas, demasiado sexo — me reí mientras la abrazaba fuerte contra mi pecho.
—El sexo nunca es demasiado. Seguro que si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias lo estaríamos haciendo aquí mismo en la alfombra sobre la que estamos sentados.
—No lo creo, seguro que te hubieras aburrido a los dos minutos de intentarlo. No soy muy aventajada en la materia.
—Alex…—giró la cabeza para mirarme con la profundidad de sus ojos—. No digas algo así y luego pretendas que no me entren ganas.
—En otras circunstancias ni siquiera hubieras reparado en mí.
—Alex, me he prometido a mí mismo mantener las manos quietas, pero me lo estás poniendo muy difícil.
—No digas tonterías, aún no entiendo muy bien como hemos llegado hasta aquí.
—Tiene fácil explicación.
—Dame alguna pista porque ya voy necesitándola.
—Lo poco que me has dejado ver de ti me ha gustado y me ha enganchado en la misma medida. No estoy acostumbrado a quedarme callado para escuchar lo que cualquiera de las chicas que he tenido a mi lado me querían decir.
—¿Y eso por qué?
—Ya lo sabes.
—¿Lo sé? — pude ver en la penumbra que fruncía el ceño como acostumbraba a hacer cada vez que no entendía algo demasiado bien.
—Las relaciones que he tenido siempre han sido algo superficial. Fácil. Divertido, pero no duradero—me tensé al notar como giraba su cuerpo para mirarme.
Esos ojos.
Esos labios que no podía dejar de mirar.
Sentí ganas de besarla, pero no lo hice, no quería estropear el cúmulo de sensaciones que la

flacucha me hacía sentir.
—La gente sólo se me acerca con un propósito. Aprovecharse de mí de diversas maneras, pero nunca de forma desinteresada — su pena se reflejó en mi pecho—. Obtener dinero del modo que sea o engañarme con el mismo fin. Como habrás podido imaginar mis padres tenían una pequeña fortuna a la que todo el mundo quiere dar un pellizco. Ahora mismo tienes delante a la heredera legal de ese tesoro tan anhelado, lo que hace muy difícil distinguir a la gente que se acerca a mí de motu propio, de la que solo espera algo a cambio.
—¿Crees que busco lo mismo? — se quedó callada y necesité llenar de significado su silencio—. No me interesa tu dinero. Hasta hace unos días ni siquiera sabía que lo tenías. Sin embargo, no creo que tengas que avergonzarte por ello, no es algo que hayas podido elegir.
—Ojalá fuera todo tan fácil.
—Es fácil, sólo tienes que olvidarte de toda esa gente que no te aporta nada. Sólo son personas que se mueven por envidia— los ojos se le llenaron de lágrimas, aunque ninguna hizo acto de presencia ni resbaló por sus mejillas—. Tienes que mirar dentro de ti. ¿Qué te hace feliz?
—¿Qué clase de pregunta trascendental es esa?
—¿Trascendental? ¿Te parece trascendental pensar en lo que te hace feliz? Es necesario tener las ideas claras, saber lo que de verdad te gusta. Saber lo que te hace feliz te ayudará a recorrer el camino y a salvar los baches que pueda haber en él. Es necesario diferenciar entre lo que debes hacer, digamos que, por obligación, lo que haces por hacer feliz a otros y lo que verdaderamente te hace feliz a ti.
No pude evitar sentir que esa conversación se llevaría gran parte del oxígeno que estábamos respirando. No se sentía cómoda, pero tenía que tocar la herida. Sólo así esa chica que se había olvidado de sí misma entumecida por el miedo podría avanzar, pero tenía que respetar sus tiempos. No debía insistir más allá de lo moralmente permitido. Tenía que nacer de ella, forzar su desahogo sólo supondría más presión.

Permanecimos abrazados en silencio el tiempo suficiente para que Morfeo empezase hacer acto de presencia y quisiese robarme la consciencia, pero no lo suficiente como para que llegase a oír como de sus labios brotaban palabras de agradecimiento.
—¿Por qué me das las gracias? — la voz se rompió al salir por mis cuerdas bocales adormecidas.
—Por estar aquí— apretó con fuerza mi brazo que rodeaba su cuerpo—. Por darme una oportunidad. Por dejarme ser.
Creí que me moriría allí mismo si no la besaba en aquel preciso instante. Hice un esfuerzo sobrehumano para contener mis ganas. Si seguía demasiado tiempo así acabaría explotando, aunque las ganas de no querer romper el momento, de guardarlo dentro de mi como algo especial eran muy fuertes. Sin embargo, supe que tarde o temprano iba a suceder. Que estaba sucediendo sino lo había hecho ya. Lo supe en el mismo instante en que cogió mi mano e insistió en que no la dejará sola. En el momento en que dijo que aprovecháramos el verano como si el mundo se fuese a acabar mañana. Que la contara cosas de mí. Y entonces…entonces sentí que caería rendido a sus pies. Que era inevitable no hacerlo. Esa chica había llegado con la fuerza de un tsunami para poner mi mundo del revés.

25

Unax

Algo me movió a aceptar la invitación de Rocío para reunirnos en su apartamento, aunque más bien creo que fue la preocupación de que algo no fuera del todo bien. Reconozco que le propuse varias alternativas para poder vernos en cualquier otro lugar, no quería que las cosas con Alex se torciesen más de lo que estaban, pero no me dio muchas opciones. El plan era sencillo, me reuniría con ella no más de media hora y me iría a trabajar. Al llegar, me sentí sorprendentemente incómodo frente al portal. Creo que en la retina llevaba impresa la duda de que aquello más que una charla a dos fuese una encerrona que Rocío había preparado para hacernos coincidir cara a cara, frente a frente, a Alex y a mí. Conociéndola la idea no era descabellada. A veces saciar su propia curiosidad nos ponía al resto en apuros innecesarios. Aun así, seguí adelante con lo que me había propuesto. Sería media hora. Nada más.

Llamé al portero una vez y esperé.

Dos veces. Seguí esperando.

Tres. Un ruido salió del interfono, pero Rocío no respondió simplemente pulsó el timbre que accionaba la apertura de la puerta. No era muy lógico que me sintiese nervioso, había ido cientos de veces allí. Que el corazón me diese puñetazos en el pecho tampoco ayudaba mucho, pero pensar en la reacción que Alex tendría conmigo si estaba en el apartamento no me hacía sentir mejor.

Joder, no había sido una buena idea.

Solo hacía unas horas que ella había cruzado la puerta de aquel portal después de que me hubiera dejado claro que no teníamos nada de qué hablar. Cuando llegué la puerta estaba abierta, me sorprendió, pero no por ello me quedé fuera. A simple vista, no había nadie.

—Estoy aquí— grité para que me oyese— la puerta de la habitación se abrió y volví a ver la cara de Alex. Su rictus me dejaba claro que no era la persona que esperaba, pero al menos no me obligó a marcharme.

Me llamó la atención ver que aún llevaba puestos los vaqueros, el jersey azul y la camisa blanca que llevaba cuando nos vimos en la estación. Cerré la puerta mientras observaba como se dirigía hacia el sofá para doblar una manta que segundos antes descansaba hecha un revoltijo sobre la superficie dejándola sobre uno de los reposabrazos.

—¿Te has quedado dormida? — me ignoró y sentí que tenía que excusar mi presencia allí —. Rocío me ha obligado a venir— soné patético, como si no fuese lo suficientemente mayorcito como para que nadie me obligase a hacer algo que no quisiera.

Me encaminé hacia la mini barra de la cocina tratando de distraer mi atención en algo que no fuera ella. Abrí un armario y cogí un vaso.

—Cualquiera podría decir que el que vive aquí eres tú—ciertamente Rocío nos permitía esas licencias, lo único que no podíamos tocar eran los cajones en los que guardaba la lencería fina.

Alex se acercó hacía la zona de la cocina y se sentó en uno de los taburetes que había frente a la barra.

—No es la primera vez que vengo, pero me iré enseguida. Entro a trabajar en menos de una hora.

—¿Trabajas de noche? — sabía que se hacía preguntas, yo también me las hacía, por eso fui franco y contesté proporcionándole la información que buscaba.

—Trabajo en el *Hospital 12 de Octubre*.

—¿Medico? — asentí—. Vaya, objetivo cumplido.
—Se puede decir que más o menos así ha sido.
—¿Más o menos? — bebí un sorbo de agua.
—Las cosas no han sido en su totalidad como imaginé que serían.
—Eso solo pasa cuando se sueña muy alto.
—O cuando te equivocas en las decisiones que tomas por el camino—no añadió ni una sola palabra más, pero quise seguir intentando un acercamiento—. ¿Y qué hay de tus sueños? ¿Qué te hizo cambiar de rumbo?
—Las cosas no fueron como imaginé que serían.
—¿Soñaste muy alto?
—Tuve que tomar decisiones para solucionar los errores que otros cometieron—miró su muñeca. Quería saber la hora en un reloj que evidentemente no se encontraba en su brazo. El tiempo escaseaba. La tregua que parecía estar dándome se podía acabar en cualquier momento. Tenía que aprovechar cada puñetero segundo si quería volver a ganarme su confianza.
—¿Has puesto el cronómetro? — me pareció percibir que contenía la risa, aunque no podría asegurarlo. No había que ser muy listo para saber que era difícil haberme convertido en un ser tan gracioso en las escasas tres horas en las que no nos habíamos visto.
—No llevo reloj. El móvil no tiene batería y creo... no sé ni dónde lo he dejado—ahora el que se reía era yo.
—Punto para mi—abrió los ojos como platos recordando perfectamente nuestro juego—. Que sigas teniendo poco interés por la tecnología creo que esta vez jugará a mi favor. No me distraerá la presión del tiempo.
—¿La presión del tiempo?
—Te pedí media hora para hablar en una cita que no conseguí, es el tiempo justo que he reservado para hablar con Rocío antes de ir a trabajar, no voy a tirar los minutos ahora que parece que la suerte está de mi lado.
—Rocío esta al llegar, pensé que eras ella cuando abrí la puerta, a veces se olvida las llaves.
—¿Dónde se ha ido?
—Al supermercado a comprar algo. Tenemos el frigorífico vacío y los armarios temblando— me reí internamente mientras la miraba embobado.
—Te sientan de maravilla las rayas del sofá que tienes marcadas en la cara—la frase era pésima, pero era la verdad de lo que veía.
—¿Dirías lo mismo si tuviera aún la baba colgando? —hizo un gesto que pretendía que me diera asco.
No lo consiguió.
Era imposible.
—Créeme si te digo que te imagino de mil y una formas en mi cabeza y todas me encantan—supuse que se tapaba la cara para ocultar que se había ruborizado o para contenerse y no mandarme a la mierda. Me estaba comportando como un auténtico gilipollas—. ¿Crees en el destino?
—¿A qué viene eso ahora Unax? —era la primera vez que la oía pronunciar mi nombre en voz alta desde que nos habíamos vuelto a ver.
Me gusto.
Mucho.
—Es una pregunta sencilla, para matar el tiempo hasta que llegue mi cita. ¿Crees en eso de que hay personas abocadas a encontrarse?

—Creo en las casualidades. Nada más.
—Entonces, no deberías acercarte tanto—dije mientras rodeaba la barra de la cocina y me sentaba en el taburete que quedaba libre junto a ella.
—No recuerdo haberme movido de donde estoy—me gustó sobremanera como me sostuvo la mirada—. ¿Acaso corro peligro? — esa frase encendió todas mis alarmas. Quizás demasiadas, lo veía venir, iba a volver a hacer el gilipollas.
—¿No le dijo algo parecido al lobo feroz Caperucita Roja o también fue una casualidad que se encontraran en casa de la abuelita?
—Está claro que no tienes ni idea de como es el cuento.
—¿Qué le dijo?
—Vengo a hacerte una visita y a traerte unos ricos dulces para merendar—el timbre sonó irrumpiendo de forma muy inoportuna aquel momento.
Alex se levantó hacia la puerta mientras brotaba una carcajada de su boca que me dejó atontado por unos segundos. ¿Cómo podía haber adormecido en mi mente aquel sonido tan maravilloso? Era como un coro de ángeles resonando en mi cabeza.
Hostia. Espera. ¿Un coro de ángeles resonando en mi cabeza?
¿Cómo había podido pensar algo así si no llevaba ni una gota de alcohol en sangre? Abrí uno de los cajones buscando no sé qué para salir como fuera del atontamiento celestial en el que me había sumido.
—Mira antes por la mirilla. No vaya a ser que te encuentres con alguien que no esperas—se giró hacia mí y me enseñó su dedo corazón lo que confirmó que definitivamente estaba perdiendo la cabeza porque su reacción me gusto, la chica que conocí en aquel hospital francés acababa de hacer acto de presencia.
Se acercó a la puerta mientras el timbre no cesaba de sonar. Sí que venía con energía Rocío, como no bajase la intensidad iba a quemar el interruptor. Algún rastro de duda debió de asomar por la mente de Alex porque me hizo caso y miró por la mirilla. Pude observar como palideció de inmediato. Supongo que no esperaba a quien quiera que estuviese al otro lado de la fina lámina de cartón piedra de la que estaba compuesta su magnífica puerta blindada. Llenó la caja torácica de aire demasiado deprisa. Algo no iba bien. Me levanté, pero me frenó con un gesto. Llevo su dedo índice a los labios simulando un gesto de silencio. Sin duda había recordado que cualquier cosa que hablásemos, aunque fuese en un tono neutro podría oírse perfectamente al otro lado de la puerta. Me fue empujando poco a poco hasta que estuvimos dentro de la habitación de Rocío. El lugar más alejado de la entrada al apartamento, aun así, cerró la puerta mientras el timbre no dejaba de sonar.

26

Unax

—¿Nos estamos escondiendo? —no me gustaba lo que su rostro me transmitía porque significaba que había cosas que no habían cambiado a pesar del tiempo. El miedo y la inseguridad parecían seguir siendo sus compañeros de viaje.
—Métete debajo de la cama.
—Querrás decir dentro de la cama— guiñé un ojo tratando de quitar tensión a la situación.
—No te hagas el gracioso. No es el momento.
—¿Pretendes que me meta ahí debajo? — Alex se acercó a mí para hablarme casi al oído.
—Estoy segura de que te has escondido en sitios peores— me alejé de su cuello, aunque las sensaciones que me provocaba su cercanía me pedían todo lo contrario.
—Siempre me han recibido con una gran alfombra roja— bromeé—. Punto para mí.
—Eso no suma puntos, los quita — estuve tentado a seguir con nuestro juego, pero empezaron a golpear la puerta con tal intensidad que pensé que se acabaría cayendo al suelo. Sus ojos me trasladaron pánico. La distracción que nuestra conversación había provocado en ella se acaba de disolver como un azucarillo en una taza de café caliente.
—Hazme un favor y no te muevas de aquí.
—¿Se puede saber de quién me escondo? — cerró la puerta de la habitación sin responderme.

A pesar de los golpes me concentré en oír sus pasos hasta la puerta y lo hice con tanta intensidad que juraría que pude oír como llenaba sus pulmones de aire y lo expulsaba con cierta cadencia buscando una calma que se resistía a aparecer. El clic del pasador de la puerta me marcó el siguiente paso en la escena que estaba a punto de presenciar.
—¡Tienes el móvil desconectado! —la voz que se dirigía a Alex no era nada amable—. ¡Otra vez! ¡Es que no vas a aprender nunca!
—Lo siento, no sé dónde he dejado el cargador.
—*Mon Dieu*, son casi las diez de la noche, ¿sabes que llevo todo el día como un loco intentando localizarte?
—Creí que habías regresado a París.
—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir?! ¡Llevo todo el día tratando de localizarte! — el tono era cualquier cosa menos amigable.
—Estaba cansada y me he quedado dormida en el sofá, nunca pensé que estarías buscándome.
—¡Podías ponerte en mi lugar por una vez! — cogí el pomo de la puerta con intención de hacerme visible porque algo en mi interior me decía que no podía permitir que lo que fuera que estuviera pasando allí se prolongase por más tiempo.

No necesitaba oír más. Abrí la puerta lo suficiente como para comprobar que Alex me había sentido a sus espaldas. Como si de un acto reflejo se tratase se movió hacia el sofá cambiando su posición. El tipo la siguió de modo que perdió totalmente el ángulo de visión que le hubiera permitido verme asomar por la puerta de la habitación.
—¿Qué haces aún en Madrid?
—Te dije que había planeado pasar la semana juntos. No sé ni siquiera por qué — parecía alterado—. Te dejé un mensaje recordándotelo.
—Me dejaste un mensaje en el que me decías que tenías mucho trabajo. ¿Cómo me iba a imaginar que seguirías en Madrid? — había preocupación en sus palabras como si le debiera

algo. Ese tío había entrado por la puerta tocando tambores de guerra. ¿Por qué quería que dejasen de sonar?
—Solo pretendía seguir con tu broma. Fuiste tú la que dijiste que ibas a Sevilla por trabajo.
—¿Desde cuando haces ese tipo de bromas, Eric?
¿Eric?
—Siempre las he hecho, aunque a lo mejor no se me han dado demasiado bien— la cara que Alex puso confirmaba su teoría, pero activó en él un resorte, si quería tenerla de nuevo en su bando tendría que cambiar la estrategia que estaba siguiendo.
—Ven aquí, *Princesa*—se acercó despacio para cobijarla bajo sus brazos y contra todo pronóstico Alex se dejó abrazar.
Sin duda desde que había vuelto a verla mi propia personalidad había sufrido una regresión absoluta a la etapa de mi adolescencia, pero me importaba una mierda en ese momento.
¿Princesa? ¿Ahora era el puto Romeo hablándole a su Julieta?
No tenía derecho a sentir lo que sentía, pero hubiera sido capaz de darle un puñetazo. Poner un ojo morado en esa cara de arrogante hubiera estado bien. Definitivamente los tipos rubios trajeados acaban de incluirse en mi lista negra, pero me contuve. Ya no tenía quince años, aunque tenía muy claro que ese tío no me gustaba un pelo.
—Deambulas por la vida de un lado a otro — la besó en la frente y la sangre me empezó a hervir —. Tienes que parar, tienes que centrarte en lo verdaderamente importante. No estás sola — pues claro que no lo estaba tenía gente a quién le preocupaba de verdad.
—Te propuse pasar el fin de semana juntos.
¿De verdad hiciste eso, Alex?
—Quería darte una sorpresa, aunque hubiera preferido dártela en París. Nuestro sitio está allí. Nuestra ciudad, nuestros amigos, nuestra vida.
—Eric sabes que…
—No te empeñes, los malos recuerdos no existen— tardó en responder por qué buscaba deshacerse de su abrazo.
—Soy un desastre.
¿Por qué decía algo así?
John me había hablado maravillas de ella cuando nos quedamos solos en la pick up después de haberla dejado en el apartamento. Le había hecho falta muy poca información para sumar dos más dos y caer en la cuenta de que Alex era la chica de la que le había hablado cuando nos conocimos en Ámsterdam.
¿Por qué ese capullo no le decía que se equivocaba?
Era brillante.
Inteligente.
Siempre había querido salvar a medio universo a pesar de su tragedia particular. Joder, no entendía nada de lo que estaba sucediendo. Necesitaba saber por qué había decidido abandonar sus sueños y ese tío formaba parte de su vida cuando lo había echado de ella hacía mucho tiempo.
—Deberías descansar, tienes mala cara y cada vez estás más delgada.
Eres listo como un conejo. ¿Dónde estudiaste? Me muero por hacer un postgrado en la misma facultad.
—Eso era exactamente lo que estaba haciendo hasta que llegaste.
¿Mintiendo? Interesante.
Reculé hacia la habitación todo lo sigilosamente que pude hasta guarecerme de nuevo detrás de

la puerta de la habitación que dejé ligeramente entreabierta justo en el preciso instante en que Eric se movió para dirigirse a la barra de la cocina. Aquella coincidencia a Alex le robó unos cuantos latidos antes de poder reaccionar con normalidad.
—¿Durmiendo? —levantó el vaso de agua al que había dado dos sorbos antes de tener que esconderme en la habitación—la cerradura se giró salvando fortuitamente a Alex.
—Te presento a Rocío, mi compañera de piso— dijo señalándola con complicidad. No sé quién de los dos puso una cara más rara si el rubito o Rocío. Se notaba que ninguno de los dos tenía ni idea de quién era el otro.
—¿Y tú eres? — dijo Rocío señalando descaradamente a quién consideraba un intruso en sus dominios.
—Soy Eric. El novio de Alex.
¡Hostia!
Extendió la mano para saludar a Rocío, pero se quedó en el aire. Yo se la hubiera retorcido detrás de la espalda hasta inmovilizarlo y echarlo de allí a patadas.
¿Por qué? Ni puta idea.
Miento. Me había jodido la etiqueta que se había colgado.
—Así que tú eres el holograma— dijo Rocío con aire chulesco mientras dejaba las llaves sobre la barra, cogía mi vaso de agua y se lo bebía de golpe—. No te imaginaba así.
—¿Cómo me imaginabas? — respondió dos o tres palmos por encima de ella.
—En realidad, no te imaginaba— dijo colgando el bolso que llevaba a modo de bandolera en uno de los percheros que había colgados en la pared—. Tengo cosas mejores en las que pensar— adoraba a Rocío. Era el mejor subidón de realidad que un engreído como aquel podía merecerse.
—Eric ha venido a darme una sorpresa—interrumpió Alex con cierto nerviosismo tratando de evitar que la tensión entre ambos acabase explotando—. Así que me arreglo un poco y nos vamos— él asintió mientras Alex se acercaba a la habitación.
—¿Pero tú no acabas de llegar de viaje? ¡Este tipo debería saber que lo que necesitas es descansar un poco!
—Descuida la cuidaré mejor que nadie—la rubia chasqueó la lengua—. *Princesa…*— Alex se giró para mirarle de nuevo—, no tardes en prepararte estoy ansioso por irnos de aquí cuanto antes.
Alex se encaminó hacia la habitación mientras fui espectador de como en ese preciso instante, Eric y Rocío, eran dos trenes a punto de chocar.
—¿Me disculpas un momento *Príncipe?* —dijo con sorna uno de esos trenes mientras desviaba el impacto y seguía a su amiga hacia la habitación.
El espacio era reducido por lo que me pegué a la pared con dos finalidades. La de no ser visto y la de dejarlas entrar sin dificultad. Una vez que estuvieron dentro Rocío cerró la puerta con más fuerza de la recomendada porque el portazo que se sintió a sus espaldas me sorprendió hasta a mí. Alex la miró con cara de pocos amigos mientras Rocío posaba sus ojos en mi tratando de entender que narices hacía allí escondido como un vulgar ladrón.
—¡¿Qué cojones haces tú aquí?!
—Me invitaste tú a venir—la recordé, aunque no me escuchó.
—¿Tienes al novio fuera y al amante escondido en el armario? — dijo entre risas mientras trataba de zafarse de las manos de su compañera que intentaba cubrirle la boca.
—Ssshhh, habla más bajo, se oye todo.
—Estoy en mi casa puedo decir lo que me dé la gana.
Alex cogió la maleta que horas antes había ocupado un espacio del maletero de mi Toyota Hilux,

la posó sobre la cama y la abrió.
—¿Qué haces?
—Ha venido a pasar el fin de semana conmigo.
—Y tú acabas de venir de Berlín, con un peaje en Sevilla, tienes que estar echa polvo, ¿no puede entenderlo el estirado ese?
—Agradezco que te preocupes por mí, pero es importante que resuelva ciertos asuntos pendientes.
—¿Asuntos pendientes? ¿Qué clase de asuntos? ¿Es la primera noticia que tengo de que tienes asuntos pendientes con ese tío que no ha aparecido por aquí en el tiempo que llevamos viviendo juntas? ¿En serio te vas a ir con él?
—Se que es difícil de entender, pero confía en mí es lo que estoy haciendo.
¿Entenderlo?
Me jugaba el pescuezo a que ese tío era Eric. El Eric del que no quería saber nada. ¿Qué demonios había pasado estos diez años?
—No me jodas, Ale. Es un estirado, se puede oler incluso a través de esta puerta. He visto cientos como ese.
—A veces para descubrir la verdad hay que pasar por alto ciertos temas que no nos agradan a simple vista.
—¿De qué estás hablando, Alex?
—Es sólo una corazonada, Rocío, tengo que seguirla hasta el final o acabaré arrepintiéndome.
—¿Aunque para ello estés corriendo un riesgo? —me miró. Los dos sabíamos por qué acababa de decir algo así.
—Hay riesgos controlados, Unax, este es uno de ellos—no me convenció su respuesta, aunque me tenía que mantener al margen, ya no pintaba nada en su vida.
—¿Puedes explicarnos qué clase de corazonada tienes? —Rocío levantó la voz para volver a silenciarla ante el gesto de Alex—. Dile algo Unax porque voy a empezar a echar espuma por la boca.
Que dijera algo. Yo, que le hubiera estampado un puñetazo en toda la jeta nada más oírle abrir la boca sin saber aún quien era. No era buena idea que dijera algo.
—Es un gilipollas, con corbata, pero un gilipollas—Alex me fulminó con la mirada mientras Rocío se situó a mi lado para darme unas palmaditas en la espalda. Sin duda estábamos en el mismo bando, aunque esa posición me haría perder los pocos puntos que me habían permitido acercarme mínimamente a ella hacía escasos minutos. Creo que estaba saliendo todo al revés de como me hubiera gustado.
—Ya veo que pensáis lo mismo.
—Es imposible no hacerlo—me sinceré porque ambos sabíamos algo que a Rocío se le escapaba, aunque había llegado a la conclusión de que Eric no era un buen tipo sin tener toda la información a su alcance.
La vimos como se quitaba el jersey y lo tiraba sobre la cama con total despreocupación, sin que nuestra presencia la intimidarse, se desabrochó la camisa y empezó a desvestirse. Supongo que pensó que no había nada que no hubiese visto antes, pero contuve el aliento. La visión que tenían ante mis ojos me arrugó por dentro y me encogió el alma. Sin duda no era lo que esperaba. Rocío agarró mi muñeca y me apretó con fuerza, era una clara señal de que al verla confirmamos la misma preocupación. Era un amasijo de huesos y piel.
—Alex...— se giró ligeramente levantando la vista hacia mí. Al ver mi reflejo en ella no necesitó más explicaciones. Inmediatamente fue consciente de que se había expuesto demasiado. Se

cubrió rápido con un vestido de pequeñas flores que sacó del que parecía su lado en el único armario que había en la casa.
—Es solo estrés—respondió sin necesidad de que formuláramos la pregunta mientras acompañaba su atuendo con una chaqueta gorda de punto que llegaba hasta el dobladillo del vestido—. Estoy bien.
—No estas bien, Alex, no puedo compartir lo que dices— traté de acercarme a ella, pero estiró su brazo para marcar nuestras distancias.
—Es sólo una mala racha, tengo muchas cosas en la cabeza y creo que estoy muy cerca de descubrir lo que llevo tantos años buscando. No puedo desviarme de ese objetivo—se centró de nuevo en la maleta. Quería salir de allí, se notaba demasiado. Retiró lo que parecía ropa usada y la llevo al cesto de la ropa sucia que había en el baño. No había secretos. Todo era demasiado pequeño como para poder ocultar cualquiera de sus movimientos. Cogió ropa y mudas limpias y rodeó su cuello con un pañuelo.
Se tapaba demasiado.
Seguía queriendo pasar desapercibida.
Ocultarse de las miradas indiscretas.
Pasar de puntillas para no ser descubierta.
Seguía escondiéndose del mundo.
—Necesitas un chequeo médico— lo haría, aunque tuviera que subirla a mis hombros y comportarme como un hombre prehistórico.
—Me alegro de que te intereses por tus pacientes, Unax, pero yo no soy uno de ellos.
Me dolieron sus palabras porque arrastraban el odio que seguramente había ido acumulado con los años. No tenía ningún derecho sobre ella, pero necesitaba cuidarla. Se lo debía por todo el daño que era evidente que la había hecho.
La puerta se abrió de golpe. Eric se había cansado de esperar. Su arrogancia le impedía mantenerse al margen de lo que su novia y su compañera de piso estuvieran hablando.
Todo era muy reducido.
Éramos tres.
No había sitio dónde esconderse.
Llegar a la cama para ocultarme donde Alex había querido que lo hiciera minutos antes era imposible. El baño estaba frente a mí. Era prácticamente imposible librarse de aquel enc aquel encontronazo.

27

Alexandra Muller
Diez años antes

Aquella noche nos dormimos acurrucados en el sofá del salón. Al despertar, sentí que el olor a croissant de mantequilla recién hecho y a café, sustituía el cálido contacto de la piel de Unax. Me sentía relajada, tranquila con una sensación de paz que no recordaba haber sentido antes. Al verlo aparecer con el pelo mojado, el torso desnudo y un pantalón de chándal gris, sentí que quería aferrarme de nuevo a él.

—Hoy empieza la parte del verano en la que me convierto en el capitán de la nave— me guiñó un ojo—. El café está listo.

—¿Y eso que huele tan bien? — sabía la respuesta, pero no me resistí a formular la pregunta si con ella era capaz de obtener algo más de información. Se había ido de mi lado y no me había enterado. Podía haber estado en peligro y no me hubiera dado ni cuenta.

—He salido a correr. Necesitaba hacer algo de ejercicio. Al volver pasé por esa cafetería en la que tenían bollos recién hechos y no pude resistir la tentación— sonrió—. Como dormías como un angelito he aprovechado para darme una ducha— no podía dejar de deslizar mi mirada por su cuerpo grabando cada detalle. Tenía la piel dorada e impoluta—. También he hecho café, aunque puedes darte una ducha primero si quieres.

—¿Me da tiempo?

—Si no conviertes la ducha en un baño de espuma relajante de una hora podré esperar sin comerme todos los croissants.

—Prometo no hacerlo.

—¿Tienes la ropa preparada?

—¿Qué?

—La mochila. Hoy empieza lo bueno, Gruñona. Nos convertiremos en nómadas por un tiempo.

—¿Tengo que llevar algo en especial?

—Ropa interior limpia— le tiré un cojín de los que tenía a mano que cogió al vuelo—. ¿Qué? ¿No te decían eso tus padres? No sé qué extraña razón lleva a las madres a recordarte siempre que tienes que llevar una muda limpia contigo allá dónde vayas.

—¿A lo mejor para recordaros la importancia de la higiene personal? — me mofé mientras pasaba por delante de él camino del baño.

—Eh, que yo soy un tío muy limpio— le oí canturrear a mis espaldas.

Cuando terminé de desenredarme el pelo, caminé descalza por el pasillo hasta la cocina dónde Unax tenía preparadas dos tazas de café y una bandeja con la bollería en la encimera de la cocina.

—Creo que no te he dado las gracias por preparar este estupendo desayuno—le dije mientras me sentaba en la encimera de la isla de la cocina y me llevaba un bollo a la boca.

—No tienes que darme las gracias por todo— me respondió—. ¿Café?

—Si, gracias.

—Vamos a estar juntos en una furgoneta de no más de seis metros cuadrados— dijo mientras me imitaba sentándose a mi lado—, te puedo asegurar que en un par de horas dejarás de darme las gracias y desearás retorcerme el pescuezo.

—¿Pretendes librarte de mí en dos horas?

—Sólo pretendo abrirte los ojos. Soy un poco caótico.

Llevábamos el tiempo suficiente compartiendo momentos juntos, como para saber que Unax era cualquier cosa menos caótica. Diría que tenía las cosas perfectamente planificadas en su mente. Era el norte de la brújula que en mi piel se mostraba sin rumbo. Si eso era el caos, quería experimentarlo junto a él. Sabía que estar a su lado me permitiría que todo pareciese normal, aunque seguía inquietándome la idea de que pudiera pasarle algo por el mero hecho de estar cerca de mí.

—Murieron en un accidente de coche — bajó la taza de café que sostenía en sus manos hacia su regazo.

Su rostro delataba la sorpresa que mi confesión inesperada le había provocado, pero no dijo nada, se mantuvo en silencio dándome el espacio que sabía que necesitaba para que pudiera contarle lo que supongo llevaba esperando tiempo escuchar.

—Fallaron los frenos antes de que entraran en una curva. Mi padre perdió el control del vehículo— tomé aire para continuar, aún me afectaba demasiado recordar lo que había sucedido—. Intentó minorar la velocidad reduciendo las marchas, pero no pudo evitar que el coche saliera disparado en línea recta arrastrando la mediana y dando vueltas de campana enloquecido—en aquel momento Unax decidió dejar la taza para bajarse de la encimera.

Se situó frente a mí y posó sus manos sobre mis rodillas.

—Los sanitarios que los atendieron me dijeron que mis padres no habían sufrido, aunque lo supe después de unos días, habían muerto en el acto. Sin embargo, Belmont…— el nombre de mi hermano se atascó en mi garganta. Mi mente aún era capaz de devolverme el reflejo del miedo en sus ojos—. Belmont llegó por su propio pie al hospital— Unax me quitó la taza vacía que tenía entre las manos para dejarla en el fregadero—. Estaba vivo…—la emoción llegó a mi garganta sin que pudiera hacer nada para impedirlo al recordar el momento en el que incluso pude abrazar a mi hermano.

Unax quiso ayudarme para aliviar esa sensación acariciando mi mejilla mientras con su mirada trataba de transmitirme calma. Sabía que no me iba a presionar para que siguiera hablando. Había tenido muchas oportunidades para hacerlo, sin embargo, había aguantado estoicamente mis evasivas. Escucharía lo que quisiera contarle sin obligarme a ir más allá. No tenía prisa por saber. Estaba siendo muy paciente conmigo. Tiró suavemente de mi haciéndome bajar de la encimera para poder envolver mi cuerpo con sus brazos. Me sentí por primera vez desde el accidente protegida. A salvo. Dejó que su barbilla reposara en mi cabeza y sentí el abrigo de su pecho en mi cuerpo. Ese arropo fue el mejor regalo que me habían hecho en mucho tiempo. Sobraban las palabras. Cuando el dolor es tan profundo las palabras pueden llegar a molestar. Su cercanía, su contacto era mucho más balsámico que cualquier analgésico. Por eso di rienda suelta a las lágrimas que se agolpaban en mis mejillas después de casi un año sin permitirme a mí misma derramar una sola lágrima más, y tomé la firme decisión de confiar en él.

—Belmont sufrió una hemorragia interna, se murió en mis brazos. ¡yo debería haber estado con ellos en ese coche!

Esperó.

No contestó de inmediato.

Me dio tiempo a que me recompusiera mínimamente.

—Alex— levantó mi barbilla para que nuestras miradas se cruzasen de nuevo—. Si no estabas en ese coche es porque no tenías que estar.

—No fui a ver a Belmont a su último partido de la temporada — sollocé—. Estaba

celebrando el fin de curso con mis amigos.

—Como hubiera hecho cualquier otro en tu lugar—secó las lágrimas que rodaban por mis mejillas con las palmas de sus manos—. Culpabilizarte de lo que sucedió no cambiará las cosas.

—No lo entiendes.

—Explícamelo para que pueda hacerlo— dijo calmadamente.

—Si te lo cuento tal vez no quieras continuar el resto del verano conmigo.

—No me tengo por un cobarde y ahora, mucho más que en todo este tiempo, me gustaría saber por qué crees que saldría corriendo.

Tomé todo el aire que cabía en mis pulmones e intenté dosificarlo para cargarme del valor suficiente. Iba a confesar a aquel chico que había irrumpido en mi vida como un extraño, lo que apenas nadie sabía. No sé como lo había hecho, pero había sido capaz de infundirme esa confianza que nadie me había proporcionado antes. Se había ido ganando poco a poco un espacio en mi mente y en mi alma. Me había permitido el lujo de ser yo misma sin pedir nada a cambio. Merecía conocer mis verdaderos miedos.

—El accidente fue provocado— tragué saliva porque la boca se me secó al pronunciar esas palabras—. Los frenos fueron manipulados. Esa misma noche nos íbamos a la casa de veraneo en Biarritz. Antes de irnos de vacaciones mis padres tenían la costumbre de hacer una puesta a punto del coche. Lo habían llevado al taller de la marca de confianza a la que siempre entregaban el cuidado de todos los vehículos que teníamos. Nunca habíamos tenido problemas. Mi padre confiaba ciegamente en ellos, por eso, siempre ponía en sus manos nuestra seguridad.

—Si lo que dices es cierto. No tiene mucha lógica que fueran ellos los que manipularan los frenos. ¿Qué fue lo que falló?

—Es más fácil de lo que creemos encontrar el punto débil de alguien— quise bajar la mirada me costaba mirarle, pero él lo impidió alzando de nuevo mi barbilla—. Llegar a corromper a alguien es sólo cuestión de billetes sobre una mesa. El límite lo da la cantidad que te puedan o quieran ofrecer y la existencia de algún punto débil con el que puedan chantajearte.

—¿Tanto como para que alguien esté dispuesto a perder su trabajo si las cosas salen mal?

—Créeme el dinero lo puede todo.

—Una afirmación demasiado categórica—supe que no compartía mi pensamiento, aunque no me lo hiciera saber—, aunque si se ha podido demostrar que sobornaron a alguien los gendarmes tendrán a ese hijo de puta entre rejas los suficientes años como para que no se le ocurra volver a hacer algo parecido — me sorprendió palpar tan nítidamente como le invadía la rabia, algo que hizo que le sintiera más cerca de mí.

—Era el taller de confianza de todos los coches que teníamos, puedes imaginar con eso que no hablamos de ningún taller de barrio. La gente de un cierto nivel social en París confiaba también en ellos. Que saliera a la luz que habían sobornado a uno de sus trabajadores podría traerles muchos problemas. Los empleados tienen que cumplir unas normas, a veces puede llegar a sorprender como siendo mecánicos no tienen ni una pizca de grasa en sus monos de trabajo. Una norma que descubrí más tarde, les obligaba a tener dos monos de trabajo. Uno para las reparaciones y otro para presentarse sin rastro de suciedad delante de los clientes. Lo sé, en determinadas esferas se puede llegar a ser muy absurdos o muy inteligentes para, depende de como queramos interpretarlo, mantener un negocio a flote a costa del esnobismo de los potenciales clientes.

>> Habían contratado al sobrino del jefe de taller, un hombre que estaba a un paso de

jubilarse. Al parecer se habían encargado de ocultar que el chico tenía problemas con las drogas. Acababa de salir de un centro de desintoxicación y la familia estaba tratando de rehabilitarlo por completo. Sabían que no conseguirían que fuese contratado en el taller si mostraban su verdadera carta de presentación por lo que se encargaron de generar un curriculum a su alrededor intachable. Eso unido a la profesionalidad que el jefe de taller siempre había demostrado y a que durante los primeros tres meses de prueba cumplió con el cometido que le encomendaron, hizo que pudiera entrar a formar parte del personal en plantilla —hice un alto en mi explicación al notar que la voz se me quebraba.

—Joder, ¿no hay nadie que se encargue de revisar y validar la profesionalidad de la gente?

—El jefe de taller lo había pedido como un favor personal. Dijo que él mismo respondería por el chico si llegaba a pasar algo.

—Intuyo que ese chico dio al traste con las buenas intenciones de su tío.

—Así es.

—¿Cómo salto todo a la luz?

—El lugar dónde mis padres tuvieron el accidente no entrañaba ningún peligro. Había demasiada visibilidad y no había rastro de que algún objeto o animal se hubiese cruzado en mitad del asfalto.

—Por eso, decidieron analizar el vehículo.

—Había quedado prácticamente inservible, pero un buen amigo de la familia con una buena posición dentro del equipo policial francés decidió ir un poco más allá del protocolo que hay establecido en este tipo de accidentes. Encontrar a los pocos días del accidente de mis padres en un parque muerto por sobredosis a uno de los trabajadores del taller le dio que pensar y ató cabos.

—Joder, ¿lo hizo por un chute?

—Dicen que el porcentaje de la gente que vuelve a recaer a las pocas semanas de salir de los centros de desintoxicación sigue siendo más alto del deseable. Volver a la vida normal les acerca de nuevo a los entornos que les hicieron caer. Sin una buena supervisión y control es difícil que se libren de volver a las andadas, pero en este caso no necesitó hacerlo, sin duda le pusieron el caramelo en las manos. La droga que se metió era demasiado pura, difícilmente se encuentra en el mercado algo así. Era evidente que no había otro final para él, el riesgo a que algún día se fuera de la lengua y les chantajease era demasiado alto, por lo que había que cortar por lo sano.

—¿Quién está detrás de esto?

—No lo sé, la policía no ha podido averiguarlo. Es uno de tantos casos que se quedan sin resolver. Una tragedia más en la que se vio implicada una de las familias de buena posición social en París. Eso fue lo que dijo la prensa sensacionalista.

—Pero eso no es una justificación de peso como para que alguien no pague por cometer una atrocidad como ésta.

—El despacho de arquitectura de mis padres estaba la mayor parte de las ocasiones vinculado a trabajos importantes y de prestigio. La empresa salía en todos los foros cada vez que se quería construir un inmueble relevante, ya fuera en el ámbito público o en el privado, supongo que eso podría llegar a generar algún que otro enemigo. La adjudicación de las obras a altos niveles a veces no es todo lo limpia y transparente que se presume— iba a confesarle mis verdaderos miedos—. No quiero creer que mis padres estuvieran involucrados en algo tan turbio como para que alguien quisiera quitarse de en medio a una familia entera.

—¿Por qué has llegado a pensar algo así?

—Los medios de comunicación pueden llegar a ser muy dañinos e incluso llegaron a hacerme dudar, pero les conocía lo suficiente. Sé quiénes eran y desde luego, nunca se lucraron de su trabajo.

— ¿La policía tiene sospechas de que haya algo turbio detrás?

—La gendarmería francesa tiene cursadas cientos de denuncias interpuestas por mí.

—No te entiendo, ¿denuncias tuyas? ¿Por qué?

—Por qué recibo amenazas constantemente.

—¿Recibes amenazas? ¿Y dónde cojones está la policía? ¿Dónde está la protección que necesitas hasta que se resuelva el caso?

—El caso está resuelto, Unax. Para ellos, soy la pobre huérfana que sufre crisis de ansiedad, ha perdido la cabeza, y desde el accidente cree que es el eslabón que ha quedado suelto y con el que quieren acabar.

28

Alex

La puerta del despacho de Francis estaba cerrada. Era una señal inequívoca de que estaba reunido. Tendría que seguir esperando para poder hablar con él y resolver cara a cara algunos aspectos de mi viaje a Berlín que no lograba entender por mucho que pusiese los cinco sentidos en ello.
El fin de semana se había convertido en una auténtica pesadilla. Que Eric hubiera estado a punto de descubrir en la habitación del apartamento de Rocío que se encontraba también Unax hubiera complicado aún más las cosas, pero afortunadamente había conseguido esconderse detrás de la puerta con una agilidad que incluso a mí me había sorprendido. Me había pasado la mayor parte del tiempo pidiendo espacio a Eric, no quería herirle, pero tampoco quería tomar una decisión de la que no estaba convencida y menos ahora que empezaba a dudar de sus buenas intenciones y de la veracidad de sus acciones. No se lo había tomado muy bien, mucho menos después de que rechazase el anillo que ni siquiera había querido llegar a ver. Primero tendría que resolver mis dudas y después debería llegar el momento en el que definitivamente escuchaba un poco más a mi corazón y menos a mi cabeza. Necesitaba tiempo y eso era lo que le había pedido, tiempo para leer sin falta los documentos que me había enviado mi abogado que esperaba que me dieran la solución a muchas de las preguntas que a día de hoy no tenían respuesta.

Me acerqué al despacho de John en busca de nuestro café matutino. Ni rastro de él, tampoco José se encontraba en su mesa. Era raro, a esa hora solíamos reunirnos para ir a por nuestra dosis de cafeína. En realidad, el departamento estaba bastante vacío, a penas éramos media docena de compañeros, así que volví sobre mis pasos con la intención de ponerme a trabajar.
—Acabo de salir de una reunión con Francis —la puerta se abrió de golpe sorprendiéndome de inmediato—. Nos ha reunido a todos, sólo faltabas tú.
Me había dado el tiempo justo para sentarme, apoyar los codos en la mesa y levantar la vista hacia John, que cerraba la puerta y se acercaba a mi para sentarse en una de las dos sillas de confidente que descansaban frente a mi mesa.
—¿Qué ha hecho qué?
—Lo que has oído. Nos ha reunido a todos a primera hora y a lo mejor soy un mal pensado, pero creo que lo ha hecho premeditadamente, no quería que participaras en la reunión.
Si lo que John decía era cierto, sólo podía significar una cosa, Francis estaba al corriente de lo que había sucedido en Berlín, y me estaba evitando.
—¿Cuál era la temática de la reunión?
—Era un punto de control sobre todos los trabajos que tenemos en vuelo, pero también se ha interesado por Serp@, ya sabes lo que le hemos dicho al respecto. Nada de tratos con ellos.
—¿José ha estado de acuerdo?
—Si, lo de ayer sólo fue un enfado en voz alta, pero está igual de harto que el resto con todo lo que está sucediendo.
—¿Y Francis?
—Parecía que la cabeza le iba a mil por hora, pero acabó pidiéndonos que buscásemos toda la información posible sobre Serp@. Empleados, sede, balances, clientes, proveedores con los que

trabaja. Nos ha dado un día para hacerlo.
—Ese fue el motivo por el que nos presentamos en Sevilla, no hemos sido capaces de encontrar nada, ¿a qué viene volver a hacer la misma petición?
—Escúchame—bajo la voz—, lo que Francis me está pidiendo de forma encubierta es que busque por la puerta de atrás — abrí los ojos como platos, era el momento de contarle que Francis lo tenía tan engañado como a mí, aunque para saber exactamente de qué iba el engaño primero tendría que encararme con él.
—John, creo que Francis nos está ocultando algo.
—*San*, estoy convencido de que lo está haciendo. Lo que no sé es cuánto tiempo más voy a aguantar respondiendo a sus peticiones mientras él se sigue moviendo en un halo de oscurantismo.
—No te conviene alterarte, ya habéis discutido bastante. En realidad, no nos conviene a ninguno de los dos, al menos hasta que sepamos de qué va todo esto. Lo que me recuerda que tengo que ir a pedirle cuentas por varios motivos incluida la reunión de esta mañana —sin pensarlo demasiado, y ante la mirada atónita de John, me levanté de mi mesa movida por un impulso feroz de rabia contenida.

Al encaminarme hacía el despacho no me resultó demasiado extraño ver que Karina me tomaba la delantera. Últimamente, se reunía con él casi con la misma frecuencia que lo hacíamos el resto.
—¿Qué ha sido eso? —fue una pregunta retórica que formulé en voz alta al escuchar el portazo que Karina dio al entrar y cerrar la puerta del despacho de Francis. John se asomó rápidamente por la puerta.
—A saber, que mosca le ha picado a la rubia esta vez. ¿Un café? Tenemos el de hoy pendiente.
José seguía desaparecido, por eso, John no tardó demasiado en subir sólo dos cafés humeantes a mi despacho que nos tomamos haciendo especulaciones sobre los posibles motivos que le llevaban a Francis a actuar de aquel modo. No llegamos a ninguna conclusión lógica. Me moría de ganas por contarle lo que había sucedido en Berlín, pero necesitaba primero una explicación convincente por parte de la persona que me había situado allí. Cuando se fue de mi despacho aproveché para leer lo que mi nuevo abogado, *no oficial* y contratado *en* la clandestinidad a espaldas de Eric, había averiguado. Sólo pude acercarme un poco más a lo que empezaba a sospechar. El bufete de abogados de la familia de Eric había participado en la defensa del jefe de taller y su sobrino. A pesar de que Eric me había jurado y perjurado que no lo habían hecho y que no sabía de qué le estaba hablando. Quizás fuera cierto. Su nombre no aparecía en los documentos, sólo era el sello del bufete, cualquiera podría haber llevado el caso, aunque me costaba cree que en una empresa familiar no se tratasen abiertamente todos los casos que tenían entre manos. Era sabido que el conocimiento, los detalles, les harían más fuertes y evitaría que cometiesen errores por desconocimiento ante preguntas indiscretas de cualquier periodista malintencionado. Lástima que entre aquellos documentos no tuviese una afirmación irrefutable para que la balanza se inclinase definitivamente hacía un lado u otro de mi hipótesis.
La furia de Karina saliendo del despacho de Francis con un semblante poco amigable, me hizo levantar la cabeza y desviar mi atención sobre lo que estaba haciendo. Pude ver a través de la puerta entreabierta de mi despacho como descargaba su ira dejando que su mano barriese los papeles que se encontraban a su paso sobre las mesas. No quise dedicarle un segundo al porqué de que hiciera algo así, simplemente cuando desapareció de mi campo visual, me acerqué hacía el tornado para tratar de ponerle remedio antes de que llegasen los ocupantes de las mesas y vieran el desastre que había ocasionado, aunque por otra parte era demasiado raro que no

hubieran llegado aún.
—Los cuatro elementos de Lidia Blanch. Es un buen libro — al levantar la vista me encontré con la mirada color esmeralda de Lucía. Señalaba el manuscrito con las portadas color azul que tenía en aquel momento entre mis manos.
—¿La conoces?
—Por supuesto, ¿cómo no iba a hacerlo? Todas sus novelas se han convertido en Best Seller. Era una magnífica escritora de novela negra.
—¿Era?
—Si, murió en extrañas circunstancias. Muchos aseguran que simplemente se suicidó porque no podía soportar por más tiempo su enfermedad, aunque personalmente no lo creo—negué con la cabeza, si no conocía a la escritora mucho menos conocía la enfermedad que la asediaba. —Esclerosis lateral amiotrófica. Es una enfermedad degenerativa del sistema nervioso que afecta las células nerviosas del cerebro y a la médula espinal. Produce pérdida del control muscular. Cuando murió, se encontraba postrada en una silla de ruedas—pensé que quizás motivos no la faltaban para querer acabar con su vida, pero ¿quién era yo para juzgar a alguien que ni siquiera conocía? —. ¿Lees sus novelas y no sabes nada de ella?
—No, no es mío — supongo que al tener el libro entre mis manos le había hecho llegar a una deducción errónea —. Solo estoy recogiendo este desastre.
—Ya veo — aunque Jairo no lo mereciese dejé el libro sobre su mesa, y terminé de recoger los papeles acompañada esta vez por Lucía.
Ni siquiera preguntó que había provocado semejante desorden, se lo agradecí, no había sido la causante, creo que ella tampoco lo pensaba, lo mejor era pensar en una corriente de aire.
—Muller, ¿podemos ir a tu despacho— no puede negar que su pregunta me sorprendió—. Venía a verte cuando te he visto haciendo de señora de la limpieza—desde luego sentido del humor no la faltaba.
Mientras nos dirigíamos a mi despacho no pude evitar dar vueltas a mi cabeza, no sabía si sería una conversación personal o laboral y eso me inquietaba un poco. Lucía se sentó en uno de los sillones de la mesa de reuniones y me pidió que me sentara junto a ella. Mis músculos se tensaron.
—¿Algún problema? —me atreví a preguntar.
—Jairo está amenazando con presentar una denuncia contra ti.
—¿Contra mí?
—Dice que le has relegado en sus funciones y le has difamado.
—¿Qué le he difamado?
—Quiere que mantengamos una reunión contigo desde el departamento de Recursos Humanos sino accedes amenaza con contárselo a su padre.
—¿Su padre?
—Como te dije en los baños es hijo de los Olazabal, su familia está muy bien posicionada.
—¿Pero no quería ocultar sus orígenes?
—Eso quiere mostrar de cara a la galería, pero no es la primera vez que utiliza a su familia como medida de presión. Acostumbra a meterse en más líos de los que le convienen.
—Si eso es así, no va a conseguir intimidarme. Estoy dispuesta a reunirme con quien haga falta. No he hecho nada que no mereciese su cambio de funciones. Mi decisión está más que justificada.
—¿Y se puede saber el motivo que la justifica? —le di unas pinceladas de lo sucedido tampoco quería ensañarme con él, aunque la actitud que Jairo había mantenido en mi despacho bien lo

merecía.
—¿Crees necesario mantener tu decisión?
—Si, por supuesto que lo creo. Se saltó todas las normas. Acosó a un cliente y lo empujó deliberadamente a que nos abandonara. Es algo inadmisible.
—Muller, no es que dude de ti, pero, ¿tienes datos sólidos que ayuden a corroborarlo?
—Hice unas cuantas llamadas.
—Ese tipo de averiguaciones no van a ayudarte demasiado en tu propósito.
—Esas averiguaciones son reales. Cruce información de varias personas. No es algo que carezca de fundamento. Podrán testificar llegado el caso.
—No lo harán, Muller.
—¿Por qué no iban a hacerlo? Me lo contaron libremente, sin ningún tipo de coacción por mi parte.
—Te lo contaron a ti y en privado. No nos engañemos, en Hoplan poca gente le soporta, pero no harán lo mismo frente a los Olazabal. El miedo es libre, Muller. No van a perder su trabajo por defender un hecho aislado, aunque sea totalmente cierto.
—Pero eso es inmoral.
—No voy a llevarte la contraria, pero tienes que tener mucho cuidado con las acusaciones que viertas sobre él.
—Vamos Lucía, tú le conoces. No puede irse de rositas solamente porque tenga el respaldo de su familia.
—Puede y lo hará. Su familia tiene más dinero que las tres cuartas partes de los trabajadores de esta empresa juntos. Tienes que andarte con pies de plomo.
—¡Me llamó zorra a la cara! No quiero ni pensar la de veces que habrá hablado a mis espaldas en esos términos.
—¿Crees que no sé qué clase de persona es? Se ha ganado el despido más de una vez, pero ha sido capaz de mantenerse a flote. Creo que no necesitas que te explique como lo ha conseguido.
—Pero es necesario que entienda que hay unas normas que cumplir. Para todos tienen que ser iguales— me froté la cara con desesperación—. Además, no me respeta.
—Sentarse ahí detrás— señaló mi mesa de trabajo—, significa exigir que se respete tu autoridad.
—Eso es lo que estoy haciendo. Una temporada llevando la parte administrativa sin mantener contacto con los clientes le hará reflexionar— Lucía parecía no estar convencida—. Me acusó de haberme ganado el puesto en la empresa gracias a acostarme con Francis.
—¡Hijo de puta!
—Amenazó con contárselo a Torralbo para hacer más daño aún a mi carrera profesional. No me puedo quedar de brazos cruzados, Lucía. No puedo hacerlo.
—¿Hay algún testigo de esas acusaciones?
—No, estábamos los dos solos en mi despacho hasta que llegó John alertado por nuestro tono de voz.
—John.
—Si, John, el director de tecnología. ¿Le conoces?
—Algo he oído hablar.
—Espero que sea bueno porque para mí es alguien muy importante en esta empresa y fuera de ella— Lucía no hizo ningún comentario al respecto —. Jairo se alteró mucho. Creo que hubiera sido capaz de hacerme algo si John no llega a entrar en el despacho. Puedes preguntárselo sino te fías de mis palabras.
—No es necesario, te repito que sé de sobra como es, pero al director de tecnología no le

conviene meterse en más líos. Son demasiado conocidos sus altercados con Francis.
—Le defendería por cielo, mar y tierra—Lucía no hizo ninguna apreciación sobre mi defensa a John, sin embargo, me sirvió su silencio. Estaba segura de que sabía que la mala fama de John se había visto multiplicada por gente llena de envidias y recelos hacia él.
—¿Quieres presentar algún cargo contra Jairo?
—No, por ahora solo quiero ver qué clase de persona tengo en mi equipo. Necesito saber cuál va a ser su actitud y las mentiras que pretende verter sobre mí.
—Concertaré una cita para esta tarde— se levantó dispuesta a marcharse.
—Muller— se giró hacia mi antes de abrir la puerta y abandonar el despacho—. Quizá fuera bueno que hablases con Francis sobre esto. Los Olazabal tienen mucha influencia en Hoplan— me miró con cierta resignación antes de continuar—. Ojalá pudiéramos acabar con ese gilipollas de una vez por todas, seguro que las cosas irían bastante mejor para todos— asentí, aunque no estaba para nada convencida de que mi salvador en aquel preciso instante pudiese ser Francis—. Cuídate — lo dijo con cautela. Sabía que en el fondo albergaba la esperanza de que las cosas me fueran bien.

Trataba de encajar en mi agenda un viaje a París. Tenía que reunirme con mi abogado *no oficial* para encontrar más hilos de los que tirar. El caso de mi familia se había cerrado sin ningún tipo de respuestas, de una forma vulgar y cómoda para todos menos para mí que estaba llegando al límite de mis fuerzas. Habían pasado demasiados años desde lo sucedido, necesitaba acabar con la incertidumbre, porque me notaba al límite de mis fuerzas. Necesitaba cerrar las heridas del pasado o ellas acabarían conmigo. Era vital que me reuniese con mi abogado lo antes posible, pero un mensaje con la marca de urgente que apareció en la bandeja de entrada de mi correo me distrajo de lo que estaba haciendo.

De: khankiewicz@hoplan.es
Para: amuller@hoplan.es
Cc: fbrun@hoplan.es, gruposociocapital@hoplan.es
Asunto: Adjudicación de proyectos

Buenas tardes Alexandra,

Ver mi nombre escrito me dio demasiadas pistas de que las intenciones de aquel e-mail no podían ser buenas, pero aun así seguí leyendo.

La adjudicación del Proyecto BCR se produjo en el mes de junio una vez que nos informaste de que las negociaciones habían ido correctamente y existían todas las aprobaciones requeridas. Al parecer y según reunión mantenida en el día de hoy con el director general de la empresa y los socios capitalistas no se siguió el protocolo de aprobación establecido para estos casos. Solicitamos que nos argumentes los motivos que ocasionaron que te saltases la normativa establecida para estos casos.

Saludos,

Estupendo, allí tenía la respuesta a la cólera que había visto en Karina al salir del despacho de Francis. Cólera que muy hábilmente estaba intentando descargar sobre mí. Era una acusación totalmente ridícula que perseguía poner la calidad de mi trabajo en evidencia ante Francis y todos

los socios de Hoplan que iban en copia de aquel correo. Tenía claro que no iba a dejar que se saliera con la suya, así que busqué en las carpetas del servidor pudiendo localizar sin problema todos los pasos que había ido dando uno a uno en el proyecto. La fortuna, la buena organización y John habían permitido que todo siguiese en el mismo sitio. El irlandés de camisas estridentes se acababa de convertir en mi salvavidas sin ni siquiera saberlo. El ataque que había sufrido mi ordenador y la barrera que había supuesto la actuación de John no habían conseguido dejar mella. Respondí a Karina con toda la información que pude recabar donde se constataba que había seguido pulcramente el procedimiento estipulado en estos casos.

Karina no tardó ni medio segundo en responder a mi correo, era materialmente imposible que hubiese leído con atención toda la información que había facilitado. Me estaba buscando. Quería que saltase y me faltaba muy poco para hacerlo.

De: khankiewicz@hoplan.es
Para: amuller@hoplan.es
Cc: fbrun@hoplan.es, grupossociocapital@hoplan.es
Asunto: Re: Adjudicación de proyectos

Buenas tardes Alexandra,

Los argumentos facilitados no justifican los motivos por los que se adjudicó irregularmente el proyecto. Necesitamos una justificación tangible y precisa.

Saludos,

—Serás...— pensé en voz alta, pero me contuve a tiempo de lanzar un improperio.
—¿Qué pasa, *Sandra?* — John se asomó por la puerta de mi despacho que acostumbraba a estar abierta.
—¡Qué quiere guerra!
—¿Quién quiere guerra?
—¿Quién va a ser? La misma de siempre, por eso estaba esta mañana hecha una furia. — John se acercó a mí y me revolvió el pelo en un gesto afectivo—. Creo que la responsabilizan de un proyecto que adjudicaron irregularmente y quiere salvarse a mi costa.
—¿A tu costa? —asentí mientras enredaba mis dedos en la base de mi cabeza—. Lo tiene muy jodido para responsabilizarte de no seguir los procedimientos marcados.
—Lo tiene difícil sí, pero la muy…
—...cabrona— me ayudó a terminar la frase.
—Sí, eso. Se resiste como gato panza arriba— chasqueó la lengua.
—*San,* que las explicaciones las de ella. Tu hiciste el trabajo a la perfección y vámonos a comer que ya estás tardando.
—¿Donde siempre?
—No, vamos a un garito nuevo que han abierto hace poco. A mi particularmente no me mola mucho, pero parece que al resto sí. Venga dale boleto a la arpía y recoge que nos vamos—tecleé deprisa y le día enviar.
—Listo, nos vamos— John me miró con satisfacción.
—No quiero saber lo que le has dicho, me basta con tu cara, pero salgamos antes de que la veamos aparecer por la puerta echa una furia— inmediatamente el teléfono empezó a sonar. —¡¡¡Me cago en todo!! ¡¡Si que ha tardado en reaccionar!!— ironizó mientras veía que mi cara

cambiaba de color por momentos al ver quién figuraba en la pantalla como autor de la llamada entrante—. ¿Qué pasa?
—Es Francis.
—Joder—le escuché decir mientras descolgaba activando el dispositivo de manos libres.
—A MI DESPACHO, YA — colgó la llamada después de dejar claro su deseo.
—¿Tan malo ha sido lo que has escrito? —realmente no había escrito nada para provocar que reaccionase así, pero si quería echarme algo en cara yo también tenía munición suficiente contra él como para preparar una guerra. No me iba a detener, me presentaría en el campo de batalla—. Cuenta como hiciste las cosas punto por punto, sino le gusta que se lo trague de dos veces— me guiñó un ojo.—. Ah, pero, sobre todo, no tardes. Te estaremos esperando. — sonreí con cierta tristeza.—. Te mando la dirección del garito. No te doy más de media hora para dejarle K.O.

29

Alex

—Cierra la puerta y siéntate — entre en el despacho y cerré la puerta, pero ni siquiera hice amago de sentarme.
Francis manejaba entre sus manos un libro, cuya portada me resultó conocida, se disponía a colocarlo en una de las estanterías del despacho. Las arrugas de su frente entraban en conflicto con la delicadeza con la que manejaba el manuscrito. Pensé que tendría que recabar algo de información adicional respecto a esa novela con las tapas de color azul turquesa, me resultaba extraño no saber de su existencia y en menos de veinticuatro horas haberla visto en dos lugares distintos casi al mismo tiempo. Era extraño que dos personas tan dispares compartiesen el mismo gusto literario.
—¿A que estas jugando, Muller? — ni siquiera se giró para mirarme a la cara.
—¿Jugando?
—No puedes resolver los problemas que surgen en Hoplan como si fueran una disputa de patio de colegio
—Espera, creo que no lo estoy entendiendo…
—Lo entiendes perfectamente — su actitud era serena, aunque las rayas de su frente seguían estando ahí—. Las cosas han cambiado, me da igual la relación personal que tengáis entre Karina y tú, pero aquí las cosas se resuelven como adultos.
—No tienes delante de ti a la persona que ha iniciado todo esto— ignoró a propósito mis palabras.
—Se han detectado ciertas irregularidades y los nuevos socios quieren tener la certeza de que Hoplan no actúa fraudulentamente.
—¿Dudas de la gestión en tu propia empresa, Francis?
—Soy yo quien hace las preguntas. Solo quiero saber exactamente lo que ha pasado.
—¿Quieres mi opinión? ¿De verdad la quieres o ya tienes tus propias conclusiones?
—Muller…
—No puedes ni imaginar lo decepcionante que me está pareciendo esta situación—respiré profundamente para no dejarme llevar por los nervios que pugnaban por apoderarse de mi razón —. ¿Y qué hay de ti, Francis? No sé qué está pasando en Hoplan, ni tan siquiera sé dónde está el jefe que conocía y admiraba. ¿Qué ha sucedido en Berlín? ¿Quiénes eran esos tipos? ¿Por qué me expones a un peligro haciéndome creer que firmaríamos con Logical Comunity? — los latidos de su corazón acelerado se dejaron sentir en la vena carótida que palpitaba en su cuello, pero en apariencia siguió calmado —. ¿Por qué no me dejaste volver de inmediato a Madrid y quisiste que visitara Serp@?
—Muller…
—¿Quiénes eran esos tres tipos? ¿Qué es tan importante para que me engañes, me entregues una memoria USB lejos de miradas curiosas y no pueda tener el beneplácito de saber de qué se trata?
—No sé de qué me estás hablando.
—Lo sabes perfectamente. Como sabes que me excluiste deliberadamente de la reunión de esta mañana, como sabes que lo que dice Karina no es cierto, aunque trates de hacerme creer lo contrario—sentía la fuerza que la adrenalina estaba imponiendo en mi cuerpo—¿Acaso no sabes que estuvieron a punto de hackear mi ordenador cuando intenté averiguar el contenido del USB?

— se mantuvo en silencio, hubiera creído que lo que acababa de decirle si le había pillado por sorpresa, pero la presión en su mandíbula no podía significar sorpresa—. No vas a decir nada, ¿verdad?

—Será mejor que no sigas hablando. Nunca se sabe quién podría oírnos—dijo bajando el tono de voz.

—¿No te sientes seguro en tu propio despacho?

Hasta el momento ninguno de los dos habíamos acercado nuestras posiciones ni física ni verbalmente. Por eso, me sorprendió que Francis se alejase de la estantería y caminase hacia mí.

—¿Qué sucedió, Muller?

—¿Qué sucedió donde?, ¿en Berlín, en Sevilla, en Madrid?

—Te puedo asegurar que no tengo el día para adivinanzas. Necesito saber qué pasó con la adjudicación del proyecto.

—El proyecto…como no, eso es lo más importante de todo lo que te he contado. Esclarecer quién actuó de forma indebida para que la junta de socios siga teniendo una imagen pulcra y limpia de Hoplan.

—Mide tus palabras, Muller.

—Me conoces perfectamente o al menos eso creía. En mi respuesta de patio de colegio —ironicé —, identificaba con documentos que lo certifican, todos los pasos que llevé a cabo, aunque ahora que lo pienso, es curioso, pero he estado a punto de no poder justificar mi trabajo, ¿te recuerdo que sufrí un ciberataque en mi ordenador? Si alguien se ha saltado el procedimiento está claro que has errado en tu predicción trayéndome a tu despacho. Busca en otro lugar. Si a mí me es fácil sacar mis propias conclusiones, creo que a ti no te entrañará la menor dificultad. Por cierto —quise hacer una última puntualización antes de dejarle plantado en el despacho —, sea quien sea el qué esté detrás de todo esto no voy a permitir que me difamen.

—¿Tus hablas de difamación? ¿Me quieres explicar entonces porqué me comunican desde Recursos Humanos que se te ha abierto un expediente por difamar a un miembro de tu equipo? — la sangre de todo mi cuerpo abandonó mis venas de golpe—. Vaya, veo que ahora hemos perdido toda esa valentía de la que hacíamos gala.

—No he hecho nada de lo que se me acusa.

—Hay demasiados problemas a tu alrededor. Primero juegas al trilero para salvar a Coreka, después te enfrentas a Jairo porque ha perdido un cliente y ahora Karina muestra que un proyecto que gestionabas no se adjudicó correctamente — todo tenía su explicación, nada era como parecía—. Reconoce al menos que me estás poniendo muy difícil abogar por tu inocencia.

—Solo tienes que confiar en mí, como lo has hecho los últimos años. Tú mismo me dijiste que el valor que yo diera a las mentiras que se vertieran sobre mi harían que tomaran fuerza para los demás. Te estoy diciendo que nada de lo que se me acusa es verdad.

—¿Te has parado a pensar tan siquiera un segundo en las consecuencias de tus actos? — su voz era pausada.

—¿Has escuchado lo que te acabo de decir?

—¿Y tú? ¿Sabes que la dificultad que tienes para controlar ese amasijo de emociones que llevas dentro puede hacer que pierdas demasiado? No podremos ocultar mucho tiempo a los nuevos socios, las evidentes irregularidades que se produjeron en la adjudicación del proyecto.

—¿Quién se lo contará? — no necesitaba respuesta, Jairo y Karina se bastaban por si solos para buscar una cabeza de turco y ya lo habían encontrado conmigo.

Además, estaba el hecho de que John sospechaba que querían acabar con Hoplan. Francis no era tonto, lo que quedaba por averiguar era el motivo por el que querrían hacer algo así.

—Solo responde una pregunta, ¿sabes quién está detrás de todo esto? — metió las manos en cada uno de los bolsillos de su pantalón de pinzas perfectamente planchado y se miró las puntas de sus zapatos de piel —. ¿Son los Olazabal? — sus ojos viajaron a mi rostro con una rapidez que incluso a mí me sorprendió, pero se mantuvieron ahí, en silencio —. ¿Te están presionando, Francis? ¿Es eso lo que está pasando?
—Eso son dos preguntas.
—Francis…que hay en el pendrive que me diste en Berlín—su reacción más inmediata fue tapar mi boca para impedir que siguiera hablando.
—Lo siento, Muller, no tengo las respuestas que buscas — todo apuntaba a que sí las tenía sino todas, la mayor parte de ellas, pero por algún motivo que no lograba entender no quería hacerme partícipe de sus averiguaciones.

30

Alex

Que no se habían puesto de acuerdo para elegir el sitio donde ir a comer era más que evidente, la ubicación que John me había enviado al móvil era un búrguer que no creo que tuviera nada que ver con el sitio nuevo del que me había hablado. Localicé a los chicos en una enorme fila al fondo de la barra junto a un grupo amplio de gente que espera a recibir sus pedidos. Había dos colas. Una para llevarse los pedidos y otra para comer en el local, pero ambas estaban igual de saturadas. John me hizo un gesto para que me acercara a ellos, pero Rocío apareció de la nada y agarrándome por el codo me empujó hacia una mesa que estaba liberándose en aquel momento.
—Acabo de decirle a John que te pida una de pollo y un botellín de agua.
—Una ensalada me hubiera servido.
—No necesitas más hierba. Un poco de carne te irá bien.
—Si tú lo dices…
—No te he visto en todo el fin de semana y esta mañana no había restos en el fregadero de que te hubieras tomado un misero café. Así que comeremos juntas para asegurarme de que no se te ha olvidado masticar.
—¿Aún sigues con eso, Rocío? Acabaré cansándome.
—Creo que no dormiré esta noche pensando en las represalias— sin ningún tipo de contemplación golpeó mi cadera con la suya obligándome a sentarme en una de las sillas metálicas que había quedado libre. Ella movió de debajo de la mesa la que había a mi lado y tomo asiento. No era un mal sitio. Estaba algo lejos del trabajo, pero no era la primera vez que acabábamos comiendo allí.
—Por fin llegas — canturreo John mientras se acercaba a la mesa dejando a José en la cola de los pedidos—. ¿Te ha dicho Rocío el menú de hoy?
—En efecto, aceptaré la hamburguesa de pollo que la pesada de mi compañera de piso ha elegido — Rocío me dedicó una amplia sonrisa mientras me acercaba al oído de John para confesarle algo sin mucho disimulo —. Solo lo hago para ver si así consigo que me deje en paz de una vez por todas— ambos se rieron.
—¿Qué tal te ha ido con Francis?
—No sabría decirte.
—¿Quieres tomar algo para olvidar? — negué con la cabeza mientras John arrastraba una silla para sentarse a mi lado dejando varios folletos a mi lado marcados con rotulador rojo.
—¿Qué es esto? — dije mientras cogía los folletos.
—Digamos que te estamos haciendo el trabajo sucio—no entendí lo que quería decirme.
—Se vende Opel Corsa en muy buen estado. Muy pocos kilómetros. Siempre guardado en garaje. Documentación al día. Traspaso no incluido— leyó John con la complicidad de Rocío que observaba atentamente mi reacción—. Me escama eso de que siempre ha estado guardado. ¿Qué te parece? — me estaban buscando un coche. Maravilloso plan… Vale que había abandonado un poco la búsqueda, pero seguro que encontraba tiempo en algún momento. Lo tenía anotado en mi agenda.
—¿No se supone que habíamos quedado para comer?
—Tu salud física y mental agradecerá esta ayuda extra que te estamos brindando— los dos se rieron como dos bobos ante el comentario de mi amiga.

—Unax también está de acuerdo en que para andar por Madrid es mejor un coche pequeño.
—¿Qué pinta Unax en esto? — me ignoraron por completo.
—Volskswagen Golf Advance 1. 4 TSI 92KW de 125CV.
—Perfecto, ahora me ignoráis. Me elegís el menú, el coche… ¿qué va a ser lo siguiente?
—El novio — respondió ágil Rocío—. El holograma es un puto fraude, y ahora que sé que Unax y tú tuvisteis algo en el pasado…
—¿Quién te ha dicho eso?
—Para que creías que había citado a Unax en nuestro apartamento. Tu no me contabas nada, y necesitaba saber de una vez por todas si se había propasado contigo.
—Más bien ha estado siempre enamorado hasta las trancas—acuñó John.
—¿Qué pasa que ahora sabéis más los dos de mi vida sentimental que yo misma?
—Tiene cámara de visión trasera, navegador a través de aplicación móvil, sensor de aparcamiento delantero y trasero, climatizador bizona…—John me ignoró por completo.
—¿Os estáis oyendo?
—Alto y claro— prosiguió John—, volante multifunción, retrovisores abatibles eléctricamente, control de crucero, retrovisor anti deslumbramiento, rueda de recambio.…
—Mira que bien con rueda de recambio—ironicé.
—Eh, hay coches que no la llevan, tienen una especie de líquido que echas a través de la válvula del aire y supuestamente cubre el pinchazo de la rueda hasta el primer taller que encuentres—ahora Rocío le seguía claramente el juego al irlandés. Se conoce que tenían más cosas en común que sus atuendos extravagantes.
—¿Y se puede saber como calculan la distancia de dónde se ha reventado la rueda hasta dónde está el siguiente taller? — hacerme la tonta igual les daba pistas de una vez por todas de que no tenía muchas ganas de seguir hablando de coches.
—No lo calculan, *Princesa*— dijo socarrona mi compañera de piso mirándome para no perderse mi reacción—, si no llegas al taller tendrás que enseñar la pantorrilla para que te remolque alguien, por eso tenemos que hacer que esos muslos tomen consistencia.
—Está bien, iremos a ver ese coche. Cualquier cosa antes que enseñar muslo.
—Esa es mi chica— dijo John depositando un beso en mi mejilla—, y ahora dime, ¿qué ha pasado con Francis?
—Es como un muro de hormigón, no he podido sacar nada en claro salvo que empiezo a pensar que alguien quiere hacerme desaparecer.
—¿Qué estás diciendo?
—Jairo ha interpuesto una denuncia contra mí. Me acusa de relegarle en sus funciones. Me han abierto un expediente.
—¿Será hijo de puta?
—Lucía me puso sobre aviso, creo que le debo un café.
—Tus cafés en Hoplan son míos, *Sandra*, no trates de ponerme celoso.
—Tengo que cuidarla, John, es tu media naranja.
—¿Ella es la de los baños? —hice un aleteo sugerente de pestañas para afirmarlo. — Yo no tengo medias naranjas— llevó las manos a su media melena y se la recogió haciendo el amasijo de moño típico en él.
—¿Nervios gigoló? — mi compañera de piso se rio mientras le daba unas palmaditas en la espalda —. Seguro que es un encanto de mujer, de esas que te cogen por los huevos si te sales del carril—pobre John, Rocío había conseguido hacer que su piel se pusiera tan roja como cuando veía el más mínimo rayo de sol, eran como dos máquinas de vapor a toda marcha,

salpicadas de flores y colores brillantes. Sin embargo, su energía no era capaz de desviarme de mis preocupaciones.
—Tendré que presentarme ante el departamento de Recursos Humanos y justificar mi decisión o los Olazabal intercederán por él.
—¿Tienes como hacerlo? — se preocupó John.
—En realidad, solo tengo la información que he ido contrastando entre unos y otros, pero es probable que nadie de la cara por mí.
—El miedo de siempre a esa puñetera familia.
—Oí a unos empresarios que se alojaron en el hotel que los Olazabal estaban presionando para quedarse con el accionariado de Hoplan.
—¿Y a que esperabas para decírnoslo? — le recriminó Jonh —. Es posible que los problemas vengan todos de ese entorno— me miró a sabiendas de que entendería perfectamente que se estaba refiriendo a los ciberataques que estábamos recibiendo —. Lo que no me encaja es qué pintas tú en este puzle.
Tenía varias teorías, pero entre todas ellas, una alimentaba mis paranoias a diario. Después de varios años creyendo que les había dado esquinazo, empezaba a pensar que me habían encontrado. Que Francis, Jairo e incluso Karina tenían algo que ver con mi pasado o simplemente, habían encontrado mi punto débil, y estaban colaborando por un puñado de billetes, para acabar el trabajo que habían iniciado con el asesinato de mis padres. Sin embargo, si lo pensaba bien, mi teoría se tambaleaba en la duda de saber quién había informado a quién de mi pasado. Mis labios llevaban años sellados. Nadie sabía lo que me había sucedido. Ni en Hoplan, ni siquiera mis amigos. Sólo sabían que mis padres habían fallecido, pero no en las circunstancias en las que lo habían hecho. Nadie lo sabía. Nadie a excepción de Unax.
—Alex, ¿pasó algo en Berlín?
—Que no pasó, John. Te lo contaré. Os lo contaré a los dos. Lo prometo, pero necesito algo de tiempo para saber qué es exactamente lo que tengo que contaros porque ahora mismo ni yo misma lo sé — Rocío me cogió de la mano.
—¿Qué te está pasando? ¿Qué es lo que te tiene tan alterada últimamente? ¿A quién voy a tener que sonsacar esta vez para saber lo que te está pasando? —me conocía. Los dos me conocían. Con razón se encontraban entre las personas en las que me había apoyado para intentar cambiar el rumbo de mi vida, pero ahora no sabía como explicarles todas las cosas que había omitido contarles por el camino.
—Si necesitas que haga algo sabes que no tienes nada más que decírmelo— John tan generoso como siempre —. Estoy dispuesto a defenderte dónde haga falta.
—¿A quién hay que defender? — José llegó con un par de bandejas.
—A tu jefa, Jairo quiere amargarle la existencia perdiendo clientes— José me miró de reojo.
—¿No vas a decir nada? — le recriminó John.
—Es Jairo, no veo porqué os sorprendéis. ¿Me ayudáis con lo que queda por traer? —se dio la vuelta en busca del resto de comida que quedaba por traer.
—Estas agilipollado— dijo John mirándonos fijamente—. El amor no te deja ver más allá de tus narices. ¿Veis por qué no quiero ninguna media naranja? Estoy perfectamente sólo. Hago lo que me da la gana— sentenció mientras se levantaba para ayudar a José a traer el resto de bandejas.
Roció no espero apenas tiempo a que se alejasen para asaltarme con lo que verdaderamente le inquietaba.
—¿Qué pasa con Eric? — la miré extrañada—. No me gusta ni un pelo y menos después de como arremetió contra ti en el apartamento.

—No estabas allí para juzgarlo así.
—Pero Unax si estaba.
—Otra vez él.
—Mira no había que ser muy lista para saber que entre vosotros dos hubo algo. Que no me lo contaras no lo hacía menos evidente, pero por el motivo que sea he visto en Unax una preocupación que no he encontrado en Eric. Ese tipo te trata como si fueras de su propiedad.
—No soy de nadie, si eso es lo que te preocupa, Eric es… me quiere y me…me ha ayudado cuando lo he necesitado mientras quién tú dices que se preocupa por mí, me dejó tirada cuando más lo necesitaba.
—Te contradices amiga. De tus palabras es fácil deducir que a Eric pareces necesitarlo, pero de Unax estuviste enamorada hasta la médula.
¿Cómo podía explicarle que Eric me había ayudado y había permanecido a mi lado cuando no sabía como afrontar todo lo que había sucedido con mi familia mientras que Unax había salido corriendo? ¿Qué el héroe había sido Eric y Unax el cobarde? No podía hacerlo, simplemente porque mi teoría del héroe hacía un tiempo que había empezado a tener lagunas.
John soltó la bandeja en la mesa seguido de José que se sentó a su lado lo que hizo que nuestra conversación no llegara a término, aunque no me cabía la menor duda de que Rocío buscaría el momento para rematarla.

Se lo debía.

La comida fue agradable a pesar de que note a José algo esquivo conmigo, actitud que ya había percibido en nuestro viaje a Sevilla, pero no quise darle demasiada importancia, todos estábamos nerviosos y mucho más él, aunque no me lo hubiera confesado aún podía imaginar que los preparativos de la boda le tenían muy estresado. Cuando terminamos de comer Rocío encontró la excusa perfecta para que me montará con ella en el coche camino de Hoplan y no lo hiciera con los chicos. Así que nos repartiríamos en ambos vehículos para que ninguno fuese solo.
—No lo entiendo — dijo Rocío apenas segundos después de haber arrancado el coche camino del trabajo.
—¿Qué es lo que no entiendes?
—Tu cara.
—¿Qué le pasa a mi cara?
—Que si fueras feliz estoy convencida de que no tendrías esa cara de palo de piruleta chupado.
—No sé como quieres que encaje lo que me acabas de decir.
—Sólo quiero que me expliques que es lo que ha hecho Eric para que le debas fidelidad eterna.
—Rocío…
—Explícamelo, sólo te pido eso.
—Son un cúmulo de circunstancias— me miró ansiosa. No me iba a ser fácil deshacerme de su acuciante interés por saber—. Nos conocemos desde niños. Él era el mejor amigo de mi hermano hasta que…bueno digamos que su relación se enturbió por mi culpa.
—¿Por tu culpa?
—Llevaba mucho tiempo queriendo que fuéramos algo más que amigos y digamos que cuando lo intentamos no salió como todo el mundo creyó que saldría.
—Vamos, que era un cretino desde jovencito— no dije nada, aquel episodio aún me hacía dudar cuando Eric buscaba intimidad conmigo.
—Todo cambió cuando perdí a mi familia. Sus padres y los míos siempre habían sido muy amigos. Me ayudaron a salir adelante, a resolver toda la burocracia que la muerte de mis padres

llevaba pareja. Me hubiera quedado en la ruina si no me hubieran asesorado.
—Eso es lo que hacen los buenos amigos, ayudar.
—Si, supongo que eso es lo que se espera de la gente que supuestamente te quiere, pero en mi caso no fue así—minoró la velocidad para escucharme con atención—. Tuve demasiadas alimañas a mi lado. Sin embargo, ahora sería capaz de olerlas a distancia.
—A todas menos a una.
—Rocío…—no le confesaría aún mis dudas, pero en el fondo me sorprendía que ella pudiera tener con tanta certeza reservas sobre Eric cuando a mí me había llevado años notar que había aspectos de él que no terminaban de encajar.
—Hace una semana pude ver como casi pierdes el conocimiento al ver a Unax, aunque hayáis hecho un pacto de sangre para manteneros en silencio, no hay que ser una lumbrera para saber que la implicación emocional entre los dos ha sido y es muy fuerte — la miré intrigada—. He intentado sonsacar a Unax, babea como un perrillo y viene a casa a implorar que quedes con él, pero me ha sido imposible sacarle una sola palabra— sonreí para mis adentros. El pacto aún seguía vigente—. Sea lo que sea, lo que vosotros dos vivisteis fue demasiado intenso e importante para los dos. Ese tipo de sentimientos son los que merecen la pena. Resuélvelo. En el sentido que debas, pero no te aferres a alguien por pura necesidad. No es justo para nadie y menos para ti. Entre tú y Eric no hay llama. No hay unas emociones tan fuertes que te obligan a saber de él constantemente a no querer despegarte de él.
—Parece fácil, Rocío— dije mientras aparcábamos frente a la puerta de Hoplan.
—Sobre el corazón nadie manda. Deja de vivir por y para los demás. Sé egoísta por una vez. Deja de pensar en lo que otros quieren y date una oportunidad.
—Las dudas me asaltan a diario, ya no sé confiar en la gente.
—¿No confías en mí? — sobraba la respuesta. Lo hacía. Claro que confiaba en ella—. Pues si confías en esta amiga que tienes delante. Sigue remando, aunque parezca que la orilla cada vez se aleja más, no te des por vencida, pero hazlo con cabeza, escoge bien. No te dejes fiar por las apariencias. Somos unos cuantos los que te queremos y nos preocupamos por ti. Aprende a distinguirnos— tuve que contener la emoción, ya era lo suficientemente inestable emocionalmente como para ponerme a llorar allí mismo, pero lo hubiera hecho. Esta vez de emoción. Un sentimiento que creía dormido y alejado de mí. Hubiera llorado porque Rocío era la mejor amiga que uno podía tener.
—¿Quieres dejar de poner esa cara? — me dijo.
—¿Qué cara estoy poniendo?
—La cara de que me debes algo. De que sientes que soy demasiado buena contigo — puse los ojos en blanco—. Que sepas que lo que te mereces es una buena patada en el culo, pero si te la doy con lo ligera de peso que andas soy capaz de mandarte a la cuarta planta del piso que tenemos enfrente. Hay unos ancianitos encantadores. A lo mejor te adoptan y te dan de comer como a un hámster.
—Eres tonta.
—Tu sí que eres tonta. Ven aquí — Rocío me abrazó torpemente tratando de salvar el freno de mano—. Esto es incómodo hasta para darse un abrazo entre amigas así que no te quiero contar para todo lo demás.
—No quiero saberlo— dije rápidamente—. Mi imaginación me permite leerte entre líneas sin necesidad de que entres en más detalles—nuestras carcajadas rebotaron en el interior del vehículo.
—Por cierto, esta noche tienes cita conmigo. Tengo algo importante que contarte.

—¿Y no puedes contármelo ahora?
—Nop, mi turno empieza ya.
Cada una de nosotras puso rumbo a su trabajo, aunque había algo que quería contarme, como siempre, lo rodeo de un misterio que solo resolvería mientras estuviéramos cenando en casa con el pijama y las zapatillas de casa puestas. Sólo me quedaba esperar, se merecía mi tiempo y la espera.

31

Unax Zabaleta
Diez años antes

Caminábamos en silencio. En un silencio cómodo creo que para los dos. Me sentía bien escuchando el sonido que marcaban nuestras pisadas en el suelo por las piedrecillas y la arena suelta al caminar. El sonido del aire en las ramas de los árboles acompañado del sonido melodioso de los pájaros, las sombras alargadas de nuestros cuerpos proyectadas en oblicuo delante de nosotros, las nubes que iban tomando un color anaranjado en sus faldas, todo era agradable, absolutamente todo y sabía que ella lo hacía aún más perfecto. Estábamos en Baiona regresando de un recorrido que habíamos hecho por la ciudad y alguno de los museos más famosos del territorio de Lapurdi (9), desde que había descubierto que era una apasionada del arte no sé qué me hacía sentir mejor si ser el alumno novato al que descubría la belleza de cada obra o la emoción que la embargaba delante de artistas de la talla de Botticelli o Rembrandt. Era algo que sabía que cuando se acabase el verano iba a echar de menos.

Después de un día intenso como había sido aquel nos dirigíamos a la furgoneta sudorosos y con los pies destrozados de tanto andar para asearnos y descasar un rato antes de salir de nuevo a buscar algo para cenar.

—Me pone nervioso no saber a dónde vamos— a mí me ponía nerviosa ella, de pies a cabeza, con su cuerpo menudo y su aspecto cada vez más saludable. Nuestra ruta por la zona de iparralde estaba resultando ser una terapia indiscutible para ella.

—No aguanto más estás sandalias—se sentó en mitad del camino y a pesar de que estábamos apenas a unos metros de la furgoneta, se descalzó como si aquello fuera lo más normal del mundo. Sin embargo, no fue su actuación lo que llamó mi atención.

—¿Cómo has podido ocultarme esto durante todos estos días? —dije sosteniendo su pie izquierdo en mi mano.

—¿Quieres devolvérmelo? Lo necesito para seguir caminando—parecía algo violenta, como si hubiera descubierto su secreto.

—¿Por qué lo escondes bajo la planta del pie?

—Porque así está lejos de miradas indiscretas como la tuya—no iba en serio, se le había escapado una risilla al decirlo.

—Una brújula sin puntos cardinales enredada en una hiedra, ¿qué significa?

—¿Qué me gustan las brújulas sin puntos cardinales? —se levantó para seguir caminando.

—Y disfrutas tatuándolas en la planta del pie para que nadie las vea. En serio, ¿qué significa?

—¿Por qué debería significar algo? Me apetecía hacerme un tatuaje, eso es todo.

—Uff, cuando te pones cabezota eres imposible—seguí caminando a buen ritmo y la dejé unos pasos detrás de mí hasta que noté que agarraba mi mano.

—Estoy buscando mi norte—la miré sorprendido—. Significa que estoy buscando mi sitio, desde el accidente he estado un poco perdida, pero ahora…

—¿Ahora?

—¡Quieto! —joder, aquella chica me iba a volver loco, pero loco de verdad. Había saltado situándose delante de mí para pegar su espalda a mi estómago frenando en seco mi acceso a la furgoneta.

—Si quieres frotarte conmigo, sólo tienes que pedirlo— me burlé al no entender qué era

lo que motivaba que me obstaculizase el paso—. Te propongo que lo hagamos dentro de la furgoneta— su posición aventajada le permitió darme un codazo en el abdomen sin necesidad de girarse—. Eh, eso ha dolido, ¿se puede saber qué es lo que te pasa?

—Hay alguien en la furgoneta.

—¿En la furgoneta? ¡Estas de coña! — traté de zafarme de ella alzándola en el aire, pero se encaró con gesto de enfado.

—Te estoy diciendo que hay alguien en la furgoneta— casi susurró—, quieres dejar de comportarte como un troglodita intentando vencerme por la fuerza—me molestó su comentario sólo quería seguir de buen rollo y no entendía que podía hacer que su cara fuera de auténtico pánico en aquel preciso instante.

—Necesito que me expliques qué demonios te pasa. Porque o soy muy tonto o no entiendo este cambio de actitud— dije con toda la seriedad de la que pude hacer gala.

—Todos los días cuando salimos de la furgoneta pongo un señuelo en las puertas.

—¿Qué haces qué?

—Necesito saber que todo está bien. Que nadie nos sigue. Que estamos fuera de peligro.

La cogí el rostro con las manos para que me mirara fijamente y esta vez no tuviera escapatoria. Sus ojos reflejaban miedo. El escrutinio que llegué a realizar me indicaba que allí dentro seguía habiendo mucha inseguridad. Mucha tensión acumulada.

—En París tu habitación…

—¿Qué tiene que ver eso con que no podamos entrar ahora en la furgoneta?

—Creo que me debes una explicación para que pueda entender mejor porqué es necesario dejar un señuelo cada vez que nos alejamos de la furgoneta.

—Está bien, en Paris dormías en la habitación del pánico que teníamos en el piso. Si estás conmigo es posible que corras peligro y…no puedo exponerme a que también a ti te pase algo por mi culpa. No podría cargar con una muerte más a mis espaldas— ahora empezaban a encajar las piezas.

—Vamos Alex, eso no va a suceder— en ese preciso instante se oyeron voces dentro de la furgoneta lo que hizo que instintivamente cogiera la manga de mi chaqueta y me llevase a empujones al lateral de la furgoneta para no ser vistos.

Por un momento casi me dejé arrastrar por el pánico que todo su cuerpo trasmitía, pero sus sospechas no podían ser ciertas. ¿Quién iba a saber de nuestra aventura veraniega? ¿Quién iba a perder el tiempo viendo como recorríamos Lapurdi?

—Te he dicho Maialen que estarán a punto de llegar, no es capaz de dejar un día entero su furgoneta sola.

—¿Y no podías avisarle de que íbamos a venir? A lo mejor quiere intimidad. Por algo no has tenido noticias de él en todo este tiempo.

—Los tíos no nos llamamos a todas horas. ¿Quién hace eso? Somos colegas, se alegrará de verme.

Vaya que si me alegré de ver a mis amigos. No pude encontrar un argumento mejor para desmontar la teoría conspiratoria de Alex, pero también supe que era un miedo que no iba a desaparecer tan fácilmente.

32

Alex

Estaba en el despacho cuando vi pasar a Jairo en dirección a los ascensores.

No pasé por alto la mirada que me dedicó asegurándose de que me encontraba sentada en la mesa, su actitud me tensó de inmediato. Lucía no me había dicho la hora en la que nos reuniríamos aquella tarde, pero inmediatamente pensé que la salida de la oficina se antojaba bastante lejana, máxime cuando mi mente se había asegurado de hacerme creer que Jairo se dirigía a la tercera planta a preparar la reunión con Recursos Humanos. Sin embargo, hasta que eso sucediera era mejor mantenerme ocupada, tenía demasiado preocupaciones en mi cabeza y demasiado trabajo aún por sacar adelante.

Cuando levanté de nuevo la cabeza de los papeles y eché un vistazo al reloj me di cuenta de que la tarde se estaba acabando sin que la llamada de Lucía para indicarme la hora del encuentro se hubiera producido. Localicé su número de teléfono en la intranet, mientras las palabras de Rocío retumbaban en mi cabeza…

Sigue remando, aunque parezca que la orilla cada vez se aleja más, no te des por vencida, pero hazlo con cabeza, escoge bien. No te dejes fiar por las apariencias. Somos unos cuantos los que te queremos y nos preocupamos por ti. Aprende a distinguirnos.

…pensé que tendría que poner en favoritos su teléfono. Tenía la corazonada de que Lucía se iba a convertir en una de esas personas imprescindibles que llenaban de cordura mi extraña existencia. Mi teléfono móvil privado vibró repentinamente dejando en la pantalla un mensaje.

+34……: *Soy Lucía. Ya puedes incluirme en tus contactos.*

¿Existía la telepatía?

Muller: *¿Cómo has sabido*
mi teléfono privado?

Aproveche a grabarla como contacto mientras recibía su respuesta.

Lucía: *Si te lo cuento tendría que matarte.*
Sería algo muy desagradable y creo que
empiezas a caerme bien.

Me alegró saber que teníamos el mismo pensamiento.

Muller*: ¿Por qué no me has llamado*
por el teléfono de empresa?

Lucía*: ¿Quién te dice que no pueden estar*
escuchando lo que decimos?

La imagen de John vino repentinamente a mi cabeza. Me había advertido de algo parecido. Seguro que esos dos tenían en común más cosas de las que imaginaba.

Muller*: ¿Qué ha pasado con la reunión?*
Es la hora de salir de la oficina y
no me has llamado para que me
reuniera con vosotros.

Lucía*: Se ha suspendido.*
Jairo ha pedido permiso a primera hora de la tarde.
Alegó que tenía que resolver algo
urgentemente esta misma tarde.

Creo que la presión que había estado conteniendo mi cuerpo toda la tarde desapareció de golpe. Tendría que enfrentarme a aquella reunión en algún momento, pero tampoco tenía prisa por hacerlo. Después de cruzarnos un par de mensajes respondí unos cuantos correos más antes de decidir que era hora de ir a casa. Había prometido a Rocío que me encargaría de la cena y no quería fallarle. Al cerrar la puerta del despacho me encontré a Dely. Esa chica pasaba demasiado tiempo rondando por nuestro departamento. Iba a tener razón Lucía, buscaba cualquier pretexto para hacerse la encontradiza con Jairo.
—¿Bajas por las escaleras? — aunque habitualmente lo hacía no dejó de sorprenderme la pregunta. ¿Tan previsible era mi comportamiento? Eso solo podía significar que estaba descuidando mis rutinas. Me estaba poniendo en peligro sin ser consciente de ello—. Te espero y bajamos juntas—apenas habíamos cruzado un par de palabras en alguna ocasión, por lo que su ofrecimiento me resultó extraño, debería ser cortés, sin embargo, acostumbraba a moverme con cautela y evaluaba antes los posibles peligros inherentes a la persona a la que decidía acercarme. Supongo que eran algunos de los traumas que aún no había superado después de haber sufrido las consecuencias de ver la clase de sanguijuelas y chupópteros que se habían acercado a mí aprovechándose de la tragedia que me había asediado. Quizás había llegado el momento de empezar a superarlo y pensar que las personas podía ser simplemente amables, pero Dely tuvo la fatalidad de que, en medio de mis divagaciones, pude ver a José esperando el ascensor. La balanza se inclinó sin ningún tipo de duda.
—Lo siento, bajaré por el ascensor— mi decisión pareció extrañarle y frunció ligeramente el ceño—. Tengo que tratar algunos temas pendientes con José— cruce los dedos para que supiera leer entre líneas y no se uniese a nosotros.
—No pasa nada, ya habrá más ocasiones, pero no pierdas la costumbre de bajar por las escaleras, es más sano que bajar en ascensor— se perdió en los peldaños mientras canturreaba sus últimas palabras, que no dejaron de hacerme pensar que todos a mi alrededor de una forma consciente e inconsciente me recordaban la importancia de llevar a cabo hábitos saludables.
Me detuve al lado de José con una amplia sonrisa que no me devolvió. Estaba enfadado, preocupado o que se yo, pero algo no iba bien. No iba a encontrar una oportunidad mejor para poder averiguarlo, así que, con esa idea me monté en el ascensor. Cuando las puertas se abrieron caballerosamente me dejó pasar primero. Seguidamente lo hizo él y pulso el botón que nos llevaba a la planta baja.
—¿Tenemos temas pendientes que tratar? — dijo rompiendo el silencio con sorna. Su ironía fina que llevaba unos días fuera de juego volvía a aparecer.
—Desde luego que los tenemos— respondí socarrona—. ¿Cómo te va todo? Llevamos unos cuantos días que apenas hemos tenido tiempo para hablar.
—Si te refieres a la cartera de clientes…— se fue por las ramas siendo plenamente consciente de que para nada pretendía hablar de trabajo. Nos conocíamos bien. Habíamos trabajado mucho

tiempo juntos. Esto solo era una artimaña de las suyas para prepararse para lo que sabía que inevitablemente iba a venir después—, va relativamente bien. Este mes estoy consiguiendo mantenerla sin fluctuaciones a la baja.
—Sabes perfectamente que no te pregunto por la cartera de clientes. Te pregunto por ti. ¿Qué tal estas?
—Estoy bien.
—Entonces si tú estás bien. El problema lo tengo yo.
—Mmmm… ¿Dónde quieres ir a parar?
—A que me gustaría que fueras franco. Quiero saber qué te pasa conmigo—durante unos segundos el silencio nos invadió.
—Supongo que estoy un poco paranoico, cansado, estresado, no sé.
—Creo que sabes perfectamente lo que te pasa José. Sólo tienes que decírmelo. No es tan difícil. Nunca hemos tenido problemas para hablar. ¿Qué es lo que ha cambiado para que no lo hagas ahora?
—No ha cambiado nada—tintineé la cabeza. No quería dejar escapar la oportunidad de arreglar lo que fuera que estuviese mal. Mis amigos eran importantes. Él era importante. Se mantuvo en silencio unos segundos. Fue el tiempo que necesitó para coger impulso, elegir las palabras adecuadas y decirme por fin lo que llevaba días flotando en su cabeza.
—¿Por qué le diste a Jairo la negociación con Remis?
Mierda Remis. ¿Era eso lo que pasaba? ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Cómo había podido olvidar explicarle lo que había sucedido para que acabase en manos de Jairo? Me miró con cierta rabia y recelo.
—Él no lleva estos temas. En cambio, yo estoy habituado a hacerlo a diario—no quitó su mirada de mí lo que me dejó ver con claridad su malestar—. No entiendo por qué lo has hecho y mucho menos porqué me tuve que enterar cuando él se jacto delante de mí de que al final los temas importantes se los daban a los empleados importantes.
—José eso…— no me dejó continuar hablando.
—No es que no sepa que es un mierda. Que sólo decía eso para joderme. Lo que me molesta es que sea un cabrón con suerte al que le dan la oportunidad de trabajar con uno de los grandes.
Tenía razón en muchas de las cosas que había dicho, pero si en algo se equivocaba era en que la adjudicación de Remis a Jairo no había corrido de mi cuenta. No tenía que tener ninguna duda de que había apostado por él. Lo hubiera hecho siempre. Las habilidades comerciales que tenía eran indiscutibles, e infinitamente mejores que cualquiera de los que conformábamos el departamento, yo incluida, pero Francis, por no sé qué extraña razón, había decidido que fuera Jairo quién debía gestionarlos, mientras mi misión era ejercer una tutela que me había sido imposible llevar a cabo. Había actuado por libre. Había ofendido al cliente, lo habíamos perdido y para rematar la magnífica idea de Francis ahora me tenía que enfrentar a él, a Recursos Humanos y quién sabe si también a su familia. Si los informes hubieran caído en manos de José la evaluación de las necesidades habría sido un éxito y el impacto del proyecto en las cuentas de Hoplan habría aliviado muchas de las tensiones que sobrevolaban ahora sobre nuestras cabezas. No habría tenido ningún problema. De hecho, sabía firmemente que seguiríamos trabajando con ellos, pero lo que no podía negar es que me había equivocado. El mero hecho de que Francis hubiera decidido asignarle ese trabajo me había nublado la razón. Había defendido en el despacho del director general de Hoplan que fuera José quién realizara el trabajo, pero no lo había hecho fuera del despacho con él. Con mi mejor colaborador, con un buen compañero y con un mejor amigo. El viaje a Berlín, el pendrive, la acusación de Jairo todo lo que había sucedido me había alejado

de lo que verdaderamente era importante. De las pocas cosas que mantenían mi esperanza viva. De la gente a la que estaba descuidando mientras mi mundo se tambaleaba. José merecía una explicación que no le había dado.
—Creo que eres la persona de todo el departamento que está más capacitada para llevar a Remis o cualquier otro tipo de negociación del mismo calado. Confío plenamente en ti. Lo sabes, ¿verdad?
—Si eso fuera cierto, hubieras depositado los informes sobre mi mesa y no sobre la de Jairo como te vi que hacías.
—No quería hacerlo— me miró con extrañeza—. Me molestaba dejar aquellas carpetas sobre su mesa tanto como a ti.
—Vas a tener que explicarte mejor porque si lo que dices es verdad no sé por qué lo hiciste.
—Puedes creerme o no, en ti está, pero puse tu nombre sobre la mesa cuando se lo adjudicaron a él.
—Te creo— me sorprendió su respuesta rotunda y me sentí agradecida a partes iguales, no estaba todo perdido, confiaba en mi como yo lo hacía en él. Me alegraba que la metedura de pata de Francis con la adjudicación y el garrafal error de Jairo con el trato al cliente no hubieran sido capaces de destruir la amistad que habíamos ido forjando.
—Tú no hubieras hecho la estupidez que ha hecho Jairo.
—No lo hubiera hecho — afirmo con rotundidad.
El ascensor llegó a la planta baja mientras los ojos de José seguían clavados en mí. No se sentía del todo conforme. Había todavía preguntas en su cabeza que no tenían las respuestas que necesitaban.
—¿Quién fue, *Sandra?* — negué con la cabeza—. Me lo debes.
—No vas a ganar nada con saberlo. Sólo vas a conseguir enfurecerte con alguien distinto a mí. No merece la pena.
—No estoy enfadado contigo—abrí los ojos con incredulidad—. Al menos, no lo estoy ahora que me has confirmado que tu confiabas en mí para negociar con Remis, pero necesito que todas las cartas estén boca arriba. Quiero saber quién me rodea, de quién puedo y no puedo fiarme, *Sandra*. ¡Lo necesito!
Las puertas se abrieron dejando ante nosotros el hall de entrada de la que había sido hasta la fecha una de las mejores empresas del sector, aunque cada vez dudaba más de que siguiéramos siéndolo. José me dejó salir en primer lugar. Nuevamente acepté mientras él lo hacía detrás de mí. Dely llegaba al descansillo de la planta baja en aquel mismo instante y nos sonrió. Era una sonrisa que le inundaba la cara. Una sonrisa bonita de las que hacía mucho que no veía reflejadas en mi espejo. Germán nos saludó desde la garita de seguridad. Al verme levantó uno de sus pulgares haciendo señas a su reloj.
Si, Sir Germán. Hoy he cumplido y salgo a la hora que debería salir todos los días. Le alegraría saber que mi amiga Rocío se ha encargado de que hoy me haya comido una hamburguesa entera, aunque tengo que confesar que con las patatas no he sido capaz de acabar. Ah, mis amigos también me están buscando un coche porque como sabe soy un desastre para algunas cosas. Y José…José se merece saber quién fue.
—Francis—José me miró aturdido, miró a ambos lados cerciorándose de que nadie más había oído mi acusación.
—¿Estás segura?
—Tanto como que fue a mí a quién le dio la orden de que hiciera el traspaso a Jairo—un halo de decepción que no me hubiera gustado ver asomó en su rostro.

Ese era el motivo por el que no había querido contárselo. No había querido que la figura de nuestro héroe Francis también empezara a resquebrajarse para él, bastaba con que John y yo tuviéramos cada vez más dudas sobre el director general de Hoplan. Nuestro semidios de los negocios se estaba haciendo pedazos ante nosotros. No quería que también José sufriera esa decepción. Por eso tomé una determinación en aquel preciso instante. Me dolería tener que apartar a José de todo lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor, pero me di cuenta que era lo mejor para él. No se merecía sufrir por nada y mucho menos que lo expusiéramos a peligros que ni siquiera nosotros éramos capaces de acotar. No deberíamos compartir con él información que ni nosotros mismos sabíamos los riesgos que podría entrañar hasta que supiéramos que estaba sucediendo. Se merecía centrar todas sus atenciones en el paso tan importante que iba a dar, nada debía distraerlo de un objetico tan importante para él como era su futura boda con Marta.
Me adelante a él sosteniendo una de las puertas de cristal que nos permitirían poner el pie en la calle. Vimos el coche de Marta frente a la puerta. Esperaba con los cuatro intermitentes puestos y las ventanillas bajadas. A José se le iluminó la cara. Por un momento pareció olvidar la decepción que minutos antes había sentido. Desee que la felicidad que desprendían fuera contagiosa. Me hubiera embadurnado en ella como un cerdo en una piara, pero tuve que conformarme con disfrutar de la alegría que irradiaban al saber que nuevamente estaban juntos. Que las obligaciones se habían acabado llegando las devociones.
—Gracias —me hizo salir a trompicones del intento de absorción de parte del arco iris de magnífica energía que había entre ellos.
—Gracias a ti José por darme la oportunidad de explicarme. Debí contártelo antes.
—Mmmm…te perdono.
—¿Me perdonas? — se rio a mandíbula batiente mientras se dirigía al coche en busca de Marta.
—Por cierto, me caso— casi se mete por la ventanilla del coche para estampar un beso a su novia que a juzgar por su cara al separarse la había dejado sin aliento.
—¡Me has oído!
—No muy bien— me reí.
—¡Qué me caso! — dijo girándose hacia mí y abriendo los brazos hacia el cielo—. Estoy loco por esta mujer— Marta se llevó las manos a la cara. La imagen de José proclamándolo al cielo era digna de una película al más puro estilo de Hollywood—. ¡Vamos encanto, llévame al fin del mundo! — estaba colado hasta los huesos, me alegraba tanto por ellos… Entusiasmado rodeo el coche y sentándose en el asiento del copiloto, estrelló de nuevo sus labios contra los de su futura mujer al tiempo que agitaba su mano para despedirse.
De camino al apartamento, noté que me dolían las mejillas de tanto sonreír recordando lo enamorados que se les veía. En el fondo era maravilloso querer pasar cada milésima de segundo de cada día al lado de alguien que te completaba. Entonces lo vi claro. Rocío tenía tanta razón, le habían bastado unos miseros segundos para saber que los sentimientos que Eric provocaba en mí no eran los mismos que irradiaban Marta y José ni por asomo. Él había estado enamorado de mi desde que éramos niños e íbamos juntos a la misma clase, pero ese amor nunca fue correspondido. Le consideraba un buen amigo, eso era todo. Acabé dejándome llevar por la gente y no fue algo bueno para mí. Tuve miedo de él, pero no me quedó más remedio que volver a recurrir a él a partir de ese maldito sábado dónde la vida me tenía guardada la peor de las sorpresas. Dónde mi mala suerte empezó a crecer exponencialmente y todos a mi alrededor se aprovechaban de mí. Eric me ayudó a pegar cada pieza rota. Siempre fui sincera con él, sólo seríamos amigos que se ayudaban, aunque si hubiera sabido que todo iba a acabar en el punto en el que estábamos seguramente no hubiera accedido a pasar tanto tiempo juntos, pero los años

fueron pasando y las necesidades se fueron incrementando. Empecé a sentir que me envolvía en un velo de dependencia que me hizo subir ese escalón convirtiéndonos en algo más que amigos. Perdonando incluso sus errores del pasado. Me había ayudado cuando le había necesitado, nada hacía pensar que aquel hecho aislado pudiera volver a repetirse. Por extraño que pueda parecer necesitaba una vía de escape. Nos dejamos ir viciados de instintos primarios. Creía que los dos buscábamos lo mismo, aunque fuera de distinta forma. Necesitaba huir de todas las frustraciones que me invadían, me ayudaba a olvidarme, aunque fuera durante el tiempo que la ansiedad, el deseo y la excitación duraban. Era un desahogo para los dos. Lo era, aunque los kilómetros que nos separaban cada vez hacían más difícil engañar al dolor. Para mi nada había cambiado a lo largo de todo este tiempo, aunque quisiera convencerme de lo contrario, pero a juzgar por aquella cajita con la que llevaba soñando varios días no había sucedido lo mismo con Eric. Seguía teniendo llamadas en el móvil a pesar de haberle pedido tiempo. Su insistencia me agobiaba, y el no saber con certeza si su amor era desinteresado, me apretaba aún más los pulmones. Llegué a volver a temer que podría aparecer detrás de cualquier puerta, anegado de alcohol y rabia a buscar lo que consideraba suyo. Por eso, tenía que viajar a París, no podía demorarlo más. Tenía que saber de una vez por todas si él estaba implicado en la muerte de mis padres.

33

Unax Zabaleta
Diez años antes

Habíamos pasado la tarde los cuatro alrededores de una fogata Beiñat y yo habíamos alardeado de nuestras aventuras de aquel verano mientras las chicas se reían a mandíbula batiente sabiendo que imprimíamos bastante color y aderezo a las historias que contábamos, sobre todo porque ellas las habían vivido junto a nosotros. Me gustó aquel verano. Ver como los cuatro habíamos encajado a la perfección, como mis amigos habían respetado los silencios de Alex y como, aun así, habíamos sido capaces de lograr crear historias que permanecerían en el recuerdo, fue extraordinario, pero nunca tanto como lo había sido ella. Lo que empezó como una locura de la que mi mejor amigo me había advertido acabó siendo una realidad que ellos mismos impulsaron al conocerla y ver que algo estaba cambiando en mí. Yo mismo lo notaba con unos sentimientos que no había tenido nunca antes y que me desconcertaban en cada paso que dábamos juntos.

Aquella noche, lejos de Beiñat y Maialen, decidimos tumbarnos bajo las estrellas. Nuestros amigos, porque a aquellas alturas sabía que Alex compartía los mismos sentimientos que yo por ellos, se habían ido a dormir a la furgoneta. Al día siguiente iniciaríamos el viaje de regreso y la moneda que habíamos lanzado al aire había caído del lado en el que Beiñat se convertiría en el primero en tener que coger el volante. El viaje de regreso tendría varias escalas hasta darlo por finalizado, pero creo que ninguno quería que la magia de aquel verano desapareciese por completo. Yo mismo era el primero que cada vez se arrepentía más del pacto que había firmado con Alex en el que había fijado fecha de caducidad a nuestra relación.

¡Pedazo de gilipollas!

Estábamos tumbados sobre una manta improvisada que habíamos fabricado con nuestras cazadoras que apenas albergaba nuestros cuerpos, las noches empezaban a ser frías, por eso el contacto de nuestros cuerpos en la estrechez de aquel colchón improvisado era agradable para los dos. Permanecíamos en silencio mirando la enorme luna nueva. Sin nadie más a nuestro alrededor, con la inmensidad de un cielo despejado que nos permitía ver la infinidad de estrellas que lo cubrían. Escuchábamos el sonido de la naturaleza con el eco de nuestras respiraciones pausadas. Habíamos vivido momentos increíbles, quizás envueltos por una burbuja que en cualquier momento podía estallarnos en la cara, pero como no seguir arriesgándome si Alex se había permitido el lujo de ser ella misma, se había quitado la coraza conmigo. Capa a capa, me había mostrado lo que había dentro y me había enamorado. No sabía como lo había logrado, pero entender sus pensamientos, entender sus miedos me había hecho creer que quería formar parte de su vida, que podíamos borrar las dudas, los miedos, los prejuicios, que juntos llegaríamos a descubrir lo que había sucedido. Acabaríamos con los malos, venceríamos al villano y seríamos felices para siempre. Nadie la perseguiría, nadie de los que estábamos a su alrededor correríamos ningún peligro y mucho menos ella. El cuento podría tener un final feliz.

—Quiero confesarte algo— giró su rostro hacia a mí.

—No es necesario montar un drama de esto— me miró arrugando esa naricilla que afianzaba sus rasgos—. Sabía que acabaría sucediendo. Soy irresistible, lo sé.

—¡Serás idiota! — cruzó los brazos y como la niña caprichosa que a veces dejaba ver

que había sido miró de nuevo al cielo. Me reí, pero no dejé de mirarla. Desde que la había visto entre zarzas y recuperándose en aquella cama de hospital supe que acabaría sucumbiendo, por eso, no había hecho nada para impedirlo. Deseaba por encima de todo que ella estuviese sintiendo algo parecido.

Me había dejado llevar como las abejas al polen.

Me gustaba todo de ella.

Su olor.

Sus ojos.

Su cuerpo.

Su sonrisa.

Su conversación. Todo absolutamente todo en ella me volvía loco. Me sentía tranquilo a su lado. La incomodidad y las ganas de alejarme que había sentido en otros momentos de mi vida con otras chicas, no tenían cabida ahora.

—¿No era esa la confesión que querías hacerme?

—Ni de lejos— refunfuñó divertida. —Fue al volver de una fiesta. Había conseguido librarme del toque de queda, pero, eran las doce y sólo tenía ganas de estar en casa — ¿por qué siempre me pillaban fuera de juego sus confesiones? Noté como apretaba mi mano, pero no dijo nada se mantuvo en silencio. Le di el espacio que sabía que necesitaba para que siguiera hablando—. La fiesta no me estaba resultando demasiado divertida, mis amigas se habían desperdigado y no tenía a nadie localizado salvo a Eric, que estaba más eufórico de lo habitual — se giró para mirarme sin soltar mi mano que seguía agarrando con fuerza—. Había sufrido una lesión de menisco que le mantenía lejos de la liga. Aquella tarde fue su última revisión. Le dieron el alta, pero su sueño de dedicarse al rugby profesional se desvanecía. Le aconsejaron que, si no quería quedarse cojo, lo mejor era que abandonase cualquier disciplina deportiva que le exigiese un esfuerzo extremo. No más rugby.

—Vaya. Supongo que tiene que ser duro dejar atrás un sueño.

—Eso debió de creer Eric. Supongo que ver como mi hermano, su amigo inseparable, sería el único que cumplía el sueño de ambos, tampoco ayudaba mucho.

>> Por aquel entonces seguíamos mostrándonos como la pareja feliz e idílica que todos esperaban que fuéramos, pero tengo que confesar que cada vez rehuía más su compañía. No quería quedarme a solas con él. Evitaba cualquier momento de intimidad. No…no sabía como acabar con aquella farsa. El día de la fiesta pensé que él podría llevarme a casa, sólo pretendía eso, había intentado distraerme, charlar con sus amigos, hacerme la simpática y la novia enrollada, pero no había funcionado. Cuando le pedí que me llevara a casa me ignoró por competo, así que forcé la situación. Le dije que me iría andando. La fiesta estaba lejos de cualquier parte. Volver a casa a pie era cuanto menos una locura, pero pareció no escucharme y yo, no había contado con la posibilidad de que Eric se lo estuviera pasando bien. Así que, él simplemente siguió bebiendo y yo pensé una nueva manera de alejarme de allí.

—Creo que me da miedo saber lo que hiciste para conseguir tu propósito.

—No me quedó otra opción que buscar a algún alma caritativa en la fiesta que quisiera hacer de taxista.

—No me jodas, Alex. ¿En qué demonios estabas pensando?

—En irme a casa— me hervía la sangre.

—No existen almas caritativas a esas horas de la noche y menos en una fiesta.

—Lo sé, e incluso a veces el demonio está más cerca de lo que crees.

>> Me puse a caminar por el arcén de la carretera. No había encontrado a nadie

conocido que me pudiera acercar, aún tenía alguna neurona sana en la cabeza y evité a los desconocidos— suspiré, aunque sabía que aquello no pintaba nada bien— pasaron a penas cinco minutos cuando un coche se cruzó en mi camino frenando delante de mí. Me asusté, por un momento me vi debajo de aquellas cuatro ruedas, pero por suerte fui capaz de saltar hacia un lado evitando que me atropellará. La oscuridad me impedía ver al conductor que se bajó veloz del coche dando un portazo e increpándome por andar sola en la oscuridad de la noche. No fue hasta que no le tuve delante de mí cuando pude reconocer a un Eric totalmente ebrio y colérico. He tratado de borrar muchas veces lo que vino después y agradezco a cada minuto que mi hermano apareciera en el momento justo. Vio subirse a Eric ebrio en su coche y le siguió para tratar de detenerlo, pero no pudo evitar que me metiera en el coche a empujones y se abalanzara sobre mí dispuesto a obtener un placer que según él llevaba demasiado tiempo negándole a pesar de ser una pareja consolidada ante la gente.

—¡Hijo de puta!

—No te preocupes, Belmont acabó salvándome de las garras del loco de Eric, algo que yo no pude hacer con él.

—No es lo mismo Alex, ese Eric es un mal nacido que no supo controlar sus instintos más primarios y sus celos por tu hermano. Nada que ver con el accidente de tus padres, algo sobre lo que tú no tenías ningún tipo de control.

El silencio nos invadió durante unos minutos, pero en mí bullía con fuerza una pregunta, tenía que saberlo, necesitaba saberlo.

—¿Llegó a agredirte? Porque si lo hizo te juro que iré a buscarlo ahora mismo donde quiera que este y no respondo de lo que seré capaz de hacer con él —Alex me miró con sincera gratitud y acariciando mi mejilla con el dorso de su mano me respondió con una voz tan ronca que me hubiera hecho caer al suelo sino fuera porque aún seguíamos tumbados.

—No, Unax. No debes perder el tiempo ni volcar tu ira en él. Belmont llegó a tiempo.

34

Alex

La imagen de Eric me había acompañado durante el trayecto en metro y subiendo con cierto nerviosismo a oscuras las escaleras del portal del apartamento. Frente a la puerta, tuve la necesidad de iluminar el descansillo si quería entrar en casa. Encendí la luz y rebusqué en el interior del bolso las llaves. Era como buscar una aguja en un pajar. Nunca encontraba lo que quería. Aparecían mil absurdeces antes de encontrar lo que quería. El móvil, las gafas de sol, unos pañuelos todo se perdía en aquel agujero sin fondo. Eran como sacos en los que cualquier objeto era engullido en su interior y nunca se sabía más de él. Estaba deseando entrar, ponerme ropa cómoda y empezar a pelar patatas. Bueno, esto último no me apetecía demasiado, pero quería preparar la cena antes de que llegara Rocío, al fin y al cabo, le debía la importante decisión que estaba a punto de tomar en mi vida, y no encontrar las llaves lo único que estaba consiguiendo era restarle tiempo de elaboración a la magnífica tortilla de patata y no francesa, con la que pretendía deleitar a mi compañera de piso. Removía el interior del bolso como si fuera un puchero con la intención de reconocer lo que buscaba, sino lo conseguía a través del tacto, al menos por el sonido metálico, sería capaz de localizar las llaves. Cuando por fin pude tocar el metal con los dedos saqué triunfal mi objeto más preciado en aquel momento y me dispuse a abrir, pero no me había dado cuenta hasta ese preciso instante de que la puerta estaba entreabierta. Dudé un instante, aunque finalmente la empujé comprobando efectivamente que se deslizaba suavemente sin ningún tipo de resistencia mostrándome un interior totalmente oscuro y sin definición alguna. Por un momento pensé que era cosa de Rocío que quería darme un susto, pero no la creía capaz de algo así. Después pensé en que a lo mejor había traído un ligue con prisas y la pasión del momento podía haber hecho que olvidara cerrar la puerta, pero rápidamente descarté la idea por absurda. Estaba segura de que preservaría su intimidad a toda costa. Mi valentía, bastante mermada en aquel momento, no me permitía ir muy lejos, así que ante la duda únicamente me atreví a utilizar mi brazo derecho para palpar la pared cercana a la puerta de entrada e intentar localizar el interruptor de la luz en el interior del apartamento. El resto de mi cuerpo permanecía inmóvil sobre el felpudo como si mis pies se resistieran a cruzar el umbral. Oí un ruido en el interior, traté de seguir con la vista el sonido, pero no pude ver nada. Estaba segura de que provenía del interior de la habitación de Rocío, la oscuridad me impedía ver, por lo que dediqué aún más esfuerzos en buscar el interruptor arrastrando mi mano por la pared del interior del apartamento. ¿Dónde demonios estaban? En el fondo sabía que el problema era que seguramente estaba buscando dos o tres palmos por encima o por debajo de donde estaba situado. Así era mi suerte. La luz del descansillo se apagó en ese mismo instante y un chillido ahogado salió de mi boca. Me asusté a mí misma, quedándome quieta, casi sin respiración, tratando de escuchar el silencio existente, pero el bombeo de mi corazón me impedía hacerlo. Me pareció ver una ráfaga de luz que salía del interior del apartamento, inmediatamente pensé que mi nerviosismo hacía imaginar a mi mente cosas que no existían. Me armé de valor, encendí nuevamente la luz del descansillo y entré seguidamente en el apartamento con la intención de localizar de una vez, por todas, el interruptor. El resultado no fue el esperado porque encontré el interruptor lo pulsé y la luz no se encendió. Era evidente que las bombillas no se habían fundido todas al mismo tiempo. En el tiempo que llevábamos viviendo allí el limitador nunca había saltado por una sobrecarga. Alguien intencionadamente había cortado la luz. Pegué mi espalda a

la pared y busqué de nuevo con desesperación dentro de mi bolso. Necesitaba localizar el móvil. Necesitaba encender la linterna. Sentía la adrenalina correr por cada una de las extremidades de mi cuerpo con tanta virulencia que tan pronto como localicé el teléfono lo iluminé y envalentonada decidí inspeccionar el apartamento con la intención de saber qué era exactamente lo que pasaba allí dentro. Lamentablemente no tardé mucho en arrepentirme. Tropecé con algo que me hizo soltar el móvil para evitar que la caída acabase con mis dientes estampados en el suelo. El golpe fue seco y doloroso. No solo porque me había golpeado con algo duro sino porque mi cuerpo había caído sobre infinidad de objetos dispersos por el suelo. Estaba tumbada sobre un auténtico campo de minas. Creo que todas nuestras cosas se encontraban esparcidas por aquel suelo. Antes de incorporarme palpé más a fondo la superficie con la esperanza de que la mala suerte se olvidase de mi durante un rato permitiéndome encontrar entre todos los objetos esparcidos el móvil, pero entre semejante maremágnum de cosas, tristemente, la fatalidad del momento tocaba la campanilla para no dar por cumplido mi deseo. Traté entonces de incorporarme despejando un poco el suelo en el que iba a apoyar mis pies para no caer de nuevo haciéndome aún más daño, pero no tuve tiempo de reacción. Ni tiempo para pensar como podría iluminar la estancia o llegar a la ventana y levantar la persiana para que se filtrara la luz de las farolas de la calle. Ni siquiera tuve tiempo para lamentarme de las magulladuras que sentía en mi cuerpo. Fui literalmente arrollada, mi cuerpo se encontraba interrumpiendo el camino de huida de quién fuera que estuviese, sin nuestro permiso, en el apartamento. Salir corriendo era su brillante plan después de ser alertado, seguramente, por el ruido que mis pesquisas habían provocado. El choque fue semejante al de dos coches circulando en sentidos contrarios por la misma carretera. Me sentí volar. Creo que el peso de mi cuerpo no pudo contener el envite y acabé golpeándome en la cabeza provocando un apagón inmediato de mi consciencia.

La mala suerte me perseguía.

35

Alex

Los tres días siguientes me mantuvieron entre el cielo y el infierno. El cielo porque pude comprobar que tenía amigos de verdad a los que les importaba y el infierno, porque como no me habían diagnosticado ninguna lesión cerebral que me impidiera seguir con mi vida normal después del golpe en la cabeza, había decidido que caer a plomo contra el suelo sólo me había ocasionado un chichón que iría remitiendo sin ninguna complicación. Algo que a medida que habían ido pasando los días, quedaba más que patente que había sido una mala idea. Un error de amateur en esto de los golpes en uno de los órganos más complejos e importantes del cuerpo. De los ochenta y seis millones de neuronas que se suponía que tenía en el encéfalo, con el golpe, había dejado sin conexión por lo menos a un tercio de ellas o al menos, la cabeza me dolía como si alguna catarsis parecida se estuviera produciendo en lo más recóndito de mi cerebro.
Habíamos revisado el apartamento palmo a palmo intentando averiguar si echábamos algo en falta como nos había dicho la policía que hiciéramos. El caos podía ser perfectamente el resultado de quién busca algo y no lo encuentra, pero afortunadamente para nosotras no faltaba nada. Temíamos averiguar cuáles eran las verdaderas intenciones del supuesto ladrón para entrar en nuestro apartamento, aunque por mi parte, creía tener la respuesta. Buscaba el pendrive, que comprobé que seguía en el bolsillo interior de mi maleta de viaje. Esa memoria USB podía traerme demasiados problemas porque ahora más que nunca sabía que contenía información valiosa. Francis había extremado demasiado las precauciones para entregármelo, y por mi parte, no le había contado a nadie, salvo al propio Francis, que lo custodiaba. ¿Cómo era posible que lo estuvieran buscando en mi apartamento? Alguien iba por delante de nosotros.

Aquella tarde, al montarme en el vagón del metro después de un día agotador en Hoplan, buscaba desesperadamente un asiento libre para apoyar la cabeza, cerrar los ojos y aliviar la migraña que a esas alturas del día llevaba ya tatuada en mis sienes.
Afortunadamente, tuve suerte e intercepté a un viajero que abandonaba un asiento para dejarme caer en él sin más miramientos. Situé la carpeta en mi regazo junto con el bolso, apoyé la cabeza en el cristal de la ventana y cerré los ojos con el firme propósito de no pasarme de parada. Solo pensaba en llegar a casa, darme una ducha y cerrar los ojos hasta que llegara el día siguiente, pero como siempre el karma no estaba muy por la labor de olvidarse de mí.
—¿Los cuatro elementos? — abrí los ojos alertada por la mención de aquellas tres palabras que creía haber leído recientemente en algún lugar.
—Si, ya han publicado que saldrá a la venta el mes que viene. La familia ha tenido que resolver un montón de problemas legales después de lo sucedido.
—¿La familia? He oído que el marido ha tenido que pelear con uñas y dientes para poder ser él el beneficiario de lo que se recaudase con las ventas de la novela. Al parecer querían quedarse con todo. He llegado a leer que intentan quedarse con la empresa. ¡Cómo si no tuvieran suficiente pasta!
—Son unas auténticas aves de rapiña.
—El problema es que los padres de Lidia Blanch nunca quisieron que se casase con él. Por eso la relación entre ellos no ha sido buena. Me gustaría haber podido ver como eran las cenas de navidad.

—Eres una cabrona.
—Sólo digo que tendría que ser divertido porque el hermano está también para que lo encierren. Debe ser un haker de la hostia, pero juguetea demasiado con las drogas de diseño y le están friendo el cerebro.
—Una cosa es juguetear y otra que te resuciten dos veces. Seguro que le hicieron una transfusión y dejaron secos a cientos de donantes para salvarle la vida mientras otros muchos con menos recursos sólo podían mirar como se esfumaban sus esperanzas en cada transfusión que le hacían a ese sinvergüenza.
—Si que le tienes aprecio, aunque no sé como de los mismos padres puede salir un ángel y un demonio.
—Ahí te has pasado tía. Vale que admires a la escritora, pero convertirla en un ángel…
Examiné a las dos chicas sin ningún tipo de disimulo, no tendrían más de diecisiete años tirando por lo alto. Una de ellas abrazaba el libro de la escritora con la que compartía apellido, Blanch, mi apellido materno. Lo atesoraba entre sus manos como si fuera un objeto de incalculable valor. No lo reconocí, aunque tampoco pude ver muy bien la portada, pero lo que si tenía claro es que no podía ser el libro del que habían hablado. Las cubiertas de libro *Los cuatro elementos* de Lidia Blanch eran azules, lo había tenido delante de mis narices y la portada del que ellas tenían era amarilla.
¿Era posible que hubiera dos ediciones distintas del mismo libro?
Al cruzar el umbral de la puerta del apartamento, no pude evitar sentir un escalofrío recorriendo todas mis terminaciones nerviosas. Hacía días que se había producido el intento de robo en él, pero desde entonces no había quitado el miedo a que la luz no se activase cuando intentaba encenderla y mucho menos había quitado el miedo a que alguien apareciese sin esperarlo en plena oscuridad. En la mayor parte de los sueños que había tenido durante aquellos días *Roger Schmidt* era el hombre que me golpeaba y me culpaba de no haber hecho caso de sus consejos. Era cierto, mi curiosidad no saciada me había hecho intentar saber el contenido del pendrive, lo que no me gustaba tanto era el rastro que al parecer había dejado al hacerlo.
En el apartamento las cosas aún seguían revueltas, algo que no nos ayudaba a olvidar lo sucedido, pero ninguna de las dos teníamos ánimo para ponernos a recoger al llegar a casa. Habíamos guardado alguna que otra menudencia y amontonado el resto en un rincón del salón. Lo que, si había cambiado desde el incidente, es que al llegar a casa no podía evitar poner una silla inclinada hacia el pomo de la puerta. Tenía la extraña sensación de que impediría que volviesen a entrar en al apartamento o al menos me alertaría de que alguien estaba intentando acceder sin permiso. Aporrearon la puerta y abrí, seguramente sería Rocío que estaba al tanto plenamente de mis locuras de los últimos días y trataba de evitar un susto a los vecinos del piso de abajo por el estruendo que la silla podía provocar al caer.
—Deberías asegurarte de quién está al otro lado antes de abrir de par en par— respondió inmediatamente mi compañera de piso fijando su mirada en la silla que sujetaba con las manos.
— ¿En serio? ¿Otra vez con eso? ¿Crees que vas a impedir que alguien entre colocando una silla detrás de la puerta?
—Tu no has podido hacerlo.
—Yo no lo he hecho porque sé que mi compañera de piso es una loca que pone sillas detrás de las puertas. No quiero rayar el parqué, así no conseguiríamos nunca que nos devolvieran la fianza que hemos pagado por estar aquí.
—Supongo que hay mucho loco deambulando por ahí— dije como si trasladando la locura de la que hablaba Rocío a otros ocultase en cierta medida mis propias paranoias.

—¿Qué tal estás hoy?
—Mejor—mentí, pero prefería no preocuparle en exceso. Abrió el frigorífico y echó un vistazo.
—¿Ensalada? — siempre llegaba canina de trabajar. Según ella, no era elegante comer cosas escondida debajo del mostrador como hacían sus compañeros, rara era la vez que no acababan pasando un mal rato, bien porque recibían una llamada de teléfono y tenían que contestar como si tuvieran un polvorón en la boca o bien porque se les había quedado algo entre los dientes de lo que no se enteraban hasta que se acababa su turno y se miraban al espejo.
—¿No tenemos un chuletón de ternera? Estoy hambrienta.
—Lo siento, pero se me olvidó ir de caza esta noche.
—Joder, a este paso me quedo en el chasis y ahora tengo que mantener mi esplendor a la máxima potencia.
—¿Has conocido a tu *Picha Brava*? — dejó las llaves y el bolso sobre la encimera de la cocina mientras se descalzaba dejando los zapatos de tacón de aguja negros tirados en una esquina. En otro momento la hubiera dicho algo. Me hubiera metido con su perpetuo desorden y su falta de organización, pero en un apartamento en el que parecía que había habido una explosión nuclear no tenía mucho sentido hacer algo así.
—Tenemos que hablar— me dijo mientras hacía un hueco en la encimera para sentarse entre nuestra posible cena y el bolso que había tirado allí.
—¿Me vas a dejar?
—¡Qué dices loca!
—Suena a ruptura.
—No te puedo abandonar a la deriva te hundirías en el primer charco que pisaras caminando por la calle.
—Oye, no te pases que tampoco estoy tan mal.
—Estás mal.
—No lo estoy.
—Mira bonita, lo primero es reconocerlo. Lo segundo poner medios para curarse y lo tercero hacer terapia.
—¿Has estudiado la carrera de medicina en esta media hora que tenías libre de camino al apartamento?
—Algo así.
—Venga Rocío no me fastidies. Es estrés, en cuanto todo esto se calme tendré mejor aspecto — saqué un par de tenedores y las servilletas de tela que Rocío se empeñaba en seguir usando. Otorgaban glamour al tiempo que limpiaban mejor.

Cosas de Rocío.

Había que quererla.
No hacerlo era misión imposible.
—Le he dicho a Unax que irás a verle.
—¿Qué has hecho qué?
—Te harás una revisión y si es necesario te derivará a un nutricionista.
—Ni hablar— dije mientras cogía mi plato, mi tenedor y mi servilleta para sentarme en el sofá a cenar.
—¿Sabes que te estás llevando un plato vacío al sofá? ¿Qué piensas cenar aire? —mierda tenía razón.
—No pienso ir.
—Los franceses cuando os enfadáis no resultáis convincentes. Ese acento pasteloso os traiciona.

—Vete a la mierda.
—*Mierrrrda*. No *miegda*— se rio.
Me di la vuelta airada antes de dejar caer mis posaderas en el sofá.
—Y encima ahora el golpe en la cabeza. Esos mareos que tienes no pueden ser nada bueno— solo me había mareado un par de veces al levantarme, seguro que tenía la tensión baja, era de fácil solución—. Las cosas no se arreglan pidiendo *que te den de alta voluntariamente*.
—Si te quedas más tranquila sé que necesito unos kilos más, dos o tres.
—Cinco o seis.
—Los que sean, los recuperaré, sólo necesito que se calmen las cosas, y todo mejorará. Créeme, si de algo ha servido el golpe en la cabeza, ha sido para darme cuenta de que había cosas que no estaba haciendo bien.
—Entonces no te importará ir el martes de la semana que viene al hospital, a las diez de la mañana para ser exactos. Le dices a Francis que estás en plena metamorfosis, y que pasas de su culo moreno— dejé el plato en la mesa auxiliar y encendí la televisión—. ¿Me estás oyendo? — subí el volumen a ver si cogía la indirecta. No la vi venir. Debió de bajarse de la encimera de la cocina como si fuera un ninja y no me di cuenta hasta que la sentí encaramándose por el respaldo del sofá. Bloqueó mi cuerpo con el suyo y de la propia impresión que me produjo verla tendida sobre mí. La entregué sin resistencia la presa que había ido a buscar. Una vez con el mando en sus manos pulsó el botón rojo y adiós a cualquier distracción posible. Sin embargo, la hazaña no parecía ser suficiente porque aún seguía sobre mí evitando que me moviese.
—¿Me vas a escuchar ahora?
—No tengo otra alternativa — dije mientras intentaba moverme sin éxito bajo su cuerpo—, si no fueras como una pluma de faisán podrías quitarme de encima sin problema.
—¿De faisán?
—Si, capulla. De faisán. Son bonitas como tú. Se hacen tocados para el pelo y abalorios con ellas, pero para que luzcan así primero el faisán tiene que estar bien alimentado.
—A los faisanes los ceban para que luzcan bien en la bandeja de alguna comida elegante no por sus plumas— Rocío hizo un gesto de fastidio mientras se incorporaba. Nos quedamos sentadas en el sofá una al lado de la otra.
Me miró.
La miré.
Hablé.
—Sé que no lo he hecho demasiado bien.
—Es un buen comienzo —no lo dijo con sorna sino con cariño, como la amiga que realmente sentía que era.
—Las cosas no me han ido demasiado bien.
—Sé egoísta por una vez en tu vida. Quiérete. Cuídate. Porque si tú no nos ayudas los que te queremos de verdad no vamos a poder ganar esta guerra que estás librando aquí dentro tu sola — su dedo índice dio insistentes toques en mi pecho dolorido no por el contacto firme al que estaba siendo sometido sino por sus palabras cargadas de tanta verdad.
—Ahora repite conmigo. ¡Qué le den por el culo a Karina!
—¿Es necesario que diga eso?
—Absolutamente necesario.
—Karina… ¿en serio tengo que decirlo?
—No es pecado mandar a la mierda a la gente. No te preocupes irás al cielo — estaba loca de atar, pero sabía que no podría vivir sin ella a mi lado — Jairo vete a la mierda. Francis…

—¿Tenemos a muchos en la lista?
—A unos cuantos. Empieza a escupirlos ya…
Enumeramos a todos lo que creía mis enemigos hasta que se dio por satisfecha.
—Cuando no tienes un saco de boxeo o una diana con fotos esta es la mejor terapia que existe.
—Y eso está avalado científicamente por….
—*Tres estrellas Rociolín* —la risa estalló sin pedir permiso.

Tuve tiempo de darme una ducha mientras Rocío preparaba la cena que degustamos viendo la última serie policíaca que nos tenía enganchadas. Al terminar se levantó para retirar los platos al fregadero.
—Necesito que vayas a esa consulta el martes.
—Me haré una revisión. Te lo prometo. Pero no con él—comencé a abrir el sofá cama.
—*Ale*, me da igual lo que os pasara a vosotros dos, sólo sé que es un buen médico y que te puede ayudar— la notaba intranquila —. Lo hará mejor que ningún otro porque vi su cara de preocupación mientras te cambiabas la otra noche. Está implicado contigo. De la forma que sea, pero le importas. Sé que se ocupará de ti. Me lo ha prometido. Respetará la distancia que tú quieras imponer, pero te cuidará mejor que nadie—había cientos de médicos que se implicarían tanto o más que él no entendía por qué esa insistencia—. Por favor, no se lo pongas más difícil— me miró con ojos de súplica.
—Rocío sé que quieres lo mejor para mí, pero no creo que sea la persona más indicada para tratarme.
—Tiene que ser él —insistió—. Necesito quedarme tranquila cuando me vaya —dejé de estirar las sábanas de la cama para fijar mi mirada atónita en ella.
—Me voy a Londres — eso sí que no me lo esperaba—. No sabía como decírtelo — me senté en la cama—. Me han ofrecido ser jefa de Relaciones Públicas en un hotel de la cadena en el centro de la ciudad.
—Enhorabuena, Rocío— lo sentía de verdad, me alegraba por ella, aunque el hilo apenas audible de mi voz simuló lo contrario.
—Llevo demasiados años como jefa de recepción. Aquí he tocado techo… sólo quiero mejorar.
—Eh, amiga…— estaba nerviosa, y no era algo habitual en ella—, es algo bueno. Muy bueno. Es la mejor noticia que me podías dar. Llevas deseando algo así mucho tiempo.
—Te dejo sola.
—¿En serio? ¡A otro perro con ese hueso! —se rio sosteniéndome la mirada mientras aceptaba mi mano. Realmente estaba nerviosa—. Sé apañármelas en Madrid, he tenido a la mejor maestra — apretó mi mano—. Además, ¿qué mejor excusa puede haber para visitar Londres que tener una amiga afincada en la ciudad?
La iba a echar de menos, pero también sabía que la factura del teléfono iba a crecer exponencialmente. Ninguna de las dos íbamos a dejar que aquella amistad se acabase. Después de llorar a moco tendido por lo mucho que nos íbamos a echar de menos, nos habíamos ido a la cama. Morfeo me había atrapado en sus brazos después de tres noches seguidas sin dormir bien. El dolor de cabeza, las lágrimas derramas y el cansancio instaurado en mi cuerpo habían tenido la culpa. Oí sonar el timbre. El sonido me alertó de tal manera que me senté de golpe en la cama. Busqué el móvil y lo encendí para ver la hora. Eran las dos y media de la madrugada, con razón me sentía tan cansada. Me calcé las zapatillas para acercarme a la entrada cuando Rocío abrió la puerta de la habitación y se iluminó el resto del apartamento con la luz que salía de dentro.
—¿Han llamado al timbre? — Rocío estaba totalmente despejada. A juzgar por su semblante parecía no haber sido capaz de conciliar el sueño aún.

—Seguro que es alguna gamberrada. Vete a dormir. Ya me encargo — le dije mientras me dirigía hacía la puerta.
—¡No abras! —fue un grito contenido que no pudo evitar lanzar al aire cuando vio que mi mano se acercaba a la silla que había vuelto a poner apoyada en el pomo de la puerta.
—Miraré primero a través de la mirilla — pero la oscuridad más absoluta impedía que se pudiera ver nada al otro lado de la puerta—. La luz está apagada.
—Abriremos la puerta juntas — dijo inmediatamente —. Seguro que son unos chavales a los que se les ha ido de las manos el alcohol —pude ver como se agarraba con fuerza a mi teoría de que era una gamberrada y no valía la pena ponernos a discutir quién abría la puerta, las dos indiscutiblemente, teníamos miedo de lo que podíamos encontrarnos al otro lado.
Encendimos la luz para iluminar la estancia y hacer visible el rellano todo lo que pudiéramos antes de dar la luz exterior. Abrimos la puerta. Miramos a un lado y a otro. No vimos a nadie. Estaba claro que quién hubiera tocado al timbre hacía rato que se había ido de allí. Porque el silencio invadía el espacio. Cuando Rocío fue a activar el pulsador de la luz de fuera piso algo en el felpudo que la hizo trastabillar. Al iluminarse el relleno pudimos ver una caja en el felpudo. Se agachó, la cogió rápidamente y entró en el interior del apartamento cerrando la puerta de golpe.
—Cierra con llave y pon el cerrojo. ¡YA!
Estaba alterada. Las dos estábamos nerviosas. No sabíamos el grado ni la intensidad de la gamberrada que se encerraba entre las cuatro paredes de aquella caja, pero algo nos hacía pensar que nuestra teoría no era la adecuada. Rocío tiró la caja en la encimera de la cocina como si quemara. Nos miramos con el mismo grado de incertidumbre. Dudábamos. Sabíamos que el hormigueo que sentíamos las dos era miedo. Miedo a que de alguna manera lo que se escondía allí dentro tuviera relación con el robo frustrado que habíamos sufrido.
La muñeca de trapo tenía la cabeza rota, aunque pendía de una costura lateral que no se había desgarrado por completo. Al principio creímos que era una caja llena de virutas de serrín, pero en cuanto las apartamos con cuidado descubrimos que en el interior había una estilizada muñeca de pelo largo negro con el cuello en una posición poco natural y una nota escrita a ordenador con una onomatopeya a la que no encontramos ningún sentido: *Miau*. Alguien quería meternos el miedo en el cuerpo y creo que lo estaba consiguiendo.
—Joder, ¿quién nos puede haber enviado algo así? — bramó Rocío.
—La muñeca. Yo soy la mujer morena de pelo negro y largo.
—Tenemos que llevárselo a la policía.
—No es una gamberrada, ¿verdad? — mis palabras no tenían ningún valor. Sabía con demasiada certeza que esa muñeca intentaba decirme muchas cosas.
—Una gamberrada podía haber sido que nos dejaran una mierda de perro en el felpudo, pero nunca una muñeca decapitada.
—Déjame tu móvil el mío está sin batería, y no me apetece cargarlo para ver, las miles de llamadas de Eric que tengo pendientes.
—¿Vas a llamar a la policía?
—No, voy a hacer unas fotos.
—¿Crees que es el momento para ponerte creativa? ¡Deberíamos llamar a la policía!
—Quien quiera que haya hecho esto no va a molestarnos más esta noche—no sé de donde estaba sacando tanto aplomo, pero lo estaba consiguiendo.
—¿Cómo sabes que no volverá?
—Porque nos ha dejado el mensaje que quería —un mensaje que sin lugar a dudas iba dirigido a mí y no a ella, pero no quería llenar su cabeza con más preocupaciones y menos en el mejor

momento de su carrera profesional. La tenía que eximir de todo aquello—. Te prometo que mañana antes de ir al trabajo me paso por la comisaría de policía— me miró poco convencida—. No vamos a conseguir nada llamándolos ahora salvo una mala noche con poco descanso —saqué unas cuantas fotos. Cerré de nuevo la caja tratando de dejar el menor rastro de huellas posibles y la metí en una bolsa de basura para evitar contaminar las pruebas.
—¿Crees que seremos capaces de dormir después de esto?
—Tenemos que intentarlo, Rocío. Por esta noche se han acabado las emociones fuertes.
En la oscuridad del salón con la luz apagada y Rocío ya en su habitación puse el despertador del móvil que tenía cargando a las cinco de la mañana. Iría a la comisaria antes de ir a trabajar. No quería que nadie me preguntase el motivo por el que llegaba tarde al trabajo. Les entregaría la caja para que pudieran analizarla y decirnos que clase de loco la había dejado en la entrada de nuestro apartamento. Si aquella caja contenía alguna pista la policía la encontraría.
¡Nadie podía asustarnos!
¡Nadie!, me repetía a mí misma, pero en la oscuridad de la noche tumbada boca arriba mirando a un techo que era capaz de adivinar por el reflejo de la luz de las farolas de la calle que se colaba a través de las ventanas un pensamiento volvió a mi cabeza por segunda vez en poco tiempo donde se encontraría en aquel preciso instante *Roger Schmidt.*

36

Alex

Entregar la caja en comisaria me había llevado más tiempo del que hubiera pretendido. Me habían bombardeado con preguntas a las que a veces no sabía ni como responder. A nadie se le escapaba que un intento de robo y un regalo intimidatorio en tan breve espacio de tiempo, no podían ser producto de la casualidad. Sospechaban que había algo que no quería contarles y sospechaban bien.

Había conseguido llegar a trabajar sin levantar sospechas, pero estaba demasiado alterada. La noche anterior en vista de que no iba a poder dormir a pesar de haber insistido a Rocío en que debíamos hacerlo para estar bien al día siguiente, me había dedicado a comparar las fotografías de la muñeca aparecida en el felpudo, con fotografías de objetos amenazantes que había recibido tras el accidente de mis padres en el piso de Saint-Germain. Una fotografía familiar en la que la única cara que aún permanecía sin tachar era la mía, un juego de llaves similar al del coche familiar en el que tuvieron el accidente, la esquela de su fallecimiento con mi nombre subrayado seguido de las siglas R.I.P. Sin embargo, ahora había algo distinto. La muñeca no hacía referencia a lo que había sucedido, a la muerte de mi familia. La muñeca significaba algo, traía un mensaje, me convertía en la víctima y luego estaba esa extraña nota. *Miau*, la onomatopeya que simulaba el sonido de un gato. ¿Qué demonios significaba eso?

La cabeza me iba a mil por hora por lo que decidí echar un vistazo a los folletos de coches que John había dejado encima de mi mesa para distraerme del amasijo de ideas inconexas que se estaban formando en mi cabeza y seleccioné los que más me gustaban.

Me acercaría a verlos esa misma tarde.

Avisaría a los chicos.

El teléfono empezó a sonar con insistencia. Lo descolgué de forma automática.

—Despacho de dirección de Proyectos. Le habla Muller.

—Despacho de dirección de Tecnología al habla Smyth, ¿puede pasarse por mi despacho?

—¡Qué tonto eres John! — pude oír perfectamente su risa.

—Ven huesitos — dijo cargado de cariño— tengo que contarte algo.

Cruzar la puerta de mi despacho para entrar en el suyo no me llevó ni dos segundos. Eran despachos simétricos separados únicamente por una pared. Sus muebles eran como los míos de maderas claras y cromados. Estaba muy ordenado. John, aunque pudiera no parecerlo, era muy meticuloso con sus cosas y con el orden rallaba el trastorno obsesivo compulsivo. Lo ordenaba todo por tamaños, colores, materiales y texturas. Cuando uno entraba allí una de las mejores cosas que podía hacer era admirar su obra, porque sí, todo él era arte, excéntrico, magnético y maravilloso. Me senté frente a él. Apoyé los codos en la mesa y posé mi barbilla sobre los dedos de mis manos entrelazados.

—¿Puedo saber que desea decirme su vuecencia?

—He seguido rastreando en internet— giró unos papeles que tenía en la mesa hacia mí—. ¿Te suena de algo? — eran los cuatro triángulos azules entrelazados que había visto por primera vez en el despacho de Francis. Asentí con la cabeza.

—Estoy investigando la contabilidad de la empresa.

La contabilidad de *¿Rodes Company?* Esa era la empresa que había detrás de aquellos cuatro triángulos azules. Cualquier cosa que tuviera relación con esa empresa no podría ser bueno. Le

miré extrañada. ¿Había cometido el error de rastrear esa información desde el ordenador del trabajo?
—He revisado cada centímetro cuadrado de este despacho. Incluidos los teléfonos, el ordenador, la impresora... Está limpio — dijo mientras se retiraba de la cara los mechones que se le habían soltado de la coleta que llevaba ese día—. Pero aun así creo que no es un lugar seguro.
—¿De qué estás hablando?
—Ya sabes — me mostró una sonrisa algo siniestra para acabar diciendo que las paredes a veces escuchaban cosas—. Esta tarde me invitas a unas cervezas y te lo cuento todo.
—No puedes tirar la piedra y esconder la mano.
—Si que puedo. Ya sabes que no sé guardar muy bien los secretos— se llevó la mano al pecho —. Me quemaba algo aquí dentro sino te anticipaba que deberíamos hablar, pero ahora ya me siento más aliviado.
—¿Serás capaz de dejarme así?
—Por supuesto — dijo reclinándose en su asiento para hacerse el interesante.
—Está bien, entonces tendrás que esperar también a esta tarde para que te cuente lo que pasó en Berlín que creo que está relacionado con los sucesos en nuestro apartamento.
—¿Los sucesos en vuestro apartamento? ¿Ha pasado algo más que no nos hayáis contado?
—Antes de venir a trabajar he tenido que pasar por la comisaría de policía.
—Y lo dices así, ¿cómo si fuera lo más normal? Que hostias ha pasado, *Sandra.*
—Estamos bien. Esta tarde después de ver los coches que he seleccionado, te invito a unas cervezas, tal vez si consigo hacerme con un buen bólido te cuente mis sospechas y te enseñe una réplica de mi persona en forma de muñeca.
—¿Una muñeca?
—Has oído bien, tengo fotos con las que poder enseñarte lo horrible que puedo llegar a ser.
—¿Tu horrible? — me guiñó un ojo—. Elegiremos el mejor coche de segunda mano que existe en el mercado— cogí un bolígrafo de los que tenía perfectamente alineados en la mesa y se lo tiré, aunque tuve la mala suerte de que lo cazara al vuelo—. Creo que tu osadía te va a costar un par de cervezas más y si es necesario te emborracharé para que no te dejes ni un sólo detalle de lo que ha pasado algo me dice que no me va a hacer mucha gracia. Llevas ocultándome cosas demasiado tiempo— levantó el teléfono, y poniendo el dispositivo de manos libres, pude ver como marcaba la extensión de José—. ¿Qué mosca te ha picado ahora tío? — se oyó al otro lado.
—¿Te apetece tomar unas birras esta tarde?
—Joder, pues claro. ¿Qué clase de pregunta es esa?
—Es que estas cervezas tienen un precio.
—¿De qué va esto John? Sabes que los preparativos de la boda me tienen frito el cerebro.
—Es cosa de tu jefa.
—¿*Sandra*? No tengo la cabeza para adivinanzas. ¿Qué pasa?
—No hagas caso a este energúmeno — intervine.
—La señorita Muller, ha decidido estirarse e invitarnos a unas cuantas rondas de buena birra— me tapé la cara.
—¿Qué se celebra?
—¡Qué esta tarde vamos a ayudarla a comprarse un coche!
—Hostia, ¿eso es verdad?
—Oye, que no es algo tan raro— me quejé—. Además, no he dicho nada de comprar solo he dicho que vamos a mirar coches— se rieron a carcajadas, aunque pronto me uní a ellos cuando insinuaron que sería mejor tomarnos las cervezas antes para que mi predisposición hacia la

compra fuera mayor.
—John, lo que tengo que contarte es importante—le dije preocupada cuando cortó la conexión con José—. Creo que mi teoría de que vienen a por mí cada vez toma más fuerza. Si te dejo, esta tarde lo que haremos es una fiesta para celebrar que me voy a comprar un coche, y sinceramente creo que más que nunca tengo que tener alerta mis cinco sentidos.
—Me he dado cuenta desde que has entrado por esa puerta. Llevamos demasiados años juntos como para no saber que tus fantasmas han vuelto.
—¿Qué sabes de mi pasado, John?
—Sólo he atacado cabos, *Sandra*. Es una larga historia que comienza en Ámsterdam con un chico enamorado que abandona su sueño porque la realidad a veces supera la ficción.
—¿Ámsterdam? ¿Se puede saber qué fue lo que pasó en Ámsterdam?
—Cuando dijiste que todo lo que estaba pasando tenía que ver contigo y que iba a por ti, no lo entendí, pero después até cabos.
—¿Ataste cabos?
—Si, averigüé quien eras.
—¿De qué estás hablando, John? Sabes perfectamente quien soy.
—Hasta hace poco sabía que eras *Sandra* Muller, pero ahora sé que eres Alexandra Muller Blanch la chica por la que Unax huyó dispuesto a recorrer mundo conmigo hasta que llegamos a nuestro destino final, Ámsterdam.
—Hace ya un rato que no te sigo John.

—Siempre creí que Unax no nos contó a Beiñat y a mí todo lo que sabía sobre ti, todo lo que le preocupaba, pero en estos días he buscado información sobre lo que le sucedió a tu familia y sobre lo que está pasando en Hoplan, tengo suficiente material como para pensar que indiscutiblemente tiene que haber una pieza que te une con todo lo que está pasando, aunque aún no sé cuál es el verdadero nexo de unión entre ambos escenarios.

—John, no quería ocultaros quien era simplemente lo creí mejor para todos.

—En realidad, nunca lo has ocultado solo has cambiado la forma de contarnos quién eras para que no llegáramos a identificarte con la heredera del imperio que tus padres habían logrado construir.

—Estas siendo muy benevolente conmigo, John.

—Una cervecita más que al resto esta tarde y queda todo perdonado—me sonrió con picardía y continuó anticipándome sus pesquisas—. Creo que nuestras sospechas de que Francis nos oculta información son reales, por eso tenemos que ser sinceros el uno con el otro, *tú* y *yo*. Después ya veremos como encaja Unax en todo esto—colocó en el sitio que tenía reservado para él el bolígrafo que minutos antes le había lanzado y que tan hábilmente había cogido al vuelo—. Esta tarde, antes o después de la elección de tu coche, tomaremos unas cervezas, y buscaremos el momento perfecto para hablar y contarnos todo lo que sabemos. To-do—recalcó en un susurro —. Entre la gente nos camuflaremos mejor.
—¿Cuántas películas de suspense te has visto últimamente? — me hizo la burla como si fuera un niño pequeño.
—Me alegra saber, que esta vez no has perdido el sentido del humor.
—¿Puedo llevar a alguien?
—¿Más gente? Pues sí que quieres camuflarte. Adjudicado, llevaremos también a Marta y a Rocío.
Una idea empezó a fraguarse en mi mente. Podía ser divertido, y ayudarnos a espantar por un rato todas las incógnitas que se estaban planteando. Me quedaba el resto del día para pensar la

manera de hacerlo más divertido.

37

Unax Zabaleta
Diez años antes

Estábamos bajo la techumbre de un refugio cobijándonos de la lluvia, sintiéndonos muy cerca. Aquella noche verla con la sudadera que le había dejado minutos antes pegada al cuerpo, con el pelo mojado abrazando sus mejillas, riéndose de mis tonterías con una sonrisa que le llegaba a los ojos y libre de todas las preocupaciones que llenaban su cabeza, fue mi perdición. Cualquier autocontrol que quisiera imponerme en ese momento sería imposible.

—¿Qué estás pensando? — se atrevió a preguntar, mientras acariciaba su mano dibujando pequeños círculos con mi dedo pulgar en el dorso.

—Creo que lo sabes perfectamente—tragué saliva. Me debatía entre las ganas y el sentido común.

—Eso no figura en el trato— dijo sacando fuerzas de dónde no las tenía—. No creo que sea buena idea.

—¿Quién decide si es o no buena idea?

—Sería raro, esto que tenemos entre los dos. Este vínculo que hemos creado. No quiero perderlo.

Me debatía entre hacer lo correcto o hacer lo que me dictaba el corazón. Esa chica se me había metido debajo de la piel. Estaba enamorado de ella. Llevaba semanas sabiéndolo, ¿a quién quería engañar? Di varios pasos alejándome de ella, necesitaba saber si ella sentía lo mismo, si me dejaría marchar sin hacer nada para impedirlo. Afortunadamente, escuché sus zancadas chapoteando bajo la lluvia y sentí la violencia de su cuerpo contra el mío al tratar de encaramarse a mi espalda. En una película hubiera sido el salto perfecto, pero en nuestra realidad caímos los dos al suelo. Me giré para ver su cara, estaba riéndose a carcajadas.

—El aterrizaje ha sido duro, Medicucho.

—Ya lo creo, Gruñona—despejé el pelo de su cara.

—No quiero perder esto— dijo mientras hundía su cara en mi cuello para besarlo.

—Te prometí que mantendría las manos alejadas de ti.

—Pero yo nunca dije que quisiera que lo hicieras.

Sus palabras fueron la señal de salida, el pistoletazo que necesitábamos para dar rienda suelta a nuestros deseos. No nos importó la noche, ni la lluvia que caía sobre nosotros, ni el estar lejos de un lugar cálido y acogedor. Sus labios chocaron con los míos con anhelo, con tantas ganas reprimidas que no pude evitar atraerla aún más hacia mí. En agradecimiento recibí un gemido suave escapando de sus labios al sentir que nuestros cuerpos, al igual que nuestras lenguas se rozaban. Nos besamos como si tuviéramos sed, como si el mundo se acabase mañana. No había nada más a nuestro alrededor. Solo estábamos ella y yo. No importaba nada que no fueran nuestros besos. Nuestras respiraciones acompasadas cada vez más jadeantes. Rompí el contacto con cautela. Tuve que hacerlo porque lo quería todo de ella en aquel momento. Respiré bruscamente mientras sus ojos se clavaban ansiosos en los míos esperando una reacción.

—Vayamos al refugio— dije mientras fijaba la mirada en sus labios enrojecidos por el contacto de los míos y eufórico la cogía de la mano para tratar de levantarla.

Corrimos bajo la lluvia y al llegar di una patada a la puerta que estaba atascada, la

madera parecía haber crecido con los cambios de temperatura lo que me obligó a tener que dar un par de patadas más hasta que conseguí que cediera. Tiré con maestría de su mano, como si hubiera estado ensayando aquel movimiento durante días y entramos dentro. Golpeé de nuevo la puerta y conseguí al menos que quedara cerrada librándonos del aguacero que había fuera. La lluvia nos había empapado, pero con su espalda en la pared y su boca pegada a la mía me era imposible pensar. Mis manos resbalaban por su cuerpo torturándonos a los dos, y mis huesos se hacían polvo cuando mordisqueaba mi cuello. Sus manos subieron solas por mi espalda hasta llegar a rodear mi cuello.

La necesidad de tocarnos podía más que el desvestirnos por completo.

Nos podían las ganas y el deseo contenido durante demasiado tiempo.

La espera había terminado.

Nos desprendimos de lo imprescindible. Mientras rebuscaba en la cartera su mirada de complicidad me impulsó a seguir hacia delante, así que lo dejé reservado en el bolsillo trasero del pantalón. Las expectativas, el estar a punto, me aceleraban el corazón y calentaban mi estómago. Con la boca invadida, y la sangre en ebullición por la temperatura que estaba alcanzando el momento, sentí que me iba a ser imposible parar. Quizás si Alex hubiera mostrado algún signo de querer hacerlo hubiera sido mi perdición, pero se apretó aún más contra mí y mordisqueó mi labio inferior. No pude contener un gruñido que consiguió erizar mi piel. Sus movimientos dejaron de ser un juego para convertirse en una invitación manifiesta. Le subí el vestido rozando sus preciosas piernas que se estremecían a mi paso y busqué el encaje de su ropa interior. Me recreé en las caricias sobre la tela y bajo ella, descubriendo que su calidez se había convertido en ardor. Sus caderas se movieron, me presionaron y se extendieron hacia mí con un gemido bajo y gutural que retumbó en mi estómago incrementando mis ansias.

Nuestras manos se enzarzaron en una pelea para desabrochar el botón de mi pantalón, y en busca de la llave que había guardado unos minutos antes en el bolsillo del pantalón que nos permitiría dar rienda suelta a nuestros deseos. No me importó nada más a nuestro alrededor, ni la lluvia, ni el lugar, ni la sorpresa de poder ser descubiertos, sólo nosotros. Con fuertes embestidas llegué a lugares dentro de mí que desconocía que tenía vacíos, encendió un fuego que no sabía que podía arder. Fue rápido, brusco, un asalto en toda regla, pero fue maravilloso. La cogí los brazos por encima de la cabeza para apoyarlos en la pared mientras con la otra mano la sujetaba por la cintura con fuerza y la miré en cada empuje, sintiendo como el vestido enrollado en su cintura rozaba mi ombligo. Necesitaba saber que estaba consiguiendo llevar a Alex, a los mismos rincones a los que ella me estaba llevando. Empujé hasta que las sensaciones la llevaron al clímax y el sopló de su aliento en mi oreja me hizo perder el control unos segundos después.

Se abrazó a mi dejando deslizar con cuidado sus piernas que habían permanecido entrelazadas a mi cadera durante el tiempo que había durado la lucha encarnizada por sentir. Cuando recuperamos el aliento me susurró al oído.

—Gracias por incumplir el contrato.

—Gracias a ti, por no demandarme.

—¿Por no demandarte?

—Creo que a partir de este momento voy a incumplir nuestro contrato con demasiada frecuencia.

No sabía en aquel momento, ni podía imaginar lo que sucedería unos días más tarde, pero me hizo tanto daño y nubló mi razón como para incumplir la promesa más sincera que jamás había hecho.

38

Alex

Apenas había tenido tiempo para comer, en lugar de mi habitual sándwich, la ensalada de pasta que Rocío me había recomendado antes de preparar la maleta para coger su primer vuelo a Londres al día siguiente. Sentía que la iba a echar de menos mucho más de lo que me había imaginado. Quizás por eso el día me estaba resultando menos llevadero de lo habitual. Todo parecía un caos. Llamadas, incidencias, parecía que el mundo se iba a acabar aquella misma tarde. Había agradecido no tener que salir a buscar algo que comer porque hoy no hubiera sido capaz de poner un pie dos pasos más allá de la puerta de Hoplan sin que el teléfono móvil sonase desesperado. Por eso, cuando John me hizo levantar la cabeza agradecí darme cuenta de que la hora de salida había llegado.

—Nos vemos en media hora—se llevó las manos al pecho—. ¿Has visto como tienes la mesa? — miré sorprendida el revuelo de papeles que había sobre la superficie.

—Se dónde está todo. ¿Has conseguido hablar con el resto?

—Si, hemos quedado con ellos dónde siempre. Seguro que José tiene algo interesante que contarnos—había pasado por alto contarle que José ya me había hecho esa confesión, por lo que aproveché mí descuido para meterme un poco con él.

—El tema de la boda ya es vox populi, ¿te queda alguien a quién no se lo hayas contado?

—¡Muy graciosa! — dijo con retintín—. No te líes que te conozco.

—Necesito un par de minutos más para recoger todo esto.

—Dos minutos con la medición de tiempo habitual o con la tuya.

—Muy gracioso…

—Creo que te esperaremos en el concesionario o no llegaremos a él nunca.

—Pero…—no me dejó continuar.

—No te olvides de que tenemos que hablar—mientras veía como se alejaba por la puerta me di cuenta de que últimamente acuñábamos esa frase demasiado a menudo, por eso, esperaba que hoy fuera el día en el que pudiéramos aclarar algo. Necesitaba contarle con detalle el viaje a Berlín, mi conversación con Francis y la existencia de *Roger Schmidt* lo antes posible.

—Suena a ruptura— grité mientras le veía alejarse por la puerta.

—Eso nunca, *huesitos, a*ún tengo mucha guerra que darte—le oí gritar en respuesta.

Inmediatamente me puse a recoger la locura de papeles que había sobre mi mesa tratando de clasificarlos por orden sin que se me traspapelará ninguno, cuando estaba a punto de terminar me sonó el móvil.

Lucía: *¿Te has olvidado de mí?*
Estoy esperando en el garaje.

¡Cómo iba a haberme olvidado! Imposible. La había convencido para que saliera aquella noche con nosotros. No había una mejor manera de rematar la semana que poniendo cara a cara al irlandés y a la morena de Recursos Humanos.

Muller: Estoy bajando….
(borré el texto)
Bajo como un rayo…

(lo volví a borrar)

Cogí el abrigo, el bolso y la carpeta de fuelle roja que siempre viajaba conmigo con temas de trabajo que me quedaban por rematar, y a los que pretendía dar una oportunidad el fin de semana.

Muller: *Lista.*
Bajando.
Nos vemos en un minuto.

Casi me tropiezo con Dely mientras escribía a Lucía. Esta chica estaba en todas partes. Siempre aparecía de la nada.
—¿Te vas ya? — me preguntó—. ¿Esta vez te mantendrás fiel a tus saludables hábitos y bajarás por las escaleras?
—Si Dely, bajaré por las escaleras— sonreí a pesar de su pullita—, deberías hacer lo mismo. Creo que esta semana ha sido muy intensa para todos— no sé por qué, pero a pesar de que quería ser amable y había demostrado ser una chica eficiente no terminaba de caerme del todo bien.
—Para unos más que para otros— esta vez no me gustó el tono con el que lo dijo—. Tengo que hacer una llamada antes— apuntó—. Buen fin de semana.
—Buen fin de semana, Dely. Espero que lo disfrutes —no contestó y su rostro se perdió entre las paredes del departamento.
Desde luego esa chica haría buena pareja con Jairo, sólo ellos se entendían. ¿Qué habría sido de él? No había aparecido por la oficina desde hacía unos días y a pesar de haber trasladado su ausencia a Recursos Humanos aún no había obtenido respuesta. ¿Habría retirado la acusación que había vertido sobre mí? Aunque en mi fuero interno lo deseaba, sabía que las cosas no irían por ahí. Tendría que estar preparada para lo peor, seguro que estaba buscando munición para descargarla sin piedad sobre mí.
Me encaminé hacía las escaleras para bajar al sótano y eché mano al bolso para avisar a Eric. No sé porque tuve aquel impulso, pero me pareció una buena idea informar de que por fin me iba a comprar un coche, quizás tener noticias mías ayudaría a que me dejase de enviar mensajes y llamadas perdidas insistiendo en que me fuera a vivir a París. Sólo quería que se hiciese a la idea de que mi vida ahora estaba en otra ciudad, con otra gente que me demostraba que también era importante para ellos. No quería sentirme más tiempo atada a él. Rebusqué en el bolso, pero lo único que encontré fue el cargador del móvil. En seguida me di cuenta de que se había quedado en la mesa del despacho y volví sobre mis pasos.
Al llegar oí una voz melosa que coqueteaba con alguien, la curiosidad me vino a buscar y no pude evitar asomarme para ver quién era. Se trataba de Dely. Estaba sola, sentada sobre la superficie de la mesa de Jairo, balanceando las piernas que la colgaban en aquella posición y utilizando su teléfono fijo, algo que me llamó la atención. La conversación estaba llena de susurros por lo que sólo lograba captar palabras sueltas, pero no me pasó desapercibido que al otro lado de la línea parecían tener más prisa que ella en acabar la conversación. Me alejé dejándola de nuevo a solas y entré en el despacho para coger el teléfono. Me acerqué a la mesa, uno de los cajones estaba mal cerrado, no recordaba haberlo dejado así, lo abrí para comprobar que todo estaba en orden, pero comprobé con una claridad cristalina que los papeles no estaban como los había dejado. Eché un vistazo al despacho y tuve la sensación de que alguien había estado husmeando entre mis cosas. Los libros de la estantería parecían movidos y algunos objetos que tenía en mi mesa de trabajo también. Los despachos era lo último que limpiaban en

las plantas, sabían que la mayor parte de las veces permanecían ocupados fuera del horario estrictamente marcado, por lo que el personal de limpieza no podía haber sido. Definitivamente alguien había estado allí.
¿Quién tendría interés en hurgar entre mis cosas?
¿Qué buscaban?
¿Proyectos?
¿Clientes?
¿Era el pendrive lo que estaban buscando primero en el apartamento y ahora aquí?
¿*Roger Schmidt*? Mi teoría sobre su culpabilidad se tambaleó. Él no podía ser, me lo había entregado. Es verdad que me había saltado una de las normas que me había impuesto cuando me lo entregó, pero eso no era motivo suficiente para que quisiera quitármelo. Tenía que saber al entregármelo que en algún momento intentaría ver el contenido, no podría esperar a que me diera permiso para hacerlo. Entonces quien. ¿Quién sabía que lo tenía y quería quitármelo para evitar que viera lo que había dentro?
¿Karina? Últimamente parecía molestarle mi sola presencia. Sin embargo, ella no había cambiado, siempre se había mostrado como una arpía con todo el mundo y en especial conmigo.
¿Francis? Todo apuntaba a que era él. Fue quién me envió a Berlín, quién me había puesto en las manos una memoria USB con información que parecía peligrosa. ¿Tenía él algo que ver con la muerte de mis padres? Apareció en el momento perfecto, cuando estaba cayendo empicado, como Eric. ¿Me habrían estado engañando durante todo este tiempo? ¿Estarían asociados para quedarse con el patrimonio de mi familia? ¿Era eso lo que estaba sucediendo?
Era una locura. Absorta en mis pensamientos cogí el teléfono y salí lo más sigilosamente que pude del despacho. La sensación de que el peligro estaba más cerca de lo que esperaba se apoderó de mí, sentía que mi final estaba cerca. ¿Habían encontrado mi escondite? Madrid ya no era una ciudad segura para mí, tal vez tuviera que ir con Eric a París, pero ni siquiera confiaba en él, ¿cómo iba a hacerlo? Tenía que hablar con John cuanto antes o acabaría por volverme loca.

La voz de Dely no se oía por lo que era fácil vulnerar aquel silencio con mis pasos. Corrí a través del descansillo para alcanzar las escaleras y desaparecer sin ser vista, pero cuando estaba a punto de conseguirlo, me choqué de frente con Dely.
—¿No te habías ido ya? — levante la vista tan sobresaltada como ella.
—Eh, si bueno, me había dejado el móvil— lo agité en el aire. Sus movimientos eran algo torpes parecía nerviosa. Las dos lo estábamos.
—¿Llevas mucho aquí? — su cara era totalmente carmesí.
—Apenas unos segundos— no sé por qué, pero sentí la necesidad de tranquilizarla. No quise dar pie a que se imaginara que había estado escuchando como mantenía una conversación en susurros con alguien—. Lo justo para coger el móvil— no pareció quedarse muy tranquila, aunque no tenía motivos. Mis labios estaban sellados. No diría a nadie nada de lo que había visto. Al fin y al cabo, el amor tenía esas cosas, aunque no todos pudiéramos sentirlas —. Disfruta de lo que queda de tarde, Dely. — Ella asintió mientras veía como me alejaba hacia las escaleras.
El encontrarme de sopetón con Dely no había conseguido alejar la sensación de peligro que me asediaba. En ese momento me entró un mensaje en el móvil. Era mi de mi abogado:

Te recuerdo que tienes que venir a París cuanto antes, además de la toma de decisiones que tenemos pendientes creo que tienes que saber que he descubierto algo que no te va a gustar. No quiero andar con misterios, por eso tienes que saber que he podido acceder a las facturas del taller dónde llevaban tus padres el coche para cada puesta a punto. Solicité judicialmente poder

acceder a dichas facturas un año antes y un año después al momento en que se produjo el accidente. He encontrado una factura fechada tan solo un mes después, el vehículo pertenecía al bufete de abogados de la familia de Eric, pero la firma que consta en la factura es la de Eric.

Esa evidencia me llenó de rabia, ¿cómo podía haber estado pensando en llamarle hacía unos minutos? Eso no solo corrobora que no estaba al margen de que su familia hubiese participado en la defensa del jefe de taller y su sobrino cuando se produjo el accidente de mi familia sino, que además, me confirmaba algo que siempre había negado, conocía ese taller y había estado en él un mes después de la muerte de mis padres.
El mensaje de mi nuevo abogado hizo que me replanteara por completo la llamada a Eric y preferí centrarme en Rocío. Quise enviarle un mensaje mientras bajaba las escaleras y estuve a punto de caer. Quería decirle que, aunque no pudiera acompañarnos a elegir mi nuevo coche en aquella ocasión sería una de las primeras afortunadas en disfrutarlo. Soñé con la posibilidad de ser yo misma quien la llevara al día siguiente al aeropuerto, pero sabía que era algo difícil de conseguir por lo precipitado del viaje. A llegar al último tramo de escaleras antes del sótano menos uno decidí grabar un audio de voz. Sería más sencillo, pero sólo tuve el tiempo suficiente para pulsar el micrófono antes de que un chillido aterrador saliese de mi boca al sentir que algo me hacía perder la visión por completo. Llevé mis manos al cuello para intentar liberarme de aquel trozo de tela. Mi respiración se volvió errática de golpe. Alguien demasiado corpulento y fuerte para mi había cubierto mi cabeza con una capucha de tela tan áspera y oscura que rozaba la superficie de mi cara obligándome a activar al máximo mis sentidos. Quien quiera que estuviese a mis espaldas parecía tener muy ensayados sus movimientos. Retorció uno de mis brazos haciendo que el móvil se resbalase de mi mano y cayese al suelo. El dolor me obligó a arquearme, no pude oponer ningún tipo de resistencia. Cogió la mano que me quedaba libre y la anudó con lo que me pareció una brida. Solo la tuvo que deslizar por mis muñecas y me inmovilizó por completo, dejándome totalmente expuesta y sin la más remota posibilidad de utilizar las manos en mi defensa. Me arrinconó hacia un lado, creí intuir que estábamos en el recodo en el que se encontraba la maquinaria del ascensor. Supuse que era el lugar en el que él mismo se había escondido para lanzarse sobre mí.
—¡Qué quieres de mí! — grité, pero acto seguido sentí el calor de una bofetada.
La adrenalina tenía un sonido. No lo supe hasta aquel preciso instante en que la oí fluir por todo mi cuerpo con rabia. Si no podía hablar al menos necesitaba escuchar, tratar de reconocer cualquier signo que me llevase a identificar a mi agresor, pero recibí un fuerte impacto que me empujó hacia la pared haciendo que mi frente se golpeara fortuitamente e inesperadamente contra ella.
—¡Quién eres! — susurré aún atontada por el golpe—. ¡Qué quieres de mí! —mis palabras sonaron mucho más fuertes de lo que en realidad me sentía. Me fue imposible predecir que volvería a empujarme de nuevo y que acabaría clavándome la manilla de la puerta que daba acceso a la sala de máquinas en el costado. El dolor me dejó sin aliento durante unos segundos —. ¡Qué quieres de mí! — volví a repetir mientras intentaba orientarme con los pocos sentidos que tenía intactos para averiguar la ubicación de mi agresor.
Noté que me giraban sin ningún tipo de cuidado desequilibrando mi cuerpo al hacerlo. Conseguí a duras penas mantenerme en pie. Era difícil hacerlo sin ver y habiendo recibido varios golpes en la cabeza y el costado. Pronto sentí como unas manos cubiertas por unos guantes de piel se deslizaron por mi cuello asiéndolo para ejercer la presión suficiente como para sumirme en el miedo más absoluto ante la pérdida paulatina de oxígeno. Mi claridad mental cada vez era menor, cuando empezaba a flaquear rozando el desmayo la presión disminuía permitiendo que el

aire entrase de forma trabajosa de nuevo en mi interior, pero cuando pretendía llenar por completo mis pulmones repetía de nuevo el proceso. Lo hizo varias veces hasta que creí que no sería capaz de reponerme de nuevo. Sin embargo, lo hice. El instinto de supervivencia era mayor que cualquier ataque. Sus manos bajaron por el contorno de mis brazos hasta volver a subir juntándose en mi pecho presionándolo hasta producirme tanto dolor que creí que mi esternón no soportaría la presión.

¡No! — grité o al menos eso quise hacer.

—Te haré daño— por primera vez unas palabras—. No tienes escapatoria — la voz sonaba metálica—. Mucho daño. — tenía un distorsionador de voz—. Bajó sus manos hacía mi vientre y apretó sin compasión haciendo que el dolor se expandiese e irradiase por todas mis vísceras.

Aquellas palabras sólo podían significar una cosa. Me habían encontrado. Después de años escondiéndome, mi esfuerzo no había servido para nada. Habían dado con mi paradero. El fleco suelto había dejado de serlo. Me había resistido con uñas y dientes. Había desaparecido. Había querido construir una nueva vida lejos de todo, pero al final, el esfuerzo no había servido para nada.

—Dame lo que quiero y te dejaré ir —una mentira más entre tantas que podría decirme antes de acabar conmigo.

—No sé qué quieres— conseguí decir al borde del desmayo por el dolor que la presión de sus manos ejercía sobre mi cuerpo.

—Si, lo sabes— negué con la cabeza—. No estás en condiciones de negociar.

—No sé de qué me hablas— dije con dificultad para acabar recibiendo un puñetazo en el estómago que me hizo sentir que las tripas saldrían por mi boca si no la mantenía cerrada.

—Esto no es un juego— volvió a decir aquella voz impersonal—. Te recuerdo que no estas en tú mejor momento. Tú pierdes, yo gano.

—¡Qué quieres de mí! — sus carcajadas retumbaron en la oscuridad de aquel recodo en la escalera.

—Quiero verte en el fango, pero antes quiero recuperar algo que es mío —la cabeza me bombeaba demasiada sangre, el miedo a veces no te deja pensar y la desventaja física era tan evidente que cualquier cosa para escaparme jugaría en mi contra.

—Que es lo que quieres…—sin duda quería el dinero. Como todos. Ese era el precio que tendría que pagar para no acabar como mi familia, pero ese no sería mi final, no pensaba dejar que me mataran en el recodo del cuarto de los ascensores de Hoplan.

—Quiero el pendrive — fue lo último que escuché mientras me agaché para zafarme de sus brazos en lo que pareció un descuido por su parte o una conjunción de astros alineada para proporcionarme los segundos de suerte necesarios que me permitieron esquivar su cuerpo milagrosamente. Quise correr hasta las escaleras, pero la oscuridad que ceñía mis ojos, la desorientación y el dolor repentino que sentí en mi pecho no me alertó de que mi movimiento me había llevado al borde de ellas. El agresor consiguió agarrarme de la camisa. Incluso yo misma intenté agarrarme a él, pero con las manos atadas apenas pude alcanzar algo de tela que se deslizó de mis manos sin que pudiera contener mi peso. La inercia de mi cuerpo hizo todo lo demás. Me caía, abocada al vacío porque mis sentidos no me dejaban ver la gravedad de lo que tenía delante. La mano que asía mi camisa sólo consiguió hacerla jirones rozando e hiriendo mi costado. Noté como los botones se arrancaban y oí como salían disparados como proyectiles a mi alrededor. En un extraño conato de lucidez mental o de mente suicida me di cuenta de que el peso de mi cuerpo se vencía hacia delante. Me soltó para no caer conmigo. El primer golpe creo que me partió en dos. El segundo me hizo pensar si había oído bien. *¿Quería el pendrive?* El

tercero antes de que todo se fundiera a negro me permitió escuchar la voz de Lucía llamado a emergencias.

Segunda parte



A veces la vida golpea fuerte buscando una reacción, un despertar de la conciencia para abrirte los ojos y hacerte ver que la vida que llevas no es vida. Que la realidad puede ser distinta. Que los caminos se pueden trazar de nuevo y que uno no está abocado a sufrir si no quiere. Pero para eso, a veces, no basta con un zarandeo y la única manera de reaccionar es mediante un intenso puñetazo, porque de otra manera no serías capaz de ver las cosas.

Algo así fue lo que sucedió.

Llevaba demasiada rabia acumulada por no tener un refugio al que acudir cuando los nubarrones amenazaban tormenta.

No existían hombros en los que llorar. Solamente golpes en mis costillas y en un alma que cada vez se ennegrecía más.

Hasta que de pronto un día todo cambio. Tomé el mando, la vara del poder para acabar con los enemigos del pasado y construir un presente del que ser dueña y señora.

Me habían golpeado, ultrajado y herido, pero no lo volverían a hacer.

Yo mandaría y sólo yo podía hacer justicia.

39

Unax

El teléfono no paraba de vibrar en el bolsillo interior de la cazadora. No hacía ni media hora que había acabado mi turno en el hospital y el móvil se movía enloquecido golpeando mi pecho. Con el tiempo, uno iba aprendiendo que ese tipo de llamadas nunca traían nada bueno. Zigzagueé e intenté eludir el tráfico que había a aquellas horas, pero parecía una misión prácticamente imposible sino quería acabar con mi moto aplastado debajo de algún coche. Estaba en plena M-30, responder la llamada era algo impensable y mi instinto me decía que la mejor opción era regresar al hospital. Tenía la extraña certeza de que volver era casi tan necesario como responder. Cuando tuve opción cambié de sentido, enloquecido por el sonido del teléfono que activaba mi adrenalina a cada timbrazo que daba, tuve que dar más de un frenazo que me hizo perder el equilibrio, pero algo me impulsaba de forma inexplicable a recortar el tiempo que me separaba del hospital. Los nervios se desataron aún más cuando al llegar al aparcamiento el teléfono dejó de vibrar. Aquello solo podía significar dos cosas. Habían podido resolver el problema o era demasiado tarde y ya no había nada que hacer. Me aferré con fuerza a la primera opción.

La moto quedó literalmente tirada en el primer hueco que encontré. No recuerdo haber apagado el motor, ni haberme bajado de ella, sólo recuerdo el intento desesperado por deshacerme de los guantes y el casco para poder coger mi móvil. Quería saber de inmediato que aún podía dirigirme a algún box. Cuando conseguí tener el teléfono en las manos puede comprobar con estupor que las llamadas eran de Beiñat.

Joder, era importante.

Ese viernes, nos habíamos cruzado en los turnos, aunque no era algo extraño, siempre que podíamos compartíamos el horario de trabajo. Seguíamos siendo un tándem perfecto y, para que engañarnos, nos gustaba trabajar juntos. Además, últimamente Maialen y él habían sido un gran apoyo para mí, por lo que cuando los dos decidieron ocultarme lo que les preocupaba no tuve más opción que respetar su decisión, por eso al ver el nombre de mi mejor amigo reflejado en la pantalla, me preocupé aún más, esperaba que lo sucedido no tuviera que ver con ellos.

—Estoy entrando por la puerta del hospital. ¿Qué ha pasado? ¿Maialen y tú estáis bien? ¿A dónde debo dirigirme? — Beiñat no tuvo tiempo de reaccionar, tan pronto como descolgó el teléfono para recibir mi llamada, le bombardeé a preguntas.

—Estamos bien— saberlo me hizo recuperar el aliento, pero pronto dejaría de respirar con normalidad de nuevo—. Alexandra Muller acaba de entrar por urgencias— el corazón se contrajo con un espasmo de dolor punzante—. Golpes múltiples y lo que parece una fractura de clavícula. La acaban de llevar...— no escuché más. Me fui directamente hacía a Ana, la auxiliar del control de enfermería, para dejar mis pertenecías en el mostrador. No era la primera vez que ante una urgencia le dejaba mis cosas para que me las guardara. Subí las escaleras de tres en tres sin esperar al ascensor, y me planté en el ala de radiología.

Cuando llegué Beiñat estaba apostado en la puerta esperando como un gorila en una discoteca dispuesto a parar mi arrojo para entrar en el cuarto en el que estaban realizando a Alex las radiografías necesarias para determinar el grado de fracturas que tenía.

—¡Quieto! — las manos de mi amigo se posaron en mi pecho. Me conocía demasiado bien—. Deja que hagan su trabajo.

—No me has llamado para que me quede mirando, Beiñat. Tengo que entrar.

—Después. Primero deja que los demás hagan su trabajo.
—¿Está consciente?
—Tiene un fuerte traumatismo en la cabeza.
—Joder, ¿es un tráfico?
—No—sentí cierto alivio, la sola idea de que pudiera haberle pasado lo mismo que a sus padres me volvería loco de inmediato.
—¿Una caída?
—No se sabe con certeza— mi paciencia estaba empezando a peligrar.
—¿Estamos jugando a las adivinanzas?
—La ha traído una compañera de trabajo, al parecer se ha precipitado por las escaleras que llevaban al garaje, suponemos que se cayó o la tiraron, no lo sabemos con certeza— no quise meditar en exceso lo que Beiñat acababa de decirme. La camilla en la que llevaban a Alex salía de la sala de rayos X.
—Doctor Zabaleta— el enfermero que iba con ella enseguida me reconoció—, ¿es usted el médico de guardia? — su mirada me hizo reparar en que aún llevaba la cazadora de la moto puesta.
—No me ha dado tiempo a pasar por la taquilla para cambiarme. Estoy entrando — mentí ante la mirada de reproche de mi amigo, ya me encargaría después de resolver el papeleo y la burocracia que vendría por entrometerme en un turno que no era el mío—. ¿Qué dicen las radiografías? — el enfermero empujó la camilla hacía un box cercano y la ancló para que pudiera realizar un chequeo ocular.
—Tiene una rotura severa. En cinco minutos habrán traspasado las radiografías a su expediente y podrá comprobarlo usted mismo.
—Gracias, Diego.
Me acerqué a una inconsciente Alexandra, su respiración débil. El golpe en la cabeza no tenía buena pinta, aunque, por fortuna las pruebas acabarían mostrando que no había hemorragia interna, ni ningún coágulo que complicase la recuperación. Sufriría un fuerte dolor de cabeza que tendríamos que remediar con analgésicos, pero era lo mejor que le podía haber pasado después del golpe que claramente se veía que había recibido. Lo que no tenía buen aspecto era la deformación a cuatro centímetros del hombro que dejaba evidencias de la existencia de una fractura debajo de la piel. Retiré la sábana que la cubría y me quedé totalmente paralizado. Había visto lo que parecían laceraciones en su cuello, pero el pecho y los brazos no dejaban duda de que había sufrido algún tipo de agresión.
—¿Qué es todo esto? — Beiñat se anticipó para darme la información en pequeñas píldoras evitando que mi reacción se alejase del objetivo principal en aquel momento.
—Su acompañante está haciendo un informe detallado de lo sucedido — la respuesta de mi amigo no me convenció en absoluto, pero lo prioritario ahora era reparar las heridas de mayor importancia.
—Necesito ver su expediente, si hay que operar no puedo entrar a ciegas.
—No consta historial con los datos que la persona que le acompañaba nos ha facilitado— se anticipó a decir Diego—. Hemos tenido que abrir un expediente nuevo y se lo hemos comunicado a la judicial. Lo que le han hecho a esta chica tiene las huellas de algún perturbado o perturbada mental— Beiñat lo fulminó con la mirada—. La policía enseguida empezará a preguntar.
—¿Qué es lo que no me has contado Beiñat?
—Es mera rutina, lo sabes, se ha activado el protocolo correspondiente en estos casos.

—No me vengas con esas...
—Diego, hay que preparar quirófano. Voy a activar el protocolo para intervenir de urgencia— Beiñat se dirigió a él para no comenzar una discusión conmigo que quería evitar a toda costa—, lleva a la paciente a preoperatorio.
—¿Qué es lo que sabes? — casi tuve que gritar porque Beiñat se alejaba de mi para iniciar los trámites que permitirían operar a Alex—. ¡Sabes que conmigo no te valen los rodeos!
—Si mi amor— se burló, aunque en el fondo lo único que pretendía era alejarme de la carga emocional que me producía todo lo que tuviera que ver con ella—. Esta noche te arrullo un poco mientras dormimos y veras como se te pasa.
—No me toques las pelotas.
—Si lo estás deseando, cielito — me alejé de él bufando. Tenía que ir a cambiarme. Era cuestión de minutos que las radiografías confirmaran la necesidad de intervenir en aquel hombro. La breve exploración a Alex, dejaba demasiadas evidencias de que lo que le había sucedido no era una simple caída, un traspiés desafortunado que la había llevado a caer por las escaleras. Había más, mucho más y no me iba a quedar quieto hasta saber qué demonios había pasado.

La operación había salido bien.
Los resultados de las placas habían confirmado que Alex tenía una rotura de clavícula, aunque por fortuna era limpia, si seguía mis recomendaciones se recuperaría sin ningún tipo de secuela.
—Tenemos que hacer la exploración forense—me informó Beiñat mientras la subían a planta después de haber pasado el tiempo prudencial en la UCI.
—Es pronto aún, acaba de salir de una operación, ¿dónde queda vuestra sensibilidad con el paciente?
—Sabes perfectamente que cuanto más tiempo trascurra más posibilidades hay de que el rastro del agresor se desvanezca — eso era lo último que quería, pero tenía que asegurarme de que todo había salido mejor que bien. Me había costado mucho mantener la barrera médico-paciente en el quirófano y ahora necesitaba dar un poco de cancha a mis emociones o acabaría explotando.
—Beiñat, la rotura ha sido en la parte media. No ha habido afección en los ligamentos acromioclaviculares y coracoacromiales que se lesionan con frecuencia en este tipo de caídas. Le he atornillado una placa.
—Tenemos que hacerle la exploración— insistió.
—Lo sé, pero la anestesia ha sido general y ha recibido un fuerte impacto en la cabeza. Deberíamos esperar a que se despierte para asegurarnos de que está bien.
—No me jodas, Unax. Hay que realizar la exploración ya. He pasado por alto tu implicación emocional para que pudieras operar porque sabía que nadie lo haría mejor que tú. No he mencionado nada de esto en el expediente, incluso te he cubierto diciendo que aún no habías salido del hospital y que Max, el cirujano de turno entrante aún no estaba listo, pero no me pidas ahora que pase por alto la necesidad de realizar la exploración de forma inminente. El tiempo corre en nuestra contra, necesitamos saber lo que ha pasado.
—¿Vendrá Maialen para el interrogatorio?
—Me ofende la duda, amigo. La he llamado después de llamarte a ti, a pesar de ser mi mujer y de que me satisface, en muchos aspectos, más que tú — sonreí a mi amigo.
—Déjame comprobar una vez más sus constantes y podrás llevártela— Beiñat resopló, aunque los dos sabíamos que todo había salido bien en la operación no dejaría a Alex hasta que no sintiera que no corría ningún riesgo.

La inspectora jefa de la Policía Nacional apareció en mi busca por el pasillo principal. Maialen,

mi confidente desde hacía unos cuantos años y la mujer de mi mejor amigo, había sido condecorada recientemente por la resolución de un caso que había tenido una repercusión mediática a su juicio innecesaria, pero que afortunadamente se había resuelto favorablemente. Había conseguido desarticular una red de narcotráfico que se había llevado por delante a más de una persona. Era buena en su trabajo, no tenía la menor duda de que era la persona idónea para esclarecer lo sucedido. Por eso agradecí que tratara de ayudarnos quedándose con el caso de Alex. Sabía que era importante para mí, y no dudaba de que haría todo lo posible por dilucidar lo que le había pasado.

—¿Cómo estás? — la pelirroja dejó caer un beso en mis mejillas.

Estaba nervioso. Se habían llevado a Alex para hacerle la exploración cuando estaba empezando a despertar y no había podido hablar con ella. Cuando empezó a moverse Beiñat había apresurado el paso por el pasillo que conducía a la sala en la que esperaban Maialen y el forense para evitar que cambiase de opinión e impidiese que se la llevaran. Además, no había podido frenar el impulso de Rocío, que se encontraba preparando su viaje a Londres. El grito de Alex en el mensaje de voz de su móvil y la llamada desde el hospital por ser uno de los contactos de emergencia que Alex tenía en su teléfono, no le habían impedido retrasar su primer vuelo Madrid-Londres hasta saber con certeza que era lo que le había sucedido a su amiga después de ser alertada desde emergencias del hospital.

Si, definitivamente estaba nervioso.

Reconocerlo no haría mal a nadie, pero decidí contenerme porque no iba a ayudar a que las cosas se resolviesen antes. Todo iba a salir bien o al menos, era algo de lo que quería convencerme.

—Estoy bien, deseando hablar con ella. ¿Habéis podido averiguar algo?

—No hay evidencias de que haya habido una agresión sexual, pero no puedo decir lo mismo respecto de una agresión física. Hay señales de lucha y un posible intento de asfixia.

—Joder, ¿cómo ha sido posible algo así a plena luz del día?

—He hablado con la persona que llamó al 112.

—Si, Lucía, una compañera de trabajo.

—¿La conoces?

—No, es la primera vez que oigo hablar de ella.

—Al parecer habían quedado con unos compañeros de trabajo para ir a un concesionario. Alex se iba a comprar un coche.

—Estaba al corriente, John me estuvo preguntando sobre qué tipo de vehículo le podría encajar mejor, pero no sabía que ya se había decidido por uno— la cara de decepción que debí poner no le pasó desapercibida a la inspectora.

—Unax, es solo un coche—me conocía demasiado bien. Sabía que el problema que subyacía en todo aquello no era el coche, era otra cosa. Era saber que no estaba entre las personas de confianza de Alex, era darme cuenta de que, aunque a pesar de desear acercarme a ella a toda costa, Alex no quería, y eso dolía.

—Lo que Lucía dice es cierto— Maialen se hizo de nuevo con el rumbo de la conversación—. He llamado a John, también iba a acompañarla, y he podido corroborar la versión de la chica —hizo una pausa para mirarme fijamente, pero con cautela—. Hemos podido comprobar en el lugar de los hechos que se cayó en el último tramo de las escaleras que llevaban al sótano menos uno. En el informe del hospital consta que la camisa estaba desgarrada, hemos encontrado los botones que le faltan lo que indica que la caída no fue voluntaria. Podría haberse producido una pelea o alguien trató de evitar la caída agarrándole la camisa, pero no obtuvo el resultado que esperaba. Se asustó y huyó.

—¿Crees que Lucía puede estar detrás de todo esto?
—No podemos afirmarlo, pero cabe la posibilidad.
—¿Por qué ocultaría algo así? Alex pudo dar un traspiés y ella simplemente querer evitar su caída.
—Si hubieras discutido con alguien, en el fulgor de la pelea podrías haberle empujado, quizás sin intención de hacerlo, pero podría haber sucedido.
—Pero no crees que eso sea lo que ha pasado — su cara me confirmaba que ni ella misma daba demasiado crédito a esa teoría.
—No, no tiene mucho sentido que sucediera de ese modo.
—¿Qué te hace pensar que no discutieron?
—Que estaba maniatada —en lugar de sorprenderme encontré la explicación a las rozaduras que Alex tenía en las muñecas—. Hemos llevado a analizar la cinta con la que la ataron por si hubiera algún rastro de quién pudo agredirla. ¿Sabías que además del allanamiento en el apartamento anoche encontraron en el felpudo una muñeca de trapo con una apariencia similar a la de Alex? — creo que no necesitó de mis palabras para saber que era la primera vez que oía aquello.
—¿Se trata de vudú?
—Se trata de alguien que quiere meter el miedo en el cuerpo de Alex. No había rastro de alfileres ni pinchos clavados en las extremidades o el abdomen de la muñeca, pero si tenía la cabeza colgando.
Al parecer Alex habían hecho las cosas bien, había denunciado los hechos a la policía aquella misma mañana. Sin embargo, lo sucedido significaba algo más que a Maialen por el momento se le escapaba, que no era otra cosa que la posibilidad de que el estado físico y emocional de Alex tuviese que ver más con la ansiedad de un pasado que aún no estaba resuelto, y con un presente en el que no hallaba la forma de ser feliz.
—Hay algo más — el estómago me dio un vuelco—, una bolsa de las que usan para el intercambio de correspondencia interna, todo indica que sirvió para cubrirle la cabeza — eso eran palabras mayores.
El secreto que había estado guardando durante tantos años al mundo latía ahora en la boca de mi estómago. Había confesado a mis amigos que creía haber cometido el mayor error de mi vida alejándome de la única mujer que me había hecho creer que podía pisar la luna, que las estrellas eran chispas de luz que arrastraban sonrisas, que el amor eran pequeños momentos que llenaban el alma y que la piel... la piel tiene una doble capa que sólo pueden traspasar algunos, los más privilegiados, los que de verdad importan, los que serán eternamente importantes en tu vida. Sin embargo, me sentía en deuda con ellos, apenas les había hecho partícipes de todo lo que envolvía a Alex. Estuve a punto de flaquear una noche en la que me hundí más de la cuenta. Dejé traslucir que corría peligro, que tenía miedos que no era capaz de superar, pero finalmente mantuve nuestro secreto intacto, aunque quizás mi mutismo había sido un error de pésimas consecuencias que ahora ella estaba pagando. En honor a nuestro pacto de silencio jamás les conté la verdadera historia de Alexandra Muller. Ahora sabía que había sido una temeridad no hacerlo.
Con las pequeñas pinceladas que Alex me dio cuando nos conocimos, busqué en *"San Google"* y me fue relativamente fácil averiguar su nombre completo. Me bastó con poner la combinación de palabras ganadoras: accidente — París — arquitectos y *voila* la primera noticia surgió de inmediato en la pantalla de mi portátil.

A.M.B, hija de Aimeie Blanch y Cédrie Muller, dos reconocidos y exitosos arquitectos parisinos, queda huérfana de padre y madre a los dieciocho años de edad tras el trágico accidente de

tráfico en el que ambos fallecen junto con su primogénito, B.M.B. La segunda hija del matrimonio A.M.B., tras el desafortunado suceso se convierte en la rica heredera de la fortuna que habían amasado sus padres. Los rumores que circulan en las altas esferas insinúan que pronto se la verá de la mano de algún joven burgués parisino con el que hará aumentar su fortuna.

Hacía ya diez años de aquellas primeras noticias en las que mantenían su identidad oculta, pero pronto la prensa más maliciosa había destapado su identidad acogiéndose a su mayoría de edad y a que sus padres eran personajes públicos, Alexandra Muller Blanch. Junto a ese descubrimiento, mostraron aspectos de su vida que sin duda la habían hecho daño, a juzgar por las instantáneas publicadas. Había intentado cubrirse en la mayoría de las fotos que la hicieron en esa época, pero había sido capaz de reconocerla sin dificultad. Su extremada delgadez y sus visitas a especialistas de todo tipo, la hacían aparecer en la prensa como una perturbada mental que no había sido capaz de recuperarse de la perdida que había sufrido.
Reconozco que mi cobardía fue la que me hizo desaparecer en el momento que ella más lo necesitaba, pero también me vi al borde del precipicio, aunque cuando fui consciente de mi error me convertí durante años en un adicto en la sombra a su nombre. Buscaba cualquier publicación relacionada con ella. Sufría con ella y en más de una ocasión sentí el impulso irrefrenable de lanzarme de nuevo en su busca, pero ya no tenía veinticuatro años. Me había ido sin dar una explicación. Era consciente de que sus fantasmas seguían persiguiéndola, y de pronto, de la noche a la mañana, dejó de existir para la prensa y la siguiente vez que supe de ella fue en un restaurante en Madrid.

Con Maialen frente a mí en ese preciso instante escrutándome deliberadamente tuve enormes y gigantes dudas acerca de si debía o no rebelar mi secreto mejor guardado a la inspectora amiga que tenía delante. Tal vez Alex estaba en peligro y mi mutismo solo haría más difícil la búsqueda del culpable.
—Junto a la capucha había algo más— sus palabras pararon de golpe mis pensamientos—, un guante.

Quizás las sospechas que Alex me había confesado en el pasado eran ciertas y querían acabar con ella. Quizás, sólo quizás, la habían encontrado y querían acabar con lo que había comenzado hace diez años.
—Si han dejado un muestrario de pruebas es imposible que no cojáis al culpable.
—Quizás es lo que quiere.
—¿Qué es lo que quiere?
—Que sospechemos de alguien equivocado. Tal vez, es primerizo en esto, un aficionado al que le han podido los nervios. Es demasiado extraño que aparezcan tantas pruebas juntas.

Por algo decían que era buena en su trabajo a mí jamás se me hubiera ocurrido pensar que querían llevarnos por caminos equivocados, pero realmente ¿eran pruebas falsas o se trataba de un simple descuido porque la agresión no había salido como se espera? Fuera lo que fuese una enorme furia se estaba apoderando de mí por momentos. Empaticé con Alex como nunca hasta aquel momento lo había hecho en lo relativo a su familia, sentir que ella también corría peligro solo había hecho incrementar mis ganas de desenmascarar al loco que estaba detrás de todo aquel sufrimiento y no pararía en mi empeño hasta conseguirlo.

40

Alex

Oía hablar.
Abrí los ojos ligeramente tratando de fijar la vista sin conseguirlo demasiado bien. La imagen que se proyectaba ante mí me resultaba conocida. Eran unos ojos cálidos que me reconfortan. Me hacían sentir a salvo, pero no los identificaba con el atuendo que llevaba. Parecía un pijama verde y estaba de pie, mientras yo descansaba sobre una cama. Me miraba con convencimiento. Seguro de sí mismo y de cada movimiento que ejecutaba a mi alrededor. Sentía su contacto rápido y ligero en mi brazo.
—Es probable que el dolor sea demasiado intenso aún.
Traté de responder, pero las palabras no salieron. Mi mente las dibujaba, pero se estrellaban en el paladar como si no fuesen a fluir nunca más a través de mi garganta. No era verdad. Eso no iba a suceder. Sólo era sed. Estaba sedienta. Quería beber. Necesitaba agua. ¿Cómo no se había dado cuenta nadie de que lo que me pasa era que me estaba deshidratando? Seguro que tenía los labios resecos. ¿Nadie lo veía?
Intenté moverme, pero el cuerpo me pesaba demasiado. Seguí intentándolo hasta que descubrí que el cuerpo me dolía como si me estuvieran clavando cientos de cuchillos al mismo tiempo por todas partes.
Una luz se proyectó sobre mí fugazmente. En un ojo. Luego en el otro. Me molestaba.
El sonido de una máquina que emitía pitidos, al compás de mis pulsaciones, se mezclaba con el ruido de fondo de una carretera cercana en la que sin duda había mucho tráfico, se oían sirenas.
Estaba en la habitación de un hospital.
Quería levantarme, despertar del sueño profundo en el que debía de haber estado sumida, pero de pronto un profundo cansancio me abrazó. Vi niebla en mis retinas, figuras borrosas a mi alrededor. Los párpados me pesaban, no quería perder la consciencia. Estaba en peligro. Una capucha negra, un fuerte golpe en el estómago. Temblaba. Sentía el miedo cerca de nuevo y la calidez de una mano al mismo tiempo.
Era áspera y a la vez firme. Fuerte.
Había sentido antes ese tacto, esa energía.
Me calmaba haciendo pequeños círculos con su dedo pulgar en el dorso de mi mano.
Los latidos de mi corazón se acompasaron.
Comencé a relajarme. Como si el simple contacto borrase el peligro diciéndome que estaba a salvo, que no debía preocuparme, que todo tenía solución. Mi cuerpo se dejó vencer por ese arrullo de tranquilidad. Cerré los ojos y me dejé llevar por la sensación de paz y el sueño me envolvió.

Karina Hankiewicz
Veinte años antes

Estábamos todos sentados a la mesa alrededor de la tarta. Papá, mamá, el abuelo y la abuela. Ellos cuatro eran la mejor familia del mundo.
La tarta era de chocolate con fresas. La que a mi más me gustaba. Tenía seis velas de colores. La abuela me recordó que antes de soplar debía pedir un deseo.
Deseo que mamá se recupere pronto y deje de tener que estar más tiempo en ese hospital. No me gusta y hace frío. Quiero que esté más tiempo en casa con papá y conmigo.
Deseo que me recoja a la salida del colegio.
Deseo que sonría.
También deseo que papá se enfade menos y un montón de piruletas de muchos sabores.
Soplé todas las velas de una sola vez. Pensé que con los años mis pulmones albergarían más aire y serían capaces de apagar todas las velas con un solo soplido. Se apagaron, pero en pocos segundos se volvieron a encender. Lo intenté de nuevo. Se apagaron de nuevo, pero se volvieron a encender.
Papá se reía.
Mamá miraba extrañada.
Los abuelos miraban con mala cara a papá. No les gustaba que aquellas velas se encendieran una y otra vez.
A mí solo me importaba conseguir que no volvieran a encenderse. Había pedido muchos deseos. Quería que todos se cumplieran.

Era tarde. Lo recuerdo porque ya no había luz al otro lado de la ventana. Los abuelos se habían ido hacía rato. Dijeron que llevaban a mamá a ese lugar que tan poco me gustaba para ella. Decían que allí se iba a curar, pero papá estaba otra vez triste porque mamá no le había querido besar. Mamá nunca lo besaba, tampoco lo abrazaba, por eso papá sólo sabía estar triste o enfadado. Me había ido a mí habitación. Acabábamos de recoger la mesa con los restos del cumpleaños y era la hora de irse a dormir. Tenía que ponerme el pijama como todas las noches. Papá nunca me daba un beso al ir a acostarme. Pensaba que como mamá no se los daba a él yo tampoco tenía derecho a reclamárselos por eso me fui a mi cuarto sin decir hasta mañana, pero aquella noche fue diferente. Papá entró en la habitación antes de que me diese tiempo a meterme en la cama. Tenía aún encendida la luz de la mesita de noche y estaba quitándome las gomas de las coletas que me había hecho la abuela para mi cumpleaños. No me gustaban mucho. Me hacían parecer pequeña y ya tenía seis años. Papá se acercó a mí y se sentó en la cama. Olía fuerte. No me gustaba aquel olor. No era la primera vez que detectaba en él ese olor, por eso, cuando lo sentía me iba a jugar a otra habitación. Ese día no lo hice, era tarde, solo quería dormir, pero papá estaba empeñado en que jugáramos juntos a un juego que me había visto jugar muchas veces con mis muñecos. Tendría que curarle porque estaba enfermo. Dijo que tenía mucha fiebre y que tenía que ayudarle a quitarse la ropa. No entendía por qué tenía que hacerlo. Cuando jugaba con los muñecos les ponía el termómetro sin necesidad de quitarles la ropa, pero papá me dijo que su enfermedad era muy grave que cuando los mayores se ponían malos no bastaba con tocarles la frente. Había que buscar por todo su

cuerpo dónde estaba la herida para poder curarla. Me dijo que le ayudara a desvestirse. No sabía como hacerlo. Papá era muy grande. Me agaché para desatarle un zapato y luego el otro. Eso sabía hacerlo mejor. También le ayudé a quitarse los calcetines. El resto de la ropa se la quitó él hasta que se quedó desnudo. Nunca le había visto así. Tenía mucho pelo. A lo mejor todos los mayores eran así. No tenía con qué comparar nunca había visto a una persona mayor desnuda. Sólo a Diego, un compañero de clase, que cuando íbamos a infantil se hizo pis y tuvieron que quitarle toda la ropa. Por eso sabía que los niños y las niñas no éramos iguales. Lo descubrí mucho antes de que nos lo contaran en la clase de ciencias naturales unos años después. Se tumbo en la cama. Respiraba de forma agitada y el olor de su aliento me llegaba directamente a la cara. Empecé a notar que el juego no me atraía demasiado. No sabía como se jugaba, pero tampoco tenía ganas de aprender. No me gustaba el olor. Ni verlo tumbado desnudo en mi cama. Pensé en salir de la habitación. Tenía sed. Quería beber agua, pero papá adivinó mis intenciones y no me dejó salir. Me cogió de la mano suavemente. Nunca me había tocado así.

Me beso los dedos.

Era raro.

Papá no daba besos. A mi no. Solo a mamá, pero ella no se los devolvía.

Quiso que me sentara a su lado hasta que consiguió tumbarme junto a él. No me gustaba estar en esa posición. No era cómoda. Me susurró al oído. Llamaba a mamá. Tuve que decirle que mamá no estaba allí, pero me cerró la boca con un beso maloliente.

No volví a hablar más. No quería que me volviera a besar. No quería jugar más y pensé que si me estaba quieta se aburriría.

Me equivoqué.

Aquella noche y otras muchas más…

42

Unax

La cara de Rocío era de auténtica preocupación. Por más que le insistiera en que Alex estaba fuera de peligro, el rictus de su rostro no mostraba ningún cambio. Nunca la había visto tan preocupada.

—No puedo volar a Londres, tengo que cambiar de planes—Alex aún permanecía dormida, aunque en breve los sedantes dejarían de hacer su efecto.

—Está en buenas manos, cuidaremos de ella.

—Tengo un mal presentimiento— traté de no parecer más preocupado que ella, tenía demasiada información sobre los peligros que rodeaban a Alex—. El casero quiere que dejemos el piso, dice que su nieto viene a estudiar a Madrid, pero creo que solo es una manera amable de buscar otros inquilinos menos mediáticos que nosotras—alguien había filtrado la identidad de Alex a la prensa, lo que había aglutinado a centenares de periodistas en la puerta del hospital. Venían atraídos como moscas a la mierda, porqué ninguno de ellos buscaba esclarecer lo sucedido, sólo alimentaban la idea de que la desaparecida Alexandra Muller se había mantenido todos estos años oculta entre las calles de Madrid dónde sin duda había estado dilapidando la fortuna de sus padres—. ¿Crees que lo que publican en los medios sobre *Ale* es verdad?

—Nunca puedes creerte al cien por cien las cosas que se publican— me miró expectante—. Me refiero a que sus padres probablemente sean quienes dicen que son— lo sabía sin ningún tipo de duda *Aimeie Blanch y Cédrie Muller —*, el resto simplemente es sensacionalismo barato.

—No puedo irme. No ahora, y menos después de saber que me ha estado ocultando algo tan grave como la muerte de sus padres en extrañas circunstancias. ¿Por qué lo habrá hecho?

—Es fácil, Rocío, para protegerse. Para que la tratásemos como a una más y no como a la rica heredera que dilapida la fortuna de sus padres.

—Joder, son odiosos. ¿Cómo pueden hacer algo así? A saber, el tiempo que lleva sufriendo y yo preocupándome porque solo comía lechuga.

—Tu preocupación era lógica, real y palpable. Has hecho lo correcto. Lo único que ha cambiado es que has descubierto el origen de sus problemas—al ver que la cara de Rocío se ensombrecía traté de poner una nota de humor a la situación—. ¡La cuidaré con mi propia vida si es necesario! — activé todas mis dotes interpretativas para arrancarle una sonrisa.

—¿Qué eres Hulk?

—Holk es verde, hay una gran diferencia entre nosotros —conseguí que sonriera, iba por buen camino—. Las oportunidades pasan una vez en la vida, debes montarte en ese avión o acabaras arrepintiéndote— me miró con esos ojos tofe que sabía que habían vuelto loco a más de uno—. Es el sueño cumplido, debes ir restando millas con el Lord inglés que te empotrará contra las paredes y te dejará sin aliento.

—Para ahí *piltrafilla*— dio unos pasos hacia atrás alejándose de mi—. Mi anglosajón es un Dios del Olimpo, así que si vas a hablar de él lávate la boca antes— me reí, no era para menos—. Tendrías mucho que aprender de él.

—Soy un principiante a su lado.

—Apuesto a que sabes más de lo que cuentas sobre el pasado de *Ale*—eso no lo esperaba, sus palabras me pillaron fuera de juego y sin argumentos de defensa preparados para el combate. Fue directa. Sin rodeos. Ella era así y no iba a cambiar ahora que su mejor amiga parecía estar en

peligro—. Tenéis un pasado que os duele a los dos, me muero por saber los detalles, y me gustaría no tener que inventármelos—era una experta en terminar historias de clientes que habían pasado por el hotel, romances, cuernos, peleas…más de una vez habíamos bromeado con la idea de llevar a la pantalla sus historias. Como guionista de tragicomedias no tenía un competidor que le hiciera sombra—, se abandona así misma con frecuencia y siempre he creído que había una causa, cuando vi como reaccionó al verte pensé que había dado con la clave, pero ahora sus padres… la supuesta fortuna… No sé, nunca ha dejado ver que podía nadar entre billetes.
—Sólo quiere una vida normal, tiene todo el derecho a tenerla.
—Por supuesto, pero hay algo que no entiendo— no se iba a dar por vencida tan pronto—. ¿Quién quiere hacerla daño y por qué?
—Tendremos que dejar que la policía haga su trabajo.
Mi garganta se cerró de golpe al recordar aquel verano en el que la tranquilidad, la paz, las noches de verano, las risas compartidas, las estrellas con las que creábamos dibujos en el cielo, todo eso, había conseguido dejar que la delgaducha parisina de intensos ojos azules se mostrase sin tapujos. Tal como era. Preciosa, por dentro y por fuera. Perdiendo el miedo. Recuperando sus formas. Disfrutando de la vida. Hasta que un día todo se fue a la mierda por mi culpa.
—No lo ha tenido fácil— Rocío chasqueó la lengua ante mis palabras—. Demasiadas decisiones. Demasiada responsabilidad mientras que el resto estábamos disfrutando de los amigos y las fiestas.
—Hace mucho de eso. Entiendo que pueda doler el recuerdo de quienes más has querido, pero no tiene demasiada lógica arrastrarlo para siempre.
La lógica en esta ocasión estaba centrada en que la pérdida no había sido fruto de la casualidad sino de un plan maquiavélicamente orquestado del que Alex no sabía ni el origen, ni el motivo que lo desencadenaba.
—Tiene lógica cuando hay heridas aún por cicatrizar— traté de hacerla entender que a veces empezar a vivir y que el recuerdo dejase de doler no era fácil—. Se tiene que dar la oportunidad de ser feliz y acabará haciéndolo—traté de sonar firme. Al fin y al cabo, era lo que deseaba. Que la policía encontrase de una vez por todas a quién estaba detrás de todo el sufrimiento que Alex llevaba acumulando a lo largo de estos años—su teléfono móvil comenzó a sonar, la reclamaban desde Londres por lo que no la quedó más remedio que ausentarse para tratar de arañar ante sus jefes unas cuantas horas más cerca de su amiga. Antes de alejarse me pidió que la cuidara hasta su regreso.
¿Cómo no iba a hacerlo si se había metido en mis entrañas hacía años y no había sido capaz de sacarla? Los sentimientos no se podían forzar, simplemente aparecían sin querer, te atrapaban, te envolvían y cuando los desechabas no los volvías a encontrar, ni siquiera cuando los buscabas de forma desesperada en el calor de otras sábanas.
Llevaba demasiadas horas aquel día tratado de alejarla de curiosos y gente de dudosa reputación que sólo buscaba una foto con la que abrir las noticias al día siguiente, tenía que alejarla de la carroña que solo pretendía hacer caja con lo que la había sucedido. Por eso, la aparición de Maialen en aquel preciso instante en que Alex empezaba a despertarse me pareció inoportuna.
—¿Cómo se encuentra?
El fuerte dolor de cabeza parecía acompañar a Alex al abrir de golpe los ojos. No era algo que me sorprendiera, había sufrido un fuerte traumatismo en la cabeza. Me preocupaba más su respiración trabajosa, tenía dos costillas fisuradas, aunque era cuestión de tiempo que el dolor fuese remitiendo.
—¿Respuesta políticamente correcta o la verdad? —Alex respondió antes de darme tiempo a dar

respuesta a la pregunta que Maialen había formulado, pero aún, así no me quedé callado.
—Creo que no es un buen momento para interrogar a mi paciente—contesté a la i*nspectora jefa de la policía nacional,* porque en aquel momento distaba mucho de ser mi amiga de la infancia —. Se acaba de despertar, es evidente que…
—Estoy bien—me interrumpió tratando de incorporarse con muestras de evidente dolor al tratar de acomodarse.
—Soy tú médico, necesito la verdad— la insté a tumbarse de nuevo mientras abría ligeramente el camisón del hospital para ver como las contusiones en el cuello y el pecho comenzaban a tener un color violáceo.
—No hay un ápice de mi cuerpo que no me duela—me alivió comprobar que iba a ser sincera.
—Pronto te sentirás mejor.
—¿Políticamente correcto, *Medicucho?* — paré en seco el análisis visual para mirarla directamente a los ojos. Habían pasado nada más y nada menos que diez años desde la última vez que me había llamado así. No pude evitar sentir un hormigueo en el vientre.
—Parece que la memoria está intacta.
—Eso parece.
—Las contusiones evolucionan favorablemente, seguirás notando molestias, y el dolor tardará en remitir, sobre todo la fisura de las costillas. La recuperación es lenta— tapé cuidadosamente su cuerpo con la sábana.
—Eso está mejor, la verdad a veces cuesta digerirla, pero es la que es — me sorprendió la acidez de sus palabras—. Por lo que me han contado, Beiñat y tú me habéis vuelto a salvar de un buen golpe.
—¿Te han contado?
—Conseguí mantenerme consciente creo que cinco minutos antes de que eso que me estáis metiendo en vena hiciera efecto por última vez—tosió al hablar con el consiguiente dolor en el pecho y el abdomen—. No me voy a recuperar si me tenéis todo el tiempo en horizontal como a la Bella Durmiente.
—Ella se recuperó.
—Fue por un beso de amor— respondió con impaciencia Maialen que aún permanecía inmóvil en la puerta—. ¿A qué esperas Don Juan? Hazlo y podré empezar a hacer mi trabajo. —tenía que seguir recabando información después de los resultados que había arrojado la exploración forense, cuanto más cercanos estuvieran los hechos más reales serían los recuerdos.
—¿Maialen? —la aludida asintió—¿Qué haces aquí?
—Estoy llevando tu caso.
—¿Mi caso? — quiso levantar el brazo operado, pero una mueca en su rostro reflejó el dolor que sentía.
—Es pronto aún para moverlo. La operación ha ido bien, pero necesitas unas semanas más —sus ojos reflejaban confianza, lo que hizo aletear mis esperanzas, al menos como médico tenía credibilidad para ella—. Tenemos que decirte algo— se acomodó ligeramente en la cama para escucharme—. Se ha abierto una investigación para esclarecer los hechos de lo que te ha sucedido y la policía quiere hacerte unas preguntas, sé qué es pronto y que no te encuentras totalmente recuperada…
—¿Y ella es…?
—Soy la inspectora Maialen Aguirre, que tratará de saber qué es lo que ha sucedido.
—Vaya, ahora entiendo por qué estabas en la inspección forense. Eras tú, ¿verdad? —la inspectora volvió a asentir.

—Debes dejar que te ayudemos— me acerqué a la puerta para permitir que Maialen entrara del todo en la habitación, aunque no lo hizo sola, sino que la acompañaban dos hombres uniformados, lo que desconcertó por completo a Alex—, aunque no voy a acceder a que te interroguen a menos que me permitas estar presente, tengo que salvaguardar tu integridad como paciente. Ya ha causado bastante impresión en ti descubrir que el médico, el enfermero y la inspectora jefe que te atienden son viejos conocidos. No quiero que te presionen más de lo necesario.
—¿Harán eso? —Alex miró a Maialen con curiosidad.
—Lo haremos sólo si es necesario—respondió sin titubeos—. Ahora cuéntame que es lo que recuerdas.
—Había quedado con Lucía en el sótano menos uno, su plaza de aparcamiento está allí. Bueno, en realidad, había quedado con los chicos, con John y José, iban a acompañarme a ver coches, Marta se unirían más tarde, tenía que ir a hacerse unas pruebas para ajustar el vestido de novia, al parecer los nervios de la boda la estaba haciendo perder demasiado peso y Rocío no iba a poder acompañarnos porque al día siguiente volaba a Londres—. Maialen asintió, parecía conocer por otras vías la misma información que Alex acababa de proporcionarle—. Todos tenían la esperanza de que acabaría eligiendo un coche. Mi coche. Lucía era un añadido en el plan que ninguno esperaba.
—¿Un añadido?
—Es una tontería— noté que sus mejillas se sonrojaban—. Cuando conocí a Lucía inmediatamente pensé en John, creo que ella y él…creí que ellos dos…— Maialen entendió su explicación, pero la dejó acabar—. Simplemente me pareció que era un buen momento para que se conocieran—el silencio de la inspectora provocó que Alex siguiera hablando—. Cuando bajaba por las escaleras, pensé que sería buena idea contarle a Eric que me iba a comprar un coche— sólo oír su nombre me produjo rabia. No podía entender que pintaba ese tío en su vida —. Tal vez si seguía manteniéndole al corriente de las cosas que hacía dejaría de llamarme y mandarme mensajes con tanta frecuencia.
—¿Quién es Eric?
—Él y yo…
—¿Mantenéis una relación sentimental?
—Algo así.
—Alex, necesito que seas más concreta en tus explicaciones — se giró para señalarme—. Si la presencia de Unax te incomoda podemos hacer que nos deje a solas unos minutos — la pelirroja sabía que si me echaba de la habitación se las tendría que ver más adelante conmigo.
—No, no es necesario — con la mano que no tenía en cabestrillo estiró los pliegues inexistentes de la sábana que la cubría—. Es solo que no sabría muy bien definir la clase de relación que tenemos, que teníamos…me ayudó en un momento de mi vida en el que me sentía perdida, y siempre fue eso, un amigo que ayuda a otro amigo, las circunstancias nos fueron uniendo más, pero está claro que no con la misma intensidad para ambos. Él quiere dar un paso más, mientras que yo…
—¿Hablas de matrimonio? — Alex asintió sin levantar la cabeza de las sábanas mientras a mí se me congelaba la sangre—. ¿Le has rechazado abiertamente?
—No, simplemente le he pedido tiempo, aunque no se lo ha tomado demasiado bien. Tengo demasiadas llamadas y mensajes en el buzón de voz. Quiere que regrese a París, olvidemos lo sucedido y empecemos de cero allí.
—¿Y tú estás de acuerdo con su propuesta? —Alex movió la cabeza de lado a lado—¿Se lo has

dicho abiertamente? —volvió a negarlo.
—¿Podríamos tener acceso a los mensajes que te ha estado enviando?
—No entiendo que tienen que ver con lo que estamos tratando ahora.
—Todo tiene que ver. ¿Nos dejarás acceder a los mensajes? —alargó el brazo que tenía sano para coger el móvil que había sobre su mesilla o lo que quedaba de él después del golpe que había sufrido.
—Me han dicho que Lucía se lo encontró a los pies de la escalera, se me cayó con el forcejeo. No sé si podréis rescatar algo de él.
—Lo intentaremos—Maialen lo tomó y se lo dio a uno de los agentes uniformados—. Bajabas por las escaleras y te acordaste de que tenías que hablar con Eric— me sorprendió la facilidad con la que Maialen manejaba el interrogatorio, no había tenido nunca el placer de ver a la inspectora en acción.
—No encontraba el móvil en el bolso y recordé que lo había olvidado en la mesa del despacho. Cuando regresé a por él me llamó la atención encontrar uno de los cajones de la mesa mal cerrado.
—¿Echaste en falta algo?
—No, simplemente habían revuelto mis cosas, pero no debían haber encontrado lo que buscaban.
—¿Buscaban lo mismo que en el apartamento? — Alex se quedó perpleja ante semejante pregunta.
—No lo sé— no me pareció convincente su respuesta y supongo que a la inspectora tampoco—. Bajé de nuevo por las escaleras y…
—¿Sueles bajar habitualmente por las escaleras?
—Supongo que sí.
—¿Supones?
—Digamos que lo hago en un noventa y nueve por ciento de las ocasiones. No me gustan mucho los ascensores.
—¿Claustrofobia?
—No, precaución— la mirada de Alex se fue directamente a mí. Interpreté perfectamente lo que buscaba en mí por eso cogí la mano que tenía libre para tranquilizarla. Su secreto seguía a salvo conmigo, aunque después de lo que acababa de sucederle no sabría si por mucho más tiempo.
—Necesito que seas más concisa.
—Por si se estropea — los dos sabíamos que la realidad era otra—. No sería la primera vez que sucede— era mejor que no siguiese mintiendo. No era buena disimulando, Maialen lo acabaría notando.

—Bajabas por la escalera con la intención de llamar a Eric ahora que había recuperado el móvil, ¿no es así?

—Bueno en realidad cambié de opinión y pensé mejor en mandar un audio a Rocío.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Había recibido un mensaje de Eric que me recordaba su necesidad de que regresara a París—Maialen pareció aceptar la respuesta de Alex, pero prosiguió con el interrogatorio.
—¿Recuerdas que sucedió mientras tratabas de mandar un audio a Rocío?
—Me esperaba.
—¿Quién te esperaba?
—Mi agresor, él sabía que bajaría por las escaleras que me iría a esas horas. Él lo sabía todo de mí.
—¿Cómo puedes afirmarlo tan rotundamente?

—Me asaltó justo al llegar al recodo dónde se encuentra la maquinaria de los ascensores— Maialen le hizo un gesto para que prosiguiera—. El edificio es bastante antiguo y cada tres alturas hay un acceso, una puerta que deja acceder a los mecanismos internos de los ascensores por si se averían.
—¿y eso significa...?
—Que también conocía cada rincón del edificio. Lo tenía planeado, mi agresión no fue fortuita.
—Entiendo, ¿pudiste reconocer al agresor?
—Bajaba mirando el móvil.
—¿No pudiste ver nada? — empezaba a sentir incluso en mi propia piel la presión que imprimía en ella, por el momento me mantendría al margen, pero si continuaba así tendría que intervenir.
—No pude verle, pero diría que era un hombre — respondió cauta.
—¿Nada más? Algún detalle, alguna característica en especial.
—Me puso una capucha en la cabeza antes de que pudiera ver nada— no le estaba gustando la faceta de Maialen fiscal—. Me empujó contra la pared con el fin de atarme las manos y evitar que me llevara las manos a la cabeza para descubrirme.
—Lo que te puso en la cabeza fue una bolsa de valija. Hemos podido comprobar que es la que usáis en Hoplan para el correo interno — los ojos de Alex se abrieron como platos.
—¿Has tenido problemas con alguien últimamente? ¿Hay alguien que creas que quiere hacerte daño?
La cabeza de Alex era una centrifugadora en ese preciso instante. Era de suponer que por su cabeza empezaban a fluir todas aquellas personas que podían suponer una amenaza.
—No se puede caer bien a todo el mundo.
Vamos Alex con ese argumento no vas a convencer a la inspectora.
—No estoy de broma, Alexandra.
Joder, Maialen no la llames por su nombre.
—Supongo que alguien habrá. Quiero que los identifiques.
—Lo que me queda de familia. Los que conozco y a los que no conozco. Algún compañero de trabajo — su tono dejaba claras evidencias de que se sentía amenazada ante la insistencia a la que la estaba sometiendo.
—Nombres. Quiero nombres y apellidos de personas con los que te hayas enfrentado o no tengas una buena relación— era inteligente sabía que tenía que darle algo a la inspectora con lo que poder trabajar o aquel interrogatorio se convertiría en una sesión mucho más dura de lo que ya la estaba pareciendo.
—Karina Hankiewicz.
—¿Has tenido algún enfrentamiento directo con ella?
—No tenemos una buena relación laboral, diría que tenemos diferentes puntos de vista, para la resolución de los problemas que se nos plantean a diario, pero no hemos ido más allá del cruce de palabras algo subidas de tono— uno de los acompañantes de la inspectora tomaba nota diligentemente de todo lo que se estaba hablando allí dentro, mientras el otro simplemente escuchaba.
—¿Hay alguien más? ¿Alguien con quién hayas tenido más discusiones tensas?
—Jairo Olazabal, aunque se hace llamar Jairo Méndez al parecer no quiere que le vinculen con su familia, pero se agarra a ella como una sabandija cuando tiene problemas —la pelirroja era buena, vaya si lo era, había conseguido sacarle dos nombres, que sin la presión que había ejercido, no hubiera sabido ni que existían—. Tengo abierto un expediente en el trabajo a la

espera de resolución. Me acusa de relegarlo de sus funciones entre otras cosas.
—¿Qué cosas? —Alex le contó lo sucedido en su despacho mientras, uno de los inspectores seguía tomando nota—. ¿Crees que ha podido ser él?
—No lo sé. Lo único de lo que creo estar segura es de que quién me agredió me conocía.
—¿Qué te lleva a esa conclusión?
—Sabía que bajaría por las escaleras.
—Eso puede haberlo deducido cualquiera observando tu comportamiento sin que te dieras cuenta — Alex buscó más información en la recámara de su memoria.
—Al sótano no puede acceder nadie sin el control de seguridad, los molinetes de la puerta principal y los del garaje requieren ese pase. Incluso si recibimos visitas externas es necesario que se les dé una tarjeta temporal de acceso.
—Lo comprobaremos. Si recibisteis alguna visita será fácil identificarlo—se hizo un silencio. Maialen vio tan nítidamente como lo hice yo, que Alex se iba a desmoronar de un momento a otro.
—No logré defenderme, ni tan siquiera pude darle un golpe— su voz empezaba a traicionarla—. Era más fuerte…me…me golpeo contra la pared. Me presionó el cuello hasta casi hacerme perder la consciencia y luego lo hizo apretando mi pecho…— tragó saliva intentando contener la emoción—, llegué a creer que me iba a ahogar lentamente— la mirada de Alex se estaba trasladando a un lugar que dolía mucho más que las contusiones que tenía en su cuerpo.
—Estas viva, algo que demuestra que supiste defenderte.
Joder, Maialen ¿Dónde está el tacto cuando se le espera?
—¿Tienes alguna idea de su estatura o su peso?
—Creo que es suficiente—intervine— está cansada, además ha dicho que no reconoció al agresor.
—Estamos acabando, por favor, no interfieras en el interrogatorio — así de tajante fue la que había actuado como mi terapeuta en infinidad de ocasiones y ahora parecía haber olvidado que tenía esa faceta.
—Parecía fuerte — se llevó instintivamente la mano que no estaba limitada por el cabestrillo a las laceraciones que tenía en el cuello—. Me rodeó con sus manos y apretó. Llevaba guantes. Creo que eran de piel—. Maialen hizo un gesto al policía que tomaba nota. Ambos asintieron.
—¿Recuerdas algo más?
—Era alto.
—¿Por qué lo sabes?
—Su voz sonaba por encima de mi cabeza. Notaba que se agachaba al hablarme para no ser oído.
—¿Te habló? — intuí perfectamente que hubiera querido omitir esa información—. ¿Pudiste reconocer su voz?
—Tenía algo que la distorsionaba — Maialen frunció el ceño.
—¿Qué fue lo que te dijo?
—Me amenazó. Me dijo que aquello no era un juego, que podía hacerme mucho daño, que quería verme en el fango.
Cobarde, hijo de puta
—Quería algo de mí, pero no llegué a averiguar que era, fue en ese momento cuando forcejeamos y caí por las escaleras.
Alex mentía, se acababa de morder la cara interior de una de sus mejillas. Era un detalle que había descubierto aquel verano que pasamos juntos. Por eso, pude saber sin ningún tipo de duda que mentía. Ahora sólo me quedaba conocer el motivo por el que lo hacía y esperar que Maialen

no se hubiera dado cuenta de ese pequeño detalle que la delataba y que esperaba conocer únicamente yo.

43

Alex

El sueño reparador no había querido llegar, pero tampoco recordaba haberme levantado en ningún momento hasta que oí pequeños golpes. Me mantuve quieta, inmóvil reconociendo el lugar en el que me encontraba. No esperaba a nadie y tampoco disponía de fuerzas suficientes para ser una buena anfitriona. Mi cuerpo estaba totalmente dolorido. Unax se había empeñado en dejarme más tiempo del reglamentario ingresada, supongo que quería cerciorarse de que seguía diligentemente todas las indicaciones para recuperarme mejor.

No se sabía nada aún de mi agresor. Las horas pasaban, los días y la falta de respuestas me producía una mezcla de rabia y nerviosismo del que quería deshacerme. Rocío estaba ultimando los preparativos para iniciar su nueva vida en Londres. Después de varios viajes de idas y venidas había llegado el momento, a finales de mes se iría por una larga temporada y dejaríamos el que había sido nuestro apartamento libre. El propietario no nos renovaba el alquiler por más tiempo lo que complicaba aún más la situación. Que mi imagen se hubiera hecho pública había tenido consecuencias y tener que cambiar de vivienda era una de ellas. No había podido calibrar la repercusión y el impacto que tendría en mi vida a partir de ahora, pero rezaba para que se olvidaran pronto de mí.

Los golpes volvieron a sonar al tiempo que la puerta se abrió lentamente. Rocé por debajo de la almohada la palanca para subir la cama que escondía allí cada vez que me quedaba sola. Me producía cierta seguridad, aunque al ver que quién se asomaba era Lucía disimulé el movimiento para que no supiera que no había alejado del todo el miedo a que pudieran agredirme de nuevo.

—¿Estabas dormida? — sonreí y la hice una señal para que entrase en la habitación—. No quiero molestar.

—No digas bobadas. Es imposible que quien se ha convertido en mi heroína favorita tenga miedo de molestar.

—Tu sí que dices bobadas, sólo te encontré a los pies de la escalera con un atuendo poco favorecedor.

—Debiste quedarte espantada.

—Espantada no es la palabra— me incorporé en la cama para sentarme y hablar mejor.

Lucía permanecía de pie, dubitativa. No conocía esa faceta de ella. Siempre la había visto firme y segura, algo que me había gustado desde el primer momento en ella. Por eso, no entendía muy bien su actitud.

—Joder, Muller. No he tenido valor hasta ahora que veo que te estás recuperando, por cierto, muy favorablemente gracias a ese médico que no te deja ni a sol ni sombra para decirte que casi me muero del susto— sus ojos se abrieron mucho para mirarme al completo—. Tenías las manos atadas a la espalda. La camisa rota y una bolsa de valija en la cabeza. ¡Qué cabrón desalmado querría hacerte algo así!

—No lo sé, Lucía— una energía extraña me subió por la garganta—. Estoy cansada, harta y muerta de miedo, pero no pienso vivir más tiempo así. No voy a parar hasta dar con el loco…

—Con el hijo de puta…— me corrigió.

—No voy a parar hasta encontrar al que me ha hecho esto para que pague por ello, cueste lo que cueste.

—Y yo voy a ayudarte a hacerlo.

—No tienes por qué hacerlo, Lucía. Puede ser peligroso.
—¿Y que no es peligroso?
—La policía lo encontrará. La inspectora está recabando información— se acercó a la cama al tiempo que dio dos toques en mi pierna para que lo entendiera bien.
—Es estupendo que la policía haga su trabajo, pero no pienso dejarte sola en esto—conseguí acercarla a mí con el brazo sano lo suficiente como para abrazarla. Después de unos segundos confesé que necesitaba pedirle un favor.
—Lo que quieras.
—Umm…a ver como te digo esto.
—Lo que quieras y necesites, Muller.
—Vamos a tener que replantearnos como me llamas fuera de la oficina.
—¿Eso es lo que necesitas? ¿Qué no te llame por tu apellido?
—No exactamente, eso lo hablaremos más tarde. Lo que necesito es llegar al baño.
La chica de Recursos Humanos se rio a mandíbula batiente ante mi petición, pero para mí era importante. Llevaba deseando demasiado tiempo sin verme en el espejo. Cada vez que me habían permitido levantarme, una enfermera había hecho las veces de bastón interponiéndose estratégicamente entre el espejo y mi reflejo. La libertad que Lucía me había dado dejándome sola en el interior del pequeño habitáculo me permitió recrearme más de lo necesario con las distintas tonalidades que mi cara había adquirido. Tenía un ojo que empezaba a amarillear y el labio estaba partido. Quise creer que el tener la cabeza cubierta me había ayudado a minimizar el impacto, aunque el pómulo izquierdo totalmente inflamado haría dudar a cualquiera que viera mi cara. Aún seguía analizando cada facción de mi rostro en el espejo cuando noté que alguien entraba en la habitación. No me dio tiempo a escuchar ninguna palabra amable ni nada que se le pareciera, sino que un fuerte estruendo, y lo que parecían gruñidos de lamento, se sucedieron de forma inmediata. Las alarmas se dispararon en mi mente. Los sonidos dejaban claro que quién quiera que hubiese entrado en la habitación no pretendía hacerme una visita de cortesía. Me habían localizado. Lucía podía estar en peligro. Era probable que la hubieran confundido conmigo. Las dos éramos morenas y prácticamente de la misma estatura, aunque ella tenía un cuerpo con todas esas formas y curvas que le faltaban al mío. Pensé en salir corriendo para abalanzarme sobre la persona que quería hacerme daño y que por confusión se lo habría hecho a ella, pero mi mente me hizo recapacitar. ¿Dónde quería ir en mi estado sino era a que me rematasen de una vez por todas? Tenía que actuar con cautela sino quería acabar peor de lo que estaba. La cabeza me iba a mil por hora, dentro de un baño de hospital no es una tarea fácil encontrar un arma arrojadiza, y la manilla de la cama estaba demasiado lejos para que me pudiera servir de protección. Todo lo que podía servirme de arma estaba anclado a las paredes, así que abrí el pestillo del aseo para salir de allí con la intención de atinar un golpe certero a quién se hubiese colado en la habitación con lo único que había podido encontrar. Sin embargo, lo que vi me hizo cambiar por completo de intención. Lucía tenía doblegado en el suelo a un hombre que trataba de levantarse, pero le era totalmente imposible. No sé como lo había hecho, le tenía inmovilizado y atrapado con su propia camiseta. Estaba expuesto y podría hacer de él todo lo que quisiese.

La puerta se abrió de par en par entrando como dos miuras, Unax y Beiñat, era evidente que seguían juntos como siameses. Supongo que llegaron alarmados por el ruido, aunque empezaba a ser sospechoso que apareciesen al menor estornudo por mi parte. El espectáculo era Dantesco. No había palabras para describirlo. Lucía estaba sentada a horcajadas sobre la espalda del sospechoso que había entrado sin avisar y al que si no le quitaba la camiseta que le

inmovilizaba la cabeza, y los brazos hacia atrás acabaría desmayándose por falta de oxígeno. Eso por no hablar de una servidora con mi elegante atuendo, un camisón que dejaba mis vergüenzas al aire y la escobilla del váter, con la que pretendía defenderme en la mano que no tenía en cabestrillo.

—¿Qué está pasando aquí? — Unax se acercó corriendo hacía Lucía—. ¡Quién eres tú y quién es este hombre!

—Lucía, ella es Lucía— mi mención al nombre de la chica de Recursos Humanos, hizo que el rostro desencajado de Unax se relajase. En el tiempo que llevaba ingresada no habían coincidido aun, aunque sabían perfectamente el uno del otro.

—Es quién dio el aviso de la agresión y la acompañó al hospital— las palabras de Beiñat quisieron ayudar a Unax por si en el fulgor del momento había olvidado momentáneamente de quién se trataba.

—Vale, me ha quedado muy claro. Sé perfectamente quién es ella, pero ¿tú cabrón de mierda se puede saber quién eres? — gritó Unax con más ira de la que hubiera podido imaginar.

—Mmmm…mmmm — al parecer la presión de la camiseta tampoco le permitía hablar con claridad.

—Algún día tendrás que explicarme como has sido capaz de envolverle con su propia camiseta — Lucía le devolvió una sonrisa a Unax—. No puede hablar y dudo que pueda respirar con facilidad.

Era evidente que a pesar de la situación no quería acabar con la vida de nadie por lo que comenzó a desenredar la camiseta para poder identificarlo mientras Lucía se mantenía firme sin ceder ni un centímetro del espacio que ocupaba sobre la espalda del agresor. Estaba totalmente dispuesta a impedir que se diese a la fuga.

Después de unos segundos que se hicieron eternos observamos sorprendidos como nuestro irlandés favorito trataba de llenar de oxígeno sus pulmones. Seguido de los primeros momentos de confusión, nos costó hacer entrar en razón a Lucía para que abandonase la posición de bloqueo absoluto en la que mantenía a John. Hasta donde le conocíamos era un ser inofensivo no iba a cambiar ahora sin un motivo aparente, por eso, lo prioritario era aclarar lo que había sucedido y sería más fácil si le permitía algo de libertad de movimientos

—¿Qué clase de superpoderes tienes para haber sido capaz de hacerme un nudo macabro con mi propia camiseta?

—No tengo superpoderes—respondió malhumorada—. Lo que sucede es que has sido un insensato al acercarte en silencio y por la espalda.

—Estabas manipulando el monitor de frecuencia cardiaca de *Sandra*— se quejó John.

—Si—Lucía cogió el cable suelto que une la máquina al paciente para medir el ritmo cardíaco y nos lo enseñó a todos—, está claro que estaba pensando anudárselo al cuello para estrangularla. No se me ocurre otra manera de hacerla daño con una máquina si no está conectada.

—Desde la puerta no podía ver con claridad— John pretendía disculpar su actuación, aunque no estaba resultando demasiado convincente. El arrojo de Lucía le estaba haciendo perder el combate.

—Imagino que desde la puerta tampoco podías ver que la cama estaba vacía.

—Supongo que verte fisgoneando en la habitación de *mi* amiga— recalcó el adjetivo posesivo —, me hizo distraerme de lo obvio.

Había estado apoyada en el quicio de la puerta observado a mis dos amigos como intentaban ganar una pelea absurda que no tenía sentido mientras mis piernas empezaban a pedir a gritos

llegar a la cama.
—Os agradezco a los dos vuestro interés por mi bienestar —antes de sentarme a los pies de la cama John me cogió la escobilla del váter sin preguntar y me ayudó a meterme en ella arropándome con cariño.
—¿Podría tener el gusto de saber quién es esta psicokillers? — pese a la pregunta había suavizado su mirada hacia Lucía.
—Ojito con lo que dices, John—me reí —. Tus palabras pueden poner en riesgo tu futuro profesional— instintivamente se frotó la barba como hacía cuando buscaba la explicación de las cosas que no entendía—. Te presento a Lucía, compañera de Recursos Humanos en Hoplan — la cara de estreñimiento de John nos llevó a todos a un estado de carcajadas absolutas que seguro se oyeron al final del pasillo de la planta.
—¿Dan clases de artes marciales a los empleados de Recursos Humanos por si las cosas se ponen feas?
—No está incluido en el glosario de formación de la empresa— respondió divertida—. Digamos que tuve una mala experiencia que me llevó a aprender defensa personal.
—Nos has dejado muy claro que contigo es mejor llevarse bien — intervino Beiñat—. Sólo he visto el resultado, no la ejecución, pero asusta bastante.
—¿Tú? ¿Asustarte? Estoy convencido de que Maialen ensaya contigo como arrestar a los malos —le picó Unax.
—¿He oído mi nombre? — Maialen entraba por la puerta en ese momento—¿No hay demasiada gente aquí dentro? — Beiñat puso los ojos en blanco.
—Este es mi negociado— respondió veloz Unax—. Por si no lo sabes, el personal sanitario no cuenta como visita y cada paciente puede recibir a dos personas simultáneamente. Así que si sobra alguien eres tú que acabas de entrar por la puerta— le guiñó un ojo.
—Cariño, creo que acabo de encontrar la respuesta perfecta cada vez que llame a la puerta de nuestra casa pasadas las diez de la noche— Beiñat rodeo la cintura de su mujer—. Alex, nos vendría bastante bien que hablases con él, dormiríamos bastante mejor— Maialen le dio un codazo a su marido en el costado—. Eh, que ya van siendo mayorcitos para resolver sus asuntos.
Me sorprendió averiguar que Unax hablaba sobre nosotros con sus amigos, aunque me costaba más aún entender el motivo que podía haber detrás de aquellas conversaciones. Rocío irrumpió de pronto en la habitación.
—¿Hay fiesta y no me habéis invitado?

—¿Pero tú no te habías ido ya? ¡Es increíble, lo que nos cuesta deshacernos de ti?! — terció John entre risas.

—Oye capullo, mi equipaje está a punto y el billete de avión en mi poder.

—¿Esta vez va en serio? ¿Te vas? O es otra artimaña más de las tuyas para que te digamos *ootra* vez lo que te vamos a echar de menos.

—Serás…—Unax llegó a tiempo de taparle la boca y no la destapó hasta que calibró que el impacto de lo que podía decir sería para todos los públicos—, tengo el mismo derecho que tu a venir a ver a mi amiga.

—Creo que ahora si se excede el aforo de la habitación, ¿no es así Unax? — cuando creíamos que los ánimos se estaban calmando la inspectora dio una pequeña vuelta de tuerca más.

—Es así, por eso si nos dices lo antes posible si hay algún avance en la investigación les haré disolverse como el gas.
—Hemos encontrado algo, pero todavía es pronto para hacer conclusiones— nos quedamos en

silencio a la espera de más información.
—¿Qué habéis encontrado? — Unax estaba tenso.
—Es confidencial.
—Hay un loco suelto por ahí fuera, Maialen y sabes como todos, que esto va de coger a ese cabrón, de saber quién es. Necesitamos poder dormir tranquilos lo antes posible.
—No desesperes— intervino la inspectora para calmar a Unax—. Estamos haciendo todo lo posible. Si hay algún rastro, por mínimo que sea, daremos con él.

44

Alex

Unax había intercambiado por unos minutos su papel de médico por el de enfermero y estaba acabando de colocar en mi brazo el nuevo cabestrillo que me permitiría más libertad de movimiento. Tendría que hacer rehabilitación e ir moviendo el codo y la muñeca poco a poco bajo la supervisión de Beiñat. Me habían retirado los puntos de la operación, y si todo salía bien, volveríamos a vernos en quirófano para retirar la placa y los tornillos que sujetaban la fractura del hombro en un año y medio.

—Llegó el momento de salir de esta habitación—no supe que decir. En el fondo allí me había sentido segura y tenía cierto temor sobre lo que podría suceder a partir de ese momento.

—¿La prensa sigue en la puerta?

—Están ansiosos por tener una exclusiva de tu salida del hospital—le miré con preocupación—. Saldremos por una puerta lateral, si es lo que te preocupa. Hace frío y podrás ir tapada, nadie te reconocerá.

La hinchazón de mi cara y las cicatrices habían ido menguando, aunque aún quedaban signos latentes de lo que me había sucedido.

Durante todo el tiempo que había permanecido en el hospital Unax había respetado mi espacio, se había dedicado a ejercer de médico y se merecía que empezara a bajar la guardia e intentara confiar de nuevo en él.

—He estado dándole vueltas a lo que ha sucedido y creo que Francis Brun tiene algo que ver en todo lo que está sucediendo, aunque hay cosas que aún no me encajan creo que él tiene todas las respuestas que a mí me faltan— superada la primera reacción de desconcierto ante mi confesión Unax quiso saber más.

—¿Francis Brun? ¿Ese no era tu jefe? —asentí—. No le mencionaste en tu declaración.

—Lo sé, pero creo que todo apunta hacia él. Si lo pienso bien apareció en el momento perfecto. Como si alguien lo hubiera puesto ahí para mí.

—¿Te refieres a la oportunidad de trabajar en Hoplan y alejarte de todo lo que te estaba ocasionando problemas en París?

—Si, me refiero a que puso en mis manos el pasaporte a una supuesta nueva vida, y me guio en el camino.

—Si te dio la oportunidad de superar tus miedos y te ayudó, ¿por qué iba a querer hacerte daño ahora? —no obtuvo respuesta—. ¿Sospechas que pudo haber sido él quién te agredió?

—No, eso no. No creo que pudiera haberme hecho algo así. Sin embargo, está más esquivo de lo habitual conmigo, no actúa como acostumbraba.

—¿Teníais una relación más allá de lo meramente profesional?

—¿Estás insinuando que estábamos liados? ¿Tú también? — mis palabras sonaron un par de decibelios por encima de lo deseado y totalmente insultantes, pero no iba a consentir que insinuase que nuestra relación no era profesional—. Es más que evidente que no me conoces si piensas algo así.

— Eh, eh…escúchame…No estaba insinuando nada por el estilo— dejó resbalar las palmas de sus manos por mis brazos para calmarme—. Sólo pretendía saber más cosas sobre vuestra relación y he elegido mal las palabras. ¿Puedo saber de qué se trata o corro el riesgo de que me arranques la cabeza por preguntar?

—Alguien de mi equipo llegó a echarme en cara que todos en Hoplan creían que había

conseguido el puesto por acostarme con él— me miró interrogante.
—¿Alguien?
—No te atrevas a dudarlo si quiera. No soy de esa clase de personas.
—Supongo que no es muy normal hacer un comentario tan perverso.
—Digamos que se trata de una persona de mi equipo con la que no he tenido nunca buena relación. De hecho, antes de que sucediera todo esto no me quedó más remedio que apartarle del trato directo con los clientes. Actuó de forma impropia con uno y acabamos perdiéndolo.
—¿Por qué no le comentaste la existencia en tu entorno de este individuo a Maialen?
—Lo hice, aunque omití algunos detalles. No creí que tuviera relación, pero ahora no sé si actué bien. Se quejó a Recursos Humanos y amenazó con denunciarme por acoso laboral. Pero no se llegó a celebrar la reunión que íbamos a mantener para solucionar las cosas. Alguien me agredió antes.
—¿No te parecen motivos suficientes para pensar que él puede estar detrás de lo que te ha sucedido?
—El cliente que acabamos perdiendo era mío. Podríamos decir que era un cliente V.I.P. de los que mantenemos en la cartera de directivos. Francis me pidió que se lo pasara a él, no me gustó. De hecho, pedí que hiciera la negociación otro miembro de mi equipo, que es cien veces más hábil que Jairo en estos temas, pero no lo permitió.
—¿Jairo Olazabal? ¿Es él de quién me estás hablando? Por lo que le contaste a la inspectora creo entender que es él —asentí—. Tienes que rectificar y contárselo a Maialen. Esa familia es muy poderosa.
—No tengo pruebas de que haya sido él. De hecho, fue Francis quién me pidió que le cediera la negociación con el cliente a Jairo, incluso fue él quién me envió a Berlín para ver a un cliente que ni siquiera se presentó.
—Vaya, Berlín. ¿El cliente que me hizo perder una cita contigo ni tan siquiera se presentó? — puse los ojos en blanco—. ¿Por qué querría mandarte tan lejos para que vieras a un cliente que sabía que no iba a aparecer?
—Supongo que para urdir el plan que tiene en mente prefiere mantenerme alejada.
—¿Pasó algo en Berlín que te hiciera sospechar que está elaborando un plan en el que no encajas?
¿Hasta qué punto podía confiar en Unax?
¿Me estaría metiendo de nuevo en la boca del lobo?
Agité la cabeza. Mis propios pensamientos se caían por si solos. Había aparecido de nuevo en mi vida por azar, y había acabado convirtiéndose en mi médico, nada hacía sospechar que no pudiera confiar en él.
—Unas horas antes de que la cita se produjese la secretaría de Francis me llamó para informarme de que el director comercial de la compañía Logical Comunity, con quién me iba a reunir en Berlín, había anulado la cita por temas personales ineludibles. Si ya era raro haber tenido que viajar hasta allí para la firma de un contrato, mucho más lo era que cuando iba a producirse se cancelara, y en su lugar apareciese un tipo que no conocía—me miró con cierta preocupación que se acrecentó cuando continué con mi relato—. En realidad, no fue solo un hombre, sino que fueron tres quienes se presentaron y me dieron un susto del que aún estoy intentando librarme.
—Hostia, *Sandra*. ¿De verdad me tengo que enterar así de lo que te pasó en Berlín? — los dos nos giramos hacia la puerta para comprobar que el artífice de semejantes improperios no era otro que John.
—¿A ti no te ha enseñado nadie a llamar a las puertas? — bufé—. ¿Tengo que recordarte el

episodio con Lucía?
—A los malos no hay que darles los buenos días, *Sandra*. ¿Quieres explicarme porqué has confiado en este mequetrefe para contarle algo así y a mí me tienes a dos velas?
—¿Celos casanova? — se burló Unax—. A veces a los extraños se les confían mejor los secretos — sus palabras hicieron que se me estrujara el estómago, los recuerdos a veces producían efectos de ese tipo, aunque quisieras mantenerlos a raya—. ¿Crees que está preparado para escuchar lo que me estabas contando? — me preguntó mientras John se acercaba para sentarse en el mismo lado de la cama en el que se encontraba Unax.
—Te lo iba a contar el día de la agresión. A lo mejor, tardé demasiado, pero quería estar segura antes de complicar más las cosas.
—¿Complicar más las cosas? ¿Tratan de hackear tu ordenador y te atacan tres hombres mientras estás en Berlín y no quieres complicar más las cosas?
—No me atacaron. ¿O sí? No lo sé.
—Joder, *Sandra*— blasfemó John.
—Un momento, un momento— Unax hacía movimientos rítmicos simulando una T con las palmas de sus manos—. ¿Se puede saber de qué demonios estáis hablando? ¿Qué es eso de que te hackearon el ordenador? — John se disponía a poner en contexto a Unax para tratar de aclarar la situación. A lo mejor entre los tres éramos capaces de descifrar algo, pero en el momento en el que iba a hacerlo sonaron unos golpes en la puerta de la habitación.
—¿Se puede pasar? — una voz femenina inconfundible por su tono agudo se oyó al otro lado de la puerta.
—Lo ves John— dije con sorna—. No es tan difícil. Adelante Lucía, puedes pasar– John frunció el ceño como respuesta.
Supongo que ver la estampa de tres personas arremolinadas en la cama le dio la impresión de lo que realmente estaba sucediendo. Por algo era de Recursos Humanos. La observación les facilitaba más información de la que a cualquier mortal podría darnos.
—¿Se puede saber a quién estáis despellejando?
—A ti, como no puede ser de otra manera. Cinco minutos más y…— John pasó la palma de la mano por su cuello simulando un corte certero.
—¿No has escarmentado aún *irlandés?* Tú a mí no puedes rozarme ni un pelo.
—Tampoco es que tenga demasiado interés, los *caramelitos* como tú no me sientan demasiado bien —siempre lo imaginé, incluso antes de que llegaran a conocerse, entre aquellos dos iban a saltar mucho más que chispas.
—Si queréis luego os dejamos la intimidad suficiente para que os digáis con mayor o menor intensidad lo que os entusiasma al uno del otro— concluyó Unax bajo la mirada nada amiga de John—. Ahora me gustaría saber, si a pesar de que esto cada vez se parece más al camarote de los hermanos Marx, podemos continuar con lo que estábamos hablando. Creo que a Lucía también le interesará saber que no es la primera vez que te agraden— puse cara de circunstancias mientras Lucía se sentaba sin necesidad de que la invitara en el lado que quedaba libre de la cama y esperaba a que le aclarase como al resto lo que había sucedido en Berlín.
—¿Por qué te enviaría allí?
—Esos hombres me dieron un sobre amarillo con un pendrive.
—¿Un pendrive? ¿Y por qué no te lo dio en su despacho sin necesidad de hacerte viajar? — preguntó en voz alta John.
—¿Por qué no quería que el resto lo supiéramos? —respondió con ironía Lucía.
—No nos teme a nosotros— concluyó el irlandés—, teme que Torralbo o alguno de los nuevos

socios se pueda enterar.
—¿Cómo llegas a esa conclusión?
—De la misma manera a la que llegó él. Nunca supimos como Torralbo se enteró de nuestra negociación con Coreka, ni siquiera Francis lo sabía. Sin embargo, alguien de la empresa se lo hizo llegar. Al igual que mucha otra información que nosotros desconocemos, pero que él está claro que sabía que le estaba llegando. Por eso, me pidió reforzar la seguridad.
—John, recuerda que te conté que Jairo lo sabía y me echó en cara nuestra mala actuación burlándose de ella. ¿Cómo pudo enterarse?
—Tu despacho a lo mejor no estaba limpio. Quizás pusieron escuchas.
—Parece que todo lo que hacemos en Hoplan no tiene secretos para ellos.
—Francis lo sabe—insistió John—. Me mandó proteger el sistema porque sabía que la información en Hoplan no era confidencial. Esos tres hombres sólo fueron los mensajeros. La vía más segura para darte una información que cree que debes conocer.
—No, John, creo que Francis está detrás de todo lo que está pasando, creo que él…creo que él tiene alguna relación con la muerte de mis padres—me miró extrañado—. Él me trajo a Madrid.
—¿Con la muerte de tus padres? ¿Qué tiene eso que ver?
—Me alejó de París, me aseguró un futuro en una nueva ciudad lejos de mis fantasmas, me hizo creer que me estaba ayudando, pero sólo era la tapadera de un plan que parece que se le está yendo de las manos.
—¿De verdad crees que tiene algún sentido lo que estás diciendo? Yo sólo veo a una persona que te ayudó a empezar de nuevo—se impaciento Unax—. ¿Y si lo que contiene ese pendrive tiene que ver con tu pasado y no con Hoplan? Eso justificaría que sólo tú debieras conocer esa información. A lo mejor quiere que lo tengas para que dejes de estar en peligro.
—Joder, *Sandra*, lo tengo—John desatendió el razonamiento de Unax y nos llevó a todos hacía su propio razonamiento—. Insertaste el pendrive en el portátil del trabajo, eso fue lo que activó la búsqueda. Te estaban observando y Francis lo sabía.
—En realidad, todo comenzó cuando puse en el buscador Rodes Company, no tuvo nada que ver con el pendrive. He llegado a esa conclusión después de rememorar una y mil veces lo que hice aquel día.
—Así que el detonante no ha sido la memoria USB…—la piel se me erizó. Sabía con certeza que era lo que buscaban, al menos mi agresor—, no me encaja. Creo que saben que tienes ese pendrive. Lo que buscaban en tu apartamento y era lo querían cuando te agredieron, aunque el detonante para que hackearan tu ordenador fuera esa empresa.
¿Por qué John era tan terriblemente inteligente?
—Tienes que dejarle a John el pendrive — interrumpió Lucía ante la mirada de asombro de éste —. Y tú, tienes que dar con la contraseña para poder acceder a su contenido.
—Soy informático, no mago, *caramelito*. Lo que pides es prácticamente imposible.
La puerta se abrió de un portazo golpeándose en la pared por el impacto y dejándonos ver a un encolerizado Eric. Podía imaginar perfectamente lo que le pasaba por la cabeza en aquel momento, la cama estaba rodeada de gente que me acompañaba y ninguno de ellos era él. Había tardado demasiado tiempo en aparecer después de la información que se había vertido sobre mí en todos los medios de comunicación. No podía decir que me sorprendiera su presencia, en mi fuero interno sabía que tarde o temprano iba a tener que lidiar con la situación de no haber levantado el teléfono para decirle al menos que me encontraba bien.
—¿Se puede saber que maneras son esas de entrar en una habitación de hospital? — Unax se levantó y enfrentó la mirada de Eric—. No sé si lo sabe, pero detrás de estas puertas siempre hay

gente convaleciente, así que o tiene una buena justificación para su comportamiento o me veré obligado a llamar a seguridad — Eric se mantuvo callado durante unos segundos sopesando en su mente jurídica cual era la mejor respuesta que dar.
—Lo lamento, no he medido la fuerza que imprimía al abrir la puerta, me ha vencido la necesidad que tenía de llegar al encuentro de mi prometida— su mentira quedó diluida en las miradas atentas de mis amigos que esperaban impacientes mi respuesta.
—¿Qué haces aquí?
—¿Qué que hago aquí? Es lo menos que puedo hacer después de enterarme por las noticias de que han agredido a mi futura mujer.
—Deja de decir eso.
—Que deje de decir qué.
—Que soy tu prometida y tu futura mujer.
—Me necesitas más que nunca después de lo que te ha pasado.
—No necesito que me protejas—me daba igual montar el numerito delante de mis amigos, pero no iba a tolerar ni un minuto más que me considerase una muñeca rota a la que hay que tener entre algodones.
—Te vendrás conmigo a París, aquí está claro que no estás segura.
—¿No crees que primero deberías preguntarme si quiero irme de aquí?
—No necesitas esta maldita ciudad y tampoco necesitas a esta gente. Es hora de que dejes a un lado esa estúpida idea y formalicemos lo que llevamos teniendo durante años de una maldita vez en el lugar que nos corresponde.
—¿Te has parado a pensar lo que siento? ¿Te has parado a pensar que acaban de …que me han…?
—No debes estar muy mal sino me hubieras llamado desesperadamente.
Fue la gota que colmó el vaso. No soportaba tenerle ni un minuto más delante de mí. No sabía como había sido capaz de considerarle alguien importante en mi vida. Había estado tan ciega pensando que solamente le tenía a él para no hundirme.
—Hay un horario de visitas — interrumpió Unax claramente ofuscado ante la mirada atónita de Lucía y John que no daban crédito a la escena que estaban presenciando—, y se acaba de terminar ahora mismo. — Eric lo fulminó con la mirada.
Nunca llegué a imaginar que Unax sería esa bocanada de aire fresco que necesitaba en aquel momento, el impulso para respirar libremente, pero así fue. Dejó que hiciera uso de esas pequeñas virutas de esperanza que siempre habían revoloteado a mi alrededor, que no había sido capaz de ver, y me dio las alas que necesitaba para cerrar de una vez por todas una puerta que nunca debí volver a abrir.
—Sal por la misma puerta por la que acabas de entrar—le dije a un sorprendido Eric—. Tú y yo a partir de este momento no tenemos nada más de lo que hablar.

45

Alex

Maialen quería vernos con urgencia. Por eso, cuando Unax propuso quedar en su apartamento no puse ningún impedimento. Estaba deseando que encontraran de una vez a quién me había convertido en su saco de boxeo. Al entrar me quedé totalmente sorprendida al comprobar como había sido posible transformar aquella nave industrial de dos plantas en un apartamento acogedor. Nada más cruzar la puerta había un estrecho pasillo que dejaba a la izquierda una pared acristalada dónde se podían ver perfectamente dos coches, una moto y una bicicleta además de un sin fin de estanterías colocadas contra la pared. Creaban una extraña armonía con infinidad de herramientas distribuidas aleatoriamente. Era como si la vieja zona de almacén se hubiera convertido en un taller al que se accedía a través de una puerta de cristal antigua perfilada en hierro negro que parecía haberse conservado de la distribución original. A la derecha, dejando atrás una puerta que permanecía cerrada había un amplio espacio convertido en cocina y de frente unas largas escaleras de forja que llevaban a la planta superior.

Después de un momento de confusión por lo sorprendente de aquel lugar, Unax arrastró la puerta corredera que permanecía cerrada y al abrirla la sonrisa de Rocío se dibujó delante de mí.

—Bienvenida a tu nuevo hogar—canturreó ante mi mirada de sorpresa.

La habitación rezumaba a nuevo por sus cuatro costados. Una amplia cama con un cabecero de latón presidía la estancia. Estaba llena de cojines de diferentes tamaños combinando colores dorados, tierras y cremas. Tenía una única mesilla de noche fabricada con una maleta antigua en la que reposaban un par de libros, unas velas perfumadas y en un lateral un armario antiguo, que habían intentado recuperar pintándolo de blanco.

—¿Te gusta? — Unax me miraba temeroso.

—Tenías que haberlo visto antes de lavar la cara a este espacio— dijo la que hasta la fecha había sido mi compañera de apartamento y había urdido semejante plan a mis espaldas.

Su presencia era palpable en la estancia. Entre los libros que había sobre la improvisada mesilla de noche había un ejemplar del Kama-Sutra, y colado entre los cojines un muñeco para quitar el estrés con forma de pene sonriente.

—En realidad era un trastero— explicó Unax—. Pertenecía al portal contiguo. Hace unos años pensé que sería bueno tener un espacio extra por si tenía invitados— diría que estaba nervioso, aunque trataba de disimularlo—. Al final hemos conseguido convertirlo en algo decente. Llevaba demasiado tiempo acumulando trastos aquí.

—¿No vas a decir nada? — no podía evitar sentir que aquello era una encerrona—. La prensa sigue buscando una exclusiva. No han tenido suerte esta vez y habéis conseguido zafaros de ellos en tu salida del hospital, pero tarde o temprano darán contigo. Nuestro antiguo apartamento está asediado de periodistas y yo me voy a Londres de forma definitiva, *Ale.* Necesito saber que estarás en buenas manos— tenían buena intención, pero no sabía si sería capaz de hacerles felices quedándome allí.

—Necesito saber que se os ha pasado por la cabeza para pensar que mi única opción era venirme a vivir aquí— estaba tratando de no perder la calma.

—El casero no quiere ni que os acerquéis por el apartamento. Os ha devuelto la fianza por adelantado y lo que resta del mes y Rocío ha tenido que trasladar todas sus cosas al hotel estos días—indiscutiblemente a Unax le preocupaba mi reacción—. Está desbordado y no ve el

momento de que todos esos periodistas desaparezcan del portal y dejen de preguntar a los vecinos si habían detectado algo sospechoso en ti.
¿En serio estaban asediando a los vecinos? Pobre gente. No tenían culpa de nada.
—Sólo serán unos días si así lo quieres. Hasta que se calmen las aguas, te recuperes y puedas buscar un lugar mejor para vivir. Probablemente esta habitación no sea lo que buscas, pero es todo lo que hemos podido hacer.
—Qué se joda sino le gusta— apostilló Rocío—. No es fácil encontrar apartamento en Madrid a estas alturas y no me he pasado dos días encerrada entre estas cuatro paredes convirtiendo este lugar en algo que no fuera una madriguera para que ahora se ponga caprichosa la niña—me abrazó con fuerza a pesar de la franqueza de sus palabras—. No hay un lugar en el que vayas a estar mejor, ni en el que sea capaz de dejarte con todo lo que está pasando. Te guste o no este va a ser tu sitio o me encadenaré a la pata de esa cama y perderé el sueño de mi vida.
Era difícil encajar que no les faltaba razón, a pesar del dramatismo forzado de la loca de mi amiga. Necesitaba sentirme segura después de todo lo que había sucedido, pero era complicado reconocer que mi seguridad estaba en manos de alguien que no me había proporcionado ese cobijo que necesitaba años atrás. Las llaves se giraron en la cerradura del apartamento dejando entrar a Maialen y Beiñat.
—Bienvenida, Alex— me saludó Beiñat seguido de su mujer —. ¿Ya te has instalado en tu nueva habitación? — mi cara de asombro debió de responder por mí.
—Todavía estoy haciéndome a la idea de todo esto—Rocío apretó mi mano al tiempo que formulaba una pregunta.
—¿Puedo tener yo también las llaves de tu apartamento?
—Lo dudo mucho — se anticipó a responder Beiñat—. Ese privilegio solo lo tenemos los pocos que aguantamos con frecuencia los desvaríos del dueño.

Nos acomodamos en el oscuro sofá instalado en la parte trasera del apartamento, debajo de las escaleras que daban a lo que hubiese en el piso de arriba, y desde dónde se podía ver la televisión o los coches, según hacia donde dirigieras la vista. El lugar era pintoresco y acogedor a partes iguales. Abrimos un par de sillas plegables para poder acomodarnos todos mientras Beiñat y Maialen traían unos refrescos de la nevera. Rocío se encargó de colocar en unos boles, que cogió de la cocina, unas aceitunas y unas patatas fritas. Ver como conocían aquel espacio y campaban por él libremente me produjo una sensación agradable, incluso familiar. Probablemente, estaban en lo cierto y no iba a encontrarme más arropada en ningún otro sitio.
—Necesito que me cuentes de nuevo todo lo que pasó la tarde de la agresión.
—¿Otra vez? No sé qué más puedo decir para ayudar en la investigación—Unax me miró inquisitivo, los dos sabíamos que sí había cosas que contar, pero tenía que encontrar la manera de que no pareciera que se lo había ocultado o me convertiría en la primera sospechosa de mi propia agresión.
—Haz memoria, por favor, lo necesitamos. Dijiste que cuando regresaste al despacho notaste que no estaba como lo dejaste, que alguien había estado revolviendo entre tus cosas. ¿Has recordado que podían estar buscando? — negué con la cabeza—. Tal vez en ese momento no, pero ¿has echado en falta algo después de los días? — volví a negar con la cabeza—. Haz un esfuerzo Alex, creo que tenemos indicios de algo, pero necesitamos más pruebas que lo confirmen. ¿Viste a alguien? ¿Oíste alguna conversación extraña?
La cabeza me iba a cien por hora, después de haber intentado superar lo sucedido alejando mi mente de la escena lo máximo posible, recordar de nuevo fotograma a fotograma lo sucedido me producía una ansiedad de la que llevaba tiempo queriendo huir.

—Hay algo— todos parecieron levantar las orejas y se pusieron alertas—. A lo mejor es una tontería…
—Seguro que no lo es — me apoyó la inspectora.
—Cuando regresé al despacho había alguien hablando por teléfono — me miraron expectantes —, hablaba en susurros. No le di importancia porque se trataba de una persona de apoyo que se había contratado recientemente en la empresa para cubrir la baja de la secretaria del departamento de compras. Al estar fuera del horario laboral quise creer que susurraba para que nadie supiera que estaba utilizando indebidamente el teléfono. Incluso llegué a pensar que hablaba con alguien a quien quería agradar, alguien a quien quería gustarle.
—¿Qué te hizo pensar eso?
—Su tono de voz, era… ¿almibarado?
—¿Sabes si le gustaba alguien de la empresa o si tenía novio?
—La verdad, es que apenas he tratado con ella más allá de un hola o un adiós — recordé el momento en el que conocí a Lucía—, aunque llegué a oír que estaba loquita por los huesos de Jairo Olazabal— la escena en los baños de Hoplan me hizo sonreír—. No sabría decir si eso es cierto, pero no habría podido elegir peor.
—¿Podrías darme algún motivo más a parte de los que ya me has mencionado en anteriores ocasiones por los que Jairo Olazabal no es bueno para ella? —era el momento, le debía esa explicación así que no dudé en dársela.

—Me acusó de haber conseguido mi puesto de trabajo en Hoplan por acostarme con el director general de la empresa—ahora ya sabía con todo lujo de detalles porqué el hijo de los Olazabal no era bueno para nadie.

—¿Y bien…? — me armé de paciencia.

—Me he ganado a pulso el puesto de trabajo que mantengo en Hoplan.

—¿Cuándo se produjo esa acusación?

—El mismo día que discutimos porque perdió un cliente V.I.P. de los que mantenemos en la cartera de directivos. Yo nunca se lo hubiera cedido sino hubiera sido por la intervención de Francis.
—¿Notaste algo extraño en él al día siguiente de haber mantenido la discusión?
—No fue al trabajo. Lucía me dijo que se había ausentado por temas personales. Por eso, no se realizó aquella tarde la reunión de conciliación, y después...después ya sabemos todos lo que pasó.
—¿Notaste algo extraño en alguien más a parte de esa chica?
—Se llama Dely, y no, no noté nada extraño en nadie más. Iba a elegir un coche con mis amigos. Supongo que tenía la mente en otro sitio.
—¿Has visto a Dely en compañía de Francis, Jairo o Karina?
—No.
—¿La has visto merodear por tu despacho?
—No que recuerde.
—¿Se ha hecho la encontradiza contigo o te ha preguntado algo extraño?
—¿Por qué crees que es importante Dely? ¿Qué te hace pensar que ella tiene algo que ver con lo que me sucedió? — Maialen posó su mano sobre mi pierna y la apretó ligeramente.
—Es mera rutina, forma parte del protocolo, preguntar por todos y por todo. Sólo trato de encontrar un hilo del que tirar para desenredar la madeja—no parecía demasiado convencida. En su fuero interno sospechaba que algo se la estaba escapando.
—Hay algo que tal vez pueda resultar de interés—Unax me miró con aprobación—. Se trata de

Francis. Creo que de alguna manera él puede tener algún tipo de relación con lo que está sucediendo. No sé de qué manera, pero creo que está implicado—les conté mi viaje a Berlín ante los ojos atentos de Beiñat, Maialen y una sorprendida Rocío que no entendía como alguien tan idolatrado para mí se había convertido en el sospechoso número uno—. John tiene el pendrive que me dieron esos hombres. Está intentando averiguar la contraseña.

—Necesitaré hablar con John, no dudo que pueda hacer averiguaciones, pero ese pendrive debe de estar en manos de la policía—la seriedad de la inspectora nos intimidó a todos—. Es posible que el robo en el apartamento y la agresión tengan que ver con la información que contiene. Necesitamos saber lo antes posible si eras un señuelo o Francis te quiere convertir en su confidente.

No tardaron mucho tiempo en despedirse de nosotros. Esperaba que la inspectora tuviese información suficiente para cerrar el círculo y las pruebas terminaran siendo concluyentes. Al día siguiente tendría que ver de nuevo a Beiñat para que evaluase la evolución de mi hombro y me diera uno de sus dolorosos y a la vez sanadores masajes rehabilitadores, mientras que a Rocío no la vería en una larga temporada. Su vuelo saldría la madrugada del día siguiente sin tiempo suficiente para poder volver a vernos. La iba a echar mucho de menos, aunque prometimos mantenernos informadas de cualquier cambio que se produjese en nuestras vidas.

—Unax…—sabía lo que iba a decir o creía saberlo.

—Sólo será hasta que podamos coger a ese mal nacido. Después podrás irte a vivir donde quieras.

—Unax…— no me escuchó.

—Has sufrido mucho, en parte me siento responsable de ello.

—Unax para…

—Se que esto no cambiará lo que hice. Sé que te gustaría tenerme lejos, pero a mí me pasa todo lo contrario, aunque solo sea por un tiempo déjame ayudarte.

Me acerqué a él. Tanto que podía sentir su respiración en mi piel. Era un imán que había querido repeler desde que le había visto. Por miedo. Por temor, pero me sentía como la polilla que buscaba la luz con cierto temor a quemarse.

—Me quedaré aquí.

No es fácil asimilar que alguien desaparezca de tu lado sin un por qué, sin una razón. Por eso, cuando te abandonan sin una causa justificada, la esperanza sigue viva.

Te aferras a ella.

La alimentas cada día y cuando te quedas sin fuerzas…

Las guardas muy dentro de ti incluso durante años, esperando encontrar la respuesta, la justificación que haga entender a tu cabeza que lo que alberga tu corazón no es una locura. Que es imposible alejar los sentimientos enraizados en el pecho sin un motivo de peso. Por eso, sólo por la respuesta que esperan, siguen latiendo, siguen vivos, incluso durante diez largos años.

Tenía motivos suficientes para darme una nueva oportunidad.

46

Alex

Aquella mañana me levante desorientada, por fin había conseguido dormir profundamente después de demasiado tiempo sufriendo una especie de insomnio por todo lo acontecido. Quería creer que la placidez que sentía tenía más que ver con el cansancio acumulado en una habitación de hospital en la que era imposible conciliar el sueño, que con la sensación de protección que me producía mi nuevo hogar. Era agradable e inquietante a partes iguales creer que allí estaba a salvo de todo. Supongo que descubrir al acostarme, un libro en la mesilla de noche, que sin lugar a dudas había dejado mi nuevo compañero de piso, hizo que la coraza de mujer fuerte se deshiciera por unos instantes y activó en mí todas las emociones dormidas. La rabia contenida por la agresión, el miedo, las dudas, pero esta vez tenía claro que quería salir reforzada de todo ello. Que se había acabado el seguir escondiéndose.

Con ese sentimiento me había quedado dormida hasta que un delicioso olor a tostadas y café recién hecho se filtró por las rendijas de la puerta de mi nueva habitación. Me puse una sudadera y unos leggins, me atusé el pelo como pude, cogí el libro de la mesilla y salí de la habitación con la intención de, al menos, poder agradecer al casero la magnífica acogida que me estaba dando. Antes de hacerlo, apunté mentalmente que si iba a vivir allí un tiempo necesitaba instalar un amplio espejo en la habitación para garantizar que salía presentable de ella. Antes de abrir la puerta eché un vistazo a las cajas con mis pertenencias. Seguían en el mismo lugar en el que las habían dejado. Era triste que los últimos años de mi vida pudiesen guardarse holgadamente en media docena de cajas. No le dediqué demasiado tiempo a desmenuzar aquella idea, crucé el umbral, cerré la puerta detrás de mí y decidí dejar pasar el pasado.

La cafetera descansaba sobre uno de los fuegos de la cocina mientras dos tazas esperaban a llenarse encima de la isla que había en mitad de aquella enorme cocina. A lo mejor no era tan grande, pero comparada con la que había tenido durante los últimos años la convertían en un gigante para mí. Unax estaba de espaldas. Mis ojos se posaron sin pedir permiso en su ancha espalda cubierta por una camiseta desgastada. Siguieron caprichosos su recorrido hasta sus caderas donde descansaban unos pantalones de algodón negros que arrastraba ligeramente por la parte de atrás al escurrirse de sus caderas.

—Buenos días — me sobresalte al verme sorprendida observándole—. ¿Has dormido bien?

—Si.

—¿Sí? — lo afirmé de nuevo mientras observaba como dejaba caer mermelada en una rebanada de pan recién tostado.

—¿Algo que eches en falta?

—¿Poder dormir más? — no era capaz de dejar de observarlo.

—No tenías que haber madrugado tanto.

—¿Y acostumbrarme a que además de cederme una cama me hagan el desayuno? Creo que estás corriendo un riesgo innecesario— giró la mirada en mi busca para dedicarme una amplia sonrisa.

—Seguro que tendrás tiempo de devolverme el favor algún día.

Me senté en uno de los taburetes de la isla junto a él y dejé el libro a un lado. Mi gesto no le pasó desapercibido, aunque evitó hacer comentarios.

—Si me dices dónde están las cosas te ayudaré a preparar el desayuno.

—Puedes abrir los armarios. Al fin y al cabo, esta va a ser tu casa— dude unos segundos y él me

animó dando un empujón con su cadera en mi costado—. Puedes explorar sin problema—decidí que no hacía daño a nadie que investigara un poco.
—Así que crees que todo esto tiene alguna relación con lo que le sucedió a tu familia —no esperaba esa afirmación tan a bocajarro, pero supongo que si había alguien que pudiera formularla solo podía ser él después de la confesión que le había hecho antes de abandonar el hospital.
—Sigo teniendo muchas dudas— dije mientras colocaba sobre la isla un tarro de miel y dos cucharillas.
—¿Qué es lo que te hace dudar? — el olor de las tostadas que dejo en un plato sobre la encimera donde íbamos a desayunar hizo despertar a mi estómago.
—Le he dado muchas vueltas y sigue habiendo demasiadas cosas que no encajan.
—¿Cómo por ejemplo?
—Mi agresor— Unax colocó las tazas de café, una frente a otra, y me pidió que me sentara al tiempo que me invitaba a seguir—. Supongo que es una bobada, pero creí que me pediría dinero, un rescate por permitirme seguir con vida o algo así.
—No es una bobada, Alex. Estamos hablando de lo que le sucedió a tu familia. Tus miedos, tus dudas son lógicos y normales— sentir que mostraba preocupación por mí me desgarró por dentro.
—Me hizo creer que iba a morir allí mismo.
—Eh, ni lo pienses, ¿vale? — estiró sus manos por la encimera hasta llegar a atrapar las mías. Esta vez no las aparte—. Eres fuerte, llevas demostrándolo todo este tiempo. Sigues luchando con uñas y dientes por saber qué demonios pudo causar la muerte de tus padres, aunque el resto del mundo gire en contra de tus ideas estás convencida de que se equivocan y lo vas a demostrar. Eso es lo que importa. Sabremos quién te ha hecho esto y pagará por ello.
—¿Por qué crees que lo descubriré?
—Porque te veo y algo me dice desde las tripas que estás en lo cierto—no podía ni imaginarse lo que significaba para mí que me apoyase. Llevaba demasiado tiempo sintiéndome sola en una búsqueda sin respuestas.
—Tengo que confesarte algo—apretó mis manos—. Me da miedo volver a Hoplan. Me es muy difícil no pensar que en cualquier rincón de las oficinas pueden volver a agredirme.
—No tienes porqué volver si aún no estas preparada, puedo prolongar tu incorporación. Las lesiones aún son visibles y podemos evitar que todo el mundo te someta a un interrogatorio cuando entres por la puerta de la oficina—se tensó—. Además, todavía andan merodeando los paparazis en busca de una exclusiva.
—Parece que te estás esforzando por seguir siendo mi estrella guía—solté mis manos de las suyas y arrastré el libro que había encontrado en mi mesilla. Mostraba en la portada a Polaris, la estrella polar en la constelación de la Osa Menor.
—Siempre quise serlo—parecía sincero—. Me hubiera encantado ser un indicador fiable, pero perdí mi propio norte y en mi absurda desorientación me llevé por delante demasiadas cosas.
—Todos hemos perdido cosas por el camino— me miró sopesando mis palabras y agarrando nuevamente mis manos—, pero estoy convencida de que ha llegado el momento de parar.

De nuevo aquellos círculos con su dedo pulgar en el dorso de mi mano. En ese momento me di cuenta que había sido él quién me había estado cogiendo de la mano cada día en el hospital, había olvidado lo reconfortante que era aquel gesto hasta que volví a sentirlo en aquella cama.

Era él quien había estado velando mis sueños.

Era él quien no se había alejado de mi lado durante mi convalecencia en el hospital.
Era él…
—No voy a huir más—confesé—. No voy a esconderme, aunque la prensa haya descubierto mi paradero esta vez voy a permanecer aquí. Quiero saber de una vez por todas que hay detrás de la muerte de mis padres y si para ello tengo que exponerme lo haré— Unax quiso decir algo, pero no le dejé continuar. — Tengo que hacerlo. Es hora de acabar con todo esto de una vez por todas y el primer paso para hacerlo es volver a trabajar, aunque me esté muriendo de miedo por dentro, necesito saber que tiene que ver Hoplan con todo esto.

Lo que era evidente, es que algo estaba cambiando y las sorpresas no dejaban de llegar. Antes de irme a trabajar Unax depositó en una de mis manos las llaves de uno de los coches que guardaba en su extraño apartamento. Resultó ser uno de los vehículos que infructuosamente se quedaron en el concesionario el día de la agresión. Sabían que lo que había sucedido demoraría aún más mi búsqueda de un vehículo porque sólo el recuerdo de aquel día me haría aplazarlo más y más. Por ello, se habían puesto de acuerdo y lo habían orquestado todo para que por fin pudiera tener el medio de transporte que tanta falta me hacía, y no sólo lo habían conseguido sino, que lo habían convertido en un pedacito de todos ellos que ahora era mío.
Justo cuando llegaba al trabajo y estaba terminando de aparcar sonó mi teléfono móvil. Era un mensaje de Unax. Parecía haber estado calculando con una precisión sorprende el tiempo que tardaría en llegar a Hoplan.

Unax: *¿Todo Bien?*

Muller: *¿Te vas a convertir en un compañero obsesivo y controlador?*

Unax: *Mnnnn...tengo que darle una vuelta a esa idea.*
¿Has podido esquivar a la prensa?

Muller: *Me ha costado encontrar donde aparcar el coche.*

Se que evitó preguntar porque no utilizaba la plaza de garaje que tenía en el sótano. Necesitaba ir poco a poco y aún no me sentía capaz de pisar el sótano de Hoplan.

Unax: *No has respondido a mi pregunta.*

Muller: *Les enseñaré mis moratones.*
Te dije que no iba a esconderme.

Unax: *¿Estás segura?*

Muller: *Sip.*

Unax: *Llámame si me necesitas.*

Muller: *Lo haré.*

Iba a guardar de nuevo el móvil en el bolso cuando me entró una llamada de un número que no

tenía registrado en la agenda. Dudé si debía o no cogerlo, pero finalmente me dije a mi misma que no podía haber nada malo en responder una llamada.
—Hola, Alex, soy Maialen— la tensión que sentía al descolgar fue sustituida por una calma momentánea—. Estoy en la cafetería del hotel donde trabajaba Rocío. Te espero en cinco minutos.
—¿Ha pasado algo? — creo que no llegó a escuchar mi pregunta. Corto de inmediato la comunicación.
Efectivamente, allí estaba. Sentada en uno de los taburetes que había en la barra del bar que se podía ver desde el otro lado de la calle. No entendí por qué me citaba allí, pero al menos acudir a un sitio conocido me daba cierta tranquilidad, aunque para ello hubiera tenido que poner a prueba a mis pulmones tratando de esquivar a los periodistas que se agolparon a la puerta de mi recién estrenado coche dificultando mi salida de él.
—No hemos encontrado restos de ADN en el guante que había en la escena dónde te agredieron — me soltó semejante fatalidad a bocajarro y sin ningún tipo de miramiento—, solo restos de polvos de talco. Lo que nos hace pensar que probablemente llevaba unos guantes de látex debajo de los guantes de piel.
—¿Por qué iba a tomarse tantas molestias?
—Porque fue una agresión premeditada. No quería dejar ningún tipo de rastro.
—¿Qué hay del resto de pruebas?
—La bolsa de valija era del departamento de Tecnología — me miró desafiante.
—Ni en sueños mires hacia ese lado. Ni John, ni ninguno de los integrantes de su equipo me harían daño.
—¿Por qué estas tan segura de eso?
—Porque hay cosas que se saben, Maialen — la increpé —, sé qué es parte de tu trabajo dudar de todo el mundo, pero si piensas que fue cualquiera de ellos te estarás equivocando de cabo a rabo.
—Vale, veo que estamos de acuerdo en algo. Simplemente han querido dirigir nuestra mirada hacia el lugar equivocado para hacernos perder el tiempo— me espetó sin dar importancia al hecho de que me había hecho alterar cuando ella misma sabía que el foco no estaba puesto en John y su equipo.
—Después de lo que nos contaste anoche de Dely, no me quedó más remedio que ir a hacerla una visita a su casa— mi cara era de total asombro—. Aún vive con sus padres y la presión de tenerlos cerca apremiándola a que colaborara con la justicia la hizo acabar confesando.
—¿Confesando? ¿Qué tiene que ver ella? — la cabeza me iba a mil por hora. Ella no podía ser mi agresora. Estaba hablando por teléfono y después…, después nada. Mi agresor era un hombre, alto y con mucha más fuerza que yo. Dely me llegaba por los hombros. ¿Cómo podía habérsele ocurrido semejante tontería? Seguro que la pobre se había visto obligada a confesar cualquier tontería que la hacía parecer la responsable de lo sucedido. No, definitivamente Dely no encajaba con los recuerdos y las sensaciones que tenía de lo sucedido.
—Dely te estuvo observado durante varios días, semanas incluso— me mantuve en silencio —. Llegó a aproximar las horas a las que salías del trabajo, con quién te relacionabas y los patrones de conducta que seguías— no podía ser verdad. Los alteraba constantemente, nunca repetía las mismas rutas, ni los mismos horarios, era algo que llevaba haciendo años —, aunque en realidad confesó que era muy difícil establecer un patrón de comportamiento en ti, de hecho, te definió como una persona rara, excéntrica y obsesiva— no tenía argumentos para rebatir aquella afirmación—, pero había algo que siempre hacías y que rara vez alterabas — abrí los ojos y las

dos dijimos al unísono.
—Bajar por las escaleras.
—Exacto.
—Ahora recuerdo que hizo alusión a ello en un par de ocasiones, me sorprendió, pero no le di mayor importancia — el silencio llenó de nuevo el espacio. El camarero de la cafetería nos reconoció era evidente que las dos, aunque en distintos momentos habíamos pasado largos ratos allí.
—Que sorpresa veros por aquí ahora que no está Rocío—Maialen olio a leguas que había recibido algún soborno de la prensa que se agolpaba en los cristales de la cafetería del hotel.
—Hay costumbres que si son buenas no deben abandonarse, ahora te advierto que, si por casualidad has oído algo de nuestra conversación y lo filtras a los medios de comunicación, vas a tener un problema— el chico se quedó cortado después de la tajante respuesta de Maialen.
—Ya veo— respondió dubitativo—, ¿queréis que os sirva algo?
—No, es cuestión de dos minutos que nos vayamos— el chico asintió—. La próxima vez vendremos con más tiempo y tomaremos algo relajadamente— el camarero se frotó las manos en las perneras del pantalón y asintió mientras se daba la vuelta y nos dejaba de nuevo a solas.
—Creo que le has quitado las ganas de filtrar nada a la prensa.
—No es algo personal. Cuando hago mi trabajo a veces no soy todo lo cortes que se espera de mí, pero suelo ser aún más desagradable cuando me ocultan algo—un escalofrío recorrió mi cuerpo.
—Dely ha confesado que fue Jairo quién le pidió que te observará—no pude evitar sentir un pinchazo en el estómago—, según ella sólo quería darte un susto.
—¿Todo esto es porque le relegué de sus funciones?
—Al parecer el motivó que alegó fue que le acosabas después de que te rechazara cuando le confesaste que estabas locamente enamorada de él.
—¿Qué hice que? — no podía ser verdad lo que estaba oyendo—. Eso es totalmente falso.
—Lo sé. Hemos hecho nuestro trabajo y no hemos encontrado nada que determine que ha habido un acoso personal por tu parte. Lo único que hemos encontrado es su acusación contra ti.
—¿Fue él quién me agredió?
—Alexandra, no tenemos pruebas lo suficientemente sólidas como para demostrar que la autoría de los hechos esté relacionada con él — no pude evitar cerrar los ojos como si me acabase de dar una bofetada—, pero tú mientes. Mucho y mal— aquella certeza tan claramente expuesta me pilló fuera de juego—. Te lo voy a pedir por última vez. Necesito que te abras en canal conmigo. Esto no es un juego. Aunque consiguiéramos encontrar la más mínima prueba de que Jairo tuvo algo que ver con tu agresión es más que probable que el poder de su familia impida que salga a la luz. Utilizarán todos los medios a su alcance para evitar que se aplique el castigo que merece. En el mejor de los casos harán un trato de favor y le aplicarán una sanción administrativa o una suspensión de empleo y sueldo en Hoplan—la miré con incredulidad—. Les basta una llamada de teléfono, tienen demasiadas conexiones con el poder judicial.
—Pero eso no puede ser verdad. No puede salir indemne si ha sido él.
—Puede si no hacemos nada por impedirlo, y mucho más ahora que Francis va a perder su imperio a manos de la familia Olazabal—las sospechas de que aquello sucediese llevaban sobrevolando nuestras cabezas demasiado tiempo y la confirmación en los labios de Maialen ratificó que el tiempo se estaba agotando—. Es hora de que me cuentes de viva voz que le sucedió a tu familia.

47

Karina Hankiewicz
Quince años antes

Iba cogida de su mano.
A los ojos de la gente que caminaba a nuestro alrededor la estampa podía llegar a ser incluso tierna. Un padre y su hija pequeña cogidos de la mano, pero para mí el contacto de su mano era repugnante. Cualquier contacto de aquel hombre sobre mí solo me producía malestar en el estómago y unas arcadas infinitas que tenía que contener si no quería pagarlo una vez que estuviéramos lejos de miradas ajenas.
Caminábamos.
Un bulto en la acera llamó mi atención y encontré la excusa perfecta para soltarme de su mano y correr hacia él.
Era un gato. Un pequeño animalillo que parecía haber sido arrollado por un coche. No presentaba en su aspecto externo ninguna marca de lo que parecía haberle provocado internamente, pero se debatía entre la vida y la muerte.
Respiraba sofocadamente las migajas de aire que su afectado pecho le permitían. Mi instinto fue ir acariciarlo para que al menos se fuese de este mundo con una muestra de cariño que no podían proporcionarle sus padres, que ni siquiera habían sido capaces de protegerlo de aquel peligro, de aquel gigante que lo había golpeado tan fuerte que lo había dejado al borde de la muerte siendo consciente del abandono y la desprotección que lo había llevado a aquel desastre.
—¡¿Qué haces?! — gritó aproximándose veloz provocando en mí un sobresalto.
Lo tocó con la punta del pie.
Su cara era de asco, como todo en él. Creo que en un primer momento pensó que estaba muerto y no le gusto comprobar que su pecho aún funcionaba, aunque trabajosamente por lo que le dio una patada desplazándolo unos metros. Corrí sin pensarlo hacia el animal para comprobar que pese a la virulencia del impacto aún se podía mover. Le miré con lágrimas contenidas que no pensaba derramar, al menos no delante de él. Quería proteger a aquel animal. No le dejaría caer en manos de aquel ogro, pero mis deseos no se cumplieron. Primero sentí como me cogía por el hombro ejerciendo en él una presión que nadie podía ver, pero que podía sentir con dolor. Después, cuando consiguió apartarme del animal actuó de nuevo asestándole una segunda patada que lo llevó directamente a la oscuridad más absoluta.
Lo estampo contra la pared.
Quebró su cuello que quedó colgando desencajado de su cuerpo.
Le arrebató cualquier posibilidad de luchar.
De vivir.
Exactamente lo que pretendía hacer conmigo.

Llegamos al hospital psiquiátrico en el que mi madre llevaba ingresada desde que tenía uso de razón. Nunca la había visto fuera de aquella habitación tan vacía y carente de personalidad. Al entrar ella se volvió mirando hacia nosotros, pero sus ojos no nos veían. Miraban más allá. Buscaba algo. Buscaba a alguien y se perdían lejos de nuestros cuerpos en un infinito que no parecía palpable.
—¿Kepa? — dijo dubitativa dirigiéndose a él.

—Soy Aron, cielito— la bilis llegó a mi garganta en aquel preciso instante mientras su acidez infectaba mi boca—. ¿Qué tal estás hoy? — no hubo respuesta—. He venido con tu hija. Cada vez está más guapa— sentí que me mareaba—. Cada vez se parece más a ti.
La mirada no se posó en mí, como era de esperar, sino que me traspasó. Buscaba otro rostro entre los rasgos de mi cara.
Se acercó ligeramente.
Me tocó separando instintivamente sus manos al notar el contacto, como si le produjese calambre.
La odié por aquello.
La odie por ser.
La odie por todo.
Un revoltijo de sentimientos contradictorios empezó a golpearme en el pecho. La cabeza me martilleaba. Tenía demasiada rabia dentro. Reaccioné propinándole una patada. Con la misma rabia que le había visto hacerlo a él minutos antes. Me sentí sucia. Malvada. La misma clase de demonio con el que tenía que vivir cada día, pero no podía alejar los sentimientos que latían dentro de mí. Deseaba que mi madre reaccionara. Que saliese de aquel aletargamiento de una vez por todas. Deseaba que me viese de una vez por todas. No quería ser alguien transparente para ella. Quería ser su hija.
—¿Por qué has hecho eso? — sentí el calor del bofetón que él me propinó en mi mejilla.
—Tú también lo has hecho — le escupí con rabia—. ¿No te dio pena el pobre gato? ¡Podríamos haberlo salvado!
—¡Por Dios bendito! Estaba muerto antes de que lo quitara de en medio del camino.
—¡Eso es mentira!¡Vi como respiraba!
—¡Vas a comparar un gato destripado en la acera con tu propia madre! ¡Pídela perdón ahora mismo! — pero mi madre parecía ajena a todo aquello. No parecía afectarle lo más mínimo mi presencia. Parecía no conocerme ni tener interés alguno en hacerlo—. Pide perdón o te arrepentirás.
NO. Otra vez NO. Tenía que impedir su castigo a toda costa. Solo pretendía que mi madre se sintiese culpable por haberme abandonado de aquel modo.
Por ser una mujer débil.
Por no haberme cuidado como una madre debe cuidar a sus hijos.
Por haberme dejado sola con él, con quién no quería volver a casa.
No podía. No debía.
Sabía que mi integridad física estaría en peligro por lo que debía salvaguardarla de la forma que fuese. Nublada por el miedo, la ira y el asco me precipité contra el vértice de la cama que presidía la habitación golpeando mi frente sin calibrar el impacto. El desplazamiento de la cama la hizo golpearse contra una de las paredes llevándose por delante el carro sobre el que descansaban los restos de uno de los almuerzos que aún permanecía sin recoger por las enfermeras de turno. Me toqué la frente llevada por el dolor del impacto. Sangraba. Sentí que me mareaba, pero un dulce sentimiento se apoderaba de mí. El golpe no podía haber sido mejor. Mis dedos arrastraron la sangre por mi rostro.
Cuando se abrió la puerta de la habitación me encontraba en el suelo. El estruendo del impacto debía haber alertado a la enfermera que miraba la escena sin entender que había podido provocar semejante desastre. Él se acercó corriendo simulando un auxilio que no tenía ninguna intención de facilitar. Sabía que si hubiera podido me hubiera abofeteado de nuevo. Lo había hecho antes. Por eso iba a pagar por ello en ese preciso instante.

Por cada golpe.
Por cada herida.
Por todo el dolor. El físico y el emocional.
—¡No me pegues! ¡No me pegues más! Por favor, por favor. —tapé mi cuerpo y me hice una bola para protegerme de sus golpes no sin antes poder ver su cara de incredulidad y la mirada de reproche que la enfermera que había entrado en la habitación segundos antes le dedicaba.
—¿Qué esta pasando aquí? — preguntó.
—Me...me ha pegado...—dije esforzándome por parecer convincente, aunque no me fue difícil debido al dolor que sentía en la cabeza.
—Por Dios, señor, ¿qué cree que está haciendo pegando a una chiquilla indefensa?
—Na-nada...— balbuceó mientras me reía interiormente por el miedo que parecía asomarse a sus retinas—. Ha sido ella. Se ha abalanzado sobre la barandilla de la cama. Ella se ha hecho...e-eso.
—No es verdad...— gimoteé sorbiendo los mocos.
—Vamos, bonita, te llevaremos a la enfermería para que te curen esa herida. Y usted señor, más vale que no se mueva de aquí. Voy a llamar a seguridad para que aclaremos este incidente.
No levanté la vista para mirarle. No quería por nada del mundo que me amargara aquella victoria que acababa de conseguir. El zumbido de mi cabeza se mezclaba con la euforia que sentía porque me alejarán de él.
—Kepa, ¿dónde está nuestro hijo? ¿Quién es esa chica a la que has pegado? Tú no pegas. ¿Por qué lo has hecho?
En aquel momento no me di cuenta de que aquellas palabras de mi madre se convertirían en un pensamiento recurrente en mi memoria muchos, demasiados años después. La confusión que había en su mente y el recuerdo de aquel hombre que tanto añoraba acababan de conseguir que por primera vez me protegiera.

48

Alex

Hoplan & Orleal Consulting cambio de manos de forma estrepitosa sin una explicación sólida. Habíamos sido partícipes de como se resquebrajaba poco a poco, y los intentos que hicimos por mantener a los clientes sólo fueron el eco de una muerte anunciada. Algunos de los que formábamos parte de ese imperio que Francis Brun había construido sentimos que lo que estaba sucediendo con Hoplan no era casual, aunque como para tantas cosas, no teníamos pruebas que avalasen nuestra teoría.

Francis no había llegado a tiempo de implantar la estructura que según él nos hubiera salvado, algo que lo convirtió en un ser huidizo e introvertido y le ensombreció la mirada. Parecía que la persona que habíamos conocido llena de energía y optimismo se estaba apagando poco a poco. No sabíamos como había podido suceder, pero de un día para otro Roberto Juan Torralbo se había convertido en el nuevo director general de la empresa desbancando y relegando a Francis a un segundo plano. Con un nombramiento de tal calibre supimos que estábamos muy cerca del precipicio. El enemigo acababa de conseguir la vara de mando.

La prensa había conseguido la instantánea que quería de mí, pero seguían filtrando noticias falsas. Los pies de foto que publicaban no tenían nunca nada que ver con la realidad y cada vez me resultaba más complicado ir a la oficina. Tuve que acabar venciendo el miedo a aparcar en el sótano, e incluso había llegado a intercambiar el coche con Lucía en alguna ocasión para salir de la oficina. Necesitaba que, al menos, el lugar donde vivía fuera desconocido el mayor tiempo posible. Era la única manera de evitar que aquellos buitres me persiguiesen todos los días.

Con Maialen no había tenido más remedio que claudicar. A pesar de que, como era de esperar, ella había hecho su trabajo, le conté lo que había sucedido con mi familia. Las amenazas que había recibido y como el heredar una pequeña fortuna había ocasionado que se acercase la gente a mí con un único fin, conseguir un pellizco del botín. También le trasladé mis dudas con respecto a Eric, a quién había creído siempre hasta que una llamada perdida de Isabelle me hizo empezar a dudar. La verdad, es que no fueron los celos los que me pusieron en modo alerta sino un sexto sentido que me decía que algo estaba pasando delante de mis narices y yo no era consciente de ello. Locura o no, aquella llamada me hizo contratar a un segundo abogado al que informé del fallecimiento de mis padres— del que como era de esperar ya era conocedor—le puse al día de mi situación financiera y también de todos los temas jurídicos que habían pasado por las manos de Eric. No sé por qué lo hice, tal vez simplemente quería convencerme de que mis sospechas eran infundadas, que no tenía razón, que Eric estaba enamorado de mí y que yo acabaría estándolo también de él, pero evidentemente el mensaje de mi abogado antes de mi desafortunado accidente y su comportamiento en el hospital cambiaron por completo el rumbo de los acontecimientos. Tendría que reunirme con mi abogado lo antes posible. Quería cerrar ese capítulo de mi vida de una vez por todas. Por eso, no tuve ningún reparo en mantener informada a la inspectora de mi futuro viaje a París.

Aquella tarde entré en el despacho de Francis dispuesta a enfrentarme de nuevo a él para aclarar todas las dudas que martilleaban mi cabeza sobre los últimos acontecimientos en la empresa. Estaba más que dispuesta a encontrar respuestas y había llegado a la convicción de que no iba a pararme nada ni nadie. Francis me había mandado flores durante mi convalecencia con notas

conmovedoras para que me recuperase lo antes posible, pero nunca había hecho acto de presencia. No entendía como alguien que parecía preocupado por mi recuperación no quisiera coincidir conmigo. Como imaginaba, en el despacho, no había rastro de él. El espacio se encontraba en penumbra, aunque parecía seguir teniendo su olor y su presencia. Era demasiado extraño que no estuviera sentado dispuesto a escuchar lo que fuera que tuviese que decirle. Pronto aquella estancia sería ocupada por Torralbo y cuando eso sucediese arrasaría con todo, creo que esa idea fue la que me llevó a querer encontrar respuestas antes de que fuera demasiado tarde. No sabía que estaba buscando, aunque lo que quería era un motivo, sólo uno, que me ayudase a borrar todas las cosas que me hacían dudar de él. Quería convencerme de que, si era verdad lo que decía John, y Torralbo no iba a tardar mucho en quitárselo de encima, era porque había una causa justificada, un motivo de fuerza mayor que todos desconocíamos. Abrí el primer cajón de la mesa. Apenas había contenido en ellos. Un abrecartas, sobres, una libreta. Nada reseñable. Abrí el segundo cajón y me sorprendió encontrar una caja en la que se encontraban todas las tarjetas comerciales de los clientes con los que trabajábamos. Era extraño que las hubiera dejado allí. Al fin y al cabo, formaban parte de la cartera de clientes que él mismo había ido cosechando año tras año. Dejarlas en un cajón, era dejar las puertas abiertas para que Torralbo asumiese el control absoluto de la empresa. El tercer cajón estaba repleto de carpetas colgantes en las que aún permanecía los últimos expedientes sobre los que habíamos estado trabajando. No parecía faltar nada, todo parecía presagiar que no se iba a marchar aún. Me acerqué hasta las estanterías donde debían estar los galardones que la empresa había recibido, pero allí solo había libros. Pasé los dedos por el lomo de aquellos que reflejaban el conocimiento que Francis albergaba y le había llevado a construir la empresa que ahora sin saber por qué estaba cediendo a otros. Un libro llamó mi atención, *Los cuatro elementos* de *Lidia Blanch*. Recordé a las dos chicas que hablaban de esa publicación en el metro, era un libro póstumo y había habido una polémica alrededor de su próxima publicación. ¿Por qué si aún no se había publicado Francis y Jairo tenían un ejemplar? Seguí revisando los libros de aquel estante y comprobé que había varios de la misma autora. Saqué uno de ellos. En la portada se podía leer en letras plateadas el nombre de la escritora sobre una imagen de un perfecto atardecer que evocaba paz y tranquilidad. Moví el libro y las letras brillaron con el reflejo de la luz que entraba por las ventanas. Era curioso que compartiese apellido con aquella desconocida. Blanch era mi segundo apellido, aunque tenía que reconocer que no lo usaba con demasiada frecuencia. Curioseé en su interior y encontré una maravillosa cita de una de las películas de amor por excelencia.

Les costaba ponerse de acuerdo. De hecho, rara vez estaban de acuerdo. Discutían todo el tiempo y se desafiaban todos los días. Pero a pesar de sus diferencias tenían algo importante en común: Estaban locos el uno por el otro.

Nunca había hurgado en su vida personal, pero me resultaba extraño que una muestra de amor así durmiese en aquella estantería. Dejé el libro, e imbuida por la curiosidad me lancé en busca de otro, en busca de otra muestra de un amor sin barreras como el que se intuía. No me equivoqué.

¿Has amado alguna vez a alguien hasta llegar a sentir que ya no existes? ¿Hasta el punto en el que ya no te importa lo que pase? ¿Hasta el punto en el que estar con él ya es suficiente, cuando te mira y tu corazón se detiene por un instante? Yo sí.

Me vi en una especie de trance sacando todos los libros que había en aquella estantería

para amontonarlos en mi regazo y llevármelos de allí. No podía dejar que algo tan íntimo se quedase abandonado a la suerte de Torralbo, un hombre que no dudaría en tirarlo a la papelera a la primera de cambio. Si Francis los reclamaba, le diría que era una escritora que acababa de descubrir y no había podido frenar la tentación de leer todos sus libros cuando los tenía tan a mano. Me acerqué a la puerta para irme, pero antes de hacerlo giré sobre mis pasos, abrí el segundo cajón y cogí la caja. Esas tarjetas también formaban parte de su historia. Nadie se aprovecharía de ellas.

Al llegar a mi despacho dejé sobre la mesa los libros y metí la caja en el bolso. Su contenido iba a salir del edificio en cuanto yo lo hiciese.

—¿Qué haces? — levanté la vista sobresaltada, pero al ver la cabeza de Lucía asomando por la puerta me calmé.

—Pasa, te gustará ver lo que he encontrado.

—¿Te has vuelto loca? ¿Has comprado todos los libros de Lidia Blanch?

—Estaban en el despacho de Francis.

—Es lógico era su mujer — lo decía así, tan ricamente.

—¿Quién más en esta maldita oficina sabía que eran matrimonio aparte de ti?

—¿Todos?

—¿Dónde he estado para no saberlo? —puso los ojos en blanco—. Vale, no, no necesito que me respondas.

—Jairo a retirado la denuncia—no sé porque no me sorprendió en absoluto la noticia que Lucía acababa de darme, después de lo que Maialen me había contado, si él era mi agresor se sentiría más que satisfecho con lo que había conseguido. Me llevé la mano al hombro que aún tenía magullado—. ¿No vas a decir nada?

—No, creo que no hay nada que decir. Solo dime una cosa, ¿por qué Jairo tiene un ejemplar de un libro de Lidia Blanch si aún no se ha publicado?

—Veo al menos que estás al corriente de su última publicación. Ha habido muchos problemas alrededor de ella.

—Algo sé, pero esa no es la pregunta que te he hecho, ¿por qué Jairo tiene un ejemplar de ese libro? —me impacienté.

—Porque es su hermano—cualquier explicación me hubiera servido, cualquiera, pero jamás hubiera imaginado que Francis y Jairo guardaban algún parentesco.

¿Por eso había querido cederle mis clientes?

—No me gusta nada la cara que estás poniendo, pero si sirve de algo te diré que Francis y su familia política no tenían buena relación.

—¿Tan mala como para querer robarle su propia empresa?

—Eso parece—Lucía cogió uno de los libros y lo ojeó—. ¿Para que los quieres?

—Si leyeses las dedicatorias, te darías cuenta que es difícil creer que un hombre que tiene sentimientos tan intensos hacia su mujer pueda llegar a despojarse de algo que él mismo ha creado.

—Por favor, Muller, son frases que ni siquiera son de su propia cosecha— cogió otro de los libros que descansaban sobre la mesa.

—¿Tienes sentimientos?

—Nadie me ha hecho saber nunca que no los tenga— estaba segura de que había más de un hombre transitando por este mundo que no pensaría lo mismo—. Parece que todas las dedicatorias las ha escrito Lidia.

—Si, te fijas bien. Todas sus palabras tienen respuesta, ¿no reconoces los trazos de

Francis en estas frases? — Lucía rectificó ante mí afirmación, era imposible no reconocer su caligrafía clara y perfecta en aquellos trazos.

—¿Y esta anotación? — miré lo que había escrito en el margen inferior de las primeras páginas que estaba señalando. Una serie numérica.

—Todos los libros la tienen, pero no sé lo que pueden significar esos números. Quizás tenía algún significado para ellos, la localización de alguna cita en la novela, no sé, al verlas me he quedado en punto muerto.

—Ya veo.

—¿Qué pasaba entre ellos dos?

—No te entiendo.

—Si se procesaban tanto amor, ¿por qué no lo hacían público?

—Eran reservados — Lucía dejó el libro que estaba ojeando y me miró fijamente—. En las altas esferas se comenta que su historia era algo del estilo a los Montesco y los Capuleto, sólo que en esta historia el único integrante de los Montesco era Francis— improvisó un moño con la melena morena que caía por sus hombros sujetándolo con uno de los bolígrafos que había sobre mi escritorio.

—Por donde empezamos.

—Por el principio, Lucía, siempre por el principio.

—Se dice que Francis se hizo a sí mismo, vamos que para que nos entendamos no tenía donde caerse muerto. Era un rebelde sin causa más que un magnate de los negocios. Sus padres eran temporeros en invernaderos de Almería, pero Francis tenía grandes planes para sí mismo. Consiguió costearse los estudios, haciendo horas junto a sus padres, recogiendo tomate. Aunque también hay quien dice que la procedencia del dinero con el que costeó sus estudios no fue tan honrada.

—¿En serio se dice eso de él?

—Te lo estoy contando tal y como lo relatan las malas lenguas.

—Sigue.

—Dicen que coincidió con Lidia en un reencuentro de antiguos alumnos. Por lo visto, ella era la novia de un antiguo compañero de facultad al que le había ido en los negocios bastante mejor que a él, que había estado dando tumbos de una empresa a otra sin respetar normas.

—Vale, lo pillo, era el malote de la reunión de antiguos alumnos.

—Dices bien amiga, y la chica buena se encapricho del chico malo.

—No debió de ser un capricho a juzgar por lo que se escribían.

—Has visto demasiadas películas de Disney.

Rocío hacía acto de presencia aun estando en Londres. Ella fue la primera persona que me hizo un comentario del mismo estilo. ¿Tendrían razón y era demasiado romántica para la realidad que tenía delante? Quería resistirme. No quería darles la razón tan pronto.

—La atracción física a veces es más poderosa que la romántica y en este caso parece que eso fue lo que hizo que empezaran a verse a escondidas hasta que Francis la dejó embarazada— abrí los ojos como platos—. Una auténtica deshonra para la familia, que la hija favorita con un expediente intachable acabase embarazada de alguien que ni siquiera era la pareja que toda la prensa conocía.

—Los medios de comunicación siempre ayudando—desde luego sobre la prensa tenía mucho que opinar.

—No trascendió demasiado porque la familia de Lidia se encargó de construir el personaje de Francis que conoces ahora. El que tú conoces ahora—no podía ser más fría el agua

del jarro que Lidia acababa de volcar sobre mí—. Le ayudaron a crear una empresa de la nada, a crear una imagen para él.

Jamás.

Jamás o digo mejor nunca.

Nunca hubiera pensado que el fundador de Hoplan era un fraude, pero...

—Hay algo que no cuadra. Francis no tiene hijos. Al menos no que se conozcan.

—Para esto hay dos versiones.

—¿Dos versiones?

—¿Cuál de ellas quieres?

—Las dos.

—Me lo imaginaba.

—La más simple dice que el feto estaba malogrado y acabó abortando de forma natural.

—¿Qué dice la más compleja?

—Dice que todo fue un montaje de los dos para que la familia de ella lo acogiera, sino había una causa de fuerza mayor que les obligase a incluir a un tipo como Francis en la familia no lo harían, así que ambos idearon la historia del embarazo.

—Pero podrían haberla obligado a abortar.

—Sabían que eso no sucedería nunca. La familia de Lidia tiene unos valores religiosos muy arraigados. El aborto inducido no es algo que estuviera entre ellos— me dejé caer en el respaldo de la silla. Todos mis esquemas mentales acababan de saltar por los aires.

—Lo siento, Muller. No imaginaba que te iba a afectar tanto — negué con la cabeza. Había hecho bien. No era bueno para mi seguir engañándome manteniendo una idea equivocada de Francis —, sé que lo apreciabas.

—¿Podría ser que con la muerte de Lidia hubiese querido alejarse de todo lo que tenía que ver con la familia Olazábal? Al fin y al cabo, ya no le ata nada salvo Hoplan a esta familia— Lucía levantó sus hombros para mostrar que ignoraba los motivos que le habían llevado a ceder su puesto a Torralbo—. A lo mejor simplemente ha sido un trueque. El pago por librarse de él. La empresa a cambio de una suculenta cifra monetaria—se confirmaba mi teoría de que todo el mundo tenía un precio, sólo había que saber llegar a él—. Necesito que busques la dirección de la casa de Francis.

—¿Te has vuelto loca? ¿Para qué quieres saber dónde vive?

—Para que me explique de una vez a qué demonios ha estado jugando conmigo.

—No creo que sea buena idea, desde la muerte de Lidia la relación con su familia ha ido de mal en peor.

—¿Y eso que tiene que ver conmigo?

—Es probable que no lo encuentres en la casa que compartía con Lidia. Han estado metidos en litigios para sacar a la luz la última novela que Lidia publicó. Ella dejó escrito en su testamento que cuando ella falleciese, todo lo que se recaudase con sus novelas pasaría íntegramente a Francis. Los Olazabal, se mantuvieron al margen de ese deseo hasta que supieron de la existencia de una novela póstuma. Ésta podía valer cien veces más, que cualquiera de las publicadas en vida por su hija. Quisieron revocar ese testamento por todos los medios.

—Y perdieron.

—Exacto, perdieron y la publicación está a punto de salir al mercado.

—Entonces, ya tiene el dinero que quiere, no le importa ceder Hoplan.

—Sólo sabemos lo que se cuenta por ahí. ¿Quién sabe cuál es la verdad?

—No me importa. Necesito mirarle a la cara y preguntarle cuantas mentiras me ha estado

contado durante todos estos años.

49

Alex

Esperaba que salir a comer fuera de la oficina me ayudase a despejar la mete, pero antes me acerqué al dispensador de agua que había en el pasillo, sólo quería refrescarme después del mal trago que había supuesto conocer la historia de Francis. Bebí apresuradamente intentando no atragantarme porque mientras lo hacía el teléfono empezó a sonar.

—Buenas tardes le atiende Muller del departamento de Proyectos, ¿en qué puedo ayudarle? — tiré el vaso de plástico al pequeño contenedor amarillo que había junto a la máquina mientras miraba la llamada entrante. Había respondido mecánicamente sin reparar en quién era.

—¿Es que no oyes el teléfono? — no hubiera necesitado mirar la pantalla, Karina gritaba al otro lado del auricular, aunque no sabía si la estaba oyendo por el teléfono o a través de la puerta del nuevo despacho que se había adjudicado.

—Lo tenía en silencio— acerté a responder mientras me iba alejando de la zona como si estuviera a punto de ser atrapada cometiendo un acto delictivo—. Acabo de activarlo.

—¿Y se puede saber por qué no quieres que te molesten? — recalcó esas últimas palabras.

—Estaba reunida.

—¡Reunida! ¿Te he convocado a alguna reunión y no me he enterado?

¿Por qué se daba atribuciones que nadie le había otorgado? ¿Acaso se había convertido de forma espontánea en mi jefa para decirme lo que podía y no podía hacer?

—¡Se puede saber qué demonios hacías en una reunión! ¿Se puede saber con quién estabas? ¡Ven ahora mismo a mi despacho! —no sé por qué, pero decidí presentarme allí, aunque antes cogí aire profundamente para hacer acopio de las fuerzas suficientes que evitasen que le saltase directamente a la yugular según la viese.

Al llegar la puerta estaba abierta y tras ella se mostraba una Karina victoriosa presidiendo la mesa de caoba maciza. Al entrar pude ver a Torralbo que se encontraba curiosamente sentado en un fancoil debajo de la ventana. Su actitud llamaba la atención, como si quien tomase las decisiones en aquel lugar fuese Karina y no él, como un siervo que acude a las órdenes de su dueño. Era extraño.

—¡Cuando te llame tienes que estar operativa en todo momento! ¿Lo has entendido?

—¿Y eso por qué? ¿Qué es lo que ha cambiado para que tenga que hacer caso a lo que me pides?

—¡Qué si lo has entendido o tengo que explicártelo como a un niño de parvulario!

—Creo que sobran las descalificaciones.

—¡No te puedes reunir con nadie a menos que yo lo sepa! ¡Te queda claro!

—Estaba con la gente de mi equipo—mentí como si necesitase algún arma de defensa frente a ella, pero pronto recapacité y le di una pequeña estocada—. No tengo que rendirte cuentas cada vez que hable con ellos.

—¡Y quién te manda reunirte con nadie! ¿Te he dicho qué lo hagas?

—Es lo más adecuado en este momento están...

—¿Ahora decides tú que es lo más adecuado? Ese papel me corresponde a mí. No te entrometas en mis asuntos. ¡No estamos para perder el tiempo con reuniones absurdas o también te lo tengo que explicar! — el nuevo director general permanecía impasible, la dejaba actuar con total libertad.

—Necesito calmar los ánimos en el departamento si queremos que el trabajo se realice

correctamente.
¿Qué hacía dándole explicaciones?
—¡Pero ¡quién te manda calmar nada! Vete inmediatamente a tu sitio y revisa tu correo. Tienes mucho que aprender. ¡Qué buena falta te hace!
Me quedé tan sorprendida con lo que acababa de suceder que cuando llegué a mi mesa, aún tardé unos minutos en reaccionar. Abrí el correo. La bandeja de entrada contaba con ciento trece correos sin leer. ¿Cuándo demonios habían sucedido eso? Lo entendí enseguida. Todos eran de Karina. No lo iba a consentir. No me iba a amedrentar. Cogí mi abrigo e hice lo que tenía pensado antes de recibir su llamada. Marcharme de la oficina. Mi hora de comer había llegado.

Cuando iba a entrar en el pequeño local cercano al trabajo donde servían platos combinados y bocadillos tratando de escabullirme de los flashes que notaba a mi alrededor vi a Unax apoyado en el capó de mi coche agitando las manos para que me acercara a él.
—¿Ha pasado algo? — me apoyé a su lado, no me importó que me fotografiarán junto a él.
—Más o menos.
—¿Qué clase de respuesta es esa?
—Una que significa que no ha pasado nada por lo que debas preocuparte, pero que implica que quiero invitarte a comer en un sitio alejado de la comida basura que pretendías meter en tu estómago.
—Ya veo, en efecto vas a ser un compañero de piso obsesivo y controlador. Te recuerdo que esto resta puntos, por si te quedaba alguna duda.
—Creo que en tu tabla de calibración masculina tendrías que hacer pequeñas variaciones cuando la persona que tienes delante ha estado en peligro.
—Es el lugar que más a mano tengo —me excusé— a veces el tiempo juega en contra de la comida sana, *Medicucho*.
—Pues me voy a encargar de que cada vez que quieras comer una porquería de esas con las que crees que te alimentas, los remordimientos asalten tu cabeza. Seré tú ángel y tú demonio —puse los ojos en blanco mientras notaba como me golpeaba en el costado con su cadera—. Ahora entra en el coche que voy a llevarte a uno de los mejores japoneses de todo Madrid.
—Puag, ¿un japones? — dije cerrando los ojos por el flashazo que acabábamos de recibir—. Comida cruda, anisakis, tú lo que quieres es acabar conmigo lo antes posible para recuperar tu espacio — le sorprendió mi comentario, pero a mí me sorprendió aún más el suyo.
—Si de mi dependiera *Gruñona*, te encerraría con llave hasta que tuviese la certeza de que no queda ni un ser en la tierra que pudiera volver a hacerte daño— dicho lo cual, extendió su mano para pedirme las llaves del coche.
Nos dirigimos al restaurante sin hablar, sus últimas palabras parecían habernos dejado a ambos mudos. Afortunadamente, el teléfono comenzó a vibrar en el bolso salvándonos de aquel silencio y provocando una fugaz mirada de Unax hacía ese sonido que cada vez parecía ser más insistente.
—Odio estos cacharros.
—¿Los teléfonos móviles?
—No, los bolsos. Nunca encuentro lo que quiero — noté que se reía —, parecen un pozo sin fondo.
—No creo que sea tan difícil a menos que lleves tu casa en el bolso. Van a acabar cortando la llamada—se rio, pero al ver quién era el fastidio se reflejó en mi cara—. ¿Problemas?
—Si y no.
—¿Qué clase de respuesta es esa? — *touché*—. Es uno de mis abogados.

—¿Tienes más de uno?
—Por poco tiempo.
—La prensa dice que te representa uno de los bufetes más prestigiosos de París.
—La prensa dice muchas cosas, pero hay otras que no sabe.
—¿Me sacarás a mí de dudas?
—En realidad, es un abogado independiente. No es tan mediático y no tiene nada que ver con quienes mencionan en la prensa rosa.
—¿Por qué necesitas otro abogado si te representan los mejores?
¿Podía confiarle mis sospechas sin que eso supusiese que me sermonease?
—No lo sé.
—Alex…
Se lo había contado a Maialen, sabía que ella no iba a decir nada, el secreto profesional la obligaba, pero...
—Alex, nadie deja de hacer algo sin saber por qué. Siempre hay algún motivo que lo justifique — tenía razón, aunque costaba reconocer que dudaba de la persona que me había ayudado incondicionalmente desde la muerte de mi familia.
—No me gustaba el posicionamiento que mostraban ante temas que para mí eran importantes — la llamada, la factura… Eric no había estado llevando las cosas como creía que lo había estado haciendo—. Creí necesario tener otro punto de vista.
—Bueno, no veo porque dudas tanto en hacerme esa confesión. No es algo malo querer tener un segundo punto de vista.
Pero si lo es que sepas que Eric era mi primera opción—pensé.
—Entonces, ¿por qué no has respondido a su llamada? ¿Tampoco te gusta su opinión?
—No, no es eso. Coincidimos en la mayor parte de aspectos para gestionar el patrimonio de mis padres, pero espera de mí que le diga la fecha y la hora en la que me presentaré en París y aún no he logrado fijar el día.
—Tu recuperación no te impide volar, ¿qué es lo que tienes en esa cabecita que te impide reservar el primer billete de avión que salga a París?
—Confieso que me da vértigo reencontrarme con lugares y gente que me van a traer demasiadas emociones que no sé si seré capaz de controlar — deslizó su mano de la palanca de cambios para posarla sobre la mía que descansaba en mi pierna.
—No tienes que enfrentarte sola a todas esas emociones, puedo acompañarte — no pude evitar sentir que si hacíamos ese viaje juntos las cosas podrían volverse confusas para nosotros. Saqué delicadamente mi mano de debajo de la suya mientras él la devolvía a la palanca de cambios aparentemente sin sentirse ofendido.
—Eres muy amable, tu gesto te honra, pero creo que ya estoy abusando demasiado de tu hospitalidad y no quiero que confundamos lo que hay entre nosotros.
—No te estoy pidiendo matrimonio, aunque reconozco que me alegro de que hayas mandado a la mierda al rubito — la saliva se me atasco en la garganta—, sólo quiero acompañarte en un viaje que está claro que te cuesta afrontar sola. Los amigos están para eso, ¿no es cierto?
—Cierto, pero no puedo llevar niñera a todos lados, me valgo por mí misma.
—Creo que existen pocas personas que hayan llegado a dónde tú lo has hecho con la carga emocional que arrastras— habíamos llegado al restaurante y el Peugeot azul que nos perseguía frenó peligrosamente justo en el momento que intentábamos aparcar —. Iremos juntos, por mi propio egoísmo y tranquilidad. Mientras haya al menos un gilipollas por ahí suelto que quiera hacerte daño seré tu sombra— aparcó el coche y paró el contacto para mirarme directamente a

los ojos—. ¿Tenemos que dar esquinazo a estos tipos que llevan siguiéndonos desde Hoplan? —negué con la cabeza. Sólo iba a comer a un restaurante con un amigo. Acabarían cansándose cuando comprobasen que hacía una vida normal sin lujos ni extravagancias. No quería esconderme más, me lo había prometido a mí misma.

Unax se bajó del coche para aparecer en segundos a mi lado abriendo la puerta para susurrarme al oído.

—Recuerdo pasar una noche maravillosa junto a una chica no menos maravillosa en París —cogió mi mano y me obligó a salir del coche bajo una lluvia de flashes—. No me importaría repetir.

Cuando entramos en el restaurante aún sentía que las mejillas me ardían. Nos sentamos en una de las mesas para dos a la que el camarero nos dirigió afirmando que estaríamos alejados de miradas indiscretas. Pedimos sushi de varios tipos de pescado para probar y unos fideos con gambas que resultaron estar deliciosos.

—¿Qué estas mirado? Empiezo a pensar que tengo algo pegado en la cara— Unax comenzó a reírse a carcajadas.

—No es el caso, pero si lo tuvieras seguro que te quedaría bien.

—¿Quieres dejar de reírte y decirme de una vez que es lo que miras tanto?

—Está bien— le costaba calmar la risa. Era como si acabase de decir el chiste más gracioso del mundo, aunque el único que le encontraba la gracia era él —, miró tu cicatriz.

—¿Mi cicatriz…? — en ese momento caí en la cuenta y llevé la mano a mi ceja izquierda, mi cicatriz, nos conocimos gracias al accidente que provocó precisamente esa cicatriz.

—Sino se sabe que la tienes apenas se aprecia — dijo esta vez sin mirarme y llevándose un bocado de sushi a la boca.

—¿Hablas realmente de mi cicatriz? —no añadió ninguna explicación.

Los recuerdos de aquella etapa de mi vida eran demasiado caóticos y los había guardado debajo de todos los demás para evitar que quienes me rodeaban los intuyeran, pero para él eso era imposible.

—Esta mañana me ha llegado una carta del hospital psiquiátrico en el que está ingresada mi madre— esa información si fue algo que me dejó fuera de juego—. Su ingresó se produjo casi al mismo tiempo que tu cicatriz — abrí los ojos porque la intuición me salpico en aquel momento —. Mi madre nunca superó la pérdida de mi padre. Al principio dijeron que era un trastorno por duelo complejo y persistente. A veces las emociones duran demasiado, son tan intensas que afectan tanto que no dejan avanzar a la persona que las siente. Mi madre, no consiguió superar las cuatro etapas del duelo y tuvo que buscar asistencia médica y psiquiátrica— su confesión me pilló por sorpresa, aún recordaba lo que significaban para él sus padres. Lo orgulloso que se sentía al hablar de ambos y el brutal impacto que significó para él la muerte de su padre hasta el punto de orientar incluso su futuro profesional para salvar personas—. Lo supe el día que todo se fue a la mierda. Las mentiras que me habían contado, se destaparon de golpe en esos días. No estaba preparado para algo así. Quizás porque ni siquiera lo imaginaba— la cicatriz se abriría, pero parecía dispuesto a dejarla limpia, libre de cualquier impureza. Cogió mi barbilla y la alzó para que le mirara. Necesitaba observar cada uno de los detalles para beber cada gesto de mi rostro con lo que estaba dispuesto a contarme para dejar lejos, de una vez por todas, una parte de nuestro pasado que sólo nos hacía daño—. Lo que descubrí con su ingreso supuso para mí un golpe demasiado fuerte. Mis abuelos me habían ocultado el estado de mi madre de una forma demasiado habilidosa. Había sido un ingenuo y un ciego a lo que estaba pasando delante de mis narices. ¿Qué clase de médico iba a ser si tenía el problema delante de mí y no había sido capaz

de reconocerlo?

—No seas tan duro contigo mismo. A veces, no sirve de nada culparse de algo que no depende de ti.

—¿Eso fue lo que pensaste cuando no aparecí aquel día?

No, claro que no fue eso lo que pensé.

—Lo siento, no quería decir algo así.

—Si, si querías decirlo.

—No tengo ningún problema en reconocer que en aquel momento te consideré un ser odioso.

—No esperaba menos.

—No fue para menos— puntualicé.

—Mereces una explicación que nos ayude a dejar los errores del pasado atrás y a volver a confiar en nosotros mismos.

No sabía si eso sería posible, pero verdaderamente no estaría siendo franca conmigo misma si dijese que no necesitaba saber qué era lo que le había hecho desaparecer como a las nubes en una tarde de ventisca.

—Nunca entendí muy bien porque desde que mi padre falleció mi hogar dejó de serlo y comencé a vivir con mis abuelos. Al principio me contaron que mi madre necesitaba espacio para superar la pena, que sería cuestión de días, pero cuando pasaba el tiempo y no volvía a casa dijeron que había empezado a trabajar, que necesitaba descanso, que no tenía tiempo para cuidarme como me merecía, que todo lo hacía para poder pagar mis estudios— se quedó en silencio creo que recordar aún dolía—. Los días se convirtieron en meses y los meses en años. Al final, dejé de cuestionarme el motivo por el que no podía vivir en casa con mi madre y nuestros encuentros se limitaban a pequeños momentos en que mi madre venía a verme. Me llenaba de besos, de abrazos y de caricias que nunca llegaban a saciar el vacío que sentía cada vez que se alejaba, pero la quería demasiado —su mirada buscaba respuestas en el plato vacío que tenía delante, sin embargo, no parecía encontrarlas —. Tardé en descubrir la verdad, pero supongo que las mentiras siempre acaban saliendo a la luz.

—¿Cuáles fueron esas mentiras?

—Mi madre cayó en una depresión en la que tuvo episodios en los que lo único que quería era quitarse la vida para volver a verlo— escuchar la verdad, aunque fuera a través de sus propias palabras, sólo dejaba evidencias de que en él también había anidado un dolor al que tenía que dedicar espacio y tiempo—. Me ocultaron durante años que estaba ingresada en un hospital psiquiátrico. Esa fue la primera de las mentiras— le miré a los ojos a expensas de que él decidiese si quería seguir hablando. Lo hizo, siguió hablando y consiguió desconcertarme por completo—. La segunda mentira fue la existencia de un benefactor anónimo.

—¿Un benefactor anónimo?

—Alguien costeaba el psiquiátrico de mi madre y no eran mis abuelos. No permitieron que usara el dinero que había estado ahorrando para costearme los estudios para pagar el cuidado de mi madre. Por mucho que insistí, por mucho que traté de investigar quién podía estar detrás de aquella obra de caridad que no necesitábamos, no conseguí saber nada. Absolutamente nada.

—¿Crees que tus abuelos lo sabían? —respiró profundamente antes de responder.

—Si lo sabían se lo llevaron consigo a la tumba. La última y más dolorosa de las mentiras provocó que no apareciera aquel día en el que sentí que me rompía por dentro— me miró directamente a los ojos. Quería darme una explicación y debía asegurarse de que la recibía—. Mi madre se había casado por segunda vez antes de ingresar en el psiquiátrico— mi cara era de total

asombro—. ¿Cómo podía haberse casado si su enfermedad mental fue provocada por el fallecimiento del amor de su vida? — poco había que decir.

Aquel día en el que no se presentó pensé que era la persona más horrible, insensible y egoísta del mundo por haberme dado alas, por haberme dejado confiar en él y dejar que anidaran en mí sentimientos que después dolerían. Me había hecho una promesa, caminaríamos juntos, avanzaríamos sin descanso hasta descubrir que había motivado que asesinaran a mis padres. Sin embargo, desapareció, se esfumó. Me dejó tirada y abandonada, pero ahora me daba cuenta de que él también tenía su propia lucha interna, sus propios fantasmas. Era obvio, que no había sido justa con él.

—Nunca he llegado a conocer al hombre con el que se casó —carraspeó la garganta antes de continuar hablando. Las emociones se agolpaban en ella—, ni siquiera sé si quiero hacerlo, sólo me importa que ella esté bien—el camarero se acercó para retirar los platos vacíos. Le dimos tiempo a que lo hiciera y trajera el postre que cada uno había pedido.

—¿El segundo marido de tu madre era el benefactor anónimo?

—No lo sé.

—¿Qué es lo que decía esa carta para que todas las heridas se hayan vuelto a abrir?

Esta vez el silencio se prolongó.

Mucho.

Demasiado.

Sus ojos recorrieron mi rostro palmo a palmo. No sabía que estaba pasando por su cabeza, aunque supuse que el arrepentimiento estaba entre alguna de las ideas que navegaban por ella.

—La carta dice que el benefactor de mi madre ha dejado de hacerse cargo de ella— dijo al fin—. No me preguntes porqué he permitido durante todo este tiempo que alguien que ni siquiera sé quién es se haga cargo de los pagos porque no sabría explicarlo. Fue una mezcla de rabia, dolor por haber vivido tantos años ajeno a lo que sucedía o porque en el fondo también la culpaba a ella de todo.

—No te he pedido ninguna explicación. A veces las cosas se hacen y los porqués llegan cuando menos te lo esperas— sé que sintió mis palabras como el abrazo que no era capaz de darle.

—Cuando me enteré de su ingreso, empecé a visitarla periódicamente. Conmigo no parece estar enferma, pero su psiquiatra no está de acuerdo con eso, dice que mi presencia le hace bien, que es un porcentaje importante de su terapia de recuperación, aunque no lo es todo— suspiró pesadamente—. Intento no espaciar demasiado mis visitas y la llamo a diario, pero sé que no es suficiente.

—Eres un buen hijo — me miró con ojos melancólicos.

—¿Quién le ha cuidado todos estos años, Alex? He ido a verla con toda la frecuencia que me ha sido posible. Siempre la he encontrado sola. Recordando a mi padre, a mi cuando era niño, pero ni rastro de su marido, ni rastro de su benefactor.

—Deja atrás el pasado—¿de verdad acababa de decir yo eso? —. Lo importante es que ahora llevas tú el timón. Es algo bueno, Unax.

—Tienes razón, siempre quise hacerme cargo de ella. Al fin y al cabo, es lo único que me queda — mi silencio le hizo darse cuenta de que al menos él aún tenía alguien a quien cuidar—. Lo siento, Alex, no quería decir eso — solo era un sentimiento reprimido que salía a la luz.

—Lo sé, a veces desearía poder volver a abrazarles una última vez para decirles todo lo que nunca les dije. ¿Qué harás ahora?

—Tendré que valorar que es lo mejor para ella, pero no descarto acercarla a Madrid.

—Sabes que…yo puedo…—que difícil era plantearlo—, el dinero no es un problema para mí — me miró agradecido.

—No te ofendas, pero esta vez me gustaría hacerlo por mí mismo. Siento que no me he implicado todo lo que debería, es como si estuviese en deuda con ella.

—Eso no es verdad, has estado siempre pendiente, estas siendo muy injusto contigo.

—¿Tanto como lo eres tú contigo misma? — el silencio me delató—. Hemos sido unos estúpidos, Alex. No podemos cambiar el pasado, pero podemos mejorar el futuro. Averiguaremos juntos quién está detrás de lo que le sucedió a tu familia.

—Averiguaremos juntos quién es el benefactor y consigamos que no le falte de nada a tu madre — me atreví a decir.

—¿Me estás proponiendo un nuevo trato, *Gruñona*?

—Te estoy proponiendo EL TRATO, *Medicucho*.

50

Alex

La tarde en el trabajo después de la charla con Unax se había pasado volando. Por alguna extraña razón, sentía que las cosas podrían empezar a cambiar, que quizás nuestro nuevo pacto no era tan mala idea, y volver a confiar en él nos ayudaría a cicatrizar las heridas del pasado. Probablemente ese era el motivo por el que el destino había cruzado otra vez nuestros caminos. Era necesario que diéramos respuesta a las preguntas que quedaban pendientes para poder cerrar etapas y avanzar.

Llegaba bastante justa de tiempo a la cita que tenía con Beiñat. Aún me molestaba el movimiento del brazo, pero no iba a quejarme, soportaría la sesión de rehabilitación que tuviera preparada para mí. Así que trasgresora como me sentía aquella tarde, decidí romper una más de mis estúpidas normas y bajar en ascensor al sótano. Iría directamente al hospital en mi coche.

—A lo mejor se corta el teléfono acabo de entrar en el ascensor—me acababa de entrar una llamada de Lucía al móvil.

—Seré breve, ¿te suenan de algo las siglas GOBL?

—¿Cómo?

—G de gato, O de oso, B de burro y L de loro.

—Es la primera vez que lo oigo, ¿qué pasa con GOBL?

—No tengo ni idea, pero recordé que hace tiempo me dieron una instrucción para que guardara en la caja sellada del archivo acorazado un expediente y…

—¿Has bajado al archivo a buscar el expediente de Francis? — no podía creer que hubiera hecho algo así. Si se enteraban podría buscarse un problema—. ¿Estás segura de lo que acabas de hacer?

—Si lo hubiera buscado digitalmente habría dejado rastro — cierto, también existía ese riesgo—. Mi visita a los archivos puede ser por cualquier otro motivo, tenemos más documentación en la cámara acorazada. De hecho, su expediente no se encontraba archivado con todos los demás. Como te decía recordé que hace tiempo me hicieron guardar en la caja blindada un expediente y pensé que tal vez, allí encontraría algo que pudiera ser de utilidad—no lo entendía muy bien—. Antes de que preguntes te diré que el personal de RRHH tiene acceso a esa caja que suele tener expedientes sancionadores o litigios que no se quiere que estén al alcance de cualquiera. Cuando la abrí me llamó poderosamente la atención una carpeta bastante gruesa identificada con las siglas que te acabo de deletrear.

—Supongo que no es lo habitual, ¿no?

—No, no es lo habitual, pero hay algo aún más raro. En el interior de esa carpeta además del expediente de Francis Brun había tres expedientes más.

—¿Y bien?

—Jairo Olazabal…

—Son familia, quizás sea ese el motivo.

—No si tenemos en cuenta que el expediente que me hicieron meter en aquella caja fue precisamente el de Jairo.

—¿Por qué querrían que guardases su expediente en esa caja?

—En realidad, cuando me dieron la instrucción no me sorprendió demasiado. Había mucha gente en Hoplan que aún no sabía quién era en realidad y seguían creyendo que era Jairo

Méndez, después de los problemas que había tenido con Francis y sus problemas con las drogas no me pareció extraño que quisieran que su expediente estuviera oculto para que nadie pudiera saber que en realidad Jairo Méndez era el hijo de los Olazabal.

—¿Jairo tenía problemas con las drogas?

—Si y al parecer bastante serios.

—¿Y tú simplemente guardaste ese expediente en la caja sin pedir ninguna explicación?

—Efectivamente, lo hice sin preguntar, pero alguien tuvo que intervenir después de que yo dejara el expediente en la caja reagrupando el resto de los expedientes en una carpeta única identificada con esas siglas.

—¿Quiénes están detrás del resto de expedientes?

—Karina Hankiewicz…

—No tengo ninguna explicación para eso salvo que es una persona horrible.

—No creo que ese sea un motivo lo suficientemente sólido como para separar su expediente del resto de empleados de Hoplan—era verdad, pero no se me ocurría nada mejor.

—¿Quién está detrás del último expediente? —guardó silencio unos segundos.

—¿Lucía?

—Alexandra Muller — no sé qué me impactó más, si oír de su boca mi nombre o descubrir que mi expediente laboral estaba junto a dos de las personas más dañinas que había en Hoplan, además de junto al del director general de la empresa.

El sonido del ascensor me hizo reparar que en lugar de bajar al sótano había subido dos plantas, las puertas se abrieron. Dos chicas y un chico trajeados entraron en el ascensor empujando mi posición a la parte trasera del habitáculo lo que me obligó a posponer unos minutos mi conversación con Lucía. No era prudente seguir hablando delante de extraños. La volvería a llamar en cuanto llegase al coche.

Mis nuevos vecinos de ascensor no parecían tener ningún reparo en seguir con la charla en la que estaban enfrascados. Era eso o me había convertido en alguien invisible sin haberme ni tan siquiera percatado de ello. Los tres llevaban un traje de empresa azul marino, de chaqueta sastre, pantalón para él y falda para ellas. Inmediatamente vino a mi mente Sofía, la empleada que nos había atendido en Serp@, pero pronto borré esa idea de mi mente. En las solapas de sus chaquetas pude ver que llevaban una placa identificativa con su nombre y el de la empresa de seguros en la que trabajaban. Ninguna referencia a la empresa sevillana. Desde la incorporación de Torralbo a la dirección de la empresa, ese era uno de los cambios que se había producido en las instalaciones de Hoplan. El nuevo director general había tardado muy poco tiempo en rentabilizar las plantas superiores del edificio, reduciendo el personal de Hoplan para dar cabida a empresas externas que saneasen las cuentas que, según sus propias palabras, nos estaban abocando a la quiebra.

—Dicen que van desapareciendo poco a poco— dijo la de pelo negro azabache que lucía una coleta baja con una raya en medio que parecía trazada con regla y cartabón.

—Venga ya, no será para tanto así dicho es como si murieran por asfixia después de haber inhalado gas venenoso— el único hombre presente en el ascensor había querido hacerse el gracioso, pero sus compañeras no le siguieron el chiste.

—Me han contado que los llaman por teléfono y les dan la noticia cinco minutos antes de que acabe la jornada laboral. ¿Qué os parece?, se lo dicen cinco minutos antes de irse para garantizar que hasta el último minuto de su último día de trabajo el ritmo de producción no baja.

—Yo no sería capaz de trabajar así. Imagínate pensando que cualquier día puedes ser tú el siguiente— la tercera en discordia toqueteaba nerviosa un mechón de su rubia melena.

—Pero no seáis ridículas, no estamos en la Alemania Nazi.

—Trabajar sin descanso y un día sin esperarlo recibir el disparo de gracia. ¿Cómo lo definirías tú? — soltó a bocajarro la rubia.

—Chicas el veintisiete de enero de mil novecientos cuarenta y cinco el ejército rojo liberó el campo de concentración de Auschwitz, con lo que el holocausto se dio por finalizado.

—Nos encantan tus conocimientos magistrales de historia, pero como puedes ver hay prácticas que se siguen utilizando hoy en día, aunque se camuflen desde otra perspectiva— contestó la morena incrementando su enfado ante la actitud de su compañero.

—Mira que sois brutas. En tal caso, solo deberían tener miedo aquellos que no han sido muy eficientes en su trabajo.

—Que ingenuo eres a veces, se trata de exterminar Hoplan & Orleal Consulting, qué más da si son buenos o malos — el corazón me dio un vuelco—. Molestan, no los quieren, les estorban para lo que sea que quiere hacer la familia Olazabal, aunque nosotros hayamos salido ganando en el cambio, no es muy justo que tengan sus días contados —el ascensor llegó a la planta baja, se abrieron las puertas y se esfumaron dejando aquella bomba de humo a mi alrededor.

El ascensor continuó con su marcha para bajar al sótano, mientras el engranaje de mi cabeza empezó a dar vueltas. Ahora más que nunca tenía que encontrar a Francis, ¿de dónde se habían sacado aquellas personas que Hoplan tenía los días contados? ¿Por qué corrían rumores de que Hoplan iba a desaparecer? Estábamos sufriendo reajustes, era lo que desde la dirección nos habían trasmitido. No podíamos mantener la misma dimensión porque el negocio ya no era el mismo, de ahí las salidas que nos decían que se producían como bajas de mutuo acuerdo. ¿De qué iba entonces todo aquello?

El teléfono me volvió a vibrar. Al mirar la pantalla me sorprendió ver en ella el nombre de Eric. Le había dejado bien claro que no quería saber nada de él por lo que colgué la llamada sin pensarlo demasiado.

Las puertas comenzaron a abrirse, el descansillo apenas estaba iluminado por las luces de emergencia, y mientras me dirigía hacia la plaza de garaje pensé en llamar de nuevo a Lucía para contarle lo que acababa de escuchar. Seguro que ella en el departamento había oído algo. Quizás John también estaba al corriente y me lo habían ocultado para no preocuparme durante mi convalecencia. Continué caminando. La planta estaba totalmente a oscuras por lo que activé la memoria para recordar los puntos estratégicos en los que se encontraban ubicados los interruptores. Dos metros aproximadamente en línea recta primer interruptor. Caminé hacia él. El sector uno del aparcamiento se iluminó. Parecía que había pocos coches aparcados, aproximadamente una decena. Corrí en diagonal hacia el segundo interruptor que me acercaba poco a poco hacia el coche. Interruptor dos localizado y pulsado.

No se encendió.

Segundo intento.

Siguió sin encenderse.

Era fácil deducir que se había estropeado, aunque la idea de caminar en penumbra no me seducía demasiado, pero al menos debía llegar al tercer interruptor que iluminaría el último sector, mientras lo hacía noté una suave brisa y un repentino portazo a mis espaldas. Me giré bruscamente, dos sombras alargadas se dibujaban en el suelo en una de las columnas situadas a mi izquierda. Una pertenecía a la propia columna y la otra no tenía sentido alguno que estuviese allí. Instintivamente me puse a correr en dirección al coche. Mi corazón empezó a bombear con velocidad, detrás de mí oía otros pasos que no eran los míos, lo que no era capaz de saber es si esos sonidos correspondían a una persona o a un ejército. Mi respiración era muy acelerada y

parecía que mi coche se alejaba cada vez más y más. Sólo quería llegar a él y salir cuanto antes de allí. Sin embargo, pese a mis intentos de autoconvencimiento de que solo podía ser producto de mi imaginación, los pasos que oía a mi espalda parecían acercarse, quién quiera que estuviese en mi retaguardia, también corría detrás de mí. Por fin vi el coche, pensé en abrirlo, pero estaba tan poco iluminado que nada me garantizaba que si lo hacía alguien se pudiese subir en él. Mi mente paranoica, pasaba imágenes a modo de película sobre como me encañonaban o me propinaban una paliza y los más benevolentes únicamente querían robarme el bolso. Fui minorando la velocidad de crucero que llevaba porque temía que si no lo hacía acabaría estampada en el morro del coche. Noté que rozaban mi espalda mientras dejaba escapar de mi garganta un grito producto del pánico. Por primera vez giré ligeramente mi cabeza, pero no vi nada. Rodeé el coche corriendo, para asegurarme de que nadie estaba esperando junto a él. No había nadie. Situada ya en la puerta del conductor, al borde del desmayo por la rapidez con la que intentaba respirar activé el botón de apertura del vehículo y en escasos dos segundos me encontraba sentada en su interior bloqueando nuevamente las puertas. Miré la parte trasera del interior del coche.

Nadie.

Me puse el cinturón. Miré por los espejos retrovisores para asegurarme de que mis ojos no me engañaban.

Nadie.

Arranqué. Encendí las luces. Cogí la palanca de cambios para iniciar la marcha. Pisé el embrague, metí la marcha, pisé el acelerador y levanté la vista al frente, dispuesta a salir de allí. De pronto una sombra negra apareció frente al parabrisas golpeando con fuerza el capó de mi coche. Grité tan alto que mi propio gritó hizo que la persona con un verdugo en la cabeza y guantes que había aparecido de la nada golpeando con fuerza la chapa del motor del coche se parase en seco. Tuve el tiempo suficiente para meter la marcha atrás, girar bruscamente el volante esquivarla y acelerar. Las ruedas chirriaron por el brusco cambio de dirección a una velocidad no recomendada para aquel giro, pero tenía que salir de allí, aunque para ello tuviera que saltarme el sentido de las líneas marcadas en el suelo que indicaban la salida. Surqué mi propia trayectoria entre el punto de partida y la libertad. No miré atrás. Simplemente me concentré en subir la rampa soterrada a la mayor velocidad posible intentando controlar mi nerviosismo evitando chocar en las curvas. Llegué a la barrera de salida.

La tarjeta.

Tenía que fichar para poder salir del edificio. Busqué nerviosa en el bolso. ¿Dónde demonios estaba la tarjeta? Volqué su contenido en el asiento del copiloto. Había desaparecido. No podía ser. ¿Quién iba a querer mi tarjeta identificativa en la empresa? Cuando creí que mi única opción para salir de allí era llevarme la barrera por delante y pensar que hacía después para justificar lo sucedido comprobé que aún había algo en el interior del bolso. La tarjeta se había enganchado con el forro algo descosido del fondo del bolso en lugar de salir en las agitadas maniobras de vaciado. La cogí con desesperación. Ni siquiera bajé la ventanilla. Pegué la tarjeta al cristal comprobando con fortuna que la luz verde que indicaba que la barrera comenzaba a subirse se encendía. Fue como si empezara a respirar aire fresco a pesar de estar encerrada en el coche. Tenía una cita con Beiñat, mi rehabilitación era lo importante ahora. No pensaba dejarle paso de nuevo al miedo, aunque no pude evitar alejarme de Hoplan mirando compulsivamente el espejo retrovisor central para asegurarme de que no me estaban siguiendo.

Conseguí llegar puntual a la cita con mi nuevo fisioterapeuta, ahora solo me quedaba bajar las pulsaciones de mi cuerpo y tratar de disimular el susto que llevaba en el cuerpo si no quería

que me asistieran con una camilla nada más bajarme del coche. Aparqué y me encaminé a la planta en la que Beiñat me esperaba. Al llegar la enfermera me llamó nada más verme.

—La señorita Alexandra Muller Blanch, ¿verdad? — era inevitable pasar desapercibida, mi cara estaba en todos los medios de comunicación. Sonreí asintiendo a pesar de haber escuchado mi nombre al completo—. Pase la está esperando.

Al entrar el saludo de Beiñat no fue el que esperaba.

—¿Estás bien?

—¿Los sanitarios no podéis evitar ver enfermos a todas horas? Me duele bastante el hombro — reconozco que no estuve a la altura de un Oscar de Hollywood con mi interpretación, pero al menos lo había intentado.

—El hombro.

—¿Maialen te ha dicho que no soy de fiar y estas buscando pruebas que lo confirmen?

—Estás a la defensiva.

—¿Esto es un interrogatorio?

—Como quieras—me señaló la camilla para que me sentara y comenzó a realizar la exploración.

—La herida está perfecta. El color rosáceo que aún tiene acabará bajando su tonalidad— había dejado de ser el amigo para convertirse en el profesional—. No te muevas, por favor— los remordimientos empezaron a invadirme.

—Lo siento.

—¿Te hago daño si te toco aquí? —ignoró mi disculpa.

—Maialen podría llevarte como ayudante en sus investigaciones.

—Gira tu cuerpo mirando hacia mí. Bien.

—No quería ser nuevamente el foco de vuestras preocupaciones...

—Ahora estira el brazo y trata de alcanzar mi mano.

—Esto no parece querer acabarse nunca—me preocupaba saber cuántos sucesos de este tipo me quedaban aún por vivir y sobre todo me preocupaba saber si sería capaz se salir ilesa de todos ellos.

—Perfecto.

—¿Conseguiré recuperar de nuevo la movilidad total?

—No me cabe la menor duda.

—Beiñat, escucha. Me he equivocado, tienes razón no te he dicho toda la verdad, pero es que no sé como contarte lo que me acaba de suceder sin que montéis un dispositivo de seguridad a mi alrededor las veinticuatro horas del día.

—Ya tienes un dispositivo de vigilancia a tu alrededor, ¿no has visto a la prensa ahí abajo? Llevan apostados todo el día alguien ha debido de filtrar que tenías una revisión hospitalaria hoy.

—Mierda. Si eso es así tienes que ayudarme a salir de aquí sin que nadie me vea— la cara de Beiñat no podía ser de mayor desconcierto.

—¿Puedes explicarme eso mejor? — hizo que subiera las piernas a la camilla y que me sentara de lado para poder manipular mejor el hombro.

—Había aparcado el coche en el garaje de Hoplan y cuando bajé al sótano empecé a notar una sensación extraña— me miró sorprendido—, las luces en la planta no funcionaban y empecé a pensar que había sido una muy mala idea bajar sola—su mandíbula se contrajo, aunque reanudó la manipulación—. No quise darle demasiada importancia porque estoy un poco paranoica después de lo que me ha sucedido…Auu…

—Si estás rígida te haré daño es necesario que te relajes.

—¿Cómo me voy a relajar si me vas a separar el brazo del cuerpo? — puso los ojos en blanco.

—Túmbate boca arriba a ver si consigo que dejes de parecer un palo — continuó con el masaje—. No estas paranoica es normal que estés alerta, por lo menos hasta que cojan al hijo de puta que te ha hecho esto.

—Auu…

—Sigue contándome. Estabas en el garaje.

—Uno de los interruptores de la luz no se encendió y casi al mismo tiempo noté una corriente de aire. Al mirar atrás me pareció ver una sombra, al principio creía que era mi propia mente la que me provocaba aquella alucinación, pero instintivamente y presa de mis miedos empecé a correr.

—Joder, Alexandra...mierda lo siento—no importaba mi nombre empezaba a dejar de doler. Había otras cosas que lo hacían más.

—Me seguían, empecé a notar que alguien corría detrás de mí, aunque parecía tener la distancia justa que me permitió meterme en el coche sin que me atraparan—Beiñat me miró con cautela antes de hablar.

—Creo que eres muy valiente, cualquier otro se hubiera quedado paralizado por el miedo, pero por favor, dime que fue lo que paso después.

—Cuando me monté en el coche revisé también el interior. Al verme fuera de peligro bajé los seguros. En ese preciso instante un hombre vestido de negro apareció delante del coche golpeando el capo con fuerza— Beiñat paró en seco la manipulación de mi hombro—, sólo quieren asustarme. El resto ya lo sabes, conseguí llegar a mi cita contigo.

—¿Has venido directamente al hospital? —afirme—¿Te ha seguido alguien?

—Creo que no.

—Voy a llamar a Maialen.

—No es necesario.

—Esto es serio, no podemos quedarnos de brazos cruzados. Es evidente que sigues en el punto de mira. ¿Crees que Unax podría pasar por alto lo que te ha sucedido?

—Beiñat, no tenemos por qué alarmarle más...

—No me perdonaría que le ocultase algo así, lleva demasiado tiempo dando tumbos como un idiota por lo que os pasó.

—Eso fue hace mucho tiempo, Beiñat, ya está olvidado—no sé a quién quería engañar para mí lo que sucedió aquel verano también fue algo que me había marcado a fuego.

—Después de aquel verano lo dejó todo.

—¿A qué te refieres?

—Hablo de que decidió ir a recorrer el mundo como si en ello encontrase la solución a la realidad que se le mostró de golpe en aquel momento. ¿Te lo puedes creer? Francia, Alemania, Holanda. A pesar de que siempre le había conocido como el tío más lógico y racional del planeta, se encontraba desorientado. Dando palos de ciego y culpándose así mismo por algo de lo que ni siquiera había sido consciente. Traté de convencerlo para que volviera, le llamaba todos los días. Tenía que seguir con sus estudios de medicina. No podía dejarlo todo por culpa de quienes le ocultaron la verdad.

—Descubrir que tus seres queridos no son quienes crees que son tiene que ser doloroso—me miró receloso y consciente de que al parecer no era ajena a lo que le había sucedido a Unax. Lo que no sabía es que lo acababa de descubrir hacía escasas horas.

—No sé hasta dónde te ha contado, pero entenderás que, aunque sea duro tampoco podía

permitir que algo así acabase con sus planes de futuro.

—Lo entiendo perfectamente.

—Empecé a preocuparme cuando no atendía al teléfono y las veces que lo hacía no parecía estar demasiado lúcido, algo impensable en él. Por lo que decidí ir en su busca. Lo localicé en Ámsterdam junto a un tipo que tenía pintas de hippie trasnochado, que resultó ser John, otro salvaje que por aquel entonces también andaba sin rumbo por la vida. Estaban lamiéndose las heridas el uno al otro. Al parecer la familia de John era demasiado conservadora y tenía un futuro demasiado encorsetado para alguien como él. Una noche mientras organizaban su próxima ruta... —se interrumpió así mismo en su relato—, esos dos locos querían recorrer el mundo con una mano delante y la otra detrás—en John me pegaba aún le veía capaz de hacerlo, pero Unax...—, buscaban en internet países exóticos y cada vez que se daban la vuelta yo ponía en el navegador Madrid. Así estuvimos casi una hora hasta que apareció en pantalla un anuncio de trabajo. Iban a abrir una empresa en pleno centro de Madrid y buscaban gente.

—Hoplan & Orleal Consulting—no necesitaba su confirmación.

—De los tres el que aún tenía algo de lucidez era yo así que sabiendo que John era ingeniero informático le dije que no había huevos de inscribirse—resoplé—. Lo sé a veces somos muy primitivos, pero funcionó. John envió un curriculum que improvisamos entre todos. A los dos días recibió un correo. Le habían seleccionado para realizar una entrevista. A la voz de, s*oy el puto amo,* aprovechó aquel golpe de suerte y yo pude traer a Unax de vuelta a casa.

—Fin de la historia—sentía miedo a seguir teniendo más información que ablandase mi corazón.

—Cuando consiguió centrarse y retomar los estudios se volvió un autómata que no salía de su cuarto. Quería recuperar el tiempo para no perder la beca que le habían concedido. Consiguió sacar el curso, la residencia y ser el jodido mejor traumatólogo. Nunca lo confesará, pero tuvo muchas ofertas de trabajo, aunque acabase quedándose en este hospital. Sin embargo, algo seguía sin estar bien en su interior, no sólo seguía tratando de asumir las mentiras de su familia, sino que trata de superar lo que sentía por ti.

—No vayas por ahí... —me obvió por completo.

—La noche que te reapareciste en su vida se presentó en mi casa de madrugada, había bebido y no lo había vuelto a hacer desde que regresó de Ámsterdam.

—No tengo la culpa...—las palabras se me atascaron en la garganta—, para mí nuestro encuentro tampoco fue uno de los mejores momentos.

—Lo sé...sólo te pido que no le juzgues antes de tiempo. Te ha abierto las puertas de su casa, perdería la cabeza por ayudarte en lo que fuera, sólo trata de recomponer los pedazos de un pasado que no dejó resuelto.

—¿Has terminado ya? —me bajé de la camilla con cierta premura.

—No tan rápido, te voy a dar una tabla de ejercicios para que fortalezcas el hombro, aunque se está recuperando bastante bien.

—Supongo que el mérito no es solo mío.

—Hablará contigo cuando lo crea conveniente— le evité el mal trago de decirle que ya me había confesado lo sucedido con su familia—, pero ahora vas a contarle a la policía lo que te ha pasado o se lo contaré yo mismo a Maialen.

—Chivato.

—Niñata.

—Curandero de pacotilla…— se rio y yo me reí con él. En el fondo cada vez empezaba a sentirme más segura y protegida.

Nadie se había preocupado nunca tanto por mí.

51

Unax

La dirección de la vivienda que me había facilitado John cuando le pedí que investigará las cuentas del hospital psiquiátrico para localizar al posible benefactor de mi madre se encontraba curiosamente en la zona norte del área metropolitana de Madrid, en el municipio de Alcobendas y en una de las urbanizaciones de mayor renta per cápita de España, algo que hizo hormiguear mis pies y me dirigió ineludiblemente hasta allí para tratar de averiguar a quién correspondía aquella propiedad. El irlandés había localizado aquel lugar casi de carambola porque quién quiera que estuviese ayudando en el cuidado de la salud de mi progenitora había puesto todos los medios a su alcance para no ser descubierto, sin embargo, había patinado al facilitar una dirección a la que debían llevar a mi madre si en algún momento las cosas se complicaban.
A pesar de la suerte que nos había proporcionado un hilo del que tirar también nos había hecho topar con una urbanización llena de cámaras por las calles con un servicio de vigilancia de veinticuatro horas. Encontrar la excusa que me permitiera entrar legalmente en un lugar como ese sin tener siquiera un nombre que proporcionar para justificar mi visita iba a ser del todo imposible por lo que tuvimos que recurrir a la oscuridad de la noche y a una pequeña ayudita que hizo que las cámaras de seguridad no registrasen como saltaba uno de los muros que rodeaba la urbanización poco después de que el coche que patrullaba el interior hiciese la ronda correspondiente. Sólo quedaba avisar de nuevo a John en el momento en el que pudiese largarme de allí.
No fue difícil localizar la propiedad como tampoco lo fue localizar el modo de saltar a su interior encaramándome a un árbol. En esos momentos era cuando uno ponía en práctica el derroche de energía diario en el gimnasio. Después de alejar de mi mente la incertidumbre de que un centenar de perros rabiosos custodiasen aquel dispendio de hectáreas de tierra ajardinada, conseguí llegar a la vivienda protegido por las sombras de la noche e intentando fijarme en cada lugar donde podría haber instalada una cámara para evitar que registrase mi allanamiento. Creo que se me pasó por la mente más de una vez que no saldría de allí con la misma suerte con la que había entrado, tenía la sensación de que en cualquier momento iba a saltar un foco de luz y me iba a apuntar como a un fugitivo tratando de huir de la justicia, pero aun así sabía que tenía que alejar de mi cualquier pensamiento pernicioso si quería averiguar algo. Conseguí llegar a la piscina que se encontraba en la parte trasera de la enorme casa de hormigón blanco. Era demasiada casualidad que la amplia cristalera que comunicaba la casa con la piscina estuviese abierta lo suficiente como para permitirme el acceso. Por eso dudé. Miré a mi alrededor una y otra vez en busca de la persona que podía haber abierto aquel ventanal, pero no localicé a nadie. Quien quiera que fuese se encontraba en el interior de la casa. Allí fuera sólo se oían los sonidos de la noche y las sombras bajo las que pretendía ocultar mi presencia. Deslicé mi cuerpo sigilosamente hacia el interior y escuché sin éxito. Sólo cuando creí que nadie podía verme ni sentirme traté de moverme a ciegas por una casa que no conocía procurando no arroyar nada a mi paso. En mi inspección localicé un punto de luz al final de un largo pasillo que se mostraba ante mi como un túnel, debido a la oscuridad que invadía el resto del inmueble. Caminé, pegado a la pared, creyéndome oculto. Al llegar al habitáculo que se encontraba iluminado observé a través del hueco que había entre las bisagras y la puerta el interior de la estancia. Era un dormitorio. En él pude ver a un hombre de espaldas a mí que metía con demasiada prisa en el interior de una

maleta lo que parecía necesitar en su huida. No tardó mucho en cambiar su actividad para moverse hacia la mesilla de noche. Abrió el segundo cajón y palpó la cara inferior. No podría asegurar si cogió algo, pero si lo hizo, fuera lo que fuese era demasiado pequeño para poder verlo desde mí posición. Después se dirigió hacia la estantería repleta de libros situada en una de las paredes laterales de la habitación, cerca de la ventana. A juzgar por la cantidad de libros que contenía aquel estante era un gran aficionado a la lectura. Él o quienes viviesen en aquella casa, porque hasta ese momento, a pesar de que se movía con demasiada destreza en el interior de la habitación, no tenía ninguna garantía de que fuese uno de sus inquilinos. Rebuscó hasta dar con un libro. Miró entre sus páginas y cuando tuvo claro que era el libro que buscaba lo cogió para meterlo en la maleta. No sé ni como pasó, pero de pronto una alargada sombra negra entraba por la puerta acristalada que comunicaba con el jardín para abalanzarse sobre él y empujarlo. Consiguió desplazarlo desde la estantería hasta hacerlo chocar con la pared llevándose por el camino la figura de un Dalai Lama de considerables dimensiones que decoraba la estancia. Supongo que su misión era dotar al lugar de la paz que le empezaba a faltar en aquel momento. La virulencia del golpe me hizo moverme instintivamente ocasionando que la puerta, que hasta el momento había permanecido inclinada, se abriese de par en par. Por suerte, los dos estaban demasiado centrados en sí mismos y no se percataron del pequeño gran detalle que me había dejado al descubierto durante al menos unos segundos. Reaccioné pegando mi cuerpo a la pared del pasillo. Se oían respiraciones agitadas. Supongo que quién tosía era el hombre que había recibido el brutal impacto.

—¿En serio? —volvió a toser—. ¿Crees que porque vengas encapuchado no puedo reconocerte?

—Siempre has sido un listillo.

—¿Tienes miedo de ser descubierto?

—¡Cállate!

—Eres una de las criaturas más ruines y abominables que hay sobre la faz de la tierra. No puedo ni imaginar como es posible que llevaseis la misma sangre.

—¡He dicho que te calles y me des lo que me pertenece!

Sólo podía oír. No podía ver. Pero a pesar de que la curiosidad quería obligarme a hacerlo mi mente manejaba la cordura suficiente para saber que lo que allí dentro estaba pasando no era exactamente un encuentro entre amigos.

—Tengo pruebas suficientes.

—¡Te he dicho que te calles!

—¿Tienes miedo de que tire de la manta y salgáis todos a cubierta? No dudes que lo haré. Acabaré con todos. Me habéis quitado lo más valioso que había en mi vid...

Un golpe seco.

Sordo.

Después movimientos agitados que me hicieron pensar que algo no iba bien. El clic del interruptor que apagaba la luz del interior de la habitación, y de pronto el silencio. Me moví todo lo rápida y sigilosamente que pude por la pared tratando de llegar a la habitación contigua. No tuve tiempo de llenar mis pulmones de aire para tranquilizar la tensión que había acumulado mi cuerpo, sentí delante de mí a alguien. Dejé de respirar y el corazón estuvo a punto de pararse. Sentí miedo. Juro que lo sentí. Estaba acabado, me habían descubierto, era imposible que no se diese cuenta de que estaba allí. Me sentiría igual que yo le sentía a él. La suerte no podía estar de nuevo de mi lado, había girado la ruleta hacía unos minutos y ya había agotado mis oportunidades, pero la sombra pasó de largo sin darse cuenta de que en la oscuridad de aquel pasillo éramos dos. Había salido de la habitación como una exhalación. Supongo que su propia

excitación y la ausencia de luz me habían ayudado a que no se diera cuenta de mi presencia. Mi corazón se reactivó y traté de calmar los latidos desbocados con los que empezó a descargar toda la adrenalina contenida. El pecho me vibraba como si me estuvieran dando puñetazos directamente en la caja torácica. Por eso, no podía quedarme pegado a la pared como si no intuyese que algo grave acababa de pasar. Me deslicé sigilosamente por la superficie de la pared nuevamente. Tenía que ser cauto y no exponerme más de lo necesario. Agudicé mi oído. La oscuridad era total ahora que el único punto de luz que lo había iluminado se había diluido. El corazón seguía sin darme tregua y bombeaba a mil por hora. Temía que en cualquier momento alguien se abalanzase sobre mí. Era imposible ver y mucho más difícil predecir si me estaban viendo y se estaban riendo del tamaño que habían adquirido mis pelotas. Entre en la habitación, apenas se filtraba luz de las farolas del exterior, las cortinas eran demasiado gruesas. Buscaban la intimidad que no proporcionaban las paredes acristaladas del dormitorio. Aunque la extensión de la finca permitiese no tener a los vecinos oteando al otro lado supongo que eso no impedía que el personal de servicio husmease por los alrededores. Llegué a la altura de la estantería tratando de no tropezar con el contenido de la maleta que estaba esparcido por el suelo. Lo encontré tirado en el suelo sobre el frío mármol. No tendría más de cincuenta años. Elegantemente vestido con un pantalón de traje y chaqueta que sabía que era gris porque me había podido fijar en ese detalle minutos antes de ver como salía disparado contra la pared. Tenía el pelo pulcramente peinado hacia atrás por efecto de la gomina. El golpe había descolocado apenas unos mechones. Aunque sin conocerlo, aquel hombre me dio lástima. Algo me hacía pensar que sus intenciones eran buenas, era un palpito. Hacía escasos minutos tenía intención de salir de viaje y ahora se encontraba tendido en el suelo. Tenía un fuerte golpe en la cabeza. Tomé su pulso en el cuello. Había latido, aunque débil, aún respiraba. Le di unos toques en la cara para provocar su reacción. No abrió los ojos. Insistí apretando a la altura de sus clavículas en un punto que sabía que era doloroso bajo presión.

—Eh, me oyes. Hola— susurré todo lo que pude intentando hacerme oír.

Abrió los ojos de golpe mientras su cuerpo convulsionaba ligeramente. Me miró sorprendido como si me conociera y no esperara encontrarme allí. El efecto del golpe en la cabeza le debía estar haciendo creer que era alguien conocido, pero no podía ser así, era la primera vez que veía ese rostro. Intentaba mover los labios. Parecía querer hablar, pero las palabras no le llegaban a la garganta.

—Sssh, no hagas ningún esfuerzo. Intentaré sacarte de aquí—cerró los ojos—. No, no eso no.

Apenas tenía fuerzas. Introduje mi mano debajo de su cabeza para tratar de incorporarlo y llevármelo de allí, pero al rozar ligeramente la base de su cráneo un reguero de sangre empezó a brotar creando un charco en el suelo que se fue extendiendo poco a poco. Eso no era nada bueno.

—Aaa...— intentaba decirme algo, sin embargo, apenas le quedaba un aliento de vida. Sabía de lo que hablaba.

—Tranquilo. Todo está bien.

No estaba científicamente demostrado, pero lamentablemente había perdido demasiadas vidas entre mis manos como para saber que la gente no se iba igual si escuchaba palabras de aliento. Por ello, a pesar de saber que no había nada que hacer decidí dejarle ir de forma calmada. Llevaba los suficientes años luchando día a día por superar a la muerte, pero eso no significaba que hubiera dejado de afectarme. Alguien susurró a mis espaldas.

—¿Francis? ¿Francis eres tú?

Su voz era inconfundible tanto que oírla hablar en la penumbra de aquella casa me ponía los pelos de punta. Mucho más teniendo a un hombre al borde del abismo a mis pies y al causante de

aquella previsible muerte pululando entre aquellas paredes haciendo quién sabe qué. Me incorporé dirigiéndome hacia la puerta. La voz procedía del pasillo por lo que cuando intuí claramente cuál era su posición antes de permitir que volviera a salir cualquier sonido de su garganta me abalancé tapando su boca para evitar que el susto que sabía que le iba a dar se oyese en toda la casa.

52

Unax

Actué rápido. Moví nuestros cuerpos torpemente dentro de la habitación. La rigidez de su cuerpo y el miedo que le estaba infundiendo, aún sin querer, hacía que temblase como una vara verde, pero era la única opción. Tuve el tiempo suficiente de acercarla a mi cuerpo, pegarnos a la pared y ocultarnos detrás de la puerta. El autor material que había frustrado los planes del hombre que yacía a los pies de la estantería entró en la habitación como un huracán. Se acercó al cuerpo y sin más miramientos le atestó un golpe en las costillas para comprobar si aún había vida. Alex se estremeció al ver en la penumbra la brutalidad de aquel acto. Noté que sus piernas perdían estabilidad. La abracé con fuerza para evitar que cayera. No podíamos delatar nuestra posición en aquel momento. No podíamos o la fatalidad podría hacer acabar nuestras vidas. Me prometí a mí mismo que si conseguíamos salir de allí de nuevo sin ser descubiertos encendería cien velas en honor a todos los santos que estaban velando por nosotros en aquel instante.

Tuvimos el tiempo suficiente como para ver que se arrodillaba para revisar todos los bolsillos del traje del hombre que ya no podía resistirse a semejante ultraje. La búsqueda fue infructuosa.

—Cabrón hijo de puta. Esto no quedará así— cada palabra era escupida con rabia—. Esto no es un juego. Tú pierdes. Yo gano—al oír esas últimas palabras sentí que Alex sufría un desmayo. Bendito gimnasio y bendito ventanal de la habitación por el que decidió huir el asesino sin atravesar el umbral de la puerta detrás de la que estábamos escondidos. Deslicé mi espalda por la pared arrastrando conmigo el cuerpo de Alex. Noté que se movía, parecía volver a la consciencia.

—Ya ha pasado todo — besé su mejilla, pero tenía miedo de destapar su boca—. Tienes que estar tranquila, ¿de acuerdo? No puedes gritar. ¿Me prometes que no vas a hacerlo? — no se movió—Por favor, Alex. Necesito saber que no vas a hacer ninguna tontería—apretó mi tobillo condescendiente, su mano había quedado a la altura de mis pies cuando resbalamos por la pared. Solté la mía y fui descubriendo su boca poco a poco. No dijo nada cuando se sintió liberada. Solté también el brazo con el que hasta el momento la tenía inmovilizada. Nos mantuvimos el tiempo suficiente para que retomara aire y se recompusiera o mejor dicho nos recompusiéramos. Allí sentados mientras cargábamos nuestros pulmones de oxígeno tratando de tranquilizarnos, aún no éramos conscientes de que el peligro cada vez se acercaba más a nosotros.

—¿Po...podemos acercarnos? — al principio no supe lo que quería decir, pero al ver su mirada cargada de dolor mirando el cuerpo que teníamos a escasos tres metros de nosotros supe que quería acercarse a él.

—¿Por qué?

—Es…creo que es...— las palabras no le salían—. Creo que es Francis—comprendí de golpe cada una de las respuestas de su cuerpo mientras habíamos estado ocultos detrás de la puerta.

Se puso de rodillas y gateo hacia el lugar del crimen. La seguí en la misma posición. Sigilosamente. Al arrastrar mis manos por el suelo me topé con el libro que, el ahora conocido Francis había cogido de la estantería. Sin pensarlo, lo guardé en la cinturilla del pantalón a la altura de las lumbares, si salía de allí me tomaría el tiempo necesario para saber por qué era tan importante aquel libro.

Alex llegó antes que yo al cuerpo. Al verlo su rostro se quedó petrificado. Como si aquella imagen no fuera la primera vez que la veía y estuviera reviviendo algún sueño que había querido

olvidar. Fue a abalanzarse sobre él. A abrazarlo. Llegué a tiempo de que no lo hiciera. La dejé que lo contemplara el tiempo necesario. No era bueno que se recreara en aquella escena, pero necesitaba que asimilara lo que había sucedido. Sólo así sería capaz de superarlo más adelante.
—Tiene algo en la mano— consiguió decir.
Su mano derecha aparecía fuertemente cerrada en un puño mientras la izquierda estaba relajada. Me acerqué y traté de abrir uno a uno los dedos. La rigidez post mortem aún no era demasiada y el calor de la sangre que aún contenía su cuerpo no se había extinguido por lo que no me fue difícil abrir su puño. Ante la mirada atónita de Alex pudimos ver como la palma de su mano contenía un pendrive. Lo guarde con rapidez en el bolsillo de mi pantalón. No podíamos permanecer más tiempo allí. Las cosas no habían salido como esperaba y desde luego estar cerca de un cadáver sólo podía traernos problemas. Esta vez opté por utilizar el mismo ventanal por el que había huido el asesino.

Me costaba mover a Alex.

Caminaba rígida.

Nerviosa.

Justo cuando conseguimos cruzar la ventana y salir al jardín las cosas se pusieron aún más feas. El destello de unas luces azules rodeando la casa llegó hasta nosotros. Alguien había llamado a la policía. No era difícil imaginar quién podía haber dado la voz de alarma. El asesino había oído voces en el interior de la casa como lo había hecho yo. Al hacerlo se había dirigido de nuevo a la habitación para comprobar si Francis aún seguía con vida. Lo hizo. Pudimos ver como le golpeaba para cerciorarse de que estaba bien muerto. Lo que dejaba claros indicios de que no estaba solo allí dentro. Con lo que la solución era fácil. Después de ponerse a salvo había optado por cargar el muerto a otro. En este caso a otros, dos pardillos que nos habíamos quedado allí dentro tratando de recomponernos de lo que había sucedido. Si creí que salir por el ventanal era la mejor opción, no lo pensé demasiado bien, porque nada más asomar la cabeza para hacerlo tuve que volver a meterla. Había un policía a escasos dos metros de distancia. Teníamos que buscar otra salida, pero ¿cuál? No conocíamos la casa y el riesgo de que nos encontrasen intentando huir era muy alto. Arriesgarnos a recorrer su interior era abocarnos a ser descubiertos entre aquellas paredes que se convertirían para nosotros en una ratonera.
—El ventanal del salón está abierto— el sonido del *walkie* del policía que teníamos al lado se activó.
—Joder, eso es que hay alguien dentro de la casa. Hay que avisar a la central.
—A lo mejor solo se trata del dueño que se estaba dando un chapuzón hay huellas por el suelo.
¿Huellas?
Mierda.

Había olvidado por completo los aspersores. Estaban activados cuando me colé por el lateral de la casa. La alegría de que no hubiera perros merodeando por la finca hizo que no diera importancia a que mis extremidades inferiores se habían mojado. La casa podía estar llena de huellas. No solo del asesino sino mías e incluso de Alex. El lugar se estaba convirtiendo en una trampa mortal, en un lugar lleno de señales que podría conducirles hacia nosotros irrevocablemente. Teníamos que salir de allí cuanto antes. Si lo conseguíamos ya me preocuparía después de como demonios íbamos a borrar el rastro que habíamos dejado.

Salir por la puerta principal como si fuéramos invitados en aquella casa con un coche de policía en la entrada era lógicamente inviable. La parte trasera donde se encontraba la piscina era aún más arriesgada y tratar de salir por el muro por el que había entrado era prácticamente imposible porque tendríamos que rodear la casa. Lo que hacía que cualquiera de los policías que

había pudiera sorprendernos. Intuí que de momento sólo eran dos. El asesino habría dado el chivatazo, pero de momento sólo había acudido una patrulla, probablemente la que merodeaba por los alrededores de la urbanización. Teníamos que aprovechar esa situación antes de que la casa se convirtiese en un avispero. No podíamos esperar a que apareciesen más patrullas ni mucho menos esperar a que descubrieran el cadáver de Francis. La única opción era llegar a la pérgola que había frente a nosotros. Una vez allí tendríamos que trepar por la malla llena de vegetación que constituía el muro de separación en aquel lateral de la casa. La altura de la pérgola y las sombras de la noche harían el resto cubriendo nuestra huida, pero para hacerlo primero teníamos que recorrer gran parte del jardín y lo único que teníamos a la vista para protegernos eran un grupo de cuatro hamacas.

El policía comenzó a caminar hacia la piscina. Era el momento, teníamos que aprovecharlo. Ahora o nunca. Sino nos movíamos nos quedaríamos acorralados dentro de la casa. Cogí de la mano a Alex y la hice gestos para que me siguiera. Corrimos agachados entre las sombras de la noche hacia las hamacas. El corazón nos latía a los dos con virulencia, pero ninguno dijo nada. Traté de rastrear desde allí nuestro posible siguiente paso, pero en ese momento el policía giro sobre sus pasos acercándose peligrosamente hacia nosotros. Con un gesto conseguí que Alex se tumbase en el suelo para ocultarse debajo de la hamaca. Rodé para hacer lo mismo. Teníamos las botas de aquel policía apenas a unos palmos de nuestras narices.

—Aquí parece que hay otro ventanal abierto. Las cortinas se están moviendo.

En ese preciso instante comenzaba nuestra cuenta atrás. Habían descubierto el ventanal de la habitación por la que habíamos salido. Sólo tenían que cruzarla para darse de bruces con el hombre que había soñado con huir, quién sabe a dónde, y no había sido capaz de llegar a cerrar su maleta. Dejé de seguir el movimiento de las botas por un instante para buscar una posible salida. Era arriesgado, pero teníamos que llegar a los arbustos ornamentales que había en el trayecto hacia la pérgola. Suponía desviarnos de la línea recta hacía ella, pero era la única opción para que nuestros cuerpos encontrasen algún cobijo durante la huida. En el preciso instante en que el policía se acercó al ventanal mostrándose de espaldas a nosotros toqué con sutileza la palma de la mano de Alex que me miró con el pánico escrito en su rostro. Me incorporé posicionando mi cuerpo de cuclillas y le ayudé a realizar la misma maniobra para salir de debajo de la hamaca. Estábamos totalmente expuestos, un ruido por nuestra parte y sólo tendría que dirigir su linterna hacia nosotros para ser descubiertos. Cruzamos gran parte del jardín cogidos de la mano para refugiarnos en los arbustos.

—¡Joder, doy la voz de alarma hay alguien tendido en el suelo!

El segundo policía se aproximó velozmente al encuentro de su compañero para otear el interior de la habitación. Llevaba una linterna que movía de un lado a otro iluminando la zona mientras oíamos como su compañero alertaba para recibir refuerzos y una ambulancia. El haz de luz de una linterna se movía de un lado a otro buscando cualquier movimiento sospechoso. Alex y yo nos encontrábamos refugiados detrás del follaje del jardín que nos estaba sirviendo de escudo protector cuando el foco se detuvo en nosotros y nos iluminó directamente.

—Esto está lleno de árboles, palmeras y matorrales — se quejó— las alarmas no están puestas y he comprobado con la central de alarmas que el circuito de grabación tampoco está activo. La gente adinerada a veces se olvida de los peligros a los que se exponen. Cualquiera podría estar merodeando por los alrededores y ellos ni siquiera lo sospecharían.

Nos había tocado el poli listo. No sabía hasta qué punto había dado en el clavo. Tanto que nos tenía a punto de la asfixia tratando de no movernos mientras respirábamos porque su linterna seguía enfocando directamente hacia el punto en el que nos encontrábamos cubriendo nuestros

cuerpos detrás de un arbusto. En ese preciso instante oímos el motor de varios coches llegando a la casa. La cosa se ponía aún más complicada. Llegaban los refuerzos y aún teníamos que recorrer unos cuantos metros sin ser vistos. Lo único que teníamos que hacer era conseguir llegar a la valla, si lo conseguíamos, todo iría a mejor. Al menos eso quería creer. La pérgola sería nuestra pantalla protectora. Sino se desplazaban hasta allí era imposible que vieran nuestro ascenso.
La luz dejó de alumbrarnos, pero fuimos testigos de como el jardín se llenaba de policías que se movían por todas partes. En aquel momento supe que habíamos llegado al final del camino. Explicar qué hacíamos allí sin que nos implicasen directamente en el asesinato de Francis era prácticamente imposible, sin embargo, pensar en que a partir de aquel momento mis huesos iban a ir a parar a la cárcel no era algo que hubiera entrado en mis planes y era fácil de suponer que tampoco formaba parte de los deseos más inmediatos de Alex. Un par de policías se acercaron hasta la pérgola y la rodearon iluminándola en toda su extensión. Era obvio que querían comprobar que no fuera el refugio de algún sospechoso. O nos habían tocado los policías más aventajados del cuerpo o nuestro plan era tan simple que cualquiera lo podría haber adivinado sin emplear demasiadas neuronas en ello. Nuestras posibilidades se iban reduciendo cada vez más. El cerco hacia nosotros cada vez era más pequeño. Alex notó mi intranquilidad. Supongo que ella compartía el mismo nerviosismo, pero imaginé que el instinto de supervivencia la hizo reunir a todas las neuronas activas de su cerebro para tomar las riendas de la situación y aportarnos el aliento necesario para optimizar los recursos que nos permitieran salir de allí ilesos. Tomó mi rostro con sus manos y me miró directamente a los ojos. No dijo nada. Sólo me miró buscando en mi la confianza que necesitaba para lanzarse al vacío. La miré. Había esperanza en sus ojos y no iba a ser el causante de que cualquier pequeño resquicio que hubiera para salir de allí se truncase por mi culpa. Merecíamos una oportunidad. Merecíamos saber qué demonios estaba pasando. Nos debíamos un final mejor. Apoyo su frente en la mía y suspiró lentamente.
—Lo vamos a conseguir— susurró, y aquel susurro fue la adrenalina que mi cuerpo necesitó para tomar impulso.

—No hay nada que hacer. El cuerpo aún está caliente, no debe de llevar mucho tiempo muerto— desde nuestra posición podíamos ver como un número importante de policías comenzó a replegarse en torno a la escena del crimen. Entre ellos los dos uniformados que habían estado inspeccionando la zona por la que pretendíamos huir.

—Eso significa que quién lo hizo no puede andar muy lejos.

—A lo mejor ha sido el mismo asesino quién ha dado la voz de alarma—joder con la patrulla *matrícula de honor*. Si salíamos de allí yo mismo me encargaría de enviar un anónimo felicitándoles por su pericia, pero por el momento lo único que iba a hacer era correr de la mano de Alex hacía la pérgola sin mirar atrás.
Si nos vieron. No lo sé. Que llegamos sin aliento, lo sentimos irremediablemente. Acertaría a decir que fue la carrera más frenética que habíamos hecho en nuestras vidas y esperábamos que fuese la primera y la última que hacíamos. Nos abrazamos fugazmente, pero no dimos tiempo a nuestros cuerpos a relajarse. Iniciamos el ascenso de forma inmediata. Iba en cabeza. No sabía como estaba el otro lado y quería ser el primero en llegar para analizar el posible descenso sin peligros. Una vez arriba comprobé que la zona estaba despejada. Era un camino entre casas sin asfaltar con una farola que parpadeaba a unos cuantos metros de donde nos encontrábamos. Hice una señal de que podíamos bajar sin problema. Descendí y me quedé allí parado esperando recibir el cuerpo de Alex. No tardé en ver como cruzaba una de sus piernas al otro lado del muro para rápidamente comenzar a descender. Lo estábamos consiguiendo. Agarré su cuerpo para

ayudarla a bajar el último tramo, pero cuando estábamos a punto de conseguirlo. Un haz de luz volvió a iluminarnos y esta vez no había nada. Absolutamente nada que pudiera ocultar nuestros cuerpos.

Karina Hankiewicz
Diez años antes

Parar con mis huesos en un reformatorio dejaba clara evidencia de que mi plan era producto de la improvisación más que de una ardua elaboración, pero al menos había servido para acabar lejos de todo lo que odiaba en aquellos días.
Los abusos.
Las palizas.
La rabia de mi padre por tener como esposa a una loca que sólo veía fantasmas.
Dictaminaron una orden de alejamiento del que fuera mi progenitor. Algo que recibí con más euforia de la que debía porque dejar de ver su cara supuso que el germen del odio se extendiera velozmente por todo mi organismo.
Me escapé cuando quisieron internarme, pero afortunadamente mi arranque de euforia duro menos de lo que deseé en un primer momento.
Sufrí el frío de la calle. El miedo a acabar bajo tierra.
Robé por necesidad. Me robaron por el mismo motivo.
Golpeé como me habían golpeado y recibí algún que otro envite. No dolió, al menos, no dolió tanto como los golpes que llevaba marcados por dentro y por fuera de mi piel.
En definitiva, la calle me enseñó a sobrevivir.
Todo se complicó cuando el instinto de supervivencia me llevó a un supermercado. La necesidad y la urgencia hicieron que no me diera cuenta de que uno de los reponedores se había dado cuenta de que estaba llenando el forro de mi abrigo con objetos de primera necesidad. Al salir por la puerta un hombre con un sello que lo identificaba como el personal de seguridad del establecimiento me agarró antes de que pudiera echar a correr.
Consiguió que pasara una noche en el calabozo.
Se lo agradecí. Hacía frío en la calle.
Como recompensa le había pinchado en el costado con una navaja oxidada que llevaba abandonada en unos matorrales, quién sabe cuánto tiempo hasta que la encontré. Si era capaz de librarse de la enfermedad del tétano tendría que llevarle unos pastelitos a su médico de cabecera por tener en regla su cartilla de vacunación.
Aquella noche en el calabozo fue movidita, pero me encontraba en el bando de los intocables. La quincalla que se encontraba en la celda conmigo era de lo más variopinta, pero para los que estábamos dentro los malos estaban al otro lado de las rejas.
Los golpes en las paredes eran atronadores y el olor a ponzoña y sudor era tal que aún lo siento en el paladar cuando pienso en ello. Los insultos hacia los policías que nos custodiaban se sucedían uno tras otro, no sabía lo favorable que iba a ser para mi mantenerme al margen en aquel momento, pero así lo hice.
La mañana siguiente la pasé de despacho en despacho. Creo que llegué a conocer a todos los altos cargos de la policía y de las instituciones de asuntos sociales. Dudo que tuvieran claro lo que hacer conmigo. Tanto era así que incluso llegaron a ponerse en contacto con mi padre para informarle de la situación a pesar de la orden de alejamiento — me juré a mí misma que si lo veía, que si me obligaban a vivir de nuevo con él el navajazo del vigilante de seguridad al que había agredido iba a ser una minucia con respecto a como pensaba dejarlo. Incluso pasaron

imágenes por mi mente que llegué a sentir como reales en las que le abría en canal. Estaba dispuesta a hacerlo. Hubiera sido capaz de pasar otra noche más en la calle sufriendo un terror psicológico incalculable antes que volver con mi progenitor. A ÉL… a ÉL juro que hubiera sido capaz de arrancarle los ojos si me lo hubieran puesto delante. Lo odiaba, era un ser repugnante que se había atrevido a infringir un dolor tan profundo, tan hondo en mí que iba mucho más allá de lo físico.

ÉL había hecho crecer el germen en mí.

Ya no había remedio posible. Lamentablemente, ahí no acababa todo, ¿cómo me iban a dejar a cargo de mi madre? La loca de mi madre que no podría salvaguardar mi integridad física ni en aquel momento ni en ningún otro. El mapa de ruta en el que me encontraba tenía un único destino: el reformatorio.

Las cosas no fueron mucho mejor en ese lugar, aunque a mis dieciséis años recién cumplidos podía hacer una perfecta lectura de todo lo que había aprendido allí dentro. El mundo estaba lleno de gente confiada de quienes poder sacar algún que otro beneficio. Vivía rodeada de estúpidos. Las terapias parecían no funcionar con aquel grupo de chicos y chicas que sembraban el pánico en el resto de residentes que parecían querer redimirse de sus males. Miguel se dedicaba a pasar marihuana y otras mierdas. Cualquier día se le iría de las manos y los que le reían las gracias dejarían de hacerlo. Acabaría con sus huesos en la cárcel, ahora que la mayoría de edad ya la tenía avanzada un par de añitos. *Había enganchado por completo a Marta, la pobre niña huérfana que un día había soñado con ser actriz y modelo. Su adicción la hacía lucir un cuerpo anoréxico y enfermizo que daba grima mirar. Pobre infeliz, había errado por completo el tiro al enamorarse de alguien como él que la había convertido en una buena clienta para conseguir de ella todos los favores sexuales que le apetecieron hasta que dejó de resultarle atractiva.*

Demasiados compañeros que se dedicaban a dar puñetazos a diestro y siniestro. Demasiada violencia. Raro era el día que no había una pelea y alguien acababa en urgencias. Allí dentro todo se multiplicaba a la enésima potencia. Éramos lo mejorcito de toda la sociedad, así se encargaba de decírnoslo en la oración de todas las mañanas Sor Margarita quién rezaba todos los días por nuestros pecados con el deseo profundo de que recapacitásemos y nos convirtiésemos en buenas personas como Ángeles, que había acabado en aquel lugar por error según decían todos. Estaban empeñados en que era un ángel que había aterrizado allí para reconducir la conducta de todos nosotros. Pobre niña rica que vio desaparecer a sus padres en un accidente aéreo mientras regresaban en su avión privado desde Nueva York para disfrutar con ella la fiesta de su decimoquinto cumpleaños. El único episodio de ira que debió de tener en su vida fue aquel por eso acabó allí. La enajenación mental por lo sucedido la llevó a destrozar su casa. Las malas lenguas decían que la había prendido fuego, pero conociéndola seguro que no había ido más allá de algún plato roto y algún cuadro de algún artista famoso rajado. Lo que parecía tomar fuerza eran las leyendas urbanas que se habían creado a su alrededor. Contaban que cuchillo en mano había estado a punto de rajar a una de las chicas de servicio que intentaron paliar su episodio de locura al ser consciente de que no volvería a ver a sus papaítos. Lo habían convertido en algo gore cuando contaban que había cosido a navajazos a la asistente del hogar dejando que las tripas salieran a darse un garbeo, pero todo eso eran chismes sin base alguna. Poco más cabía pensar que podía hacer un ser tan frágil como ella que con sus perfectas facciones, sus ojos color miel, su perfecta figura y su reducida inteligencia había nublado el juicio de todos los que se encontraban en aquel centro. Educadores y compañeros. Aunque procediese de esa tonta, era una sabía lección la de embaucar con el cuerpo. Lucas

llevaba impreso en la piel las consecuencias de una madre alcohólica que llevaba a casa a cualquiera que le dejase beber de una botella con licor, pero él quiso cambiar. Quiso demostrar al mundo que, por amor, amor de verdad, se podía cambiar. Pobre infeliz. No vio venir como Ángeles acabaría montándoselo con su instructor en el cuarto de la lavandería para conseguir que todos la adorasen un poco más. El colectivo de los irracionales como les llamábamos en el centro. Un grupo de chicos, cinco en concreto, que habían ido pasando por casas de acogida, centros de menores y centros de reinserción social sin tener la menor intención de cambiar. Pronto no tendrían a dónde ir y a diferencia de Miguel que, pese a estar a punto de cumplir el veintiuno aún seguía allí, y nadie entendía por qué, el resto iríamos desfilando a medida que cumpliéramos los dieciocho. Eran expertos vándalos cuya última y gran hazaña había sido escaparse del centro para destrozar literalmente la tienda veinticuatro horas de una gasolinera en Vallecas. Se liberaron de la cárcel por ser menores de edad y porque tuvieron la cordura suficiente como para no agredir al dependiente que muerto de miedo permaneció en un rincón sin apenas aliento para respirar temiendo que uno de los golpes que veía asestar a diestro y siniestro acabase sobre su enjuto cuerpo. Contra todo pronóstico, salvo una amenaza de muerte por si contaba algo de lo que había visto, no recibió ningún otro daño. Iban encapuchados con pasamontañas como los cacos de toda la vida. Habían fijado como objetivo la gasolinera porque estaba situada en una zona que permitía fácilmente la huida si llegaba la pasma. Iban puestos hasta las trancas. Miguel les había proporcionado alguna que otra sustancia que les hizo envalentonarse y perder la perspectiva. Destrozaron el local. Rompieron vitrinas, tiraron las baldas provocando que todos los productos que contenía se desparramaran por el suelo, destrozaron la caja fuerte y se llevaron el poco dinero que allí había porque cumpliendo con las medidas de seguridad establecidas en la gasolinera en el turno de noche la recaudación del día debía estar retirada. Apenas quedaba efectivo en la caja, ya que, la mayoría habían pagado su repostaje con tarjeta. Aunque en realidad no buscaban dinero. Cuando el mundo parece no querer entenderte tú tampoco quieres entenderlo a él. Disfrutaron destrozándolo todo y viendo el miedo reflejado en los ojos de un hombre que a partir de aquel momento necesitaría terapia para superar el shock de haber ido como otro día cualquiera a trabajar. Como efectos colaterales a su triunfo coexistían unos antecedentes penales a añadir a una ficha policial que estaba bastante completita. Trabajos sociales, terapia y una multa cuantiosa aplazada al primer momento en que tuviesen algún ingreso a su nombre habían sido las consecuencias de aquel destrozo.

Les entendía.

Les comprendía.

Yo también había aprendido la satisfacción que producía el controlar emocionalmente a alguien. El miedo se convertía en respeto. El respeto te permitía ser fuerte. La fuerza te proporcionaba el dominio.

El caldo de cultivo en el que me crie me enseñó que se podía sobrevivir fueran cuales fueran las circunstancias con mayor o menor calidad, pero se podía y yo estaba dispuesta a hacerlo en las mejores condiciones posibles.

El día de la graduación, bueno en realidad el día en que me dieron el título que acreditaba que había obtenido los estudios básicos tuve una sorpresa inesperada. Dijeron que había alguien interesado en tutelar mi formación. Alguien que me daba la oportunidad de hacer un módulo superior de contabilidad para empresas.

No era tonta. Quería salir de allí a toda costa. Tener mi propia vida. Mi independencia. Mi propio trabajo. Lo necesitaba y un ser anónimo estaba poniendo ante mi esa posibilidad.

¿Quién? ¿Con qué fines? ¿Por qué? Me había mantenido sobre las aguas como había podido siendo una sombra que aprendía y se movía con destreza en el reformatorio. Me había aprovechado de los errores de otros para salir a flote. Eso era lo que realmente me importaba.
El día de la graduación tan sólo había cinco nombres en la lista. Los otros cuatro no le importaban a nadie. El mío sí.

54

Unax

Sentir como giraba su cuerpo para unirse rodeando con sus piernas mi cintura me dejó totalmente desconcertado. Sus dedos se colaron en mí nuca ensortijándose con mi pelo. Sus labios se posaron con fiereza contra los míos sin darme apenas tiempo a tomar conciencia de lo que estaba sucediendo. La humedad de su boca buscaba desesperadamente la mía.

A bocajarro.

Con ansia.

Con ganas y desesperación.

Era imposible no dejarse llevar por aquel beso enloquecido en el que había muchas palabras escritas que no se habían pronunciado aún. Rabia, ira, pero también deseo contenido. Era imposible que aquel beso, que acabaría con nuestros labios hinchados sino le poníamos freno, no arrastrase algo más.

El delirante hormigueo de sensaciones que se despertaban de nuevo.

Las sacudidas de mi cuerpo.

De su cuerpo.

De nuestros cuerpos con el roce de nuestros labios.

El recordar el sabor de su boca, la calidez de sus labios tanto tiempo ansiado.

Los pulmones me iban a estallar. Su lengua danzaba con sensuales movimientos corriendo al encuentro de la mía mientras golpeaba con fuerza mi pecho con un sentimiento que había estado buscando revivir demasiado tiempo.

La provoqué.

Las ganas se estaban apoderando de mí. No sabía que significaba aquel beso, pero me estaba volviendo loco de pies a cabeza. Mordí su labio inferior tratando de romper esa barrera invisible que sin querer notaba. Tiró de mi pelo hacía atrás como si estuviera luchando consigo misma, pero aquella reacción provocó en mí un deleite que acompañe con un sonido gutural que no pude evitar dejar brotar de mi garganta.

—Será mejor que busquen otro lugar. Aquí no pueden estar.

¿Qué demonios…?

La voz del agente de policía que nos iluminaba con el foco de su linterna me trajo de nuevo a la realidad más absoluta.

Joder, ¿dónde tenía la cabeza?

Alex deslizó sus piernas hacia el suelo y bajo la mirada sin decir nada cobijándose en mi pecho para recuperar el aliento.

Tuve el impulso de no hacer caso de la advertencia recibida.

Tuve la necesidad de coger sus caderas y atraerla de nuevo hacia mí para que no se separase nunca más.

Tuve el deseo de coger su rostro con las manos y besarla hasta perder el aliento, hasta acabar con toda la sed, con toda el hambre, hasta mostrarle todo lo que sentía y llevaba demasiado tiempo queriendo decir, pero no lo hice. Ninguno de los dos lo hicimos. Simplemente agachamos la cabeza y, como dos adolescentes con las hormonas revolucionadas, nos encaminamos hacia el agente sin decir nada. Pasamos por delante de él, su compañero se encontraba en el asiento del copiloto del coche indicando que había sido una falsa alarma, que

solo se trataba de un *coito interruptus*.

¡Será cabrón!

En aquel lado del muro se encontraban los graciosillos del cuerpo. De todo tenía que haber en este mundo. Aunque gracias a que los alumnos aventajados se encontraban en el interior de la finca pudimos alejarnos de allí.

Giramos en la primera esquina dejando a nuestras espaldas la casa, las sirenas y los coches de policía que la rodeaban. Parecía que estábamos fuera de peligro, aunque en la parte posterior de mi cabeza se anidaba la idea de que, aunque nos fuéramos de la urbanización mañana podríamos despertarnos con una patrulla de policía golpeando la puerta de casa.

—¿Se puede saber a dónde vamos? — subíamos con un paso demasiado ligero la cuesta a la que nos había escupido aquella calle. Sin embargo, Alex parecía saber perfectamente a donde íbamos.

—Al coche.

—¿Al coche? ¿Has venido en coche? — estábamos perdidos. La matrícula estaría ahora mismo en todas las comisarías de policía cercanas. No podríamos arrancarlo sin que nos diesen el alto.

—¿Qué esperabas? Este lugar no me pilla de camino a casa.

—Joder, Alex. Ahora mismo la matrícula de tu coche estará en todas las comisarías de policía. Te ficharán.

—De eso ya me he encargado yo misma.

—¿Qué has hecho qué? ¿Cómo pretendes que salgamos de aquí?

—¿Por la puerta? — me paré en seco.

—No creo que sea el momento de hacer bromas.

—No es una broma — la sangre que circulaba por su vena carótida estaba a punto de alcanzar el estado de ebullición—. Asociaron la matrícula del coche conmigo al entrar. Es necesario que sepan quién eres para dejarte entrar en la urbanización y no levantar sospechas—la miré sin entender—. El psicoterapeuta que trata mi…el médico que me ayuda a…— las palabras se la amontonaban—. Cuando me trasladé a Madrid me dijeron que la consulta de Bernard, el mejor especialista en trastornos como el mío, tenía la consulta en esta urbanización. Sus honorarios eran acorde con la zona en la que ubicaba su lugar de trabajo, pero lo consideré uno de los pequeños lujos que podría permitirme, si no podía invertir mínimamente en mi salud, ¿para qué salvaguardar la herencia de mis padres? —me agradó la idea de saber que se había estado cuidando —. No levantaremos sospechas— reanudó de nuevo la marcha—. He dejado el coche cerca de la casa de Bernard. Ah, y antes de que lo preguntes, siempre daba un paseo antes de entrar en la consulta para mentalizarme de lo que iba a hacer y para asimilar que los consejos que iba a recibir eran buenos para mí—avanzó y tocó al timbre de la casa de Bernard—. Es parte de nuestra tapadera. Nos verán a través de las cámaras y después podremos irnos sin preguntas.

—¿Y yo?

—No es la primera vez que coincido con otro paciente. Sígueme la corriente y todo saldrá bien.

Y así fue. Me presentó a Bernard como un amigo que había sufrido un duro golpe familiar y necesitaba que le ayudara a reconciliarse consigo mismo. Nuestra coartada no tenía por qué arañar viejas heridas que seguían escociendo, pero tengo que reconocer que la estrategia de Alex para protegernos me había sentado francamente bien y sino fuera porque mi bolsillo no soportaría los honorarios del especialista, me hubiera pensado el hacerle alguna que otra visita más. Cuando salimos de la consulta rumbo al coche Alex se adelantó imprimiendo una velocidad

que no me esperaba. Parecía que lo tenía todo atado, ¿porque esa prisa y esos nervios repentinos? Di unas cuantas zancadas para cogerla del brazo y provocar que se parase antes de entrar en el coche. Teníamos coartada o al menos ella la tenía, a mi aún me quedaba algún cabo suelto que atar, y el único que podría ayudarme a hacerlo a estas alturas estaría a punto del infarto pensando que me habían descubierto.

—Dame un segundo—dije—, necesito avisar a John— escribí un mensaje en clave para tranquilizarlo, no me fiaba de nada, podrían pinchar mi teléfono en cualquier momento o confiscarlo como prueba de un posible delito. Habían asesinado a un hombre cualquier error podría implicarme en los hechos si es que eso no había sucedido ya.

—¿Por qué corremos?

—Ya no hay nada más que hacer aquí. Es mejor que nos vayamos cuanto antes.

—Si corres levantaremos sospechas. Acabamos de salir de terapia. ¿No se supone que eso nos tiene que tranquilizar? —me fulminó con la mirada—. Vale, lo capto.

Seguimos caminando hacia el coche, cuando en mi mente se activó el momento en que huíamos de la casa y el agente de policía nos encontró entrelazados comiéndonos a besos contra uno de los muros de la propiedad.

—¿Qué ha sido ese beso? —no me miró y siguió avanzando.

—Eres listo, Unax, no necesitas que te lo explique—por lo menos no se hacía la sorprendida, pero su explicación no me valía.

—¿Por qué me has besado?

—¿Para qué no nos pillaran? Mi plan ha salido a pedir de boca, ¿no te parece?

—Como plan ha sido magnífico, pero creo que en ese beso había algo más que una simple estrategia de escapismo—no iba a irse de rositas tan fácilmente.

—Lo siento si has sentido fuegos artificiales, Unax. Ha sido solo un beso. Tienes que haber dado miles durante este tiempo — su rechazo dolió, sobre todo porque no le faltaba razón. Sin embargo, a pesar de ello nadie había conseguido despertar en mí las emociones que ella había sido capaz con un solo beso.

—No me vengas con esas, Alex. No es lo mismo.

—¿Se puede saber qué hacías ahí dentro?

—¿Estás cambiado de tema?

—¿A ti que te parece? — no pensaba dejar el tema sin zanjar, buscaría otro momento, pero no pensaba conformarme con sus evasivas. Lo que acababa de pasar no era simplemente la coartada perfecta y los dos lo sabíamos.

—¿Sabes que podría hacerte la misma pregunta?

—No tendría ningún inconveniente en responderte— bufé y pareció darse cuenta de que era el momento de parar aquella absurda ronda de preguntas—. Lucía me proporcionó la dirección, es la residencia de Francis.

—Espera, ¿esa casa era de Francis? ¿Es propiedad suya?

—No sé si es suya, pero sí que vivía en ella con su mujer — se le quebró la voz, sabía que la fortaleza repentina que estaba mostrando desde que habíamos conseguido salir sin esposas de la casa sólo era una pantalla para tratar de bloquear los verdaderos sentimientos que le había provocado ver el cuerpo de Francis tendido en el suelo sin vida—. En su expediente figura como su vivienda particular. La residencia de la familia Brun & Blanch.

—Eso no es posible.

—¿Por qué no es posible? — la tensión contenida estaba a punto de estallar en ella. No podía permitir que las cámaras nos gravasen. No podíamos echar a perder nuestra coartada.

Rodeé con mi brazo sus hombros y besé su sien con ternura.

—Hay cámaras por todas partes, Alex. No estropeemos lo que hemos conseguido hasta ahora. Entremos en el coche y aclararemos todas nuestras dudas tan pronto como hayamos salido de aquí.

Al sentarme en el asiento del copiloto el libro que me había guardado en la cinturilla del pantalón se me clavó en los riñones. Quería mantener la esperanza de que entre sus páginas habría alguna respuesta a todas las preguntas que me martilleaban en la cabeza, por lo que agradecí no haberlo perdido en la huida. Lo puse en mi regazo y a continuación me abroché el cinturón de seguridad. Algo que agradecí después de que Alex arrancase el coche acelerando con más ímpetu del necesario. Circuló por unas cuantas calles de la urbanización que se presentaba ante nosotros en calma, sin rastro de lo que habíamos dejado atrás, hasta llegar a la barrera de la urbanización de la que pudimos salir sin ningún tipo de inconveniente. Aproveché ese pequeño momento de tranquilidad para ojear las páginas del libro que tenía entre las manos mientras Alex sostenía con fuerza el volante desviando de vez en cuando la mirada hacía mis manos. Se moría por preguntar, pero se contuvo.

—John fue quién me dio la dirección— me tocaba a mí compartir el motivo por el que me encontraba allí—. Le pedí que me ayudara a buscar datos sobre el benefactor de la clínica en la que atienden a mi madre. Ese es el motivo por el que me encontraba en esa casa.

—¿Tu madre? —en ese preciso instante entrábamos en la autovía—. ¿Qué tiene que ver ella con Francis?

—Eso me gustaría saber a mí— nos quedamos unos segundos en silencio.

—Todo esto es una locura— empezó a temblar —. Le han asesinado, Unax, le han asesinado.

—Alex—sentí que podría llegar a perder el control del volante—, coge el primer desvío y para el coche en cuanto puedas.

—Le dije a Lucía que buscara en su expediente dónde podía localizar a Francis porqué quería que me dijera cara a cara que demonios está pasando.

El teléfono de Alex comenzó a sonar.

Lo ignoró.

—Su expediente no estaba con el resto de los expedientes de la plantilla. Estaba separado e identificado en una carpeta con unas siglas que no sabíamos interpretar.

—Alex, coge el siguiente desvío y para el coche—siguió sin hacerme caso.

—Junto a su expediente, separados e identificados con las mismas siglas había otros tres expedientes. El de Jairo Olazabal, el de Karina Hankiewicz y el mío.

—¿Qué hace tu expediente junto al de ellos?

—Quería preguntárselo a Francis—tragó saliva y cambio su hilo argumental para protegerse de las lágrimas—. ¿Cómo pudiste entrar en la casa?

—John me ayudó con las cámaras— el libro que descansaba en mi regazo salió volando debido a un volantazo inesperado de Alex. Había intentado cambiarse de carril, pero otro vehículo adelantándose a su maniobra provocó que tuviese que regresar al carril por el que circulábamos.

—¿Qué es eso? — la cubierta del libro se había movido dejando al descubierto un sobre pegado en la solapa. Lo despegué con cuidado para ver que había en su interior mientras respirábamos nerviosos.

—Cuando llegué a la casa pude ver como Francis preparaba una maleta, no parecía que fuera a ser un viaje de fin de semana. Entre las cosas que quería guardar en la maleta estaba este

libro.

—Es su mujer.

—¿Quién?

—Lidia Blanch, la autora del libro, me lo contó Lucía. Jairo y Francis tenían el mismo libro. Al parecer aún no se ha publicado. Francis debió de estar litigando con su familia política por la publicación de la novela.

—¿Por qué lo tenía Jairo si aún no se ha publicado?

—Porque la autora del libro es su hermana—tuve que darme unos segundos para asimilar el parentesco que me acaba de desvelar entre todos ellos. Cuando lo asimilé quise saber más—. ¿Y cuál es el problema para que no se haya publicado aún?

—La mujer de Francis falleció hace un año en extrañas circunstancias, padecía una enfermedad degenerativa que no tenía cura. Al parecer antes de su fallecimiento le cedió todos los derechos de sus novelas.

—Intuyo que se habían casado en régimen de separación de bienes.

—Crees bien—confirmo—, pero detrás de la publicación de una novela póstuma puede haber mucho dinero en juego. Es la última novela de la autora, no habrá ninguna más que salga a la luz.

Tuve el tiempo suficiente para despegar el sobre del libro sin dañar la cubierta y mirar en su interior. Eran recortes de periódico. Los saqué con cuidado desdoblando los pliegues con cautela. No quería romperlos y perder la posibilidad de encontrar algo de información. Cuando lo hice me quedé paralizado. Esperaba encontrar cualquier cosa menos lo que tenía entre las manos. Conocía a la perfección aquellas noticias, las había analizado yo mismo tratando de encontrar información, por eso sabía que tenía que gestionar con cuidado como se lo contaba a Alex.

—¿Qué es?

—Son noticias de periódico.

—¿Qué clase de noticias podía querer ocultar Francis en un libro escrito por su mujer?

—Alex.

—Qué.

—Tenemos que parar el coche.

—Puedo conducir, sea lo que sea lo que hay en ese sobre, podré llevarnos a casa perfectamente.

—*Gruñona*…

—¿Se puede saber que hay en ese sobre?

—Responde primero a una pregunta—asintió sin resistencia alguna— ¿Ha habido en estos años algún avance en el caso de tu familia? — noté que se tensaba.

—Nada— se le nublo la vista —. Basta con que escuches lo que escribe la prensa sobre mí. Soy la hija paranoica que no ha sido capaz de superar la muerte de su familia — no quería por nada del mundo que se añadiese a esa imagen la de Francis tendido en el suelo. Estábamos cerca del parque del Retiro, llegar a casa era cuestión de minutos, pero era necesario que parásemos.

—Para el coche, Alex, por favor, en el primer hueco que encuentres para el coche y hablaremos…—conseguí que me hiciera caso. Puso el intermitente y dejó el coche estacionado en la parada reservada para que los clientes dejaran el equipaje del hotel que se cernía a nuestra derecha. No nos dejarían estar mucho tiempo, aunque esperaba que fuese el suficiente para ocupar su posición en el asiento del conductor y llevarnos a casa sanos y salvos—. ¿Sigues pensando que lo que te está sucediendo tiene algo que ver con lo que le sucedió a tu familia?

—Por más que trato de encontrar el nexo de unión entre la agresión, la muñeca en el felpudo del apartamento que compartía con Rocío, el viaje a Berlín, el pendrive y Francis no logro encontrarlo, pero alguna explicación tiene que haber para toda esta locura — metí la mano en el bolsillo al recordar el pendrive que había arrancado del puño inerte de Francis y se lo mostré a Alex.

—¿De dónde lo has sacado? ¿Te lo ha dado John?

—¿John?

—El que me dieron en Berlín es exactamente igual a ese. Se lo di a John para que intentase desbloquear la contraseña, pero como no lo consiga en unas horas tendremos que entregárselo a Maialen.

—¿Estás segura de que es igual?

—El modelo y el color gris es el mismo. ¿De dónde lo has sacado?

—Era el que Francis tenía en la mano— me miro extrañada no había tenido tiempo de enseñárselo después de que ella misma me alertase de que tenía algo en la mano—. Le vi cogerlo de un cajón supongo que era lo que su asesino buscaba, hemos tenido suerte de encontrarlo antes que él.

—Lo mismo que buscaba cuando me agredió a mi…

—¿De qué estás hablando, Alex?

—La persona que ha matado a Francis—creo que acababa de atar algún cabo suelto—, es la misma persona que me agredió y tiene que ser la misma que me ha asaltado hoy en el garaje.

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Qué hoy te han asaltado?

—Justo cuando salía del trabajo, en el garaje…llevaba la misma ropa que el hombre que nos hemos encontrado en la casa de Francis.

—Joder, Alex, ¿se lo has contado a la policía? —negó con la cabeza—. ¿Y a qué estas esperando?

—Se lo he contado a Beiñat no tardará mucho en saberlo Maialen— me llevé las manos a la cabeza—. ¿Pero qué…? Te tendrán que tomar declaración.

—Se lo contaré todo a la policía.

—¿Han intentado hacerte daño otra vez y te has arriesgado a ir sola a casa de Francis? Acaban de matar a tu jefe, Alex — metí las manos entre mi pelo y tiré ligeramente de él—. Esto no es una broma, es real. No es algo que se pueda dejar para dentro de un rato. Corres peligro, ¿no lo ves?

—Lo sé, tienes razón—se llevó las dos manos a la cara para frotarse el rostro y evitar que las lágrimas surcasen su rostro—, vamos a acabar de una vez por todas con esto.

Y armándose de un valor que ni siquiera yo mismo sabía si tendría en su misma situación, puso en marcha de nuevo el coche, dejando claro que no pensaba cederme el volante, y acto seguido me pidió la dirección de la casa de mis dos mejores amigos. En el fondo me agradaba saber que la chica que conocí aún estaba presente. Con cicatrices, pero con ansias de salir a ganar.

55

Alex

—Deberías haber ido a la comisaria directamente que es donde debería estar yo ahora mismo— Maialen estaba a punto de salir de casa.
—Se lo estoy contando a la inspectora jefa que lleva el caso y además también se lo conté a Beiñat—traté de excusarme.
—A mí no me mires—él levantó las manos en son de paz—, le dije que tenía que denunciarlo en comisaría.
—Ya veo el caso que te ha hecho…—dijo cargada de ironía—. Debería actuar en consecuencia —cogió las llaves del coche y las metió en el bolso dispuesta a acudir a la llamada que la requería de forma urgente en la central de policía, pero se dio la vuelta y me miró directamente —. Francis ha interpuesto una sanción administrativa que dejará a Jairo un par de meses alejado de la oficina.

—¿Francis? —Unax y yo pronunciamos su nombre al unísono.

—Ha podido demostrar su mala praxis y las acusaciones falsas que lanzó sobre tu persona. Fue muy hábil con los argumentos que utilizó para conseguir su enjuiciamiento.

Francis me había ayudado. Había escuchado cada una de mis palabras. Me había creído y ahora ya no estaba para poder agradecérselo.

—¿Tenéis algo más que contarme? —no obtuvo nada más que silencio—. De acuerdo, pues tengo que irme. Han matado a un hombre esta noche en una urbanización de Madrid—Unax y yo intentamos no mirarnos—. ¿Sabéis algo de esto? — era buena policía y nosotros demasiado malos mintiendo.

—¿Por qué tendríamos que saberlo? —Maialen se llevó la mano al vientre como si hubiera sentido un pinchazo, pero me miro con cierta dureza.

—Podemos seguir perdiendo el tiempo y caminar en círculos o podemos empezar a ser sinceros los unos con los otros. Creía que nuestra conversación de esta mañana en la cafetería había servido para algo Alex, pero ya veo que no es así.
—Es normal que desconfíe—me defendió Unax—. La policía francesa cerró la investigación del accidente de su familia sin invertir demasiado tiempo en clarificar lo que había sucedido— Unax dejó caer en la mesa del comer del salón de Maialen y Beiñat el contenido del sobre que había en el libro que se le había caído en el coche y que no me había enseñado aún. Maialen caminó hasta la mesa.
—¿Qué es eso? — preguntó ante mi mirada interrogante.
—Son recortes de noticias que tienen que ver con la familia de Alex— pude ver de refilón las imágenes del coche en el que fallecieron mis padres y mi hermano—, antes y después del accidente que sufrieron.
—¿De dónde las has sacado?
—De un libro que tenía Francis—Maialen no le quitaba la vista de encima—.Son las mismas noticias que encontré en internet después de conocer a Alex— levanté la vista sorprendida—.La diferencia es que yo las busqué porque me había enamorado de una chica de la que sólo sabía que era la hija huérfana de una familia de renombre en París —tuve que sentarme en una de las sillas que había junto a la mesa—.Sin embargo, no acierto a imaginar el motivo que pudo motivar a Francis para buscar y posteriormente guardar estos recortes.

—¿Quizás él también buscaba información? Esta mujer—dijo señalándome—, puede llegar a ser muy intrigante.
—¿Dónde encontraste ese libro? ¿Te lo dio él? —sentí que era mi momento. No iba a dejarle solo ante la escrutadora mirada de Maialen.
—Yo me encargué de recoger todos los libros que Francis tenía en su despacho. Eran sino todas, la mayor parte de las novelas publicaciones por su mujer. Ese era un libro más…
—…en el que casualmente Unax descubrió que había algo más y no lo había comentado contigo hasta ahora—estaba claro que no se me daba demasiado bien mentir—. Sigues siendo demasiado intrigante, Alex.
—Alex no es como la describes—me defendió Unax—. Lo que está sucediendo tiene que ver con su familia, creo que Francis descubrió algo— hablaba como si el verdadero afectado fuera él —, la gendarmería francesa cerró el caso por falta de pruebas. Un accidente más y ya está, pero tal vez no fuera lo que parece.
—¿Tienes pruebas de lo que dices? —Maialen se sentó en otra de las sillas del comedor ante la mirada atenta de su marido.
—Los frenos del vehículo de mis padres fueron manipulados y a los dos días del accidente el mecánico que hizo la revisión murió de una sobredosis.
—No recuerdo haber visto ninguna información relacionada con lo que cuentas en el expediente de tus padres—iba muchos pasos por delante de nosotros. Debía de haber pedido colaboración con la policía francesa para llegar al caso de mi familia—. ¿Había algo que pudiera motivar acabar de forma violenta con tu familia?
—No que haya podido saber. Teníamos un negocio familiar que iba muy bien y nuestra posición social… bueno… nosotros… nosotros no pasábamos necesidades, pero después de que murieran empecé a recibir amenazas. Me decían que si no pagaba lo que debía acabaría como mis padres y mi hermano.
—¿Sólo querían dinero?
—Si, siempre hablaban de cifras astronómicas que dudo que mis padres hayan tenido alguna vez. Hablaban como si les perteneciese el patrimonio de mis padres. Como si mis padres fuesen unos ladrones y se lo hubieran robado todo.
—¿Se lo contaste a la policía? —el teléfono de Maialen sonó y se detuvo unos instantes en mirar la notificación que le acababa de llegar.
—Si, pero no tenía pruebas porque cada vez se ponían en contacto conmigo de una forma distinta. Una llamada al móvil, a la casa de mis padres, al estudio de arquitectura… cuando pincharon todos los teléfonos a los que podían llamar dejaron de hacerlo, y empezaron las amenazas con desconocidos que se acercaban a mí y me transmitían mensajes que para ellos no tenían significado, pero que para mí eran demoledores.
—¿No encontraron ningún hilo del que tirar? —negué con la cabeza.
—Mi salvación se produjo cuando apareció Francis en mi vida. Hoplan & Orleal Consulting se convirtió en mi salvavidas. Me vine a vivir a Madrid, confié en él y decidí devolverle el gran favor que me había hecho volcando todos mis esfuerzos en realizar un buen trabajo. No sé si Francis tuvo algo que ver de forma directa o indirecta, pero las amenazas desaparecieron.
Unax acarició mi espalda al ver que la emoción empezaba a embargarme. Agradecí aquel contacto.
—Creí que al fin había dejado de ser importante para ellos, pero solo ha sido una ilusión.
—Hay una diferencia.
—¿Cuál? —pregunté verdaderamente intrigada.

—Nadie te ha pedido dinero a cambio de dejar de estar en peligro—tenía razón había una gran diferencia. Ahora querían un pendrive idéntico al que Unax había arrebatado a Francis—. ¿O esto tiene algo que ver con vuestra visita de hoy a una propiedad privada?
—¿Cómo…?
—Soy policía, ¿lo recordáis? Es imposible que no llegue a mis oídos que se ha producido un asesinato dentro de mi jurisdicción, aunque lo más sorprendente de todo esto es que me acaban de enviar unas imágenes en las que aparecéis en las inmediaciones de la propiedad en la que se ha producido el asesinato. ¿Queréis explicarme que hacíais allí? —no teníamos escapatoria, la policía tenía nuestras imágenes. Mi plan no parecía tan bien elaborado como había creído, pero había que intentarlo o tendríamos serios problemas.
—Acudo con cierta regularidad a esa urbanización para ver a mi psicoterapeuta Bernard—Maialen me miraba pidiendo más información—. Desde que perdí a mi familia he necesitado apoyo psicológico.
—Cotejaremos si lo que dices es cierto—la dureza de sus palabras me sorprendió, era evidente que no se terminaba de creer mi explicación—, ¿y tú? ¿Se puede saber qué hacías tu allí con ella o me vas a venir ahora con que también acudes con regularidad a ver a Bernard? —no había excusa sólida para justificar que Unax estuviera allí, pero volví a intentarlo.
—Le hablé de Bernard, era la primera vez que acudía a una cita con él y….
—Déjalo, Alex—me cortó Unax mientras le llegaba otra notificación a Maialen que me hizo poner aún más nerviosa—. Estaba allí buscando al benefactor de mi madre.
—¿Qué...? —la inspectora cogió aire y lo expulsó lentamente mientras Beiñat no le quitaba ojo —. ¿Por qué no dejáis de dar rodeos y me decís la verdad de una vez? Tengo que ir a comisaria. Francis Brun ha muerto—supongo que revelar la identidad del hombre fallecido en aquel momento pretendía dejar claro que sabía que no le estábamos diciendo todo lo que sabíamos.
—John me dio su dirección—respondió inmediatamente Unax ante la mirada atenta de Maialen que dejaba evidenciar que no entendía la conexión que podía haber con lo sucedido—, era la dirección que señalaba al posible benefactor de mi madre. Recibí una carta en la que se me informaba de que la persona que se ha estado encargando de mi madre todo este tiempo deja de hacerse cargo de ella. Sólo quería saber quién podía estar detrás de la ayuda que hemos recibido durante estos años. Necesito averiguar quién es. John consiguió la dirección de la propiedad en la que se ha producido el asesinato de Francis. No sabía que era de él hasta que Alex me lo dijo—la mirada de la inspectora se dirigió hacia mí.
—Yo solo quería hablar con él—omití entrar en más detalles.
—Tenemos un pendrive— intervino de nuevo Unax con el propósito de desviar la atención de Maialen sobre mí.
—En realidad tenemos dos— corroboré. No podía dejar que el peso de la conversación recayese totalmente en él —. Francis me envió a Berlín a recogerlo haciéndome creer que era un viaje de trabajo— relaté todo lo sucedido. Los tres hombres, lo sucedido en mi ordenador, Serp@ si con mi confesión podíamos encontrar sentido a lo que estaba pasando, estaba dispuesta a abrirme en canal ante ella—. Los dos pendrives son idénticos. Misma marca, mismo color.
—¿Hablas del pendrive que John aún no me ha entregado porque está intentando averiguar la clave?
—El mismo.
—Y también tenéis el libro—los dos asentimos al unísono, era una tontería seguir mintiendo, nos había calado sin ningún tipo de complicación—. ¿Sabéis que es ilegal ocultar pruebas a la policía?

—No las estamos ocultando—respondí contundente—. La clave de todo esto la tiene Francis o mejor dicho la tenía. ¿Quién va a responder ahora a todas las preguntas? ¿Cómo vamos a descifrar el contenido de los dos pendrives? Es evidente que él averiguó algo que le hizo dejar de estar protegido. ¿Por qué le mataron?
—Eso es lo que tenemos que averiguar y lo haríamos con más agilidad sino hubiera *listillos* que se creen que pueden resolver las cosas por su cuenta. La casa está llena de pisadas que muestran la existencia de al menos de dos personas, aunque a juzgar por los datos que me han facilitado, por el momento todo indica que se trata de dos personas grandes y corpulentas.
—Golpearon a Francis en la cabeza con una virulencia desmedida.
—¿Cómo sabes que le golpearon en la cabeza?
—Porque estuve a unos centímetros de su cabeza cuando me agaché para auxiliarlo.
—¿Tocaste el cuerpo? — pregunto el hasta el momento callado Beiñat.
—¿Cómo querías, sino que comprobara su pulso?
—Eres un descerebrado.
—Habrías hecho lo mismo en mi lugar.
—Joder, lo sé, pero ahora el cadáver tiene restos biológicos tuyos—mi nuevo fisioterapeuta tenía razón, tendríamos que pensar en como solucionar aquel pequeño detalle que podría dar a Unax algún que otro dolor de cabeza.
—Si la alarma de la casa no envió ninguna señal a la policía, ¿cómo supisteis que pasaba algo allí? — pregunté desviando la atención del problema que suponía haber dejado huellas en la escena del crimen.
—Recibimos una llamada anónima alertando de un robo en la casa.
—Lo sabía— todos miramos a Unax interrogantes—. La llamada la hizo el cabrón que mató a Francis. No fuimos demasiado discretos mientras estuvimos en la casa— agradecí que ocultará mi imprudencia al entrar en la residencia llamando a Francis—, supo que no estaba solo. Por eso hizo esa llamada, quiso inculparnos, pero no lo ha conseguido.
—Eso aún está por ver.
Maialen cogió las llaves del coche y salió por la puerta dejando las dudas flotando en el ambiente.

A la mañana siguiente el timbre de la puerta nos despertó de golpe. Miré el reloj de la mesilla desorientada para comprobar que ni siquiera eran las siete de la mañana. Me puse una sudadera encima de la camiseta que había utilizado como pijama y salí al pasillo. Unax ya se encontraba en la puerta dejando entrar a un John y una Lucía hiperactivos.
—¿Qué demonios hacéis aquí a estas horas?
—Vengo a desayunar—John le dio un empujón para hacerse camino dentro.
—Venimos—matizó Lucía siguiendo el camino hacia el interior que había abierto el informático.
—Un café con leche algo cargado estaría bien— dijo John acercándose a la cocina para abrir el armario en el que se encontraba el café—. Lucía, ¿tu como lo quieres?
—Como el tuyo— la coincidencia en gustos le agradó al informático.
—¿Se puede saber que hacéis aquí? —preguntó por fin el dueño de la casa tratando de hacerse con el control de la situación.
—Hemos hecho importantes averiguaciones.
—¿Y no podéis esperar a una hora más razonable para desvelarnos esa información? —John dio una palmada en la espalda a Unax y a continuación echó agua en la cafetera para preparar el café.
—No serían importantes si pudiéramos esperar para contároslas.
—Suéltalo de una vez, no necesitamos que te hagas el interesante.

—Yo no…
—Al grano John—le corté porque era demasiado temprano para aguantar una lucha de egos.
—Se está desviando dinero para el pago de facturas por supuestos trabajos que no tienen ninguna relación directa con los proyectos que hemos llevado a cabo desde Hoplan—abrí los ojos como platos—. Serp@ es una esas empresas. Francis lo sabe, por eso nos ha enviado a Sevilla, quería que confirmáramos si la empresa existía. Alguien debió de dar el chivatazo—los tres teníamos en mente a la misma persona. Karina.
—La clave está en Francis— continuo Lucía—¿Conseguiste hablar anoche con él?
—En realidad, anoche pasó algo —los dos me miraron atentos mientras Unax se aproximaba hacia mí—. Coincidimos demasiadas personas al mismo tiempo en su casa.
—¿De qué estás hablando? —John dejó el brik de leche que tenía en ese momento en sus manos y empezó a girar los anillos de su mano siguiendo su patrón prefijado.
—Anoche coincidí con Alex en la vivienda de Francis.
—¿Qué hacías tú en la casa de Francis? —preguntó John sin entender.
—La dirección que me facilitaste como el destino en el que llevarían a mi madre en caso de fuerza mayor y la que Lucía facilitó a Alex como la residencia de su jefe eran el mismo lugar.
—¿Qué tiene que ver tú madre con Francis y por qué se la iban a llevar a su casa en caso de emergencia? —preguntó Lucía.
—Eso es lo que me gustaría saber, qué clase de conexión tiene mi madre con Francis y porque lo han asesinado— los dos miraron a Unax aterrorizados mientras John perdía unos segundos de vista la cafetera que estaba a punto de empezar a silbar—. Presencié como alguien le daba un golpe mortal en la cabeza— Lucía palideció.
—Tendremos suerte sino nos implican en el asesinato, los dos estuvimos en la escena del crimen y Maialen lo sabe—corroboré.
—¿Qué cojones estáis diciendo? — John retiró la cafetera del fuego.
—Estoy diciendo que ayer pude ver como mataban a un hombre del que supe su identidad cuando Alex fue en su busca y que traté de reanimarlo con pésimos resultados.
—Tuvimos que escondernos para evitar que nos descubrieran porque alertó a la policía —apostillé.
—El muy cabrón quiso hacer creer que nosotros habíamos sido los autores materiales del crimen.
—¿Cómo habéis llegado a semejante conclusión?
—Maialen nos lo confirmó. Recibieron una llamada en comisaria denunciando un robo en la propiedad.
—Creo que hay algo más—todos me miraron sorprendidos—no lo he recordado hasta ahora al pensar en el asesino.
—¿Qué pasa con él, Alex? —se preocupó Unax—. ¿Alex…?
—Acabo de recordar que el asesino mientras golpeaba a Francis, dijo las mismas palabras que utilizó cuando me agredió a mí —los ojos de mis compañeros no ocultaron el pánico que sintieron al oír mi confesión.

56

Alex

Lo que sucedió aquel día en Hoplan no nos sorprendió a ninguno. Supongo que sabíamos que tarde o temprano el rumor se extendería y se convertiría en un hecho.
Francis había fallecido.
La prensa tardó poco tiempo en hacerse eco de ello y empezaron a surgir infinidad de noticias falsas. Algunas claramente inciertas para nosotros que conocíamos de primera mano lo sucedido y otras, con información que podía tener cierta credibilidad, dadas las coincidencias con lo sucedido. Afortunadamente ninguna de ellas, llegaba a desvelar el modo en que se había producido el presunto asesinato del ex-director de Hoplan & Orleal Consulting. Esa información permanecería bajo secreto de sumario hasta que se esclareciesen los motivos de su muerte. Maialen estaba haciendo muy bien su trabajo.
Sin embargo, en Hoplan & Orleal Consulting algunos se habían dado demasiada prisa en cubrir las carencias que la falta de Francis había supuesto para la empresa. Roberto Torralbo, el nuevo director general, y Karina Hankiewicz se habían convertido en la representación más clara de poder ahora que se constataba que la sombra del fundador de Hoplan era solo humo. El instinto de supervivencia de quienes nos rodeaban se agravaba por momentos. Se reían los chistes sin gracias de ambos, se les convidaba a cafés y se les hacían favores fuera de toda lógica. El motivo era claro y tenía un nombre.
Miedo.
Los despidos del personal de Hoplan se sucedían unos a otros y cada vez quedábamos menos para mantener el espíritu y la esencia de lo que habíamos sido. Ese era el motivo que inequívocamente me llevaba a querer averiguar la clave de alguno de los pendrives que teníamos en nuestro poder y que a estas alturas sabía que contenían información importante que Francis me había querido trasmitir sin que el mundo que nos rodeaba fuera consciente de ello. Sentada en la mesa del despacho me debatía entre levantarme y regresar a casa o repasar las notas causantes del desvelo de la noche anterior. Decidí darle una oportunidad más a aquellas anotaciones. Había reproducido en mi agenda varias de las series numéricas que había en las páginas iniciales de los libros de Lidia. A esas alturas ya sabía que era un código cifrado que Lidia y Francis utilizaban para comunicarse, pero poco más. No sabía si era la manera en la que se transmitían su amor mutuo o verdaderamente había algo peligroso que debían ocultar al resto del mundo. Además, estaban aquellas letras, marcadas sin orden en algunos párrafos del interior del libro que, anotadas consecutivamente, no tenía ningún significado por sí mismas. No construían palabras y tampoco frases. Era un jeroglífico demasiado complicado de resolver sin ningún tipo de dato ni referencia que pudiese ayudar a hacerlo. Dejé que el tiempo pasara haciendo variaciones y combinaciones que me pudieran llevar a alguna solución lógica, pero llegué al mismo punto que la noche anterior: *un montón de anotaciones inconsistentes.* Por eso, me levanté y decidí bajar al coche para coger alguno de los libros que aún descansaban en él. Quizás me faltaban datos, si anotaba todas las series numéricas y todas las letras señaladas en cada página, tal vez pudiera avanzar en la resolución de aquel enigma. Hasta el momento sólo había revisado el contenido de los libros que descansaban en mi nueva habitación. Probablemente las dificultades que estaba teniendo para dar con la clave estuvieran detrás del hecho de no estar trabajando con toda la información que tenía a mi alcance. Con cierto recelo

cogí el ascensor. Había decidido no mostrar ante el resto el miedo que aún me producía el sótano de Hoplan y a pesar de los últimos acontecimientos había decidido no mostrarme débil ante quienes querían asustarme. Si lo hacía, sentirían que estaban avanzando, que estaban ganando terreno. Por eso, a pesar del último incidente había vuelto a aparcar en el sótano. Caminé por el garaje hasta llegar a la plaza en la que descansaba mi coche, esta vez las luces de cada sector se encendieron a medida que iba avanzando. Me dirigí hacia la puerta del copiloto para coger los libros que aún descansaban en el asiento y cuando lo hice anduve de nuevo sobre mis pasos imprimiendo a mis piernas toda la velocidad que eran capaces de soportar.
Las luces se apagaron automáticamente dejándome prácticamente a oscuras por el pasillo que llevaba a los ascensores. Solo se veía el resplandor de las bombillas de emergencia que marcaban la ruta a seguir en el interior del edificio. Cada cierto tiempo se hacía un barrido con el fin de que se encendieran únicamente las luces necesarias en aquellos puntos en los que aún quedaba gente trabajando. Afortunadamente, como salido de un túnel, se veía la luz cegadora de uno de los ascensores que esperaba con las puertas abiertas. Al entrar, las fluorescentes blanquecinas me cegaron durante unos segundos. Mis ojos se habían acostumbrado poco a poco a ver en la oscuridad, y aquella claridad no era bien recibida. Pulsé sin necesidad de pensar el segundo botón numérico del teclado para ir a mi despacho, pero las puertas del ascensor no tuvieron tiempo de cerrarse. Lucía entró como una exhalación con la cara pálida como la cera claramente invadida por un nerviosismo que no era capaz de disimular y me saco del ascensor de un empujón. Me quedé mirando como se cerraban las puertas mientras la chica de Recursos Humanos me hacía un gesto que significaba que no era un buen momento para explicarme lo que sucedía. Salí de aquel atontamiento al ver con el rabillo del ojo que la puerta metálica que daba acceso al perímetro de seguridad de la cámara acorazada del sótano en la que se encontraba ubicado el archivo central de la empresa aún no había llegado a cerrarse, el peso de las placas de acero y hormigón ralentizaban su cierre. Cuando estaba a punto de sellarse una fuerte embestida la hizo abrirse de nuevo y la cara encendida en llamas de Karina asomó inmediatamente detrás de ella. Instintivamente me llevé como pude, el teléfono móvil a la oreja intentando que no se me cayeran los libros que tenía entre las manos y simulé mantener una conversación de trabajo.
—Margen superior de la página inicial… Si... En la barra de herramientas. Es la penúltima pestaña empezando por la derecha. Información o Información complementaria, creo que se llama.
Karina me miró como si mi sola presencia le molestase.
—¿Quién acaba de salir de aquí? —preguntó en su tono imperativo habitual sin importarle que estuviera manteniendo una conversación—. ¿No habrás sido tú? —mostré los libros que sostenía con dificultad pegados a mi cuerpo y señalé el teléfono.
A estas alturas tenía muy claro que, aunque fuésemos los dos últimos seres vivos que quedasen en la tierra, jamás la proporcionaría información sin saber cuál era el fin que perseguía. Por lo que a mí respecta, estábamos obligadas a convivir en el mismo espacio y eso era exclusivamente a lo que me iba a ceñir, así que me encogí de hombros y simulé continuar con mi conversación.
Mi reacción no fue para nada de su agrado. No me había mostrado servil con ella como todos hacían últimamente. Por lo que no disimuló su rabia y golpeó su hombro contra el mío voluntariamente para pasar delante de mí como si el pasillo no fuese lo suficientemente ancho. Bufó y farfulló al cuello de su camisa palabras que no pude entender, pero que seguramente se dirigían a mí en ese tono *cariñoso* con el que acostumbraba a tratarme. Se montó en el otro ascensor dejándome de nuevo como una tonta viendo como se cerraban las puertas delante de mí. Me dije a mi misma que lo mejor era no esperar más tiempo y me dirigí hacia las escaleras, no

sin cierto recelo después de lo sucedido. Las escasas farolas que lucían en el exterior, apenas tenían claridad suficiente para dotar de algo de vida a la fría y lluviosa tarde, por lo que, a duras penas ayudaban a iluminar los peldaños para favorecer mi ascenso. Me agarré a la barandilla con la mano que tenía libre, no sé si por el miedo a caer, por miedo a las sombras de los árboles que dibujaban figuras tétricas en las paredes de cada rellano o por el recuerdo de la agresión sufrida que aún se mantenía vivo en mi memoria y aceleré el paso todo lo que pude para llegar al despacho lo antes posible.

La voz chillona de Karina se oía por todas partes, parecía rebotar en las paredes e incluso crear eco. Aunque hubiera estado encantada, no iba a tener la suerte de perderme ni una sola palabra de su discurso fuera de tono. Desde que se había erigido persona poderosa en Hoplan con el consentimiento de Torralbo, gritarnos a todas horas era otra de sus máximas. Gritaba sin sentido a todos y a todo. Supongo que visualizar como la gente a su alrededor agachaba la cabeza y no tenía la fortaleza para contradecir ni una sola de sus palabras le provocaba una euforia suprema. Era evidente que le había tomado un gusto especial a soltar su látigo amenazador.

—¡Qué sepáis que en el archivo central hay cámaras que graban las veinticuatro horas del día los trescientos sesenta y cinco días del año! —mis neuronas trajeron a mi menté lo que Rocío hubiera respondido ante aquella afirmación.

Has pasado por alto mencionar que hay años bisiestos.

—¡Se registran las entradas y salidas al archivo día tras día y minuto a minuto!

Segundo a segundo…

Sonreí internamente al visualizar en mi cabeza de nuevo a mi amiga.

—¡Nada de lo que sucede entre estas paredes pasa desapercibido! — nadie hablaba, todos se mantenían en el más absoluto silencio, aunque sus caras eran un fiel reflejo de que no entendían la situación.

—¡Es una estupidez que os mantengáis en silencio! ¡Acabaré enterándome y será mucho peor! — en la magnitud de su enfado era incapaz de ver más allá de su propia ira para entender que nadie de los allí presentes sabía de lo que estaba hablando.

—¡Os vais a arrepentir! —su arteria carótida parecía que iba a estallar en cualquier momento—. ¡Juro que todos os arrepentiréis de esta sublevación! — había errado el tiro por completo. La persona que buscaba con un poco de suerte ya se habría ido de la oficina—. ¡¿Nadie piensa hablar?!—hubiera jurado que estaba nerviosa—. ¡Estúpidos ignorantes! ¡Esto no va a quedar así!

Sorprendentemente para todos los allí presentes, lo siguiente que pudimos oír fue el portazo que dio al entrar en su recientemente autoasignado despacho. El discurso había durado muy poco para lo que habíamos tenido que soportar últimamente, eso o teníamos el síndrome de dependencia muy acentuado. Sin embargo, algo había distinto, algo la hacía estar preocupada. Esta vez no había desplegado sus alas de grandeza y su superioridad mal dirigida con la misma intensidad que otras veces. Sin embargo, decidí no dedicar mucho más tiempo a averiguar el motivo por el que no lo había hecho, apenas quedaban unos minutos para que fuera la hora de irnos, así que haría caso a los permanentes consejos de Germán y me iría a la hora. Creo que ver la actuación de Karina me había quitado las ganas de seguir con mis pesquisas en la oficina. Seguiría con la labor de investigación en casa. Me despedí al salir del despacho y mis palabras sirvieron para despertar a los que aún permanecían aletargados por la actuación estelar de Karina.

—¿Vienes mañana? — se me heló la sangre al comprobar que quién formulaba la pregunta era Jairo. Tenía una sanción interpuesta. No podía estar en la oficina.

—No creo que sea asunto tuyo— respondí pensando que había olvidado coger la gabardina del perchero.

Me di la vuelta y traté de recuperar algo de oxígeno mientras lo hacía. Al parecer la divulgación de la muerte de Francis estaba produciendo demasiados cambios y lamentablemente ninguno era bueno.
—Vas muy sobradita, ¿no crees? — la voz que oí a mi espalda me hizo pensar que hubiera sido mejor estar callada— el monstruo número tres de la oficina, Torralbo, traía entre sus manos un manojo de papeles enrollados en forma de cilindro que presionaba fuertemente y golpeaba sobre la palma de su otra mano con pequeños toques rítmicos y amenazantes.
—No creo que tenga que dar explicaciones a alguien que ni siquiera tendría que estar en la oficina.
—Métete en tus asuntos niñata—escupió Jairo—. Tú protector está criando malvas—su comentario me dolió como un puñetazo en el estómago y sobre todo no entendía como podía haber generado tanto odio hacia su cuñado.
—¿Vendrás mañana? —insistió Torralbo.
—No.
—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —su voz era un total y absoluto reproche.
—Te lo recordé a primera hora de la mañana—contesté tratando de ser lo más natural posible y evitando que de mis palabras pudiese entreverse el malestar que me producía su comentario en público que no pretendía otra cosa que mostrar quién mandaba allí.
—No recuerdo haber mantenido ninguna conversación contigo esta mañana.
—Y si la recordases tampoco lo admitirías...— le dije a los cuellos de mi camisa.
—¿Has dicho algo?
—No, nada.
—Te veo con demasiada prisa, a decir verdad, con más prisa de la necesaria—los toques con los papeles en la palma de su mano cada vez eran más fuertes y sonoros.
—He quedado y no me gusta hacer esperar a nadie — las alarmas sonaron rápidamente en mis oídos. Acababa de meter la pata hasta el fondo y me iba a arrepentir de mis propias palabras. Había puesto sobre la mesa un magnífico motivo para que *el nuevo director general* sacase toda su artillería pesada y obstaculizase mi salida de la oficina.
—Quizás deberías avisar de que vas a llegar un *poquito* tarde.
¡Tenía que haberme mordido la lengua!
—Necesito el informe presupuestario de este trimestre.
—Está en la mesa de tu despacho— pude entrever su gesto de fastidio.
—¿Has llamado a LUTER?
—Si.
—Perfecto, pasa a mi despacho y me haces un breve resumen de los acuerdos a los que habéis llegado. Necesito saberlo para el comité de mañana sin falta— cogí aire y lo fui expulsando poco a poco.
—Tienes en la bandeja de entrada del correo electrónico un mensaje en el que te explico punto por punto lo que hemos acordado— quiso decir algo. No tuvo opción—. No tendrás problemas para desenvolverte con la junta directiva, tú magnífica oratoria te ayudará a salir victorioso — me puse la gabardina sobre los hombros y cogí de nuevo los libros, retomaría su análisis lo antes posible, pero cuando me dirigía hacía la salida el sonido de mi nombre sonó a mis espaldas. Me giré para comprobar que era lo que sucedía ahora y llegué a tiempo de ver como una nube de folios volaba por los aires. El cilindro de papeles que Torralbo había estado golpeando constantemente en la palma de su mano mientras trataba de evitar que me fuera de la oficina, se había desenrollado creando una lluvia de papeles a nuestro alrededor. Por primera vez, desde que

había asumido el cargo, vi incertidumbre y nerviosismo en él. Mi primer impulso fue reírme, ver como se arrodillaba y empezaba a amontonar los papeles con una ansiedad inusitada, no dejaba de parecerme una escena tremendamente cómica, pero pronto abandoné la risa por la curiosidad. Sin duda aquellos papeles debían contener información altamente valiosa para que fuese él quien se postrase y no los que estábamos a su alrededor. La necesidad de saber que contenían llamó a mi puerta de forma repentina y sin dificultad me agaché ligeramente para coger los más cercanos a mis pies.

—¡Alexandra! —esta vez oír mi nombre a gritos de nuevo, consiguió molestarme—. ¡No tenías prisa! ¡Vete y no te pongas colaborativa ahora! ¡Nunca lo has sido!

—Que sabrás tú de colaboración—susurré.

—¿Has dicho algo? — dijo sin levantar la cabeza del suelo y arrugando los papeles que cogía para hacerlo con la mayor rapidez posible.

—No.

—¡Pues entonces vete!

Era evidente que la documentación que había rociado el suelo era de alto voltaje, tanto como para olvidar que segundos antes de que se desparramara pretendía retenerme en la oficina con el único afán de fastidiarme. Arriesgué una vez más y desatendí sus órdenes. En realidad, no sé lo que pesaba más para tomar la decisión de retarle, si la curiosidad de saber el contenido de aquellos documentos o simplemente la sensación que me invadía al poder mirarle por primera vez desde arriba viéndole enrojecer por la ira. Comencé a leer en silencio:

Expediente 5.321.

152 bajas efectivas, 203 bajas pendientes.

Mis ojos iban a toda velocidad tratando de leer los aspectos más resaltados de aquel documento. Estaba lleno de tablas sacadas aparentemente de hojas de cálculo en las que se mostraban estadísticas y datos que pretendían llegar a un objetivo final.

Disolución HPLN.

Mis manos empezaron a temblar segundos antes de que Torralbo me arrancara de cuajo parte de los papeles que tenía entre las manos llegando incluso a desgarrarlos ligeramente.

—¡Tú no sabes lo que es una orden!

Estuve a punto de contestarle que si hubiera querido recibir órdenes me hubiera alistado en el ejército, pero las ideas se borraron de mi mente al posar la vista en los papeles que aún quedaban en mis manos. Era una lista llena de nombres conocidos con referencias a un anexo en el que se detallaba la fisonomía de cada una de aquellas personas con tanto detalle que no hubiera sido necesario que se acompañase de una foto para imaginarse a la perfección como eran. Esas fichas contenían no solo el historial profesional de la gente sino valoraciones llenas de subjetividad, en su mayoría negativas, que convirtieron mi mente en un auténtico hervidero. La tensión de mis manos no fue suficiente para que Torralbo consiguiera arrancarme la documentación que todavía quedaba en mí poder.

—¡No sabes acatar una puta orden! — me quede quieta pensando que debía hacer en ese momento con lo que acaba de descubrir—. ¡Vete ahora mismo o lo siguiente que vas a ver es tu carta de despido encima de la mesa! —tardé en reaccionar, quizás fueran tres o cuatro segundos, pero los movimientos de mi cuerpo no fueron inmediatos, mis neuronas corrían a toda velocidad dentro de mi cerebro intentando no chocarse y ordenar lo que acababa de leer. Era más que evidente, que mis compañeros no entendían nada de lo sucedido. No iba a quedarme para saber si me daba la carta de despido o seguía el ritual que días antes había escuchado en un ascensor. Giré sobre mis pies y me fui de allí sin cruzar una palabra más, pero antes tuve la necesidad de ir

a ver a Germán, tenía que hacer una última comprobación.
—Tiene que hacerme un favor, *Sir Germán*— le dije a bocajarro.
—Usted dirá, *Lady Muller*.
—Necesito que revise las grabaciones de las cámaras de seguridad del archivo central de hace un rato.
—¿Por qué quiere que haga eso?
—Confíe en mí, por favor —se puso a teclear en el ordenador para localizar la información que le había solicitado.
—Creo que una de las cámaras estaba averiada, recuerdo un parte reciente en el que se solicitaba su sustitución.
Las imágenes mostraban en intervalos de tiempo muy poco espaciados, tres personas en el interior de la cámara acorazada en la que se custodiaba la documentación más preciada y confidencial de la empresa. La oscuridad y la fortuna de que, no una, sino hasta tres de las cámaras de video vigilancia estuviesen totalmente desenfocadas, ayudaban a que fuese muy difícil su identificación, aunque no necesitaba ninguna aclaración para saber que tres personas eran.
—Gracias, *Sir German*. Acaba de salvar la vida a una persona con la información que me ha facilitado. Pero es importante que recuerde que, no me ha visto y no he estado aquí nunca.
—Si me promete que se cuidará como debe, mis labios quedaran sellados.
—Cada vez siento más la necesidad de hacerlo—dije con una euforia que incluso a mí me sorprendió.
—No sabe como me alegra oírle decir algo así, *Lady Muller*, he sabido de su agresión—su rostro se llenó de una tristeza real y sentida—. Traté de ayudar para desenmascarar a ese canalla, pero los circuitos de seguridad no funcionan como deberían. Desde que no está el señor Brun, las cosas no funcionan igual.
—*Sir German*, quizás el que las cosas cada vez estén más abandonadas no haya ayudado en todas las ocasiones, pero en esta le puedo asegurar que me alegro de que no funcionen como deben—batí mi mano a modo de despedida para dirigirme al garaje, pero el guardia de seguridad me dio el alto—. *Lady Muller*, no se vaya aún—regresé sobre mis pasos—. El señor Brun me dio esto para usted— dejó un sobre en mis manos—. Dijo que tenía un largo viaje por delante y que no podía dárselo en persona. Nunca pensé que sería la última vez que volvería a verlo con vida.
—Descubriremos que ha pasado—por alguna extraña razón aquel día esas palabras adquirieron la fuerza que nunca antes habían tenido—. Gracias por todo, *Sir Germán*. Siempre ha sido mi ángel de la guarda— me incliné sobre el mostrador para recoger el sobre que Francis había dejado y lo abrí inmediatamente para ver que tenía en su interior. Algo se encendió en mi mente inmediatamente. De pronto, todo empezaba a tener sentido.

57

Alex

Al llegar a casa me sorprendió no encontrar la radio puesta, me estaba acostumbrando a las rutinas de Unax y esa era una de las que más me gustaban. Saludé en voz alta para buscar su respuesta mientras entraba en la habitación a dejar mis cosas. No tardé en oír sus pasos bajando las escaleras.

—Hola— al darme la vuelta lo vi apoyado en el marco de la puerta—. Veo que no has dejado atrás la manía de tenerlo todo bien ordenado.

—No es una manía— le corregí mientras le agasajaba con una sonrisa y colgaba la gabardina en el perchero—. Es una virtud.

—O un TOC según se mire.

—¿Has metido a una trastornada en tu casa?

—Buscaba alguien que estuviera a la altura y parece que la he encontrado, aunque me reservo el privilegio de meterme contigo cuando me venga en gana, y a juzgar por la cara que estás poniendo, creo que lo haré bastante a menudo— me giré para tirarle un cojín que dio en el blanco.

—Eh, eso es juego sucio.

—Puedo defenderme como una leona— me miró con muchas intenciones reflejadas en su mirada, pero siguió sin entrar en el que se suponía mi espacio.

—La cena está lista— su reacción me pilló por sorpresa. Estábamos divirtiéndonos por eso contraataqué.

—¡La cena puede esperar! —me devolvió el cojín desde dónde se encontraba y al hacerlo golpeó la gabardina que estaba colgada en el perchero provocando que el sobre que me había dado Germán cayera al suelo.

—¿Qué es eso?

—Francis se lo dio al guarda de seguridad de Hoplan para mí.

—¿Sabes lo que hay dentro?

—Si, pero quiero que lo veas tú también—contesté mientras lo recogía y se lo dejaba ver.

—*Cueste lo que Cueste*—leyó—. Este no es….

—El libro de Lidia Blanch que Francis rescató de la estantería de su habitación.

—Te espero en la cocina en diez minutos—Unax se giró dejándome con cara de tonta.

—¿En serio? ¿No te genera curiosidad? —fui detrás de él hasta llegar a la cocina—. En ese libro tiene que haber algo más que los recortes que encontramos. ¿Por qué sino me iba a dejar esta nota? —nos sentamos en la enorme isla de la cocina uno frente al otro con sendos platos que efectivamente contenían la cena, pero no dijo nada más.

¿A qué venía ese cambio de actitud tan repentino?

Unax no dejaba de remover el contenido de su plato de un lado a otro, como si le estuviese contando algo a los trozos de pescado que había en su interior.

—¿No te gusta lo que has cocinado? — levantó la cabeza, movido por el sonido de mí voz. Creo que ni siquiera sabía lo que le había preguntado—. A mí me parece que esta delicioso, me sorprende lo bien que te desenvuelves en la cocina. Podría acostumbrarme fácilmente— me regalo una sonrisa lo que me ayudó a insistir—. ¿No tienes hambre?

—No mucha.

—¿Quieres que prepare otra cosa? No estará tan rico, pero me gustaría contribuir en algo para dejar de parecer la invitada.
—¿Te quedaras a vivir aquí? — su mirada se intensificó.
—¿Qué pasa Unax? — se levantó para retirar su plato y tirar los restos de comida que no pensaba comer—. ¿He hecho algo que no debía? —se mantuvo de espalda a mi—. Si hay algo que tengas que decirme puedes hacerlo, no me va a parecer mal.
—¿Por qué siempre piensas que si hay algo que no va bien es por tu culpa? — no tenía respuesta a eso—. No tiene importancia, simplemente está siendo un día complicado.
—¿Problemas en el trabajo?
—¿No vas a parar hasta que te lo cuente? — levante los hombros—. Deberíamos ser los dos igual de sinceros, ¿no te parece?
—He aceptado vivir contigo, creo que es una buena base para nuestra amistad o lo que quiera que sea esto. Lo siento, sino es lo que esperabas, pero no puedo evitar tomar precauciones, aún no tengo demasiado claro a lo que me enfrento — meditó mis palabras.
—¿Crees que los deseos se cumplen si sueñas insistentemente con ellos?
—Creo que nada se consigue sin esfuerzo.
—Entonces no sé como hacer esto.
—¿Hacer qué?
—Demostrarte que eres lo mejor que me ha pasado— un escalofrío recorrió todo mi cuerpo—. Lo he intentado, te juro que lo he intentado, pero no puedo. Tengo que frenar mis instintos más primarios cada vez que cruzas esa puerta para ir a Hoplan—me miró fijamente para comprobar que escuchaba lo que tenía que decirme—. Vimos el cuerpo sin vida de Francis y ahora descubres que te dejó un sobre con: *¡Dios sabe qué...!,* justo antes de que lo mataran. Sólo pensar que pueden volver a hacerte daño me trastorna, si alguien tuviera la más mínima sospecha…
—Nadie sospecha que lo han asesinado, al menos en Hoplan no ha trascendido aún la noticia.
—Maialen sabe hacer muy bien su trabajo.
—¿Crees que habrán encontrado nuestras huellas en la escena del crimen?
—Hablas como en las películas de suspense—al menos pude ver como esbozaba una ligera sonrisa al decirlo—. Supongo que la inspectora no tarde en decírnoslo, pero por nuestro bien espero que no haya quedado ningún rastro de que estuvimos allí.
—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Qué nos descubran?
—Supongo que es una más de las preocupaciones que tengo.
—¿Vas a decirme de una vez que es lo que pasa? —supongo que pensó que era una tontería alargarlo más tiempo, pero el giro de los acontecimientos me dejó descolocada.
—Eric me ha llamado esta mañana.
—¿Qué? ¿Cómo ha conseguido tu número de teléfono? — fue lo primero que se me ocurrió preguntar porque su contacto directo era un privilegio del que podíamos disfrutar muy pocas personas de su entorno.
—Llamó al hospital con la excusa de saber como te encontrabas.
—¿Por qué no me llamó a mí?
—No le coges el teléfono.
—¿Estas enamorada de él? —soltó a bocajarro.
—¿A qué viene eso ahora?
—Viene a que el beso de anoche para mi significó muchas cosas.
—Unax, ya te dije que ese beso sólo fue parte de nuestro plan de huida.
—Sabes que eso no es cierto. Estaba allí, ¿recuerdas? —no quería hablar de ello. Confesar el

vértigo que me provocaba su contacto me hubiera dejado totalmente desarmada—. Necesito que me expliques por qué él. Puedo entender que después de diez años rehagas tu vida, pero ¿con él? Te forzó Alex, ¿cómo se puede perdonar algo así?
—A veces yo misma me he hecho esas preguntas, pero luego…estuvo a mi lado cuando todo se derrumbó a mi alrededor. Sus promesas se cumplieron. No me falló. No desapareció.
—Joder, Alex, nunca quise irme…—las emociones se amontonaban en mi pecho.
—Pero lo hiciste.
—Renunciar a algo no tiene por qué significar que no lo quieras. Simplemente puede significar, que no estás preparado para aceptarlo cuando se te presenta. No era el momento para darte lo mejor de mí.
—¿Quién lo sabía Unax? ¿Lo sabías tú? Porque yo sólo sentí que volví a caerme por un precipicio sin una mochila que frenase mi caída. Sentí que ya no estabas para coger mi mano. Me sentí sola.
—Y él se aprovechó de esa vulnerabilidad.
—Te fuiste Unax…— me dolía el pecho.
—Necesitaba pensar… En aquel momento era lo mejor para nosotros.
—¿Para nosotros? Nunca hubo un nosotros. Sólo fue una estúpida ilusión.
—Estúpida o no, yo no lo he podido olvidar—su mirada era suplicante—. Los dos estábamos heridos, ¿cómo iba a ayudarte si yo mismo estaba hecho polvo?
—¡No soy una maldita muñeca de porcelana!
—No lo eres—suspiró—. Por eso, me martirizo cada vez que cruzas esa puerta camino del trabajo. Estás echándole un pulso a la vida y a quienes te tienen en el punto de mira. Siempre has sido fuerte por ti misma no necesitabas a nadie que te hiciese creer lo contrario.
—Te equivocas Unax, te necesitaba a ti.
—Joder Alex, no me lo pongas más difícil. Me enamoré como un gilipollas, nos propusimos desde un primer momento que sólo seríamos amigos y no pude cumplirlo. Después todo se fue a la mierda. Me fui de cabeza al mayor lodazal de mi vida y sino es por Maialen, Beiñat y John no sé dónde estaría— recordé el episodio en Ámsterdam—. Son mi familia. Les debo muchas cosas y entre ellas, la oportunidad de estar hablando ahora mismo contigo.
—Quizás simplemente tenía que ser así. Si lo piensas no era nada fácil. Hubiéramos acabado echándonos en cara las cosas a las que habíamos tenido que renunciar.
—No lo hagas, Alex.
—¿Qué es lo que no tengo que hacer?
—Engañarte. Engañarme.
—No lo hago.
—El amor se siente, Alex. Te nubla la razón, te hace estremecer de pies a cabeza, incluso te arruga las tripas y eso se sabe con un simple beso.
—No es tan fácil.
—Las cosas no son fáciles si no dejamos que lo sean.
—Ha sido demasiado tiempo tratando de recomponer los pedazos. Un tiempo en el que dejé entrar en mi vida a otra persona— se llevó las manos al pelo y tiró buscando mantener la calma de alguna manera—. ¿Qué quería Eric?
—Supongo que recuperarte—exhaló el aire que tenía en los pulmones con fuerza y tiró de mi cuerpo para envolverme en un abrazo que me desmadejó—. Tienes que saber que esta vez no voy a rendirme tan fácilmente. Esta vez, sean cuales sean sus deseos me importan una mierda y no pienso ponérselo tan fácil como lo hice en el pasado.

Nadie nunca me había abrazado de aquel modo. No puse resistencia. Dejé que envolviera mi cuerpo con sus brazos. Entonces sentí que el tiempo se comenzaba a diluir a mi alrededor, tanto como para no querer salir de ese momento en el que el ritmo de nuestras respiraciones se acompasaba. Por unos instantes había dejado de tener importancia el contenido del sobre, que Hoplan fuera a desaparecer o que hubiera peligros que me acechaban.

Sólo importaba la paz que sentía envuelta en unos brazos.

58

Unax

Aún sentía el aroma del perfume de Alex en mi ropa cuando sonó el teléfono.
—¿Unax Zabaleta? — alguien pronunció mi nombre al otro lado de la línea telefónica. No era una voz conocida.
—Soy yo.
—No sé si me recuerda. Soy la doctora Martínez, la psiquiatra que trata a la señora Ane Hankiewicz— mi corazón incrementó sus pulsaciones.
—¿Ane Hankiewicz?
—En su historial clínico figura como su pariente. Es usted su hijo, ¿verdad?
—Debe de tratarse de un error, mi madre es Ane Gorostiza.
—En efecto, mantuvo su apellido mientras duró su primer matrimonio con Kepa Zabaleta, según figura en su expediente. Fruto de este matrimonio nació un hijo varón, Unax Zabaleta que sin duda es usted— tragué saliva—. Hemos tenido el gusto de verle con frecuencia visitar a su madre. Sin embargo, en su historial consta que adoptó el apellido Hankiewicz al contraer segundas nupcias con Aron Hankiewicz, matrimonio del que...— retiré el teléfono de mi oído. No había entendido nunca aquel segundo episodio en la vida de mi madre, ni siquiera en mis visitas había querido sacar el tema. Era agua pasada, pero conocer la identidad de aquel hombre me revolvió el estómago—. ¿Señor Zabaleta sigue ahí? — oí que gritaba al otro lado del auricular buscando mi atención.
—Dígame que ha sucedido, por favor— era evidente que estaba demasiado alterado. El día se estaba convirtiendo en un *día de mierda* sin buscarlo—. Soy médico, sabré encajar lo que tenga que decirme.
—¿Está seguro?
—Lo estoy.
—Señor Zabaleta. Su padrastro, Aron Hankiewicz, acaba de fallecer en extrañas circunstancias y su madre Ane Hankiewicz está irreconocible.
—Gorostiza, se llama Ane Gorostiza— obvié la mención que había hecho a mi padrastro mientras notaba que el teléfono se resbalaba entre mis dedos.

Con las llaves de la moto en la mano, puse rumbo a la costa vizcaína. Sólo esperaba volver con alguna certeza y no cargado de más dudas.

Cuando abrí la puerta de la que fuera la casa de mi infancia sentí el olor a cerrado y humedad. La estancia estaba oscura, pero recordaba palmo a palmo cada rincón de aquella casa. Me acerqué al cuadro eléctrico y al levantar los plomos comprobé que no había luz, seguro que la habían cortado por falta de pago. Me dirigí a la cocina para levantar la persiana de la ventana y al hacerlo mi mente me hizo viajar a uno de tantos días de cuando era niño.

Todos los ingredientes estaban sobre la pulcra encimera de la cocina dispuestos por riguroso orden de participación en la receta. Permanecían perfectamente alineados en sus recipientes a la espera de ser utilizados mientras mi madre daba los últimos retoques mentales por si se había olvidado de algo. Cuando se dio por satisfecha se animó haciendo un leve movimiento afirmativo acercando su barbilla al pecho, encendió el fuego y sobre él, dispuso una cazuela de

barro con un generoso chorro de aceite y dos ajos. Para ella, uno de los mayores secretos de un plato rico y sabroso era tener los tiempos de preparación bien medidos y la superficie de trabajo limpia y ordenada, por lo que no se podía perder el tiempo buscando ingredientes o limpiando los alrededores por no haberlo hecho previamente. Cuando se comenzaba con el ritual de cocinar, toda la atención debía centrarse en el plato que se estaba cocinando sino se corría el riesgo de echarlo a perder.
Los ajos empezaban a dorarse, indicando que era el momento de sellar los tacos de bacalao que llevaban desalándose dos días en agua. Era fresco, barato, traído directamente del puerto de Pasajes sin pasar por las lonjas (10). Retiró los lomos de bacalao del fuego a una bandeja, previamente preparada, a la espera de que llegase nuevamente su turno en la cazuela y vació en ella las dos cebollas blancas y las dos cebollas moradas cortadas en juliana que tenía preparadas para que comenzasen a pocharse a fuego lento. Una vez adquirieron el dorado suficiente, hizo hueco en la cazuela a la carne del pimiento choricero y no dudó en mezclar los ingredientes y removerlos con la oscurecida y experimentada cuchara de madera. Muchos echarían en falta la salsa de tomate, pero ella prefería seguir siendo fiel a la costumbre que había ido pasando generación tras generación. Miró el reloj que presidía la puerta de acceso a la cocina y calculó los veinte minutos de cocción que restaban a la salsa mientras yo la observaba sentado en la mesa esperando a que llegase mi padre.
—Umm, gozo, gozo (11) … — entró en la cocina olisqueando el aroma del guiso como un animalillo y abrazó a mi madre por la cintura apretando su pecho contra él.
—¡Anda, no me distraigas! — forcejeó inútilmente para deshacerse de aquel amarre. — ¡Lo probarás cuando esté en la mesa como todos los demás!
—Y si no está bueno… y si envenenamos a nuestro invitado… ya sabes que yo me sacrificaría por todos vosotros — mi madre se giró y le dio un beso rápido y discreto en la mejilla.
—No está listo aún y podrías quemarte— mi padre dejó caer una ristra de besos en su cuello—. ¡No me vas a convencer!
—Pizka bat bakarrik (12) ...
—¡Sabes que no me importaría envenenar a nuestro invitado! ¡Así dejaría de molestarnos de una vez! — refunfuñó, pero él siguió con su juego ronroneando a su mujer al oído—. Kepa.…— él gimoteó con una actitud algo infantil y poniendo cara compungida—. Mutiltxo bezala zara, betik negarrez (13). ¡No está terminado aún! — chasqueo la lengua.
—¡Berdin da! (14) ¡Seguro que está tan rico como tú!— aquellas palabras fueron el detonante para ella, había perdido la batalla, mi padre era un experto en conseguir hacer que el carácter de mi madre se suavizase hasta conseguir lo que él quería.
—Está bien, te dejaré probar, pero solo por esta vez— lo que acababa de decir no tenía ninguna solidez, ella lo sabía, pero su marido la hacía feliz y eso la bastaba—. En cinco minutos tengo que triturar la salsa— lo dijo acercando la cuchara de madera a la boca de mi padre—, si preparas la mesa te dejaré probarla también— victorioso dio un cachete en las posaderas a mi madre consiguiendo robarle una sonrisa de las que tanto le gustaban.

Me dirigí al salón con la intención de relajar los recuerdos que comprimían mi pecho, aquella casa era un torbellino de sentimientos que pese a ser maravillosos se convertían en dolorosos por la decisión de mis abuelos que para protegerme me habían alejado de todo aquello. Mi madre provenía de una familia de pescadores arraigados dedicados a la pesca de bajura. Faenaban en los caladeros próximos a la costa pescando anchoa, merluza y sardina. Había quienes como ella misma, trabajaban para las fábricas conserveras, aunque la tradición en su familia mandaba que las mujeres fueran sardineras o rederas. Sin embargo, en el reparto de funciones, por un capricho

del azar, se había visto mejor parada. La *señorita de la sardina* la llamaban en Santurce, con cierto retintín, aquellas que lucían sus manos callosas de hacer nudos para tejer redes de pesca. Se había dormido de niña tantas veces con historias de navíos que encallaban antes de llegar a puerto por los arrecifes y la peligrosa barrera de arena que se desplazaba desde santurtziarra hasta Arrigunaga, que había convertido al mar en una de sus mayores pesadillas. Por eso cuando su corazón se vio fuertemente atrapado por Kepa Zabaleta, sintió cierto alivio al conocer que sus manos no se dedicaban a las duras faenas del mar sino a la construcción de barcos. Aunque a muchos no les gustaba oírlo, escuché muchas veces a mi padre decir que la construcción de barcos a veces era tan dura como el propio mar, se movían en ridículos espacios que apenas permitían cortar, apuntalar o soldar. Soportaban temperaturas gélidas que calaban los huesos y los entumecían. Sobrevolaban por las cabezas de los trabajadores materiales de gran tonelaje exponiéndolos a riesgos no siempre necesarios, algo que quedaba totalmente en el olvido con la botadura de cada nueva embarcación y los galardones que recibía el ingeniero que lo había diseñado.

Abrí uno de los cajones de la vieja cómoda del salón. Estaba lleno de papeles y objetos que recordaban mi infancia. Los fui revisando hasta encontrar un marco con la foto de dos jóvenes abrazados y sonriendo a la cámara. Mi padre era un hombre rudo y de maneras toscas. Alto, corpulento, de recias líneas faciales, tez rojiza curtida por la mezcla del aire y el salitre, pero un hombre con un corazón infinito que tenía abiertas las puertas de su casa para todo el mundo. Mi madre había encontrado su mayor refugio en aquellos fuertes brazos que habían conseguido adormecer los miedos que arrastraba de niña. Adoró a mi padre desde el mismo momento en que cuando tenía diecisiete años se ofreció a descargar la pesca del día de Aizea BI—3, la lancha recién adquirida por su osaba (15). Me contaron que mi padre estaba en el puerto amarrando una embarcación al bolardo de hierro enclavado en el muelle. Estaba centrado en la labor para continuarla subiéndose al barco y ayudar a clasificar la pesca del día en las jaulas que llevarían a las lonjas. Ni siquiera se había fijado en mi madre que no sabía que embrujo la había poseído al verlo. Llevaba días buscando cualquier pretexto para ir de nuevo al muelle con la esperanza de volver a disfrutar de las vistas que le proporcionaba aquel muchacho de anchas espaldas y manos grandes. Hasta que aquel día sus pies se enredaron con las redes que había a la orilla del puerto haciéndola caer sobre una pila de jaulas llenas de sardinas y jureles que había apiladas. El estruendo fue tan grande que captó no solo la atención de mi padre sino la de todos los que se encontraban allí. El olor a pescado que se pegó a su cuerpo no impidió que mi padre le tendiera la mano para sacarla de aquel amasijo de pescado y desde aquel día no se la volviera a soltar. Recuerdo perfectamente que fueron felices mientras la vida les dio la oportunidad de serlo.

Seguí rebuscando. Encontré las notas de cuando iba al colegio, recortes de periódico que mi madre guardaba de barcos que mi padre había construido, los justificantes salariales de la conservera en la que trabajaba mi madre, todo estaba guardado pulcramente en una caja. Fue en ese precio instante cuando decidí que allí no iba a encontrar nada que me sirviera, lo mejorar era hacer una visita a mi madre en el hospital psiquiátrico. Una vez estuvo todo guardado en el mismo sitio en el que lo había encontrado me giré para irme, al hacerlo uno de los papeles de la cómoda se voló, era de la conservera lo cogí hice una foto y se lo envié a John.

Unax: Haz tu magia John.

No necesitó nada más para ponerse a investigar.

59

Karina Hankiewicz
Cinco años antes

Mi incorporación se produjo en un momento en el que la empresa se encontraba en pleno auge. En un momento de exultante felicidad dónde no había carencias. Cualquiera que tuviera ganas de trabajar sería recompensado. Se sentiría útil. Mimado. Algo que a Francis se le daba muy bien hacer, querer a la gente. Había trabajo para todos, buenos salarios, un equipo empresarial cada vez más consolidado, proyectos innovadores que permitían consolidar a los más fieles clientes. Era realmente un momento bueno para todos los que formaban parte del equipo de Hoplan & Orleal Consulting. El volumen de nuevas contrataciones era muy elevado. Francis apenas disponía de tiempo para participar en todas las negociaciones que se llevaran a cabo antes de que se produjese la firma definitiva de cualquier contrato. Esa fue la excusa perfecta para contratar a alguien que pudiese apoyarle con la formalización de todas las negociaciones. Alguien que se convirtiese en sus ojos. Alguien que fuese su sombra. Alguien como yo.

Habían pasado candidatos de toda índole. Recién licenciados, con años de experiencia, con cartas de recomendación, pero ninguno comparable conmigo. Una chica con muy buena apariencia física y algún que otro apoyo sin importancia. Melena rubia muy cuidada, ojos azules, facciones rectas y angulosas que sabía suavizar a la perfección con un cuidado y estudiado maquillaje. Metro setenta, pero subida en unos tacones de infarto. Era evidente que cuidaba mi imagen. Aquel día no sería distinto. Con un traje de chaqueta y falda que definía mis curvas y dejaba ver a la perfección mis estilizadas piernas me convertí en la perfecta ejecutiva. Siempre supe que acabaría utilizando mi apariencia como punto de partida para conseguir mis propósitos. Por eso, aunque Francis fuese de esos que extrañamente parecían ciegos a los destellos de una belleza como la mía no tendría más remedio que contratarme.

Las puertas del ascensor que llevaban a la segunda planta se abrieron dejando que el olor a Chanel nº 5 que impregnaba todo mi cuerpo dejase una estela a mi paso. Exageré el contoneo de mis caderas y de forma altiva me dirigí al incauto que se encontraba en la primera mesa con la que me topé.

—¿Podría decirme dónde se encuentra el despacho del señor Brun? — más que una pregunta sonó a amenaza de muerte, pero el chico lejos de intimidarse por la dureza de mis palabras me escaneo sin ningún tipo de decoro de arriba abajo y de abajo a arriba.

—¿Y usted es?

—La señorita Hankiewicz.

—¿Hank qué? — aunque fui totalmente consciente de que me había entendido a la perfección le repetí mi apellido.

—Hankiewicz.

Era evidente que no estaba acostumbrada a que me hicieran esperar para conseguir las cosas, por insignificantes o vulgares que pudieran ser. Y más evidente era aún, que la actitud de ese tío no me estaba gustando en absoluto.

—Vaya, usted nacional no es.

Había llegado demasiado lejos o quizás había conseguido el propósito que buscaba. Saber el tiempo que era capaz de mantenerme firme sin entrar en cólera.

—Creo que eso no es de su incumbencia, señor…— no me respondió. Ese gilipollas no pensaba

decirme ni siquiera su nombre—. ¿Podría decirme de una vez cual es el despacho del señor Brun?
La tensión se estaba incrementando por momentos. No respondía. ¿Me estaba vacilando?
—Está por ahí al fondo— hizo aspavientos con la mano en el aire y después bajo la vista para continuar con lo que estaba haciendo.
Su actitud dejaba claro que no iba a perder más el tiempo conmigo, supuestamente me había dicho todo lo que necesitaba saber. No perdería más el tiempo con semejante estúpido, me encaminaría hacia la dirección señalada con el único propósito de averiguar por mí misma cuál era exactamente el despacho de Francis Brun, aunque antes tenía pensado darle una lección de humildad, pero entonces apareció ella: ojos de un azul profundo, con una larga melena oscura y excesivamente delgada.
—Venga conmigo. El despacho del señor Brun está al final del pasillo— se puso a mi lado indicándome que la siguiera—. Se ve desde aquí al lado de la maceta que hay al fondo con esa planta tan alta—trató de ser lo más amable que pudo—. Hay un pequeño recibidor a la derecha con asientos dónde podrá sentarse y esperar. No me importa ir con usted hasta el despacho.
No desistí el ofrecimiento de ser acompañada, en realidad me fascinó ese servilismo, era la mejor manera de tener una entrada triunfal. Tendría mayor categoría si era acompañada hasta el lugar en que realizaría la entrevista que a los ojos de todos los allí presentes, me permitiría entrar a trabajar en Hoplan. Al llegar al recibidor me senté en uno de los sillones tapizados de cuero blanco. Dejé en el brazo del asiento mi abrigo perfectamente doblado y a mis pies el bolso. Del que previamente había sacado una pitillera y un mechero.
—¿Hay algún cenicero por aquí?
—Lo siento, no está permitido fumar en las instalaciones— respondió cortésmente aquella chica que me resultaba familiar.
—Lo que no significa que no pueda hacerlo.
—Está prohibido fumar en todo el edificio— juraría que la había visto en alguna parte—. La normativa es muy clara al respecto. No debería hacerlo. Ni usted ni nadie sino quiere tener un problema.
—¿Están escritas en alguna parte esas normas? —obviamente era una pregunta absurda solo quería llevarla al límite. Encendí el cigarrillo sin perder más tiempo.
La puerta del despacho se abrió en ese preciso instante. Francis debió sentir que la conversación podía acabar en tragedia.
—Señorita Hankiewicz, ¿verdad?
Ni confirmé, ni desmentí mi identidad. Ambos sabíamos que no era necesario. Tan sólo inhalé el humo del cigarro, como parte de un ritual perfectamente estudiado para soltarlo lentamente, envolviendo durante unos segundos, los rostros de los allí presentes en una nube de humo.
—¿Podría traerme ese cenicero del que hemos hablado? —fue un dardo dirigido hacia la delgada chica de profundos ojos azules.
—Como he explicado hace unos minutos, no se puede fumar en las instalaciones. Por lo tanto, no disponemos de ningún cenicero—trató de contener su malestar todo lo que pudo, pero la acidez se dejaba ver en sus palabras. No debía de ser algo habitual en ella porque Francis con un simple gesto la hizo entender que debía calmarse. Acto seguido me invitó a pasar al despacho.
Con un aleteo constante de pestañas y caderas cogí mi bolso, agachándome magistralmente sobre los tacones sin perder en ningún momento el equilibrio. Me incliné hacia delante manteniendo la horizontalidad de mi espalda para exponer mi trasero al coger mi abrigó y me

encaminé hacia la flamante planta que se encontraba en una maceta al lado de la puerta de entrada al despacho del director general de Hoplan y realicé mi segunda flexión de piernas para dejar caer la ceniza en la maceta, apagar el cigarrillo y depositar la colilla en la tierra. No sé lo que esa planta significaría, pero conseguí que la chica se quedara pálida.

—Dicen los entendidos que la ceniza es un abono magnifico —adoraba cuando conseguía noquear emocionalmente a alguien. Aquel era uno de esos momentos. Entré en el despacho y Francis, evitando mirarme, me siguió cerrando rápidamente la puerta detrás de mí.

Mi actitud fue incomprensible para ellos. Una desconocida marcando los tiempos de actuación. Todavía me relamo del gusto cuando al pasar por delante de todos ellos para irme se llamaron por teléfono de una mesa a otra.

—¡Es una arpía! —escuché decir a uno de ellos.

—Puede ser, pero tiene una buena delantera—dijo otro.

—¿Y eso qué importa? Si la contrata estará metiendo en Hoplan al mismísimo demonio. Lo presiento—vislumbró la delgaducha.

Aquella visita finalizó con mi contratación. Karina Hankiewicz apoyo directo al director general de la empresa.

No agradó a muchos.

Repateó a otros.

Y, en definitiva, fue difícil para ellos hacerse a la idea de que tendrían que convivir conmigo a diario, pero minuto a minuto afiancé relaciones con mis prominentes escotes. Día tras día atraje clientes con mi cuerpo escultural. Mes tras mes trabaje por el bien de Hoplan mostrando unas dotes de seducción que hacían enrojecer a más de uno. En definitiva, año tras año logré engañarlos y acabar en el departamento de Contabilidad desde donde podría controlar a mí antojo las partidas presupuestarias de la empresa.

60

Alex

Empujé con demasiada fuerza la puerta del despacho de John. Después de contarle a Unax lo sucedido en Hoplan, el siguiente en mi lista de prioridades era él. Necesitaba trasmitirle el contenido de los papeles que había arrebatado por un tiempo a Torralbo que confirmaban muchas cosas de las que llevaban sucediendo a nuestro alrededor. Que después de hablar con John la información le llegaría a Lucía, intuía que era cuestión de minutos, los tres necesitábamos saber por qué no habíamos sido de los primeros en ser despedidos, tenía que haber un motivo y era necesario averiguarlo lo antes posible si no queríamos perder esa batalla. La puerta se golpeó contra la pared sin que pudiera evitarlo produciendo un estruendo demasiado acorde con la escena que me encontré en el interior. La sangre de mi cuerpo aterrizó de golpe en mis pies.
—Joder *Sandra*, ¿no sabes llamar a la puerta? — tenía razón, no debía haber entrado así.
—Lo siento, no pensé... En realidad...no quería interrumpir— Lucía se bajaba de la mesa del despacho de John y se recomponía mirándome fijamente sin ningún tipo de pudor.
—Es una bonita manera de demostrarlo— respondió algo ofuscado.
—Me alegro por vosotros, en serio— me giré para salir por la puerta, pero antes les advertí—. Tenéis que echar el pestillo— Lucía había terminado de arreglarse y se rio ante mi comentario.
—No te vayas—John me dio el alto antes de que saliera por donde había entrado—, la libido se acaba de ir por la puerta por la que has entrado—me reí entre dientes mientras Lucía se sentaba de nuevo encima de la mesa una vez recompuesta.
—Sabía que estabais hechos el uno para el otro, era demasiado evidente que esto iba a suceder— sentí que mi instinto no me había fallado.
—Déjate de historias y suelta de una vez que te ha hecho entrar como un elefante en una cacharrería.
—Es algo muy gordo.
—¿Tanto como para interrumpir un revolcón? — era la primera vez que Lucía abría la boca y me sorprendió la naturalidad con la que trataba lo que acababa de suceder.
—¿Un revolcón? — respondió airado John—. Esto no iba a ser un revolcón.
—Mejor vengo en otro momento — insistí.
—De eso nada, tú te quedas — John me agarró por el brazo y me acercó hasta uno de los sillones para sentarme al tiempo que cerraba la puerta del despacho—. Creo que la *Mata Hari* y yo no tenemos mucho más de que hablar — tuve que contener la risa. La tensión entre aquellos dos era palpable tanto como para saber que en cuanto tuvieran la más mínima oportunidad iban a rematar el encuentro que acababa de fastidiar con mi inoportuna aparición.
—En realidad quería contároslo a los dos así que me viene bien que ella este aquí— tardaron unos segundos en reaccionar—. Lucía, ayer cuando nos cruzamos por el pasillo Karina salió de la cámara acorazada detrás de ti.
—¿Supo que era yo quién estaba dentro?
—No, no lo supo y tampoco lo sabrá. Germán me dejó ver las imágenes que recogieron las cámaras de seguridad. Por fortuna parte del recorrido no está visible, no se han registrado movimientos, las cámaras están averiadas.
—¿Estás segura?
—Totalmente.

—Entonces como has podido saberlo tú.
—Me crucé contigo en el pasillo. Tu cara me lo dijo, pero ellos no te vieron. Las cámaras que han podido grabar alguna imagen distinguen la presencia de tres personas, pero en el interior no coincidieron al mismo tiempo. No se puede identificar a ninguna, son demasiado borrosas.
—¿Había una tercera persona?
—Sospecho que puede ser Torralbo. Apareció poco después de que Karina dejara de echar pestes por la boca para tratar de descubrir quién había estado en la cámara acorazada.
—¿Qué hacía él allí?
—¿Qué hacías tú Lucía?
—John me facilitó el nombre de una empresa de la que debía localizar su expediente—me confesó sin miramientos.
—¿Lo hiciste? ¿La localizaste?
—Estaba a punto de darme por vencida cuando un ruido me alertó de que no estaba sola. En lugar de alejarme tuve el instinto de aproximarme hacía el sonido, procedía de una zona de la cámara acorazada en la que nunca había estado. Desde la distancia pude ver que alguien salía de detrás de una estantería que movía y pegaba de nuevo contra la pared.
—¿Pudiste ver quién era?
—No, no pude verlo. Estaba demasiado nerviosa intentando no ser descubierta. Me mantuve en el mismo lugar, sin moverme, esperando a que la zona quedase despejada para poder acceder a ella. Cuando sentí que la puerta de la cámara acorazada se cerraba y me dejaba vía libre fui directa hacia la estantería. Repetí el mismo movimiento que había visto hacer minutos antes y la estantería se desplazó sin ninguna dificultad iluminando un pequeño cuarto cuyas paredes estaban cubiertas por armarios metálicos. Me acerqué y abrí las puertas de varios de ellos, estaban repletos de documentación. Eché un vistazo por encima, lo que había en ese lugar no tenía ningún sentido para mí, hasta que di con una cajonera escondida entre unas cajas de cartón vacías. Pesé que si habían querido ocultarla es porque en ella había algo importante. Rebusqué en su interior, y encontré lo que buscaba información sobre Rodes Company.
—¿Por qué pusiste en peligro a Lucía para buscar información de Rodes? ¿No se supone que habías rastreado palmo a palmo tu ordenador y estaba limpio? ¿Podías haber seguido investigando con él?
—Empecé a tener serias dudas de que estuviera en lo cierto. Cuando me dijiste que en Berlín al teclear el nombre Rodes Company se provocó la catástrofe en tu ordenador portátil, pensé que quizás ninguno de nosotros teníamos a salvo todos nuestros datos.
—¿Fue ese el motivo de que no siguieses investigando la contabilidad de la empresa?
—Eso y que repentinamente el hueco que había encontrado para acceder a las cuentas se cerró. Sólo nos quedaba una opción. Rezar para que hubiese una copia en papel de los movimientos que se están haciendo en esa cuenta.
—Y ahí es donde entraba el archivo de Hoplan y Lucía.
—Normalmente cuando hay una contabilidad B, existe una doble vía de trabajo y la más segura para destruirse en caso de peligro sin dejar rastro es el papel.
—¿Pudisteis descubrir algo? —la explicación de John desató mi curiosidad.
—Poca cosa—me respondió Lucía—, cuando estaba fotografiando parte de la documentación que necesitábamos oí de nuevo ruidos en el exterior. No recuerdo bien si dejé todos los expedientes en la misma posición en la que los había encontrado para no dejar ninguna sospecha, pero tenía que salir de allí cuanto antes, si lo que había podido fotografiar no era suficiente tendría que volver a hacer una incursión al escondite que acababa de descubrir. El resto de mi

huida ya lo conoces.
—Es probable que fuera Torralbo quien llegó primero al archivo, después llegaste tú y Karina lo hizo en tercer lugar—reflexioné—. Querría localizarlo a él, pero en su lugar estabas tú. Es probable que ella te viera, aunque no te reconoció.
—¿Estás segura de que las cámaras no me identificaran?
—Solo se ven sombras, pero supo que no eras Torralbo porque se comunicó con él mientras estaba en la cámara acorazada. Se puede apreciar como hace una llamada por teléfono.
—Confío en que tengas razón, de otra manera las cosas se pondrán muy negras para mí.
—No creas que las cosas se pueden poner mucho peor de lo que ya están.
—Le ha dado por los jeroglíficos, ¿señorita Muller? —me vaciló John.
—Karina llegó antes que Torralbo al departamento. Estaba muy nerviosa quería saber a toda costa quién había estado en la cámara acorazada. Cuando se refugió en su despacho apareció Torralbo, llevaba en las manos un cilindro con papeles que acabaron desperdigándose por el suelo y que a juzgar por lo que contenían fue la información que sacó del mismo lugar en el que encontraste los datos de Rodes.
—¿A qué esperas para decirnos que contenían esos papeles? —el irlandés rezumaba curiosidad por los cuatro costados, por lo que no descuidé el momento para darle la respuesta que necesitaba.
—Contenía la prueba de que quieren disolver Hoplan.
—¿Qué?
—Creo que es lo que llevan pretendiendo hacer desde el principio y Francis lo descubrió.
—Eso es imposible lo sabríamos en Recursos Humanos.
—Hace unos días coincidí en el ascensor con tres empleados de la nueva compañía de seguros que se ha instalado en la cuarta planta. Daban por hecho que querían acabar con Hoplan y que nos estaban despidiendo poco a poco. Quise contártelo en aquel momento, pero han pasado tantas cosas que olvidé hacerlo. Cuando tuve en mis propias manos las pruebas que lo demostraban me temblaron las piernas. Las salidas que ha habido y, de las que los escuché hablar, no son un reajuste de plantilla por la pérdida paulatina de clientes sino que son parte de un plan prefijado.
—¿Cómo estás tan segura?
—Porque pude ver los datos reflejados en los documentos. La diferencia entre las bajas y la plantilla en activo sumaban el total de empleados que había en Hoplan.
—Joder, ahora lo entiendo todo— John se retiró el pelo de la cara que aún estaba sin recoger en su habitual moño porque, supuse que, Lucía se lo había soltado en el conato de pasión que me había encargado de fastidiar yo misma—. Francis lo supo antes que ninguno. Por eso, quiso reforzar la seguridad. Trataba de evitar la fuga de información o peor aún, que le implicaran en algún fraude que no había cometido.
—Ese era el motivo por el que Torralbo estaba al tanto de todo, le informaban desde dentro y ahora sabemos al menos una de las personas que lo hacía.
—Karina Hankiewicz.
—Pero con la muerte de Francis tienen un problema que no habían previsto.
—Los clientes.
—Eso es, quieren frenar la fuga de clientes, y quieren hacerlo creando una nueva empresa con una nueva plantilla, pero extrayendo previamente el conocimiento de los recursos claves. Ese es el motivo por el que nosotros seguimos aquí y no hemos encabezado la lista cuando seríamos los primeros de los que se hubieran deshecho.

—Por eso el traspaso de dinero desde Hoplan a otras empresas que actúan como empresas pantallas de Rodes Company—acuñó Lucía—. Mientras destruyen Hoplan se preparan para la creación de la empresa sucesora.
—¿Me podéis aclarar eso? —pregunté totalmente perdida.
—Lucía consiguió fotografiar el documento constitutivo de la sociedad de Rodes Company, facturas y listados de movimientos bancarios entre cuentas de distintas empresas. Sin embargo, hubo un movimiento que llamó especialmente nuestra atención.
—Quinientos millones de euros— Lucía paladeo la cifra como si contara cada billete—. Rodes Company se constituyó con la astronómica cifra de quinientos millones de euros—John continuó perfectamente el relato como si tuvieran ensayada la exposición de los hechos.
—¿De dónde sacaron semejante cantidad de dinero?
—Eso es lo que pretendemos averiguar—recalcó Lucía—. Semejante cantidad de dinero parece estar ligada a algo no demasiado legal.
—¿Habláis de un robo? — pregunté mientras observaba como John se rascaba la barba pensativa.
—Los movimientos de cuentas que he podido detectar. Dejan señales claras de que tienen los medios para desfalcar a cualquier ciudadano de a pie sin dejar rastro, pero creo que es algo más gordo. Es mucho dinero. Creo que Francis llegó a conseguir más información de la que nosotros tenemos ahora y quizás, ese fuera el detonante para que lo mataran.
—Lo que dices tiene sentido, ¿quién podría conocer la existencia de cuentas con cifras tan altas de dinero? —pensé en voz alta—. ¿quién fue el que facilitó a la posible víctima o víctimas del robo? ¿Quién se mueve en ese mundo oscuro y delictivo?
—Un ciberdelincuente—respondió Lucía—. No hay otro modo de perpetuar un robo de tal calibre y quedar, al menos por un tiempo, impune.
—Quizás estamos pensando que detrás de todo esto hay una persona, pero a lo mejor son varias. Quizás son una mafia.
—¿Qué interés puede tener Hoplan para la mafia? Es absurdo—John no lo veía claro.
—¿Y en mí? ¿Qué interés pueden tener en mi para llegar a agredirme y querer quitarme de en medio a toda costa?
—Quizás sólo querían saber hasta qué punto conocías lo que estaba pasando. Al fin y al cabo, la buena relación que manteníais Francis y tu no es ajena a ninguno de los que conformamos Hoplan. Quizás ese fuera uno de los detonantes para que se fijaran en ti.
—Es evidente que seguimos sin tener ni la más remota idea del desencadenante de todo lo que está pasando. No sabemos nada, John, solo migajas. Quieren acabar con Hoplan, han matado a Francis porque probablemente sabía demasiado y quizás, sólo quizás, quieran acabar conmigo y por extensión con todos los que estamos metiendo las narices en el futuro al que quieren llegar. Creo que no somos conscientes aún del peligro que corremos.
—Tenemos un pendrive.
—¿Aún no se lo has entregado a Maialen? —negó con la cabeza.
—Lo tenemos, pero no sabemos lo que contiene, eso es como no tener nada—rezongó Lucía.
—A lo mejor hay otro hilo del que tirar y podemos llegar a la raíz de todo esto por otra vía — en ese momento recordé que en el bolsillo de mi chaqueta llevaba el sobre que Germán me había dado—. Francis dejó esto para mi— John cogió el sobre para abrirlo—. Le dijo a Germán que se iba de viaje y no podía dármelo personalmente— abrió el sobre.
—¿Qué es esto? — saqué del bolso el libro al que hacía referencia y abrí la primera página. En el margen inferior había una secuencia numérica asociada a cada una de las letras del abecedario.

—¿Este no es uno de los libros que escribía la mujer de Francis? — John no entendía la conexión que podía haber entre Lidia y lo que queríamos descubrir.
—Si, es uno de sus libros, pero también es algo más—los dos me miraron con atención—. El matrimonio parecía tener motivos que les obligaban a comunicarse a través de un código que sólo ellos entendían. Francis sintió la necesidad de enseñarme la existencia de ese código de comunicación, lo creía un medio seguro para darme la información que había descubierto. Ese es el motivo de que le dejará a Germán el sobre con el título del libro que contenía la clave para entenderlo.
—Que se comunicaran con un código que solo ellos dos conocían quizás tenga algo que ver con las malas relaciones que Francis Brun tenía con su familia política—aclaró Lucía.
—Tal vez, aún no lo sé, pero voy a averiguarlo. En el libro se encuentran las respuestas a todas nuestras dudas. Francis nos está mostrando en este libro las instrucciones precisas para que podamos resolver el enigma, sólo tengo que colocar las letras marcadas entre las páginas de los libros siguiendo el orden del código numérico que se reflejaba en las páginas iniciales. Sólo necesito hacer una última comprobación para comprobar que lo que creo haber averiguado es cierto.
—Somos todo oídos.
—¿Aún conservas el sobre que contenía el pendrive, John?
—Si, lo debo tener guardado en alguno de estos cajones.
—En alguno—dijo con sorna Lucía—, probablemente sabe la localización exacta, el número de cajón y la posición que el sobre ocupa dentro de él—John puso los ojos en blanco, su obsesión por el orden no le había pasado desapercibida a la chica observadora de Recursos Humanos.
—Aquí está.
Lo cogí e inmediatamente una sonrisa asomó a mis labios. La serie numérica de nueve dígitos en la solapa del sobre seguía allí.
—No pensarás dejarnos al margen de lo que sea que hayas descubierto—se quejó John.
—Podéis seguir con vuestros magreos—me reí—. Creo que habéis hecho un descubrimiento lo suficientemente importante en la cámara acorazada como para que podáis festejarlo libremente sin que vuelva a interrumpiros.
—Estas de coña—se quejó John—. No te puedes ir ahora.
—Necesitaré como poco un par de horas, así que *Carpe Diem amigos*—sonreí para mis adentros porque Rocío siempre aparecía en los momentos importantes, aunque no estuviera presente en ellos.
—Cerraré el pestillo—gritó Lucía. En ese momento fue imposible no darse cuenta de la mirada de lujuria que John le dedicó al escucharla.
Al salir del despacho de John apenas tuve tiempo de esconderme detrás de una de las enormes plantas que había en el pasillo cuando Torralbo pasó como una exhalación delante de mí hacía el nuevo lugar de trabajo de Karina dejando la puerta abierta de par en par. Había sido una desfachatez que se adjudicara un despacho, pero que lo hiciera en la misma planta en la que nos encontrábamos y cerca de nosotros sólo significaba que quería tenernos controlados. Algo que quedaba patente después del descubrimiento que habíamos hecho sobre los despidos en Hoplan. Sacarían el máximo provecho de nosotros y una vez que lo hubieran hecho se encargarían de mostrarnos la puerta de salida sin ningún tipo de miramiento. Por eso permanecí oculta, dejarme ver con el libro de Lidia podría acarrearme algún que otro problema. Al ver a Torralbo entrar inesperadamente en el despacho se obligó a guardar con premura en uno de los cajones de la mesa una pashmina que tenía enredada en su cuello. No entendí el porqué de aquel gesto, pero

seguro que no había nada bueno detrás de él. Guardé mejor mi posición detrás de la planta y traté de escuchar.
—Las cosas se están poniendo difíciles— Karina hizo gestos para que bajara la voz y señas de que al otro lado del teléfono había alguien que podía oírle, pero el pecho de Torralbo se hinchaba y hundía con tanta velocidad que por unos segundos temí que le fuera a dar un infarto allí mismo.
Tuve el impulso de abandonar mi posición y acercarme al despacho para oír mejor. La conducta de Torralbo me hacía pensar que merecía la pena correr el riesgo, no parecía haber nadie en los alrededores, salvo Lucía y John que esperaba que se entretuvieran un buen rato en el despacho.
—A juzgar por la cara del nuevo director general el edificio parece que se va a desplomar de una vez por todas— dijo mientras noté que descolgaba el teléfono para guardar la privacidad de quién estuviera al otro lado—. Te lo digo en serio, está rojo como un tomate— aquel comentario no podía haberle hecho ninguna gracia a Torralbo.
—No tonto para eso tenemos que esperar aún un poco más, todo llegará.
¿Con quién demonios estaba hablando?
—Aja...bueno...si lo crees mejor así…—su tono de voz cada vez era más seductor. No podía creer que estuviese tratando de poner cachondo al tipo que estaba al otro lado del auricular con Torralbo en el despacho. Porque eso era lo que estaba haciendo, no había que ser demasiado listo para darse cuenta.
—¡Quieres escucharme de una puta vez! — el gritó que salió de la garganta de Torralbo estuvo a punto de hacer que se me cayera el libro que tenía en las manos. Miré a todos lados por si había alertado a alguien. Afortunadamente para mí, seguía sola, pegada a aquella pared tratando de averiguar todavía no sabía que.
—Dame unos minutos. Te llamo en un rato— escuche decir a Karina—. No, no es eso—silencio —. No seas tonto— era imposible no escuchar la respiración agitada de Torralbo—. Solo serán unos minutos —imaginé que apuñalaba al director general con la mirada—. Venga...vale...adiosssss—oí el sonido que provocaba el teléfono al volver a la base—. Ya puede ser algo de vital importancia porque sino te juro que…
—¿Qué harás? — gritó él mientras Karina bufaba sin añadir ningún comentario—. Quiero que sepas que me estoy cansando de tus estúpidos juegos.
—Lo que estoy haciendo no es un juego, Roberto. Se trata de protegernos si las cosas se ponen feas.
—Ya se están poniendo feas y no te has dado ni cuenta.
—Baja la voz si no quieres complicarlo aún más—sabía que en breve cerrarían la puerta.
—El *guiri* ese sabe algo.
—¿El responsable de Tecnología?
—Ese niñato lleva intentando meter las narices donde no le llaman demasiado tiempo.
—¿Qué es lo que sabe?
—Tiene información de Rodes.
—¿Pero no se suponía que Jairo estaba con eso?
Oír su nombre me produjo una desazón demasiado intensa. Desde el asesinato de Francis su imagen rondaba con demasiada frecuencia en mi mente.

¿Jairo? ¿Jairo era quién estaba impidiendo que John accediese a la información de Rodes? Ciertamente tenía una sólida base informática, pero de ahí a… ¿Jairo era él el hacker que estaba detrás de los ataques a Hoplan? Esa idea empezó a tomar una forma hasta ahora totalmente dormida en mis pensamientos. Tenía que contárselo cuanto antes a John.

—Ese imbécil no sé en qué líos anda metido, pero últimamente está demasiado tiempo ausente— no hubo respuesta por parte de Karina—. Además, está lo de la cámara acorazada.
—¿Crees que era él el que estaba en el bunker?
—Quién iba a ser sino. Le hemos bloqueado el acceso, sólo le quedaba esa opción.
—Él no tiene acceso a la cámara y nadie sabe lo que hay ahí abajo.
—Él no, pero le he visto últimamente en compañía de esa chica de Recursos Humanos. Ha podido darle acceso o hacer ella misma el trabajo sucio—, y luego está lo de Muller—se me heló la sangre al escuchar que me mencionaba—ha tenido acceso al expediente de disolución.
—¿Alexandra? ¿No era John el problema?
—¿Importa eso ahora? Te estoy diciendo que esos niñatos están empezando a estorbar.
—Estupendo— dijo con ironía mientras sentí que se levantaba—, primero lo estropeas todo y luego vienes a que resuelva tus meteduras de pata.
—Te recuerdo que la idea de sacar el expediente de la cámara acorazada fue tuya.
—Y estaba en lo cierto, no es un sitio seguro.
—Estamos los dos metidos en esto así que deja de darme sermones y tomemos cartas en el asunto.
—Estaba trabajando en ello antes de que entraras por la puerta.
—Estabas trabajando la bragueta del tipo con el que hablabas. Si quieres ponérsela dura no lo hagas a mi costa, porque te recuerdo que a todos los efectos tienes delate de ti al nuevo director general de Hoplan.
El portazo que Torralbo dio para insonorizar lo que quiera que fueran a hablar a partir de ese momento hizo temblar la pared y a mí con ella.

61

Unax

Estaba sentada leyendo en un peldaño de la escalera de subida a mi habitación con los pies apoyados en la barandilla. Al verlos descalzos sentí un latigazo en el estómago. Estaba cansado. Llevaba la mayor parte del día en la carretera y ver a mi madre de nuevo había despertado en mí sentimientos que creía superados. Por eso, tener frente a mí el tatuaje que Alex escondía en la planta del pie y que sólo unos pocos teníamos el privilegio de conocer me dejó aún más tocado. Ver de nuevo esa brújula enredada en tres hojas de hiedra que sujetaban la aguja que debería marcar el norte me produjo más rabia aún. Saber que las cosas seguían igual que hacía diez años, que no sabía quiénes eran los causantes del accidente de sus padres, que seguía sufriendo y que estaba en peligro me hizo querer borrar a besos esas tres hojas que simbolizaban a su familia perdida, para poder enredarme en ese tallo fino que se ensortijaba por su tobillo buscando una pequeña esperanza. No se había rendido a la ansiedad, a las dificultades y a los contratiempos. Seguía navegando en busca de respuestas, algo que me atraía irrevocablemente más a ella.

—Hola— no había dejado de mirarme desde que había entrado en casa. Me había dado tiempo a bajarme de la moto a quitarme el casco y a colgar la cazadora antes de que decidiera hablarme.

—Hola — respondí.

—No estabas en casa—no dije nada—, tampoco sabía si tardarías en llegar…—seguí sin responder y cambió visiblemente de tema intentando tener más éxito—. He preparado algo para cenar.

—Tienes permiso para llamarme si quieres saber dónde estoy—sé que le agradó mi respuesta, pero no se pronunció.

—Es posible que la cena se haya enfriado.

No podía evitarlo, era imposible desviar los ojos de su boca de esos labios que inconscientemente se humedecía mordiendo el labio inferior con infinidad de interpretaciones metales que me resultaban de los más erótico. No podía dejar de pensar en acariciarlos, en tocarlos con mis dedos para dibujar su contorno para memorizarlos. Desde nuestro último beso necesitaba sentir su cálido aliento cerca. Necesitaba volver a saborearlos. Aquel día lo necesitaba aún más. Necesitaba decirla demasiadas cosas.

—Ha habido un cambio de planes quería meterme a fondo con la interpretación del código que utilizaban Francis y su mujer, pero antes tengo que resolver otros asuntos que parecen son más importantes—me sorprendía aquella confesión. ¿Qué otros asuntos podrían haber más importantes que resolver en ese momento para ella que todo lo concerniente a Hoplan?

—Mañana me voy a París— solo en ese momento reparé en la bolsa de viaje que estaba a los pies de la escalera—. Será sólo un día, en realidad serán solo unas horas quiero resolverlo todo en el menor tiempo posible y regresar cuanto antes, mi abogado me ha dado un ultimátum. Dice que es necesario resolver la situación de la empresa de mis padres o se pueden poner las cosas muy feas para mí.

—Me ofrecí a hacer ese viaje contigo.

—Rocío me ha llamado.

—¿Vuelves a cambiar de tema?

—Dice que vendrá en un par de semanas a presentarnos a Essam.

—¿Se puede saber quién es Essam y porqué sólo le conoces tú? — no entendía porque eludía

hablar conmigo de su viaje a París hablándome de alguien que ni siquiera conocía.
—Es alguien especial que ha conocido en Londres—no me dio más explicaciones—. Encenderé el horno para calentar la cena.
—No puedes hacer esto, Alex— dije mientras seguía sus pasos hacia la cocina dejando que la isla nos separase y frenase mi impulso de abrazarla.
—¿Hacer qué, Unax?
—Alejarte de mí. Cuando parece que las cosas empiezan a recomponerse que empiezas a confiar en mí. Huyes. Te escondes y eludes hablar de los temas importantes conmigo.
—No estoy huyendo ya te he dicho que tengo que resolver temas importantes en París.
—Creo que es hora de olvidar el pasado, Alex, déjame formar parte de tu vida. Yo también tengo temas importantes que resolver y los comparto contigo.
—Y si no puedo hacerlo.
—Podrás Alex, porque yo lo haré contigo. Déjame acompañarte a París. No tienes por qué ir sola.
—¿No creerás que soy una egoísta?
—¿Por qué iba a creer algo así?
—Porque tienes el control que necesito y que yo no tengo— no pude evitar atraerla hacia mi rodeando la isla que nos separaba. Era la pieza perfecta que encajaba debajo de mi barbilla, la abracé con fuerza deseando que se paralizase el tiempo que no hubiese manillas de reloj que estropeasen aquel momento.
—¿Eso piensas? — asintió—. Entonces es que todos estos años he aprendido a fingir demasiado bien— levantó la vista hacia mí con extrañeza.
—¿Por qué dices eso?
—Por qué jamás me he sentido tan fuera de control como cuando estoy contigo.

París la ponía la piel de gallina. Demasiadas emociones encontradas, buenas y malas, dulces y amargas, pero por fin había firmado la venta de la empresa de sus padres y la prohibición del uso de su nombre por terceros. Ese era el fundamental motivo por el que nos encontrábamos en su ciudad natal. El consejo que su anterior abogado le había proporcionado solo había servido para desprestigiar el buen nombre de su familia, ya era hora de que la pesadilla se acabase de una vez por todas. Tomé su mano al salir del bufete sintiendo que en el fondo a pesar de todo el sufrimiento que había detrás de lo que había sucedido, con el negocio de su familia hasta llegar a este momento, me llenaba egoístamente de satisfacción saber que, el error que había cometido Eric al asesorarla sería algo que Alex no podría perdonarle nunca, sería la causa perfecta para alejarlo cada vez más de ella, de ella y de su vida. Paseábamos sin rumbo, necesitábamos sentir el aire fresco en nuestra cara, nos ayudaría a relajar la tensión que sentíamos, por eso me sorprendió que propusiera sentarnos en una terraza cerca del barrio donde había vivido con su familia. Ahora que en España los medios de comunicación empezaban a olvidarse de ella hacerse visible en París podría activar de nuevo el mecanismo, sin embargo, no pareció importarle demasiado.
—Tengo una sensación extraña— dijo mientras nos sentábamos en una de las terrazas de la cafetería Les Deux Magots—. Es como si fuera parte de todo esto y al mismo tiempo estuviera a kilómetros de aquí.
—Es normal que te sientas así. Te criaste en estas calles. Deben estar llenas de recuerdos. Son parte de ti — esbozó una leve sonrisa. Estaba preciosa bajo el sol que acariciaba la parte de su cuerpo que no cubría el toldo—. Me alegra que hayas querido conservar la casa de tus padres.
—¿Crees que he hecho bien?

—¿Cómo no iba a creerlo? Es parte de ellos no tiene por qué ser malo aferrarte a ese recuerdo siempre que no te haga daño — se reclinó hacia mi dejando una caricia en el muslo de mi pierna. Su gesto me sorprendió gratamente.
—Gracias por entenderlo. Eric siempre decía que lo mejor era deshacerse de todo. Decía que con el dinero que conseguiría podría tener una casa mejor en el lugar que quisiera — la sola mención del rubito me dio ganas de dar puñetazos al aire—. También conservo la casa de Biarritz.
—Debo reconocer que si tengo que decantarme por alguna de ellas siempre lo haré por la segunda— quise distraer mi atención—. La habitación que me asignaste en el piso de Saint Germain daba escalofríos— Alex se empezó a reír dejándome totalmente descolocado—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?
—Parece que sigue sin gustarte dormir en la habitación del pánico— continuó riéndose—. Tenía miedo de que te sucediera algo por el simple hecho de que estuvieras conmigo aquí, en París. Era el mejor lugar para protegerte.
—Estás como una regadera — bajo la vista en clara señal de que no iba a poder mantener mucho más la vista clavada en mí sin delatarse. Lo presentía. Sabía que ella también seguía sintiendo lo mismo que yo. Tiré de ella y la senté en mi regazo.
—¿Qué estás haciendo? — sentí un impulso irrefrenable de besarla. Era ahora o nunca. No podía dejar escapar de nuevo la oportunidad de demostrarle lo que sentía por ella. Necesitaba la piel para dibujar las huellas de lo que provocaba en mí. Sujeté con una de mis manos su nuca y fui acercando mis labios poco a poco a los suyos hasta presionarlos con delicadeza. Su contacto me hizo perder la cordura en pocos segundos, llevaba demasiado tiempo deseando saborearlos. Imprimí algo más de fuerza profundizando en su boca sin encontrar ningún tipo de resistencia.
—¡No me jodas, pero si es la hija de los Muller! — Alex saltó de mi regazo como si hubiera escuchado al mismísimo diablo. Se sonrojó al instante, aunque esbozó una sonrisa al ver quién se dirigía a ella—. Joder, no te hubiera imaginado tan desinhibida en la vida. ¿Quién es el macho que ha conseguido semejante osadía?
—¿Y a ti no te bastaba con llevar el pelo azul que ahora te lo pintas de rosa? ¿Cuándo piensas sentar la cabeza? — las dos se abrazaron efusivamente balanceándose con entusiasmo por el reencuentro—. Te presento a la loca de mi amiga Margot.
—Si ella te deja seré la primera en la lista fiera— no reprimí la carcajada que me provocó su comentario.
—Siéntate con nosotros—Alex desvió la silla que había a su lado—¿Quieres tomar algo?
—No tengo mucho tiempo—dijo mientras se sentaba en la silla—, pero si puedo dedicar unos minutos a saber de una amiga que fue tragada por las alcantarillas—Alex reaccionó con nerviosismo—. No tengas miedo, voy a ahorrarte preguntas incomodas acerca de tu vida, la prensa nos tiene al corriente de tu estancia estos últimos años en Madrid, aunque si quiero que sepas que hubo un momento en que temí por ti, tuve verdadero miedo de que te hubiera pasado algo. Un sentimiento que afloró cuando la prensa nos mostró de una forma tan desagradable que te habían dado una paliza.
—No tenéis que creeros todo lo que dice la prensa…
—Por lo que puedo observar te has recuperado de lo que fuera que te pasase.
—Margot…lo siento, pero es que…
—No fuiste muy justa con la gente a la que le importabas.
—Margot… no ha sido una de las mejores decisiones que he tomado o por lo menos no ha sido la más acertada, pero necesitaba desaparecer. Tú mejor que nadie sabes la presión a la que estaba sometida—el corazón de Margot pareció reblandecerse—. No vi otra salida.

—¿Y por qué ahora? ¿Por qué estás de nuevo aquí? ¿Es porque la prensa a descubierto tu paradero?
—No, tenía unos asuntos pendientes que resolver. Mi abogado no me estaba aconsejando como creí que lo estaba haciendo — sentimos un movimiento a nuestras espaldas acompañado de un flashazo—, aunque ahora que es vox populi mi paradero quizás haya llegado el momento de dejarme caer aquí más a menudo.
—Mierda, creo que nos han pillado—se lamentó Margot.
—Acabaran cansándose de seguirme o al menos eso espero—dijo Alex sin un ápice de tristeza —. Lo que no voy a poder hacer es ir a la fiesta de bienvenida de Dennise cogemos un vuelo a las siete de vuelta a Madrid.
—¿La fiesta de bienvenida de Dennise?
—Eric me dijo que volvía de Estados Unidos.
—¿Eric?
—Si, he mantenido el contacto con él todo este tiempo.
—¿En serio, no sabíamos nada?
—Era mi abogado, ¿no os dijo nada?
—Nada en absoluto.
—Él si me mantenía informado de lo que hacías vosotras. Me contó que Isabelle y Pierre le iban a preparar fiesta sorpresa a Dennise y que todos ibais a participar en ella.
—Te puedo asegurar que Dennise no ha vuelto a Estados Unidos desde que fuimos en el instituto —intuí que la maquinaria de la cabeza de Alex se había activado a un ritmo más acelerado del habitual.
—¿Puedo hacerte una pregunta?
—Si vas a preguntarme si sigo practicando el amor libre la respuesta es: SI—el comentario de Margot provocó una sonrisa maravillosa en el rostro de Alex.
—No esperaba menos de ti, pero no iba por ahí mi pregunta. ¿Trabajas en una revista de moda?
—¿Qué? —Margot formó una cruz con sus dedos y la puso delante de su amiga—. ¿De dónde has sacado algo así?
—De la misma persona que me dijo que estabais preparando una fiesta de bienvenida a Dennise.
—No puedo entender por qué Eric te ha contado que trabajo en una revista de moda, sabes que no me puedo atar a un sitio demasiado tiempo y seguir las normas de cualquier empresa considerada digna no va conmigo. Por eso, yo soy mi propia jefa, trabajo por mi cuenta no me gusta atarme a ningún sitio y viajo bastante— Alex la miró extrañada.
—¿Amelie y Travis?
—¿Eso es otra pregunta? —Alex asintió—Viven en Suiza, esa pareja lo tenía todo muy claro desde el principio, van a tener su segundo hijo.
—Bueno, al menos eso es verdad.
—Pues claro que lo es. Dennise dice que les va muy bien, cosa que no les debe pasar a Isabelle y Pierre, no se pueden ni ver. Se han separado hace unos meses, Pierre encontró a Eric e Isabelle en la cama—a Alex se le congeló el rostro—, al parecer es una historia que viene de lejos. Recuerda que ella estaba loca por él desde los dieciséis años, pero es poca cosa para Eric que sigue esperando dar un braguetazo y así dejar el bufete de sus padres— Margot se rio, mientras Alex no sabía como encajar lo que acababa de descubrir.
Sentí unas ganas enfermizas de darle un puñetazo al mentiroso de Eric y borrar esa cara de estirado que tenía. *Jodido embustero.*
—Eric no ha superado que lo dejarás cuando todavía éramos unos críos, sigue siendo el mismo

capullo que cuando le conocimos, aunque ahora vista de traje— Alex estaba pálida—. Supongo que por eso nos ocultó que era tu abogado. Sentía la necesidad imperiosa de seguir vinculado a ti, cerca de ti.
—Cerca de mí…, necesitaba estar cerca de mí contándome una sarta de mentiras—me miró y pude leer perfectamente que lo que acababa de oír de boca de su amiga le afectaba de verdad—, siempre quiso aprovecharse de mí, por eso me asesoró mal porque sólo buscaba el dinero, como todos, y una vez que creía que lo iba a tener entre mis manos siguiendo sus consejos me propuso matrimonio—la mandíbula de su amiga Margot se desencajó por completo—. No es un capullo, Margot. Es una rata mentirosa y embustera, un ser odioso que se ha aprovechado de mi debilidad, de lo rota que he estado todos estos años embaucándome con palabras bonitas y momentos que quería convertir en inolvidables.
Antes de coger el vuelo de regreso a casa Alex quiso pasar por el piso de Saint Germain. Supuse que en realidad buscaba un desahogo después de las revelaciones que su amiga le había hecho y tenerme cerca no ayudaba. Respeté su decisión, no hubiera sido justo no hacerlo, sabía que estaba agradecida de haberse encontrado con Margot, a pesar del *totum revolutum* de emociones en el que se encontraba. Cuando me llamó para que fuera a su encuentro apenas había cruzado el umbral de la puerta cuando me abrazó con fuerza y dejó brotar el nudo de emociones que tenía dentro.
—Dime que es lo que estás pensando, Alex— susurré a su oído mientras rodeaba su cuerpo para acercarla un poco más a mí.
—Dicen que la muerte es el final, pero no lo es— pensó en voz alta—, para los que nos quedamos el dolor no desaparece nunca.
—Puede desaparecer y cambiar de forma, Alex.
—¿Cómo? Creía que alejarme de donde todo paso me ayudaría a reponerme, pero he estado viviendo una mentira. Francis, Eric… ¿qué hay de verdad en ellos? — susurró mientras se giraba para mirar el techo del salón—. Confié en ellos…y a ti te perdí.
—No me has perdido, Alex, ya no. La verdad a veces no es lo que esperamos, pero eso no tiene por qué hacer que nos rindamos.
—¿Cómo voy a salir de esto? —aflojé nuestro abrazo para que me mirara fijamente a la cara.
—Conmigo. Te dije que lo haríamos juntos y pienso cumplir mi promesa. Esta vez voy a estar ahí para ti cuando me necesites y espero que tú hagas lo mismo cuando yo te necesite— le guiñe un ojo—, y ahora recoge todas tus cosas que no pienso volver a dormir en la habitación del pánico de esta casa porque hemos perdido el vuelo de regreso a Madrid
—Eres tonto—golpeó mi pecho con suavidad.
—Si, *Gruñona*—la besé en la frente—. Soy un tonto con suerte.

62

Unax

—¿Se puede saber dónde te metes? Llevo todo el día buscándote— Beiñat me interceptó en el pasillo del hospital justo antes de irme. Apenas había tenido tiempo para descansar desde que regresamos de París y estaba deseando llegar a casa.
—¿Qué ha pasado para que tenga que rendirte cuentas ahora?
—¿El cadáver del ex—director general de Hoplan?
—¡Mierda, se me había olvidado!
—No me jodas Unax, ¿cómo puede olvidarse algo así? Podrías ir a la cárcel.
—Tengo la cabeza en demasiados sitios a la vez—solo me faltaban sus reproches.
—Va siendo hora de que te centres—me dio un ligero empujón y me metió de cabeza en el cuarto de curas—. Es absolutamente confidencial, no quieren que trascienda a la prensa, pero el cadáver ya está en el anatómico forense.
—¿Y se puede saber como lo sabes tú?
—Me acuesto con la inspectora jefa que lleva el caso— la pregunta había sido absurda y más aún que no hubiera llegado solo a esa conclusión sin su ayuda. Mi cabeza empezaba a dar síntomas de agotamiento—. Sergi será el encargado de realizar la autopsia a media noche. Quieren que haya el menor número de empleados en planta.
—Joder, ¿no podía haberle tocado a otro?
—Sabes que es el mejor.
—También es el más gilipollas de todos.
—Eso también es cierto— reflexionó durante unos segundos—. Estamos muy jodidos.
—¿Estamos?
—Tal vez Alex haya dejado alguna huella. Estuvimos los dos en la escena del crimen, ¿recuerdas? Sergi es jodídamente meticuloso. Analizará cada milímetro de su cuerpo. Tengo que manipular las pruebas del análisis forense.
—¿Se te ha ido la cabeza?
—Beiñat, no pienso cargar con el muerto de otro. Espero que lo entiendas.

Justo cuando entraba por la puerta de casa con la idea de que lo que acababa de hacer podría traer graves consecuencias a mi carrera profesional sonó mi teléfono móvil.
—¿Has descubierto algo más de la conservera? —John se encontraba al otro lado de la línea telefónica.
—No exactamente, pero tengo nuevas noticias. He analizado el listado que consiguió Lucía de la cámara acorazada, cuenta por cuenta y ni te imaginas lo que he descubierto.
—No te pongas intenso que no te pienso recompensar con un beso en los morros. He oído que ya tienes quién te los dé.
—¿Tu compañera de piso sabe guardar secretos?
—Creo que lo hace con la misma intensidad que tú, pero dime de una vez que has descubierto o cuando lo hagas estaré dormido encima del sofá, estoy entrando por la puerta de casa.
—¿Dónde ha sido la fiesta y por qué no me has invitado?
—La explicación da para una charla demasiado larga. Mejor en otro momento…
—Vale, tío. ¿Cómo me dijiste que se llamaba el segundo marido de tu madre?

—Aron Hankiewicz.
—Joder tío, lo sabía. Lo que acabo de descubrir es la hostia.
—Dime lo que has descubierto o tendré que ir a verte en persona para que lo vomites de una vez.
—Al revisar los pagos que se hacían desde Serp@…
—¿La sociedad fantasma para la que Hoplan desviaba dinero?
—Buena memoria, amigo. He descubierto que además de desviar dinero a otras empresas fantasma también desvía dinero a una persona.
—Aron Hankiewicz.
—En efecto, recibía pagos mensuales como si se tratase de un empleado que tuvieran en nómina hasta hace aproximadamente un par de meses que dejaron de hacerlo.
—¿Un par de meses? ¿Qué pasó hace par de meses?
—No tengo ni la más remota idea. ¿Cuándo dices que falleció tu padrastro?
—No lo llames así. No conozco de nada a ese hombre ni he querido hacerlo durante todo este tiempo.

—Perdona tío, es que todo esto es tremendamente raro.

—Aron Hankiewicz falleció hace tres días, pero el hospital no me ha informado de la causa. ¿Qué pudo suceder para que dejaran de tenerle en nómina si seguía con vida?
—Llevo intentando averiguarlo días, incluso he llegado a pensar que Karina tenía algún tipo de vínculo familiar con Aron, esa bruja y él se apellidan igual.
—¿Y lo has descartado?
—No del todo, Aron llevaría más tiempo en nómina que Karina por lo que la relación puede ser inversa, nunca nos ha encajado que contrataran a Karina en Hoplan.
—¿Alguna otra teoría?
—Es muy raro que el lugar al que debían llevar a tu madre si surgía algún problema fuese la casa de Francis. Se supone que estaba haciendo pagos mensuales a tu padrastro a través de una empresa que se remonta muchos años atrás, ¿por qué iba a encargarse también de tu madre si indirectamente ya estaba costeando los gastos?
—¿Un chantaje?
—No tiene sentido. Francis nos hizo investigar Serp@, es evidente que desconocía su existencia, él no era el responsable de hacer los pagos.
—¿Y si esa compañera vuestra es el vínculo de unión?
—¿Hola? — la voz de Alex me llegó desde la cocina.
—¿Y si fuera otra persona diferente que no está en la baraja de cartas que tenemos delante? —insinuó John—. Existen demasiados flecos sueltos.
—¿Unax?
—Hablamos mañana, John, creo que la cabeza me va a explotar con tantas hipótesis—me era difícil asimilar lo que acababa de descubrir, pero me era mucho más difícil ignorar a Alex.
—Te va a estallar la cabeza o la bragueta, Don Juan.
—¿Estás ahí?
—Creo que voy a llamar a Lucía para que te haga otra llave de esas que tan bien maneja—las carcajadas sonaron tan fuertes que tuve que separarme el teléfono del oído.
—No lo verán tus ojos, amigo. No lo verán.
Me acerqué a la cocina de dónde venía su voz. Intentaba alcanzar un vaso de un armario que le quedaba alto. Estaba descalza, había descubierto que le gustaba caminar así y a mí me hacía creer que sus pies desnudos significaban que se sentía a gusto en casa.
Me acerqué a ella.

Todo lo acontecido había puesto mi cabeza patas arriba, pero si para algo había servido era para saber lo que quería y no estaba dispuesto a perder.
—¿Qué haces?
—Trato de preparar algo que sea comestible, pero no sé si lo estoy consiguiendo.
—Déjame ver —tiré las llaves y la cazadora en el primer hueco libre que vi y me asomé por encima de su hombro para ver la suculenta cena que estaba preparando. Parecía que el desahogo de la noche anterior la había sentado bien y estaba algo más animada—. ¿Una ensalada? ¿Me has visto cara de ser vegetariano? — me empujo para que me separara mientras se reía.
—Hay que comer de todo. ¿No te decían eso de pequeño?
—Si, pero siempre lo acompañaban de algo sólido que no me dejase el estómago relamido— volvió a reírse.
—Me recuerdas a Rocío.
—¿A ella tampoco le gusta tener el estómago relamido?
—Serás tonto—me golpeó el brazo—, también se quejaba cuando preparaba ensalada para cenar.
—Lo entiendo. ¿Puedo desarrollar mi creatividad ayudándote a mejorar esa cena? No necesitas comer más lechuga— frunció el ceño como si fuera una niña. En el tiempo que llevábamos viviendo juntos había ganado algo de peso, pero las circunstancias que la rodeaban no ayudaban a mejorar todo lo rápidamente que era deseable a pesar de que su alimentación había mejorado de forma exponencial.
—Tú ganas, mejora mi ensalada.
Subí veloz los escalones hacía mi habitación para ponerme un pantalón y una camiseta que me permitieran estar más como y volví veloz para alegrar nuestra cena. Alex era la pinche perfecta, me seguía en todo lo que le pedía como una buena aprendiz.
—La cocina era cosa de Rocío, pero creo que ahora el mando lo lleva Essam, ¿sabes que es el chef del restaurante del hotel en el que trabaja?
—La echas de menos, ¿verdad?
—Hablo mucho con ella por teléfono, pero sí echo de menos tenerla cerca y escuchar sus sermones a diario.
—No quiero ni pensar la de veces que mencionaría que eras una niña mimada a la que se lo hacían todo.
—Lo hizo muchas veces— se rio—, pero no podía enfadarme. Tenía razón.
Conseguimos preparar unas pechugas de pollo, con setas a la plancha que se encargaron de acompañar la ensalada multicolor que Alex había preparado.
—He ido a ver a mi madre—dejó en suspensión uno de los platos que estaba poniendo en la encimera para poder cenar y me miró extrañada.
—¿Cuándo? Has estado conmigo en París.
—Fue el día que me dijiste que te ibas y quise acompañarte.
—¿Qué hay de ser sinceros el uno con el otro?
—Pensaba decírtelo, pero después de lo que ha sucedido con Eric he preferido esperar para hacerlo—su silencio me tensó—. ¿No vas a decir nada?
—Sólo puedo agradecerte que a pesar de haber hecho un largo viaje el día anterior decidieras acompañarme.
—No lo dudé ni un momento.
—¿Qué te hizo hacer un viaje relámpago para ir a verla? —realmente intuía que no había sido un viaje nostálgico buscando el calor de una madre—. ¿Qué más ha pasado a parte de esa carta que te llegó en la que te decían que su benefactor ya no se hacía cargo de ella?

—Recibí una llamada telefónica ese mismo día, dijeron que el segundo marido de mi madre había fallecido y se me revolvieron las tripas—escuchaba atenta a mis explicaciones mientras tomaba mis manos entre las de ella—. Necesitaba verla, esa parte de la historia vital de mi madre, esa en la que se casa por segunda vez, nunca he llegado a comprenderla.
—A veces hacemos cosas que ni siquiera nosotros entendemos—cuánta razón tenía. Si hubiera sabido lo que iba a sufrir alejándome de Alex hubiera hecho las cosas de otra manera.
—Antes de hacerla una visita en el hospital quise hacer una volver al hogar en el que crecí, de donde aún conservo recuerdos entrañables que no han podido arrebatarme a pesar de que me desterraran de aquel lugar. Llevaba años sin pisar esa casa…Fue como volver al pasado.
—Sólo ver como se te ilumina la cara deja claras evidencias de que mantienes vivos muy buenos recuerdos en ese lugar— era cierto, los tenía y muchos.
—Revolví un poco los cajones, supongo que necesitaba recordar lo bueno que un día fue todo —soltó mis manos y se levantó para sentarse a mi lado—. Se me echó la hora encima revisando fotos y recuerdos, así que recogí todo lo rápidamente que pude, quería pasar por el hospital antes de regresar a Madrid, pero cuando estaba guardando todas las cosas que había fisgoneado se me cayó un papel al suelo.
—¿Era importante?
—No he sabido cuanto hasta que recibí una de las llamadas de John.
—¿Una de las llamadas de John?
—Si Maialen se entera me cortará la cabeza, pero está avanzando a pasos agigantados con la investigación del benefactor de mi madre— me miró con esos ojos azules llenos de curiosidad que sabía que eran capaces de desarmarme en cualquier momento—. Hice una foto del papel que guardé y se la envié a John. Quería esclarecer algo del pasado tan nebuloso que rodeaba la historia de mi madre desde que falleció mi padre.
—Intuyo que de algo sirvió ese papel.
—Era una de las nóminas mensuales que mi madre recibía por su trabajo en la conservera. No creí que tuviera demasiada importancia, pero al mirarla con detalle me llamó la atención la firma del jefe de la cadena de producción a la que estaba asignada mi madre y tuve el impulso de saber quién estaba detrás de las dos letras que pude reconocer en ella. Por eso se la envié a John— me giró el rostro con convicción para que la mirara.
—Dime qué averiguaste.
—Las letras eran M.O. El irlandés ha hecho todo lo demás descubriendo que detrás de ellas está el nombre de *Mikel Olazabal*.
—¿Mikel Olazabal?
—No debió de ser muy difícil acceder a la estructura organizativa de la fábrica de aquella época y por ende, no tuvo dificultad en poner nombre a las siglas que había detrás del jefe de la cadena de producción a la que estaba asignada mi madre en esos años.
—Puede tratarse de una mera coincidencia, aunque vas a decirme que no lo es.
—No puedo asegurarlo, pero no pinta que lo sea. También le facilité el nombre del segundo marido de mi madre.
—¿Y bien?
—Recibía pagos mensuales a través de Serp@ hasta hace un par de meses.
—¿El segundo marido de tu madre recibía dinero de Serp@?
—Resulta extraño, pero John lo ha podido confirmar.
—¿Qué tiene que ver Mikel Olazabal, con Serp@ y con el segundo marido de tu madre?
—Quizás era lo que Francis estaba tratando de averiguar. Él parece que iba muy por delante de

nosotros, aunque también parece que lo que descubrió le ha costado la vida. Creo que pudo averiguar quién estaba ayudando a su suegro a desviar dinero de Hoplan a Serp@ y el resto de empresas fantasma.
—Puede ser que el segundo marido de tu madre fuese empleado en la misma conservera. Tal vez cuando la fábrica quebró quiso compensarlos de alguna manera.
—¿Con donaciones a través de una empresa fantasma?
—A lo mejor tenía que ocultar que le estaba ayudando y utilizó Hoplan como tapadera.
—Serp@ existe muchos años antes que Hoplan. Lo que no se es como se financiaban.
—A lo mejor tengo una explicación para eso. El irlandés, esta vez ayudado por Lucía, ha hecho de nuevo su magia.
—Sorpréndeme.
—John llevaba tiempo investigando otra empresa fantasma que parecía tener más peso que ninguna: *Rodes Company*. Cuando le insinué que lo que sucedió en Berlín con mi portátil no fue motivado por el pendrive y el intento de averiguar su clave sino con tratar de buscar información en internet sobre la empresa fantasma que a los dos por un motivo u otro nos causaba demasiada curiosidad. Saltaron en él todas las alarmas y supuso que por vía digital íbamos a tener demasiadas dificultades para obtener más información.
—Habían puesto cortafuegos por todas las posibles vías de acceso digital, ¿no es así? —Alex asintió—. Conociendo a John pensó que por esta vez y sin que sirviera de precedente tendría que seguir la vía analógica.
—Algo así—su sonrisa hizo aletear mi estómago—. Decidió que la mejor opción era intentar encontrar en la cámara acorazada información.
—Y ahí es cuando entra en juego la chica de Recursos Humanos.
—Esta es la parte en la que la locura de plan que John diseñó, sin premeditar los posibles riesgos, efectivamente la implicaba a ella. Lucía encontró información en los archivos de Hoplan parte de la información que necesitábamos para avanzar con Rodes Company.
—¿Parte de la información?
—Si, parte de la información…digamos que no pudo indagar más porque tuvo que salir del bunker de forma repentina para evitar ser descubierta con las manos en la masa.
—Pero ella tiene acceso a los archivos, podría justificar perfectamente el estar allí.
—No en el lugar en el que se encontraba, vio salir a alguien de un lugar que se encontraba oculto detrás de unas estanterías, creemos que era Torralbo. Cuando este se alejó se acercó al lugar y descubrió un segundo archivo que al parecer esconde información que no se quiere tener a primera vista.
—Entiendo…, ¿qué descubrieron de esa empresa?
—Al parecer se dedica a realizar movimientos bancarios entre cuentas de distintas empresas, todas ellas de dudosa existencia, pero lo más extraño de todo es que se creó con la sorprendente cifra de quinientos millones de euros—abrí los ojos de par en par—. Creemos que esa cantidad de dinero procede del algún robo a una multinacional o algún rico propietario.
—Eh, siento hacer de abogado del diablo, pero vuestra teoría hace aguas. Es imposible que un robo o una donación de esa envergadura se salte los controles de prevención de blanqueo de capitales y no trascienda a los medios de comunicación.
—Tal vez la víctima no ha querido que se difundiera el robo para salvaguardar su integridad o para no desprestigiar los sistemas de seguridad que le protegían o porque el generoso magnate ha querido permanecer oculto ante tan generosa donación.
—No tiene pinta de que haya sido una donación.

—No, no la tiene *querido Watson*—esta era Alex, la chica que conocí aquel verano, la que había permanecido oculta, demasiado tiempo.
—Lo que sorprende es que decidieran mover el dinero por distintas cuentas bancarias. Da para pensar largas horas y crear múltiples teorías—me levanté para recoger los platos—. Es probable que el dinero no se obtuviera de forma muy limpia, ¿por qué exponerse a ser descubiertos?
—No lo sabemos, eso aún se nos escapa a todos—masticó las palabras con cierta rabia—, aunque creo que la persona que les ha estado ayudando a mover el dinero ha sido Jairo.
—¿Jairo? ¿El protegido de la familia Olazabal? —fui metiendo uno a uno los platos en el lavavajillas.
—Torralbo insinuó que ha estado metido en líos de drogas y su familia le ha sacado de algún que otro apuro. Es posible que fuera el mismo quien consiguió el dinero—después de lavarme las manos me giré para mirarla de nuevo y apoyé mis caderas en el borde de la encimera de la cocina.
—¿Metido en drogas y un experto cibernauta? Desde luego ese Jairo es toda una caja de sorpresas.
—No te gustaría conocerlo, te lo puedo asegurar.
—Yo solo quiero conocerte a ti—quise atraerla hacia mí, pero me contuve.
—¿Crees que alguna vez conseguiremos descubrir lo que está pasando?
—No queda otra opción. Esta vez somos demasiadas personas empeñadas en descubrirlo. Me costa que Maialen sabe más de lo que cuenta, pero no puede desvelarlo—por unos instantes y sin disimular me quedé mirando a la mujer que tenía delante. Había sido capaz de resistir el asedio de los medios, las amenazas, los golpes y seguía en pie con más ganas que nunca de acabar con todo de una vez.
—¿Por qué me miras así?
—No puedo hacerlo de otra manera—el vaso de agua que tenía se tambaleo entre sus dedos y se acercó a dejarlo en la encimera de la cocina rozando su costado contra el mío. Me acerqué un poco más a ella. Seguía oliendo a menta—Alex, no quiero seguir fingiendo más tiempo.
—Unax...
—Me quema por dentro tenerte tan cerca y no poder tocarte—perdió su mirada en la encimera de la cocina—. Me he dado cuenta de que no soporto las mentiras, al cabo del tiempo hacen daño y no las quiero en mi vida— giré su cuerpo para coger su cintura situándola frente a mí—. Te necesito a mí lado.
—No me he ido a ninguna parte—susurró con voz roca mientras dibujaba el contorno de su labio inferior con mi pulgar.
—No solo quiero tu presencia—me acerqué lentamente hacia ella pidiendo permiso, no se movió así que continué. Mordí sutilmente su labio inferior tratando de contener la llama que se encendía dentro de mí. Cerró los ojos y contuvo la respiración—. No puedo seguir fingiendo que no siento nada cuando te veo cada mañana salir de tu habitación con el pelo revuelto y los ojos soñolientos —posé mi frente en la suya—. No quiero seguir reprimiendo el impulso de lanzarme a besarte— que dejara escapar un suspiro de su boca me encendió aún más—. No quieras saber lo que pienso cada noche cuando entras en tu habitación. He soñado cientos de veces que abro la puerta para sentir tu piel —rocé sus brazos con mis manos y noté como se erizaba—. Quiero un nosotros, Alex.
—Por qué haces esto Unax—dijo escondiendo su rostro en mi pecho.
—Porque desde que has vuelto a aparecer no soy capaz de alejarte de mis pensamientos. Porque no soporto la idea de volver a perderte y porque necesito dar con la fórmula que haga que

vuelvas a confiar en mí.
—Me estas ayudando con todo lo que está pasando, no sería justo que no confiase en ti—levantó la mirada tímidamente para hablarme.
—No hablo de ese tipo de confianza Alex. Dejaste un vacío en mí que llevo años intentando llenar— sujeté su rostro con ambas manos para poder ver sus ojos que brillan nerviosos e inquietos. Repasé con el pulgar la cicatriz de su ceja, mientras el estómago se me encogía como lo hizo por primera vez cuando me miró, se clavó en mi pecho y me dejó tocado para el resto de mi vida. Por eso, necesitaba confirmar que todos los momentos que habíamos estado viviendo estos meses no eran producto de mi imaginación. Habían sido y los habíamos sentido. Los dos. No solo yo.
—Unax, no es buena idea…— no oponía resistencia a mi cercanía. Nuestros cuerpos cada vez estaban más cerca, nuestras bocas más juntas, el oxígeno empezaba a tener dificultades para moverse libremente entre nosotros.
—Estoy enamorado de ti— parpadeo y sus ojos se volvieron vidriosos—. No puedo sacarte de mi cabeza, ni quiero hacerlo. Estás en cada momento, en cada giro de acontecimientos. Desde que me levanto hasta que me acuesto. No dejo de llevarte conmigo aquí dentro — llevé su mano a mi pecho—. Quiero dormir contigo cada noche y besarte cada mañana.
—Unax…
Necesitaba tocarla, sentirla, besarla. Utilizar el lenguaje de la piel porque sentía que las palabras no eran suficiente. Rocé suavemente sus labios pidiendo permiso para ir más allá, aunque lo que de verdad quería era lanzarme sin paracaídas hasta chocar con sus labios.
—No deberíamos…—volví a rozar sus labios.
—No deberíamos — no podía dejar de sentir un calor sofocante que abrasaba mi piel mientras repetía sus palabras.
La bese con impaciencia, con deseo, con lujuria contenida sintiendo un tirón en mi entrepierna. Volver a toparme con el sabor de sus besos me estaba volviendo loco. Llevé mis manos a sus muslos y los agarré provocando que sus piernas rodearan mi cintura. Me regocijé en ese momento, que respondiera a mis impulsos era todo lo que podía desear. Empecé a subir las escaleras hacia mi habitación con ella abrazada a mi cuerpo. Nos miramos en cada peldaño que nos llevaba a mi cama. Nos dijimos muchas cosas sin hablarnos. Teníamos necesidad de tocarnos de sentirnos, pero algo cambió cuando me despojé de la camiseta. Presionó las manos sobre mi pecho para separarme, no pude evitar estremecerme con su contacto y sentir cierto desasosiego. No era por la temperatura de sus manos sino porque la deseaba hasta el punto de creer que no sería capaz de sobrevivir a aquella noche si me rechazaba. Llevaba soñando con su cuerpo pegado al mío demasiado tiempo, con su pelo enredado entre mis dedos, con el sabor de sus labios. No concebía que después de estar rozándolo no fuera a ser posible, pero me calmé al darme cuenta de que solo quería verme mejor.
—Polaris— sentí alivió. De verdad que lo sentí al comprobar que el motivo de su turbación era ese. — No conocía este tatuaje— sus dedos recorrieron la pequeña estela de puntos que formaba la estrella polar en mi pecho.
—La estrella del Norte — su cabeza funcionaba como los engranajes de un reloj. Con precisión, con la certeza del significado escrita en su mente, dando respuesta a la pregunta que tenía en la punta de su lengua que es justo lo que hice — la pieza que le falta a tu brújula.
—¿Cuánto hace que lo tienes?
—Me lo hice en Ámsterdam— Alex abrió los ojos y me miró sin parpadear—. Entonces ya sabía que no podría olvidarme de ti.

Me acerqué a ella. Quería emborracharme con su olor, con su piel. No pude evitar cerrar los ojos para dejarme invadir por ese cúmulo de sentimientos que me estrujaban por dentro dejándome claro que si alguien me hacía vulnerable era ella, que si alguien había podido hacer temblar mis cimientos en alguna ocasión había sido ella.
—Eres tú Alex. Siempre has sido tú.
—Unax si nos dejamos arrastrar, ¿qué pasará después? ¿Qué pensaremos mañana de esto…? —susurró en mis labios.
—Pensaremos que hay un nosotros, Alex. Lo hubo y lo habrá.
Me separé apenas unos centímetros de ella para subir mis dedos por los laterales de sus piernas. Enganché el dobladillo de la camiseta que llevaba puesta y se la quité. No llevaba nada que le cubriera el pecho, por lo que puede recrearme con la imagen que tenía delante. Era preciosa. Dejé caer su cuerpo con suavidad en la cama. Me costaba pensar, sólo quería sentir su piel y regar su cuerpo de besos. Me recosté de lado. Bese su cuello mientras mi mano recorría sus clavículas y se entretenía bajando por su esternón. Rodeé sus pechos sin tomar contacto con ellos. La anticipación hizo que un suave jadeo se escapara de su boca. Deposité un beso en su boca para beber sus sensaciones mientras deslizaba mi mano por el interior de sus muslos hasta llegar a rozar su ropa interior, el contacto hizo elevar sus caderas instintivamente. Le retiré la ropa que entorpecía mi incursión y me recreé explorando aquel lugar mientras fundía mis labios en sus labios para recoger cada suspiro que se le escapaba hasta que no pudo más y mi nombre salió de sus labios con un sonido delicioso.
Me retiré para observarla. Su pecho subía y bajaba con rapidez.
—Creo que esta vez tampoco voy a demandarte.
—¿Demandarme?
—Acabas de incumplir por segunda vez un acuerdo. Sólo íbamos a ser compañeros de piso por un tiempo.
—¿Está segura? —reí en el hueco de su cuello.
—Segurísima—buscó la cinturilla de mi pantalón y tuve que respirar hondo para no dejarme ir en aquel momento al sentir sus manos en mi piel. Me mordió el hombro cuando consiguió deshacerse de mis pantalones mientras yo intentaba abrir el cajón de la mesilla.
No podía esperar más. Ninguno de los dos podía. Ahogué un gemido de placer cuando me hundí en ella. Sentí lo jodídamente bien que encajaban nuestros cuerpos, lo loco que me volvía su cuerpo, sus labios que deseaba comer con ansia. Era demasiado, era más, mucho más. Como se podían decir tantas cosas a través de los besos, de los abrazos del roce de su piel contra mi piel. Me iba a dar un puto infarto en aquel mismo instante. Estaba en una montaña rusa, montado en un vagón de emociones con ella entre mis brazos. Sabía que ya no me iba a poder bajar de aquel vagón, ya no había marcha atrás. Ella era el chute de adrenalina que llevaba años tratando de volver a sentir, era la única adicción que necesitaba en mi vida para ser feliz. Sentí que su cuerpo convulsionaba contra el mío para dejarse ir tan deliciosamente que la seguí estrepitosamente para caer desde lo más alto de la montaña en la que me encontraba. El vértigo no pudo conmigo sólo se convirtió en la explosión de sentimientos más placentera que había sentido jamás en la vida. Supe entonces que coincidir una vez en la vida con una persona era mera casualidad. Coincidir dos eras sin duda, cosa del destino.

Tercera parte



Dicen que el destino acaba colocando las piezas en el tablero y haciendo pagar a cada uno sus propias culpas.
Dicen que el karma existe, pero a mí no me quedó más remedio que guiarlo para que cada uno mostrase sus cartas boca arriba.
Pagué un precio muy alto por ello, sin embargo, en ninguna historia que se precie deben pagar justos por pecadores.
.

63

Unax

La carretera estaba mojada. Llevaba lloviendo todo el día. Apenas me había cruzado con un par de coches mientras entraba en las inmediaciones del hospital psiquiátrico en el que se encontraba mi madre. Era cuestión de tiempo que aquella dejase de ser su residencia. Estaba rumiando la posibilidad de trasladarla a una nueva clínica en Madrid. Sólo quedaba resolver algo de papeleo y no sería necesario pasar tanto tiempo en la carretera para verla. Aun así, la noche estaba a punto de caer, no podía demorarme mucho o el turno de visitas acabaría. El teléfono móvil comenzó a vibrar activando instintivamente el ritmo de mis latidos. Era Maialen, ignoré la llamada, tenía el tiempo justo.

Frené a la altura de los jardines que había a la entrada y giré camino del aparcamiento. El día no había sido muy apacible, por lo que ya no quedaba ningún paciente rezagado dilatando el paseo de la tarde por la extensión ajardinada que rodeaba el complejo hospitalario. Había un par de coches en el aparcamiento, esperaba que alguno fuera de una visita o las cosas se pondrían demasiado difíciles para entrar. Aparqué al lado de uno de ellos, el que más cerca estaba de la puerta de acceso al hospital y comencé a caminar hacia la entrada. El teléfono volvió a sonar. La insistencia de Maialen daba claras señales de que lo que tenía que decirme no podía esperar a otro momento.

—No es un buen momento—solté sin preámbulos.

—¿Se puede saber dónde estás?

—No creo que eso sea importante ahora.

—Lo es si acabas de convertirte en un prófugo de la justicia.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—¿Cómo se os ha podido ocurrir una idea tan absurda? Fingir una pelea falsa para manipular las pruebas de un asesinato.

—Era la única manera de encubrir mis huellas en el cadáver.

—¿En serio crees que tirándote encima del cadáver desviarías la atención sobre ti? Joder, ha sido la idea más estúpida que he visto jamás y lo peor de todo es que mi marido ha contribuido a ella —estaba muy cabreada.

—Me dijo que le cortarías los huevos si te enterabas, por eso quiero que sepas que si hay algún descerebrado en todo esto ese soy yo.

—No estoy para bromas, Unax. Tendréis suerte si conserváis el trabajo. Se os ha abierto un expediente disciplinario en el hospital, pero lo peor es que tienes a la policía encima y no puedo pararlo. Estás en el punto de mira. Van a revisar las imágenes de la casa y a cotejar las huellas que dejasteis en ella. Lo mejor es que te presentes cuanto antes en comisaría.

—No puedo, Maialen.

—Si puedes Unax y lo vas a hacer ahora mismo o las cosas se complicarán aún más para ti. Tienes que contar lo que ha sucedido.

Miré el reloj. Las ocho en punto. Mierda acababa de terminar el turno de visitas.

—Maialen tengo que dejarte. Prometo que lo explicaré todo—colgué el teléfono sin darle turno de réplica. Creía haber encontrado un hilo del que tirar y no podía desaprovechar esa oportunidad. El tiempo jugaba en mi contra, pero al menos tenía que intentarlo antes de que las cosas se pusieran aún más feas de lo que estaban para mí.

Unas luces azules reverberaron a mi espalda y no pude evitar sentir un escalofrío. Era una ambulancia que acaba de entrar en el recinto. No había rastro de ningún policía. Nadie sabía que estaba allí por lo que alarmarme era innecesario. Entre en la consigna de recepción no había nadie así que aproveché la falta de vigilancia para colarme en el interior. Me sabía los rincones de aquel hospital como la palma de mi mano y después de lo que me acababa de decir Maialen cuanta menos gente me viese o supiese que estaba allí mejor. Cualquiera podría dar el chivatazo ahora que era un prófugo de la justicia.
Subí por las escaleras con la buena suerte de no cruzarme con nadie y llegué a la planta en la que se encontraba mi madre. Antes de salir al pasillo mire varias veces buscando que estuviera despejado. Cuando vi que no había rastro de peligro me deslicé hasta que conseguí llegar a la habitación, pero al entrar me llevé una sorpresa: la cama estaba vacía.
—¿Ama?
Me acerqué hasta el baño y abrí la puerta. No estaba allí, pero un ruido en la habitación me obligó a volver sobre mis pasos.
—¿Ama?
¿Cómo podía haber sido tan descuidado? No había cerrado la puerta al entrar, así que me dirigí veloz hacia ella para cerrarla y evitar levantar sospechas.
—*Kaixo maitia (16)*—no pude evitar asustarme al ver a mi madre aparecer detrás de la puerta.
—Ama, ¿qué hacías ahí escondida?
—Quería darte una sorpresa.
Me llevé el dedo a los labios para pedir que bajara el tono de voz.
—¿Sabías que venía hoy? —pregunté sorprendido mientras ella se dejaba caer en mis brazos. Por un momento creí que se acababa de desmayar, pero me abrazó tan fuerte que supe inmediatamente que era otra cosa.
—Hijo, otra vez aquí. Cuanto tiempo. Cada día estas más guapo. Cuanto has crecido…—la fui llevando poco a poco hacía una de las butacas que había en la habitación para calmarla.
—Ama, si estoy aquí. ¿Qué tal estás hoy?
—Bien hijo, todo lo bien que se puede estar aquí dentro.
—Ama, aquí te cuidan bien.
—Si, hijo si…pero no estáis ni tu ni tu padre…—su mirada se empezaba a perder en el más allá, por lo que tenía que aprovechar lo antes posible ese atisbo de lucidez que aún parecía intuirse en su actitud.
—Ama, he venido hoy a verte, aunque no he avisado en el hospital porque necesito hablar contigo.
—¿En qué lio andas metido? —debía ser cosa de madres incluso con su estado mental intuía que algo no iba del todo bien.
—Necesito hablar contigo sobre algo que ocurrió cuando—prefería omitir la muerte de mi padre así que fijé otro punto en el tiempo que quizás la ayudara a recordar— me fui a vivir a casa de los abuelos.
—De eso ya hace mucho hijo, pero dime, ¿tienes novia? Porque ya va siendo hora de que me des nietos. Un pequeño Kepa, como tu abuelo, seguro que sería tan guapo y bueno como él.
—Ama, escúchame un minuto. Necesito saber que pasó cuando yo me fui a vivir con los abuelos. La fábrica en la que trabajabas cerró en aquella época.
—¿Qué importa eso ahora hijo? Fue hace mucho tiempo.
—Es importante, por favor, necesito que bucees en tus recuerdos —la mente de mi madre pareció obedecer y comenzó a viajar al pasado.

—Olía mucho a pescado, pero a Kepa no le importó nunca aquel olor. ¿Sabes que llegué a ser una de las envasadoras más rápidas? —parecía mentira como era capaz de recordar cosas como aquellas mientras otras de vital importancia las había arrinconado para siempre en un reducto de su mente.
—Ama, ¿recuerdas a Mikel Olazabal? —tan pronto como pronuncié aquel nombre los ojos de mi madre se volvieron hacia mí. Tenía que aprovechar lo que parecía un momento de lucidez—. Necesito saber la verdad. Es muy importante créeme. ¿Mikel Olazabal te proporcionó trabajo después de que la conservera quebrará?
—Se portó bien conmigo.
—¿Por qué se portó bien contigo, ama?
—Después de todo lo que sucedió…—la vista se fue de nuevo al techo de la habitación mientras yo empezaba a impacientarme.
—¿Qué fue lo que sucedió? —el silencio se instauró en su memoria así que jugué otra carta.
—Ama, ¿quién es Aron Hankiewicz?
—¿Por qué iba a conocer a ese señor? —no estaba sacando nada de provecho y el tiempo se agotaba—. Ama, necesito que hagas el esfuerzo, es importante.
—¡Mira que estás pesado tu hoy! Conoces, conoces… ¿para qué quiero a mi edad conocer a más gente nueva? Anda cómete esos pastelillos tan ricos que me ha traído la Mari.
En ese mismo instante oímos un ruido fuera seguido de una conversación. Parecía que alguien se acercaba. Pensé en tirarme debajo de la cama, pero si tenía que escapar de allí me sería difícil incorporarme rápidamente. Di un beso fugaz en la mejilla a mi madre quién no se inmutó en exceso y me escondí en el único lugar posible. El baño.
—Últimamente esta más calmada—oí decir mientras abrían la puerta de la habitación—. Es como si no sintiera la pérdida de su marido—. Puede pasar, pero como sabe no puede quedarse más de diez minutos. Si se entera la jefa de planta que le he dejado entrar después de que se ha acabado el horario de visitas me hará doblar turno.
—No se preocupe, cumpliré estrictamente lo acordado—una voz de un hombre totalmente desconocida para mi le dio las gracias a la auxiliar antes de quedarse a solas con mi madre en la habitación.
—¿Cómo te encuentras Ane?
—¿Quería darte una sorpresa y me escondí ahí? —supuse que mi madre señalaba detrás de la puerta—, pero mi hijo vino antes y le asusté.
—¿Unax ha estado aquí? —quién era aquel hombre y porqué me conocía a mí y a mi madre.
—Si estaba—por un momento temí que delatara mi posición—, me dio un beso y se fue rápido. Apenas pudimos hablar.
—He oído que quiere llevarte a otra clínica.
—Yo no quiero ir a ningún sitio. Estoy bien aquí.
Los médicos no aconsejaban que la sacara del hospital, decían que cualquier cambio podría suponer una alteración brusca de su comportamiento y su estado emocional podría verse aún más alterado, pero necesitaba reducir la distancia con ella. Ahora que el benefactor había desaparecido ya nada nos ataba a aquel lugar, podría verla todos los días tantas veces como quisiera, pero para ello tenía que resolver primero algunos asuntos que aún estaban pendientes.
—A lo mejor no es tan mala idea Ane. Te podrá ver más a menudo.
¿Quién era ese hombre? No podía permanecer por más tiempo escondido en el baño. Necesitaba saber quién era, porque conocía tan bien a mi madre y porqué parecía estar de acuerdo con que la llevase conmigo. Me dejé ver sin decir absolutamente nada. No quería montar ningún

espectáculo y menos teniendo en cuenta que los dos estábamos allí fuera del horario reglamentario. Parecía razonable pensar que a ninguno de los dos nos interesaba que ese encuentro saliese más allá de esas cuatro paredes. Sin embargo, yo estaba en desventaja. No tenía ni idea de a quién tenía en frente de mí.
—¿Hijo no te habías ido?
—No ama estaba en el baño. ¿Quién es este señor? —aproveché la cordialidad de mi madre para tratar que fuera ella quien hiciera las presentaciones formales, pero hábilmente se adelantaron a su posible repuesta.
—Me llamo Tomás. Tomás Ezpeleta. Un amigo de la familia.
—No recuerdo conocer a ningún Tomás Ezpeleta—noté que el labio inferior le temblaba ligeramente.
—En cambio yo he oído hablar mucho a su madre de usted—se levantó de la butaca que se encontraba al lado de mi madre en la que se había sentado—. Debo irme, no son horas para estar aquí, sólo quería comprobar que todo estaba bien.
—¿Por qué no iba a estarlo? —incidí mucho en la pregunta porque no sabía de qué iba todo aquello, pero pareció no escucharme porque fue directo a coger el pomo de la puerta. Por suerte para mí, llegué a tiempo, me interpuse entre la puerta y él consiguiendo evitar que llegase a abrirla.
—Es mejor que tengáis una conversación entre madre e hijo, no puedo ayudarte.
—Tomás, es pronto, podemos tomar una café y unas pastas. Los árboles empiezan a estar muy bonitos, ¿es otoño ya?
—Si Ane, es otoño. La estación del año que más te gusta.
—Está claro que ella no hablará. Así que tenemos la oportunidad perfecta para que me expliques qué haces aquí—trató de agarrar de nuevo el pomo de la puerta—. Escucha, Tomás, no tengo tiempo para tonterías—diría que le sorprendió mi conducta, pero a esas alturas no me importaba demasiado—, vamos a sentarnos a charlar y me vas a decir quién eres.
—Ay, hijo tienes peor cabeza que yo, te lo acaba de decir es Tomás Ezpeleta amigo de la familia —acaricié la mejilla de mi madre, pero mi mirada seguía fija en aquel hombre.
—¿Y bien? —era más que evidente que le había pillado sin la artillería cargada, no esperaba mi presencia allí, por lo que le iba a costar mucho interpretar un papel que no fuera el real.
—Trabajo para la familia Olazabal— parecía que había reparado que la mejor opción era tratar de ser sincero, aun así, no debía confiarme demasiado.
—¿Quién es esa familia Tomás? —tuvo un gesto de cariño apretando la mano de mi madre.
—Es imposible no cogerla cariño después de los años. A veces parece tan inocente…—nadie mejor que yo sabía las bondades de mi madre, pero no estábamos allí para perdernos en adulaciones, acababa de soltar una bomba y necesitaba que explotara de una vez—. Llevo visitándola desde que ingreso en el hospital. El señor me encargo que nunca le faltara de nada y que supervisara que en el hospital el trato era bueno. Sólo tenía que hacer eso.
—¿Por qué tenías que cuidarla?
—No acostumbro a preguntar, me pagan por ser discreto.
—Es hora de que dejes de serlo o tendrás un problema conmigo. Soy su familiar más directo y, por tanto, su tutor. Puedo demandarte.
—No he hecho nada malo, Unax, siempre la he cuidado—parecía sincero aun así...
—Tiene un minuto o aviso a la policía.
—No ha hecho nada malo, hijo, es amigo de la familia. ¿Por qué te enfadas? —acaricié la mano de mi madre para restar preocupación al momento.

—¿Qué quieres saber exactamente? —parece que podríamos llegar a entendernos.
—Necesito saber porque Mikel Olazabal le pidió que cuidara de mi madre—di por hecho que había sido él. Había tenido un vínculo con mi madre lo que necesitaba era descubrir porqué se había mantenido con el paso del tiempo.
—El señor siempre sintió afecto por su madre. Se conocían desde niños. Me contó que su madre se pasaba el día en casa de los Olazabal algo que despertó en él algo más que un simple afecto. Pensó que algún día llegarían a compartir los mismos sentimientos, pero entonces apareció Kepa, su padre y todos los sueños del señor empezaban a truncarse por el camino.
—¿Estaba enamorado de ella? —mi madre escuchaba atenta como si la historia que estaba contando Tomás fuera nueva para ella y no tuviera nada que ver con su propia historia.
—Su madre no tenía ojos para nadie que no fuera Kepa Zabaleta y eso al señor le destrozaba. Creyó que darle la oportunidad de trabajar en la conservera y pasar más horas juntos le harían desistir de la idea de casarse con un soldador de navíos. Le ponía los turnos de trabajo más largos, la hacía participar en decisiones de la empresa para que se sintiera más involucrada y quisiera participar más activamente en el negocio, pero nada surtió efecto. Su madre estaba demasiado enamorada de un hombre que no era él.
—¿Por eso la despidió de la conservera?
—No, en realidad todo tuvo que ver con que el entorno económico no era muy favorable en aquel momento. Otras fábricas para mantenerse a flote empezaron a diversificar su producción utilizando las cadenas de montaje para envasar diferentes tipos de conservas sin centrarse exclusivamente en el pescado, pero la familia Olazabal decidió buscar vías alternativas, que se alejaban bastante de lo que habían hecho tradicionalmente. Tenían contactos y disponían de medios para salir adelante.
—Entonces que fue lo que pasó.
—Que Ane es un poco cabezota cuando quiere—mi madre que había estado atenta al relato de Tomás sin interrumpirlo, sonrió—. No quiso aceptar el trabajo de costurera en la pequeña fábrica textil que iban a abrir en Bilbao ni mucho menos quiso alejarse de vosotros, acababa de saber que estaba embarazada.
El silencio en su relato nos permitió oír el sonido de un motor acercándose al edificio y un destello de luces azules. Me acerqué a la ventana para ver si era alguna ambulancia. La fatalidad quiso que fuera un coche de la Ertzaintza del que se bajaron dos agentes uniformados para entrar en el hospital. ¿En serio habían dado la voz de alarma y estaban buscándome? Seguro que me estaba emparanoiando, pero no me podía quedar mucho más tiempo a comprobar si mi hipótesis era cierta.
—Si es verdad lo que dices y mi madre se quedó junto a mi padre, se casó y me tuvieron a mi mientras Mikel Olazabal se fue a Bilbao a dirigir una nueva empresa textil, necesito saber en qué momento sus vidas volvieron a cruzarse. La empresa se extendió por distintas provincias de España, entre ellas Madrid dónde al parecer acabó afincándose, pero no se me escapa que hasta llegar al momento actual tuvo que moverse mucho viajando de una empresa a otra para llegar a construir el imperio que actualmente maneja. ¿Cuándo se volvieron a cruzar sus caminos?
—Cuando apareció Aron Hankiewicz—mi mirada pedía una explicación inmediata—. Una tarde mientras aparcaba el coche en la finca particular vi hablando por teléfono al señor en el piso de arriba de la vivienda. Se le veía a través de la ventana. Gesticulaba mucho y parecía alterado. Subí por si podía ser de ayuda y al llegar oí a alguien, parecía una mujer. Lloraba. Escuché al señor decir que no se preocupara que estaba todo arreglado. Que tendría ese bebé y no le faltaría de nada. Él la ayudaría.

—¿Qué bebé? ¿De quién estás hablando?
—De mi bebé. Tenía la carita sonrosada. No se parecía nada a ti cuando naciste—la cabeza me empezó a dar vueltas.
Me acerqué a la puerta y empecé a oír ajetreo en el pasillo.
—Poco después el señor me confesó que su madre había sido violada.
Se abrió la puerta de golpe. El corazón se me puso a mil por hora.
—¿Qué hace usted aquí? —la enfermera me miró sorprendida.
—Llego al poco de hacerlo yo. No me vi con fuerzas de decirle al hijo de Ane que no podía entrar a verla—pareció aceptar la explicación de Tomás.
—Deben irse ya, ha habido un altercado en el hospital.
—¿Un altercado? —no pude evitar preguntar.
—A veces los pacientes sufren algún brote—quizás esa era una explicación más convincente que la de capturar a un prófugo de la justicia para que la Ertzaintza hubiera acudido al hospital—. No puede haber personal que no sea del centro. Lo siento, pero tienen que irse. Les ayudaré a salir discretamente.

64

Alex

Me levanté las solapas del abrigo para taparme las orejas. Estaba a punto de anochecer y el aire otoñal se metía por los recovecos de la ropa de abrigo que llevábamos encima. John nos había reunido en un banco solitario del parque del Retiro para ponernos al día de los avances que había hecho en su investigación mientras yo había conseguido acceder a información que creía relevante y necesitaba compartir con ellos, aunque hubiera preferido cualquier otro lugar al elegido por John.

—Hoplan & Orleal Consulting recibió capital del Grupo Olazabal Sport cuando se constituyó.

—¿Eso que significa? —preguntó Beiñat, mientras mi mente me llevaba a casa, un lugar calentito dónde esperar a Unax que estaría a punto de llegar de un viaje del que pretendía traer respuestas.

—Podría significar simplemente que sus suegros le ayudaron a crear la empresa. No sería la primera familia política que lo hace.

—John, toda la rumorología que hay alrededor de esa familia gira en torno a la mala reacción que Francis Brun ha tenido con sus suegros. Espero que tengas algo mejor entre manos porque tú teoría no parece tener mucho sentido—replicó Lucía.

—Tienes razón, Lucía. Al parecer Francis Brun no estaba muy de acuerdo con la aportación que sus suegros le habían hecho para constituir la empresa— aclaró—. Cuando se creó Hoplan, Francis contaba con su propia cartera de clientes que había forjado en las anteriores empresas en las que había trabajado. Sabía como moverse, confiaba en sí mismo y lo más importante, tenía la convicción de que era cuestión de tiempo que la empresa despegase y tuviese éxito. No necesitaba la ayuda de nadie.

—Sin embargo, no pudo evitar que los Olazabal formasen parte de ese proyecto—me aventuré a predecir—, querían formar parte del grupo de accionistas. Sabían que Francis era una apuesta segura.

—Francis no era de su agrado—insistió en recordarnos Lucía—. Consiguió casarse con su hija haciéndoles creer que había dejado a su hija embarazada.

—Eso solo son rumores y no tienen por qué contradecir la idea de que sabían que era bueno en su trabajo—aclaró John.

—¿Qué indicios hay de que Francis no estaba de acuerdo con la participación de su familia política en la empresa?

—Buena pregunta, Beiñat. Dormir con *la Sheriff* te agudiza el ingenio—bromeo el irlandés—. Revisando las cuentas de Hoplan además de detectar el trasvase de fondos a otras empresas, detecté que gran parte de los beneficios obtenidos en los primeros años se revertieron en el Grupo Olazabal Sport. Esas transferencias dejaron de efectuarse cuando se llegó a cubrir la cifra exacta que el Grupo había aportado en la constitución de la empresa.

—Pero eso, puede significar simplemente que les devolvió el favor— inquirió Beiñat.

—Les quería desvincular de la empresa—afirmé—. Creo que puede ser una hipótesis de partida viable para avanzar.

—Así es, no quería que formaran parte del accionariado—matizó John.

—¿Qué más has averiguado John? —la impaciencia y el frío calándome los huesos empezaban a hacer mella en mí.

—Grupo Olazabal Sport—mencionó en voz alta Lucía antes de dar tiempo a responder a John—Eso es. Se refiere a la sociedad de los Olazabal Blanch.
—¿De qué hablas? —Beiñat formuló la pregunta que todos nos hacíamos en ese momento.
—¡Son las siglas que identificaban la carpeta! —capté enseguida por donde iba—. La carpeta que encontré en la caja de seguridad de la cámara acorazada de Recursos Humanos. La carpeta en la que convivían los expedientes de Francis, Jairo, Karina y Alex.
—¿Qué siglas? —insistió Beiñat, aunque John y yo ya habíamos identificado la conexión que Lucía acababa de hacer.
—Las siglas del Grupo Olazabal Sport, GOBL. En puridad se trata del Grupo Olazabal Blanch Sport, Mikel Olazabal y Celine Blanch se casaron en régimen de gananciales. Eso significa que la familia Olazabal Blanch está detrás de todo lo que está sucediendo— aclaró John muy seguro de sí mismo, aunque sin dejar de girar los anillos de su mano izquierda—, lo que no sabemos es el motivo que hay detrás.
Vimos las luces azules que anticiparon la presencia de un coche que se acercaba hasta el banco en el que nos encontrábamos sentados. Parecía que se trataba de un coche camuflado que había puesto un rotor de luz para patrullar en el parque antes de que anocheciera por completo. Aunque inmediatamente salimos del error al ver como se paraba cerca de nosotros y bajaba de él una mujer sin la uniformidad reglamentaria. La reconocimos al instante.
—Joder, Beiñat, ¿Sabes que la geolocalización existe? — le acusó John—. Os pedí que no trajerais el móvil—John llevaba un tiempo algo paranoico con las posibles escuchas.
—Y no lo he hecho—se quejó cuando Maialen llegó hasta el banco en el que nos encontrábamos sentados.
—¿Ahora os escondéis para confabular a espaldas de la policía? —dijo la inspectora a modo de saludo.
—Es una charla de amigos, que sepa no es delito—respondió como un resorte John.
—¿Te vas a hacer caquita en los pantalones? — se rio Beiñat—¿Qué pasa cariño? ¿A qué has venido?
—Necesito escuchar tu versión para entender claramente el motivo por el que Unax y tú habéis fingido una disputa en el anatómico forense frente al cadáver de Francis que ahora está lleno de huellas de Unax— creo que todos, salvo el aludido, nos quedamos con la misma cara de sorpresa.
—No creo que sea el lugar para hablar de esto.
—¿Me vas a decir ahora que no es algo que habéis tramado entre todos?
—A mí que me registren— John levantó las manos permitiendo acceso directo a un cacheo.
—Serás gallina— le acusó Lucía.
—Me temo que esta vez te has equivocado, Maialen—volvió a replicar el irlandés—, hasta que no has llegado no teníamos ni idea de lo que acabas de contar.
—Que parte no habéis entendido aún de todo esto. Ha habido un asesinato. Alex está en peligro y ahora es evidente que Unax también lo está porque tiene a todo el cuerpo de policía buscándole. Le he puesto sobre aviso. Le he pedido que se persone en la comisaría, pero conociéndole es lo último que tiene en mente hacer.
—No asesinó a Francis, solamente intento asistirlo—Beiñat defendió a su amigo.
—Cariño, dormimos en la misma cama. No puedes estar entorpeciendo la investigación, aunque se trate de Unax —que se dirigiera a él en el tono cariñoso con el que lo había hecho me produjo ternura, pero también cierta desazón. Tenía razón, siempre la había tenido. Debíamos trabajar de forma conjunta o sólo conseguiríamos ponernos en peligro sin dar con la clave correcta sobre los

que estaba sucediendo.
—No puede ir a la cárcel por tratar de salvar la vida a un hombre.
—Ya lo sé —dijo exasperada—, pero son las únicas huellas que se han encontrado. No hay ningún otro rastro que nos pueda llevar al autor material de los hechos. Alex, tenéis suerte de que las cámaras de la residencia de Brun y su mujer estuvieran desconectadas porque sino los primeros sospechosos de su muerte seríais vosotros dos.
Maialen se situó frente a los cuatro que aún permanecíamos sentados en el banco y nos miró uno a uno sin disimular que lo hacía.
—Necesito poder confiar en todos vosotros, y necesito que compartáis conmigo la información que tenéis en vuestro poder. Si colaboramos tal vez podamos acabar con todo esto más pronto que tarde.
—Llevaba guantes—dije agarrándome a lo que llevaba barruntando desde el asesinato de Francis y no había sido capaz de exteriorizar—. Y sospecho que es la misma persona que me agredió en Hoplan—todos se giraban para mirarme—. La que me tiró por las escaleras y la que trató de asustarme en el garaje.
—¿Por qué crees que es la misma persona? —las dos teníamos en mente al hijo de los Olazabal.
—Porque utilizó las mismas palabras que utilizó conmigo para dirigirse a él, pero esta vez, no tenía la voz distorsionada.
—¿Serías capaz de reconocerlo? —no necesitó oírmelo decir. Sabía que podría hacerlo.
—¿Hay algo más que deba saber?
—En realidad si—una cosa era compartir la información y otra confesar abiertamente que me había dedicado a escuchar detrás de las paredes—. Casualmente, oí una conversación que mantenían el nuevo director general de Hoplan y Karina de la que pude deducir que Jairo controlaba la salida y entrada de información en Hoplan.
—*¿Jairo?*
—Mi reacción fue exactamente la misma que la tuya, John. Jamás hubiera imaginado que Jairo tuviese ese tipo de destrezas.
—Si está realizando algún tipo de actuación ilícita no es de extrañar que no haya querido mostrar en público sus habilidades. Forma parte del disfraz—aclaró Maialen.
—Aún hay algo más que me gustaría compartir con vosotros. Francis atesoraba los libros de su mujer con tanto mimo que los tenía en el despacho de Hoplan y en una estantería de su dormitorio. Creo que tanto Unax como yo entendimos rápido que aquellos libros tenían un significado importante.
—Por eso cogiste la colección que tenía en su despacho—aclaró Lucía.
—Exacto, hice acopio de todos los que tenía en las estanterías de su despacho con el fin de que no se deshiciera de ellos Roberto Torralbo que en breve ocuparía la estancia. Descubrí que todos ellos en el margen inferior tenían una secuencia numérica marcada. Aquello tenía que significar algo.
—Nos hablaste de que Francis y Lidia se hablaban bajo ese código, pero siempre pensé que todo se quedaría en mensajes de amor empalagosos—concretó la chica de Recursos Humanos—. ¿Pudiste averiguar algo que no sepamos?
—Lo hice, como os comenté cuando interrumpí la reunión que John y tu manteníais en su despacho—una risa apenas perceptible para el resto, pero no para mía asomó en la comisura de ambos—. El propio Francis me dio la clave para descifrar los mensajes en el sobre que dejó para mí.
—¿Hay un sobre que te dejó el fallecido del que no tengo conocimiento?

—Lo estoy haciendo ahora mismo, Maialen te estoy informando—el frío que sentía, la rojez en mi nariz y mis manos hacía que mi voz vibrase sin yo quererlo, pero continué con mi descubrimiento—. Germán, el auxiliar de seguridad del edificio de Hoplan— aclaré para que Beiñat y Maialen supieran de quién hablaba—, me entregó un sobre que Francis le había dejado para mí. Contenía el título del primer libro que su mujer Lidia Blanch había escrito. El título de ese libro era *Cueste lo que Cueste*. Quizás en otro momento esa información no me hubiera dicho nada, pero al leerlo tuve una especie de revelación.

>>El día que asesinaron a Francis Brun en su residencia Unax llegó unos minutos antes de que todo sucediera. Vio como estaba preparando una maleta de mano para viajar. Parecía tener prisa en salir de allí, pero antes de hacerlo rescató el segundo pendrive—todos escuchaban expectantes —. Unax rescató aquel día un segundo pendrive idéntico al que Francis me entregó en Berlín, mismo modelo, tamaño, color. No cabe duda de que él es el artífice de ambas memorias de datos. Pero además vio como buscaba concretamente un libro en las estanterías. Os podéis imaginar perfectamente de qué libro se trataba.

—*El primer libro que su mujer escribió*—Maialen dio voz al pensamiento que pasaba por nuestras cabezas.

—Creo que Francis pretendía hacérmelo llegar por alguna otra vía, aunque no pudo hacerlo, Unax tuvo la agudeza mental de pensar que ese libro contenía algo importante.

—¿Y bien? —preguntó Maialen impaciente.

—Cuando salimos en el coche de la urbanización, el mismo día del asesinato, hice una maniobra un tanto brusca. Os podéis imaginar que la serenidad que tenía aquel día se podía poner en entredicho y mucho más después de lo que rodea a toda esta situación. El libro se cayó y se abrieron sus páginas. Lo suficiente como para poder apreciar que también había series numéricas en él. No podía ser casual. Tenía que significar algo.

—Pero eso ya lo habías deducido antes—intervino Lucía—. Se trataba del código que ambos utilizaban para comunicarse.

—¿Has descifrado algún mensaje? —apremió John. Se estaban inquietando. Todos esperaban saber si había podido avanzar o no en mis investigaciones particulares.

—Me ha llevado más tiempo del que me hubiera gustado descubrir que efectivamente era algo más que un mero intercambio de sentimientos románticos entre ellos. Creo que era la manera de comunicarse sin que el resto del mundo, entre los que incluyo a la gente que creo que sospechaban que no era de fiar, supiera que clase de descubrimientos estaban haciendo. En el primer libro que Lidia Blanch escribió estaban las instrucciones de como manejar este lenguaje de comunicación que ambos utilizaban. Había una secuencia numérica asociada para cada letra del abecedario. Sólo tenía que colocar las letras marcadas entre las páginas de los libros siguiendo el orden del código numérico que se reflejaba en las páginas iniciales. El rompecabezas me llevó a frases de amor y palabras que debían tener un significado especial para ellos. Llegué incluso a sentir pena por no tener la respuesta a aquellas declaraciones de amor que seguramente se encuentran en los libros que aún están en las estanterías del dormitorio de ambos. Se querían, no me cabe la menor duda. El resto son especulaciones que la prensa ha generado alrededor de ellos por la mala relación que Francis pudiera tener con su familia política.

—Muy romántico, *Sandra*, pero qué tiene que ver eso con el asesino de Francis— apremió John.

—En el último libro que Lidia escribió y que no llegó a publicarse hasta un año después de su muerte, había una variante. En este libro no había marcadas letras entre las páginas del libro sino palabras completas— saqué la hoja que tenía en mi bolsillo—, aunque afortunadamente el patrón de los códigos me permitió ordenarlas— leí las palabras anotadas que había descubierto detrás de

ellos—. *La familia no es trigo limpio. Tienes la información. Úsala.*
—Joder, por eso lo mataron—dijo alterado John—. Descubrió algo. Él sabía que corría peligro. Quería huir—Maialen no tuvo en cuenta el comentario de John y quiso seguir indagando.
—¿Por qué está marcada la palabra familia?
—A mí también me sorprendió. El código que correspondía a la palabra familia estaba marcado con un asterisco. Tengo la impresión de que esa marca no se hizo en el mismo momento ni con la misma tinta con la que se escribieron los códigos.
—¿A qué te refieres? —Maialen quería respuestas.
—Creo que se hizo con posterioridad a la muerte de su mujer.
—¿Qué te lleva a esa conclusión?
—Que nunca antes, en ninguno de los mensajes que se cruzaron hubo una marca parecida.
—Continua.
—Francis había descubierto algo que no le gustaba de su familia política y les podía afectar. Quizás Lidia ya había pagado por su propio descubrimiento, a lo mejor él era el siguiente.
—Insinúas que detrás de la muerte de Lidia está su familia.
—¿Quién sino?
—Es una teoría muy floja, Alex. ¿Tienes algo más?
—Si, que esta palabra es clave.
—¿Clave para qué?
—Creo que es la clave de uno de los pendrives que tenemos. Francis estaba dejando pistas a nuestro alrededor porque no podía decírnoslo de otra manera. Sabía que corría peligro y creo que pretendía huir.
—Todos al coche—dijo de pronto Maialen—. Nos vamos a comisaria. Vamos a poner en orden unas cuantas cosas. Y John, más te vale llevar el pendrive porque la siguiente vez que te lo pida no voy a ser tan benevolente.
Nos montamos en el coche sin rechistar. En el fondo todos queríamos empezar a dar sentido a lo que estaba sucediendo.

65

Unax

Cuando la enfermera nos ayudó a salir del hospital no pude retener por más tiempo a Tomás Ezpeleta a mi lado. En un despiste se había escurrido como una sabandija después de soltarme una bomba. Supuse que no era la primera vez que lo hacía. Por eso, no tuve más remedio que ir a ver a la persona que seguía visitando a mi madre y que probablemente supiese algo que me ayudase a salir de dudas.

Un bandazo de viento golpeó mi cara al llegar al mesón de la *Mari*. Estaban a punto de cerrar, apenas quedaban dos mesas con comensales y una persona en la barra. Me acerqué al mostrador.

—Estamos recogiendo. La cocina está cerrada—me dijo un joven—, pero si quiere tomarse algo rápido le sirvo.

—Quería hablar con Mari—me miró receloso—. Dígale que Unax Zabaleta está aquí—deduje que estaba valorando los pros y los contras de dar aquella información a la dueña del restaurante.

—¿Por qué quieres verla?

—Me conoce desde niño y visita a mi madre que está enferma casi a diario. Solo serán unos minutos. Necesito hablar con ella.

Después de analizarme de arriba a abajo sin ningún tipo de disimulo debió creer que no entrañaba peligro y se encaminó hacia la cocina, supuse que para contar previamente con la aprobación de su jefa. No tardó mucho en asomar la cabeza. Salvo por unas cuantas arrugas más que surcaban su rostro, seguía igual que la recordaba, como una mujer fuerte y corpulenta. Llevaba puesto un mandil azul Bilbao en el que comenzó a frotarse las manos antes de acercarse a mí con los brazos abiertos para abrazarme.

—Debe ser importante lo que tienes que decirme si has llegado hasta aquí—me susurró al oído mientras me abrazaba—. Ven conmigo dentro, estaremos más cómodos.

Me llevó a la verdadera alma del mesón dónde se cocía toda la magia de aquel lugar. Tenían un pequeño cuarto con una mesa y varias sillas en el que el personal se reunía para comer y tratar sobre la buena marcha del negocio.

—Hijo, ¿en qué lío andas metido para aparecer aquí a estas horas como si hubieras visto un fantasma? —fui directo al grano. No tenía tiempo para andarme por las ramas.

—Necesito que me digas quién era Aron Hankiewicz y por qué mi madre se casó con él si la violó—su cara era de absoluta sorpresa.

—¿De dónde te has sacado algo así?

—Mari, eso no importa ahora. Necesito que me ayudes porque ahora mismo no sé quién más puede hacerlo.

—Casi no me acuerdo de lo que he desayunado, Unax. ¿Cómo voy a resolver tus dudas?

—Eres amiga de mi madre desde hace mucho tiempo, aún la visitas en el hospital. No puedo creer que no sepas que fue lo que le sucedió—noté un leve rubor en sus mejillas.

—Desde que murió tu padre Ane se volvió muy reservada.

—¿Por qué mientes, Mari? ¿Le prometiste que no se lo contarías a nadie?

—Hijo…

—Ya no soy un niño. Necesito saber si es cierto que tengo un hermano o hermana—empezaba a impacientarme.

—Kepa siempre fue muy confiado. Tu madre le había advertido muchas veces, pero él no quiso

hacer caso— dijo mientras se levantaba de la mesa para servirme una taza de caldo caliente.
—¿De qué le estaba advirtiendo a mi padre?
—Tomate el caldo. Te vendrá bien para calmar la tembladera que tienes—era cierto la niebla, el frío y lo que estaba a punto de descubrir me tenían más destemplado de lo que me hubiera gustado—. Aron merodeaba a diario por el muelle. Solía sentarse con su violín a los pies de la imagen de la Virgen del Carmen, la patrona de los pescadores santurtziarras. Su intención no era deleitar a los pescadores con sus melodías, ni tan siquiera era contemplar el mar para encontrar sosiego en su alma sino situarse cerca de los puestos en los que se freían sardinas para robar algo de alimento aprovechando algún descuido de las sardineras—abracé la taza caliente y agradecí el calor en mis manos—. Aron no tenía buena fama entre los *arrantzales* (17) que se lo encontraban dormido en sus embarcaciones y les mendigaba para gastarse después lo que le daban en beber. Era extranjero. Polaco y músico de profesión, pero se pasaba la mayor parte del tiempo ebrio.
—¿Qué tiene que ver todo eso con mi padre?
—Fue una fría mañana de madrugada cuando a Kepa, enfundado en su ropa de abrigo y con el bocadillo que todas las mañana le preparaba tu madre para ir a trabajar, casi se le para el corazón del susto que le dio ese hombre— solo quería saber de una vez que le había hecho ese tipo a mi madre, porqué se había casado con ella y que demonios tenía que ver mi padre en todo aquello, aunque para averiguarlo no me quedaba más remedio que escuchar la historia por boca de la Mari que después de tantos años detrás de la barra del mesón no podía contar historias sin pararse en cada detalle para entretener y deleitar al visitante—.Le extrañó que al entrar en el buque y dirigirse a la zona en la que estaba soldando unas viguetas hubiese un amasijo de lo que parecían restos de tablones y redes desmadejadas, pero con el buen talante que siempre tenía tu *aita (18)* no le dio más importancia y decidió desalojar toda aquella superficie en la que tenía que seguir trabajando. Al levantar los últimos tablones se encontró con lo que parecía un montón de ropa sucia apilada, pero le faltó el resuello cuando al ir a cogerla el bulto tomo forma humana. Observó entonces lo que parecía ser un hombre inerte. Pensó que todo aquello le había caído encima mientras trataba de guarecerse de la tempestad encontrado un final fatal. Lo tocó instintivamente, aunque sin ningún tipo de delicadeza preso de sus propios miedos tratando de comprobar si sus certezas eran ciertas—la mesonera escenificaba lo sucedido como si ella misma hubiera protagonizado la escena—. Afortunadamente, su instinto forense era pésimo y el hombre comenzó a dar manotazos al aire hablando en un idioma totalmente desconocido para Kepa.
—¿Era Aron? ¿Aquel hombre era Aron?
—Sssssh, no seas impaciente —respiré profundo. Estaba claro que en aquel relato iba a ser ella quien marcase los tiempos—. Aquel día ese hombre se fue enfurecido con tu padre del buque.
>>Semanas más tarde, una fuerte galerna originada por vientos del oeste con olas de hasta casi nueve metros, había mantenido a todo Santurtzi insomne por el miedo. Miedo a que hermanos, maridos e hijos resultasen dañados con el fuerte azote del mar sobre las embarcaciones que no habían podido volver a puerto tras faenar. Sin embargo, el fuerte viento no había impedido que Kepa siguiese su rutina y a las seis de la mañana fuese a trabajar al buque. Estaba cambiando su chubasquero por ropa de abrigo para trabajar cuando un ruido le alertó de que algo se había caído en la cubierta. Al salir el fuerte viento le tumbó cayendo de bruces al suelo. Se llevó un fuerte impacto en una pierna, pero ni el golpe ni las fuertes rachas de viento le impidieron oír un murmullo. Agudizó más el oído desde el suelo sin ni siquiera levantarse por si el cambio de altura le hacía perder el sonido. Se le encogió el estómago al comprobar la agonía de alguien que no veía por ninguna parte. Intentó incorporarse, pero el viento era tan fuerte que lo arrastraba de nuevo al suelo por lo que reptó por la cubierta tratando de seguir la dirección del sonido que

llegaba a sus oídos. Tardó en llegar al lugar del que procedían los sonidos lo que le pareció un siglo, pero al conseguirlo comprobó como aquel hombre, que ya había visto antes, tenía un fuerte golpe en la cabeza.
—¿Era el mismo hombre? ¿Era Aron?
—*Mutiltxo* (19), no seas impaciente— me prometí intentar no volver a interrumpirla—. Las temperaturas tan gélidas al borde del mar parecían haber jugado a su favor coagulando la sangre que de otra forma hubiera brotado a borbotones a juzgar por el impacto que había recibido en la cabeza— sople la taza de caldo intentando disipar mi ansiedad—. Kepa pudo calibrar esta vez con certeza que aquel hombre sufría una grave hipotermia. Deliraba y su rostro, debajo de toda aquella mugre, empezaba a verse azulado. Permaneció tumbado sobre él tratando de calentarlo con su propio calor corporal hasta que pudo hacerse oír. Fue el jefe de obra el que les encontró en aquella posición y consiguió que les trasladaran a los dos al hospital de Basurto.
¿Eso era todo lo que iba a contarme? ¿Qué evitó que un hombre muriese congelado? —. Agarre con fuerza la taza y contuve las preguntas.
—Kepa se recuperó pronto, pero Aron, el hombre al que ya había puesto nombre, tardó más en recuperarse. La deshidratación que su cuerpo había sufrido debido al alcohol que inundaba su cuerpo no le ayudaba en demasía a su recuperación. El fuerte impacto que había recibido en la cabeza, le había hecho perder la visión de su ojo izquierdo, pero, aunque no se averiguó cual pudo ser el objeto que se lo produjese, el incidente se dio por cerrado y no se investigó más sobre el asunto. Al fin y al cabo, era un indigente, un borracho y un ladrón que estaba pasando los mejores días de su vida entre las cuatro paredes de aquel hospital— miré la taza con cierta desesperación—. Bebe el caldo, *mutiltxo* o no entrarás en calor nunca. ¿Quieres algo más de comer? — decliné su oferta, no era hambre física lo que me pedía el cuerpo.
No me entraba en la cabeza como podía estar tan tranquila mientras yo me comía por dentro tratando de saber a dónde me llevaría aquella historia familiar que no parecía terminar nunca.
—Cuando le dieron el alta, Kepa, arrastrado por su propia hospitalidad, ya había construido un catre en una antigua lonja de su propiedad en la que guardaba trastos viejos. Se lo había ocultado a Ane porque sabía que aquello no le iba a parecer bien, pero hasta que encontrase algo mejor, no podía dejar que Aron siguiese viviendo en la más absoluta indigencia.
—¿Mintió a mi madre?
—No solo le mintió, sino que le facilitó cobijo, mantas e incluso el bocadillo de anchoas o atún que le preparaba cada mañana Ane.
—No lo entiendo.
—Sólo quería ayudarlo. El bueno de Kepa a veces parecía tonto—su comentario me molestó. Era mi padre—. No sabía que se estaba cavando su propia tumba— levante la cabeza de golpe para mirarla cara a cara.
—¿De qué estás hablado, Mari?
—Nada, nada tu bebe tranquilo—la sangre me empezaba a hervir por dentro—. Kepa advirtió a Aron que no podría mantener por mucho tiempo aquella situación por lo que debería buscar trabajo en el puerto o en la ciudad.
—Algo me dice que no sirvieron de nada las advertencias de mi padre.
—Aron se sentía como en un hotel de cinco estrellas en el que tenía comida, bebida y alojamiento gratis sin necesidad de tener que mover un solo dedo. ¿Para qué iba a necesitar trabajo? —bebí lo que quedaba del caldo y dejé la taza en la mesa bajo la mirada atenta de la dueña del mesón—. Muy bien hijo. Pronto la gente del pueblo empezó a hablar, ya sabes, aquí nos conocemos todos, es difícil que las cosas pasen inadvertidas— guiñó uno de sus ojillos casi

ocultos por las arrugas de su rostro—. No pudo ocultar por más tiempo su secreto. Las mujeres en el mercado llevaban murmurando mucho tiempo hasta que finalmente Mertxe, la del puesto de frutas, le contó a tu madre lo que se rumoreaba por Santurtzi: "*Esaten dute Kepa Ona, escondido a un hombre tiene (20)"; "*¿Quién dice*?"* preguntó tu madre; "*Jendea emakume, jendea (21)" le respondieron.*
>>Tú madre que siempre tuvo mucho carácter hasta que la pobrecita— hizo un breve silencio en el que suspiró levemente— le dijo a Mertxe que a ella la gente le daba igual. ¿Por qué iba a tener Kepa escondido a alguien? Pero la Mertxe que siempre ha tenido una lengua muy larga la dijo "*¡Ez dakit! Esan zu" (22).*
—No sé si voy a ser capaz de esperar al final de la historia Mari— apelé a la desesperación—. Tengo que regresar a Madrid esta misma tarde y ya ha anochecido.
—*Gazteak, beti korrika (23)*— rebudió la mesonera—. Tu madre siempre ha sido muy lista, ¿sabes? Le faltó tiempo para sumar dos más dos y llegar al resultado. Tu padre llevaba un tiempo madrugando más para ir a trabajar. Estaba haciendo algo a primera hora de la mañana. Por lo que aquel viernes se despertó como de costumbre a la misma hora que su marido. Se asearon, se vistieron, preparó el desayuno, desayunaron, pero cuando él salió por la puerta en lugar de comenzar con las labores del hogar se enfundó en su abrigo, cogió su bolso y salió por la misma puerta apenas un minuto después. Le siguió con cautela y pronto comprobó que el rumbo que Kepa tomaba era contrario al puerto. No quiso dudar de él tan pronto. Se dijo así misma que seguramente había quedado con algún compañero de trabajo por algún motivo que ella no tenía por qué conocer, se sentía tan mal por desconfiar de la persona que más quería en el mundo que cualquier excusa le hubiera bastado para justificar su cambio de rumbo. Quería creer que Mertxe le había metido ideas ridículas en la cabeza a toda costa. No podía desconfiar tan fácilmente de alguien que nunca le había dado motivos y que la demostraba todos los días lo enamorado que estaba de ella.
—Mari, por favor, se me hace tarde— se limpió las manos en el mandil. Creo que la estaba empezando a desesperar con mi actitud apremiante.
—Esta juventud no sabéis esperar por nada. Has venido preguntando, Unax. Estoy vulnerando la confianza que Ane tiene depositada en mí y me lo agradeces así.
—Lo siento, Mari. No quería molestarte. Tienes razón. Es sólo que estoy nervioso por lo que puedas contarme—a lo mejor no era del todo mentira la excusa que acababa de poner.
—Lo vio llegar a la vieja lonja en la que guardaban trastos viejos y casi respiró aliviada. Seguramente guardaba allí algún útil que necesitaba para el trabajo y simplemente había ido a recogerlo. Estuvo tentada a darse la vuelta, pero una punzada en el corazón la hizo permanecer allí unos minutos más. Kepa salió sin nada en las manos, no llevaba nada, no había cogido nada de allí dentro o era demasiado pequeño y cabía en un bolsillo. Su mala cabeza le había hecho incluso olvidar el almuerzo que le había preparado aquella mañana. Mientras rebuscaba en el bolso el manojo de llaves entre las que se encontraban las de la vieja lonja vio alejarse a Kepa. Henchida de felicidad se encaminó hacia la lonja con la intención de coger el almuerzo y darle una sorpresa a su marido aquella mañana llevándole en persona el bocadillo que había olvidado. Él no estaba haciendo nada fuera de lo normal, había ido a recoger algo a la vieja lonja y su mala cabeza le había hecho olvidar el almuerzo. Ya inventaría por el camino la excusa que le ponía por saber dónde se lo había dejado olvidado.
—Sin embargo, se encontró con algo que no esperaba.
—Tenían por costumbre bajar los fusibles de la luz porque apenas visitaban aquel lugar, pero al palpar la pared para levantarlos compró que no estaban bajados por lo que inmediatamente

localizó el interruptor y encendió la luz. Al hacerlo salió despavorida al sentir que un cuerpo mugriento erigido por unos ojos grises llenos de nubarrones intentaba abalanzarse sobre ella.
—Joder, debió asustarse mucho. ¿Qué sucedió después?
—*Mutiltxo*, voy a tener que lavarte esa boca con jabón de lagarto—agaché las orejas como cuando era niño aguantando el chaparrón hasta que la Mari continuó hablando—. La pobre Ane se pasó toda la mañana a base de tilas para calmar los nervios. Se tomó la mayor parte de ellas donde tú estás sentado ahora. Quería mucho a su Kepa, le quería por encima de todas las cosas, por eso no entendía como podía estar ocultándole algo así. Primero pensó que se lo diría nada más entrar por la puerta. Después pensó que debía darle tiempo para contárselo y, finalmente, decidió que la confianza no necesitaba más tiempo. Merecía una explicación.
>>Kepa entró por la puerta de casa aquella tarde, como cualquier otro día, abrazó a su mujer por la cintura con dulzura, depositó un beso en su mejilla y le contó las buenas noticias que traía. Le habló de los dos buques bacaladeros que iban a construir porque el puerto de Santurce se había puesto a la altura de los puertos gallegos. No le faltaba razón hacía dos años que había batido el récord de descargas de bacalao.
—¿No le preguntó por el hombre de la lonja?
—Tú madre siempre ha sido muy inteligente, Unax, mientras le escuchaba estaba envolviendo en una hoja de periódico un bocadillo similar al que le hacía todos los días para ir a trabajar. Cuando Kepa le preguntó por qué le prepara el almuerzo si al día siguiente era sábado ya sabes cual fue su respuesta.
—Supongo que le respondió que para que siguiera dando de comer al hombre que tenía escondido.
—Por supuesto que fue eso lo que le respondió, además de contarle sin pelos en la lengua como lo había seguido aquella mañana al irse al trabajo después de que en el pueblo todo el mundo hablara de que tenía un hombre escondido. Le relató como al entrar en la lonja aquel hombre se había abalanzado sobre ella y tuvo que huir despavorida.
—¿Llegó a hacerle daño?
—Si dentro del dolor se encuentra el miedo y el susto que tu madre tenía en el cuerpo, la respuesta es sí. La hizo daño. Tu padre se lamentó por no habérselo dicho y le confesó que era el hombre al que había salvado de morir por una hipotermia la noche de la galerna. *"Es un pobre hombre, Ane, ha vivido un infierno"* le dijo. Pero tu madre no creía que lo fuera y mucho menos cuando recordaba como se había abalanzado sobre ella. Le dijo que sólo quería aprovecharse de él. Que era un borracho y un ladrón, pero Kepa insistía en que se estaba dejando llevar por las habladurías que él, le había visto casi muerto y que sabía que pronto encontraría trabajo—Mari se quedó absorta.
—¿Qué pasa Mari?
—Tal vez deberías irte ya ha anochecido.
¿En serio? —. No iba a irme después de haber estado esperando el final desesperadamente.
—No me iré sin saber lo que sucedió— Mari estrujó el mandil de nuevo entre sus manos.
—Ane siempre ha sido muy inteligente.
—Eso ya los has dicho, Mari. ¿Qué fue lo que pasó?
—Tal vez ahora no lo parezca, pero ella siempre pensó que ese hombre no era bueno. ¿Por qué se refugió en el buque en el que trabajaba Kepa? Ane, siempre creyó que no era fruto de la casualidad, sospechaba que le había estado observando porque sabía que tarde o temprano podría aprovecharse de la bondad de su marido.
—¿Mi madre creía que no fue casual que Aron estuviera a punto de morir en el buque en el que

trabajaba mi padre?
—Eso es exactamente lo que estoy diciendo.
—Mari, por favor, dime qué sucedió.
—Dicen que Aron se enamoró de tu madre nada más verla. Desde entonces no desistió en su empeño por conseguirla.
—¿Por eso la violó? ¿Porque no podía conseguirla? ¿Porque mi madre amaba a mi padre?
—*Mutiltxo*, por eso se encargó de eliminar los obstáculos que le impedían alcanzarla.
—¡Eso no puede ser cierto! —respondí con rabia—¡Mi padre murió en un accidente de trabajo! — ella se mantuvo en silencio— ¡Fue un accidente!
La Mari nunca fue de afecto y de caricias. Por eso, se alejó hacia la cocina y comenzó a limpiar la encimera con una bayeta de forma compulsiva. Le dolía verme así, pero sabía que no tenía palabras de consuelo que darme.
—Se hace tarde, Unax—la miré con rabia, con rencor, con miedo a que sus insinuaciones fuesen ciertas—. Ane querrá saber que llegas bien a Madrid.
—¿Cómo…quién…de donde has sacado semejante idea?
—Aquí lo sabemos todo, *mutiltxo*. Nada pasa desapercibido.
No podía seguir por más tiempo allí. Tenía que irme. Lo que me acababa de confesar era una auténtica locura. No podía ser verdad. Justo cuando iba a salir por la puerta huyendo de allí sin despedirme sus palabras me hicieron pensarlo un poco más.
—Ane, me lo contó todo, Unax. Tu madre me ha contado su historia cada día, una y otra vez, como si fuera una película, durante todos estos años mientras la hacía visitas en el hospital— salió de la cocina estirándose el mandil para borrar las arrugas que no había en él.
—Si lo sabía, ¿por qué se casó entonces con él?
—No lo recuerda, Unax. Lo ha borrado por completo y quizás sea lo mejor que le ha podido pasar. No se merece el sufrimiento por el que ha tenido que pasar— sus palabras se fueron diluyendo a medida que salían de su boca.
Muchas gracias, Mari. Por haber sido una buena amiga durante todos estos años. Por dejar que te contara su historia cada día y por servirla de consuelo— lo sentía así, pero no fui capaz de pronunciar ni una sola de esas palabras antes de salir por la puerta de aquel mesón.

66

Alex

Era tarde, Unax me había mandado un mensaje para decirme que aún le quedaba una hora para llegar a Madrid y mi preocupación por lo que pudiera pasar con él una vez que llegara a la ciudad iba en aumento. En la comisaría parecía hora punta, nunca hubiera imaginado que podía haber semejante ajetreo a esas horas, apenas quedaban unos minutos para entrar en la noche cerrada. Maialen nos llevó a la sala en la que realizaban el briefing todas las mañanas buscando algo de tranquilidad, pero todos estábamos nerviosos, ahora que existía la posibilidad de que tuviéramos la información que necesitábamos más cerca de lo que pensábamos. Sin embargo, la sorpresa y la decepción llegaron al unísono cuando tratamos de desbloquear el pendrive que John le entregó. En primer pendrive que Francis hizo llegar a mis manos a través de *Roger Schmidt.* A pesar de que la palabra familia tenía algún significado que Francis quería transmitirnos, no era la clave que permitía desbloquear el pendrive, lo que hizo que nuestros ánimos se vinieran de nuevo abajo.

—Empiezo a pensar que este puzle es imposible de resolver—John se estaba impacientando hasta el punto de haberse colocado varias veces la coleta que llevaba. Como si apretándosela más fuerte a la cabeza fuese capaz de llegar a alguna conclusión.

—Francis quería llevarse el libro en su huida— Maialen tenía la mente en otro lugar—, y un pendrive que tenía escondido.

—¿A dónde quieres llegar?

—Alex, cuando te entregaron el pendrive en Berlín me constate que te dijeron que recibirías instrucciones expresas para usarlo. Por lo tanto, es cuestión de tiempo que las recibas, sobre todo ahora que no está Francis. Es muy probable que dejara alguna instrucción además de esa nota al vigilante de seguridad.

—¿Está segura?

—Estoy segura. Lo que debías hacer con la información que contenía ese pendrive estaba planificado antes de que las cosas tuvieran este final trágico que por otra parte creo que él tenía contemplado como una posibilidad, aunque imagino que esperaba que fuera remota. Debes estar atenta a cualquier información que puedas recibir en estos días. Es muy probable que la clave de como acceder a lo que contiene este pendrive esté en ella.

—Pero Francis le entregó a Germán un sobre con la clave o al menos con el libro que nos llevó hasta lo que creíamos nos permitiría ver el contenido de la memoria USB.

—Un segundo—Maialen fue en busca del informático que tenían en comisaria y le hizo entrar en la sala. Traía el pendrive que Unax le había quitado de la mano a Francis—. La clave que te entregó en ese sobre es de este segundo pendrive—afirmó sin titubear—. Pablo ha identificado las cuatro primeras letras de la clave. “F”, “A”, “M” e “I”—dijo señalando al policía que acaba de entrar en la sala—. Creo que su intención era hacerte llegar este segundo pendrive por otra vía. A lo mejor otra vez a través de *Roger Schmidt,* ya no lo sabremos, pero está claro que quiere que conozcas todo lo que descubrió y es lo que vamos a hacer.

John, ante la mirada atenta de Maialen, sacó el pendrive del puerto USB del portátil en el que habíamos intentado leerlo y dejó su sitio a Pablo. Todos nos movimos un sitio para hacer hueco a John. Estábamos expectantes y deseosos de que la teoría de Maialen fuese cierta. Pablo introdujo las siete palabras.

—Joder, joder, joder…—el contenido del segundo pendrive se desbloqueó y pudimos visualizar varias carpetas—. Maialen, eres la *puta ama del universo*—canturreó John.
—Por eso es mi mujer—se jactó Beiñat mientras Maialen ponía los ojos en blanco.
—Échales un vistazo a esas dos carpetas — inquirió Maialen sin dar ninguna importancia a la euforia que había desencadenado el hallazgo de la clave.
La primera carpeta recibía el nombre de Jairo Olazabal. Al parecer Francis le había estado investigando. La carpeta contenía múltiples noticias digitales que hablaban de ciberdelincuentes, de hackers maliciosos, de teorías conspiratorias para crear y destruir imperios hasta que encontramos un documento, un único documento que enlazaba el nombre de Jairo con cientos de seudónimos en internet.
—¿Eso es cierto? —Lucía se frotó los ojos como si con ello pudiera ver una realidad distinta a la que tenía delante—. ¿Jairo es un ciberdelincuente?
La pregunta se respondía por si sola. Toda aquella documentación convertía en hechos cuantificables la hipótesis de que Jairo fuera un malhechor digital.
—¿Cómo consiguió toda esa documentación? —preguntó Beiñat—. No es nada fácil conseguirla, tienes que moverte en el lado oscuro de internet para poder llegar a ella.
—Me temo que Francis corrió ese riesgo para desenmascararlo—aclaro su mujer.
Permanecimos en silencio durante un rato, sin decir nada, todos sabíamos lo que Francis había perdido para encontrar esa información. Por eso, no podíamos defraudarle. Ahora cobraba más fuerza que nunca la idea de que teníamos que parar aquella locura.
—Francis sabía que teníamos al enemigo en casa—resopló John—. Por eso, me pidió que reforzara la seguridad. Estábamos recibiendo los ataques desde dentro de Hoplan.
—Según esto ha participado en cientos de ciberdelitos—nos resumió Pablo después de leer varios de los documentos que había en la carpeta—. Creaba una identidad diferente para cada acto delictivo que cometía—. Esperar un segundo…esto que hay aquí es algo raro.
—¿Qué has visto? —se interesó Maialen.
—A pesar de actuar en las sombras los ciberdelincuentes suelen tener un ego bastante grande—aseguró Pablo como si fuera un gran entendido en la materia.
—Nos tenía bien engañados a todos—Lucía se acercó a un John cabizbajo—. No te culpes, no podías saberlo, era imposible que te imaginaras que alguien como él estuviese poniéndote trampas.
—Delante de mis narices, joder. El muy cabrón se estaba riendo de mi delante de mi propia cara.
—Mirar lo que dice aquí— Maialen se centró en el documento que Pablo había identificado y lo leyó en voz alta—. Cuenta con un capital depositado en paraísos fiscales de ciento cincuenta millones de euros.
—Eso es demasiado dinero— Beiñat se frotó la cabeza—. ¿De dónde lo ha sacado?
—Hay un recorte de una noticia publicado localmente en la prensa de las Islas Caimán— explicó Pablo—. Al parecer se produjo un robo por el mismo valor en un Banco de las Islas Caimán que no se denunció a las autoridades porque estaba en cuentas opacas procedentes del tráfico de drogas y de armas.
—¿Qué es eso? —Maialen señaló algo en la pantalla del ordenador.
—Es el seguimiento de traspasos de unas cuentas a otras. Aquí hay por lo menos cincuenta empresas diferentes hasta llegar en varias partidas y por distintas empresas a la empresa Rodes Company.
—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó John adivinando la respuesta que Pablo le iba a dar.

—Quinientos mil euros.
—Joder, lo sabía.
—También hay un chat que Francis mantuvo con alguien, supongo que se trata de la persona que le estaba proporcionando la información, aunque no hay manera de identificarlo, el remitente figura en blanco. En él se dice que tenga mucho cuidado con el uso que hace de esta información, cada vez que alguien ha intentado destapar lo sucedido o interferir en la actividad de Rodes Company ha muerto.
—En realidad—le corrigió Maialen—, lo que dice es que sufren extraños accidentes.
—Qué fue lo que le pasó a Francis, ¿y si fue eso lo que le pasó a Lidia? —se cuestionó Lucía—. Hubo muchos rumores sobre su muerte. Un extraño accidente, un suicidio por su enfermedad. El brusco cambio de comportamiento en Francis se produjo con la muerte de su mujer. Todos lo justificamos en base al sufrimiento que tenía que estar padeciendo por su ausencia, pero tal vez había algo más.
—Sigue siendo difícil creer que antepongan los intereses económicos a la familia. Si la familia Olazabal está detrás de este robo, de las empresas ilegales y Jairo es la cabeza ejecutora, porque dudo mucho que sea quién da las instrucciones, no tiene mucho sentido que matara a su propia hermana—aclaré.
—No lo tenía hasta que se casó con Francis—me corrigió Lucia—. ¿Y si todo era una fachada?
—Y si y si… eso son sólo teorías baratas, necesitamos algo más sólido —incluso Maialen, que nos había dejado especular, se sorprendió del comentario que acababa de lanzar su marido.
—"Si queda algún rastro las pruebas se acaban destruyendo"—Pablo leyó en voz alta otro aspecto clave de la información que Francis había obtenido de su confidente—. "Siempre que han intentado acudir a esta información alguien borra su rastro".
—*Sandra*, esto fue exactamente lo que sucedió cuando trataste de localizar información de Rodes en tu portátil—John tenía todos los engranajes de su cerebro trabajando a todo trapo—. No pude volver a acceder a través del historial de tu ordenador por el mismo hueco que lo habías hecho tú, el rastro había desaparecido. Era como si nunca hubieras intentado acceder a las páginas de Rodes. En ese momento no me di cuenta, pero ahora todo encaja, acababas de entrar en terreno peligroso y se estaban asegurando de que si te pasaba algo extraño que contribuyese a una investigación para determinar que te había pasado, nunca encontrarían la vinculación con Rodes porque nunca habías realizado esa consulta a través de tu ordenador.
—La agresión que has sufrido es más que evidente que está vinculada con un intento de saber si eras alguien peligroso—concluyó Maialen—, si habías accedido a la información por ti misma o si otra persona te la había facilitado.
—Francis—pensé en voz alta.
—Me contaste que él había hecho algo irregular con uno de los clientes más importantes que teníais en la empresa.
—Si, así fue. Se trataba de la empresa Remis S.A, le cedió la negociación a Jairo y permitió que Karina participase en las reuniones de equipo en las que poníamos en común nuestros avances cuando nunca lo había hecho, pero no entiendo qué tiene que ver que se equivocara en esa decisión con lo que había descubierto.
—Francis, aunque de una forma un tanto peculiar, te estaba protegiendo. Estaba intentando que creyeran que la relación entre vosotros se había estropeado que no erais uña y carne. No quería que te pasase nada, quería alejarte de cualquier posible peligro.
Siempre había sabido que me faltaba la razón a su cambio de comportamiento conmigo y acababa de encontrar la respuesta, aunque como suponía no me gustaba lo más mínimo.

—Parece que Francis accedió a la información desde el propio ordenador de Jairo—nos informó Pablo—. El ratón mordió al gato.
—Sólo por un tiempo—me lamenté—. Al final el gato se lo acabó comiendo.
No era mi intención, pero un nuevo silencio nos abrazó a todos hasta que Maialen se puso de nuevo en marcha.
—Echa un vistazo a la segunda carpeta, Pablo.
—Aron Hankiewicz—leyó en voz alta. Me sorprendió que John se irguiera ante la lectura del nombre de la carpeta.
—¿Este no era el tipo al que le hacían pagos mensuales desde Serp@? —preguntó Lucía.
—El mismo, Lucía. El mismo—John me miró de reojo, pero no supe por qué lo hacía.
—Aquí dice que recibía pagos mensuales desde Serp@ por supuestos trabajos sobre los que no hay ningún tipo de justificación, ni facturas asociadas—analizó Maialen.
—Es la misma información que descubrimos en los archivos de Hoplan—Lucía, ante la mirada inquisitiva de Maialen, desveló a todos aquella información que sólo conocíamos unos pocos.
—Según se puede ver en los documentos que recopiló Francis, Aron Hankiewicz recibió a través de Serp@ una cantidad muy generosa hace veintiséis años—la inspectora se centró en lo que estaba viendo en aquellos documentos y trató de alejarse de la idea de que seguíamos teniendo información que no habíamos compartido con ella a pesar de su insistencia en que lo hiciéramos —. Con posterioridad a ese pago, mensualmente y hasta hace un par de meses recibió una cuantía fija similar a la nómina que podría recibir un empleado cualificado en Hoplan.
—¿Aron Hankiewicz trabajaba para Hoplan a través de Serp@? — preguntó Beiñat.
—Si lo hacía Francis Brun no era conocedor de ello, sino hubiera recabado toda esta documentación que acredita los pagos que se hicieron, pero hay algo más—todos miramos ansiosos de información—. Hace dos meses recibió un pago similar al inicial y posteriormente a él se interrumpen los pagos mensuales que se venían haciendo.
—¿Qué fue lo que pasó hace dos meses para que se interrumpieran esos pagos? Parece como si le hubieran pagado el finiquito, como si ya no requiriesen de sus servicios—no pude dejar de pensar en alto.
—Tenemos que localizar a ese hombre.
—Ha fallecido en extrañas circunstancias—antes de que se activase oficialmente la búsqueda de Aron Hankiewicz, John paralizó la instrucción de la inspectora.
—Me vas a tener que contar con pelos y señales todo lo que sabes amiguito—Maialen no estaba de broma, pero antes algo llamó su atención—. ¿Qué hay en ese otro archivo?
—Es una partida de nacimiento de Karina Garramendi—aclaró Pablo.
—¿Alguien la conoce? —Maialen lanzó la pregunta al aire, pero su marido advirtió un detalle.
—¿Garramendi? —John miró a Beiñat y supo leer entre líneas.
—Debe tratarse de un error, supongo que se trata de Karina Hankiewicz—aclaré—. ¿Cómo no he podido darme cuenta antes? ¿Aron Hankiewicz es… su padre? —nadie podía responder con certeza, aunque todo parecía indicar que así era—. Por eso, Francis recabó esa información llegó a la misma conclusión al encontrar su nombre. Quizás ese fue el motivo por el que tuvo que contratar a Karina en Hoplan, nunca he creído que lo hubiera hecho por voluntad propia. A lo mejor la respuesta está entre esos archivos.
—No sé si la respuesta estará entre esos archivos, pero creo que después de lo que acabamos de descubrir tengo que contaros y espero que Unax no se me enfade por vulnerar su confianza.
—¿Más cosas ocultas John? —le recriminó Maialen.

—Esta vez no sabía que la información que tenía podía tener alguna relación con lo que estamos tratando. Se me pasó por la cabeza, pero me parecía tan ilógico que pensé que simplemente era una casualidad.
—Habla de una vez irlandés—le instó Lucía.
—Aron Hankiewicz es el segundo marido de Ane Garramendi, la madre de Unax.
Sus palabras se me atascaron en la garganta mientras veía como Beiñat se levantaba de la silla en la que había permanecido sentado desde que habíamos entrado en aquella sala y empezaba a caminar inquieto de un lado a otro.
—Joder, no puede ser—dijo mirando a su mujer—. No puede ser.
La cabeza me iba a cien por hora, Unax me había hablado del segundo marido de su madre, pero nunca mencionó su nombre. ¿Cómo era posible? ¿Qué clase de conexión macabra era la que se nos mostraba delante?
—Pablo busca en nuestra base de datos a Aron Hankiewicz—el agente muy diligentemente siguió las órdenes de su superior.
—No hay nada.
—No puede ser, tiene que haber algo, busca en la base de datos de refugiados.
—Bingo, jefa. Aquí dice que nació en Varsovia. Músico de profesión. Desaparecido en una actuación en Alemania. Se fugó y se refugió en nuestro país para no tener que regresar a su país de origen Polonia, donde aún sufrían las consecuencias de la guerra fría.
—¿Mujer?
—No costa ningún matrimonio.
—¿Hijos?
—Tampoco.
—Busca Karina Hankiewicz.
—No existe en la base de datos.
—Garramendi, Karina Garramendi—rectificó Maialen—. Búscala.
A los pocos segundos veíamos aparecer en pantalla el nombre de Karina Garramendi. Nacida un tres de octubre hacía veintiséis años. Hija de Ane Garramendi y padre desconocido.
¿Qué demonios era todo aquello? ¿Karina Garramendi era la misma persona que Karina Hankiewicz? ¿Qué pintaba Aron Hankiewicz en aquella historia? ¿Por qué Karina había acuñado el apellido de Aron como propio? ¿Por qué Aron recibía dinero de Serp@? ¿Le pagaron por hacerse cargo de Karina? ¿Por simular ser su padre? ¿Era Ane Garramendi verdaderamente su madre? Maialen me sacó de la locura que estaba envolviendo mi cabeza.
—Necesito que me facilites los recortes de prensa que había en el sobre que encontrasteis en el primer libro de Lidia.
—¿Qué tienen que ver esas noticias con todo esto?
—Es lo que vamos a averiguar. Vamos a atar todas las piezas del puzle como hizo Francis. John, Lucía os necesito conmigo. Esta noche va a ser larga. Alexandra—por primera vez no me hizo daño escuchar mi nombre, únicamente lo sentí muy dentro de mi—. Un agente te llevará al apartamento y se quedará toda la noche vigilando en el exterior. Probablemente Unax, según nos has dicho, esté a punto de llegar y no queremos preocuparle más de lo necesario ni mucho menos que vuelva a escaparse—se llevó la mano al bajo vientre como si hubiera sentido un pinchazo. Querían a Unax, era su familia—. Por favor, no te hagas la valiente y sigue paso a paso todo lo que te digamos que tienes que hacer. Tu vida y la de Unax están en peligro.
Solamente oír esas palabras dichas con tanta contundencia me hicieron estremecer. Estábamos llegando al final. Estábamos empezando a mover las fichas de aquella partida que llevaba años

jugándose. No sabía que tenía en su mente la inspectora, ni siquiera sabía que tenía que ver lo que acabábamos de descubrir conmigo, pero prometí ser paciente y seguir al pie de la letra con todo lo que me pidiese.

67

Alex

Cuando me senté al volante tuve la sensación de que algo no iba bien. Un agente vestido de incógnito se sentó en el asiento del copiloto mientras otro nos seguía en un coche camuflado. Sentía un hormigueo en las palmas de las manos y de los pies que me aceleraban el pulso. Quizás eran simplemente mis agitados pensamientos después de lo que acabábamos de descubrir, pero fuera lo que fuese, deseaba que esa sensación desapareciese de una vez por todas. Tenía la necesidad imperiosa de llegar a casa, abrazar a Unax y contarle que habíamos descubierto que su madre había dado a luz a una niña en su segundo matrimonio.

Tenía una hermana.

No sé como encajaría en él esa idea después de lo que había sufrido porque su familia le había ocultado la verdad. Sin duda mantenerlo al margen de todo lo relacionado con su madre después de la muerte de su padre no había sido una buena idea, aunque lo más complicado de encajar, al menos para mí, era que esa niña tenía que llamarse Karina Hankiewicz. De todas las personas que había en el mundo tenía que ser precisamente ella, una persona alexitímica, dañina, rabiosa con el mundo y con todos los que habitábamos en él.

¿No podía haber una casualidad peor?

Al parecer no la había.

El edificio de la comisaria se fue haciendo pequeño en el reflejo del espejo retrovisor del coche. Me permití respirar profundamente para cargar mis pulmones con aire, el suficiente para llegar a casa con un poco de tranquilidad, evitando que el cúmulo de ideas que navegaban por mi cabeza explotasen de golpe. La verdad es que no ayudaba a sentirme más calmada llevar a un policía a mi lado, con el que no sabía de qué hablar ni tan siquiera como comportarme. Maialen lo único que pretendía era protegernos, salvaguardar nuestra integridad física, porque a esas alturas no me cabía la menor duda de que después de lo que acabábamos de averiguar, Aron Hankiewicz, el segundo marido de Ane Garramendi, podía haber estado implicado en algo turbio. Era mejor protegernos a los dos hasta que las cosas estuvieran más claras y eso era precisamente lo que estaba haciendo, protegernos. Los dos policías que me acompañaban pasarían la noche apostados en la puerta de la que era ahora nuestra casa y Maialen informaría de que Unax no era un prófugo que estaba bajo arresto preventivo en su propia casa hasta que al día siguiente le tomasen declaración. Probablemente estuviera a punto de llegar si no lo había hecho ya. Quisiera o no reconocerlo se había convertido en alguien importante para mí, aunque aún no quería sopesar lo que eso podría llegar a significar.

Al llegar frente a la casa frené el coche para bajarme a abrir el portón que daba acceso a la zona en la que guardábamos los coches, pero el agente que había viajado en absoluto silencio a mi lado me agarró del brazo para impedírmelo.

—Deme las llaves de la puerta. Yo la abriré.

Obediente hice lo que me pidió y esperé a que abriera el portón para poder entrar. Antes de acercarse a la ventanilla del coche y golpear el cristal para permitirme el acceso revisó a fondo el interior de la vivienda.

—Tome—me devolvió las llaves—. A partir de ahora no debe moverse de casa sin consultárnoslo antes—asentí —. Estaremos aquí fuera pendientes de la llegada de Unax—en el fondo agradecía saber que estaban vigilando que nada pudiera pasarnos—. Cierre el portón por

dentro en cuanto yo salga. Le haré una llamada perdida para que tenga mi número y pueda llamarme.
—¿Cómo sabe mi número de teléfono? —el agente sonrió.
—Eso no debe importarle ahora. Sólo piense que está en buenas manos.
Había aparcado el coche en el lugar que Unax me había asignado en aquel espacio. Esos detalles me hacían creer que era importante para él. Me sentía cuidada, arropada incluso mimada, pero en cierta medida aún tenía algo de miedo a sentirme así. Cerré el portón por dentro como me había indicado el policía, pero no dejé las llaves puestas para que Unax pudiera entrar. El Toyota Hilux no estaba allí, no había llegado. Recordé que había ido a comprar algo para reponer el frigorífico aquella mañana antes de ir a ver a su madre. Eso era algo que siempre me había gustado de él. Cuidaba hasta el más mínimo detalle y disfrutaba como un niño de los pequeños detalles. Una buena comida, un buen vino, una buena charla. Estar tan cerca de él me había hecho recordar lo bueno de aquellas cosas que tenía tan olvidadas. Lo bien que era capaz de sentirme después de una charla animada o lo gratificante que era disfrutar de una comida hecha con cariño y no la basura que solía comer. Por eso, quise ser yo esta vez quién cuidara de él. Después de un viaje de ida y vuelta tan largo en el día llegaría agotado, aunque fuera un magnífico cocinero esta vez tendría que conformarse con mis dotes culinarias de andar por casa. Era lo menos que podía hacer para agradecerle todo lo que estaba haciendo por mí. Me había acogido en su casa, escuchaba a diario mis dramas y nuestro último acercamiento me había removido demasiado por dentro como para ignorarlo sin más. No podría negar mucho más tiempo el aleteo que sentía en mi estómago. Estaba llenando mi vida de buenos momentos a pesar de todo lo que teníamos a nuestro alrededor. Así que esa noche me dejaría llevar una vez más. No daría vueltas a cada idea que cruzase mi cabeza como si fuera una peonza. Lo necesitaba. Necesitaba una pizca de luz en mi vida y él llevaba un tiempo siendo mi faro. Prepararía algo especial. Tal vez un vino fresquito, algo elaborado para picar. Incluso crearía un ambiente más cálido y acogedor con las velas perfumadas que tanto me gustaban. Hablaríamos largo y tendido toda la noche. Esa idea me llevó hasta mi habitación. Me deshice cuanto antes de los zapatos para estar más cómoda, imitando a Unax que siempre caminaba descalzo. Sentir el suelo directamente en la planta de los pies significaba llegar a casa, a su guarida perfectamente preparada para él, que estaba adaptando poco a poco para acogerme a mí, a una antigua amiga que se había colado como una intrusa de nuevo en su vida.
Quizás porque en otro momento fueron algo más que amigos.
Quizás porque en otro momento se enamoraron como dos locos que no veían más allá de sus propios ojos y sus propios cuerpos. Que solo deseaban estar juntos. Robarle horas a los días y segundos a los minutos para entrelazar sus cuerpos y sentir la profundidad y la inmensidad de lo que sentían.
Quizás...me había vuelto a enamorar.
Tiré el resto de mis cosas encima de la cama, si seguía así mi imaginación iba a acabar jugándome una mala pasada, algo que a Rocío le haría sentirse orgullosa de mí. Tenía razón. Mis pensamientos ya no eran los de antes. La idea de estar encerrada en casa por un tiempo sabiendo que nadie podría hacernos daño hacía volar mi imaginación y no quería sentirme mal por ello. Llevaba demasiado tiempo soportando un peso muy pesado en mis hombros, pero ahora las cosas iban a cambiar. Íbamos por buen camino. Maialen, Beiñat, John, Lucía todos estábamos poniendo de nuestra parte para que la pesadilla se acabase por fin. Me acerqué al armario y busqué algo más cómodo que ponerme. Mis pensamientos me habían llevado hacía la estúpida idea de ponerme algo bonito y sugerente, pero lo borré inmediatamente de mi cabeza. No porque

fuera una idea absurda sino porque no había nada entre mis pertenencias que cumpliese con aquel encargo. Así que cogí la sudadera vieja que sabía que Unax reconocería, unos pantalones de deporte y unos calcetines de lana que arrugué a la altura de los tobillos para protegerme un poco del frío que el suelo desprendía. Antes de salir de la habitación reparé que encima de la cama había algo que no recordaba haber dejado sobre ella. Se trataba de un sobre sin dirección ni remitente. ¿Lo habría puesto Unax o se me habría caído del bolso al tirarlo en la cama después de llegar de trabajar? La mayor parte del contenido del bolso estaba desparramado sobre la superficie de la cama, pero no recordaba haber guardado ese sobre entre todas las demás cosas. ¿Me lo habría metido alguien en Hoplan sin que yo hubiera sido consciente? La idea no me parecía tan descabellada después de todas las sorpresas que se sucedían día tras día. Pensé por un momento en dejarlo pasar por alto y seguir con la idea que había estado alimentando. Sorprender a Unax con una copa de vino y una cena que no se esperaba era algo de obligado cumplimiento, pero pensé que podría robarle unos minutos a esa idea y saciar mi curiosidad. Me acerqué de nuevo a la cama, cogí el sobre y empecé a romperlo para ver lo que contenía en su interior camino de la cocina. ¿Sería una sorpresa? ¿Sería Unax el remitente? Quería saltar de la emoción que me producía tan sólo pensar en que pudiera ser de él, pero me paré en seco y no llegué a cruzar la puerta de la habitación al ver lo que contenía el sobre. No podía creer lo que estaba viendo. De pronto, la sensación volvió. El hormigueo en las palmas de las manos y los pies volvió. El zumbido en mis oídos amenazaba con hacerme enloquecer en una fracción de segundo si no hacía nada por evitarlo. La vista se me nublaba acompañada por una nube de puntos dorados que me dificultaban ver con claridad las imágenes de las fotos que tenía entre mis manos. Poco a poco todo empezó a desmoronarse de nuevo. Me dolía el pecho. La sensación de asfixia volvía a mí. ¿Por qué no podía alejarla? ¿Por qué me pasaba una y otra vez lo mismo? Los pulmones querían obturarse discretamente. Mi castillo de arena acababa de ser devorado por una ola del tamaño de un gigante llevándose las ilusiones que como una tonta había dejado que crecieran en mí. Aquellas fotos lo demostraban, la realidad era otra, totalmente diferente a la que había estado construyendo en mi imaginación. El dolor inmenso que sentí en el pecho me obligó a apoyar la espalda en la pared. Mis piernas no aguantaron mi peso y me deslicé hasta quedar con las rodillas a la altura del pecho. En aquel momento, me pareció oír que Unax entraba en casa, pero el elevado volumen de los latidos de mi corazón, no dejaron que siguiera sus pasos. Tuve el tiempo suficiente para activar un pequeño mecanismo de defensa alargando mi mano para echar el pestillo de la puerta. Estaba sola. Necesitaba convencerme a mí misma de que estaba sola, todo lo vivido, todo lo que había sentido, había sido producto de mi imaginación, aquellas fotos que veía borrosas a través de mis lágrimas lo demostraban. Sentí que me quemaban en las manos y las dejé caer esparciéndolas por el suelo. Una superficie que ahora parecía tremendamente gélida. Aquellas fotos me miraban y parecían reírse de mí. De mis fantasías, de mis sueños, de mis deseos más escondidos. De que todo volviera a ser como antes.

Las imágenes mostraban a Unax y Karina en una actitud que no dejaba dudas de lo que había entre ellos. Esas imágenes me abofetearon y no era capaz de oponer resistencia para evitar el daño que me estaban haciendo. Un beso robado, la entrada a un hotel, sus cuerpos desnudos buscando enredarse el uno con el otro... Cerré los ojos y los apreté con fuerza con el deseo absoluto de borrarlas de mis retinas. Aquello no podía ser verdad, no estaba sucediendo, pero al mirar de nuevo las imágenes seguían allí. ¿Por qué? ¿Formaba él parte del complot que parecía haber contra mí? ¿Por qué Karina? ¿Quién había metido esas fotos en mi bolso para abrirme los ojos? Francis ya no estaba. ¿Había alguien más que quería ayudarme o lo que querían era acabar de destruirme? El dolor que sentía no era humano, era un *dejà vú* de sentimientos que hacía años

que había dejado atrás. Las lágrimas arañaron mi rostro. Eran duras. Irritaban. Me ahogaba, quise escuchar los sonidos que había al otro lado de la puerta, pero no podía. Mi cuerpo se estaba entumeciendo, se estaba paralizando, acabaría desplomándose.

68

Unax

Al abrir la puerta comprobé que Alexandra estaba en casa. Su coche se encontraba en el lugar que le había cedido unas semanas antes lo que me hizo sentir sospechosamente feliz. Me gustaba la idea de saber que ella estaba allí y más en el momento en que me encontraba, descubrir la realidad de mi historia estaba haciéndome flaquear más de lo esperado. Tenerla a ella a mi lado era una sensación reconfortante, comprobar que no estaba solo al llegar a casa y que era Alex la que comprimía mi estómago cada vez que nos cruzábamos en cualquier rincón de la casa era la dosis de vitamina diaria que necesitaba para afrontar la realidad que se estaba presentando delante de mí. Parecía que había pasado una eternidad desde que se despidió de mi para ir a trabajar esa mañana después de recoger la taza de café del desayuno que acababa de lavar. Esa era una de sus manías, decía que los cristales en el lavavajillas se acababan rayando. Mientras yo me hacía el remolón por las mañanas y trataba de ignorar el despertador, ella se levantaba y preparaba el desayuno para los dos. Aquella mañana no había sido diferente. Cuando me levanté apenas había tenido tiempo de cruzar unas palabras con ella para decirle que me pasaría a comprar algo y después iría a ver a mi madre. Había tenido el palpito y la necesidad de volver al origen para poder entender para descubrir esa parte de mi historia que mis abuelos se habían llevado con ellos y que sólo cerca de mi madre podría volver a construir. Sin embargo, en ese momento las ganas de rodearla con mis brazos pesaban tanto como las ganas de contarla todo lo que había descubierto. Necesitaba soltar lo que tenía dentro o acabaría volviéndome loco. Fui directo a la cocina esperando encontrarla allí, se había hecho tarde, por las horas era más que seguro que se hubiera aventurado a preparar algo para que no nos muriésemos de hambre, pero la cocina estaba a oscuras, sin rastro de Alex. Reparé en ese momento que la casa estaba en silencio. Últimamente, había copiado de mí el hábito de poner música, aunque ella se decantaba siempre por sonidos más armónicos y relajantes.

—La música es capaz de cambiar los estados de ánimo. No es algo que yo aplicara habitualmente en mi vida, pero he comprobado que mi psiquiatra tenía razón cuando me lo aconsejaba—me dijo un día al llegar a casa y escuchar aquella música suave por primera vez—. Cuando estoy cansada, triste u ofuscada se convierte en un bálsamo y consigue relajarme—desde entonces se había convertido en una rutina que a ambos nos gustaba compartir.

La televisión no estaba encendida, pero me acerqué al salón para comprobar si se había quedado tan profundamente dormida en el sofá que no me había oído llegar. Nada. Allí tampoco estaba. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que seguía llevando conmigo las llaves del coche y la cazadora, así que lo dejé todo encima de la mesa del comedor mientras me giraba para ver la puerta de la habitación de Alex que estaba cerrada. Me acerqué y cuando estuve delante de la puerta di unos pequeños golpes para alertarla de que estaba en casa.

—¿Alex? —no obtuve respuesta—. ¿Alex estás ahí? — silencio.

Acostumbraba a dejar la puerta de la habitación abierta si no estaba dormida así que era más que probable que estuviera dentro. Golpeé de nuevo la puerta, pero esta vez sin tanta delicadeza, pero seguí sin obtener respuesta por lo que empecé a impacientarse. Agarré la manilla para deslizar la puerta corredera, pero no pude, el pestillo estaba echado por dentro.

—Alex, ¿estás ahí? —más silencio—. Siento haber tardado tanto en llegar—me pareció oír algo de movimiento. — ¿Estas bien?

Llego un sonido de dentro de la habitación parecía un roce en la puerta como si Alexandra estuviera pegada a ella.
—Me gustaría hablar contigo. ¿Por qué no abres la puerta?
Su respiración agitada me llegaba claramente. ¿Por qué había echado el pestillo? ¿Qué era lo que la impedía abrir?
—¿Ha pasado algo en el trabajo? ¿Maialen ha avanzado en la investigación? ¿Qué ha sucedido? —está vez sentí claramente su fuerte respiración al otro lado—. Alex ábreme, por favor.
Era evidente que algo había pasado. Por eso, no entendía la existencia de ese muro que suponía la puerta que nos separaba. Habíamos ido acercándonos, salvando los errores cometidos en el pasado. Empezábamos a confiar el uno en el otro de nuevo, me había abierto en canal confesando mis sentimientos. ¿Qué demonios podía ser tan grave para que ahora no quisiera abrir esa puerta?
—Déjame...
Aquella palabra, aquella única palabra que llegaba cargada de una voz y un sonido que manifestaba claramente síntomas de haber estado llorando me rasgo por dentro.
—Por favor, Alexandra me estoy empezando a preocupar. —no respondió—. ¿Qué ha pasado? Habla conmigo, por favor, estoy aquí para lo que necesites— no poder mirarla a los ojos, no poder hablar directamente con ella sino a través de la puerta me estaba volviendo loco tanto que por mi cabeza fluía el deseo de destrozarla a patadas para conseguir ver su rostro.
—Déjame...— sollozó—. Por favor...
—Ábreme la puerta o la tiraré abajo. ¡Qué demonios ha pasado y porqué tengo que dejarte!
—No me lo pongas más difícil por favor—sollozó—. Mañana me iré y será todo más fácil.
—¿Qué mañana te irás? ¿A dónde? ¿Por qué? He visto a la policía fuera, me han dicho que entrara y no me han dado más explicaciones, pero... —la oí sollozar—Alex, sé que no te he contado que Maialen me llamó, que hice algo que no debía para que no nos implicaran en el asesinato de Francis, es posible que tenga que testificar sobre su muerte, pero te prometo que no nos va a pasar nada. ¡Te lo prometo!
—No compliquemos más las cosas. Ha sido un error.
—¿Qué ha sido un error? ¿De qué estás hablando? Para mí nada de esto es un error. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo así qué dime de una vez por todas qué demonios ha pasado— golpeé la puerta como si con los golpes pudiera conseguir abrirla—. Por favor, no me falles tú ahora, no después de lo que acabo de descubrir—sentía que empezaba a fallar mi voluntad si no abría la puerta, sino me decía que era lo que había pasado, me derrumbaría allí mismo.
Ella no podía fallarme ahora y mucho menos sin saber que era lo que había pasado estás dos últimas horas. La había mandado un mensaje de que llegaría tarde y me había respondido tan rápido como había recibido mi mensaje. No entendía que podía haber pasado en un espacio de tiempo tan corto.
—Ábreme, por favor...—logré decir con la voz gravemente tomada.
El silencio volvió a cernirse entre los dos mientras empezaba a desesperarme. Me di unos segundos y dejé resbalar mi cuerpo por la pared hasta sentarme al lado de la puerta. Respiré profundamente mientras tiraba de las puntas del pelo buscando la mejor idea para resolver la situación en la que nos encontrábamos, pero no encontré otra manera que desgarrándome por dentro.
—Mi padre no murió de forma accidental—confesé al otro lado de la puerta—. Al parecer todo el mundo lo sabía, incluso mis abuelos lo sospechaban, pero nadie me lo dijo. Actuaron bajo la

premisa de no causarme ningún daño. ¿Acaso se paró alguien a pensar lo que su silencio podría provocar en mi si llegaba a saberlo algún día? —un dolor agudo en el pecho me dificultaba la respiración—. Manipularon las poleas que sujetaban la carga que sobrevoló por encima de mi padre, y el asesinó no solo acabó con su vida, sino que violó a mi madre y se acabó convirtiendo en su marido—oí el clic de la puerta—. ¿Cómo no iba a enloquecer? Era mejor hacerlo que vivir la realidad que la había tocado.
La puerta se deslizó suavemente hasta permitirme ver a Alex sentada frente a mí al otro lado de la puerta. Tenía los ojos hinchados de haber estado llorado y las rodillas pegadas al pecho. Dejó que su frente descansara en las rodillas dónde supuse que había estado mientras vertía todas aquellas lágrimas que habían provocado que la piel de su rostro se mostrase ahora irritada.
—Lo siento—pero aquella disculpa no era lo que necesitaba oír.
—Alex, mírame...—dije mientras me contenía para no abrazarla.
—Lo siento de veras, pero…tengo que irme. No puedo seguir aquí más tiempo.
—Merezco saber al menos qué ha pasado. He sido sincero contigo.
—No lo has sido.
—Alex acabo de contarte lo que me ha pasado hoy. No puedes ni imaginar lo duro que ha sido el trayecto de vuelta a casa. Lo único que me ha mantenido con fuerzas para volver y no hacer ninguna locura ha sido que tú estabas aquí, que me estabas esperando y ahora dices que te vas. ¿Por qué Alex?
—Me has engañado—dijo en lo que pareció un conato de ira.
—¿En qué te he engañado?
—La conocías y no me dijiste nada.
—¿A quién conocía?
—No te hagas el loco ahora. No te pega nada—su voz era de derrota absoluta.
Procesé la información que acababa de recibir sin saber muy bien como interpretarla. Me faltaban datos porque no sabía a quién se estaba refiriendo. Mis rutinas no se habían visto alteradas mi madre, el hospital, los amigos, y ahora ella... Incluso si algo se había visto alterado había sido precisamente por ella, para pasar más tiempo junto a ella. Para cuidarla, para protegerla para deshacer el nudo que la tenía enredada desde hacía tantos años. Así que no, no sabía quién era la persona a la que supuestamente conocía y era la causante de que ella creyese que la había engañado.
—No tendrás que esconderte más— sus ojos vidriosos brillaban con intensidad—, aunque hay algo que deberías saber.
—¿De quién no tengo que esconderme?
—Puede que sea tu hermana.
—¿Mi hermana? ¿Es una chica? ¿Cómo sabes tú que tengo una hermana? —empezaba a desesperarme. El jeroglífico que tenía delante de mí me ponía furioso tanto que me planteé levantarme y darle un ultimátum para que me aclarase de una vez por todas y sin rodeos qué demonios había pasado, pero no lo hice. En mi fuero interno sabía que si lo hacía en lugar de mejorar las cosas solo las empeoraría. Así que me levanté para cruzar el umbral de la puerta que nos separaba para acercarme a ella. Al hacerlo me percaté de que en el suelo había esparcidas unas fotos. Me agaché a recogerlas una a una ante la escrutadora mirada de Alex que no se opuso a que lo hiciera. Cuando las tuve todas las eché un vistazo rápido sin entender aquellas imágenes.
—¿De dónde han salido estas fotos?
—¿Importa eso?
—Créeme. Importa. Mucho—se quedó unos minutos pensativa. Supuse que dudaba—. ¿Quién es

ella?
—¿Me tomas el pelo?
—No creo que sea un momento para bromear, Alex. Te lo estoy preguntando porque no lo sé.
—¿Te acuestas con ella y no sabes quién es? —me senté en el suelo en la misma posición que ella manteniendo esa barrera invisible que se había creado entre los dos—. Recuerdo el bar y es evidente que el de esta foto soy yo— se la mostré, pero la apartó con la mano como si la simple imagen que allí se reflejaba la produjera náuseas.
—No necesito verla otra vez.
—El ángulo que han utilizado para hacerla es perfecto para hacer creer al que la mira que nos estamos besando.
—Os estáis besando.
—No, no lo hacemos— Alex bufó.
—Si vas a seguir negando la evidencia es mejor que lo dejemos aquí y ahora— sentenció.
—¿Quién es? Es evidente que la conoces. Esa foto está hecha en el bar al que suelo ir con Beiñat cuando no coincidimos en el mismo turno. El que tiene suerte y está de saliente se toma una cerveza. Esa chica estaba el día que hicieron las fotos como podía haber estado cualquier otra. Nunca he sido consciente de que me estaban haciendo fotos y nunca he estado solo allí. Nunca Alex. Siempre he ido con Beiñat.
—Pobre, te engañaron. Como la noche que coincidí contigo en aquel restaurante— quise fulminarla con la mirada.
—¿Quién es?
—Quién va a ser. Karina, es Karina.
—¿Karina? ¿La Karina de tu trabajo?
—¿Conoces a muchas mujeres con ese nombre? — respondió exasperada.
Permanecí en silencio el tiempo suficiente para tratar de averiguar por qué esa mujer quería hacerla creer que estábamos juntos y la explicación que me vino a la cabeza me dio escalofríos. Las fotos seguían en mis manos. Pasé una a una las imágenes. Yo y esa mujer besándonos. Yo y esa mujer entrando en un hotel en el que nunca había estado.
—Éste no soy yo—agachó la cabeza y puso sus dos manos entrelazadas en su nuca—. No soy yo, Alex. Tiene mi ropa. Exactamente la misma que llevaba en el bar, pero no se me ve la cara. Estoy de espaldas entrando en ese hotel. Es a ella a quién se ve en la imagen no a mí— Alex suspiró profundamente—. No he estado nunca en ese hotel.
Quién le había hecho llegar esas fotos quería provocar exactamente lo que estaba sucediendo. Quería qué Alex desconfiara de mí. Querían hacerla vulnerable. Querían hacerla sentir el miedo y la inseguridad de sentirse sola otra vez. Querían que perdiese el apoyo y la sensación de seguridad que estábamos construyendo juntos. Seguí mirando las fotos hasta que apareció una en la que estaba tumbado en la cama mientras esa mujer permanecía sentada a horcajadas sobre mis caderas. Estábamos desnudos y ella rozaba con sus dedos mi pecho.
—Joder, ¿por qué quieren hacernos esto?
Revisé la foto.
El montaje era perfecto mi cara sobre ese cuerpo que no conocía porque no era el mío. La luz tenue para evitar que las imperfecciones de la imagen pudieran detectarse a primera vista hasta que caí en la cuenta de un detalle que se les había escapado.
—Aquí está— dije de pronto esperanzado mientras Alex levantaba la cabeza —. Aquí está el gazapo. Éste no soy yo—me miró y sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas.
—No puedo más Unax— dijo con la voz quebrada—. Me da igual— se limpió bruscamente las

lágrimas que rodaban por su rostro, pero no consiguió frenarlas—. De verdad, me da igual con quién te acuestes.
—No me he acostado con nadie, Alex. Sólo contigo y no me arrepiento de nada.
—Hubiera preferido que fuera otra persona, lo admito, pero eres libre para hacer lo que quieras.
—Repito que no conozco a esa mujer.
—Puede que sea tu hermana—ignoré ese matiz no me importaba en ese momento sólo quería que viese con sus propios ojos la prueba de que ese no era yo.
—Imaginé…creí que entre tú y yo...— no pudo continuar.
—Dímelo, entre tú y yo qué.
—Que ya no había secretos—no era la respuesta que esperaba, pero aun así me sirvió.
—Entre tú y yo no hay secretos— afirmé.
—Esto no tiene sentido. Creo que es mejor que me vaya esta noche a un hotel. Avisaré a la policía que no puedo estar aquí.
—No, ni de broma harás algo así—respondí rotundamente—. No puedes irte ahora y menos sabiendo que hay gente que está dispuesta a hacerte daño a costa de lo que sea.
—Deja este juego ya. Sé el influjo que Karina puede ejercer en los hombres. Lo he visto muchas veces. Lo utiliza constantemente. Tú eres uno más dentro de la lista.
—No formo parte de esa lista.
—Imagino que te cueste aceptar que te ha utilizado, pero no eres el primero. No te lo tomes a mal. No es algo personal. Ella es así.
—No me he acostado con ella—al ver que no conseguía producir ningún efecto en Alex me puse de rodillas frente a ella. La cogí de la barbilla para que me mirara me aseguré de que no cambiaba la vista y cogí con ambas manos el borde inferior de la camiseta que llevaba puesta para quitármela por los hombros. Cuando me descubrí la tiré al suelo mostrando ante ella mi pecho descubierto.
—No soy yo quién está en esa cama, Alex. Mírame. No soy yo—observé como recorría mis abdominales y subía poco a poco la mirada hasta llegar a mis pectorales donde se quedó instaurada. Se movió para ponerse de rodillas frente a mí y tímidamente posó las manos sobre mi pecho. Me estremecí al notar su contacto sobre Polaris mientras me miraba confirmando que había caído en la trampa. Los dos habíamos caído en la trampa. El hombre que yacía en aquel lecho con Karina no tenía en su pecho la estrella guía que estaba tatuada en el mío.

69

Unax

Empezaron a aporrear la puerta de la nave. Aunque eran casi las siete de la tarde, no esperábamos a nadie. Nos habíamos pasado el día dormitando después de lo tarde que nos habíamos acostado la noche anterior, esperábamos noticias de Maialen. Habíamos visto como el turno de policías que custodiaban la vivienda había cambiado, pero por algún motivo esa visita no parecía de cortesía la inspectora nos habría avisado para que estuviéramos alertas de los siguientes pasos que iban a dar por eso nos sorprendió tanto al abrir la puerta.

—¿Te ha quitado las llaves Beiñat?

—He preferido no usarlas—respondió airada Maialen.

—¿Qué quieres? ¿Has venido a arrestarme?

—La verdad, debería hacerlo, aunque voy a aprovechar la fortuna de encontrarte aquí para zanjar algunos asuntos contigo. Ayer no parecías estar demasiado dispuesto a hacerlo.

—No podía hablar por teléfono. Estaba a punto de acabar el horario de visitas del hospital psiquiátrico y necesitaba ver a mi madre. Sabes que no tengo ningún interés en convertirme en un prófugo de la justicia.

—Podías haber pensado así en el anatómico forense antes de abrazar, después de estar muerto, a Francis.

—No fue una idea demasiado brillante.

—No, Unax, no lo fue. Puedes sentirte afortunado—Alex comenzó a bajar los escalones de las escaleras con cara soñolienta mientras nos observaba parados en mitad del pasillo. La noche anterior después de aclarar el engaño de las fotos y constatar que teníamos una enemiga más a nuestras espaldas habíamos intercambiado toda la información que manejábamos y nos habíamos quedado dormidos en mi habitación. Maialen obvió la evidencia de que habíamos pasado la noche en la misma cama—, los dos podéis jugar a la lotería porque afortunadamente las huellas que dejasteis por toda la casa no se pueden analizar. El agua de los aspersores se ha mantenido el tiempo suficiente y con la intensidad necesaria como para evitar extraer alguna conclusión válida —Alex y yo nos miramos cómplices—. En cuanto al cadáver de Francis no te va a quedar más remedio que declarar la verdad. Con un poco de suerte se quedará todo en una sanción administrativa, voy a tratar por todos los medios que tu actuación no supone obstrucción a la justicia.

—¿Cómo…?

—Unax, lo haré como pueda. Intentaste auxiliarle para que no falleciera. Eso tiene que servir para algo—dijo claramente ofuscada—. Ahora dime, ¿porque necesitabas visitar a tu madre con tanta urgencia? —no tuve ningún reparo en contestar.

—John había descubierto que utilizaban Hoplan para desviar o blanquear dinero. No estaba muy claro. El caso es que en el rastro de esos movimientos de dinero descubrió que había cantidades de dinero mensuales que acababan en el bolsillo del segundo marido de mi madre. Además, la casa en la que murió Francis Brun era el lugar al que debían llevar a mi madre si le pasaba algo. ¿No es lo más absurdo que se puede oír?

—No si esa casa es de Mikel Olazabal.

—¿Qué la casa…? Mikel Olazabal fue el jefe de mi madre cuando trabajaba en la conservera.

—¿Descubriste algo más?

—Mi madre recibió visitas periódicamente de un empleado de la familia Olazabal. Tomás Ezpeleta.
—Hablaré con él.
—Mi madre le tiene afecto…—necesitaba sentarme últimamente la información se amontonaba ante nosotros.
Entré en la cocina y me aposenté en uno de los taburetes. Maialen y Alex me siguieron.
—Tomás Ezpeleta me confesó que Mikel Olazabal estuvo enamorado de mi madre— Alex se sentó a mi lado acariciando mi espalda.
—Tiene lógica.
—¿El qué tiene lógica Maialen? ¿Qué la obligara a casarse con su violador? ¿Qué se volviera loca al descubrir que además su marido asesinó a mi padre? ¿Qué haya estado pagando sus cuidados en un psiquiátrico porque se siente culpable después de haber ocasionado que mi madre perdiera la cordura por confiar en él?
—¿De dónde sacas que tu madre fue violada?
—Tomás me lo contó. Al parecer Mikel Olazabal se lo tuvo que confesar para que lo ayudara. Aron Hankiewicz fue el desgraciado que la violó.
—Unax, entre la información que contenía el pendrive que cogiste a Francis la noche que lo asesinaron había una partida de nacimiento de una niña— Maialen instintivamente se tocó el vientre lo que me hizo pensar que la preocupación de Beiñat por su mujer tenía un motivo que empezaba a intuir—, Karina Garramendi. Cuando descubrimos ese documento ninguno de los presentes conocía a una Karina Garramendi, pero si a una Karina Hankiewicz, así que la asociación fue inmediata para todos ellos. Nadie se paró a pensar que si era tan obvio que el padre era Aron Hankiewicz no era demasiado lógico que su apellido no figurase en la partida de nacimiento de su hija. Investigué hasta concluir que el médico que atendió todo el embarazo de tu madre hasta que esa niña nació en el hospital de Cruces fue el médico de familia de los Olazabal. Concretamente el médico que a día de hoy sigue atendiendo a toda la familia y ha evitado que salieran a la luz muchos trapos sucios.
—¿Todavía esconde más cosas esa familia?
—Jairo ha estado ingresado por dos veces en una clínica de desintoxicación. Desde su último ingreso han hecho múltiples intentos de que no recayese, pero los episodios de violencia, peleas y agresiones en las que se ha visto involucrado cada vez eran más asiduos.
—Ese cabrón…es el causante de la agresión de Alex.
—Le han asignado un psiquiatra recientemente. Al parecer quieren hacerle seguir un tratamiento que acabé con los episodios violentos y las carencias que le conducen a necesitar el consumo de drogas—noté como Alex se estremecía y la abracé para atraerla hacia mí.
—Sólo van a cambiarle el tipo de drogas que le administrarán, sustituirán las ilegales por las legales. Eso no va a solucionar nada.
—Unax…
—¿Cómo es posible que con esos antecedentes siga caminando impunemente?
—La suerte y el dinero de su familia no le podrán proteger eternamente.
—¿Qué más has descubierto? —quiso saber Alex.
—Durante el periodo de gestación de Ane nunca acudió a la consulta acompañada de Aron, ni se registró en el expediente que el bebé hubiera sido concebido por agresión.
—Podrían haberlo omitido conscientemente, a juzgar por lo que has descubierto son expertos en ocultar información.
—Con qué propósito, Unax. Piénsalo, todo era normal. Era Mikel Olazabal quien acudía a esas

consultas ni Tomás, ni Aron sino Mikel Olazabal. El embarazo fue perfecto y llegó a término.

—¿Estás insinuando que Mikel Olazabal pagó a un impostor para hacerse pasar por el padre biológico de un hijo que él mismo había engendrado?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

—Tomás dijo que Mikel había estado enamorado de mi madre a lo mejor fue él el que la forzó a tener ese hijo.

—No lo creo, Unax, aunque te cueste encajar la realidad creo simplemente que se aprovechó de la fragilidad emocional de tu madre en aquel momento y se acostó con ella. La fortuna o la desdicha al concebir a esa niña vinieron después.

—Pero si él la amaba, ¿por qué la empujó a casarse con Aron?

—Supongo que porque a pesar de que el amor es muy poderoso el dinero lo es aún más. Tu madre apareció de nuevo en la vida de Mikel Olazabal en un momento en él que nadaba en la abundancia. Era rico y poderoso, pero para seguir siéndolo tenía que permanecer unido a su mujer o perdería gran parte de su fortuna. Nunca pensó que llegaría a amasar tanto dinero y no tuvo la precaución de casarse en régimen de separación de bienes.

—Tenía que mantener las apariencias, como si nada hubiera sucedido o su mujer le haría la vida imposible económica y públicamente, ¿me equivoco?

—En absoluto, después de lo que ha averiguado mi equipo, creemos que cuando supo que Ane se había quedado embarazada no se vio capaz de deshacerse de ese hijo, al fin y al cabo, era fruto del amor. Al menos del amor que Mikel aún sentía por tu madre. Por eso, ideo la manera de ayudar a que naciera encubriendo su propio desliz.

—No sé si quiero saber el resto.

—Quieres y debes, Unax—Alex tenía claro que había vivido demasiado tiempo en la oscuridad y que la mejor de las opciones era saber lo que había sucedido, aunque la verdad no me gustara.

—En ese momento es donde entra en juego el borracho del pueblo—Maialen continuó con las averiguaciones que había hecho—. En el pueblo se rumoreaba que estaba enamorado de ella y pese a que no era la mejor opción pensó que si le pagaba una clínica de desintoxicación podría convertirlo en el marido de Ane una vez que estuviese totalmente limpio.

—¡Por Dios, Maialen, era un borracho! ¿Cómo puedo ocurrírsele semejante estupidez!

—Pensó que obligándole a ir a terapia para que conviviera con gente que había tenido su misma enfermedad no volvería a recaer. Incluso le asignó una paga mensual para incentivar sus deseos de curación.

—¿Los supuestos trabajos que hacía para Serp@?

—Efectivamente, fue fácil llegar a atar cabos. El terapeuta que lo atendió en esa época dijo que tuvo muchas recaídas, pero que trataba de ocultarlas para evitar perder la asignación que le permitía seguir viviendo.

—Un borracho siempre será un borracho.

—No hables así, Unax—me recriminó Alex—. Hay gente que llega a curarse sólo habría que indagar en los motivos que le hacían recaer.

—Eso hicimos, esta misma mañana, el terapeuta que lo atendió llamó a la comisaria. Estaba más calmado que la noche anterior cuando prácticamente le habíamos asaltado en su casa una vez que supimos que era quién había seguido de cerca la recuperación de Aron por un módico precio.

—¿Mikel Olazabal también le pagó?

—Me temo que así fue y además lo convirtió en su confidente, tenía que reportarle los

avances que se iban produciendo en su recuperación.

—Así que a ninguno de los dos les interesaba perder su asignación—improvisó Alex—. A ninguno le interesaba que se supieran las recaídas que Aron estaba teniendo.

—Me temo que esa es la triste verdad. Cuando le contaron a Mikel Olazabal que Aron estaba en perfectas condiciones para contraer matrimonio con Ane Garramendi y encubrir así su embarazo, la realidad era bien distinta.

Valiente cabrón.

Era necesario que Maialen supiera que ese desgraciado que había sido mi padrastro era aún peor de lo que ella pensaba.

—Ayer fui a visitar a la Mari.

—¿La dueña del mesón? —asentí.

—Me insinuó que en el pueblo todos pensaban que el accidente de mi padre no fue casual. Dicen que Aron se encargó de quitar los obstáculos que le impedían estar con mi madre. Dicen que él… que las poleas las aflojó él—la voz se me quebró.

—Unax, eso pueden ser simplemente habladurías. Conjeturas de gente ociosa que trataba de dar sentido a lo que tenían a su alrededor.

—Pero…

—No, Unax, no. La muerte de tu padre fue un trágico accidente laboral. No remuevas esa historia, no te hará ningún bien. A Aron nunca se le vinculó con la muerte de Kepa, pero la gente tenía que buscar una explicación a la extraña boda que protagonizó tu madre y a los desagradables sucesos en los que se vio involucrado después.

—¿Qué más hizo ese desgraciado? —Alex apretó mi mano para tratar de calmar la ira que me invadía por momentos.

—Hemos podido confirmar que recibió una gran cantidad de dinero poco después de que naciera Karina y que con posterioridad a esa fecha su asignación era de tres mil euros mensuales. Algo que no entendíamos muy bien que se mantuviera en el tiempo.

—¿Por qué no lo entendíais? —pregunté con rabia.

—Por qué Karina interpuso una demanda de maltrato contra su padre.

Joder, joder, joder.… ese hombre era el mismísimo demonio y había convivido con mi madre.

—¡Hijo de puta, tenía que haber ido a la cárcel! —que Alex blasfemara nos pilló a los dos por sorpresa.

—Me temo que tiene tanta culpa o más su terapeuta. Esta mañana ha confesado que él contribuyó a que las cuantías que estaban recibiendo de Mikel Olazabal no se interrumpiesen. Le contó que Aron no había podido soportar que Ane no le amase, por eso había tenido una recaída que le había llevado a discutir con su hija. Le juró que solo había sido una vez, un día en el que no pudo soportar su tristeza y su hija pagó los platos rotos.

—Es increíble lo que el dinero puede llegar a hacer—esta vez fui yo quien apretó la mano de Alex, sabía que por su mente estaba pasando el chico que contribuyó a que el accidente de sus padres se perpetrase.

—¿Mikel Olazabal creyó al terapeuta?

—Supongo que no lo hizo, porque desde aquel momento fue él mismo quien se hizo cargo de la manutención y la educación de Karina. La sacó del reformatorio en el que estaba, le pagó los estudios…

—Le proporcionó un trabajo…—Alex hablaba con amargura—. Siempre lo supe, Francis jamás la hubiera contratado en Hoplan.

—Ambos estuvieron recibido dinero hasta hace un par de meses antes de que Aron se muriera de

cirrosis.
—¿Cirrosis? En la clínica dijeron que había sido en extrañas circunstancias que no se había podido determinar la causa de la muerte.
—Otra información que no le convenía a Mikel Olazabal que se supiera. No quería hacer público que la persona con quién había unido en matrimonio a la persona que él amaba era un alcohólico que no había sido capaz de superar su enfermedad.
—¡Eso es mentira! Su actuación solo demuestra que quería lavar su propia conciencia.
—Lamentablemente, no te falta razón. Siguió pagando el silencio de la gente para mantener en secreto el error que cometió dejando embarazada a tu madre.
—Había mucho dinero en juego, pero no le importó gastarlo para que nadie destapara la verdad que podría significar su propio final.
—¿Aron dilapidó el dinero bebiendo? —se cuestionó Alex.
—Parece que si, por lo que hemos podido averiguar, apenas llegó a estar un año sobrio. Una mujer que no le amaba y una hija que le había denunciado por maltrato parece que fueron los detonantes para no querer estar sobrio mucho tiempo.
—¿Se llegó a confirmar que Karina sufrió maltrato?
—Al parecer la denuncia es real, pero la realidad es aún más grave. En su expediente médico consta que con once años había sufrido vejaciones sexuales.
—Eso es terrible—Alex estaba afectada a pesar de no haber sentido nunca empatía por mi recientemente descubierta hermana.
—Se crio en varios reformatorios y en todos tienen la misma imagen de ella. Era una joven muy inteligente, aunque no siempre se juntaba con las mejores compañías.
—¿Llegó a saber que su padre no era Aron? —quiso saber Alex.
—Todo hace pensar que no. Hemos sabido que en el último reformatorio en el que estuvo se hizo costar que un benefactor anónimo correría a partir de ese momento con la educación de Karina—por lo visto esa era la práctica habitual de Mikel Olazabal ocultarse bajo la nebulosa de un benefactor anónimo.
—Has dicho antes algo que John también averiguó. Los pagos a Aron se interrumpieron hace un par de meses, eso fue antes de que Aron falleciera. ¿Qué pudo suceder para que dejara de seguir recibiendo el dinero? —preguntó Alex cogiendo mi mano con fuerza.
—El matrimonio de Mikel Olazabal y Celine Blanch, puede que sea una fachada. A juzgar por los últimos datos que hemos obtenido, el matrimonio tenía más de un altibajo.
—¿Cómo habéis averiguado algo así?
—Sólo hay que saber que teclas tocar. Una empleada del servicio fue despedida recientemente acusada de robar objetos valiosos para luego revenderlos y sacar algo de dinero extra, pero tuvo la mala suerte de ser descubierta. La rabia contenida y el hecho de perder la indemnización por despido improcedente le han soltado la lengua más de la cuenta.
—Dinero…siempre la culpa de todo la tiene el dinero.
—Al parecer alguien habló más de la cuenta, en la comisaria creemos que pudo ser el mismo terapeuta, quizás por miedo a perder el sustento viendo que la salud de Aron iba empeorando con el tiempo.
—¿Qué se supone que fue lo que contó? —pregunté verdaderamente intrigado.
—Que Mikel Olazabal le había sido infiel a su mujer.
—Supongo que en los momentos de delirio de un borracho fue fácil arañar algún hecho escabroso con el que poder chantajear a la familia.
—Así es, Unax, no se anduvo por las ramas. Es evidente que fue a por todas, llegó incluso a

filtrar la identidad de su supuesta amante.
—¿Dio el nombre de mi madre?
—Ane Garramendi, la empleada del servicio lo deletreó sin ningún atisbo de duda.
—Es evidente que tuvo que ser el terapeuta de Aron quién contó más de lo debido, supongo que quería ganarse los favores de Celine ahora que podía perder la asignación por parte de Mikel, ¿cómo sino iban a saber el nombre de mi madre si ni siquiera era él quien acudía a visitarla?
—Cuando se quiere averiguar algo sobre alguien no sólo se sigue al sospechoso sino a todo su entorno. Mi equipo ha podido averiguar sin ninguna dificultad que Mikel Olazabal proveía de una asignación mensual a Aron, al terapeuta, pagaba la clínica de tu madre y ha costeado la educación de Karina. ¿Cómo no iba a enterarse de ello Celine ante la más mínima duda de su marido?
—¡Llevamos años sin poder averiguar quién era el benefactor de mi madre!
—Por qué no sabíamos de qué hilo teníamos que tirar, Unax. Ahora si lo sabemos.
—Entonces, ¿su mujer y sus hijos supieron de la existencia de Karina?
—Tengo mis sospechas de que Celine lo descubrió, pero se quedó con la información. El matrimonio parece ser un acuerdo contractual más que un amor con mayúsculas. Que se supiese la traición de su marido podría ser un problema. Es probable que fuera ella misma quién impidió que la información llegase a los medios.
—Se guardó un As en la manga.
—Como os he dicho no es un matrimonio muy bien avenido. Además, hemos descubierto otro talón de Aquiles en él que pudo ser el detonante para obligar a Mikel Olazabal a hacer que el terapeuta y Aron dejasen de estar en nómina.
—¿No va a haber nada reseñable en la familia Olazabal?
—Supongo que como en todas las familias hay cosas buenas y cosas malas, aunque en algunas la balanza se descompensa por el lado menos halagüeño. Mikel idolatraba a su hija Lidia, iba a las presentaciones de sus libros, creía en su potencial como escritora y trataba a Francis como el hijo que no veía en Jairo que siempre estaba metido en problemas. Sin embargo, Celine no veía bien la relación de su hija con Francis. Siempre quiso casarla con el hijo de una adinerada familia. Por eso, había puesto todas sus expectativas en Jairo.
—¿Puedo intuir que su hijo no le estaba proporcionando todos los resultados deseados?
—Puedes y debes intuirlo, el trato al que llegaron estaba marcado por el silencio. Mikel Olazabal tendría que dejar de pagar a esos dos energúmenos y a cambio invertiría ese dinero en una clínica de desintoxicación para su hijo legítimo.
—Pero ahora había una tercera hija. Es posible que Karina sepa que es hija de Ane Garramendi y Mikel Olazabal—se aventuró a decir Alex—. Y es posible que sepa que tú eres su hermano—supongo que Alex quería encontrar una explicación al episodio de la noche anterior—, y supongo que también sepa que tú y yo…que…que tú y yo vivimos juntos.
—¿Ha pasado algo que deba saber? —a la inspectora no se le escapaba una.
—Han querido hacernos daño otra vez— Alex se alejó hasta la habitación para coger las fotos y a su regreso se las mostró a Maialen que las miró una a una atentamente.
—Unax, ¿eres tú?
—Parece que os cuesta creerlo, pero no soy yo. Es un montaje—la mujer de mi mejor amigo miró a Alex y esta asintió convencida.
—¿Por qué querría hacernos daño? —pregunté.
—No creo que sepa que sois hermanos. No entra dentro de su patrón de conducta.
—¿Su patrón de conducta?

—En la información que hemos recuperado sobre su infancia siempre se la asocia como la hija de un padre alcohólico y una madre demente, algo que...
El timbre de la puerta sonó y los tres nos miráramos al unísono.
—No espero a nadie, si es lo que te preguntas—respondí a las dudas que sobrevolaban la cabeza de Mailen.
Me alejé hacia el pasillo. Al abrir la puerta me encontré a un hombre que trabajaba para una empresa de mensajería que me tendió una carta certificada a nombre de Alexandra Muller Blanch.
—¿Vive aquí la interesada? —asentí—¿Se encuentra en la casa? —evité a Alex el tener que salir con aspecto de recién levantada a firmar la entrega y me hice cargo yo mismo, aunque algo sorprendido de que alguien supiera que ahora vivía allí. Sólo teníamos esa información unos pocos. Habíamos pensado que era mejor esperar a que las cosas se calmasen un poco antes de hacerlo público. Entre en la cocina de nuevo ante la mirada atenta de las dos mujeres que ocupaban parte del espacio y le tendí la carta.
—Es para ti.
—¿Para mí? ¿Quién sabe que ahora vivo…? —no terminó la frase y le empezaron a temblar las manos.
—Tranquila, es solo una carta—la inspectora buscaba tranquilizarla—, veamos que contiene.
Alex rasgó el sobre y en su interior descubrió un folio tamaño A4 doblado por la mitad con una única frase.
—*Tienes correo pendiente de leer en la bandeja de entrada de tu ordenador*.
—¿Qué clase de perturbado o perturbada envía una carta certificada para decir algo así?
—Una que no quiere ser descubierta—afirmó Maialen—. ¿Tienes el portátil cerca?
—Si, pero ayer revisé todo el correo que tenía pendiente. No recuerdo que me quedara algo por leer.
Alex se dirigió hacia su habitación mientras la seguíamos muy de cerca. Cogió en portátil y se sentó en la cama para abrirlo con la intención de revisar el correo. Poco después nos miraba con perplejidad.
—Tengo un mensaje nuevo.
—¿Quién lo envía? —pregunté.
—Logical Company.
—¿No fueron ellos la excusa para que Francis te hiciera viajar a Berlín? —no necesitó responderme.
—El correo solo puede haberlo enviado *Roger Schmidt.*
—Son las instrucciones que estábamos esperando—dijo Maialen—. Ahora podremos saber el contenido del primer pendrive.
Una palabra asociada a un código, ese era el mensaje escrito en ese correo, pero los tres sabíamos de qué se trataba.

70

Francis Brun
Dos años antes

—¿Qué haces? —Lidia se acercó a mi aleteando sus largas pestañas que sabía que me cautivaban sobremanera.

—Trabajar.

—¿Es tan importante eso que estás haciendo como para llevar tanto tiempo encerrado en el despacho? —giró la silla en la que me encontraba sentado y se sentó mimosa en mi regazo.

—Estoy preocupado— sus manos abrazaron mi cuello e imprimió con sus pulgares una leve presión en la base de mi cráneo que hizo que cerrara los ojos agradecidos—Ummm…

—Necesitas descansar— tenía razón, pero había algo que me martilleaba la cabeza y tenía que resolverlo lo antes posible.

—Tengo que aclarar antes alguna que otra idea— dejó que sus labios reposasen en la punta de mi nariz— prometo que lo dejaré en cuanto tenga las cosas más claras.

—Prometo, prometo, prometo— su sonrisa era cautivadora—. No prometas cosas que no puedes cumplir, amor— me conocía demasiado bien—. ¿Puedo saber qué es eso que te tiene tan absorbido y te preocupa tanto?

—Son pagos de facturas que no me encajan.

—Por lo que veo, Karina ha vuelto a hacer de las suyas.

—Si y no. En realidad, se trata de la empresa Rodes Company. Cuando he preguntado a tu padre por ella me ha dado una respuesta muy vaga. Supuestamente se ha creado para diversificar el negocio, pero sólo soy capaz de encontrar en ella desvíos de fondos que no se han declarado fiscalmente. No me huele bien, además tu madre está al tanto de los pagos.

—¿Mi madre? Eso sí que es una novedad —revolvió mi cabello con un gesto risueño—. Nunca deja rastro de por donde pasa. Sólo impone sus directrices— me reí asintiendo. Celine nunca dejaba nada al azar todo tenía siempre un porqué y los dos sabíamos que no siempre era honrado.

—He detectado movimientos de cuentas puente que realiza ella personalmente y que acaban en una cuenta de un tal Eric Laurent desde hace diez años—Lidia abrió los ojos de par en par.

—Si lo está haciendo ella personalmente sólo puede tener dos explicaciones—la escuché atentamente—. La primera es que no se fía de nadie a su alrededor para efectuar los pagos y la segunda es que no quiere que nadie se entere de que los hace.

—Ambas hipótesis me encajan. A los ojos de cualquiera está realizando pagos mensuales a una floristería para que el panteón de sus padres luzca siempre en perfecto estado, pero la realidad dista bastante de ser esa.

—¿Has podido averiguar algo de ese tal Eric? A lo mejor habéis gestionado algún proyecto de forma indirecta con él.

—No lo hemos hecho. Es abogado. Trabaja en un bufete familiar.

—¿Puede ser que este haciendo gestiones para Olazabal Sport?

—Puede ser, pero ¿por qué pagarle a través de Rodes si son costes imputables a Olazabal Sport?

—¿Para aliviar las cuentas de la empresa? — abrió los ojos como si hubiera dado con la

respuesta, lo que provocó en mí un tirón en el estómago, me encantaba cuando se hacía la inocente, lograba tenerme enganchado a ella como las abejas al néctar de las flores. Deposité un ligero beso en la comisura de sus labios. — Acabo de decir una bobada, ¿verdad?

—Sabes que no, tu madre no da puntada sin hilo. En la investigación que he realizado sobre el bufete familiar Laurent he descubierto que copan la mayor parte de los casos importantes en París con un éxito para sus clientes del noventa y ocho por ciento.

—Eso equivale a unos ingresos anuales muy altos.

—Efectivamente.

—No alcanzo a entenderlo, ¿qué vinculo existe entre ese bufete de abogados y mi madre?

—Eso mismo quise saber y descubrí que han defendido casos con mucho peso en la ciudad entre ellos el del traspaso de la empresa de arquitectos Muller & Blanch.

—¿Muller & Blanch? — volvió a abrir los ojos y no pude menos que besarla con ansia deleitándome en su sabor y sintiendo como se despertaba mi entrepierna—. Esta vez mi respuesta te ha gustado más— ronronee algo molesto al sentir que se separaba de mí. Sus respuestas siempre me gustaban, pero ella quería saciar su curiosidad—. ¿Qué tiene que ver la familia de Alexandra Muller con mi madre? — juguetee con los botones de su blusa, pero me detuvo atrapando mi mano—. ¿Tú sabes algo? — me revolví algo molesto por haber dado pie a su repentina curiosidad, pero la rodeé por la cintura. Ahora más que nunca la necesitaba conmigo.

—Eso es lo que pretendo averiguar, amor mío— se libró de mis manos que rodeaban su cintura y se levantó veloz dejando en mí una sensación de vacío que no quería en ese preciso instante.

—Tenemos que averiguarlo— cerré los ojos—. Juntos— estiré mi mano para atrapar su muñeca acercándola de nuevo a mí. Acababa de trasmitirla la inquietud que llevaba rondando mis terminaciones nerviosas desde hacía ya un tiempo.

—¿Y si descubrimos algo que no nos gusta?

—Ya hay cosas que no nos gustan. Te obligaron a contratar a Karina y al inestable de mi hermano Jairo en tú empresa pudiendo trabajar en Olazabal Sport.

—Sobre eso también he descubierto algo que no sé a dónde me lleva.

—Dímelo— dijo imperativa.

—Torralbo puso en duda la honestidad de tu padre y…— no me dejó terminar la frase.

—¿Mi padre? ¿Qué tiene que ver mi padre en todo esto? Dime que te dijo ese sinvergüenza al que también te quieren obligar a contratar.

—Insinuó que había querido acabar con Hoplan.

—¡Eso es mentira!

—Lidia, sabes tan bien como yo que sospechosamente invertí gran parte de los beneficios de la empresa en un Proyecto que acabó obligándome a depender de tu familia para que Hoplan no desapareciese— cerró los puños que se mantenían a los costados de sus caderas—. Nunca supimos el verdadero motivo por el que el proyecto no salió adelante— se sentó en el borde de la mesa del despacho agarrando con fuerza el tablero.

—Si lo sabemos. Los dos tenemos muy claro, aunque no tengamos pruebas, que ese proyecto nunca existió. Fue un invento de mi madre para hacer flaquear Hoplan y ponerse ella al mando.

—Dudo mucho que ella tomase las riendas públicamente. No acostumbra a mostrar abiertamente sus garras.

—Tienes razón utilizaría peones como Torralbo. ¿Te dijo algo más ese sinvergüenza?

—Insinuó que tu padre no era tan fiel a tu madre como quería hacernos ver al resto del mundo.

—Mierda—dijo malhumorada—, no me agrada reconocerlo, pero tampoco me sorprendería que le hubiera sido infiel. A veces dudo que tenga un corazón que late en el pecho, pero ¿por qué te hizo esas confesiones?

—Porque intuyo que le han prometido que será mi relevo.

—¿Tu relevo?

—Si, quieren conseguir desestabilizar mi imagen y la empresa. De este modo podrán justificar mi relevo y Torralbo se convertirá en el nuevo director general de Hoplan & Orleal Consulting.

—¡Será hijo de puta, eso no va a suceder! ¡Si quieren acabar con mi marido tendrá que ser por encima de mi cadáver! —tiré de ella haciendo que se sentara a horcajadas entre mis piernas y recobrando el calor que minutos antes me había acompañado.

—Tu madre me está presionando para contratar a ese tipo porque persigue indirectamente quedarse con el control de la empresa.

—¿Crees que le ha contado a mi madre las sospechas que tiene sobre la infidelidad de mi padre?

—Lo dudo, creo que ahora mismo esa información le conviene tenerla a buen recaudo por si las cosas no salen como le han prometido.

—Y sabe que será algo que, aunque tú lo sepas no destaparas porque te llevas bien con mi padre.

—Hasta la fecha así ha sido, parece que ese hombre mira a su hija con los mismos ojos de embelesamiento que la miro yo—Lidia revolvió mí pelo—. Tú madre lleva años tratando de ensuciar públicamente mi imagen, es la única manera que se le ocurre para poder controlarnos.

—Aún recuerdo cuando le devolviste, céntimo a céntimo, el dinero que le permitía acceder a parte del accionariado de la empresa con el que se quiso hacer sin nuestro consentimiento cuando fundamos la empresa— acaricié el contorno de su rostro—. Ya ha destrozado la vida de mi hermano, no pienso dejar que haga lo mismo con la nuestra, pero a mi padre, ¿por qué querrá mi madre destrozarle a él también?

—No le basta con tener la mitad de Olazabal Sport— siempre había sido muy complicado para ella asimilar la maldad que ya conocíamos que se cernía sobre su madre—. He descubierto algo que no te va a gustar— suspiro mostrando al tiempo la laxitud de su cuerpo sabiendo que lo que iba a escuchar era parte de una verdad que se resistía a conocer—. Encontré más pagos extraños que se hicieron a través de Serp@. En apariencia eran servicios que la sociedad matriz Rodes requería, algo que me llamó estrepitosamente la atención. Traté de investigar de qué se trataba y acabé descubriendo que eran pagos que Mikel Olazabal había dado la orden de que se hicieran a un tal Aron Hankiewicz— mi mujer se estremeció ante mis palabras aquel apellido tampoco le era indiferente, lo que me hizo rodear su cintura por miedo a que lo que aún tenía que confesarle la hiciera caer hacia atrás—. Estos pagos se incrementaron hacia diversos destinos en fechas que me llamaron poderosamente la atención— levantó la vista que hasta el momento había permanecido fija en el movimiento de mis labios para captar mi mirada.

—¿Cuándo te obligaron a contratar a Karina? — negué con la cabeza—. ¿Cuándo el proyecto se fue al traste? —era mucho más inteligente de lo que nadie pudiera imaginar, pero disfrutaba haciendo creer al resto que era una completa ingenua—. ¿Fue mi padre quién hizo que el proyecto fracasara? —

—Frío, frío.

— ¿Aron Hankiewicz es el padre de Karina Hankiewicz?

—Templado, pero te vas calentando.

—No puede ser él sino, no le estaría pagando.

—Te vas calentando.

—¿Mi padre? ¿La infidelidad de mi padre?

—No lo tengo muy claro, pero creo que sí. Creo que algo que él hizo desencadenó la tormenta— abrió de nuevo sus ojos haciendo que instintivamente la abrazase contra mi pecho.

—Aron Hankiewicz figura en el registro como padre biológico de Karina, pero hay algo más—. Levantó la cabeza que había apoyado en mi pecho para mirarme—. Descubrí entre los archivos de tu padre un documento del hospital en el que nació Karina.

—No voy a preguntarte como accediste a esa información porqué se el desorden con patas que es mi padre, pero ¿qué hacía él con algo así?

—Por segunda vez tuvimos la misma inquietud de respuestas, cariño. En ese documento sólo figuraba el nombre de la madre biológica. Ni rastro del padre.

—¿No figuraba Aron Hankiewicz?

—Sólo figuraba la madre.

—¿Algo reseñable de ella?

—Fui al hospital con aquel documento alegando que Karina era mi mujer— me miró malhumorada—. Era la única manera de tratar de convencerles de que necesitaba un trasplante de médula y necesitaba conocer el paradero de sus padres con los que hacía años que no se relacionaba para alimentar la esperanza de poder salvarla.

—Eres un ingenuo. No te facilitaron información.

—No me la dieron, pero tenía que intentarlo…— se revolvió inquieta entre mis piernas provocando un roce delicioso e inesperado—. Estate quieta o esto va a acabar de una forma poco ortodoxa para el tema que estamos tratando— me lanzó una mirada sugerente.

—Continua con la historia— se frotó intencionadamente contra mi entrepierna lo que provocó que un gruñido saliese descontrolado de mi garganta—. Continua… — susurró en mi oído.

—A los dos días recibí una llamada de tu padre— mis palabras provocaron una parada en seco de su danza.

—¿Qué te dijo?

—El doctor que asistió el nacimiento de Karina fue alertado de que alguien había estado preguntando por ella. El resto de lo que sucedió es fácil descifrarlo.

—Es el médico de nuestra familia, ¿verdad? —asentí—. ¿Qué te dijo mi padre?

—Que era mejor que no husmeará en asuntos que no eran de mi incumbencia. Me dijo que podrían traer problemas a la familia.

—¿Te amenazo?

—Mis palabras son tan ciertas como que me llamo Francis Brun y estoy totalmente enamorado de su hija—provoqué una preciosa sonrisa en sus labios que desdibujó el semblante meditabundo que segundos antes mostraba al descubrir que su padre no era la persona maravillosa y perfecta que ella siempre había creído.

—¿Recuerdas el nombre de la madre biológica?

—Si— sabía que no me habría parado ahí. Habría seguido investigando por lo que me insto a que siguiera contándole todo lo que había averiguado—. Se llama Ane Garramendi y está ingresada en un hospital psiquiátrico. Al parecer la boda con Aron se produjo de forma

precipitada e inesperada poco después de dar a luz. A los pocos meses fue ingresada debido a un trastorno de doble personalidad.

—Aron Hankiewicz recibió una sustanciosa cantidad de dinero cuando Karina nació y tu padre…

—¿Qué pasa con mi padre?

—Tu padre no solo le ha proporcionado un trabajo a Karina Hankiewicz, sino que se ha hecho cargo de la educación que ha recibido.

—Eso no puede ser.

—Lo es, cariño, lo es. Al igual que también es cierto que esta, costeando los gastos de la clínica psiquiátrica en la que está ingresada su madre Ane Garramendi.

—Las fechas que te llamaron poderosamente la atención coincidían con el nacimiento de Karina y el ingreso de Ane en el hospital—era terriblemente inteligente—. ¿Como has podido averiguarlo?

—Tu padre es un desastre, Lidia. De puertas para afuera es capaz de mantener el anonimato, pero de puertas para adentro no toma ninguna precaución para evitar dejar rastro de las cosas que hace.

—¡Debemos averiguar quién es esa mujer y qué relación tiene con mi padre!

—Lo haremos cariño, pero antes tenemos que solucionar tú y yo un tema que aún está pendiente—su sonrisa se ensanchó y yo me abalancé sobre sus labios sin piedad ninguna.

71

Alex

La inspectora de policía decidió que debíamos continuar con nuestras pesquisas en comisaria, pero antes obligó a Unax a hacer una declaración lo más creíble posible para poder exculparle de cualquier vinculación que pudiera haber entre él y la muerte de Francis. Ahora que se sabía que no había pruebas en el lugar en el que se había perpetuado el crimen era relativamente sencillo que saliese impune y libre de cargos, pero para ello tenía que argumentar que su mierda de plan exprés en el anatómico forense estaba motivada por viejas rencillas que tenían él y el forense de guardia aquella noche. Una mentira que a pesar de que a Maialen le costaba encajar había sido necesaria para poder mejorar ligeramente el rumbo de las cosas. Unax se disculpó y pidió perdón una y mil veces alegando que no quería entorpecer una investigación y mucho menos un asesinato, que tan solo quería gastarle una broma, pero la mala suerte había querido que se tropezase al llegar a la altura de la camilla en la que estaba dispuesto el cadáver cayéndose sobre él. Se lo creyeran o no, su relato le permitió seguir en libertad, aunque con una advertencia latente de que estaría bajo vigilancia hasta que se resolviese el caso.

Como si lo hubiéramos planeado, en el mismo momento en que Unax salía de la sala en la que había hecho su declaración llegaron a la comisaría John y Lucía. Tenía mis sospechas de que Maialen había hecho llamar a John para verificar si seguía investigando en la clandestinidad. Apareció acompañado de Lucía, desde que los había encontrado con la libido desatada en su despacho, parecían dos siameses, pero evité hacer cualquier comentario al respecto. Era más que evidente que entre esos dos se estaba cociendo de forma irrevocable y a fuego lento un cúmulo de sentimientos que iban mucho más allá de la atracción física que sentían el uno por el otro.

—Alex, ha recibido esta tarde por carta certificada a través de *Roger Schmidt,* lo que creemos que es la clave del pendrive que Francis le entregó en Berlín —todos la escuchábamos con atención—. En la información que ha recibido únicamente figura una palabra asociada a un código de cuatro dígitos.

—Vaya con el jefe—bromeó John—, parece que le gustaban los juegos.

—Yo no diría que le gustaban los juegos sino, que lo que estaba intentando era que nadie, salvo quién él había decidido de antemano, pudiera acceder a la información que tenía entre manos porque sabía que lo estaba poniendo en peligro.

—¿Podemos saber que contenía esa carta?

—En realidad, la carta lo único que decía es que tenía correo electrónico pendiente de leer.

—Creo que me sobra esa información, *inspectora*—dijo entre dientes el irlandés que se había quitado los anillos y los había posado de forma ordenada en la mesa a la espera de volver a ponérselos si por fin obtenía la información que Maialen les estaba haciendo desear—. ¿Vas a decirnos de una vez que es lo que habéis descubierto?

—FUNDELA, Fundación Española para el Fomento de la Investigación de la Esclerosis Lateral Amiotrófica. ¿Os dice algo esta Fundación?

Lucía quitó el turno de forma inmediata a cualquiera de los que estábamos presentes, no habríamos podido hablar ni hacer ninguna valoración respecto a la Fundación antes que ella, aunque hubiéramos querido.

—La enfermedad que padecía Lidia Blanch, la mujer de Francis era Esclerosis Lateral Amiotrófica. El último año antes del terrible suceso que aún está pendiente de esclarecer, por lo

menos con una razón lógica para la familia, la enfermedad la había postrado en una silla de ruedas.
—Era público que Francis donaba parte de los beneficios anuales de Hoplan a la Fundación—intervino John mientras Lucía paraba para tomar aire.
—"Por un mundo sin E.L.A". Por lo menos a estas donaciones no se oponía la familia Olazabal.
Pablo el informático de la policía que nos había ayudado con el contenido del pendrive que Unax le requisó a Francis entró en la sala en la que nos encontrábamos los cinco en aquel momento.
—¿Lo traes todo? —le preguntó sin que nosotros supiéramos a qué se refería.
—Sin problema inspectora, todo bajo control.
—De acuerdo, procede entonces a tratar de desbloquear el pendrive—le mostró una impresión en papel del correo electrónico que Alex había recibido—. Introduce la contraseña—dijo totalmente convencida a su colaborador.
Inmediatamente, como Maialen había presagiado y todos esperábamos que sucediera, al introducir la palabra clave se desplegó una segunda pantalla, pero no albergaba el acceso a la información que todos habíamos esperado.
—Solicita una nueva clave—advirtió John—. ¡No tenemos nada!
—Para gustarte tanto la investigación me sorprende que no tengas la paciencia que requiere—fue un comentario ácido de la inspectora, pero el irlandés lo encajó perfectamente—. Me temo que la información que contiene este pendrive va a darnos información crítica y crucial para el caso. Francis quería asegurarse de que si por cualquier motivo la información no le llegaba a la persona que había elegido para ello y a quién sabía que estaba poniendo en peligro—me miró directamente—, nadie más sufriría las consecuencias—en ese momento Maialen sacó de la carpeta que había mantenido sobre la mesa y frente a ella el sobre amarillo en el que me había hecho entrega del pendrive—. Pablo, escribe el código de nueve dígitos que hay escrito en la solapa de este sobre—el policía hizo lo que le mandaron y pulsó la tecla de *Intro*. Ante la decepción de todos los allí presentes una tercera pantalla que pedía una nueva clave surgió en la pantalla—. Bien—respondió Maialen con una tranquilidad que nos sorprendió a todos—. Y ahora vamos a acceder de una vez por todas al contenido de esa carpeta—la inspectora subrayó los cuatro dígitos que estaban asociados a la palabra FUNDELA en el correo que *Roger Schmidt* me hizo llegar y Pablo entendió con claridad la nueva instrucción. Al pulsar por tercera vez la tecla de *Intro* en el ordenador la información del pendrive se hizo visible.
—*Muy hábil Francis*—susurró Maialen—. *¡Bien por ti!*

El contenido del pendrive se mostraba en dos carpetas diferenciadas y fechadas el mismo día. Para ninguno significaba nada esa concreción temporal salvo para Lucía, que nos sacó a todos de dudas.
—Es el día en que encontraron sin vida a Lidia Blanch—aclaró.
—Por lo que el contenido, es casi seguro que tenga que ver con su mujer—aclaró la inspectora—, parecen videos.
—Si, concretamente son dos archivos de video MP4—informó Pablo—. Se identifican como *red oficial* y c*opia externa*.
—Adelante Pablo, abre el primero.
Abrió el archivo que se identificaba como *red oficial*. Mostraba imágenes de la residencia en la que vivieron el matrimonio Brun & Blanch, que ahora sabíamos que era propiedad del suegro de Francis, Mikel Olazabal. El lugar al que deberían llevar a la madre de Unax, Ane Garramendi si le sucedía algo y el lugar en el que Unax y yo, vimos el cuerpo sin vida del director general de Hoplan, de mi jefe y creo que ahora, a pesar de las dudas que habían invadido mi mente tiempo

atrás, podría decir que de una buena persona que velaba por mí en la sombra.
En el video se podían ver como la imagen iba pasando por distintas pantallas que mostraban diferentes zonas de la casa a medida que se activaban por la presencia de alguien en ellas. La puerta de entrada, el jardín, la piscina, los alrededores de la casa y el interior de la vivienda con especial atención a las escaleras que llevaban al piso de arriba en un intervalo de tiempo que abarcaba desde las seis de la mañana, hora en que se veía salir de casa a Francis hasta las doce de la noche hora en que la policía precintaba y abandonaba la vivienda. Pablo fue aumentando poco a poco la velocidad de las imágenes que visionábamos para que pudiéramos ver el contenido del vídeo. Se veía como el matrimonio había desayunado en la cocina, como Francis se iba a trabajar y como Lidia se dirigía en la silla de ruedas, que manejaba con total destreza, a su estudio para trabajar. A lo largo de la mañana se podía ver como Lidia había salido hasta en seis ocasiones del despacho, tres de ellas para ir al baño, a las ocho en punto, a las diez y siete minutos y a las doce menos cinco de la mañana. Otra a las once y media acercándose a la cocina para almorzar una pieza de fruta, una quinta vez para asomarse al jardín a que la diera un poco el aire. Y una última vez otras dos horas y media después para comer lo que tenía preparado en un tupperware que sacó del frigorífico para calentar en el microondas. Sorprendía lo bien que tenían dispuestas las cosas en la cocina para poder manejarse. Por eso, pudimos contemplar como media hora más tarde dejaba todo recogido en el lavavajillas para adentrarse de nuevo en su estudio donde no se la veía volver a salir hasta que el contador de tiempo marcaba las ocho de la tarde.
—¿Qué sentido tienen estas imágenes? —preguntó Unax—. No se ve a nadie en la vivienda. Parece como si a Lidia la hubieran abducido. No ha salido del despacho desde que entró después de comer a las tres del medio día, es como si la vivienda estuviera vacía.
—Lidia no solía salir de casa en esa etapa de la enfermedad—aclaró Lucía—, estaba en silla de ruedas y no quería que la prensa sensacionalista se ensañase con su desgracia.
—Pero por la mañana la hemos visto salir al menos hasta en seis ocasiones. Lleva cinco horas sin abrir la puerta, es demasiado tiempo.
—En el estudio existe un pequeño aseo, supongo que no quiere demasiadas interferencias cuando le viene la inspiración.
—Sabes demasiado de esa familia, ¿no crees? —se cuestionó John.
—Suelo ser un poco friki con las cosas que me generan curiosidad. Esa familia es una fuente de rumores y secretos para cualquiera con un mínimo de interés sobre lo ajeno, y para mí mucho más que para otros, si tenemos en cuenta que uno de sus miembros era el creador de la empresa en la que trabajo y además mi jefe.
—También era el mío—le respondió John—, y no tenía ni la menor idea de las cosas que estás contando—Lucía sonrió y tomó su comentario como un alago y no como una crítica.
—Como habéis podido comprobar la casa estaba adaptada a ella, incluso el dormitorio lo habían trasladado a la planta baja, supongo que todos os habéis dado cuenta en las imágenes que hemos visionado, incluso la escalera tenía instalado un ascensor para la silla de ruedas, aunque parece no haberse usado. Me he fijado que tiene el precinto de seguridad puesto—Maialen la miró satisfecha de la precisión con la que había detectado detalles que, aunque para ella y Pablo no habían pasado de largo, para el resto habían permanecido ocultos—. El despacho en el que escribía antes de que la enfermedad se declarase estaba, al igual que el dormitorio en la planta de arriba de la vivienda, pero fue trasladado en parte a la planta baja en la habitación contigua al nuevo dormitorio del matrimonio. Aún se pueden ver carpetas, papeles y anotaciones en su anterior despacho, mirar aquí—. Lucía señaló la imagen de una cámara que enfocaba el pasillo de la planta alta. La puerta del despacho que indicaba estaba entreabierta y efectivamente se

podía ver una mesa de escritorio en las circunstancias que había descrito.
—Para la imagen Pablo—mientras hablaban las imágenes habían seguido avanzando a una velocidad moderada hasta que la inspectora había dado la orden de parar su visualización en un punto concreto en el que Francis llegaba a casa y dejaba su abrigo en el zaguán de la entrada—. Ponlo a tiempo real—así lo hizo.
Las imágenes mostraban como se deshacía de su abrigo y lo colgaba en el armario que tenían en la entrada de la vivienda. Dejaba en el recibidor el maletín de trabajo que siempre llevaba consigo y que para todos era conocido y golpeaba la puerta del estudio en lo que era una clara señal de atención hacia su mujer alertándola de que había llegado. Llamaba varias veces y al no obtener respuesta abría la puerta, entraba en la estancia y volvía a salir alertado. Daba la sensación de que no había encontrado a Lidia dentro, pero era algo prácticamente imposible.
—¿Cómo puede ser? —Unax verbalizó lo que todos pensábamos—. No la hemos visto salir en toda la tarde de su nuevo despacho y no se ha activado ninguna otra cámara de video, lo que indica que no ha habido nadie salvo ella en la casa.
Pronto veíamos como se acercaba alarmado a las escaleras y se encontraba en el suelo el cuerpo de Lidia.
—¿Es ella? ¿Es Lidia? —a juzgar por la reacción que podíamos apreciar en las imágenes de Francis lo parecía—. ¿De dónde ha salido? —insistió.
—Tenemos cinco horas de imágenes de las cámaras de la residencia y no la hemos visto desde las tres. ¿Dónde estaba? Teníamos que haberla visto pasando de una estancia a otra.
—Para de nuevo la imagen Pablo—lo hizo justo en el momento en el que Francis iba a comenzar a reanimar a su esposa—. Vuelve a dar hacia atrás las imágenes—así lo hizo—, para ahí—Pablo volvió a obedecer—. ¿Como es posible que en esta imagen de las escaleras no haya rastro de Lidia y segundos después figure tirada en el suelo?
—Las imágenes no son reales—Maialen miró de medio lado a John. Si esperaba ganarse un reconocimiento por haber detectado que había trampa en las imágenes que no pensara recibirlo de la inspectora—. Creo que no son reales desde poco después de que se metiera a las tres en el estudio. Si retrocedemos podremos comprobar si lo que me ha parecido un salto apenas perceptible para el ojo humano se hace visible pasándolo a cámara lenta—. Ese razonamiento le gustó más a la inspectora jefa.
Pablo pasó varias veces por el punto que le indicaba John ralentizando todo lo que podía las imágenes hasta que, efectivamente pudimos comprobar que había un salto de imagen. Parecía que las cámaras tuvieran una imagen superpuesta desde las tres y siete minutos y cinco segundos hasta las ocho y cuatro minutos en que Francis entraba por la puerta.
Una vez que detectamos que las imágenes no eran las reales dejamos avanzar el vídeo para terminar de ver toda la secuencia en la que Francis trataba de reanimar a su mujer y pedía auxilio con su móvil. Vimos llegar a la ambulancia. Los médicos trataron de asistirla, pero las caras de los sanitarios no parecían muy halagüeñas. Se la llevaron en la ambulancia y Francis fue con ellos. Después la casa permaneció vacía hasta las doce de la noche. Hora en la que las imágenes se cortaban y el vídeo finalizaba.
—No tiene sentido—esta vez fui yo la que pensó en voz alta—. La silla de ruedas estaba retenida en la barandilla parapetada en el elevador como si se hubiera caído desde arriba de las escaleras y no hubiera llegado al suelo.
—En el expediente que se abrió a raíz de su muerte—echó mano de nuevo de la carpeta que tenía consigo e identificó un párrafo de uno de los documentos que había en él— se dice que Lidia permaneció oculta en su casa hasta que se dejó caer por las escaleras—relato Maialen buscando

claramente nuestras reacciones.
—¿Y cómo subió? —preguntó Lucía.
—El precinto de seguridad del elevador sigue puesto—Pablo congeló la imagen para que lo pudiéramos ver y salió de la sala alentado por una llamada desde el exterior.
—Tuvo que quitarlo para subir al piso de arriba—dijo Lucía—. Sin embargo, el elevador está en la parte inferior de las escaleras, no en la superior y con el precinto puesto.
—Alguien tuvo que ponerlo—afirmó John dando la razón por segunda vez consecutiva a Lucía —, ella no pudo hacerlo.
—Menuda chapuza de investigación.
—Cuatro amigos hemos sido capaces de ver mucho más que la policía.
—Me sorprende que creáis que sois los descubridores de todos esos detalles—la inspectora permanecía inmutable—. Sois buenos observadores, pero no sois los más listos de la clase. Todo lo que decís está recogido en el expediente. Se cerró la investigación por falta de pruebas. No porque creyésemos que se había suicidado. Había claros indicios de que su muerte no fue voluntaria. Incluso se encontró una de las ventanas laterales de la vivienda forzadas por donde debió acceder quién le causó el daño. Subió por el porche lateral y desplazó un par de tejas al hacerlo, pero no encontramos nada más. Ni una fibra, ni una huella, nada. Los aspersores del jardín de esa casa ayudaron a Unax y a Alex a que no hubiera ninguna manera de relacionaros con el crimen, pero también contribuyeron a que el asesino de Francis y Lidia siga suelto.
—¿Crees que pudo ser la misma persona?
—No lo creo, en el supuesto de que Lidia hubiera sido asesinada…
—Es evidente que fue asesinada—quiso corregir Lucía a la inspectora.
—En el supuesto de que hubiera sido asesinada—recalcó Maialen—, ya que, no se ha podido demostrar aún lo contrario, el asesino tenía que ser muy ligero, no muy alto y de complexión delgada para poder escalar por donde lo hizo y entrar por el ventanal lateral de la casa por el que entró. Era estrecho y pequeño según las fotos que se podían ver en el expediente. No encaja con la descripción del asesino de Francis—en ese momento entró de nuevo Pablo en la sala y Maialen evitó decir delante de él que parte de esa descripción la tenían gracias a Unax y a mi—. ¿Ha pasado algo, Pablo?
—No, era un control rutinario, nada reseñable.
—De acuerdo, continuemos entonces con las imágenes del segundo archivo, todo me hace pensar que Francis consiguió la prueba de que las imágenes que se presentaron en la investigación fueron falsas.
Comprobamos que efectivamente en el segundo archivo se mostraba la misma secuencia temporal y las mismas estancias del interior y el exterior de la casa, pero había una clara diferencia, grababan el momento en que varias de las cámaras de la vivienda eran tapadas y las imágenes se iban a negro.
—Taparon las cámaras.
—Eso es Lucía, pero además superpusieron las imágenes como habíamos detectado en el anterior archivo—corroboró John.
—Hay sistemas de seguridad bastante sofisticados que tienen varios circuitos de grabación—Pablo trataba de explicarnos porqué en el vídeo que acabábamos de ver podíamos apreciar como las cámaras habían sido tapadas—, generan dos copias de seguridad en distintas ubicaciones por si una se deteriora debido a cualquier catástrofe que pudiera sobrevenir. Es evidente que no sabían de la existencia de esta segunda copia de seguridad y sólo suplantaron las imágenes de una de las grabaciones que se hicieron.

—¿Es posible que llegaran a saber de su existencia a pesar de que no se hicieran públicas en la investigación?
—Es más que probable—la inspectora hablaba con total convencimiento—, por eso las cámaras estaban totalmente apagadas en la vivienda cuando se perpetuó el asesinato de Francis. En algún momento del proceso y fruto de la rabia y el dolor producido por la muerte de su mujer en extrañas circunstancias, es más que probable que Francis diese algún dato que dejase ver que podían existir otras grabaciones.
—Francis no las hizo públicas, pero sabían que tarde o temprano lo haría y el asesino de su mujer podría acabar en la cárcel—reflexioné en voz alta.
—Se convirtió en una potencial amenaza, en un motivo justificado para querer acabar con él.
—Maialen, había más motivos aún para querer acabar con él—remarqué—, sabían que había dado con la empresa Rodes y que nos pidió que investigáramos sobre Serp@. En realidad, el problema era que no sabían que o cuanta información tenía en su poder y cuanto daño podía causarles.
—Y todos sabemos que en un estado de dolor profundo el poseedor de tanta información no iba a medir los límites del daño que podría causar si sacaba a la luz la información que había conseguido.
Hubo un momento de silencio después de la conclusión que Maialen puso ante nosotros. Por eso, nos mantuvimos callados observando como Pablo abría los dos archivos simultáneamente, *red oficial* y *copia externa,* y congelaba en uno de los vídeos la imagen de una Lidia feliz despidiéndose de Francis la mañana de su muerte y en otro la imagen de la misma mujer agonizando. Nos quedamos mirando aquellas imágenes un largo tiempo. Como si estuviéramos buscando los siete errores en ambas imágenes. Hasta que lo encontramos. En realidad, hasta que lo encontré.
—Creo que tengo algo. Sé dónde está este pañuelo.

72

Karina

El día no había mostrado ningún síntoma de que fuera a ser distinto a los anteriores. Los pardillos de Hoplan seguían confiados sin saber que tenían las horas contadas y acabarían todos de patitas en la calle lejos de la empresa que era cuestión de tiempo que yo misma dirigiese. Ya estaba trabajando por mi cuenta en ello, solo me quedaban un par de flecos que cortar. Roberto Torralbo, que era un mal menor, aunque últimamente estaba haciendo un uso demasiado acentuado de su ego, algo que no me venía demasiado bien, y esperaba que fuese desapareciendo a medida que mi plan fuese fraguando. No era bueno que los Olazabal lo tuvieran en mente como sustituto natural de Francis Brun, yo estaba mucho más capacitada que él y conocía de primera mano la empresa, sólo tenía que darle un par de vueltas más y dejaría de ser un posible candidato a la nueva dirección. El otro fleco era Jairo Olazabal, un engreído niño rico con ansias de triunfo que podía hacerme sombra si su madre abría la boca, algo bastante probable. Mikel Olazabal estaba totalmente abducido por mí, me daría la dirección sin dudarlo, pero su mujer tomaba demasiadas decisiones en la sombra y entre nosotras, había una guerra que se había declarado hacía un par de meses, pero no sabía muy bien porqué, aún me quedaba averiguarlo. Sabía que si no lo descubría pronto podía dar al traste con mis intenciones. Así que tendría que poner en marcha mi plan para destronar al varón de la familia lo antes posible sin levantar demasiadas sospechas.

El sonido de unos golpes enérgicos en la puerta del despacho evidenciaba que alguien al otro lado estaba pidiendo paso.

—Adelante, está abierto—no puedo negar que sentí cierta curiosidad al ver aparecer ante mí a una preciosa mujer pelirroja, que no conocía de nada, acompañada de dos hombres a los que tampoco conocía—. Pasen y siéntense, por favor—ante todo había que ser cortes. Al fin y al cabo, una nunca sabía que sorpresas le podía deparar la vida.

—No es necesario, no le robaremos mucho tiempo.

La mujer era guapa, pero evidentemente algo grosera, las sillas estaban para algo, aunque lo que tuviera que decirme fuera poca cosa. Una no viene escoltada por dos hombres por nada. Eso lo podía saber cualquiera que tuviera dos dedos de frente.

—¿Puedo saber entonces quienes son y que desean?

—Necesitamos saber dónde se encontraba usted entre las tres y las ocho de la tarde del día diez de octubre de hace un año.

La sonrisa que le dediqué a la pelirroja fue fingida, parecía una *tipa*, dura, pero no sabía aún a quién tenía delante.

—¿Se puede saber por qué debería acordarme de un día tan señalado de hace un año y sobre todo porqué debería decírselo a ustedes?

—Somos policías.

Hombres, siempre respondían obviedades.

—Es un procedimiento rutinario. Como sabe Hoplan & Orleal Consulting no está pasando por sus mejores momentos—era lista y podría darme algún que otro dolor de cabeza, había mujeres en el mundo que no desmerecían a la especie femenina.

—Pero hace un año Hoplan…—quise que terminara la frase por ver si me daba algo más de información. Las dos sabíamos que la pregunta que hacía poco tenía que ver con Hoplan, pero

insisto, era lista. Jugó muy bien los silencios y no me dio la información que buscaba—. Hace un año Hoplan no estaba en la situación en la que se encuentra actualmente.
—¿Cuál es la situación en la que se encuentra Hoplan ahora mismo?
¿A qué estaba jugando?
—No creo que a estas alturas nadie sepa que su director general ya no está entre nosotros y que la empresa va a la deriva—mierda, tenía que suavizar el tono—. Estamos trabajando para coger el timón de la mejor forma posible y no echar a perder el magnífico trabajo que él hizo. No es fácil, pero contamos con el mejor equipo de profesionales. Es cuestión de tiempo que salgamos de nuevo a flote.
—¿Podría decirnos donde se encontraba usted entre las tres y las ocho de la tarde del día diez de octubre de hace un año? —había estado brillante en mi discurso, ¿por qué volvía a la carga?
—¿Cómo pretenden que me acuerde de lo que hice hace un año?
—Era un día laborable—respondió uno de sus hombres.
—Supongo que entonces estaría trabajando.
—¿Usted no come? —la pelirroja empezaba a tocarme las narices.
—¿Qué clase de pregunta es esa? Claro que como.
—Solo contrasto la pregunta que le he realizado con su horario de trabajo.
—Supongo que ese día, como el resto de días iría a comer al restaurante habitual…
—¿Podría decirnos cuál es ese restaurante habitual en el que come?
—Si esto es un interrogatorio tengo derecho a tener un abogado delante y a que me lean mis derechos y que yo sepa no lo han hecho.
—¿Podemos saber porque trabaja usted por las tardes si en su contrato laboral no se recoge que deba hacerlo? —esta vez contraataqué, si pretendía ponerme nerviosa yo también sabía como hacerlo. Había visto como se tocaba la tripa instintivamente con demasiada frecuencia. Era evidente que estaba preñada.
—Va a alterar a la criatura que está de camino si sigue haciéndome preguntas intimidatorias. La tensión acumulada puede malograr el parto—no se lo esperaba y los otros dos pánfilos menos. Acababa de rebelar un secreto que la policía lista por lo visto no había hecho público aún. Había sido una estocada perfecta.
—Está bien, no perdamos más tiempo. Karina Hankiewicz, traemos una orden para registrar su despacho. No nos llevará mucho tiempo. Debe permanecer junto a nosotros mientras realizamos la inspección por si necesitamos su colaboración.
¿Qué clase de broma era esa? ¿Cómo podían presentarse así para hacer un registro en mi despacho? ¿Quién les había dado mi nombre? ¿Había sido Torralbo porque veía peligrar su puesto? No, seguro que él no había sido. No se enteraba de nada. Jairo. Seguro que había sido él, sabía demasiadas cosas. Había tenido que hacerle demasiadas confesiones, siempre pensé que podía jugármela. Sus aires de grandeza le superaban, pero no esperaba que se adelantase moviendo las fichas antes que yo. No se saldría con la suya o ganaba yo la partida o no la ganaba nadie.
—Este cajón está cerrado, necesitamos la llave.
—Es información confidencial de la empresa.
¿Por qué precisamente ese cajón y no el resto que también estaban cerrados?
—Ábralo—me puse algo nerviosa, tengo que reconocerlo. Lo que había dentro, podía ser inofensivo si los ojos que miraban no sabían hacerlo, pero algo me decía que la pelirroja sabía que allí estaba la prueba del lugar en el que me encontraba aquel diez de octubre de hacía un año. No pude ganar tiempo, ni tratar de inventar alguna excusa, habían dado con el juego de llaves

que guardaba en una cajita sobre la mesa que abría todos los armarios y cajones cerrados que había en el despacho— que tonta había sido—, las evidencias no guardan tan bien los secretos como creía. No tardaron en encontrar lo que buscaban y empezó a sonar una canción amarga en mis oídos. Peor que mi padre, peor que su música, peor que su contacto y el contacto de todos los que tuve que rozar sin apetecerme para conseguir otras melodías mejores, peor que todo porque indudablemente mi plan perfecto para triunfar y devolver el daño a todos los que me lo habían hecho empezaba a hacer aguas.

—Tiene que acompañarnos a comisaria, se la considera sospechosa de asesinato.

La sala de interrogatorios era más fría de lo que me había imaginado cuando la veía en las películas. Me habían dejado un vaso de agua cerca, pero apenas podía cogerlo porque aún tenía en mis muñecas las esposas que me habían hecho lucir delante de todo el personal de Hoplan mientras me leían mis derechos y me trasladaban a la comisaría. No pensaba perdonar la vergüenza a la que me habían sometido haciendo algo semejante. Rodarían cabezas si era preciso y ninguna iba a ser la mía. Estaba muy por encima de ellos.

—¿Puede decirnos porque guardaba en su cajón el pañuelo que Lidia Blanch llevaba puesto el día de su fallecimiento?

—Desconocía ese detalle.

—Limítese a responder lo que le hemos preguntado.

—Fue un regalo.

—¿Podemos saber quién supuestamente le hizo ese regalo?

—Un amigo.

—Déjese de jueguecitos, Karina, esta de mierda hasta el cuello.

—¿Quién le regaló el pañuelo?

—No lo recuerdo.

—Acaba usted de decir que se lo regaló un amigo. ¿Está negando usted su primera afirmación?

—No.

—Por favor, ¿puede ser más concreta?

—Me lo regaló un amigo, pero no recuerdo quién—la pelirroja se llevó de nuevo la mano al vientre.

Bien. Iba por buen camino. La ponía nerviosa.

—¿Tiene usted algo que ver con el asesinato de Lidia Blanch?

—No.

—¿Tiene usted alguna implicación en el asesinato de Francis Brun?

—Desconocía que lo hubieran asesinado.

—¿Qué sabe de los movimientos de dinero a cuentas opacas que se hacían desde Hoplan y sociedades como Rodes o Serp@?

—Nada.

—¿Por qué figura entonces usted como autora de varios de esos movimientos?

—Debe tratarse de un error, alguien ha tenido que utilizar mis claves de acceso.

—¿Sabe usted quién agredió a la empleada de Hoplan Alexandra Muller Blanch?

—No.

—¿Sabe usted el origen del accidente en el que se vio implicada su familia?

—¿Qué accidente?

—¿Sabe usted quién trató de robar información confidencial en el apartamento en el que vivía Alexandra Muller Blanch con su compañera de piso?

—No.

—¿Sabe usted quién le envió un regalo bastante desagradable al mismo apartamento?
—No.
—¿Y quién le asustó en el garaje de Hoplan?
—No se dé qué me está hablando.
—Conoce usted a Unax Zabaleta.
—No sé de quien me habla.
—Miente, miente, miente y miente. No sabe hacer otra cosa que mentir.
La policía empezó a dejar caer fotos delante de mí. Lidia en el suelo de su casa, Francis con un charco de sangre en la cabeza, una muñeca con la cabeza rota, lo que parecían extractos de cuentas.
—No sé qué es todo esto.
—¿No? ¿Tampoco sabe quién es Unax Zabaleta? —de pronto dejó caer las fotos de ese pardillo que un día a la salida de Hoplan vi que estaba apoyado en un coche esperando a Alexandra mientras se la comía con los ojos.
—No soporto a esa pobre niña rica.
—¿A quién no soporta?
—Vamos no se haga la tonta, inspectora—a esas alturas ya incluso podríamos habernos tuteado si hubiéramos querido—. Las dos sabemos que hablo de Alexandra Muller, ¿acaso es un delito odiarla?
—Depende de hasta donde haya llegado ese odio.
—Esa chica me recuerda hasta casi hacer daño a otra chica con la que compartí algunos años de mi vida, se llamaba Ángela. También tenía un trauma porque sus *papaítos* se habían muerto en un accidente. La historia vital de ambas es muy parecida, las dos lloran por los rincones la muerte de su familia, pero ninguna ha tenido que pasar por lo que yo he pasado.
—¿Por qué ha tenido que pasar Karina?
—¿De verdad quiere saberlo? —sabía perfectamente que a esas alturas la inspectora sabría parte de mi historia vital, me habrían investigado, por eso, contar una parte de mi vida no me iba a hacer ningún mal sino todo lo contrario. Me mostraría como alguien que decía la verdad, alguien que estaba colaborando con la justicia, aunque quise dejar bien claro que podía ejercer el mando cuando me viniera en gana —. A esa criatura podría no gustarle lo que tengo que decir—la pelirroja se revolvía por dentro, aunque se quisiera hacer la dura conmigo, le daría unas migajas de lo que había sido mi vida.
—Prueba a ver si tienes razón.
—Tengo familia, sí. Un padre y una madre, pero hubiera cambiado mi vida por la de ellas sin tener que pensarlo demasiado. No han tenido un padre que abusaba de ellas y una madre que no sabía ni que existía porque solo tenía ojos para su primogénito. Una de ellas ni tan siquiera ha visto de lejos la vida en un reformatorio. Es evidente que Alexandra Muller es una niña mimada que perdió el amparo de sus padres y no ha sabido sobrevivir a ello.
—¿Eso te hace odiarla? ¿Qué sienta de distinta forma a como sientes tú?
—A Francis logró engañarlo, pero para mí no merece mi respeto y mi atención.
—¿Cómo le engaño?
—Pelirroja pareces nueva en esto. ¿Cómo va a ser? Metiéndolo en su cama.
—¿Sentía usted algo especial por Francis?
—No era mi tipo.
—Entonces por qué le importaba si tenían algún tipo de relación más allá de lo profesional.
—No es ético—fue la primera excusa que me vino a la cabeza. No pensaba contarle que el

puesto que ella tenía me había correspondido siempre a mí por derecho y que Francis se había opuesto a que lo ocupase a pesar de que su suegro se lo había exigido. Por eso, caí en un puesto aparentemente de confianza, controlando las cuentas de Hoplan.
—¿Y simular acostarse con Unax Zabaleta si lo es?
—No sé quién es Unax Zabaleta.
—Eso parece, porque si de verdad hubiera sabido quién es no hubiera simulado haberse acostado con él.
—Con ese de la foto sí me acosté.
—¿Está segura? Las fotos son falsas. Una mala falsificación diría yo—la pelirroja era bastante toca pelotas—. De todas formas, no habrá una próxima vez, pero guárdate este consejo. Es importante saber con qué personas te acuestas antes de hacerlo. No vaya a ser que haya algún vínculo del que no tienes conocimiento con la persona en cuestión con la que vas a acostarte que te haga replantearte si debes hacerlo o no.
—¿De qué vinculo estás hablando?
—No tengo autorización para decírtelo. Sólo es un mero consejo—me estaba tocando los ovarios.
—En resumen, tu animadversión por Alexandra te llevó a querer asustarla simulando un robo en su apartamento, enviándole un paquete a su casa y sorprendiéndola en el garaje, aunque esta última parte se te fue de las manos—¿en serio pensaba que yo había hecho todo eso? Era menos lista de lo que creía.
—No he hecho nada de lo que se me acusa.
—¿Sabes quién lo hizo? —esta era mi oportunidad.
—Supongo que todo forma parte del juego.
—¿Se puede saber en qué consiste ese juego?
—En realidad fue una mera conversación—ahora le tocaba cabrearse a la *poli* —. Digamos que había alguien a quién le caía aún peor que a mí y simplemente comenté que había muchas maneras de asustar a alguien—señalé con el dedo la foto de la muñeca con la cabeza rota y se la acerqué todo lo que las manos esposadas me permitieron—. Era una tonta con suerte y el jefe la idolatraba. Nunca pensé que llegaran a poner en práctica mis palabras, pero tengo que reconocer que fue divertido.
—¿También fue divertido que la agredieran?
—De eso no sé nada.
—Como tampoco sabes nada de la muerte de Lidia Blanch y de Francis Brun.
—No se puede retener a alguien esposado en mi situación, no tienen pruebas de que haya ningún delito.
—Esa valoración no te corresponde hacerla a ti.
—¿Me está acusando de algo inspectora? Porque hasta el momento solo me ha hecho preguntas sin sentido porque no tienen nada contra mí.
—Tenemos una prueba.
—Tenéis un pañuelo de la difunta que maldita la hora en que me lo regalaron—estaba jugando un buen papel—si llego a saber que ya tenía dueña y que encima estaba muerta nunca lo habría aceptado.
—¿Sabe que los asesinos siempre se quedan con algún recuerdo de sus víctimas?
Hija de puta.
—Es una especie de fetichismo inherente a todos ellos.
—No pienso seguir hablando sino es en presencia de un abogado.

—Un abogado no te salvará de la acusación particular que hay sobre ti.
—¿Qué acusación?
—Alguien que vio como esperabas a que Francis llegara aquel día al trabajo y una vez que te aseguraste de que iba a estar ocupado toda la jornada te ausentaste de tu trabajo.
—Nadie pudo verme, porque yo no fui. Son solo conjeturas, cualquiera puede ausentarse de su trabajo.
—¿En serio, puede cualquiera salir de su trabajo para escabullirse en la residencia Brun & Blanch sin que le vean por qué conoce a la perfección los puntos ciegos de las cámaras que hay en el exterior de la finca y en el interior de la casa? Permíteme que lo dude.
—Eso no es cierto.
—¿Quién hizo ese trabajo por ti? Tuvo que ser alguien muy cercano a la familia que conociese la residencia, tal vez Mikel Olazabal.
—Estás loca—esta inspectora era una total y absoluta ignorante además de una estúpida—, ¿cómo iba a colaborar Mikel Olazabal en la muerte de su hija?
—Eso mismo he pensado yo…
Cabrona.
—Cubriste las cámaras exteriores que sabías que podrían ayudarte a perpetuar tu plan y trepaste por un lateral de la vivienda entrando por un ventanuco que daba a un pasillo que apenas se usaba y que tardarían en descubrir que había sido forzado para permitirte entrar en la vivienda.
—Eso no es cierto.
—Una vez dentro cubriste las cámaras interiores. En ambos momentos avisaste a alguien que estaba fuera del recinto para que activara las imágenes fijas.
—Inspectora tiene usted mucha imaginación.
—Tendrá que decírselo al testigo que asegura que vio como lo hacía.
—Nadie pudo verme. Está mintiendo.
—Si hacía desaparecer a su verdadera competidora, su primogénita Lidia Blanch, las barreras entre Mikel Olazabal y usted desaparecerían.
—¿De qué barreras me está hablando?
—Le estoy hablando de que sentía que su hermanastra le estaba impidiendo conseguir todo lo que quería de su padre Mikel Olazabal.
—Mi padre es Aron Hankiewicz, un borracho y un violador—¿cómo sabía quién era mi padre si a mí me había costado prácticamente una vida descubrirlo?
—Lo sabía, Karina. Por eso, se quitó de encima a la única persona que podía hacerle sombra. Sólo así tendría una única hija, una única heredera y se cobraría todo el daño que le hizo al no reconocerla como hija legítima desde niña.
—No sabe lo que está diciendo.
—Conseguiría todo lo que se propusiese de su padre. Le exprimiría hasta el último céntimo y al final cuando lo hubiera conseguido correría la misma suerte que Lidia y Francis y la que también estuvo a punto de correr Alexandra.
—¡Ojalá te mueras tu y ese engendro que llevas dentro! —no podía soportar oír lo que estaba diciendo. No tenía ni la menor idea de lo que había sufrido hasta llegar donde había llegado y una vez que lo había hecho nada ni nadie conseguirían acabar con mi plan.
—Fue Jairo Olazabal, él los mató. Él es quien no soporta a su padre, él es el culpable de todo.

Pude apreciar como la inspectora se giraba hacía uno de sus compañeros para darle una instrucción, *"emite una orden de busca y captura"* fueron las únicas palabras que conseguí escuchar de aquellos susurros que hicieron que su compañero saliese de la sala de interrogatorios

dejándonos totalmente solas.

73

Karina

—Uno de los dos, miente.

¿Su afirmación significaba que mi acusación no había tenido el efecto que había buscado? Había sonado convincente con mi acusación sobre Jairo. ¿Por qué no había conseguido distraer su atención culpándolo del asesinato de nuestra hermana? No podía ser cierto. Tenía que ser un farol de la inspectora, tenía que serlo porque no habían tenido tiempo material aún para interrogarlo. Si algo tenía claro, era que no iba a cargar sobre mis hombros nada que no me correspondiera, aunque para ello tuviera que dejarme la piel interpretando el mejor papel de mi vida.

—Le puedo asegurar que esa persona no soy yo.

—¿Está segura de ello?

—Tanto como que el que no haya tenido una vida perfecta no significa que tenga que odiar a todo el mundo.

—Me gustaría que me explicara esa afirmación, Karina. Si no he entendido mal sus últimas palabras no han dejado en buen lugar ni a la figura de Alexandra Muller y mucho menos a Jairo Olazabal.

—Es fácil inspectora. Sufría abusos por parte de mi padre y la nulidad mental de mi madre no le permitía hacer nada para impedirlo. Por eso, hice lo que debía para luchar por mi propia integridad física. Como puede imaginar, acabar en un reformatorio no era el plan que había ideado para mí, pero al menos sirvió para estar lejos de todo lo que odiaba. La orden de alejamiento del que creía que era mi progenitor me permitió no tener que volver a ver su cara durante un largo tiempo. Los abusos y las palizas se distanciaron y eso me dio margen para pensar en como sobrevivir en el mundo que me había tocado en suerte.

—¿Cuál fue la manera que eligió para sobrevivir?

—Mientras estuve en el reformatorio no tuve noticia ninguna, pero cuando me llegó la mayoría de edad las noticias inesperadas empezaron a solaparse.

—¿Podría saber de qué noticias habla?

—Los de Asuntos Sociales me confirmaron que tenía un hermano mayor, ese al que mi madre había idolatrado a lo largo de los años y que nunca había hecho acto de presencia en mi vida.

—Quizás nunca te buscó porque simplemente desconocía que existías—no pude evitar reírme ante su comentario.

—Inspectora, veo que la criatura que lleva en el vientre la está ablandando.

—Lo que importa aquí es que de nada servía tener un hermano mayor. Haber cumplido la mayoría de edad me impedía aferrarme a él como mi tutor legal.

—Sino se hubiera dado esa circunstancia, ¿lo hubiera hecho? —me pregunto extrañamente interesada—. ¿Hubiera reclamado que se hiciera cargo de usted sino hubiera existido ese condicionante?

—Si tengo que ser franca la respuesta es: NO—no tenía ningún sentido mentir en algo así—. No le conocía de nada ni quería hacerlo. No podía exponerme a la misma clase de suerte que me había tocado con mi padre.

—Usted misma lo ha dicho, no le conocía, podía no parecerse en nada a su padre.

—¿Por qué le preocupa tanto mi hermano, inspectora? —se encogió de hombros algo que no dejó de parecerme poco profesional—. Me dijeron que estaba estudiando para ser médico, algo que en contra de ser positivo para mí sólo supuso alimentar la idea de que fuera quién fuese había vivido como un niño rico ajeno a todas las mierdas que a mí me habían tocado.
—¿No cree que eso es prejuzgar a la gente sin una base fundamentada?
—Supongo que en su trabajo está muy acostumbrada a buscar elementos objetivos que validen cada una de las teorías que construye, pero para mis los hechos hablan por sí solos. No necesitaba más explicaciones. Mi hermano ni siquiera se había interesado en saber de mí, ni siquiera me había buscado. Sólo era otro egoísta más de tantos como los que me había encontrado en mi corta vida.
—Está bien, encaja que pudiera llegar a pensar algo así.
—¿Le encaja, *inspectora*? ¿Y también le encaja que antes de entrar en el reformatorio tuviera que robar o prostituirme para comer? —arrugo la frente—. No, supongo que algo así en su mundo ideal no encaja, pero tiene que saber que el mundo al que va a traer a esa criatura no es tan bonito como va a querer hacerle creer.
—Limítese…
—Nunca probé las drogas, aunque en más de una ocasión hubiese deseado hacerlo y coger un globo que me llevase tan alto y tan lejos que no tuviese la necesidad de pisar nunca más el sucio suelo que solo estaba lleno de charcos.
—¿Qué fue lo que impidió que lo hiciera?
—Otra de las noticias que me llegó en esa misma época.
—Explíquese.
—Una mano anónima decidió sacarme de mis ruinas alejándome del reformatorio— se me estaba secando la boca, pero necesitaba una interpretación digna de un Oscar si quería salir bien parada—. Me proporcionó una manutención y unos estudios que de ninguna otra manera hubiera podido alcanzar—no pareció sorprenderle mi relato. ¿Acaso ya lo sabía?
—¿Llegó a saber quién fue esa persona?
—No era una tarea fácil, no tenía nada por dónde empezar a buscar. Así que simplemente decidí aprovechar ese golpe de buena suerte.
—Su padre Aron, ¿supo que había salido del reformatorio?
—Si lo supo nunca me lo hizo saber y mejor que no lo hiciera, no sé como hubiera reaccionado al verlo.
—Entonces, ¿no ha sabido nada más de él en estos años? —¿A dónde quería ir a parar con esa pregunta?
—Sólo sé que él mismo buscó su propia ruina agarrándose día tras día a una botella de licor. Supongo que no podía soportar que la loca de mi madre no hubiese olvidado a su primer marido, *una pena*.
—¿Llegó a saber por qué se casaron si según cuenta su amor no era mutuo?
—Muy aguda, inspectora, pero no, en realidad no entendía que podía haber llevado a mi madre a casarse con alguien a quien no amaba, pero no iba a dedicarle ni un segundo de mi vida a averiguarlo—la pelirroja me taladró con la mirada.
—¿Qué era lo que merecía su tiempo, Karina? Algo tenía que ocupar sus días y sus noches además de esa oportunidad o golpe de suerte que había tenido—no iba muy desencaminada. Realmente había algo que me desvelaba por las noches y me inquietaba en exceso.
—Necesitaba saber quién me había proporcionado una oportunidad. Mis abuelos que fueron los únicos que mostraron afecto por míe en algún momento habían fallecido y mis padres

a esas alturas me habrían borrado por completo de sus mentes.

—Sin embargo, alguien pagó sus estudios y posteriormente el dio la oportunidad de entrar a trabajar en Hoplan & Orleal Consulting.

—Por eso, se convirtió en un objetivo prioritario averiguar quién más sabía de mi existencia y, sobre todo, por qué quería ayudarme.

—¿Llegó a averiguarlo?

—No tan rápido, *inspectora*, no se impaciente. Todo llegará a su debido tiempo—cogí el vaso de agua que aún permanecía frente a mí con las dos manos y me lo llevé a la boca. Fui bebiendo poco a poco ante la mirada tensa de la pelirroja y cuando terminé aún me tomé mi tiempo para reanudar mi relato—. Fue un día cualquiera, ni siquiera lo tenía en mente. De hecho, después de múltiples fracasos en la búsqueda había llegado a la conclusión de que quizás fuera mejor no saber quién estaba detrás de mi extraña fortuna, pero después de los años cuando ya trabajaba en Hoplan, un día entre sin avisar en el despacho del director general.

—¿En el despacho de Francis Brun?

—¿Es una pregunta trampa inspectora? Claro que era el despacho de Francis Brun.

—¿Qué fue lo que pasó aquel día, Karina?

—Descubrí unos papeles sobre su mesa entre los que figuraba un expediente médico del hospital de Cruces en Vizcaya, me llamó poderosamente la atención, conocía ese hospital—noté que el tema le interesaba por lo que no me hice esperar—. El expediente resultó ser de mi madre Ane Garramendi, en concreto correspondía al ingreso en el hospital el día de mi propio nacimiento. ¿De dónde había sacado esos documentos? ¿Qué hacía él con esa información? ¿Para qué la quería?

—¿Vio algo que le llamara la atención?

—Por supuesto inspectora, el nombre de mi padre no figuraba por ningún lado.

—Supongo que eso le generaría cierta curiosidad.

—Supone bien. Por eso, decidí investigar por mi cuenta. En el Hospital no me quisieron facilitar información, lo intenté con varios sanitarios hasta que topé con aquel celador al que seduje sin problema—un tonto que estaba a dispuesto a decirme hasta la talla de zapatos de quién fuera con tal de meterme mano—. Fue muy fácil conseguir lo que quería, sólo tuve que sentarme en sus rodillas y frotar un poco las caderas. Me hubiera dado hasta la clave secreta de su tarjeta de crédito ante la expectativa de poder acostarse conmigo.

—Puede obviar los detalles.

—¿Mucho tiempo de sequía, *inspectora*?

—Limítese a contar lo que descubrió, por favor.

—Pude comprobar con mis propios ojos que era hija de madre soltera y padre desconocido.

—Algo me dice que no le disgusto mucho saber que Aron Hankiewicz no era tu padre.

—Aunque no lo crea, aún odio el sonido de un violín. Esa melodía trae a mi memoria el recuerdo de ese hombre. Cada vez que se sentía triste, lo tocaba hasta quedar exhausto. Siempre era igual, volcaba sus sentimientos en aquellas cuerdas imposibles para finalmente aplacar su frustración conmigo. Esa música era el preludio de sus manos sobre mi cuerpo.

—¿Cómo era su día a día? ¿A qué se dedicaba?

—Buen intento, pelirroja, pero cambiar el rumbo de la conversación no hará que olvide lo que hizo conmigo—¿había conseguido desestabilizar emocionalmente a la inspectora?

—Sólo pretendía ahorrarle el mal trago de tener que recordar esos momentos. ¿En qué trabajaba?

—¿En nada? Nunca le había visto trabajar, no conocía otra profesión que no fuera la de músico y queda totalmente evidenciado que nadie querría contratar para sus conciertos a un borracho.

—¿De qué vivían? ¿Contribuyeron sus abuelos a su manutención?

—Si en algún momento nos ayudaron lo desconozco, pero recuerdo que él siempre tenía dinero en el bolsillo y mi madre, disfrutaba en el hospital psiquiátrico de privilegios que no todos los enfermos podían tener a su alcance. No había que ser muy lista para darse cuenta de que algo no terminaba de encajar en la ecuación.

—Algo que le llevó a querer averiguar de donde salía el dinero.

—Desde que la vi entrar por la puerta de mi despacho supe que eras más lista que los dos pardillos que le acompañaban, inspectora.

—Limítese…

—A contar lo que descubrió— terminé la frase por ella—. La jugada, con el director del Banco, no fue muy distinta a la que tuve con el celador del hospital, aunque esta vez me tocó hacer alguna concesión más. El muy cabrón decía que corría demasiados riesgos y que si le pillaban quería traer a su memoria un recuerdo que mereciese la pena.

—Limítese…

—Tranquila, inspectora, en su estado es importante no alterarse—le molestaba enormemente que hubiera encontrado en esa criatura su talón de Aquiles, aunque quisiera disimularlo no era tan buena actriz como lo estaba siendo yo—.Desde que descubrí mi partida de nacimiento en una visita inesperada al despacho de Francis me dediqué a realizar múltiples asaltos a su lugar de trabajo esperando que la fortuna llamase de nuevo a mi puerta para encontrar algo útil sobre lo que poder tirar, hasta que uno de tantos días pude ver un listado de cuentas sobre su mesa que me extraño. Puse mi cuaderno de notas sobre ellas y al salir las llevé conmigo, para cuando Francis quiso recuperarlas yo ya había hecho una copia y había descubierto que era un listado sobre la contabilidad de la empresa Serp@.

—¿Algo no encajaba?

—Serp@ no era desconocida para mí, emitía transferencias periódicamente para pagar trabajos y colaboraciones que hacían con nosotros.

—¿Está segura de eso?

—¿Qué insinúa inspectora? Recibía mensualmente en mi mesa facturas para abonar a Serp@ como a muchas otras empresas.

—Sin embargo, tengo entendido que el propio director general desconocía la existencia de dicha empresa y de los pagos que se estaban haciendo desde Hoplan a esa y otras empresas como usted dice.

—Ese fue precisamente uno de los motivos por los que me contrataron. Francis no abarcaba ni podía controlar el volumen de colaboraciones y trabajos que estábamos llevando a cabo, necesitaba apoyarse en alguien.

—¿Y esa confianza le llevó a no saber que se hacía con el dinero de Hoplan?

—Él no era el responsable absoluto de la empresa.

—¿No lo era?

—La familia Olazabal siempre ha tenido mucho peso en todo lo que se hacía. Nos pedían opinión.

—¿A quiénes?

—¿Qué más da eso inspectora?

—Francis Brun devolvió hasta el último céntimo del capital aportado por la familia Olazabal al capital de la empresa y se aseguró personalmente de que no participara en el accionariado de la empresa. Por eso, no se me ocurre ningún motivo por el que su familia política pudiese tomar decisiones dentro de la empresa, ¿conoce usted ese motivo?

Mierda—sabía más de la cuenta.

—Me limitaba a hacer mi trabajo. Recibía instrucciones y las ejecutaba.

—¿Nunca se cuestionó nada? —tenía que evitar a toda costa entrar en profundidad en el tema de la familia Olazabal. No era el momento, al menos todavía no lo era.

—Inspectora, si no hubiera visto el extracto de cuentas sobre la mesa de Francis nunca me hubiera dado cuenta de que entre los múltiples pagos que se hacían desde la Ser@ figuraba el nombre del que hasta hacía unos meses había sido mi padre, Aron Hankiewicz.

—¿Y bien? —había conseguido distraer su atención, al menos por el momento, pero su mirada me dio más información de la que había pretendido.

—Algo me dice que ya sabe lo que le voy a contar.

—Pruebe a ver…

—Aron Hankiewicz recibía pagos mensuales a través de Serp@, la empresa para la que supuestamente trabaja. Yo misma era la persona encargada de hacer esas transferencias.

—¿Y nunca antes hasta aquel momento se había dado cuenta?

—No, porque me limitaba a depositar un importe mensual en su cuenta para que siempre estuviera provista de fondos, al menos fue lo que me dijeron para justificar el trasvase de dinero que tenía que hacer, pero nunca tuve la curiosidad de saber quién era el beneficiario de esa cuenta hasta que lo vi en los extractos que fotocopie a Francis.

—¿Se puede saber de quién recibió esas instrucciones?

—En realidad nunca lo he sabido, unas veces las instrucciones me llegaban por correo desde una cuenta desconocida, otras por teléfono con una voz distorsionada, por valija sin remitente…—mi explicación tenía que servirle a la inspectora sino las cosas empezarían a ponerse feas.

—¿Por qué las cumplía si no sabía quién estaba detrás de ellas?

—¿Porque me prometían cosas a cambio que siempre se cumplían?

—¿Cómo por ejemplo?

—No es relevante para lo que estamos tratando ahora—la situación se estaba complicando.

—¿Las promesas se transformaban en una compensación monetaria?

—Ha tocado en hueso, inspectora.

—No puede obstruir una investigación

—¿Y puede saberse qué tipo de obstrucción supone que no le facilite cuales eran esas compensaciones? No voy a facilitarle esa información.

—¿Recibió algún otro tipo de instrucción más por ese tipo de vías?

Buen intento, inspectora—aunque no lo verbalice y lo dejé fluir en un simple pensamiento.

—Si, recibí alguna que otra instrucción más.

—¿Tampoco va a contarme de qué se trata o quiere que juguemos a las adivinanzas?

Me reí en su cara sólo por el placer de saber que estaba ávida de información y se moría por cada una de las palabras que pudieran salir de mi boca.

—En realidad me pidieron que hiciera algo que le puede interesar—la inspectora después de haber permanecido de pie durante todo el interrogatorio decidió sentarse en la silla que había frente a mí con cierta desesperación—. Me pidieron que bajase al archivo acorazado, querían que guardase algo junto con el resto de las carpetas selladas.

—¿Carpetas selladas?

—En el archivo acorazado existe un armario que alberga una caja rígida similar a una urna que permite meter en ella documentación a cualquier empleado que tenga acceso al bunker, pero después nadie salvo el personal autorizado tiene acceso a lo que se introduce allí.

—¿Qué tipo de información se custodia en ella y porque sólo unos pocos tendrían acceso?

—Sobran las explicaciones de por qué el acceso es restringido si le digo que contiene expedientes clasificados.
—¿Sanciones? ¿Malversación de fondos? Asuntos oscuros…—se moría por saber más.
—Me temo que no puedo saciar su curiosidad, inspectora. No tengo acceso a su interior, por lo que me es imposible saber lo que contiene exactamente.
—Quizás no sepa todo su contenido, pero sí parte de él. ¿Qué fue lo que le indicaron que tenía que introducir en esa caja de una sola entrada?
—Le repito que la ansiedad no es buena para la criatura que lleva en su vientre—contuvo a la perfección las ganas de decir algún improperio, midió los tiempos y espero pacientemente a que le dijese algo de lo que quería oír—. Me dijeron que buscara en los archivos de Recursos Humanos…
—Espera, espera… ¿tiene acceso a los archivos de Recursos Humanos?
—Habitualmente no, pero el día que recibí la instrucción pude acceder sin ningún tipo de problema.
—Entiendo.
—Hace bien en entender porque de lo contrario no sabría como explicarle que pude acceder sin ningún tipo de dificultad al expediente personal de Alexandra Muller para meterlo en la caja blindada.
—¿El expediente de Alexandra Muller? ¿Le dijeron porque debía guardarlo en esa caja?
—No está bien preguntar cuando nadie quiere saber tu opinión al respecto.
—Quizás no preguntase, pero no me puedo creer que no lo echase un vistazo.
—No había nada reseñable—para que negarme a las evidencias. Lo había mirado de arriba abajo, pero salvo un expediente académico intachable y el bagaje de Alexandra dentro de la empresa no había encontrado nada que mereciese la pena ocultar a los ojos del resto del mundo.
—Está bien, volvamos al principio. Descubrió que su padre se financiaba a través de Serp@, ¿qué pasó después?
—Supongo que Francis llegó a sospechar que yo había visto el extracto de cuentas que tenía encima de su mesa. Tal vez fue un señuelo, una trampa en la que caí. Quizás fue más listo de lo que creía, el caso es que quiso tantearme involucrándome en la supuesta investigación que se inventó para obtener más información sobre Serp@, necesitaba saber cuál sería mi reacción y que sabía al respcto.
—¿Llegó a pensar en algún momento que era Francis quién le daba instrucciones?
—Lo llegué a creer si, sobre todo cuando quiso hacer creer al resto del equipo de Hoplan que Serp@ era un cliente que quería trabajar con nosotros y que parecía no ser de fiar. ¿Había sido él quién me había sacado del reformatorio? ¿Era ese el motivo por el que tenía que pagar a mi supuesto padre? ¿Necesitaba deshacerse de él?
—Me da en la nariz que esa teoría duró poco en su mente, sobre todo porque tengo entendido que Francis nunca habría aceptado su incorporación a Hoplan sino le hubieran obligado a contratarla.
—Debería hacer menos casos a las habladurías, inspectora. Sobre todo, si proceden de Alexandra Muller—obvió mi comentario sobre la flacucha.
—¿Debo suponer que siguió investigando por su cuenta?
—Estuve bastante tiempo estancada, hasta que el azar quiso que coincidiera en un bar de mala muerte con un compañero de trabajo y lo que empezó con un tonteo acabo con alguna que otra confesión.
—¿Y bien?

—En ese momento yo y, supongo que el resto de compañeros de Hoplan, lo conocíamos como Jairo Méndez, ¿se puede ser más absurdo? Era el hijo de Mikel Olazabal y Celine Blanch, pero se había buscado otra identidad solo porque odiaba a su padre—otro pobre niño rico que lloraba porque creía que su padre no le proporcionaba el lugar que le correspondía, pero esa información no se la facilitaría, prefería guardármela para mí.
—¿Se había cambiado el apellido porque odiaba a su padre?
—Al menos fue lo que me contó. Su padre siempre le había considerado un *don nadie*, ese era el motivo por el que había rechazado usar su nombre y adoptar como su hermana el apellido de su madre. Él no escribía novelas ni tenía una mujer que dirigía una empresa de éxito, pero tenía tanto derecho como su hermana a tener el cariño de su padre y a que éste le proporcionase un puesto directivo en Olazabal Sport y no un miserable puesto en la empresa de su cuñado.
—Me habla de una mala relación paterno filial, algo que no justifica a menos que tenga algo más que contarme las muertes que se han producido en esa familia—estaba claro que la inspectora no conocía hasta donde podía llegar Jairo si iba algo puesto.
—Jairo frecuentaba ambientes poco sanos—en el tiempo que había confraternizado con él me había dejado ver que era una mente privilegiada que se estaba yendo por el retrete por el maltrato emocional y la falta de atención de unos progenitores que sólo sabían lamerse sus propias heridas.
—¿Y eso le convierte en un asesino?
—Frecuentar ciertos ambientes oscuros puede llevarte por caminos equivocados— a esas alturas no me interesaba confesar que todos creían que Jairo se había alejado de las drogas, algo que no nos había interesado a ninguno de los dos. A él, porque paliaba su dolor espiritual y a mí, porque lo convertía en un ser manipulable. A esas alturas saber de sus habilidades y la información que podría proporcionarme era una baza que no podía dejar escapar, aunque ello supusiese tener que proporcionarle alguna que otra ayuda de vez en cuando para que pudiera volar. Por primera vez, había encontrado algo en mi pasado que podía ayudarme a ganar la partida para convertirlo en mi peón. Miguel me había enseñado a hacerlo y los resultados fueron los esperados.
—Karina, si está acusando de algo a Jairo Olazabal será mejor que seas más concisa.
—Jairo domina la cara B del mundo digital.
—¿Eso que quiere decir, Karina?
—No se haga la tonta, inspectora. Se qué usted es mucho más lista de lo que quiere hacer parecer. Se puede definir de muchas maneras, malhechor digital, ciberdelincuente, pero yo diría más bien que es un tipo con recursos.
—¿Un tipo con recursos que frecuenta lugares oscuros? Curiosa manera de describirlo—creo que se estaba quedando conmigo—. Continúe.
—Aquella noche, entre copa y copa, me confesó que había hecho varios trabajillos para un narcotraficante de los gordos y que eso le había permitido ganarse la confianza del capo.
—¿Y eso que significa?
—De verdad tengo que explicárselo o se está haciendo la tonta para que le confiese que se hizo con una importante suma de dinero de dudosa procedencia—se mantuvo en silencio—. ¿No va a decir nada?
—Estoy esperando ansiosa a saber la explicación que usted misma va a proporcionarme—creo que estaba empezando a cansarme, mi interpretación estaba siendo brillante ¿Por qué esa mujer seguía siendo tan opaca a estas alturas?
—Pensé que alguien que había sido capaz de manejar tales cantidades de dinero sin que sospechasen de él, era un tipo inteligente y podría ayudarme.

—Personalmente no calificaría a alguien de inteligente cuando hace una confesión de semejante envergadura después de haber ingerido unas cuantas copas de alcohol o alguna sustancia psicotrópica—la inspectora tenía razón, pero no sería yo quién se la diese.
—Su resentimiento le hará acabar en la cárcel o bajo tierra antes de lo esperado.
—¿Está insinuando algo señorita Karina?
—Nada en particular, inspectora—suspiró.
—¿Hablaron de algo más aquella noche?
—Le confesé que también odiaba a mi padre, supongo que era lo justo, tenía que contarle algo que acercase nuestras posiciones si quería ganarme su confianza de forma absoluta.
—¿Por qué necesitaba ganarse su confianza?
—¿Usted por qué cree que lo necesitaba? Digamos que he tenido que caminar mucho tiempo en la cuerda floja en Hoplan, ahora que sabía que era el hijo de los Olazabal, tenía que aprovecharme de ello.
—¿Podrías ser más concreta?
—Vamos inspectora usted es más lista que todo esto, ya le he dicho que esa niñata de Alexandra no es santo de mi devoción y las ladillas que lleva siempre a su lado son insoportables. El solo hecho de pensar que alguien pudiera ayudarme a frustrar esas estúpidas risas que comparten a diario me proporcionaba una satisfacción que supongo no entenderá.
—Prefiero no ahondar por ahora en esos sentimientos de repulsión tan manifiestos, pero dígame, ¿cuáles fueron los motivos reales por los que confesó a Jairo que odiaba a Aron Hankiewicz o quizás ya sabía la identidad de su verdadero padre?
—Es lista, inspectora, muy lista. Tenía mis sospechas, pero necesitaba más información y a esas alturas ya sabía que la persona que me la iba a proporcionar era el propio Jairo. Acabé convenciéndolo para que me ayudara a saber algo más de la empresa para la que supuestamente trabajaba: Serp@.
—¿Obtuvo fácilmente la información que deseaba?
—A Jairo se le iluminaron los ojos cuando le pedí ayuda, aunque no supe hasta mucho más tarde que lo que verdaderamente le intrigaba era saber como había llegado Francis a obtener información de las cuentas a las que se desviaba dinero desde Hoplan siendo él mismo quién tenía bloqueado cualquier acceso a esos movimientos. Aún recuerdo lo cachonda que me puso el brillo de sus ojos al descubrir que nada le haría más feliz que ver hundido en el fango a su cuñado. Me lo hubiera tirado allí mismo, pero era más el interés que me provocaba descubrir que era lo que había detrás. No lo quería estropear con un polvo rápido al que me hubiera llevado el estado en el que nos encontrábamos los dos en aquel momento.
—¿Qué fue lo que le contó sobre esa empresa?
—¿Esta intrigada, inspectora? —esta vez no lo disimuló y me apremió a contestar—. No se crea, la entiendo, yo tenía la misma inquietud. En realidad, los dos descubrimos algo que ni siquiera esperábamos. Algo que a mí me hizo tremendamente feliz porque se convertía en mi seguro de vida y a él lo hizo más desdichado aún e incrementó sus ganas de venganza.
—¿Podrías concretar más?
—Me confirmó la identidad de mi verdadero padre.

Esa información fue la pieza que me faltaba para encauzar mi mala suerte y buscar a mi verdadero padre. En aquel preciso instante supe que iba a exigirle palmo a palmo la vida que me había negado.

74

Jairo

No había sido muy agradable que dos policías vestidos de paisano, tratando de no levantar demasiadas sospechas, se dirigieran a mí en mitad de la calle para invitarme a que los acompañara muy amablemente.
No podía oponerme.
No allí, en mitad de la calle donde me hubieran esposado o encañonado delante de cientos de miradas indiscretas si me hubiera opuesto a seguirlos. Por eso, tuve que subirme a ese coche que me llevaba hacía un camino incierto que fuera cual fuese tenía que salvar. Durante el trayecto me había dado tiempo a pensar en cual podía haber sido el fallo, necesitaba anticiparme de algún modo a las acusaciones que pudieran verter sobre mí. Porque sabía que se trataba de eso, llevaba demasiado tiempo bordeando los límites de la legalidad y alguien o algo parecía haber fallado. Hasta la fecha estaba seguro de que había sido muy cuidadoso en todas mis actuaciones y estudiaba al milímetro cada una de mis intervenciones, si algo había aprendido de mi madre era precisamente a ser discreto, algo que podía llevar a una persona a llegar muy lejos y muy alto. Por eso, estudiaba cada detalle al máximo para conseguir mis propósitos dejando el menor rastro posible, aunque últimamente me notaba más nervioso de lo habitual. Tendría que pedirle a Karina un favor, sería el último, pero necesitaba una última vez más antes de dejarlo de una vez o los nervios me jugarían otra mala pasada como la última noche que se me había ido de las manos. Quizás había dejado algún fleco suelto, aunque mi mente aturdida en ese instante, no me estaba dejando ver cuál era.

—Puede sentarse.
La sala era pequeña, desangelada y fría.
Muy fría.
Me indicaron que me sentara en una silla que permanecía sola frente a una mesa mientras dos policías se encargaban de colocar una cámara frente a mí y me servían un vaso de agua. Después de leerme mis derechos e informarme de que no podía negarme a que se efectuara la grabación comenzó el interrogatorio, pero eso sucedió justo en el momento en que se abrió la puerta y entro alguien nuevo en la sala.
—Me llamo Maialen Aguirre, soy la inspectora a la que han asignado oficialmente su caso—se sentó en una de las tres sillas libres que había frente a la mesa en la que me encontraba mientras los otros dos policías permanecieron de pie—. Lo mejor para usted es que colabore y responda a todas las preguntas que le formulemos con la mayor sinceridad posible.
—No tengo ninguna intención de dificultar su trabajo inspectora Aguirre, pero antes me gustaría saber de qué se me acusa.
—Tenemos indicios de que puede estar implicado en los últimos sucesos acontecidos en su familia.
—¿Qué tipo de indicios si puede saberse?
—Señor Olazabal, las preguntas las hago yo—levanté las manos en son de paz y me dejé caer en el respaldo de la silla.
—Usted dirá.
—¿Es cierto que ha estado dos veces ingresado en una clínica de desintoxicación?

¡Qué narices…!
—¿Se puede saber qué tiene eso que ver con que esté hoy aquí?
—Es información relevante para el caso, usted mismo ha dicho hace escasos minutos que no iba a impedir que llevásemos a cabo nuestro trabajo—supe desde ese preciso instante que esa mujer de mirada esmeralda y pelo del color del fuego no me iba a traer nada bueno—. ¿Es o no cierto, señor Olazabal?
—Le agradecería que no me llamara así.
—¿Méndez, Blanch? Por favor, dígame como desea que me dirija a usted—¿me estaba tocando las pelotas con elegancia?
—Jairo, por favor—no le reiría la gracia—, me gusta mi nombre, para algo me lo pusieron.
—Perfecto, Jairo. Por tercera vez, ¿podría usted indicarnos si ha estado ingresado hasta en dos ocasiones en una clínica de desintoxicación?
—Si, así es.
—Bien—me miró fijamente a los ojos—. ¿Actualmente está usted desenganchado o sigue consumiendo? —pensé en dejar de mirarla, mis pupilas perezosas podrían estar dando cierta información que no me interesaba demasiado que supiera.
—Digamos que consumo alguna vez, pero no con la misma asiduidad que solía hacerlo.
—Supongo que considera que lo tiene todo bajo control, ¿no es cierto? — ¿se estaba refiriendo exclusivamente a las drogas o había algo más escondido entre sus palabras?
—Si, como le he dicho se trata de algo esporádico.
—Bien, ¿hace usted ejercicio?
—¿Qué clase de pregunta es esa? Pues claro que hago ejercicio como todo el mundo.
—¿Tiene usted conocimientos sobre la regulación nerviosa, química y física de la respiración?
—¿Qué pregunta…?
—¿Los tiene?
—Esto es absurdo, no sé a dónde quiere llegar…
—Le repito, ¿tiene esos conocimientos?
—¿Cómo no iba a tenerlos? Todo el mundo que haga ejercicio regularmente sabe como controlar la respiración.
—¿Tanto como para interrumpirla llevando al límite a una persona, pero sin llegar a la asfixia?
—Joder, eso sí que no me lo esperaba. ¿A qué venía eso ahora?
—No sé de qué está hablando.
—¿No lo sabe señor Jairo? —no me había gustado como sonaba mi nombre en sus labios—. Se lo preguntaré solo una vez, ¿tiene usted algo que ver con la agresión que sufrió Alexandra Muller en el centro de trabajo que ambos comparten?
—¿Qué tiene eso que ver con mi familia? —Francis había conseguido que se interpusiera una sanción administrativa sobre mí y, claro que no había cumplido el plazo que me obligaba a estar alejado de la oficina, pero a quién le importaba ahora que él ya no estaba.
—No ha respondido a mi pregunta.
—¿No se supone que estoy aquí por ellos?
—Limítese a responder las preguntas que le formulo.
—No, no y mil veces no. Yo no tuve nada que ver con lo que le pasó a esa estúpida—la inspectora dejó descansar ligeramente los párpados y cruzo los dedos de sus manos frente a la barbilla.
—¿Qué tipo de relación tiene o ha tenido con Alexandra Muller?
—Es mi jefa e imagino que a estas alturas ya sabe que mi relación con ella no es demasiado

cordial.
—Eso parece, es tan mala que le llevó hasta el punto de interponer una denuncia contra ella en Hoplan.
—Denuncia que retiré.
—Casualmente poco después de su agresión—no pensaba caer en su trampa—. ¿Qué relación mantiene o ha mantenido usted con Dely?
—¿Dely?
—No se haga el tonto sabe perfectamente de quién le estoy hablando.
—Creo recordar que fue alguien que trabajó un tiempo en la empresa.
—Chico listo, pero esa explicación no me vale. ¿Le dijo usted que Alexandra Muller estaba enamorado de usted?
—¿Qué absurdez es esa?
—¿Le dijo usted que se estaba poniendo un poco pesada y que le estaba acosando?
—No respondo a preguntas que no tienen sentido.
—¿Le dijo usted que sólo quería ponerle las cosas claras?
—No.
—¿Le dijo usted que necesitaba que le informase de si bajaba o no por las escaleras?
—No sé qué clase de historias le ha podido contar esa chica, pero NO. Yo no he dicho ninguna de esas cosas.
—Se está alterando demasiado, señor Jairo. ¿Es cierto que no consume?
—No se exceda demasiado inspectora Aguirre o seré yo mismo quién la denuncie a usted.
—Entiendo, señor Jairo, ya tiene experiencia en ese campo y también en el de amenazar y asustar a la gente, ¿verdad?
—Le repito que se está sobrepasando.
—¿Va a acudir a su familia para que le ayuden también a salir de esta situación?
—No tienen nada con lo que poder acusarme.
—¿Está usted seguro?
—¡Me han traído aquí engañado!
—¿Sabe algo de un robo en el apartamento de Alexandra Muller? —¿por qué no paraba de insistir con ella? Alexandra no era importante solo era un estorbo tal y como me repetía mi madre constantemente.
—No tengo nada que decir.
—¿Sabe algo del hombre vestido de negro que trató de asustarla en el sótano de Hoplan...?
—Le repito que no tengo nada que decir.
—¿Y sobre una muñeca que enviaron a su apartamento con la cabeza rota y una nota con un mensaje un tanto extraño?
—¡Yo no tuve nada que ver con esa muñeca! ¡Mucho menos con esa nota que era totalmente absurda!
—¿Era absurda, señor Jairo? —mierda, joder, las cosas no debían ir por ese camino.
—La idea no fue mía.
—Pero sabe de quién fue.
—No tengo porque responder a eso, ¡averígüelo usted misma!
—No le quepa la menor duda de que lo he hecho y por eso estamos en este punto.
—Pues si lo sabe pregúntele a esa persona y no a mí.
—Escúcheme, es muy probable que la persona que le obligó a dejar esa muñeca en el felpudo del apartamento de su jefa no esté teniendo tantas reservas al hablar de usted. A lo mejor esa persona

le está involucrando en demasiados asuntos turbios.
—Sólo quiere intimidarme para que le cuente quién es porque no tienen ni idea—era un farol ella no podía estar colaborando con la policía. Era imposible.
—¿Eso cree?
—Si, eso creo.
—Entonces, ¿no debo dar ningún tipo de credibilidad al hecho de que me haya contado que usted tiene cierta relación con el narcotráfico y que por eso ha podido acceder al manejo de grandes cantidades de dinero?
¡Hija de puta! —, eso solo lo sabía una persona, en realidad solo lo sabían dos personas, pero una de ellas me había parido y sabía que no me podía traicionar.
—Y, ¿tampoco debo dar ningún tipo de crédito a la idea de que usted le ayudó a saber qué tipo de actividad registraba la empresa Serp@?
—¡Cabrona, bastarda y mal nacida!¡Descubrí quién era su padre!

La inspectora salió por la puerta de la sala como una exhalación nada más escuchar mis últimas palabras. No sé si lo hizo por algún motivo en concreto o únicamente para que rumiara el lío en el que yo mismo me acababa de meter.

75

Karina

—¿Y bien?

—Recuerdo perfectamente el día que me plante en la puerta de la casa de Mikel Olazabal, ahora que sabía que él estaba detrás de los pagos que se habían estado haciendo periódicamente a Aron Hankiewicz tendría que darme una muy buena explicación—la inspectora se removió en el asiento en el que se acababa de acomodar, el mismo que había ocupado minutos antes de salir de la sala para darme tiempo a reflexionar.

—¿Y se la dio? ¿Le dio la explicación que esperaba?

Me dio una explicación romántica y empalagosa, que solo hizo incrementar mis ganas de ir a por todo. Me dio la razón que necesitaba para recuperar esa parte del imperio que me correspondía.

—El muy torpe seguía enamorado de la insulsa de mi madre, su amor frustrado de juventud, no sé qué podían ver los hombres en la loca de mi madre, pero la realidad es que fue capaz de enamorar a tres hombres casi al mismo tiempo—a la pelirroja parecieron ir encajándole las piezas de algún puzle que tenía pendiente de construir. No sé si me gustaba que eso estuviera sucediendo, pero ahora no podía parar, no en ese punto de mi historia—. Cuando se murió el primer marido de mi madre el muy gusano se metió en su cama y la dejó preñada.

—¿Le confesó tan fácilmente que él era su padre biológico?

—No, en realidad quiso hacerme creer que mi padrastro la había violado, pero conocía la existencia de mi partida de nacimiento. No pudo ocultarme la verdad por mucho tiempo. ¡Era su hija, joder!¡Era la hija del puto director general de Olazabal Sport!

—Y decidió recuperar su sitio.

—Me juré a misma que no volvería a pasar ni una calamidad más.

—¿A cualquier precio?

—¡Era SU HIJA, joder, SU HIJA! —grité—. Y no figuraba en ningún lugar. Su fortuna estaba distribuida de tal forma que yo no vería nunca un céntimo.

—No puede afirmar algo así, no conoce lo que podría contener su testamento, ni si existe un documento de últimas voluntades, podría existir la posibilidad de que hubiera incluido alguna cláusula a su favor.

—No me haga reír, *inspectora*, la creía mucho más lista. Lo había arreglado todo para que su desafortunada nueva paternidad no afectase a su imagen social y mucho menos a su fortuna. Nunca figuraría en su testamento.

—La ayudo a salir del internado, le permitió obtener unos estudios…

—Y también me proporcionó un padre borracho que abusó de mí. Francamente, *inspectora*, arruinó mi vida. El dinero y la posición social valían más que el amor que decía que había sentido siempre por mi madre, valía tanto que fue capaz de convertir mi vida y la de mi madre en un infierno poniendo a nuestro lado un hombre que a ella le hizo perder la razón y a mí me convirtió en la mujer que soy ahora.

—¿Qué tipo de mujer es ahora? —no me iba a hacer patinar, no era tan lista.

—¿Una a la que le cuesta confiar en la gente? —me encantó ver su cara de póker.

—Ya veo, pero eso no la impidió pensar que un ser tan mezquino debía pagar por ello.

—¡No podía salir impune!

—Le devolvería billete a billete el mal que le había causado.
—No soy tan ruin como él.
—¿No lo es? Mató a su yerno.
—Yo no lo maté.
—Agredió a Alexandra Muller.
—Yo no la agredí.
—Pero incitó a que otros lo hicieran.
—Cada uno es responsable de sus actos.
—Si dice que Jairo es tan inteligente, no pudo ser el autor material de los hechos, sabría de sobra las implicaciones que un pequeño error de ejecución podría causarle.
—¡Lo hizo porque quería vengarse de nuestro padre tanto como quería hacerlo yo!
—No está usted siendo coherente, Karina, ¿no pidió la ayuda de Jairo para vengarse de Aron Hankiewcz?
—No trate de confundirme, *inspectora*. Aron era un desgraciado que acabó ahogándose el solo en alcohol, no necesitaba perder mi tiempo con él.
—¿Y con Alexandra Muller? ¿Qué hizo ella para sufrir vuestro desorden mental?
—Soy plenamente consciente de lo que hago y de lo que digo inspectora.
—¿Lo es? Entonces, ¿cuál fue el delito que cometió Alexandra Muller para que los dos quisieran quitarla de en medio?
—¡Ser una entrometida!
—¿Una entrometida? Ya veo…y eso, en su escala de valores, es un pecado capital.
—¡Se acostaba con el jefe y quería quedarse con la empresa!
—¿Estás segura de que esas eran las intenciones de Alexandra en Hoplan?
—Estoy completamente segura sino por qué iba a estar constantemente pegada a los talones de Francis Brun, además ninguneaba a Jairo.
—Le voy a decir lo que yo creo, Karina. Creo que Alexandra Muller es una gran profesional, lo pudo comprobar usted misma cuando ojeó su expediente, y eso podía generar problemas en sus planes.
—Es una niñata…
—Problemas que tenía que quitase de en medio y sabía muy bien que hilos tenía que manejar para conseguirlo.
—¡No tiene ni idea de lo que dice!
—Jairo era la persona perfecta que llevaría a cabo sus planes, sería su brazo ejecutor y sabía demasiado bien como manejarlo. Jairo sigue consumiendo y usted, por lo que hemos podido comprobar sigue manteniendo una estrecha relación con un antiguo compañero del internado que podía proporcionarle lo que necesitaba.
Joder, ¿cómo había llegado a tener esa información? Había intentado por todos los medios que nadie me viese cuando me reuní con él en el callejón en el que se dedicaba a trapichear.
—No puede demostrar algo así.
— La que no sabe es usted, hay mucha gente dispuesta a colaborar con la policía si se perdona alguno de los delitos menores que ha cometido. Así que ahora dime de una vez por todas por qué Alexandra Muller era un estorbo.
—¡Porque tenía demasiada información!
—¿Qué clase de información?
—Era lo que estaba tratando de averiguar. Jairo me contó que Alexandra y Francis planeaban acabar con nosotros, estaban haciendo averiguaciones sobre Serp@ y otra compañía que para él

era demasiado importante.

—¿Rodes Company?

—Lo único que sé es que según él se estaban acercando demasiado a la verdad.

—¿Qué verdad, Karina? Jairo sabía que Francis no tenía ni idea de la existencia de Serp@, porque era él mismo quién había creado esa y otras muchas empresas para blanquear de algún modo el dinero que tal y como tu misma me contaste había obtenido de forma ilegal.

—No lo sabía.

—Pero lo descubrió, al igual que él descubrió que su padre Mikel Olazabal llevaba haciendo uso de una de las empresas que él había creado para hacer pagos a Aron Hankiewicz a sus espaldas. El estafador estafado, eso debió de dolerle mucho.

—Desconozco si eso le molestó o no. Lo que importaba era que había descubierto que Francis no estaba detrás de esos pagos, lo que incrementó más la necesidad de saber por qué estaba entonces indagando en las cuentas de Serp@.

—Tengo que recordarle que no sólo le intrigaba Serp@ sino todo lo que sabía del resto de empresas fantasmas.

—Él y Alexandra estaban metiendo las narices donde no les interesaba. Por eso, tuvimos que improvisar.

—¿Cuándo habla de improvisar se refiere a tirar a Alexandra Muller por las escaleras de Hoplan, a simular un robo en su apartamento o a asustarla con envíos extraños?

—¡Si no conseguíamos la fortuna de Mikel Olazabal, al menos Hoplan sería para nosotros!

—¿De verdad iba a compartir la fortuna con sus hermanos? Quizás Jairo le apoyase para derrocar a Francis y quedaros con Hoplan, pero Lidia se opondría radicalmente. Sobraban demasiadas figuras en el tablero: Francis, Alexandra… incluso llegado el momento, podría incluso sobrar Jairo, ¿era ese su plan, Karina, ir haciendo desaparecer uno a uno a todos aquellos que podrían ser un estorbo tratando de mancharse las manos lo menos posible?

—Alexandra Muller tiene sus propias mierdas de serie, era fácil acabar con ellas, pero Jairo no podía formar parte del plan.

—¿No podía por…?

—Porque ya sabemos lo que puede pasar si el alcohol o las drogas se cruzaban en su camino.

—Por eso mató a Lidia.

—¿Qué tiene que ver Lidia con todo esto?

—Dígamelo usted misma, aunque creo que la respuesta es sencilla. Si Lidia desaparecía usted se convertía en hija única, por tanto, se convertiría por derecho en la única heredera de toda la fortuna de los Olazabal. Era un buen comienzo, aunque el plan tenía un pequeño fallo, algo insignificante…

—Su madre no lo permitiría.

—¿Su madre? Yo estaba pensando más bien que primero debería demostrar que era hija de Mikel Olazabal.

—No me defraude, *inspectora*, no a estas alturas de nuestra conversación. Que mi padre me reconociese como su hija era relativamente sencillo. El verdadero problema estaba en Celine Blanch, una auténtica arpía.

—De esas parece haber muchas en esta historia.

—Entonces, si el problema real estaba en la mujer de Mikel Olazabal, ¿por qué decidió matar en primera instancia a Lidia Blanch?

—No la maté.

—Su padre la sacó del reformatorio, le dio unos estudios y le procuró un trabajo, ¿no cree que

estaba lo suficientemente arrepentido como para que le devolviese el favor matando a su hija?
—Mikel Olazabal es un ser mezquino que llenó mi vida de sombras, se merecía que le devolviera el favor dándole donde más le dolía.
—¿Fue usted quién lo hizo? —no pensaba responder ni una vez más a esa pregunta—. ¿Me está queriendo decir con su silencio que no fue usted sino fue Jairo quién lo hizo o simplemente le utilizó como en otras ocasiones para conseguir sus propios propósitos?

—Jairo, no necesita ayuda para hacer nada de lo que quiere. Como ya le he dicho, inspectora, es muy inteligente, pero está tan resentido como yo.

76

Jairo

La inspectora Aguirre entro de nuevo en la sala, pero esta vez no se sentó.
—Está bien, Jairo, lo sabemos absolutamente todo.
Si se pensaba que con aquella frase iba a conseguir que dijese más de lo que había dicho hasta aquel momento estaba muy equivocada. Además, sabía perfectamente lo que tenía que hacer en caso de que las cosas se pusieran feas, nunca había tenido que recurrir a ello, pero en caso de ser necesario esta vez lo haría.
—Y, ¿puedo saber qué es lo que se supone que saben?
La inspectora Aguirre se paseó por la sala que cada vez me parecía más gélida en comparación con cualquier otra estancia de aquella comisaria en la que había perdido la noción del tiempo que llevaba. Supuse que estaba paladeando la información que creía que tenía contra mí, algo que sin querer me hizo sentir un sudor frío por la espalda. En ese instante hubiera deseado tener algo a mi alcance que me hiciera evadirme de alguna forma de aquel nerviosismo que sin querer empezaba a apretarme el pecho y amenazaba con dejarme sin respiración.
—Verá, Jairo, le voy a contar una historia que, seguro que le va a resultar conocida, quizás hasta se sorprenda de que haya sido capaz de construirla con lo meticuloso que ha sido en su elaboración.
—No sé de qué historia me está hablando.
—Sino lo sabe, señor Jairo, quizás sea porque no es tan inteligente como todo el mundo se empeña en decir.
—Usted no me conoce de nada, no sabe nada sobre mí, por lo tanto, no tiene derecho a juzgar como soy.
—Es feo, ¿verdad Jairo? —miré extrañado a la inspectora, no sabía a donde quería llegar—. Quiero decir que está feo juzgar a las personas, ¿verdad? Es mejor refugiarse bajo el ala de una familia mientras se camina al filo del bien y del mal. Tiene que ser una sensación tremendamente excitante, ¿no es así señor Olazabal?
—Le he advertido que no me llame así.
—En efecto, lo ha hecho. Sin embargo, no ha dudado en usar ese apellido cada vez que las cosas se han puesto feas para usted, ¿volverá a hacerlo? ¿Lo hará ahora que le hemos desenmascarado?
—¡No soy un Olazabal! —no soportaba que me vincularan con él—. ¡De ese hombre sólo existe en mi la parte biológica que ayudó a que hoy pueda estar hablando aquí con usted!
En ese preciso instante apoyó las dos manos en la mesa que nos separaba y mirándome fijamente se dirigió a mí.
—Voy a dejarme de rodeos, creo que por hoy ya he oído demasiadas mentiras y, ¿sabe? Lo único que me apetece es acabar cuanto antes esto y perderlos de vista a usted y a su querida cómplice en la trama para destruir a su padre más chapucera de la historia.
—¿Qué clase de…?
—¡Cállese, Jairo! Ahora le toca a usted escucharme atentamente y espero por su bien que no me interrumpa ni una sola vez.
>>Debe de ser muy difícil sentirse el hijo ninguneado en una familia poderosa como la suya— me incorporé de la silla con la intención de negar esas palabras, pero un gesto de su mano basto para frenarme—. Pasarse gran parte de su infancia y su adolescencia tratando de buscar el

reconocimiento de un padre es agotador tanto, que le hizo resquebrajarse en más de una ocasión y acudió a las drogas buscando el consuelo que no encontraba cerca de los suyos. Sin embargo, nunca imaginó que sería en ese entorno gris y oscuro donde encontrase la oportunidad de demostrarle que no era un don nadie, que valía mucho más de lo que le habían hecho creer siempre, incluso más que su propia hermana—no sé dónde quería ir a parar, pero el frío que sentía empezaba a hacer que me dolieran los huesos—. Algo en lo que estoy totalmente de acuerdo con usted, señor Jairo—¿lo estaba de verdad? ¿la inspectora podía de verdad creer en mí valía? —. Creo que es un tipo muy inteligente, sus padres no le darían el afecto que necesitaba, pero si le proporcionaron la mejor educación y los estudios en las instituciones más importantes del país y del extranjero. He podido descubrir que tiene un expediente brillante, Jairo y que además de economista es un brillante ingeniero informático—mi ego sonrió al comprobar que al menos había hecho bien su trabajo y había investigado sobre mí—. Es usted tan bueno en el ámbito tecnológico y digital que consiguió crear alrededor de usted infinidad de perfiles que le permitirían navegar por la red, investigar sin ser visto y llegar a todos aquellos rincones a los que otros difícilmente podían llegar.

—No sé a dónde quiere ir a parar, inspectora.

—No se preocupe, se lo explicaré con todo lujo de detalles.

—Le cogió cariño a moverse en la cara oscura de internet, tanto es así que en un golpe de suerte descubrió la existencia de grandes cifras de dinero de dudosa procedencia en cuentas bancarias registradas en las Islas Caimán.

—¡Eso es absurdo!

—Siempre quiso demostrar que era alguien y que sabía hacer las cosas bien. Quería demostrar a su padre que era capaz de dirigir una empresa y ser brillante, pero no le daba la oportunidad, siempre le ninguneaba y ponía por delante a su hermana que se había convertido en una brillante escritora.

—Sus historias eran mediocres, no valían nada.

—¿Está poniendo en duda el criterio de cientos de lectores que la seguían, señor Jairo?

—¡Esos lectores estaban comprados!

—¿Tanto poder tiene su familia como para poder comprar a toda esa gente?

—¡Mi familia puede hacer eso y más, mucho más!

Mierda no tenía que haber dicho algo así.

La inspectora se llevó la mano al regazo, respiró profundamente y continuó con su historia.

—Y usted está a la altura de su familia, ¿verdad? Se lo demostró a lo grande. He investigado, ¿sabe? El Grupo Olazabal Sport no ha vivido siempre momentos buenos, estuvo al borde de la quiebra, pero una buena inyección de capital ayuda a salir de cualquier pozo.

—Todas las empresas pasan por buenos y malos momentos que se reflejan en sus cuentas de resultados.

—Pero ninguna recibe una inyección de dinero como la que recibió el Grupo Olazabal Sport para reflotarse y mucho menos después de que uno de los motivos que la llevarán a estar en peligro fuese ayudar a salvar a tu cuñado Francis por la participación en un proyecto fallido.

—Siempre ha sido un sentimental y los negocios no entienden de emociones.

—Por eso decidió ayudarle robando en un Banco de las Islas Caimán.

—No sé de qué me estás hablando.

—Seguro que le refresco la memoria si le digo que sabía perfectamente lo que hacía. Era el robo perfecto, era plenamente consciente de que una vez efectuado nadie reclamaría el robo de un dinero procedente de negocios turbios. El demandante podría verse implicado en muchos

problemas si lo hacía, pero aun así debía cuidarse las espaldas. Nadie podía descubrir que detrás de ese robo estaba el hijo de los Olzabal, sería su ruina y la de su familia, algo que le hizo crear varias empresas que le ayudasen a legalizar y justificar la procedencia de ese dinero bajo trabajos que nunca se realizaban Rodes Company era el centro neurálgico desde el que usted y su madre movían los hilos.

—Él no tenía que haber ayudado a Francis poniendo en peligro la empresa familiar. Esa es la única verdad. Así que, ¡deje en paz a mi madre!

—¿Por qué, Jairo, porqué es ella la única persona importante en tu vida? —si pensaba que iba a desestabilizarme emocionalmente estaba muy equivocada.

—Por qué el único culpable de todo el sufrimiento de mi madre ha sido mi padre. Un desagradecido que nunca ha sabido valorarme. Salvé la empresa familiar, le doté de la liquidez que necesitaba y él nos lo agradeció utilizando una de nuestras empresas para cubrir una infidelidad que llevaba años ocultándonos.

—Fue entonces cuando descubrió que se habían estado produciendo extraños movimientos en las cuentas de Serp@ que usted desconocía. Primero pensó que era obra de Francis, pero tuvo que rascar poco para darse cuenta que él era tan ignorante como usted en cuanto a esos movimientos se refiere y que quién estaba detrás de ellos era su propio padre, Mikel Olazabal.

—Se está equivocando inspectora Aguirre.

—¿Va a negar ahora que no descubrió que Alexandra Muller y el mismo Francis Brun estaban investigando también esos mismos movimientos?

—No sabe lo que dice.

—¿Por eso se ensañó con la persona que creía más débil?

—Alexandra Muller se tiraba a mi cuñado, lo único que le importaba era quedarse con Hoplan.

—¿Por eso la tiró por las escaleras?

—Yo no hice tal cosa.

—¿No es verdad que entre Karina y usted acordaron hacer todo lo posible por quedarse con Hoplan?

—¿De qué está hablando?

—La idea de trabajar conjuntamente con Karina con un único fin—destruir a su padre—comenzó a fraguarse en su mente como algo que podría reconfortar a su ego. Ver hundirse a su cuñado ante los ojos de Mikel Olazabal le daría la razón a usted y demostraría que su hermana y su cuñado eran un fraude.

—No tengo porqué seguir escuchándola quiero salir de aquí, no tiene ninguna prueba sobre lo que me está acusando.

—Colaboró con Karina, le envió a Alexandra Muller objetos escalofriantes a su apartamento, siguió asustándola en el sótano del trabajo hasta que un día se le fue de las manos sin haber obtenido siquiera la información que quería. Un fallo en su historial de delitos imperdonable, señor Jairo.

—Me está acusando de algo que no tiene ninguna relación conmigo.

—Eso dice, pero Francis al igual que yo sabía que tú eras quien estaba detrás de lo que le había sucedido a Alexandra. Sabía que tú familia taparía de nuevo tu error, pero esta vez no quería que quedases impune, por eso, hizo lo único que estaba a su alcance. Suspenderte de empleo y sueldo e interponerte una sanción administrativa. Algo que tú no estabas dispuesto a cumplir. Por eso, tuviste que arriesgarlo todo y fuiste a por él.

—No he hecho nada de lo que está diciendo, ¡NO TIENE PRUEBAS! —grite. Era totalmente imposible, nunca dejaba pruebas sabía moverme perfectamente entre las sombras.

—Pruebas fueron las que obtuvo usted y que ocultó a ojos de todos. Pruebas que le hicieron descubrir que la infidelidad de su padre había derivado en la existencia de una tercera persona: Karina.
Joder—eso sí que me dejó descolocado. No esperaba que hubieran llegado a descubrirlo tan fácilmente después de lo ciegos que habíamos estado nosotros.
—¿Se ha quedado sin palabras, Jairo? ¿Quizás no había sido tan buena idea aliarse con su hermana bastarda? ¿Lo sabría ella? ¿Sabría que era la hija ilegítima del poderoso Mikel Olazabal? ¿Estaba jugando con usted y su único fin era reclamar la parte del imperio Olazabal que le correspondía por sangre? Tal vez te habías equivocado al confiar en ella.
Un sudor frío empezó a resbalarme por la espalda. El corazón me latía con más pulsaciones por minuto de las permitidas y mi cabeza iba tan deprisa que creía que si no paraba la maquinaría podría caer desmayado en poco tiempo.

—Quizás más que una aliada era una amenaza, alguien que si había descubierto el parentesco que manteníais podría incluso querer quitarle de en medio. Había mantenido las conversaciones suficientes con ella como para saber que gran parte de su esencia estaba creada de maldad, odio y rencor. Por eso, empezó a urdir su propio plan. Un plan a la altura de su inteligencia y sus conocimientos. No podía quedar ningún cabo suelto. Lo primero que haría sería borrar cualquier rastro en la red del delito que había cometido y que le había permitido crear su centro neurálgico de actuación. No podía quedar rastro de las empresas que había creado ni suyo ni de cualquier otra persona, simplemente deberían desaparecer del mapa. De ahí, que todos los intentos de acceso a ellas por parte de Francis, John o incluso Alexandra se borraran y no haya quedado ningún tipo de registro que muestre que se produjeron. Quiso igualmente agrupar los expedientes de Karina, Alexandra, Francis e incluso el suyo propio para revisar si en ellos había algo comprometedor.
—Ha leído demasiadas *noveluchas*, inspectora Aguirre—la interrumpí—. Quizás usted era una de las fieles lectoras de Lidia Blanch.
—Me sorprende que no hable de ella como su hermana.

—Llevar la misma sangre en las venas no tiene porqué significar mucho más—el rostro de la policía dejó claros indicios de que las palabras que había elegido no habían sido las más adecuadas para luchar por mi inocencia.

La ansiedad se estaba apoderando de mí.

—¿Le preocupaba saber hasta qué punto todas las personas que le rodeaban habían tenido acceso a esas empresas? —no pensaba responder a esa pregunta—¿O lo que verdaderamente le preocupaba es que pudieran vincularle a usted con alguna de ellas y por consiguiente con el origen de los fondos que habían permitido su creación?

—Se está excediendo en sus acusaciones inspectora.

—Ya veo.
—¡No hice tales cosas! — no quería haber gritado de ese modo, mi autocontrol estaba empezando a fallar.
—Lo hizo. Además, de seguirle el juego a Karina haciéndola creer que había caído en la garra de sus encantos.
—Eso es incesto, inspectora Aguirre, me sorprende que no lo sepa.
—Lo es, pero los dos se negaban a hacer ver al otro que ambos habían descubierto que eran hermanos.

¿Ella lo sabía? ¿Lo había descubierto? ¿Cómo lo había hecho si yo nunca le proporcioné esa información?

—Creó un archivo físico que no existía y le dejó un señuelo a Karina para que accediera a él. Eso le dejaría ver hasta qué punto estaba interesado en destruirle a usted. ¿A lo mejor la cazadora estaba siendo cazada y no era consciente de ello?

—No pienso responder a eso.

—Pudo comprobar usted mismo que le encargó a Torralbo acceder a ese archivo. ¿Fue entonces cuando fue consciente de que sobraba demasiada gente a su alrededor?

—Lo supo. Como supo que Francis tenía más información de la deseada. ¿Qué fue lo que sucedió? ¿Realmente quería quedarse con la empresa de su cuñado? ¿Se pelearon y en el fulgor de la batalla acabó con su vida? ¿Fue un asesinato premeditado?

Las manos me sudaban y un pitido atroz llegó a mis oídos.

—¿Por qué está sudando, Jairo? ¿No había dicho que su adicción estaba superada? ¿Fue esa falta de control sobre sí mismo la que le impulsó a cometer actos que no deseaba?

El corazón se me iba a salir del pecho.

No podía más.

Me iba a reventar.

—Se ha quedado sin palabras señor, Jairo. ¿Fue Francis el segundo en la lista? ¿Mató primero a su hermana? ¿Quién será la siguiente víctima? ¿Karina…?

—¡Tengo derecho a un abogado!

—¿Entró usted por una de las ventanas laterales de la casa en la que vivía su hermana?

—¡NO!

—¿Manipuló usted las cámaras para que nadie supiera lo que había sucedido dentro de la casa?

—¡NO!

—¿Regaló a su hermanastra el pañuelo que llevaba aquel día su hermana para inculparla del asesinato?

—¡NO!

—Le diré lo que sucedió, Jairo. Quería sonsacar la información que Alexandra Muller tenía en su poder. En un primer momento siguió las reglas que Karina le dio para hacerle creer que trabajaban por un fin común, quedarse con Hoplan y eliminar todos los obstáculos que hubiera en el camino. La asustó varias veces en el sótano de Hoplan y enviándole esa ridícula muñeca, pero no consiguió nada de lo que a usted le interesaba realmente, que era saber que sabía de Rodes Company y de Serp@. Por eso, utilizó sus propias herramientas. Quiso asustarla acorralándola un rincón de las escaleras de Hoplan, pero era imposible prever que ella se defendería con uñas y dientes de su agresión. Lo que sucedió fue un error, lo sabía. Todo debería haberse quedado en un susto entre ambos, pero los acontecimientos hacían que en la investigación sobre las causas que habían acabado con ella despeñándose por las escaleras muchas miradas recaerían sobre usted. Acababa de interponer una denuncia sobre Alexandra Muller por acoso. Ese fue el motivo por el que la retiró. Sólo pretendía alejar las miradas sobre usted mismo, aunque seguía habiendo un problema. Necesitaba saber qué tipo de información poseía, si llegado el momento podría ponerle en peligro si difundía algo que no debía. Ese fue el motivo por el que se dirigió entonces a quién creía que era la verdadera fuente de sus problemas y quién sin ningún tipo de duda podría haberle facilitado la información a Alexandra. Su cuñado. Se está quedando pálido, Jairo. ¿Necesita beber?

Tenía la boca pastosa. El corazón a mil por hora y sentía que me estaba deshidratando. Algo no iba bien del todo. Por eso, después de haber vaciado el vaso de agua que tenía frente a mí bebí entero el botellín de agua que me ofrecieron. Al acabar la inspectora no me dio un respiro.

—Una vez que el plan que había ideado con Karina para debilitar a Francis Brun y adueñarse de

Hoplan empezaba a tener resultados era cuestión de tiempo que su cuñado se derrumbase. Pero se equivocó por segunda vez y no midió su capacidad de resistencia. Francis no se dejaría vencer tan fácilmente. Había orquestado el modo de desenmascararle y en la lucha por obtener esa información acabo con su vida. Otra vez la falta de ese autocontrol del que hacía gala le hizo perder los nervios y cometer una equivocación.

—¡Quiero un abogado!

—Se dio cuenta de que no estaba solo en el lugar de los hechos y las cosas podrían complicarse aún más para usted. ¿Quiso inculpar a terceros esa muerte haciendo una llamada anónima a la policía?

—¡He dicho que quiero un abogado!

—¿Lo hizo por dinero? ¿Por ambición? ¿Por odio a sus padres? ¿A Mikel Olazabal o Celine Blanch?

—¡Le he dicho que a mi madre no la mencione!

—¿Por qué mató a su hermana, Jairo?

—No lo hice.

—¿Quién lo hizo Jairo? ¿Quién sino fue usted?

—¡Fue ella!¡Quería quedarse con todo!¡Fue esa arpía fruto de la torpeza de mi padre!

El mundo se quebró a mis pies en ese preciso instante en el que la inspectora dejó de apoyarse en la mesa para erguirse, respirar con la profundidad de haber llegado al fondo de las incógnitas que la acechaban y girarse para salir por la puerta sabiendo que un abogado no podría hacer gran cosa por mí.

77

Alex

A veces la realidad es mucho más difícil de digerir de lo que nos gustaría. Por eso, a pesar de haber transcurrido una semana no éramos capaces de asimilar las noticias que se habían hecho públicas. Karina era la autora material del asesinato de la escritora Lidia Blanch, quién había resultado ser su hermana biológica, y Jairo, su otro hermano, había perpetrado mi agresión y el asesinato de su cuñado Francis Brun.

Estaba siendo muy difícil mantener el secreto de sumario y aún estábamos sobrecogidos con los titulares de prensa con los que nos despertábamos cada día. Se había llegado a filtrar la noticia de que Karina era fruto de una infidelidad del dueño de la multinacional Olazabal Sport a su actual esposa Celine Blanch. Afortunadamente, a pesar de haber cientos de especulaciones no se tenían datos de la supuesta amante de Mikel Olazabal, algo que mantenía a Unax y a su madre a salvo de comentarios mezquinos. Por qué nadie, en su sano juicio, desearía descubrir en tan corto espacio de tiempo que tenía una hermana y que además era una asesina.

El juicio no se había celebrado aún, pero nada hacía presagiar que el destino de los hermanos no fuese otro que la cárcel. Ambos se habían envuelto así mismos en un intercambio de acusaciones que evidenciaban la gravedad de los hechos.

Karina arrastraba una infancia y una adolescencia dura. Había sido criada en un entorno familiar dañino y la justicia trató de ayudarla dándole la opción de reconducir su comportamiento pasando por varios reformatorios. Cuando creía que su único destino sería que las fauces de la delincuencia la engullesen una mano poderosa apareció para darle una tregua. Fue una oportunidad que no desaprovechó. Incluso le hizo pensar que quizás, sólo quizás había otras posibilidades lejos de las tinieblas. Sin embargo, cuando hay podredumbre en el interior de un corazón cualquier motivo puede servir para dinamitarlo, para Karina fue conocer la identidad de su padre. Su mundo se volvió negro y desde ese preciso instante supo que no habría ningún obstáculo posible que impidiera que el imperio Olazabal fuese suyo, aunque para ello tuviera que eliminar a aquellos que lo impidiesen.

Jairo, por su parte, arrastraba el deseo infinito de obtener el beneplácito de su padre, esperando que éste reconociese una valía que nunca parecía llegar. Para conseguirlo, se había movido al filo de la legalidad robando y creando falsas empresas que le dieran el poder y el dinero que tanto ansiaba. Incluso el devenir de los acontecimientos y el odio enfermizo que destilaba por su cuñado le habían llevado a querer arrebatarle Hoplan & Orleal Consulting, una idea que tomó aún más fuerza cuando descubrió que su hermana bastarda quería hacerse con la empresa. Sin embargo, no contaba con que Francis, y mucho menos yo, estuviéramos metiendo la nariz en sus asuntos. Tenía miedo de que pudiéramos destapar su apropiación indebida de dinero en las Islas Caimán o que frustrásemos alguno de los múltiples negocios que mantenía en las empresas ilegales que había creado. Dentro de sus múltiples justificaciones para hacer lo que hizo estaba la idea del uso altruista que consideraba haber hecho del dinero procedente del robo. Según él, rescatar la empresa de su padre en un momento en el que había estado al borde de la ruina para salvar el descrédito de su madre, a quién quería por encima de todas las cosas y quién siempre había estado a su lado en los momentos más difíciles de su vida, era lo mejor que había hecho nunca. No quería que Celine Blanch, volviese a sufrir el descrédito y la humillación pública que había sufrido de niña cuando su padre murió demasiado joven de un repentino ataque al corazón.

En las altas esferas de la sociedad parisina se jactaban de hacer creer a la gente que su abuelo, a quién él no había llegado a conocer, no había podido superar que su hermano tuviese siempre éxitos en cada negocio en el que invertía mientras él solo conseguía hundirse más y más en el fango. Con palabras heredadas de su madre, Jairo había confesado que su tío-abuelo había dedicado toda su vida a aprovecharse del ingenio de su abuelo materno plagiándole ideas que aplicaba en sus negocios antes de que él mismo pudiera ponerlas en marcha. El robo de esas ideas le había permitido disfrutar de un éxito y un dinero que no le correspondían y que eran de su abuelo. Fuera como fuese, comprobar la frialdad que Karina y Jairo habían demostrado ante el asesinato de sus congéneres por el único afán de quedarse con los bienes de la familia nos hacía cuestionarnos hasta qué punto podía llegar la codicia humana.

Iban a ser unos meses complicados, pero supongo que al final saber que Karina y Jairo iban a dejar de merodear los lugares por los que me movía y que los sustos se acabarían me daba cierta tranquilidad, aunque no toda la que necesitaba.
—Como es esa frase…" un penique por tus pensamientos *nena*"—mi respuesta fue dar un ligero codazo en las costillas a Unax.
Estábamos sentados en el sofá de casa viendo una película de la que sinceramente hacía demasiados minutos que había desconectado y no tenía ni la más remota idea de su hilo argumental.
—¿Acaso vas a negarme ahora que no llevas más de media hora sin ver, oír y escuchar la película?
—No me interesa mucho, la verdad.
—Es difícil que sepas si te interesa o no. Desde que la hemos puesto has decido no darle ninguna oportunidad.
—¿Es delito?
—No, no lo es—atrajo mi cuerpo hacia el suyo, me dejé mover como una muñeca de trapo. Acto seguido noté que me tiraba del pelo.
—¿Se puede saber por qué haces eso?
—Para comprobar que al menos no eres inmune a cualquier tipo de contacto.
—Estaba distraída, ¿y qué? —soné bastante repugnante.
—¿En serio? No me había dado cuenta de que estabas distraída. Un penique…
—¿Un misero penique…? Pues sí que se cotiza a la baja lo que fluye por mi cabeza.
—En realidad, en otro momento lo valoraría al alza, pero estoy en una fase de contención del gasto. No puedo despilfarrar a lo loco.
—¿Y por qué se supone que no puedes despilfarrar?
—No tienes dinero suficiente para poder pagar semejante información, *Gruñona*.
—¿Se admiten sobornos? — me senté a horcajadas sobre Unax y puse cara traviesa.
—No pienso dejarme engatusar— intentó mantenerse firme, aunque con el primer parpadeo de pestañas sabía que su fortaleza se iba resquebrajando—. Estábamos hablando de ti y de tus pensamientos.
—Unax no lo estropees…
—Alex no lo mastiques tú sola. Los fantasmas siempre vuelven e ignorar el dolor que te producen solo hará que se hagan más fuertes.
—Mierda, Unax. No es justo que sepas leer mi mente sin que haya abierto la boca.
—No caigas de nuevo en el error de creer que no necesitaras a nadie— rodeé su cintura y acerqué su pecho hacia el mío para sentir la seguridad que me transmitía su contacto.
Era cierto.

Ya no estaba sola.
Le tenía a él y a un montón de gente que me había demostrado lo que me querían después de todo lo que había sucedido. John, José, Lucía. Rocío que estaba a punto de aterrizar de un vuelo procedente de Londres después de haber roto su agenda para venir a verme después de todo lo que había sucedido. Incluso Beiñat y Maialen habían sido una amistad que fue y que había conseguido recuperar a pesar de las circunstancias.
Era cierto, podía decir bien alto que no estaba sola.
—No puedo dejar de pensar que acusé a Francis de todo lo que estaba sucediendo, incluso presagié su muerte.

—Sólo fue un sueño, Alex. Una mala pesadilla difícil de identificar con la realidad de lo que iba a suceder—tenía razón, pero algo en mi interior me decía que podía haber hecho algo.

—Por fin todo se ha resuelto, ¿verdad? Las cosas vuelven a estar en su sitio.
—Pero…

Indudablemente me conocía demasiado bien. Nuestra conexión siempre fue rápida a pesar de lo que sucedió después. Por eso, se merecía la verdad. No más mentiras. Este nuevo principio entre nosotros se merecía todos nuestros esfuerzos para que saliera bien. Se merecía la confesión que iba a hacer.
—¿Quién mató a mi familia? Nada de lo que ninguno de los dos ha confesado se relaciona ni de lejos con lo que le sucedió a mi familia. Nada—no se si era rabia o lagrimas contenidas lo que trajo un horrible dolor a mi garganta—. ¿Y si hay un loco que aún sigue suelto por ahí? ¿Por qué quisieron deshacerse de mi expediente junto con el de tu hermana, el de Jairo y el de Francis? ¿Quién daba las instrucciones y por qué? — noté que no le había gustado que definiera así a Karina. La realidad era ineludible, pero Unax no la sentía como una hermana—. Lo siento no quería.
—No pasa nada. Solo es que después de todo el daño que ha provocado. No puedo sentir ningún tipo de afecto por ella.
—No tienes porqué sentirlo, al fin y al cabo, ella tampoco lo siente por ti— nos mantuvimos en silencio apenas unos segundos —. ¿Qué tengo que ver con ellos, Unax? No tengo claro que quien quiera que haya orquestado todo esto vaya a dejarme en paz ahora que parece que todo ha acabado.
—Veamos, Jairo y Karina son hijos de Mikel Olazabal ambos podían ser herederos de su fortuna. Francis Brun y Lidia Blanch se convirtieron en un estorbo para conseguir ese fin y tú…
—Yo no representaba ningún tipo de obstáculo para que ellos accedieran a esa herencia.
—Que sepamos.
—¿Qué estás insinuando?
—Que quizás la vinculación que te une a esa familia sea otra.
—Yo no…—por mi cabeza pasó una idea que nunca había intentado encajar, pero que ahora, tal vez…—. Unax, creo que tengo algo.
—Soy todo oídos.
—Nunca tuve relación con mi familia materna, con los Blanch. Mi abuelo no se llevaba bien con su hermano, mantenían una rivalidad que venía de mucho tiempo atrás y decidieron…
—¿Qué decidieron…?
—¿Y si resulta que Celine Blanch, la madre de Lidia y Jairo, la mujer de la que nunca ha estado enamorado Mikel Olazabal tiene algún parentesco conmigo? ¿Y si esa rivalidad entre el tío-abuelo y el abuelo de Jairo resulta ser la rivalidad que había entre mi abuelo y su hermano? — la cara de Unax reflejaba que lo que le acababa de contar podía tener una base sólida —. Espera un

momento—me levanté y fui hacia mi habitación para recoger una carta que había recogido del buzón unas semanas antes. Me había llamado la atención encontrarme con la copia de la factura de la revisión que mis padres habían hecho en el taller antes del accidente, pero lo que más me había extrañado era que el matasellos del sobre era de Madrid.
—¿Una factura?
—No es una factura cualquiera. Es de hace más de diez años. Se hizo en el taller al que mis padres llevaron el coche antes del accidente que les costó la vida.
—¿Del taller de coches de París?
—Del mismo, pero lo más sorprendente es que el matasellos del sobre en el que recibí la factura era de Madrid.
—Alguien se tomó demasiadas molestias para enviarte esa factura.
—Es la misma factura que mi abogado encontró.
—Es probable que fuera Francis Brun quién te hiciera llegar esa copia.
—Creo que hemos llegado a la misma conclusión, Unax. Creo que Francis quería que conociera realmente a las personas que me rodeaban y las mentiras que podía haber detrás de ellos. Por eso, se comportaba de esa forma tan rara conmigo. Quería decírmelo, pero no podía hacerlo directamente porque no sabía hasta qué punto lo que me dijese se mantendría entre nosotros dos o llegaría a quién no debía. Temía que hubiera escuchas en Hoplan mientras que yo llegué a dudar de él. Soy una persona horrible.
—No lo eres, todos cometemos errores y mucho más si nos sentimos en el punto de mira — me miró profundamente —. Alex, creo que tienes que saber que cuando me reencontré de nuevo contigo y supe que estabas con Eric yo mismo tuve una actitud algo enfermiza de la que he preferido no hablar para que no pensases que era alguien peligroso—le miré con cara de asombro —. Me dediqué a buscar por internet con el único afán de encontrar alguna mancha en el expediente del rubito.
—¿Y la encontraste? — creo que le sorprendió que no hubiera pensado que estaba más tarado que yo por haber hecho algo así, pero no me importó. Sólo quería saber si había encontrado algo que corroborase más aún lo estúpida que había sido creyendo que realmente estaba enamorado de mí.
—Nada relevante — la decepción me inundó por completo —. Nada excepto que el taller donde rellenaron esa factura pertenece al Grupo Olazabal Sport.
—Eso no es posible, el taller es mucho más antiguo.
—Quizás se trata de una compra en un momento en el que el taller necesita un lavado de imagen por haberse visto involucrado en un extraño accidente.
—¿Por qué querría el Grupo Olzabal Sport lavar la imagen de un taller de reparación de coches?
—Dímelo tu misma.
—Porque quería controlar todo lo que sucediese alrededor de un accidente en el que había estado involucrado…
—La firma de la adhesión se firmó en el bufete de abogados de la familia de Eric.
—Eric me dijo en repetidas ocasiones que no tenía ninguna vinculación con ese taller ni él ni el bufete de sus padres. Cuando mi nuevo abogado me hizo saber que existía esa factura supe que me había mentido…
Una vez más…

78

Eric

No dejaba de sorprenderme que una mujer de nacionalidad española que no conocía acompañada de un hombre sin ninguna duda de origen francés se presentase en el bufete de abogados de mi familia preguntando por mí. Supuse erróneamente que se trataba de un caso más de divorcio exprés, dadas las circunstancias algo me hizo pensar que cabía la posibilidad de que quisieran separarse y retornar a sus lugares de origen lo antes posible borrando con la distancia cualquier vínculo que pudiera haber entre ellos. Algo parecido a lo que llevaba meses intentando hacer yo mismo con el recuerdo de Alexandra Muller. Por eso, no pude evitar mi sorpresa cuando ambos hicieron las presentaciones.

—Señor Boulet.

—Pueden llamarme, Eric. Siéntense, por favor— no dudaron en aceptar mi sugerencia.

—Somos el inspector Chartier de la Gendarmerie nationale francaise y la inspectora Aguirre de la Policía nacional española.

—¿Y puedo saber a qué se debe que la policía española y la policía francesa estén colaborando?

—Se debe a que existe un acuerdo de cooperación policial, a través de la interoperabilidad y el intercambio de información…

—Puede saltarse los formalismos, inspector Chartier, soy abogado. Conozco los marcos de colaboración policial europeos. Lo que quiero saber es cual es el caso en el que están trabajando y que tiene que ver con este bufete, ¿se trata de algún cliente al que hemos representado en algún momento?

—No exactamente.

—Se trata de usted—le interrumpió la inspectora Aguirre—necesitamos que comparta con nosotros cierta información que creemos que solo usted maneja.

—Creo que si no son más precisos me costará ayudarles en su investigación.

—¿Conoce usted a Alexandra Muller? — oír su nombre me tensó más de lo que me hubiera gustado.

—Por supuesto que la conozco…

—¿Desde cuándo la conoce?

—Desde niños, ella era la hija de unos amigos de la familia, pero que…

—¿Mantiene o ha mantenido una relación sentimental con ella?

—¿Qué importancia puede tener eso en la información que han venido a buscar? ¿Le ha sucedido algo? ¿Está bien? —que fuera una desagradecida y no supiera valorar la clase de vida de la que podríamos haber disfrutado no significaba que la deseara ningún mal. Al fin y al cabo, la mayor parte de mi vida había estado dedicada a proteger a esa ingrata que no me podía quitar de la cabeza.

—En realidad si—me tensé aún más y un miedo que creía aplacado floreció sin que se lo permitiera—, intuyo que no es una sorpresa para usted, ¿sabe que estuvo recibiendo amenazas?

—¿Amenazas? ¿Qué tipo de amenazas?

—Dígamelo usted, señor Boulet…

—Eric.

—Bien Eric, ¿sabe que sufrió una agresión en su trabajo y que hemos descubierto quién fue el agresor? —no valía la pena mentir a la inspectora. Medio mundo sabía lo que había sucedido con

los hijos del magnate de Olzabal Sport.
—Creo que haya poca gente que aún no lo sepa, pero ¿ella está bien? ¿Le ha sucedido algo más?
—¿Algo más? — esta vez fue el inspector Chartier quién se dirigió de nuevo a mí, aunque ignoré su pregunta —. Mire Eric, no me gusta perder el tiempo con rodeos y este momento no va a ser una excepción. Tenemos indicios de que su relación con Alexandra Muller no ha sido desinteresada. La defensa jurídica que le ha otorgado supuestamente para defender sus intereses ante el asedio que estaba recibiendo por haberse convertido en una rica heredera no ha sido el más conveniente para su cliente, sino que usted mismo buscaba lucrarse de ello.
—¿Qué esta diciendo?
—Trató de hacerla creer que su familia estaba involucrada en tramas inmobiliarias de dudosa legitimidad y que lo mejor era deshacerse del estudio de arquitectura de sus padres si no quería verse implicada.
—Y era verdad, tengo pruebas de ello— en realidad, ahora que lo pensaba fríamente no tenía pruebas físicas solo las palabras de Celine Blanch —. Incluso los trabajadores que se quedaron con el estudio hicieron un mal uso de él— eso al menos podría demostrarlo.
—¿También tiene pruebas de que la muerte de los padres de Alexandra Muller no fue un accidente? —se me congeló la sangre.
—¿A qué viene eso ahora? Fue un accidente.
—¿Un accidente del que usted se lucró?
—¿Qué clase de insinuación es esa? Yo quería a Alexandra, aún la quiero, nunca la haría daño.
—La quiere tanto que no dudó en buscarse una amante, ¿o me va a decir que no sabe quién es Isabelle?
—Isabelle fue sólo un momento de debilidad, no significó nada. A veces es difícil mantenerte alejado de la persona que amas, fue un lamentable error.
—¿Eso fue lo que le dijo a Pierre? ¿Qué fue un lamentable error que está ocasionando que ambos estén inmersos en un proceso de divorcio que casualmente se está gestionando en este mismo despacho?
—Inspectora…
—No, escúcheme. Esto no es un juego en el que usted se escabulle con sus tretas de abogado. Este bufete participó en la gestión de compra por parte del Grupo Olazabal Sport del taller al que llevaron los padres de Alexandra Muller su coche antes de sufrir el accidente — quise rebatir aquello, pero no me dejó —. No trate de eludir su vinculación argumentando que usted no conoce todos los clientes con los que se trabaja en el bufete porque tristemente para usted, ha sido muy sencillo mostrar una foto suya a los distintos trabajadores del taller que le reconocieran.
—Eso no es una prueba sólida, cualquiera puede reconocerme soy un abogado de prestigio reconocido.
—Su ego le precede, señor Boulet. Lamentablemente no le conocieron por su actividad en el mundo de la abogacía sino por haberse reunido en varias ocasiones con el sobrino del jefe del taller. Lo recuerdan porque tristemente después se produjo un accidente y la muerte por sobredosis de aquel chico.
—No sé de qué me está hablando.
—¿Usted también recibió llamadas anónimas que le decían lo que tenía que hacer?
—Responda Eric — insistió el inspector Chartier —, ¿eran llamadas anónimas o usted sabe perfectamente quién está detrás del accidente de la familia Muller Blanch.
—¿Realmente ha estado alguna vez enamorado de Alexandra Muller?
Pero…que…—¿Qué pretendía la inspectora con esa pregunta? Incluso el inspector se había

sorprendido de que la formulara.
—¿A qué viene esa pregunta? Claro que lo he estado y lo sigo estando ya se lo he dicho, llevo demasiado tiempo sufriendo por estar lejos de ella.
—Lo siento, pero me cuesta creer que haya algo de verdad en todo lo que nos ha contado hasta el momento y sobre todo en lo que respecta a ella. La asediaban, la acosaban, llegaron a agredirla y usted sólo se aprovechó de sus miedos en beneficio propio.
—¿Hay algo más sincero que pedir en matrimonio a la persona que quieres?
—¿Hay algo más ruin que falsificar su firma para inhabilitarla en la toma de decisiones con respecto a su propia herencia cuando ya había decidido que no quería saber nada más de ti?
—Eso es falso.
—Tendrá que demostrarlo. Su nuevo abogado se ha puesto en contacto con nosotros hace escasas horas para confirmárnoslo. Ha detectado ciertas irregularidades con movimientos de capital de su cliente de los que no tenía ninguna comunicación.
—Alexandra firmó una cesión de poderes.
—No recuerda haber hecho tal cosa.
—No lo recuerda porque su psiquiatra le cambia cada poco su medicación y eso hace que sus recuerdos sean inestables.
—¿Lo dice por algo en concreto?
—Lo digo porque la conozco y como abogado que soy no necesito dar más explicaciones de las que he dado.
—Me temo señor Boulet que las escusas se han acabado para usted—el inspector la interrumpió para detallarme los cargos que había sobre mí.
—Es usted culpable de falsedad documental, malversación de fondos y de obstrucción a la justicia al ocultar pruebas sobre el accidente de la familia Muller Blanch lo que le convierte en cómplice de asesinato.
En aquel momento lo vi muy claro, era ella o yo, todo por lo que había estado años luchando se desmoronaba.
No tendría a Alexandra, la chica de la que me había enamorado cuando era un niño, que había resultado ser una desagradecida después de todo lo que me había esforzado por cuidarla y protegerla. Se había empeñado en alejarse de mí en buscar una independencia y un anonimato que no necesitaba y al final su desequilibrio mental había hecho que nuestros sueños se fueran por el retrete.
No podríamos despilfarrar el dinero de su familia. Adiós a una vida llena de lujos sin tener que trabajar defendiendo a gente que no me importaba ni me interesaba lo más mínimo.
No necesitaba las miserias de otros en mi vida ya tenía las mías propias. Por eso, no cargaría con unas muertes que no me correspondían.
No, aunque hubiera llegado a odiar a Belmont por conseguir el sueño que a mí se me había escapado de las manos con una lesión.
No porque siempre hubiera envidiado formar parte de la feliz familia que eran donde siempre había una palabra amable, un buen consejo o un abrazo si era necesario.
No, no lo haría.
Se había acabado había llegado el momento de confesar.
—Fue Celine Blanch, ella es la responsable del fallecimiento de la familia de Alexandra. Ella se puso en contacto conmigo para que hiciera un trabajo que me reportaría grandes beneficios, sólo tendría que decirle al sobrino del encargado del jefe de taller dónde encontrar un paquete con información importante. Si lo hacía, se encargaría de conseguir que una suma importante de

dinero fuese a parar a mis manos, pero las cosas se complicaron cuando poco después de llevar a cabo el trato con ella se produjo el accidente de los padres de Alexandra y supe de la muerte por sobredosis del chico con él que había hablado. Me sentí engañado y tuve miedo de verme implicado en el accidente de sus padres—diría la verdad toda la verdad—. Quise acusar a Celine Blanch de estafa por hacerme partícipe de un accidente que no tenía ni la más remota idea de que se iba a producir, pero ella fue muy hábil convenciéndome de nuevo. Supo tocar las teclas correctas asegurándome que jamás me relacionarían con el chico muerto. Ella correría todos los riesgos. Nunca llegaría a haber testigos que pudieran hacer una asociación de tal calibre porque si los hubiese, se encargaría de eliminarlos personalmente—que engañado había estado. A los inspectores les había bastado con ir a preguntar para conseguir fácilmente la información que necesitaban —. Sin embargo, si hubo un momento en que dudé de las promesas de Celine, fue cuando Alexandra averiguó que los frenos del coche de sus padres habían sido manipulados. Pero de nuevo esa manipuladora fue capaz de convencerme para que no hiciera nada. Sabía que llevaba años enamorado de Alexandra, y me juró que conseguiría que me viese con otros ojos. Se enamoraría de mí y que acabaríamos casándonos. Me prometió que la gestión directa del patrimonio de sus padres sería mía, aunque para que así fuera ella tuviese que perder una parte importante del botín que llevaba años persiguiendo. Me convenció de que estaba haciendo un importante sacrificio por mí al sacrificar su propio patrimonio.

Unos días después supe que mi confesión solo serviría para rebajar en algún grado mi condena. La verdadera responsable de los crímenes, había dedicado todos sus esfuerzos, no ha protegerme sino a borrar cualquier rastro que pudiera inculparla. Educar y formar a un hijo en el campo de la tecnología digital y alentarlo para navegar hasta en los rincones más oscuros y peligrosos, le había ayudado a hacerlo.
No había una llamada.
No había un correo electrónico.
No había un movimiento errático que la implicase.
No había nada o al menos eso creía.

79

Alex

No sé en qué momento me convencieron para convertirme en un Ángel de Charlie. Rocío y Lucía se habían propuesto ayudarme a atar todos los cabos que aún quedaban sueltos de la única manera que creían factible. Todo valía una vez que habíamos llegado al punto en el que Celine Blanch podría salir impune después de lo que ahora sabíamos de ella. Nos devanamos los sesos hasta encontrar un hilo muy fino del que tirar. No nos garantizaría que los resultados fueran los que esperábamos, pero al menos debíamos intentarlo. Sabíamos que Rodes Company se había creado con fondos procedentes de negocios sucios y para no llamar demasiado la atención habían repartido en paraísos fiscales la totalidad de esos fondos. Teníamos el palpito de que la localización elegida había sido Suiza porque entre la documentación escondida que Lucía había encontrado en el bunker de Hoplan había facturas, no declaradas, de viajes a ese país y entre ellas, la de un taxi cuya parada coincidía con la dirección exacta de la puerta de un Banco. Si esa había sido la Entidad Financiera elegida se abrirían muchas posibilidades ante nosotras. Confrontar la totalidad del dinero sustraído en el robo de las Islas Caimán, encontrar el nombre de Celine Blanch en alguna de esas cuentas…, las cosas podrían ponerse feas. No conseguiría demostrar que estaba detrás del asesinato de mis padres y mi hermano, pero uno de sus mayores pecados capitales, la avaricia, la haría pagar parte del daño que me había causado viéndose privada de la libertad de la que disfrutaba actualmente.

Teníamos puestas todas nuestras esperanzas en aquel lugar, si el plan fracasaba las posibilidades de ver a Celine entre rejas se convertirían en meras cenizas.

—Estos tacones me están matando.

—Siempre has sido una *flojucha*. Estás espectacular—me animó Rocío—vas levantando pasiones solo con caminar.

Si, estábamos en Suiza frente al Banco en el que creíamos que estaban registradas las cuentas. El plan consistía en utilizar nuestros encantos para convencer a un empleado y conseguir acceso a la información que necesitábamos. No era un plan demasiado elaborado, digamos que tenía muchos flecos sueltos, pero si Karina llevaba años aplicando la misma técnica con éxito, ¿por qué a nosotras no nos iba a funcionar?

Habíamos dedicado varios días a observar los movimientos de todos los empleados de la oficina bancaria.

Cuando entraban…

Cuando salían…

Quién era el director, quién el interventor y quién podría convertirse en nuestra *víctima.* Las tres llegamos a la conclusión de que sería un joven que a juzgar por la cantidad de fotocopias y cafés que servía llevaba poco tiempo trabajando en la oficina. La dificultad radicaba en que teníamos que aprovechar el momento en el que se quedaba sólo. Su mentor acostumbraba a salir durante un cuarto de hora a tomarse un café a un bar cercano y ese, sería el momento preciso para intervenir. No podía haber ningún fallo, porque tan solo contábamos con escasos quince minutos para salir de allí con lo que necesitábamos.

La hora prevista eran las nueve y media de la mañana, pero nuestro objetivo ese día se quedó sólo, dos minutos antes de lo esperado lo que hizo que tuviéramos que avisar al resto del equipo operativo que teníamos montado en la habitación de un hotel cercano antes de lo previsto. John y

Unax deberían estar atentos a nuestra llamada. Eran dos minutos sin importancia, nada hacía prever que nuestro plan se pusiese en peligro.
—Señor, William—el joven levantó la vista del teléfono sorprendido de que alguien se dirigiera a él en sus minutos de descanso—. Necesitaríamos su ayuda—Lucía puso voz lastimera. Casi al borde del llanto mientras Rocío y yo nos colocábamos estratégicamente tapando la visión de su puesto de trabajo al resto de personas que pudieran circular por la oficina—. Tenemos una ponencia a las diez de la mañana con altos ejecutivos bursátiles y hemos tenido la desgracia de que los dosieres que les íbamos a entregar para que pudieran seguir nuestra charla se nos han manchado—el joven William, como podía leerse en la plaquita que había en su mesa nos miraba sin entender—. Con los nervios esta mañana se me ha derramado el café encima de la mayor parte de ellos—Rocío intervino tal y como teníamos previsto mostrando al chico los dosieres que minutos antes prácticamente habíamos sumergido en café. Estaban manchados, arrugados y a algunos de ellos, por fortuna para nosotras, se les había corrido la tinta y eran ilegibles.
—No podemos entregarles la documentación así—Rocío apoyó las dos manos sobre la mesa inclinándose de forma sugerente hacia el muchacho para comprobar como sin ningún tipo de disimulo centraba la vista en toda la extensión de su escote—.Nuestro jefe nos matará si no conseguimos convencer a los inversores de que se adhieran a nuestro proyecto y creo que eres alguien que puede entender perfectamente lo que puede sucedernos si no cumplimos el objetivo que nos han fijado —Rocío estaba apelando al grado de exigencia al que habíamos podido comprobar que su mentor le sometía.
—Señoritas—dijo deslizando su vista por las curvas de Rocío —. No veo la manera en la que puedo ayudarles—me tocaba intervenir.
—Sólo necesitamos que nos deje utilizar su impresora—saqué del bolso la herramienta que nos ayudaría a obtener lo que queríamos y se la mostré—. Necesitamos que nos deje sacar copias de los dosieres que se han estropeado. No hay ninguna copistería por aquí cerca y nuestra reunión está a punto de comenzar.
—Lo siento, no puedo hacer lo que me están pidiendo. Por seguridad no podemos conectar ningún pendrive externo al ordenador. Saltaría un aviso al departamento de Ciberseguridad y me buscarían un problema. ¿No tienen algún dosier que se haya salvado del chapuzón? —el chico tenía demasiado bien aprendida la lección.
—Nosotras también nos estamos jugando nuestro puesto de trabajo. Es una situación de vida o muerte—como era lógico William se resistía a acceder—. Nadie se enterará de que nos has ayudado. Nadie tiene porque relacionarte a ti con ese pendrive, aunque utilicemos tu puesto si tú te alejas de él y lo dejas unos minutos sin supervisión porque vas al baño…—seguía sin estar convencido, aunque las tres estábamos poniendo todo de nuestra parte para conseguirlo.
—Estoy segura de que te gustaría patearle el culo al estirado de tu jefe que no te deja ni respirar en toda la mañana—sentimos que el comentario de Lucía podría traernos algún problema. Al fin y al cabo, no conocíamos a aquel tipo de nada, no sabíamos la afinidad real que podía tener con su mentor, podía ser un buen formador, su mejor amigo e incluso un pariente, se la estaba jugando apelando a sus conocimientos dónde consideraba que solo un veinte por ciento de los jefes eran salvables—. Te mereces por lo menos una tercera parte de su sueldo sólo por las horas de más que inviertes cada día aquí—crucé una mirada nerviosa con la chica de Recursos Humanos. Estaba improvisando y el joven engominado no parecía querer dar su brazo a torcer.
—Si conseguimos el proyecto te daremos un dos por ciento de nuestra comisión—giré la vista sorprendida hacía Rocío quién le extendía una tarjeta en la que aparentemente estaban todos sus datos y en la que había escrito la cantidad a percibir. ¿Se había vuelto loca?

—¿Un dos por ciento? Tienes una preciosa delantera, cariño, pero las negociaciones no son lo tuyo. Con eso seguro que no tengo ni para tomarme un café—el novato parecía no serlo tanto.
—Subo a un cinco por ciento, ni un puto euro más, que tengo que pagar el alquiler a fin de mes y seguro que tu aún vives con tus padres.
—Un veinticinco por ciento o no hay trato—Lucía y yo abrimos los ojos asombrados. ¿El pez había mordido el anzuelo?
—Ni en tus mejores sueños, tienes un pase como negociador, pero vamos a hacer unas putas fotocopias. No valen un porcentaje tan alto.
—Pero perder vuestro puesto de trabajo sí que lo vale.
—Capullo…—la actitud de Rocío podría traernos más problemas, aún no habíamos conseguido hacer nada de lo planificado y el tiempo corría en nuestra contra—. Mis compañeras se merecen la parte que te quieres llevar. Han trabajado demasiado en el proyecto para que venga un tipo que se cree el centro del universo a llevarse por la cara los resultados de su esfuerzo.
—¿Se puede saber cuál ha sido tu magnánima aportación al proyecto que vais a presentar? —preguntó airado.
—Poner cachondos a los tíos como tú—esto ya era insalvable. Estábamos empeorando las cosas y perdiendo el tiempo con aquel imberbe.
El teléfono vibró en mis manos. Unax y John esperaban alguna señal y aún no tenían noticias nuestras. Se estaban empezando a preocupar.
—Dame ese puñetero pendrive—se irguió de forma arrogante hacia mí, pero no reparé en ello, el tiempo era oro y nunca de una forma más palpable que en aquel preciso instante. Abrí la mano y dejé que cogiera la memoria USB. Seguidamente envié la señal para que los chicos estuvieran alertas. Parecía que el plan podría empezar a funcionar—. ¿En serio tenéis una contraseña para abrir el archivo?
—No somos estúpidas—respondió haciéndose la ofendida Rocío—. No sabemos en manos de quién puede caer y no vamos permitir que nadie se adueñe de nuestro trabajo por un descuido.
En realidad, lo único que pretendíamos con las claves de seguridad era ganar tiempo para que el pendrive instalase el programa que le permitiría a John copiar la información que necesitábamos. Necesitábamos tres minutos exactos, con todos sus segundos incluidos.
—Ya puedes ir soltando por esa boquita de fresón a punto de ser devorado la clave de acceso a ese dosier. Además, creo que acabo de poner una cláusula nueva a nuestro contrato—acercó peligrosamente su mano al pendrive. Si lo quitaba el tiempo transcurrido no serviría de nada y tendríamos que volver a empezar—. Quiero que tú—señalo a Rocío—seas quien me deletrea la contraseña sentándote sobre mis rodillas. Es necesario cubrir de algún modo la rebaja que he aceptado en el porcentaje de beneficio que voy a obtener colaborando con mi inestimable ayuda. Con mi esfuerzo y el riesgo que corro estoy cubriendo lo desastrosas que sois por haberos cargado los dosieres de vuestra presentación.
Puag, había sonado totalmente repulsivo, pero Rocío siguió con el plan cambiando el último número de la clave tal y como teníamos previsto.
—¿No te sabes la contraseña? Al final se va a cumplir el mito de que todas las rubias sois tontas.
—Si te crees que con esos piropos vas a conseguir tenerme mucho tiempo sobre tus rodillas lo llevas claro, niñato—las palabras de Rocío parecía que excitaban a aquel tipo al que ya no era capaz de mirar a la cara.
—Me va a sonar el teléfono y los de Ciberseguridad van a estar al otro lado de la línea telefónica. Les diré que me habéis obligado a hacerlo.
—¿Tu plan hace aguas muchacho?

—Les diré que me obligasteis a golpe de teta.
¿En serio podía haber dicho semejante tontería?
¿Había alguna cámara oculta?
Me gire para ver lo que sucedía en el resto de la oficina y vi horrorizada entrar por la puerta al mentor de William justo en el momento en el que Rocío le facilitaba el último número de la clave que permitiría el acceso al documento del que supuestamente teníamos que hacer quince copias. John todavía no me había devuelto la señal que indicaba que teníamos la información. Nunca tres minutos se habían hecho tan largos.
Me desplace con disimulo hacia la impresora, para hacer creer a nuestro cebo que iba a coger las copias que salieran de ella, tratando de hacer consciente a Lucía de que no me quedaba más remedio que alterar el plan. Mantenernos en pie delante de la mesa para tapar el puesto de aquel tipo era lo que teníamos que hacer. Siempre de espaldas a las cámaras que había en la oficina. No tendría que existir ninguna imagen que mostrara nuestros rostros, era la única manera de garantizar nuestro anonimato. Nadie nos podría reconocer, ni a nosotras ni lo que habíamos ido a hacer allí. Por eso, evitar que se captara la imagen del pendrive que había en el puerto USB del ordenador era vital dentro nuestro plan.
La impresora empezó a hacer sonidos alertada por la orden que había recibido desde la CPU. Lucía me miró de reojo y al ver que negaba con la cabeza, oí como instaba al chico a dejar el pendrive conectado hasta comprobar que la primera copia salía correctamente para rascar esos segundos que parecía que aún faltaban.
El mentor se acercaba camino de su puesto de trabajo algo que indudablemente haría que todo nuestro esfuerzo fuese en vano. Los meses de planificación, las semanas de estudio de aquel lugar, las horas de ensayo en la habitación…todo podía acabarse si él llevaba a la mesa de William. Por eso, cogí del expositor que había al lado de la impresora un panfleto que publicitaba un fondo de inversión que prometía hacerte rico en menos de un año y empecé a abanicarme compulsivamente con él mientras me iba acercando hacía el mentor para interrumpirle el paso. Simulé de la mejor forma posible, conocía a la perfección los síntomas, que me estaba dando un ataque de ansiedad, aunque sabía que con ello me estaba poniendo en peligro. Estaba dejando que vieran mi rostro. No las cámaras, pero si el mentor y el vigilante de seguridad que acudió inmediatamente al ver que algo no iba bien.
—Señorita, ¿se encuentra usted bien? —los dos interceptaron mi cuerpo antes de que fingiese a la perfección un desvanecimiento.
—Es mejor que la saquemos fuera necesita que le dé el aire fresco—indicó el vigilante mientras fingía recuperarme con dificultad de mi debilidad de piernas.
—Sera mejor que la sentemos en los sillones.
—Entonces, iré a por un vaso de agua.
—No sabemos muy bien lo que le pasa—insistió el mentor.
—¿Por qué no llamamos al servicio médico?
En ese momento la señal de salvación llegó a mi móvil, pude comprobar por el rabillo del ojo que el mensaje era de John. Levante la mano disimuladamente para alertar a Lucía, que había estado en todo momento atenta a lo que hacía.
Era el momento de salir de allí.
Rocío se levantó de las rodillas de William, se guardó en el escote la prueba del delito y junto con Lucía se acercaron a la impresora a recoger las copias de la impresora que nos habían servido de tapadera y a salvarme de las dos personas que tan amablemente se estaban preocupando por mi estado de salud.

—Beth, ¿qué te ha pasado? ¿Estás bien?
¿Beth? —solo podría habérsele ocurrido un nombre así a Rocío. ¿En Londres emitían telenovelas?
Lucía me agarró del brazo para levantarme del sillón en el que me habían dejado mientras Rocío se apresuraba a rodear la butaca para cogerme del otro brazo para conseguir levantarme dada mi debilidad fingida.
—¿La conocen? —preguntó el vigilante de seguridad.
—¿A Beth? Por supuesto que la conocemos— respondió rápidamente Rocío —, es nuestra hermana pequeña. La pobre es tímida y enfermiza como Beth, la tercera de las hijas del Dr. March de la novela Mujercitas escrita por la estadounidense Louisa May Alcott. No toca el piano, pero también le da por ayudar a los más necesitados, si nos descuidamos coge también la escarlatina— aquellos dos hombres que se habían mostrado tan amables conmigo se separaron instintivamente. No sé si lo hicieron por la mención de una enfermedad que en el siglo en el que nos encontrábamos no era mortal o porque consideraron que la mención de un libro de 1868 hacía parecer que mi amiga no tenía una estructura mental muy sólida, pero sea como fuere conseguimos que nos abrieran camino hacia la puerta de salida.
—¿Quieren contratar nuestro fondo de inversión? —una voz a nuestras espaldas nos hizo detener en seco nuestra huida.
Menudo sinvergüenza.
William se había acercado hasta nosotras, había cogido del sillón el folleto con el que me había estado abanicando hacía unos minutos y supongo que viendo peligrar el porcentaje del trato que había hecho con nosotras pretendía llevarse al menos, la comisión que podría dejarle la contratación de un fondo de inversión. Lo que me hizo pensar que no sentiría ninguna compasión por él si era verdad que los de Ciberseguridad, que afortunadamente no habían dado señales de vida aún, llegaban a descubrir que por su culpa habíamos copiado datos confidenciales de clientes del Banco.
—William, ¿no habrás tratado de hacerles tú directamente ninguna contratación, ¿verdad? —el comentario no le sentó demasiado bien—. Tienen que saber, señoritas, que los más veteranos podemos negociar mejores condiciones que los aprendices—William se marchó airado, aunque yo sólo vi dos carroñeros, uno joven y otro no tanto, que estaban intentando llevarse un pellizco con la comisión de un fondo de inversión que no pensábamos contratar—. Beth, si se encuentra mejor pueden acompañarme a mi mesa, les atenderé encantado.
—Creo que será mejor que vengamos en otro momento—contestó de forma inmediata Lucía.
—Tenemos una cita ineludible en veinte minutos—Rocío le guiño un ojo al mentor, parecía haberle cogido el gusto a aquella táctica—. El negocio es el negocio y nosotras tampoco queremos perder a nuestros clientes—me cogieron por la cintura y pasaron mis brazos por encima de sus hombros, una a cada lado, mientras el mentor nos miraba sin entender.
Recorrimos todo lo rápido que pudimos sin parecer que estábamos escapando de allí el espacio que nos separaba de la puerta de salida. Cuando pudimos girar en la calle y comprobar que nadie nos seguía dejamos que mi malestar despareciera milagrosamente.
—¿Han podido realizar la copia? —preguntó Rocío sin dejar de avanzar. Debíamos reunirnos con los chicos lo antes posible en el hotel. Nos cambiaríamos de ropa y cogeríamos el primer vuelo que hubiera disponible de vuelta a España—. Recibí la señal de John en el móvil poco antes de que guardases el pendrive— se metió la mano en el escote y sacó la prueba del delito.
—Era un depravado.
—¿Lo dice la loca que le ha entregado una tarjeta con todos sus datos personales?

—Sigues siendo una pardilla, *Ale.* En esa tarjeta no hay ni un sólo dato cierto—la miré extrañada mientras Lucía se reía porque parecía conocer lo que estaba pasando—. Tengo cientos de tarjetas con datos falsos que entrego a clientes que se ponen pesados.

—¿En serio haces eso?

—No sabes la clase de gente con la que me tengo que cruzar a diario, Beth. El mundo está lleno de sabandijas que te pueden pegar la escarlatina..

Epílogo

—¿Pero se puede saber de dónde has sacado a este tipo? —dijo José entre dientes mientras Didier se acercaba a un camarero para coger un par de canapés.
—Ya lo ves, el primero que me he encontrado por la calle —respondió Alexandra.
—No tenías que hacer algo así, hubiera estado dispuesto a ser tu acompañante—se apresuró a responder John.
—¿Y figurar como una más de tus conquistas? No gracias.
—Acabaras cayendo en mis brazos y para entonces a lo mejor ya me han echado el guante.
—Asúmelo, John. A ti ya te han echado el guante—le contraatacó Alexandra mientras ambos veían acercarse a Lucía con dos copas de champán.
—Siempre podría convertirte en mi amante—John la guiñó un ojo antes de coger la copa que le tendía Lucía—. Sólo lo hago para evitar que te conviertas en una gorda y aburrida solterona—aclaró sin que hubiera necesidad de que lo hiciera.
—¿Qué te hace pensar que me volvería gorda y aburrida? —respondió Alexandra con cierta inquina.
—Es lo que te va a pasar si no te deshaces de Didier.
—Ese tipo es nuestro nuevo jefe, John, no está bien que hables así de él.
—Precisamente por eso, tienes que deshacerte en este momento de él. Está bien para tomarte una cerveza con él al salir del trabajo, pero suenan todas las alarmas cuando decides convertirlo en tu acompañante para una boda. Algo chirría en esa combinación.
—Didier nos ha dado la oportunidad de formar parte de su nueva empresa. Alguien debió de asesorarle bien y le abrió los ojos. No llegó a producirse la absorción de su empresa y vuelve con energías renovadas.

—Después de que los cuatro decidiéramos abandonar las ruinas de lo que quedaba de Hoplan & Orleal Consulting…— apostilló José—. Que *Sandra* se sacrifique por todos es un detallazo.

—¡Serás capullo! Hace unos minutos me decías que de dónde lo había sacado.
—Te estamos muy agradecidos—las risas de todos resonaban en el ambiente—, pero deshazte de él cuanto antes o te quedarás sola, gorda y aburrida—le susurró John al oído justo en el momento en el que su nuevo jefe se acercaba a ellos.
No lo habían dudado ni un solo momento. José, John, Lucía y Alexandra habían decidido que ya no podían hacer nada más por la empresa en la que habían crecido profesionalmente y a la que le debían entre otras cosas el haberse conocido. Atrás quedaban los proyectos compartidos, los viajes y el recuerdo de un gran profesional como lo había sido Francis Brun que les había enseñado la verdadera esencia de ser profesionales. Ya no existía Hoplan & Orleal Consulting, al menos no existía como ellos lo habían conocido. Después del intento de hundimiento por parte de Karina y Torralbo, nada se podía hacer por aquel esqueleto sin vida en el que se había convertido.
—Didier, gracias por aceptar la invitación a mi boda y gracias por la oportunidad que nos has dado. No te vas a arrepentir.
—Estoy seguro, José. Siempre me ha gustado rodearme de los mejores. No podía dejaros en manos de Torralbo, no después de como me abristeis los ojos y me ayudasteis cuando pasaba por un mal momento.

Sus palabras calaron muy hondo en los cuatro y seguro que en Francis Brun también lo

hubieran hecho si hubiera podido estar allí porque como él mismo decía, las alianzas y las colaboraciones en momentos difíciles son importantes, tienen sus recompensas y para ellos, esa recompensa a su buen trabajo había llegado con la oportunidad que Diddier les estaba dado contratándolos ahora que las cosas le empezaban a ir mejor.
Después del viaje a Suiza la suerte empezó a dejarse ver de nuevo en todo lo que tenía que ver con Alexandra. Karina y Jairo pasarían unos cuantos años a la sombra y su tía Celine Blanch, con la que no había tenido nunca la más mínima relación, no iba a correr mejor suerte. Se había descubierto que gran parte de su vida la había dedicado a asediar, asustar y a tratar de hacer enloquecer a Alexandra. Era parte de su plan macabro. Hacerle sufrir por el odio que guardaba hacia su abuelo y por extensión hacia su madre. Del resto del plan se fueron enterando poco a poco, a medida que fueron conociendo las confesiones de Eric. Su ahora reconocida tía Celine había orquestado salpicar la imagen pública de la empresa de sus padres y ayudada por Eric y Jairo, desviaron dinero de las cuentas de su familia para simular pagos fraudulentos dando mayor verosimilitud a la historia con la que pretendían hundir a su familia. Sin embargo, la fortuna había querido que la información que habían sustraído *Los Angeles de Charlie* en Suiza aportara pruebas suficientes como para que la historia…su historia y la de todos los que les habían ayudado escribiese su último capítulo.
La ceremonia había sido muy emotiva y la fiesta no era para menos. Rocío estaba a punto de llegar, su vuelo desde Londres hacía un par de horas que había aterrizado. Venía acompañada de Essam, ya conocido por todos como su Lord Inglés con raíces afroamericanas y casi dos metros de altura. Mailaen y Beiñat estaban en el hospital ante lo que había sido una falsa alarma. La inspectora había salido de cuentas y el pequeño Luken estaba a punto de nacer. Diddier hacía ya un buen rato que había abandonado la fiesta, Lucía y John estaban muy acaramelados bailando en medio de la pista y José revoloteaba alrededor de la mujer con la que acababa de contraer matrimonio ante la atenta mirada de Alexandra a la que el sonido que salió repentinamente de su minúsculo bolso la distrajo de los recién casados.

Unax: *¿Dónde estás?*

Muller: *Aburriéndome.*

Unax: *Eso tiene fácil solución*

Muller: *¿Ah sí? No lo veo tan fácil.*

Unax: ¿Estás encadenada y no te puedes mover?

Muller: *Ja, ja, ja… algo parecido.*

Unax: *¿Se te ha caído un elefante encima?*

Muller: *No exactamente,*
pero aquí todo el mundo tiene pareja menos yo.

Unax: *Eso es una auténtica tragedia.*

Muller: *Lo es.*

Unax: *Así que no me queda más remedio que ir a rescatarte.*

Muller: *¿No estabas de guardia?*

Unax: *Por salvar a mi chica hago lo que sea necesario.*

Muller: *¿Has podido cambiar la guardia?*

Unax: *Con tal de no dejarte sola soy capaz de mover montañas.*

Muller: *Estás loco.*

Unax: *Si, por ti. Enseguida nos vemos.*

Desde allí tenía unas vistas privilegiadas y veía el extenso jardín dónde se estaba celebrando la boda. Todo el mundo se lo pasaba bien, para eso eran las bodas, para disfrutar de la alegría de los novios y divertirse. Alexandra buscaba con la vista a Unax cuando le vio entre las antorchas repartidas por el jardín que hicieron de pasillo al hombre más atractivo que había en aquel lugar. Últimamente disfrutaba cada minuto que pasaba con él y cuando no estaban juntos ansiaba el momento de volver a verlo. Su subconsciente le decía que ese hombre estaba hecho para ella a pesar de lo sucedido, era el hombre de su vida, la persona que la convenía.
Iba perfectamente ataviado con traje y corbata. Impecablemente afeitado y tratando de domar con las manos su rebelde melena, mientras subía las escaleras de dos en dos hasta llegar a su encuentro.
—¿Cómo has entrado? —preguntó Alexandra
—¿Estabas en apuros no?
—Muy elocuente.
Unax cogió su mano y tiró de ella para hacerla bajar junto a él las escaleras de la galería rumbo al jardín dónde la gran mayoría de los comensales disfrutaban de los sonidos de la orquesta que amenizaba la fiesta.
—¿Quieres qué bailemos?
—A menos que hayas mejorado en este terreno, no tengo muy buenos recuerdos de ti bailando.
—Seguro que no te ha pisado nadie los pies con la misma elegancia que lo he hecho yo.
—En eso tienes razón…

NOTAS DE LA AUTORA

1. Merde... J'ai plus... de vies qu'un chat - Mierda, tengo más vidas que un gato.
2. Ne sois pas stupide - No seas estúpido.
3. Ça va? - ¿Cómo estás?
4. Je vais bien et to - Estoy bien, ¿y tú?
5. Salut, Beiñat, Je vais bien - Hola, Beiñat, estoy bien.
6. Mon dieu, Jairo - Por Dios, Jairo.
7. Currywurstuna - salchicha con ketchup y curry.
8. Iparralde - Región de Francia situada al suroeste del país.
9. Lapurdi - uno de los territorios históricos que conforman el País Vasco.
10. Lonjas - espacio público dedicado al comercio de pescado y marisco
11. Gozo, gozo…- Rico (sabroso)
12. Pizka bat bakarrik- Solo un poco
13. Mutiltxo bezala zara, betik negarrez- Eres como un niño siempre llorando
14. Berdin da - No importa
15. Osaba - Tío
16. Kaixo maitia – Hola mi amor
17. Arrantzales - Pescadores
18. Aita – Padre
19. Mutiltxo - Niño, en tono cariñoso
20. Esaten dute Kepa Ona - Dicen que Kepa el bueno...
21. Jendea emakume, jendea - La gente mujer, la gente.
22. Ez dakit. Esan zu - No lo sé. Dilo tú.
23. Gazteak, beti Korrika - Jóvenes, siempre corriendo.

ACERCA DE LA AUTORA

Jara Green es por naturaleza, creativa, aventurera y soñadora. Disfruta ocupando la mayor parte de su tiempo poniéndose en la piel de cada personaje que descubre en las novelas que llegan a sus manos y en las que ella misma crea. Viaja por mundos reales o de fantasía. Sufre en silencio la tensión de un buen thriller o paladea un romance que se va fraguando lentamente. Esa es Jara Green alguien que bien podrías ser tú.

A Jara le encantaría conocer mejor a sus lectores, así que no dudes en ponerte en contacto con ella en:

Instagram: www.instagram.com/jaragreen.books
TikTok: www.ticktock.com/jaragreen.books
Página de autor de Amazon: www.amazon.com/Jara Green